BIBLIOTHECA INSTITUTI HISTORICI S. I.
Vol. III

PRACTICA DE LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA EN VIDA DE SU AUTOR

(1522-1556)

POR

IGNACIO IPARRAGUIRRE, S. I.

«Homo litterarum plane rudis admirabilem illum composuit Exercitiorum librum, Sedis Apostolicae iudicio et omnium utilitate comprobatum.»
Breviar. Romano, 31 Julio, lec. IV.

BILBAO
El Mensajero del Corazón de Jesús
Apartado 73

ROMA
Institutum Historicum Societatis Iesu
Borgo S. Spirito, 5

HISTORIA

DE LA

PRÁCTICA

DE LOS

EJERCICIOS ESPIRITUALES

DE

SAN IGNACIO DE LOYOLA

VOLUMEN PRIMERO

PRÁCTICA DE LOS EJERCICIOS
ESPIRITUALES DE SAN IGNACIO
DE LOYOLA EN VIDA DE SU AUTOR
(1522-1556)

BILBAO
El Mensajero del Corazón de Jesús
Apartado 73

ROMA
Institutum Historicum Societatis Iesu
Borgo S. Spirito, 5

BIBLIOTHECA INSTITUTI HISTORICI S. I.

Vol. III

PRÁCTICA DE LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA EN VIDA DE SU AUTOR

(1522-1556)

POR

IGNACIO IPARRAGUIRRE, S. I.

«Homo litterarum plane rudis admirabilem illum composuit Exercitiorum librum, Sedis Apostolicae iudicio et omnium utilitate comprobatum».
Breviar. Romano, 31 Julio, lec. IV.

BILBAO
El Mensajero del Corazón de Jesús
Apartado 73

ROMA
Institutum Historicum Societatis Iesu
Borgo S. Spirito, 5

Nihil obstat:
Josephus N. Güenechea, S. J.

Imprimi potest:
Josephus M.ª Otegui, S. J.
Praep. Prov. Cast. S. J.

Imprimatur:
CARMELUS, Episcopus Vict.
31 Julii 1946

ARTES GRÁFICAS GRIJELMO, S. A. — Uribitarte, 4 — BILBAO

ÍNDICE GENERAL

CAPÍTULO V. EL MÉTODO II. LA ACTUACIÓN DURANTE LOS MISMOS EJERCICIOS

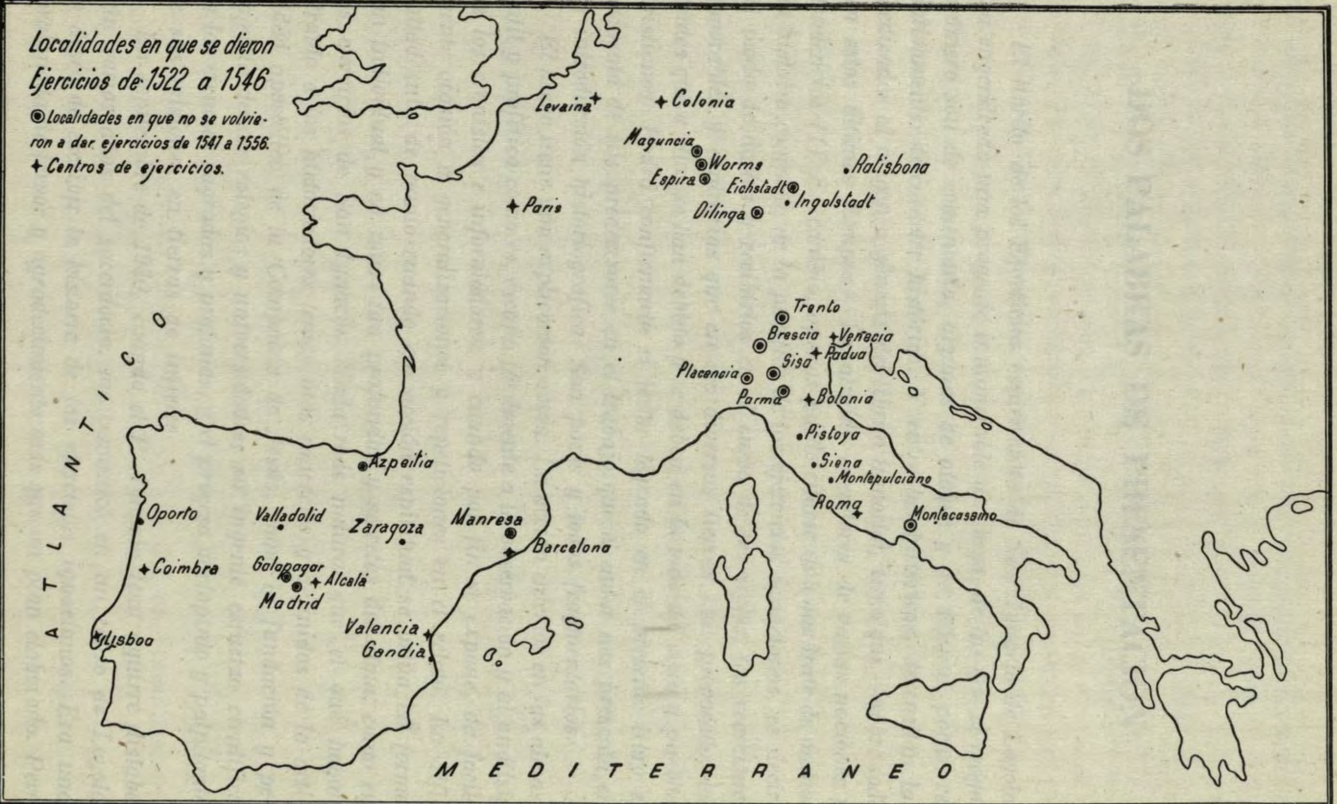
CAPÍTULO VI: EL FRUTO

CONCLUSIÓN

APÉNDICES

APÉNDICES ESTADÍSTICOS

MAPAS


Localidades en que se dieron
Ejercicios de 1522 a 1546
Localidades en que no se volvieron a dar ejercicios de 1547 a 1556.
Centros de ejercicios.
Levaina
Colonia
Maguncia
Worms
Espira
Eichstadt
Ingolstadt
Dilinga
Ratisbona
Paris
Trento
Brescia
Venecia
Padua
Sisa
Placencia
Parma
Bolonia
Pistoya
Siena
Montepulciano
Roma
Montecassino
Azpeitia
Oporto
Valladolid
Zaragoza
Manresa
Barcelona
Coimbra
Galapagar
Alcalá
Madrid
Valencia
Gandía
Lisboa
ATLANTICO
MEDITERRANEO

APÉNDICES

APÉNDICES ESTADÍSTICOS

MAPAS

DOS PALABRAS DE PRESENTACIÓN

El librito de los Ejercicios espirituales *de San Ignacio de Loyola, ha engendrado una progenie innumerable de obras, de las que el mayor número son de comentario, algunas de ataque y de defensa, pocas, relativamente, de carácter histórico. Y entre las históricas, descuellan las dedicadas al origen o génesis del librito inmortal, tema que —sobre todo en estos últimos tiempos— ha atraído a autores de varias naciones y tendencias (1). En cambio, apenas puede citarse una que trate de darnos la historia completa de la práctica de los ejercicios ignacianos, es decir, el modo de darlos y recibirlos en el curso de los siglos, las reacciones favorables y contrarias que en las diversas tierras han provocado, los frutos que a ellos se han debido y se deben en la vida del clero y pueblos cristianos. Podrá confirmarlo el lector leyendo en el presente libro el recuento de sus predecesores en el trabajo que el autor nos presenta en la introducción historiográfica. Son pocos y todos fragmentarios.*

El hecho tiene una explicación obvia. La acción interior en las almas, sutil y profética como es, escapa fácilmente a la observación y al análisis de los cronistas e informadores, y cuando por fin se expone, da fácilmente ocasión a generalizaciones y repeticiones en el relato. La dificultad sube de punto cuando esa acción espiritual se actúa en forma tan individual y en zonas tan profundas y secretas del alma, como en los ejercicios de San Ignacio. Nada más natural que el que hayan atraído a los historiadores temas más concretos y definidos de la actividad apostólica de la Compañía de Jesús, como la fundación y pedagogía de sus colegios y universidades, su ingente esfuerzo científico en las ciencias sagradas y profanas, y el proceso variopinto y palpitante de sus misiones en tierras de infieles.

En septiembre de 1930, cuando el P. Ignacio Iparraguirre distaba aún varios años del sacerdocio, me comunicó en un retiro de Loyola su deseo de escribir la historia de los ejercicios ignacianos. Era una corazonada de fervor y agradecimiento más que un plan elaborado. Pero

(1) Pueden verse en la bibliografía de esta obra, los trabajos de Watrigant, A. Codina, H. Böhmer, P. Leturia y H. Pinard de la Boullaye que han tratado en conjunto este argumento.

su amor al ideal ya entonces concebido, su tesonada constancia en el trajín de otros estudios, y el apoyo clarividente y paterno del llorado Prepósito general de la Compañía, P. Wlodimiro Ledóchowski, le han dado a través de los años la posibilidad de madurar su plan, de recoger los materiales para irlo realizando, de estructurar su diseño en una serie de monografías progresivas ya hoy bien planeadas, y finalmente, de llevar a término en Roma la primera de ellas, limitada a la Historia de los ejercicios durante la vida de San Ignacio, quien, además de autor, fué el primer apóstol de su actuación y de su práctica.

Creemos que los críticos competentes aprobarán esta limitación. Y no sólo por razón de las fuentes históricas, especialmente ricas para los decenios de la vida de Loyola, sino también porque en la historia general de los ejercicios interesarán siempre en forma absoluta el rumbo y la interpretación que el autor de los ejercicios, y sus más íntimos confidentes, dieron a la práctica del áureo librito. Queda ancho campo para historiar las adaptaciones y aplicaciones posteriores, principalmente porque San Ignacio mismo tuvo empeño en iniciarlas o sugerirlas para mostrar la elasticidad y riqueza del tesoro recibido de Dios; pero no será posible hacerlo con orientación y justeza, si no se han fijado previamente, a base de un estudio documentado y sereno, las líneas arquitectónicas del verdadero designio ignaciano y el genuino espíritu con que él las interpretaba.

No osaríamos decir que las páginas del presente libro hayan agotado la materia, especialmente en cuanto se refiere al encuadre dentro de la espiritualidad general del siglo XVI *y a ciertos recodos secretos de la inagotable fecundidad interior de los ejercicios. Tampoco diríamos que hayan logrado evitar del todo ciertas repeticiones, apenas evitables en el recuento de hechos tan semejantes y en la visión de aspectos diversos de una sola idéntica realidad. Pero sí creemos poder afirmar que el autor ha reunido con diligencia y minuciosidad casi excesivas, los innumerables vestigios directos e indirectos dejados en las fuentes por la práctica de los ejercicios de 1522 a 1556, que los ha ordenado y armonizado con acierto y justeza, que los ha «pensado» y avalorado con un neto sentido de objetiva imparcialidad, y que ha sabido inspirar a su relato, a través de un lenguaje sencillo y desprovisto de pretensiones literarias, cierto calorcillo de afecto hondo y comunicativo, en modo alguno reñido con la serena apreciación del historiador. Brota por ello del libro, espontánea y fresca como del jardín el aroma, la más grande de las misiones que San Ignacio cumplió y cumple en su Iglesia; no sólo ni primero, la de reforzar la obediencia a la Jerarquía eclesiástica*

y el acatamiento evangélico al Primado Romano; sino con eso y antes que eso y como raíz de eso, la de hacer buscar y hallar a Dios en el repliegue íntimo de la propia conciencia, la de gustar en ella la consoladora y transformadora «unción del Espíritu Santo». Fué ésa, en efecto, su misión primordial en la Iglesia, y lo fué precisamente en el trance dramático en que Lutero trataba de derribar el Papado basándose en la experiencia mística.

Creemos que por lo mismo la obra constituye una bella aportación al conocimiento del fundador de la Compañía de Jesús, y que ayudará a fomentar y encauzar el poderoso movimiento de ejercicios ignacianos que caracteriza la vida actual de la Iglesia, principalmente en España, cuna del autor del libro, y cuna también del libro mismo.

Se nos permitirá una observación final sobre la rica cantera de documentos de la que el P. Iparraguirre ha extraído sus materiales. Es verdad que ha usado algunos manuscritos inéditos, especialmente el del P. Castro en su Historia del Colegio de Alcalá, *rico filón de noticias en esta materia. Se ha beneficiado también para ciertos pormenores complementarios, del Archivo Romano de la Compañía de Jesús, nunca completamente agotado, ni aun después de la publicación de las cuatro series de* Monumenta Ignatiana. *Pero el arsenal básico del que el libro deriva es —como el autor recalca y lo prueban todas sus páginas— la colección* Monumenta Historica Societatis Iesu, *en cuyos 69 volúmenes hasta hoy publicados, duerme una buena parte de la historia de la Iglesia en el siglo* XVI (2), *y por lo mismo, aspectos interesantes de la Historia de las naciones europeas, asiáticas y americanas.*

Ojalá que numerosos historiadores —y no sólo de la Compañía de Jesús— imiten el ejemplo del autor del presente libro, mostrándonos otras facetas de esa riquísima vida cultural y eclesiástica. Lo dijimos en 1928 al presentar al público español el libro del P. Jesús Granero, S. J., sobre San Ignacio y las misiones de infieles (3), *y lo repetimos ahora al adivinar este otro aspecto de la fecunda y constructiva actividad ignaciana.*

Oña, 10 de agosto de 1946.

PEDRO DE LETURIA, S. J.

---

(2) cf. Dionisio Fernández Zapico S. I. y Pedro Leturia, S. I. *Cincuentenario de Monumenta Historica Societatis Iesu* en *Archivum Historicum S. I.* 13 (1944) 1—61.
(3) *La acción misionera y los métodos misionales de S. Ignacio de Loyola*, por el P. Jesús María Granero, S. I. Burgos 1931.

ABREVIATURAS PRINCIPALES

AA.SS.	: Acta Sanctorum
AG.	: Archivio del Gesù, Roma (Fondo Gesuitico)
AR ó *ASIR*:	Archivio Societatis Iesu Romano
AHSI:	: Archivum Historicum S. I. Revista publicada por el Instituto Histórico S. I. Roma
APT	: Archivo de la Provincia jesuítica de Toledo
ASIR ó *AR*:	Archivio Societatis Iesu Romano
BM	: Bobadillae Mon. (:MHSI)
C.B.E.	: Collection de la Bibliothèque des Exercices de Saint Ignace. Enghien-París
Const.	: Constitutiones Societatis Iesu (:MHSI)
Ej.	: Ejercicios. El número puesto a continuación de la sigla se refiere al número con que se numeran los ejercicios en el Complementum voluminis Exercitia et Directoria (:MHSI)
EM.	: Epp. Mixtae (:MHSI)
EN.	: Epp. Nadal (:MHSI)
ES.	: Epistolae P. Alphonsi Salmerón (:MHSI)
EX.	: Epp. S. Francisci Xaverii. Monumenta Missionum (:MHSI)
Ex.	: Exercitia spiritualia Sti. Ignatii de Loyola et Directoria
Ex.A.	: Indica que la cita pertenece a los Directoria autógrafa
Ex.D.	: Indica que la cita pertenece a los Directoria dictata
Ex.T.	: Indica que la cita pertenece a los Directoria tradita
FM.	: Fabri Monumenta (:MHSI)
FN.	: Fontes narrativi de Sto. Ignatio (:MHSI)
K.	: Braunsberger, Beati Petri Canisii Epistolae et Acta
LM.	: Lainii Monumenta (:MHSI)
LQ.	: Litterae Quadrimestres (:MHSI)
MB.	: Epistolae PP. P. Broet, C. Iaii, I. Coduri et S. Roderici (:MHSI)
MHSI	: Monumenta Historica Societatis Iesu
MI.	: Monumenta Ignatiana. Epistolae. (:MHSI)
MX.	: Monumenta Xaveriana (:MHSI)
PCh.	: Polanco, Chronicon Historiae S. I. (:MHSI)
PCo.	: Polanci Complementa (:MHSI)
RAM.	: Revue d'Ascétique et de Mystique
Ri.	: P. P. de Ribadeneira. Confessiones, epist. (:MHSI)
Sc.	: Scripta de Sto. Ignatio (:MHSI)
SFB.	: Sanctus Franciscus Borgia (:MHSI)
ZAM.	: Zeitschrift für Aszese und Mystik

ARCHIVOS Y CÓDICES

ROMA.—ARCHIVO ROMANO, S. J.

Cast. 35.—Historia de la Compañía de Jesús de la provincia de Castilla la Vieja escrita por el P. Pedro de Guzmán.

Epp. NN., 78.—Al dorso «Excerpta romana». Contiene copias de cartas enviadas a Roma, el Registro de las cartas enviadas de Roma y el Sumario de Polanco.
Véase el códice descrito en FN, 68*, 148 y sobre todo en Schurhammer, Die Anfänge, 110-115.

Brasil, 3.—Cartas escritas del Brasil desde el principio de la misión hasta fines del siglo XVII.

Goa, 8.—Originales y copias de cartas enviadas principalmente de la India. Descr. del cod. en MI, I, 41 (Cod. 23).

Goa, 10, I.—Cartas escritas de las misiones de Goa y Malabar entre los años 1552 y 1572.

Goa, 31.—Al dorso: Goana/Hist./1539-99. Contiene cartas y documentos pertenecientes principalmente a la historia de la India. Descr. del cod. en MI, I, 41 (cod. 24).

Hisp. 90.—Diversas ordenaciones e instrucciones de los primeros Padres Generales.

Hisp. 94.—Contiene una copia antigua de principios del siglo XVII de la Historia de la Asistencia de España del P. Pedro de Ribadeneira.

Hisp. 144.—Documentos relativos a las persecuciones que sufrió la primitiva Compañía. En los fol. 3-7 el «Tratado del P. Maestro Cano, del Instituto de la Compañía de Jesús». Copia enviada de España por los jesuítas contemporáneos.

Hist. Soc. 42.—Catálogo de los muertos en la Compañía los años 1557-1601; 1619-1623.

Hist. Soc. 174.—Documentos sueltos sobre la primitiva Compañía, guardados en un fajo. Descr. del cod. en FN, 75*.

Hist. Soc. 176.—Serie de documentos biográficos referentes a miembros de la Compañía de Jesús del siglo XVI. Descr. del cod. LQ. VII pág. XI. Nosotros usamos principalmente la «Vocatio Alphonsi Pisani» f. 73 r-78 v y el «Puncta quaedam in vitam P. Everardi Mercuriani» f. 80-92 r, ambas a dos, relaciones anónimas de letra de fin del siglo XVI.

Inst. 51.—Ordenes de los PP. Generales y Respuestas emanadas durante los años 1553-1580.

Inst. 88.—Carpeta con varios manuscritos dentro sin numerar. Fuera pone «Etudes divers sur les exercices de S. Ignace». Nosotros usamos el ms. 23:18 cm. de 24 págs., copia moderna que comienza: «Extrait d'un manuscrit de la Bibliotèque Mazarini a Paris. Catalogue des Manuscrits H, 1752. Histoire de la première de toutes les maisons de retraite».

Inst. 109.—En el dorso «Polanco, Laynez, Salmeron, Alii tractatus varii», 23:15; 187 ff. Es un cuaderno de los más variados apuntes de índole espiritual en su mayoría. Digno de notarse es que ha aprovechado para el primer folio una copia manuscrita del fin del libro de ejercicios editado en Roma en 1548 (las reglas 17 y 18 para sentir con la Iglesia). En el f. 1 v se encuentra sin ningún título el «Anima Christi» con la variante «o bone Iesu: custodi me». Después de un claro: «ex P. Ruizio [Alphonso] accepi modum dandi exercitia» y siguen 8 puntos en que divide unas breves notas para dar ejercicios.

Inst. 221.—Escritos muy diversos recogidos a lo que parece por el P. Nadal. Descr. detalladísima del cod. en EN. IV, 1-10 cod. 56.

Ital. 107.—Cartas enviadas de las diversas partes de Italia a Roma los últimos meses de 1556 y primeros de 1557. Descr. del cod. LQ. V, 968 cod. 25.

Ital. 162.—Cartas enviadas de diversas partes de Italia desde 1597 a setiembre de 1605.

Iap. Sin. 4.—Cartas del Japón de los años 1548-1561. Descr. del cod. MI, I, 42 cod. 27.

Lus. 58, I.—Documentos biográficos de diversos miembros de la Compañía de Jesús portugueses o que estuvieron en Portugal. Usamos la «Vita del Padre Andrea Oviedo, che fu Patriarca d'Etiopia, cavata dell'Historia della Compagnia di Gesù, descritte dal P. Orlandino, P. Sacchino e dal Padre Nicolo Godigno», ff. 108 r-131 v.

Med. 74.—Ordenaciones antiguas.

Med. 98.—Documentos biográficos de algunos jesuítas del siglo XVI. Nosotros usamos la «Relatione d'alcuni particolari della vita et attione del Padre Silvestro Landini de la Compagnia di Gesù in Corsica» fol. 1-15 v.

Opp. NN. 32.—Diversos tratados inéditos de San Francisco de Borja. Usamos nosotros el «Tratado espiritual de la oración y de los impedimentos de ella y de las maneras que en ella se ha de entrar», ff. 213-257.

Rom. 126.—Relaciones sueltas sobre las fundaciones de varios colegios. Usamos el n. 10: «Informatione delli Collegii della Compagnia di Jesu (sic) che non tengono scuole proprie», 22 r-23 v. Es documento elaborado en la curia del P. General, probablemente en tiempo del generalato de Laínez.

Rom. 127.—Cartas quadrimestres y anuas de la provincia romana de 1557 a 1574. Descr. del cod. 4Q. V, 969 cod. 39.

Rom. 150.—Historia del Colegio romano.

Neap. 176.—Necrologías de jesuítas muertos en Nápoles entre 1577 y 1642. El documento más importante de este códice es la elección hecha por el Padre Juan Alfonso de Vitoria en los ej. de 1549. Se conserva toda autógrafa y va acompañada de varios otros sentimientos tenidos durante los mismos ejercicios. Comienza: «Electiones quas feci in exercitiis ante ingressum anno 1549 in Quadragesima (todo de mano del P. Vitoria). Sigue de otra letra: Sunt electiones P. Victoriae ipsius manu descriptae qui obiit Neapoli circa festum ascensionis anno 1579».

Rom. 188, I.—Necrologías de diversos jesuítas del siglo XVI. Usamos la de Valmarana ya editada. Cf. VALMARANA-SCHURHAMMER y la «del Padre Lorenzo Maggi. Jo. Antonius Valtrinus colligebat ad Dei gloriam et sanctorum eius». Pars 2.ª, 136 r-139 r; 140 r-141 r.

Sic. 59.—Catálogos y noticias referentes a las provincias de Nápoles y Sicilia durante los años 1553-1571. Descr. del cod. ES. II, pág. XXXIV, cod. 8.

Sic. 190.—Necrologías de jesuítas que han tenido alguna relación con Sicilia, muertos entre 1567-1635. Usamos principalmente la Vita del P. Paolo Achille della Compagnia di Gesù usando como fuentes «scritti del Padre Ottavio Gaetano, dal P. Sibilla per relatione del F. Salvo Blasio; per relatione dell'stesso. L'altre cose son riferite de altri PP. et FF. della Compagnia» y la Vita P. Hyeronymi Domenech, S. I., per P. Nicolaum FARANDAM (que confesó al menos alguna vez al P. Doménech, cf. f. 41 v), eiusdem Societatis scripta. ff. 36 r-44 r y otra copia en 45 r-55 v.

Tolet. 37.—Historia de la Compañía de Jesús de la provincia de Toledo. Compuesta por el P. Francesco Antonio.

Vitae, 1 y 2.—Dos copias de la misma vida del P. Cornelio Wischaven escrita hacia 1558. Descr. del cod. en EN. I, pág. LX y A. Kleiser, Ein Seelen-eroberer, 7.

Vitae, 15.—«Promptuarium dictorum et factorum quorumdam Societatis Iesu». Son dichos y hechos de los más diversos Padres jesuítas antiguos, recogidos por el P. Gregorio Rosephio. Está escrito entre 1599-1611.

Vitae, 80.—Vázquez Dionisio. Vida de San Francisco de Borja.

**— (Exercitia) Sin catalogar y sin numerar. Al dorso «Exercit/P. Polanci/Cod. cart.» Véase lo que decimos de este códice en la Nota Introductoria al

Ap. documental II. Descr. detallada del cod. en Ex. 202-204 (cod. 4).

ARCHIVIO UNIVERSITA' GREGORIANA

1) Borradores del P. Polanco. Apuntes de predicación y de ministerios del Padre Polanco (1544-1547).
2) N. 142.—Origine del collegio romano e suoi progressi. Dal 1541 al 1743. Descr. detallada y estudio del cod. en Rinaldi, 23-27.

ARCHIVIO DEL GESU: FONDO GESUITICO

Ms. N. 2.—Informationes P. Nadal.—Cuatro volúmenes que contienen las respuestas casi siempre autógrafas dadas por Padres y Hermanos jesuítas a los cuestionarios presentados por el P. Nadal en sus varias visitas a España, Francia, Portugal, Bélgica, Alemania, durante los años 1561, 1563, 1566 y 1568. Descr. del cod. en EN. I, pág. XLVIII. Están editados algunos parcialmente en EN, II pág. 527-589. Los cuestionarios propuestos se encuentran en EN, I, pág. 789-795.

Collegia, 1307, Theca 44.—Documentos sueltos relativos a la fundación y primeros años del Colegio de Dilinga. Se encuentran también los Estatutos del Colegio de Dilinga escritos por el Card. Truchsses.

Collegia, 1341. Theca, 74.—Documentos varios referentes a los primeros años de varios colegios, entre otros del Colegio de Gandía.

Vocationes, 2, b.—Documentos biográficos referentes a los jesuítas del siglo XVI. Descrip. del cod. hecha por el P. Jean GOETSTOUWERS en AHSI, 1 (1936) 256-257.

LISBOA

1) *Biblioteca de Ajuda.*—Codex Ulyssiponensis, I-II. Descr. en MX, I, pág. XIV-XVI y Schurhammer, Die zeitgenössischen Quellen, X 4.
2) *Arquivo do Ministério dos Negócios Estrangeiros.*—Codex Conimbricensis, 1. Descr. en MX. I, pág. XVIII y Schurhammer Die zeitgenössischen, X 4. He visto solamente las copias de las cartas enviadas de la India en estos primeros años, copias que amablemente me ha procurado el R. P. José Wicki, S. I.

MADRID (CHAMARTIN)—ARCHIVO PROV. TOLEDO S. I.

— ALVAREZ, Gabriel, S. I.—Historia de la Prov. de Aragón de la Compañía de Jesús, I vol.

N. 1.696.—Historia de la fundación y progreso del Colegio de la Compañía de Jesús de San Pablo de Valencia, escrita año 1712.

— Historia del Colegio de la Compañía de Jesús, de Granada.

N. 1.778—(2).—GAGLIARDI, Achiles, S. I.—Instructio plena omnium quae exercitia spiritualia Societatis spectant.

BIBLIOGRAFÍA

En el texto incluímos únicamente citas de MHSI con la única excepción de *Ej*. Empleamos las siglas que se han adoptado en el Instituto Histórico S. I. Tan sólo en las referentes a los tomos de *MI*, nos hemos visto precisados para no cortar demasiado la lectura, a abreviarlas algo más.

Las siglas especiales que usamos exclusivamente en el Apéndice estadístico, pueden verse en la página 14*

NOTA. Las fuentes impresas las incluímos en la bibliografía.

Ponemos a continuación el título completo de todos los libros que citamos a lo largo de nuestra obra, prescindiendo de algunos que aducimos no como corroboración de lo que hemos afirmado en el texto, sino como base de una ulterior ampliación de algún punto indicado en la misma nota, los cuales los citamos íntegros en sus respectivos puestos.

Incluímos además en esta lista todos los libros que conocemos de la historia de *la práctica* de los ejercicios hasta 1556, aunque no los citemos, pues deseamos presentar una bibliografía lo más completa posible de este punto particular, ya que no sabemos exista en ninguna parte. Los libros que traten directamente de este tema van precedidos de un *asterisco*.

*Abad, Camilo María, S. I.—Un centro ejemplar de ejercicios espirituales en la antigua Compañía: el Colegio de Alcalá. *Estudios sobre ejercicios*. Semana de Loyola, 1941, págs. 525-537. [Ed. privada.]

Acker, J. E.—Narratio brevis de Julio Pflugio Numbergensi. Altemburg, 1722.

Acta Sanctorum quotquot toto orbe coluntur... collegit, digessit, notis illustravit Ioannes Bollandus. Venetiis, 1734-1770.

Affo, Ireneo, minor osservante.—Storia della città di Parma, 4 vol. Parma, 1792-1795.

Aguilera, Emmanuel, S. I.—Provinciae Siculae Societatis Iesu Ortus et Res gestae, 1.° vol. Panormi, 1737.

Aguirre Elorriaga, Manuel, S. I.—San Roberto Belarmino y los Ejercicios, *Manresa*, 7 (1931), 236-260.

Aicardo, José Manuel, S. I.—Comentario a las Constituciones de la Compañía de Jesús, 6 vol. Madrid, 1919-1932.

Albareda, Anselm María, O. S. B.—Sant Ignasi a Montserrat. Monestir de Montserrat, 1935.

*Albers, Peter-Esders, Josef, S. I.—Das Exerzitienhaus in seiner geschichtlichen Entwicklung., aus dem holländischen übersetz von J. Esders, Innsbruck, 1923 (Exerzitienschriften für Priester und Laien, Heft. 3).

Alberti, Domenico Stanislao, S. I.—Dell' Istoria della Compagnia di Gesù. La Sicilia, Palermo, 1702.

Alcázar, Bartolomé, S. I.—Chrono-historia de la Compañía de Jesús en la Provincia de Toledo. Y elogio de sus varones ilustres, fundadores, bienhechores, fautores e Hijos Espirituales, 2 vol. Madrid, 1710.

Allard, H. J.—Dirk Adrianse van Hezee (Theodorus Hezius). Studiën, 22 (1884), 203-266.

Alvarez, Gabriel, S. I.—Historia de la Provincia de Aragón de la Compañía de Jesús, 1 vol. *Manuscrito del archivo de la Prov. Tol.*, S. I.

Antonio, Francisco, S. I.—Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia de Toledo. *Manuscrito del A. R.* Cf. Tolet., 37.

Aramendia, Julio, C. M. F.—Las oraciones afectivas y los grandes maestros espirituales de nuestro siglo de oro. La escuela ignaciana. *El Monte Carmelo*, (Burgos) 41 (1937) 234-241; 291-297; 323-328; 371-377. 42 (1938) 47-54; 81-85; 105-109.

*ARELLANO, Tirso, S. I.—Primeros pasos del movimiento de ejercicios espirituales. *Razón y Fe*, (1943) 107-120.
ASTRIÁN, Antonio, S. I.—Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España, 1.° vol. 2.ª ed., Madrid, 1902, 2.° vol. 1905.
BACHELET, Xavier M., Le.—Bellarmin et les exercices spirituels de St. Ignace, C. B. E., n.° 37-38 (1913).
*BARTOLI, Daniello, S. I.—Della vita e dell'Instituto di S. Ignatio Fondatore della Compagnia di Giesu. 2.ª ed., Roma, 1659. (En págs. 40-60 trata expresamente de la historia de los ejercicios.)
BARUZI, Jean.—Un moment de la lutte contre le protestantisme et l'illuminisme en Espagne au XVI s. Les Comentarios du Cardenal Carranza, et la censure de Melchior Cano. *Revue d'histoire et de philosophie religieuse.* Strassburg, 7 (1927), 541-553.
BATAILLON, Marcel.—Érasme et l'Espagne. Recherches sur l'histoire spirituelle du XVIe siècle. París, 1937.
BAYLE, Constantino, S. I.—El espíritu de Santa Teresa y el de San Ignacio. *Razón y Fe*, 62 (1922), 421-434 y 63 (1922), 6-21.
— La loca del Sacramento, Doña Teresa Enríquez. Madrid, 1922.
BELTRÁN DE HEREDIA, Vicente, O. P.—El Maestro Mancio de Corpus Christi, O. P. *La Ciencia Tomista*, 51 (1935), 7-103.
— Historia de la reforma de la provincia de España (1459-1550). Roma, 1939.
— Las corrientes de espiritualidad entre los Dominicos de Castilla durante la primera mitad del siglo XVI. Salamanca, 1941. (=Biblioteca de teólogos españoles, vol. 7.)
— La facultad de teología en la Universidad de Sigüenza. *Revista española de teología*, 2 (1942), 409-469.
— Melchor Cano en la Universidad de Salamanca. *La Ciencia Tomista*, 48, (1933), 178-208.
— El Maestro Juan de la Peña, O. P. *La Ciencia Tomista*, 53, (1935), 40-60; 145-178 y 54 (1936), 5-31.
*BERNARD, Henri, S. I.—Essai historique sur les Exercices spirituels de Saint Ignace depuis la conversion d'Ignace (1521) jusqu'à la publication du Directoire (1599). Louvain, 1926 (= Museum Lessianum. Section ascétique et mystique n.° 21.)
BERNARD, Paul, S. I.—Une importante découverte. Le texte original du Directoire de S. Ignace. *Etudes*, 152 (1917), 360-364.
BOERO, José, S. I.—TORRE, Ignacio, S. L.—Vida del siervo de Dios Padre Diego, Laynez, tercero de los primeros compañeros de San Ignacio de Loyola en la fundación de la Compañía de Jesús, escrita en lengua italiana por el P. José Boero, Asistente de Italia, traducida, notablemente aumentada y enriquecida de copiosos autógrafos por el P. Ignacio Torre, ambos de la misma Compañía. Tomo I. Barcelona, 1897.
BOHR, Josef, S. I.—Das Direktorium zu den Geistlichen Übungen des hl. Ignatius von Loyola. Seine Geschichte und seine Weisungen. Innsbruck, 1924. (= Exercitienschriften für Priester und Laien. Heft, 10-11).
*BOUVIER, Pierre, S. I.—Directoire composé par Saint Ignace à l'usage de celui qui donne les Exercices et publié pour la première fois. *Recherches de science religiense*, 6 (1916), 248-269.
BRAUNSBERGER, Otto, S. I.—Beati Petri Canisii Societatis Iesu, Epistulae et Acta. Vol I, Friburgo, 1896.
*— De clero Germaniae saeculo XVI. exercitiis adiuto. *C. B. E.*, 61-62, (1920), 88-95).
— Ein Meister des innern Gebets. (Zum Teil nach ungedruckten Quellen). *Stimmen der Zeit*, 105 (1923), 81-91.
*— San Pedro Canisio y los ejercicios. *Manresa*, 1 (1925), 327-339.
BREMOND, Henri.—Ascese ou Oraison. *Revue de Sciences Religieuses*, 1927, (240-259).
— Saint Ignace et les Exercices. *La Vie spirituelle*, 20 (1929). Supplément [1-47; 73-111; 147-190].

*Brou, Alexandre, S. I.—Les Exercices spirituels de Saint Ignace de Loyola. Histoire et psychologie. París, 1922.

*Brou, Alexander, S. I.—Zeiger, Ivo, S. I.—Seelisches Werden und erstes Wirken der Exerzitien. Ein psychologischgeschichtlicher Beitrag. Nach dem Studien von A. Brou bearbeitet von I. Zeiger. Innsbruck, 1925. (=Exerzitienschriften für Priester und Laien. Heft, 17).

Browe, Peter, S. I.—Die Kommunion der Heiligen im Mittelalter. *Stimmen der Zeit*, 117 (1929), 425-437).

Buck, Joseph M. de, S. I.—Jean d'Avila et ses Oeuvres (1500-1569). *Nouvelle Revue Téologique*, 55 (1928), 30-49.

Buonfiglio e Costanzo, Gioseppe.—Messina città nobilissima descritta in VIII libri. Venetia, 1606.

Caballero, Fermín.—Conquenses ilustres, II. Melchor Cano. Madrid, 1871.

Calveras, José, S. I.—Qué fruto se ha de sacar de los ejercicios de San Ignacio. Texto para cursillos de ejercicios. Barcelona, 1941. (= Biblioteca de ejercicios «Manresa». S. II, V. 1.)

*Calveras, José, S. I.—Ejercicios espirituales, Directorio y Documentos de San Ignacio de Loyola. Glosa y vocabulario de los ejercicios. Barcelona, 1944.

Cartas jesuíticas.—Publicações da Academia Brasileira. Colecçao «Afranio Peixoto»: I. Manuel da Nôbrega. Cartas do Brasil (1549-1560). Río de Janeiro, 1931.—II. Cartas avulsas (1550-1568). Río de Janeiro, 1931. III. Cartas. Informações, Fragmentos históricos e Sermões do Padre Joseph Anchieta, S. I. (1554-1594). Río, 1933.

*Casanovas, Ignacio, S. I.—Transformación espiritual de San Ignacio por los Ejercicios. *Manresa*, 1 (1925), 5-17.

*— S. Ignasi, model de les Eleccions. (Explanaciò dels Exercicis espirituals de Sant Ignasi de Loyola, T. VII. Barcelona, 1934, 127-198).

*— La vocació del P. Jeromi Nadal en las eleccions dels Exercicis. (Explanació dels Exercicis spirituals de Sant Ignasi. Biblioteca d'exercicis, VII. Barcelona, 1934, 199-282).

Castro, Christóval de, S. I.—Historia del Colegio complutense de la Compañía de Jesús. 2 vol. El segundo escrito por el P. Alfonso Ezquerra. *Manuscrito de la Biblioteca del Instituto, S. I.*

Castro-Ezquerra.—Citamos así el 2.° volumen de la obra anterior.

Cavallera, Ferdinand, S. I.—La retraite d'après les exercices. (Apéndice). *RAM*, 10 (1929), 302-322.

*C. E.—Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio en Alemania. *Manresa*, 6 (1930), 75-88.

Celi, G., S. I.—Per la storia della comunione frequente. *Civiltà cattolica*, (1910) II, 445-459.

Chaurand Honoré, S. I.—La Maison de retraites de Vannes au xvii siècle. Enghien-Paris, 1906 (= C. B. E. n.° 2).

Cienfuegos, Alvaro, S. I.—La heroyca vida, virtudes y milagros del grande San Francisco de Borja. Madrid, 1717.

Çisneros, García de, O. S. B.—Ejercitatorio de la Vida espiritual compuesto por V. P. García de Cisneros, O. S. B. Edición Curiel. Barcelona, 1912.

Claudio de Jesùs crucificado, O. C. D.—San Ignacio de Loyola formador de conciencias. El Monte Carmelo, Burgos, 40 (1936) 167-172; 214-219; 260-265.

Codina, Arturo, S. I.—Flexibilidad de los ejercicios de San Ignacio de Loyola. *Manresa*, 1 (1925) 18-24;

*— Los orígenes de los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola. Estudio histórico. Barcelona, 1926. (= Biblioteca histórica de la Biblioteca Balmes. Serie II, vol. 1).

— Qué contenían los ejercicios al salir San Ignacio de Manresa. *Manresa*, 2 (1926); 44-56; 140-149.

— Sobre los orígenes de los ejercicios. *Manresa*, 3 (1927), 225-250.

— Los ejercicios espirituales de San Ignacio y las Constituciones de la Compañía de Jesús. *Manresa*, 8 (1932), 133-147; 245-262.

— La estancia de San Ignacio en el convento de San Esteban, O. P. de Salamanca. AHSI, 4 (1935) 111-123.
*— Del Directorio del P. Vitoria para los ejercicios de San Ignacio, *Manresa* 12 (1936) 45-61.
COLUNGA, Emilio, O. P.—Intelectualistas y místicos en la teología española en el siglo XVI. *Ciencia Tomista* 9 (1914) 209-221; 377-394 y 10 (1914) 223.
CREIXELL, Juan, S. I.—San Ignacio de Loyola. Estudio crítico y documentado de los hechos ignacianos relacionados con Montserrat, Manresa y Barcelona. Barcelona, 1922, 1 vol.
DANTSCHER, Antón, S. I.—Peter Faber, ein Meister des Gebets. *ZAM*, 5 (1930) 174-176.
*DEBUCHY, Paul, S. I.—La première édition des «Exercices» de Saint Ignace. *Etudes*, 126 (1911) 805-809.
DIAGO, Francisco, O. P.—Historia de la provincia de Aragón de la Orden de predicadores desde su origen y principio hasta el año de mil y seiscientos. Barcelona, 1599.
*DIERTINS, Ignacio, S. I.—Historia exercitiorum spiritualium S. P. Ignatii de Loyola. Roma, 1700.
DONCOEUR, Paul, S. I.—San Ignace et la directión des âmes. *La Vie spirituelle*, 48 (1936) 48-54.
DUDON, Paul, S. I.—Saint Ignace de Loyola, París, 1934 .
— Saint Ignace et l'oraison dans la Compagnie de Jésus, *RAM*, 15 (1934) 245-257.
DUHR, Bernhard, S. I.—Quellen zu einer Biographie des Kardinals Otto Truchsses von Waldburg. *Historisches Jahrbuch*, 7 (1866) 177-209.
— Geschichte der Jesuiten in den Ländern deutscher Zunge, I. vol. Freiburg in Br., 1907.
*ESTEFANIA, José María de, S. I.—San Ignacio y los ejercicios. *Revista internacional de estudios vascos*, 22 (1931) 304-309.
EUBEL. Cf. GULIK.
FARREL, Allan P., S. I.—The Jesuit Code of Liberal Education, Milwaukee, 1938.
FERNÀNDEZ DE BÉTHANCOURT, Francisco.—Historia genealógica y heráldica de la monarquía española, Casa real y Grandes de España. Madrid, 10 vol. 1897-1921.
FEYLES, Gabriele, Salesiano.—Serafino da Fermo canonico regolare lateranense (1496-1540). Torino, 1941.
FOUQUERAY, Henri, S. I.—Histoire de la Compagnie de Jésus en France, vol, 1, París, 1910.
FRANCISCO DE BORJA, (San).—Obras del siervo de Dios Beato Francisco de Borja, recopiladas por el P. Juan Eusebio Nieremberg. Barcelona, 1882.
FRÍAS, Lesmes, S. I.—La Profesión del Duque de Gandía. Ampliación y rectificaciones de los historiadores según las fuentes. *AHSI* 5 (1936) 106-114.
FROIS, Luis, S. I.—SCHURHAMMER Georg S. I.—Die Geschichte Japans (1549-1578) übersetz und kommentiert von G. Schurhammer und E. A. Voretezsch, Leipzig, 1926.
FUGACCIA, Luigi.—Padre Silvestro Landini, S. I. Apostolo della Corsica 1503-1554, Vicencia, 1942.
GARCÍA-VILLOSLADA, Ricardo, S. I.—San Ignacio de Loyola y Erasmo de Rotterdam. *Estudios Eclesiásticos*, 16 (1942) 235-264; 399-426; 17 (1943) 75-103.
*GRANERO, Jesús María, S. I.—San Ignacio, Maestro de los Directores de ejercicios. *Estudios sobre ejercicios.* Semana de Loyola, Julio, 1941 pág. 503-504). (Tan sólo la finalidad del trabajo y el índice) [Ed. Privada].
GRAUSEM, J. P., S. I.—Le «De Contemplatione» du chartreux Gurgues du Pont († 1297) *RAM*, 10 (1929) 259-289.
GREVEN, Joseph.—Die Kölner Karthause und die Anfänge der Katholischen Reform in Deutschland. Münster, 1935. (=Katholisches Leben und Kämpfen in Zeitalter des Glaubensspaltung 6).
GROULT, Pierre.—Les mystiques des Pays-Bas et la littérature espagnole du seizième siècle. Lovaina, 1927. (=Recueil de travaux publiés par les membres des Conferences d'Histoire et de Philologie. 2 me. série, 9 me Fascicule).

GUIBERT, Joseph de, S. I.—Mystique ignatienne. A propos du «Journal spirituel» de Saint Ignace de Loyola. *RAM* 19 (1938) 3-22; 113-140.
— Comment San Ignace a compris et réalisé la formation de ses disciples. Gregorianum, 21 (1940) 309-349.
— Spiritualité des exercices et spiritualité de la Compagnie de Jésus. *RAM* 21 (1940) 225-241.
— I tratti caratteristici della spiritualitá di San Ignazio. *Civiltá cattolica* 90, III (1940) 105-119.

GULIK, Guillelmus van.—EUBEL, Conradus.—Hierarchia catholica medii aevi. Vol. III. Monasterii, 1910.
GUZMÁN, Pedro de.—Historia de la Compañía de Jesús de la provincia de Castilla la Vieja. *Ms. del A. R.* Cast. 35.
HANSEN, Joseph.—Rheinische Akten zur Geschichte des Jesuiten-ordens, 1542-1582, Bonn, 1896. (=Publikationem der Gesellschaft fùr Rheinische Geschichtskunde XIV).
HARMET L.—La doctrine spirituelle de Louis de Blois. *Revue litt et monastique* 18 (1933) 193-204.
*HERNÁNDEZ, Eusebio, S. I.—«Los ejercicios espirituales de Verronio». Manresa 5 (1929) 184-205.
HERNÁNDEZ, Pablo, S. I.—Un testimonio notable de Santo Tomás de Villanueva en elogio de la Compañía de Jesús, *Razón y Fe*, 46 (1916) 427-429.
HERTLING, Ludwig von, S. I.—De usu nominis exercitiorum spiritualium ante S. P. Ignatium. *AHSI*, 2 (1933) 316-318.
Historias del Colegio de la Compañía de Jesús de Granada y de Valencia. *Manuscritos del archivo de la prov. de Toledo.*
HURTER, Hugo, S. I.—Nomenclator litterarius theologiae catholicae theologos exhibens aetate, natione, disciplina distinctos. 4 vol. Oeniponte, 1903-1910.
HYMA, Albert.—The christian Renaissance. A History of the «Devotio Moderna». New York, 1925.
JOSÉ DE JESÚS CRUCIFICADO, O. C. D.—Aspecto cultural de San Juan de la Cruz. (=*Sanjuanistica.* Studia a professoribus facultatis theologicae O. C. D. edita. Roma, 1943).
KETTENMEYER, J. B., S. I.—Aufzeichnungen des Kölner Kartäuser Priors Kalckbrenner über den sel. Peter Faber. *AHSI* 8 (1939) 86-102.
KLEISER, Alfons, S. I.—Ein Seeleneroberer. Lebenserinnerungen des ersten flämischen Jesuiten Kornelius Wischaven. Paderborn, 1930.
*LATOR, Fermín, S. I.—Los ejercicios espirituales y el diario espiritual de San Ignacio, *Estudios sobre ejercicios.* Semana de Loyola, 1941, pág. 505-523. [Ed. privada]
*L(ECHAT), R., S. I.—La «conversión» de San André Avellin. *Analecta Bollandiana* 41 (1923) 139-148.
LEITE, Serafim, S. I.—As primeiras escolas do Brasil. Río de Janeiro, 1934.
— História da Companhia de Jesus no Brasil, vol. I, Lisboa,—Río de Janeiro, 1938.

LETURIA, Pedro, S. I.—Nuevos datos sobre San Ignacio. La labor de Polanco y Nadal en los orígenes de la biografía ignaciana. Bilbao, 1925.
— El influjo de San Onofre en San Ignacio a base de un texto inédito de Nadal. *Manresa*, 2 (1926) 224-238.
— La nueva e importantísima obra del P. Codina sobre el origen de los ejercicios. *Manresa* 3 (1927) 44-55.
— El «Reino de Cristo» y los prólogos del Flos Sanctorum de Loyola, *Manresa*, 4 (1928) 334-349.
— Apuntes ignacianos. A propósito de una amigable polémica con D. José María Salaverría. Madrid (1930).
— La hora matutina de meditación en la Compañía naciente. *AHSI*, 3 (1934) 47-108.
— La «Devotio moderna» en el Montserrat de San Ignacio. *Razón y Fe*, 111 (1936) 371-385.
— San Ignacio en Montserrat, *Manresa*, 12 (1936) 153-167.

— La primera misa de San Ignacio de Loyola y sus relaciones con la fundación de la Compañía. *Manresa*, 12 (1940) 63-74.

— Perchè la Compagnia di Gesù divenne un Ordine insegnante. *Gregorianum*, 21 (1940) 350-382.

— La primera misa de San Ignacio de Loyola y sus relaciones con la fundación de la Compañía de Jesús. *Manresa*, 12 (1940) 63-74.

— El gentilhombre Iñigo López de Loyola. 2.ª ed. Barcelona, 1941 (=Colección pro Ecclesia et Patria, n.° 20).

*— Génesis de los ejercicios de San Ignacio y su influjo en la fundación de la Compañía de Jesús (1521-1540). (Reproducción retocada del *AHSI*, 10 (1941) 16-59. Oña, 1941).

— Alle fonti della «Romanità» della Compagnia di Gesù (1534-1541). *La Civiltá Cattolica*, 99, II (1941) 81-93; 179-186.

— Sentido verdadero en la Iglesia militante. *Gregorianum*, 23 (1942) 137-168.

LOPETEGUI, León, S. I.—El Padre José de Acosta, S. I. y las misiones. Madrid, 1942.

— Antonio Possevino, S. I. promotor de los Ejercicios. *Manresa*, 16 (1944) 359-371.

LUGANO, Plácido, Ab. O. S. B.—L'Italia benedittina, Roma, 1929.

LLORCA, Bernardino, S. I.—Los alumbrados españoles en los siglos XVI y XVII. *Razón y Fe*, 105 (1933) 323-342; 467-485.

— Die spanische Inquisition und die «Alumbrados». Berlin und Bonn, 1934.

— La Beata de Piedrahita, ¿fué o no fué alumbrada? *Manresa*, 14 (1942) 46-62.

MALAXECHEVERRIA, José, S. I.—El Doctor Martín de Olabe, discípulo aprovechado y fiel intérprete de San Ignacio. Estudio histórico. Roma, 1940.

MANAREO, Oliverius, S. I.-De rebus Societatis Jesu Commentarius. Florentiae, 1886.

— De vita et moribus Everardi Mercuriani Praepositi Generalis Societatis Jesu. Bruxellis, 1882.

MARCH, José María, S. I.—San Ignacio de Loyola y el Beato Ramón Lull. Semejanzas doctrinales. *Manresa*, 2 (1926) 333-350.

— Niñez y juventud de Felipe II. Documentos inéditos sobre su educación civil, literaria y religiosa, y su iniciación al Gobierno (1527-1547), 2 vol. Madrid 1941-1942.

**MARIN CANUTUS, Hilarius, S. I.—Spiritualia exercitia secundum Romanorum Pontificum documenta. Barcelona, 1941. (=Bibliotheca «Manresa» Ser. III. Documenta. vol I).

MIERT L., van.—Over het veelwuldig communiceeren in vroeger eeuwen in de Nederlanden. Studiën, 96 (1921) 18-32.

Monumenta Historica Societatis Iesu. 69 vol. Matriti, 1894 ss; Roma, 1933 ss. (Véase en la página 14 en las siglas, los volúmenes que usamos de esta colección).

NICOLAU, Miguel, S. I.—Los escritos espirituales de Jerónimo Nadal (1507-1580). *Archivo Teológico Granadino*, 5 (1942) 29-62.

*— El P. Jerónimo Nadal (1507-1580) y los Ejercicios espirituales de San Ignacio. *Estudios Eclesiásticos*, 16 (1942) 99-133.

*— Pláticas espirituales del P. Jerónimo Nadal, S. I., en Coimbra (1561), editadas por...—Granada, 1945. (=Biblioteca Teológica Granadina, S. I. 2)

Nomi e Cognomi dei Padri e Fratelli Professi della Congregazione dei Chierici Regolari. Roma, 1762.

ORLANDINUS, Nicolaus, S. I.—Historiae Societatis Iesu Pars prima, sive Ignatius. Antverpiae, 1620.

PASTOR, Ludwig von.—Geschichte der Päpste seit dem Ausgang des Mittelalters, 16 vol. Freiburg in Br., 1891-1931.

PAULUS N.—Michael Helding. Ein Prediger und Bischof des 16. Jahrhunderts. *Der Katholik*, 74 (1894, II) 419-424.

PEREIRA, Esteves.—RODRIGUES, Guilherme.—Portugal: Diccionario histórico chorográfico, biográfico, bibliographico, heráldico, numismático e artístico. 7 vol. Lisboa, 1904-1915.

PIMENTA, Alfredo.—J. João, III. Porto, 1936.

PLAZA, Carlos G., S. I.—Contemplando en todo a Dios. Madrid (1944) (=Estudios Onienses, S. III. V. II).

PONNELLE, Louis—BORDET, Louis.—Saint Philippe Néri et la Société romaine de son temps. (1515-1595). París, 1929.
PORRES, Francisco de.—Primera parte de la Historia de este Colegio de la Compañía de Jesús de Madrid, dividida en once Libros, en los cuales se contienen las cosas memorables que han sucedido en él desde el año 1545 que vinieron los primeros Padres de la Compañía a esta villa de Madrid hasta el año de 1600 en que se da fin a esta primera parte de esta Historia. *Manuscrito de la Biblioteca del Instituto Histórico, S. I.*
POURRAT, P.—La Spiritualité chrétienne, 4 vol. París 1927-1931.
PRA, M.—Guillaume Du Prat Evêque de Clermont et les premières Fondations des Jésuites en France. Riom, 1914.
QUERA, Manuel, S. I.—El origen sobrenatural de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Barcelona, 1941.
RAHNER, Hugo, S. I.—Die Mystik des hl. Ignatius und der Inhalt der Vision von La Storta. *ZAM*, 10 (1935) 202-220.
— Die ignatianische Mystik der Weltfreudigkeit, *ZAM*, 12 (1937) 121-137.
REIFFENBERG, Fridericus, S. I.—Historia Societatis Iesu ad Rhenum Inferiorem. 1 vol. Coloniae Aggripinae, 1764.
RIBADENEIRA, Pedro, S. I.—Vida del P. Maestro Diego Laynez, que fué uno de los compañeros del padre maestro Ignacio de Loyola en fundar la Compañía de Jesús y el segundo Prepósito general de ella. Madrid 1594.
— Obras del P. Pedro de Ribadeneyra de la Compañía de Jesús. Madrid, 1605.
— Vida del Bienaventurado Padre Ignacio de Loyola fundador de la religión de la Compañía de Jesús. Madrid 1880.
— Historia de la Compañía de Jesús en las provincias de España y parte de las del Perú, Nueva España y Philipinas. *Manuscrito del A. R. Hisp. 94.* La citamos bajo la denominación de Historia de la Asistencia de España.
— Persecuciones. (Cf. Ri I, XXIX). cod. 369 del archiv. de la prov. de Toledo.
RICHSTAETTER, Karl.—Deutsche Mystik und Ignatianische Aszese im Innenleben des hl. Petrus Canisius. *ZAM*, 1 (1926) 25-37.
RINALDI, Ernesto, S. I.—La fondazione del Colegio romano. Memorie storiche. Arezzo, 1914.
RODRIGUES, Francisco, S. I.—História da Companhia de Jesus na Assistencia de Portugal, vol. I, II. Porto, 1931-1938.
*ROQUETTE, R., S. I.—Le Directoire des Exercices. Histoire du texte. *RAM*, 14. (1933) 395-408.
SACCHINUS, Franciscus, S. I.—De vita et rebus gestis P. Petri Canisii de Societate Iesu Commentarii. Ingolstadt, 1616.
SAMMARTHANUS, Dyonisius, O. S. B., etc.—Gallia christiana in provincias ecclesiasticas distributa. 16 vol. Parisiis, 1716-1765.
SAUDREAU, Auguste.—Le mouvement antimystique en Espagne au XVII. siècle et l'altération de la doctrine traditionelle. *Revue du Clergé Francais*, 91 (1917) 193-206.
— La pieté à travers les âges. Simple esquisse historique. Angers, 1927.
SCHINOSI, Francesco, S. I.—Istoria della Compagnia di Gesù appartenente al regno di Napoli. Parte prima. In Napoli, 1706.
SCHMITZ, Wilhelm, S. I.—Der Empfgang der hl. Sacramente gegen Ende der Mittelalters. *Stimmen aus Maria Laach*, 38 (1890) 540-556; 39 (1890) 30-45.
SCHROEDER, Fridericus, S. I.—Monumenta quae spectant primordia Collegii Germanici et Hungarici, collecta et illustrata a Friderico Schroeder, S. I. Roma, 1896.
SCHRÖTELER, Josef, S. I.—Die Erziehung in den Jesuiteninternaten des 16. Jahrhunderts. Freiburg im Breisgau, 1940.
SCHURHAMMER, Georg, S. I.—Der hl. Franz Xaver Apostel von Indien und Japan. Freiburg im Br. 1925.
— Die Disputationen des P. Cosme de Torres, S. I. mit den Buddhisten in Yamaguchi im Jahre 1551. Tokyo 1929.
— Die zeitgenössischen Quellen zur Geschichte Portugiesisch-Asiens und

seiner Nachbarländer zur Zeit des Hl. Franz Xaver (1538-1552) Leipzig 1932 (= Veröffentlichungen der Katholischen Universität Jôchi Daigaku, Tokyo. Xaveriusreihe Bd. I).
— Die Anfänge des römischen Archivs der Gesellschaft Jesu, *AHSI*, 12 (1943) 89-118.
SIGÜENZA, José.—Historia de la Orden de San Jerónimo, 2.ª ed. publicada con un elogio de Fr. José de Sigüenza por D. Juan Catalina García. Madrid, 1907-1919... 2 vol. (=Nueva Biblioteca de Autores españoles, vol 8).
SOUSA, Antonio Caetano, cler. reg.—Historia genealógica da Casa Real portugueza desde a sua origem até o presente, com as Familias illustres, que procedem dos Reys, e dos Serenissmos Duques de Bragança justificada con instrumentos, e Escritores de inviolavel fé. 19 vol. Lisboa, 1735-1749.
SOUZA, Francisco, S. I.—Oriente conquistado a Jesus Christo pelos Padres da Companhia de Jesús 1.ª P. Bombay, 1881-1882.
*SUBIRA, J. M., S. I.—El Breve «Pastoralis Officii» de Paulo III. *Manresa*, 2 (1926) 57-65.
TACCHI VENTURI, Pietro, S. I.—Storia della Compagnia di Gesù in Italia narrata col sussidio di fonti inedite. 2 vol. Roma, 1931 (2.ª ed.), 1922.
— L'Azione di San Ignazio di Loiola nella vita italiana del cinquecento. *Atti dell'Accademia degli Arcadi*, 14 (1930-1931).
— San Ignazio di Loiola apostolo di Roma. *Roma*, 18 (1940) 245-246.
TELLEZ, Balthazar, S. I.—Chronica da Companhia de Iesu na provincia de Portugal... Lisboa, 1645.
TEMIÑO SÁIZ, Angel, Pbro.—Bartolomé Torres, teólogo. Contribución al estudio del Renacimiento teológico español del siglo XVI. *Revista española de teologia* 1, (1941) 55-137.
TEOLI, Antonio, O. P.—Storia della vita e del culto de San Vicenzo Ferreiro. Di nuovo publicata da Gio. Battista Marini. Roma, 1826.
TERESA DE JESÚS, (Santa).—Obras de Santa Teresa de Jesús editadas y anotadas por el P. Silverio de Santa Teresa, C. D. Tomo 6.º Burgos, 1919 (= Biblioteca mística carmelitana).
TORMO, Elías.—Los Gerónimos. Madrid, 1919. (= Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción del Excmo. Sr. D. Elías Tormo y Monzó el día 12 de enero de 1919).
UGHELLUS, Ferdinandus, O. Cist.—Italia sacra, sive de Episcopis Italiae et Insularum adiacentium. Editio secunda, aucta et emendata cura et studio Nicolai Coleti, 10 vol. Venetiis, 1717-1722.
URRIZA, Juan, S. I.—La preclara facultad de artes y filosofía de la Universidad de Alcalá de Henares en el Siglo de Oro 1509-1621, Madrid, 1942.
VALDIVIA, Luis, S. I.—Historia de los Colegios de la Compañía de Jesús de la Provincia de Castilla. *Manuscrito en el Archivo de la Prov. de Toledo, S. I.*
*VALLE, Antonio, S. I.—Los Directorios de los Ejercicios. *Manresa*, 3 (1927) 326-334 y 4 (1928) 41-49.
VALMERANA, Luiggi, S. I.—SCHURHAMMER G.—Leben und Briefe Antonio Criminali des erstlingsmärtyrers der Gesellschaft Jesu von P. Valmerana herausgegeben von Georg Schurhammer, S. I. *AHSI* 5 (1936) 231-267.
VÁZQUEZ, Dionisio, S. I.—Vida de San Francisco de Borja. Cf. *AR*. Vitae, 80.
*VILLER, Marcel, S. I.—Le XVIIe siècle et l'origine des retraites spirituelles. *RAM*, 9 (1928) 139-162; 359-384.
VIRNICH, Thérese.—Leonhard Kessel, der erste Oberer der Kölner Jesuiten-Niederlassung (1544-1574). *Annalen des Historischen Vereins fur den Niderrhein*. 90 (1911), 1-37.
WATRIGANT, Henry, S. I.—La Genèse des Exercices de Saint Ignace de Loyola. Amiens, 1897.
— De examine conscientiae iuxta Ecclesiae Patres, Sanctum Thomam et Fratres Vitae communis. Enghien-Paris, 1909 (= *C. B. E.* n. 23).
— La méditation méthodique et l'école des frères de la vie commune. *RAM*, 3 (1922), 134-135.
— La méditation mèthodique et Jean Mauburnus. *RAM*, 4 (1923) 13-29.
*WERRO, Sebastián, Cf. HERNÁNDEZ. E. Los ejercicios espirituales.

Zarco cuevas, Julián, O. E. S. A.—España y la Comunión frecuente y diaria en los siglos xvi y xvii. (Memoria presentada en el XXII Congreso Eucarístico Internacional, Madrid, 1911). *Ciudad de Dios*, 87 (1911) 128-134; 251-255 y 88 (1912) 46-48.

Zarncke, Lilly, Die Exercitia spiritualia des Ignatius von Loyola in ihren geistesgeschichtlichen Zusammenhängen, Leipzig, 1931 (= Schriften des Vereins für Reformationsgeschichte, Jahrg. 40, Heft. 1)

INTRODUCCIÓN

I. NOTAS CARACTERÍSTICAS DE LOS EJERCICIOS.

1. El intento de nuestra obra, aparece nítido en el título. No pretendemos estudiar el origen y naturaleza del libro de los ejercicios sino tan sólo ver cómo se practicaban éstos en el corto período de la vida de su autor.

Sin embargo, no se puede penetrar a fondo en esta práctica sin tener alguna idea, aunque sea somera, de la índole de los ejercicios ignacianos y del modo con que su autor los compuso. Por ello, a modo de introducción, resumiremos las conclusiones a que han llegado en estos dos puntos los especialistas y pasaremos luego a precisar las fuentes en que basamos nuestro estudio.

El mismo San Ignacio nos describe con toda precisión la índole de sus ejercicios, en las 20 anotaciones con que abre el libro. Se pueden compendiar en tres elementos sus diversas notas características: un proceso gradual y ordenado de las operaciones espirituales que tiende a desarraigar del alma todos los afectos desordenados, capacitándola para que sienta la divina voluntad y la practique; el efectuarse ese proceso durante un tiempo determinado en especial retiro, y finalmente el que todo el trabajo no se realiza de modo uniforme y por decirlo así mecánico y pasivo, sino a través de un director que regula conforme a las normas del libro, la actividad vital del ejercitante. En otras palabras: oración metódica, retiro, dirección.

Los tres elementos existen por separado antes de San Ignacio, al menos en germen. Lo que se consideró como nuevo ya en su tiempo y lo que siempre se ha mostrado como realmente nuevo y fecundo, es su fusión original y armoniosa.

2. Las operaciones espirituales se sistematizaron durante la Edad Media formando con ellas una serie continuada y escalonada de ejercicios; se comenzaba por la lectura espiritual, se continuaba con la meditación de lo leído para pedir después a Dios la gracia de obtener lo meditado. Por fin se detenía uno en la contemplación elevada de lo meditado y pedido. Así el cartujo Guidón I († 1137) (1) recogiendo la práctica plurisecular del monaquismo y el melifluo cartujo Ludolfo de Sajonia († 1377) en su célebre *Vida de Cristo,* que no es un libro de mera lectura espiritual sino un manual de meditación y contemplación (2).

(1) Pourrat, III, I, p. 11ág. Texto en PL. 184, 476.
(2) Grausen, 259-289.

A fines del siglo xiv los promotores de la meditación metódica en la Devotio moderna no se detuvieron en las mismas operaciones, sino que por medio de ellas aspiraron a conseguir la pureza del corazón y la reforma de vida, escalonando los diversos ejercicios espirituales (así se llamaban ya de antes, pero en esta época empezó a familiarizarse mucho más este nombre) (3) por las vías purgativa e iluminativa hasta llegar a la unión por el amor divino. Empiezan en este ambiente y con este objeto a componerse tratados propios, como el *De spiritualibus ascensionibus*, de Gerardo de Zutphen († 1398); septenarios de meditaciones como el de Luis Barbo, fundador de la Congregación benedictina de Santa Justina de Padua († 1443) y aun enteras enciclopedias espirituales como el *Rosetum Exercitiorum spiritualium*, de Mombaer o Maurburnus († 1494).

En España culmina este movimiento en el *Ejercitatorio,* del abad de Montserrat García de Cisneros (4). Estos autores de tendencia netamente práctica, insisten especialmente en el examen diario de conciencia practicado ya desde San Basilio entre los monjes (5).

San Ignacio aprovecha todos estos elementos que llegaron hasta él principalmente en las lecturas de la convalecencia de Loyola y a través de Montserrat (6) y los perfecciona. En los ejercicios se sirve del examen, meditación, oración, contemplación dirigidos a purificar el corazón, a quitar las aficiones desordenadas, y una vez quitadas, hallar la voluntad de Dios en todas las cosas particulares, pero principalmente en la disposición o elección de vida. Ningún género de oración, por elevado y místico que sea, se excluye (7).

El fin último de todo el proceso y también de la oración elevada —si Dios se digna comunicar al alma este inestimable don— será el buscar, hallar y ejecutar la divina voluntad en el completo servicio amoroso de Dios Nuestro Criador y Señor (8). Es ésta la contraseña más característica de la oración y espiritualidad ignacianas. La iluminada Santa Teresa con ojo certero las calificó precisamente por esta nota en sus famosos vejámenes al responder a San Juan de la Cruz (9).

3. Los ejercicios así entendidos pueden practicarse «fuera de ejercicios», es decir, entrelazados con las ocupaciones ordinarias de la vida. Pero cuando se habla de «hacer ejercicios» y de práctica de ejercicios ignacianos, se supone una concentración más intensa y refleja de la que exigen de por sí aquellas operaciones espirituales. Se añade otro elemento: cierto aislamiento de la vida ordinaria.

Tampoco en este campo fué San Ignacio, ni podía serlo, un creador. El arzobispo de Granada don Pedro Guerrero, célebre por su saber teológico y por su pujante acción reformatoria en el Concilio de Trento,

---

(3) Hertling, *De usu nominis*, 316.
(4) P. Leturia, *La Devotio Moderna*, 373-382.
(5) Cf. Watrigant, *De examine conscienciae*.
(6) P. Leturia, *El Gentilhombre*, 154-160; 244-248.
(7) Cf. Peeters, *Vers l'union divine par les Exercices de Saint Ignace de Loyole*.
(8) Véase cómo caracteriza en este sentido la mística de San Ignacio el P. de Guibert. *Mystique ignatienne*, 135-140.
(9) Obras, VI, 67.

defendió de un modo original los ejercicios de la Compañía de Jesús en un sermón tenido en Granada el 23 de febrero de 1556. Si se me pregunta (dijo) «a qué había ido Cristo Nuestro Señor al desierto, digo que a hacer ejercicios, porque entienda el mundo que no son cosa nueva». Y si otra vez se me pregunta «qué necesidad tenía Cristo de ejercicios, respondo que ninguna, mas que los había él hecho para dar ejemplo a todos que los hiciesen». Y el P. Bustamante, que lo refiere, termina el episodio con estas palabras: «Y cargó la mano en mostrar cuán necesarios son».

No fué ésta una improvisación oratoria. El P. Marcel Viller ha probado en un estudio luminoso (10), que fué precisamente ese ejemplo de Cristo el que dió origen a los primeros «retiros» cuadragesimales en la antigua Iglesia. No se trataba meramente de la mayor oración y penitencia que durante la cuaresma hacían todos los fieles y en especial los ascetas y las vírgenes, sino de grupos selectos que se retiraban aquellos cuarenta días a sitios solitarios para vacar enteramente a Dios. Sobre todo a partir del siglo v, en Egipto, en Palestina, en Bretaña, en Francia e Italia se repiten en Crónicas y Tratados, los nombres de Obispos, abades, monjes y seglares que por aquel tiempo hacían vida eremítica, volviendo luego espiritualmente restaurados a su vida social o monástica ordinaria. En los siglos vii y viii se diría ya que es general esa práctica (11). De aquí que en las cercanías de las grandes abadías medievales abunden esas ermitas y cuevas (tenemos presente el ejemplo de San Salvador de Oña), destinadas a tan santo uso. Porque no es ya sólo el retiro cuaresmero. Muchos monjes lo usan después de su profesión religiosa durante siete días. Varones espirituales se retiran a lugar apartado para obtener alguna gracia especial o prepararse a la investidura de un cargo importante. Los simples fieles imitan a su modo esta práctica en sus «novenas» de devoción a sus santos predilectos (12).

Tal vez no frecuente, pero sí más significativa, se presenta esta práctica cuando, a partir de fines del siglo xiii, la vida social y política de Europa empieza a perder en fuertes dosis su espíritu eclesiástico y cristiano y va tomando el sesgo laico y naturalista que acabará por desembocar en las catástrofes del siglo xvi. Es entonces cuando se organiza la meditación cuotidiana metódica, de la que hemos hablado ya, como remedio diario contra la disipación terrible de la vida (13) y cuando en los movimientos de reforma de las antiguas Ordenes, se forman los «Desiertos», conventos de retiro y mayor penitencia; pero además se ve a seglares sedientos de reposo espiritual, o necesitados de la concentración sobrenatural del espíritu para dedicarse nuevamente a la vida activa, recogerse por algún tiempo a los conventos de los más austeros religiosos, en especial de los cartujos. Es típico el ejemplo del primer promotor de la *Devotio moderna* Gerardo

(10) M. Viller, *Le XVIIème siècle et l'origine des retraites spirituelles*. En este punto me baso principalmente en este trabajo.
(11) M. Viller, 150-162.
(12) M. Viller, 359-371.
(13) Cf. P. Leturia, *La Devotio Moderna*, pág. 376, nota 23.

Groot († 1384), en la Cartuja de Colonia, de la cual salió no sólo convertido sino transformado en apóstol (14). La hospedería de los benedictinos de Montserrat, en la que a principios del siglo XVI se acogía y mantenía gratuitamente por tres días a los peregrinos que quisieran hacer una buena confesión general y darse a la oración (15), es otro ejemplo bellísimo de lo mismo.

San Ignacio, aceptando plenamente esta práctica inspirada en los santos que le precedieron, la universalizó, encauzó y regularizó en el librito de sus ejercicios. Veremos más adelante cómo en sus páginas se proponen varias dosis de ejercicios, según sean las aptitudes, necesidades y posibilidades de las personas. Según esas dosis, es también el grado de soledad y apartamiento que se requiere. Pero donde se hagan completos y rigurosos, el aislamiento ha de ser total, de modo que el ejercitante fuera del paso a la iglesia para la misa y las vísperas (porque San Ignacio conserva este contacto con la piedad social litúrgica mediante las vísperas corales), en todo lo demás ha de separarse de amigos, conocidos, negocios y aun de la propia casa, concentrándose en sí mismo y no viendo ni tratando a poder ser otras personas que la del director o algún encargado suyo; más aún: ni siendo visto de ellas especialmente durante las elecciones (16). Parecidas son las precauciones cuanto al tiempo que ha de durar el retiro. Será mayor o menor según el género de ejercicios que se hagan y del aislamiento con que se practiquen, pero los ejercicios rigurosos y completos durarán generalmente, poco más o menos, un mes.

4. La tercera peculiaridad de los ejercicios ignacianos es que no solamente no se leen, ni propiamente se hacen según una pauta fija y mecánica, sino que entre el ejercitante y el libro se interpone una persona: *el director*, que indica, ordena y regula la materia de las operaciones.

Creemos que es éste el aspecto en que San Ignacio se muestra más innovador. De ningún modo queremos decir con esto que San Ignacio introdujo el director espiritual en la práctica de la oración. Los Padres del desierto hablan ya de él ensalzando su importancia. Insisten más todavía en la necesidad de la dirección espiritual los sistematizadores más modernos de la oración metódica, como —por no citar sino un caso cercano a San Ignacio— García de Cisneros en la práctica de su *Ejercitatorio*. Lo da a entender el libro mismo (17), lo confirman plenamente las *Constituciones* de Montserrat, según las cuales era el maestro de novicios primero y después el director espiritual quien había de dirigir a los monjes jóvenes por las tres vías graduadas del libro (18).

Pero en todos estos casos los consejos o los tratados se dirigen directamente al ejercitante, a quien se le expone directamente en forma completa todo el sistema espiritual.

(14) Cf. Greven, *Die Kölner Karthause*, 8-9.
(15) Cf. Albareda, *St. Ignasi a Montserrat*, 51.
(16) Ex. A., 779, 784, 788.
(17) *Ejercitatorio de la vida espiritual*, c. I, págs. 4-5; cap. XLII, pág. 242.
(18) Cf. Albareda, *St. Ignasi...*, 106-107.

San Ignacio, en cambio, procede de un modo muy diverso. No escribe un libro de lectura para el ejercitante, sino un manual práctico para el director de «sus» ejercicios. La razón de este modo de proceder lo indica el mismo Santo en las primeras anotaciones del libro de los ejercicios. El director es necesario para ver previamente qué partes convienen a uno y cuáles no, y regular según las disposiciones de los ejercitantes lo que ha de practicar cada uno y el modo con que lo ha de realizar. Porque dado la gran diversidad de personas y estados de alma no todo hará bien a todos por igual (Ex. 17).

Desde este punto de vista se comprende que el libro, tan esquemático y conciso, sea un auxiliar necesario para el director y en cambio que pueda resultar un grave escollo para el dirigido. Por eso San Ignacio, acertadamente, reserva el libro para el director.

Nótese con todo que en la idea del Santo aquel hombre que tiene delante del ejercitante es un director subordinado, el cual ha de seguir, no prevenir y mucho menos impedir la acción del director principal, que no es otro que el Espíritu Santo, Señor y Dueño absoluto del alma.

> Porque «en los tales ejercicios espirituales (prescribe el Santo) más conveniente y mucho mejor es, buscando la divina voluntad, que el mismo Creador y Señor se comunique a la su ánima devota, abrasándola en su amor y alabanza y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante. De manera que el que los da no se decante ni se incline a la una parte ni a la otra, mas estando en medio como un peso, deje inmediate obrar al Criador con la criatura y a la criatura con su Criador y Señor» (Ej. 15). «Hacer al contrario (añade el Santo en el Directorio del P. Vitoria) es meter la hoz en la mies de Dios Nuestro Señor, que a la hora se quiere haber con su ánima a beneplácito» (Ex. D. 789).

La combinación armónica de estas tres notas, la polarización de todos los ejercicios a ordenar los afectos hasta hallar y seguir en todo la voluntad divina mediante un trabajo activo y ordenado, el retiro y concentración interior con actos cuidadosamente graduados, la actuación directa e individual del director en todo el proceso, tenían que dar desde el principio a los ejercicios un aspecto y perfil nuevo.

Así sucedió en efecto; y el correr de los siglos no ha hecho sino confirmar esta primera impresión. Tal vez ningún historiador lo ha expresado con más fuerza y acierto que el papa Pío XI, reproduciendo en parte el juicio que años antes había escrito como monseñor Aquiles Ratti.

> «Habiendo Dios suscitado en su Iglesia muchos y muy santos varones, maestros conspicuos de la vida sobrenatural que dieron sabias normas y expusieron métodos ascéticos ora sacados de la divina revelación, ora de la propia experiencia, ya también del tesoro secular de la ascética cristiana, por singular providencia de Dios y por medio de su gran siervo de Dios Ignacio de Loyola nacieron los «Ejercicios espirituales», propiamente dichos: «Tesoro —como los llamaba aquel venerable varón de la ínclita Orden de San Benito, Luis Blosio, citado por San Alfonso María de Ligorio en la bellísima carta «Sobre los Ejercicios en la soledad»—tesoro que

Dios ha manifestado a su Iglesia en estos últimos tiempos, por el cual se le deben rendir muchas acciones de gracias». Y poco después, insistiendo en el método: «Sabido es que entre todos los métodos de Ejercicios espirituales que muy laudablemente se fundan en los principios del tan recto ascetismo cristiano, uno entre todos ha obtenido siempre la primacía que adornado con plenas y repetidas aprobaciones de la Santa Sede y ensalzados con las alabanzas de los varones preclaros en santidad y ciencia del espíritu, ha conseguido grandes frutos de santidad en el espacio de casi cuatro siglos. Nos referimos al método introducido por San Ignacio de Loyola, al que cumple llamar especial y principal Maestro de los ejercicios espirituales, cuyo admirable libro de los ejercicios... sobresalió y se distinguió como código sapientísimo y completamente universal de normas para dirigir las almas por el camino de la salvación y de la perfección, como fuente inexhausta de piedad a la vez brillantísima y solidísima y como fortísimo estímulo y peritísimo maestro para procurar la reforma de las costumbres y alcanzar la cima de la vida espiritual». Y ciertamente: la excelencia de la doctrina espiritual, ajena por completo a los peligros y errores del falso misticismo; la admirable facilidad de acomodar estos Ejercicios a cualquiera situación y estado de los hombres... la unidad orgánica de sus partes; el orden claro y admirable con que se suceden las verdades que se meditan; los documentos espirituales finalmente, que, sacudidos el yugo de los pecados y desterradas las enfermedades que atacan a las costumbres, llevan al hombre por las sendas seguras de la abnegación y de la extirpación de los malos hábitos a las más elevadas cumbres de la oración y del amor divino sin duda alguna son tales estas cosas que muestran suficiente y sobradamente la naturaleza y fuerza eficaz del método ignaciano y recomiendan elocuentemente sus ejercicios (19).

II.—GÉNESIS DE LOS EJERCICIOS.

5. Ayudará todavía a perfilar más la fisonomía característica de estos ejercicios, estudiar el modo con que San Ignacio fué primero viviéndolos en sí mismo y luego los trasladó al inmortal librito.

Pero como es tema iluminado ya en sus líneas fundamentales por reconocidos especialistas (20), nos parece mejor limitarnos a dar un resumen de sus principales conclusiones.

De modo particular nos basamos en la excelente monografía del P. Pedro Leturia, de la que a veces extractamos literalmente frases enteras.

Toda la génesis de los ejercicios se puede dividir en cuatro etapas.

La primera, que va del otoño de 1521 en Loyola a la eximia ilustración de Manresa el verano del año siguiente, 1522, es de *preparación externa y todavía poco consciente*, por medio de libros espirituales.

Comienza por un período de dos o tres meses de *retiro en Loyola*, cuando Iñigo, ya convertido, pero imposibilitado por la debilidad de su pierna a iniciar su peregrinación a Tierra Santa, se entrega en la

(19) Encíclica *Mens Nostra* de Pío XI (20 de diciembre de 1929). Usamos el texto castellano editado en *Manresa*, 6 (1930), 10-11; 16-18.

(20) Los trabajos principales son: H. Watrigant, *La Genèse des Exercices*, fácil en admitir dependencias. A. Codina, *Los orígenes de los ejercicios*, de tendencia contraria. P. Leturia, *Génesis de los ejercicios*, más conciliador y comprensivo. Queremos añadir el más reciente de Pinard de la Boullaye, *Les étapes des Exercices*.

soledad de la Casa-Torre a la lectura, meditación y resumen escrito de los libros que le habían convertido. Era el principal aquel *Vita Christi*, de Landolfo de Sajonia, que recordamos anteriormente como típico de las sistematizaciones de oración en el medioevo. En su prólogo, en efecto, insiste Landolfo (y lo recalca con matices franciscanos el traductor castellano Fray Ambrosio Montesino, O. S. F., leído por Iñigo) que el lector no ha de limitarse a leer los misterios de la vida de Cristo, sino ha de meditarlos con afán imitativo, pidiendo para ello su gracia, resumiéndolos y grabándolos en el hondo del corazón como buen caballero de Cristo que desea reproducir en sí las llagas de su Rey (21). Son, como se ve, los cuatro escalones de la oración del medio evo que recordamos en Guidón I: lectura, meditación imitativa, oración de súplica y contemplación. San Ignacio los practicó en el retiro de Loyola, resumiéndolos en un cuaderno de 400 páginas y resolviéndose a una vida de penitencia y pobreza extremas en seguimiento del «Eterno Príncipe Cristo Jesús» y en compañía «de los caballeros de Dios que son los santos».

Porque la imagen de Cristo Rey, rodeado de los santos como de sus valientes seguidores, y la concepción de que la santidad se reduce a un servicio de ese Rey magnánimo y eterno, domina los prólogos que el cisterciense aragonés Fabricio M. Vagad puso al segundo libro que leía: el *Flos Sanctorum* o *Vidas de los Santos*, de Jacobo de Varazze. Por eso precisamente pone el traductor la Pasión del Señor como portada del libro, para que sea «como una pujante, venturosa, magnánima y siempre vencedora seña real de los caballeros de Dios que son los santos» (22). Y para Ignacio fué efectivamente desde aquel primer retiro la *bandera real* de toda su vida; porque la entrega al servicio de Cristo pobre y paciente constituyó el fruto imperecedero de sus primeros tanteos de oración desde Loyola.

Pero esos tanteos y ese fruto se basaban en una voluntad generosa más bien que en una mente iluminada. Aquellos meses de su concentración primera se mantuvo alejado de todo guía espiritual, a solas con sus libros y con sus propias mociones (23). No sabía por eso distinguir el valor de las virtudes, antes medía la santidad por la penitencia exterior. Tampoco había cimentado su nueva vida en las prácticas de la compunción y de la vía purgativa. Sus ejercicios de Loyola por tanto (si es lícito llamarlos así) eran un embrión imperfectísimo de lo que habían de ser «sus» verdaderos ejercicios.

Un progreso notable trajeron las experiencias de Montserrat (21-25 de marzo de 1522). El designio del devoto peregrino no era el de iniciar allí un nuevo retiro espiritual. Se proponía hacer la buena confesión que era propia de los romeros de María, velar luego sus nuevas armas ante el altar de Nuestra Señora y continuar ya vestido de saco su peregrinación a Tierra Santa. Si no que en la preparación de

(21) P. Leturia, *El Gentilhombre*, 185-186.
(22) Ib. 157-158.
(23) San Ignacio dice expresamente en su autobiografía que hasta Montserrat no comunicó con nadie la transformación verificada en su alma. FN. 386.

la confesión, el celoso benedictino Dom Juan Chanones le introdujo en la práctica de las meditaciones de la vía purgativa propias del *Ejercitatorio*, de García de Cisneros, iniciándole en los métodos de oración mental de este libro (24); es decir, de la *Devotio moderna* aplicada al temperamento español.

Se abrió sí ante los ojos del entusiasta peregrino un nuevo tesoro de prácticas espirituales que quiso ante todo probar en sí y trasladar luego a sus extractos de Loyola.

Decidió por eso interrumpir algunos días su camino a Barcelona y Tierra Santa y «retirarse» a la cercana Manresa, donde le hallamos en seguida en una distribución de ejercicios austerísimos. Porque, además de oír cada día misa y asistir a las vísperas, hacía de rodillas siete horas de oración, una de ellas a medianoche (FN. 398-400), se disciplinaba reciamente tres veces al día y, fuera de los domingos, ayunaba rigurosamente toda la semana a pan y agua. El fervor extremo de Iñigo había querido concentrar así en cada día los *septenarios* de meditaciones que el *Ejercitatorio* y los demás libros de la *«Devotio moderna»* repartían por los siete días de la semana (25). Cuanto al escalonamiento de las materias meditadas, sabemos por el P. Nadal que comenzó por las de la vía purgativa y pasó luego a las de los misterios de la vida de Cristo, dando cuenta a su confesor de cuanto experimentaba y anotando en su libro de Loyola lo que le parecía digno de anotarse (FN. 318).

Los efectos de esta fortísima concentración interior fueron múltiples. Por el encadenamiento mismo de las meditaciones y el fervor del ejercitador, el retiro se fué en primer lugar prolongando más de lo pensado. En vez de «algunos días» como suponía Iñigo al bajar de Montserrat (FN. 388), fueron unos cuatro meses, con lo que perdió la coyuntura de ir aquel año a Tierra Santa, pues para hacerlo precisaba estar a principios de junio en Venecia. Además, comenzaron después de cierto tiempo las mociones diversas de los espíritus, y con ellas las tentaciones, los escrúpulos, la consulta de varios confesores, las tinieblas de la desolación hasta llegar a la tentación de suicidio (FN. 393).

Al fin de esta crisis torturante del espíritu, recibió las primeras luces extraordinarias que, además de serenar para siempre su propio espíritu (FN. 396), le prepararon a ser maestro de los ajenos, convenciéndole de la necesidad de un director iluminado que se interpusiera entre el libro de meditaciones y el ejercitante. Una vez, sobre todo, se aclaró a sus ojos la vía secreta por donde el bueno y el malo espíritu habían obrado en su alma desde las primeras mociones de la conversión en Loyola, y sacó de esa experiencia una primera generalización de la vida espiritual aplicable a otras almas (26). Iba entrando así

(24) Lo sabemos por los testimonios de los benedictinos P. Lerma, hacia 1583, Miguel de Santa Fe, y otros. Cf. P. Leturia, *El Gentilhombre*, 243, donde en las notas 14 y 15 se encuentran las citas de los testimonios.

(25) Cf. Cisneros, *Ejercitatorio*, cap. XII, pág. 38 ss. Ponía generalmente dos horas de oración, una después de maitines a medianoche; otra, después de completas antes de acostarse. Cf. *Ejercitatorio*, cap. VIII, pág. 28.

(26) Autobiografía en FN. 274, 398, 504.

en *la segunda etapa de la génesis de sus ejercicios*, que no es ya de preparación inconsciente y librera sino de *composición refleja e iluminadísima*.

6. Porque las fuentes inmediatas convienen en poner su elemento sustancial generativo en la *Eximia Ilustración* que el Santo tuvo (parece que hacia agosto de 1522) (27) a orillas del río Cardoner, en las afueras de Manresa. No es que en ella se le descubriera la estructura de sus ejercicios, mucho menos que Dios se los dictara. Fué más bien un empezársele a abrir los ojos del entendimiento, no por visión imaginativa, sino por elevadísima iluminación espiritual, para entender las cosas de la fe y de la ciencia teológica (28), «y esto con una ilustración tan grande que le parecían todas las cosas nuevas... como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto... De manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella vez sola» (FN. 404).

Aquí está expresado en forma autobiográfica el verdadero arranque de los ejercicios específicamente ignacianos, antes de que su autor estudiase Teología y sin que necesitara estudiarla. Hasta entonces su alma ferviente y generosa había estado ciega, y no bastaron a sacarle de su ceguedad y «grueso ingenio», ni los preciosos libros de Loyola, ni el *Ejercitatorio* de Montserrat, ni los confesores que le habían ayudado: hasta pudo llegar a decir por eso mismo que no tenía quien le enseñase (FN. 400). Habla en comparación de las alturas en que ahora le ha puesto el Señor. Desde ellas le parecen imperfectas sus anteriores prácticas de devoción y sus copias de Loyola, de Montserrat y de los primeros meses de Manresa, y no tiene interés en conservarlas, como en efecto no se han conservado. Concibe, en cambio, a aquella luz el esquema sustancial de sus propios ejercicios (29). Es decir, de unos ejercicios más *ceñidos cuanto a la duración*, poco más o menos un mes; más *articulados* cuanto a la materia, mediante las prácticas de la purgación perfecta y el concentramiento de toda la perfección en el conocimiento y amor del Verbo hecho carne; más *conscientes* y *consecuentes* en el fin por el cual se hacen, de dominar las afecciones desordenadas que impiden el hallazgo y el cumplimiento perfectos de la divina voluntad en la propia vida; más *iluminados y seguros* finalmente, en la dirección de aquella luz soberana con la que Ignacio se siente ahora llevado, como un niño por su maestro, en el discernimiento de los espíritus y en los pasos todos de la vida espiritual.

Concebido así el nuevo esquema, quiso ante todo practicarlo, y se puso a hacer en la cueva de Manresa (30) sus propios ejercicios.

---

(27) P. Leturia, *Génesis de los ejercicios*, 12, nota 30.

(28) San Ignacio dice de la fe y de las «letras»: Es bien sabido que entonces «letras no significa precisamente literatura, sino «ciencia y doctrina». En el contexto parece referirse principalmente a ciencia teológica.

(29) Véase a Polanco (PCh. I, 20) el cual comenta el testimonio inicial de Laínez, pero añadiendo noticias propias.

(30) Esa es la tradición antiquísima confirmada por el texto de 1556 de Widmanstadt, Canciller de la Universidad de Viena. Texto en FN. 788.

Porque después de la luz del Cardoner (nos dice Polanco), fué lo primero el hacer él mismo sus ejercicios, y luego el reflexionar sobre ellos y el escribir sus notas para poder comunicárselos a otros (31). Así nació el primer esbozo del librito que Ignacio conservó cuidadosamente, perfeccionándolo y aumentándolo sin cesar, y que en esa forma perfeccionada transmitió a sus compañeros del voto de Montmartre: 1534-1535.

7. Las etapas de ese perfeccionamiento del texto desde Manresa (1522-1523) hasta el último año de París (1535), constituyen el *tercer período* fundamental de los ejercicios ignacianos. En él no prepondera ya el influjo ni de los libros, como en la primera, ni de grandes ilustraciones divinas, como en la segunda. San Ignacio mismo recordó que sólo después de la época de París, estando en Vicenza, se reanudaron las grandes gracias internas de que había gustado en Manresa (FN. 494-495). Y por lo que hace a los libros, es suya también la interesante declaración de que, a partir de Manresa y luego en toda su vida, un solo libro espiritual atrajo su atención y sació sus ansias espirituales: la *Imitación de Cristo,* que se atribuía entonces a Gersón, y que en lenguaje familiar llama él «el Gersoncito» (FN. 584), como la había llamado antes en París Lefébre d'Etaples (32). Los progresos, pues, de su método y de su libro, más que a nuevas lecturas ni a grandes ilustraciones divinas, se debe en tiempo de sus estudios a la experimentación en dar sus ejercicios a gran número de personas de profunda cultura y fuerte espiritualidad, como un Dr. Castro, un Pedro Fabro, un Diego Laínez, un San Francisco Javier. Las fuentes inmediatas señalan expresamente este uso y experiencia en el trato con las almas como elemento principal del progreso y perfeccionamiento de los ejercicios después de Manresa (33).

No poseyendo el texto de Manresa, sino sólo el de París, y aun ése retocado (34), no podemos precisar con certeza en qué consistió la transformación. Gracias, con todo, al P. Nadal y a ciertos hechos conocidos de París, puede fundadamente fijarse la índole de ella.

El P. Nadal dice en primer lugar que añadió *muchas cosas* (FN. 318). El P. Leturia conviene con los demás especialistas en poner entre las añadidas el ejercicio de los *Binarios* que precede inmediatamente a la elección; y entre las varias clases de reglas que acompañan las meditaciones, las *Reglas sobre el sentido que hemos de tener en la Iglesia militante* con que el librito termina, y que suponen experiencias sobre el movimiento erasmiano y la propaganda protestante que Iñigo no tuvo ciertamente hasta los tiempos de París (35). También la serie de los *Misterios de la Vida de Cristo,* con la cita exacta del capítulo y de la letra interior de cada capítulo del Evangelio de donde los pa-

(31) Cf. P. Leturia, *Génesis de los ejercicios,* 15, nota 39.
(32) Cf. Hyma, *The Christian Renaissance,* 278.
(33) FN. 162, 504, PCh. I, 20.
(34) *La Versio primera literal* es por todas las trazas el texto que más se acerca al de París. El llamado autógrafo de San Ignacio tiene ya añadiduras y correcciones posteriores. Cf. Ex. 162.
(35) P. Leturia, *Sentido verdadero en la Iglesia militante.*

sajes proceden, parece más propia del tiempo de estudios teológicos de París.

Pero además el P. Nadal habla de una *refundición* («digessit omnia») en París de los apuntes primitivos de Manresa. Se refiere probablemente según la exposición del P. Leturia (36) a la nueva forma literaria que dió entonces a su libro. Porque hasta los últimos tiempos de París había escrito sus notas para ayudarse a sí mismo en el dar ejercicios, sin necesitar componer un manual para *otros directores* de ejercicios. En cambio, antes de marchar en 1535 a Azpeitia, contaba en el Beato Fabro, en el P. Laínez y en San Francisco Javier con directores bien preparados a darlos, como en efecto los dieron en su ausencia, sobre todo Fabro. Nació así la necesidad, no sólo de t a-ducir al latín, sino de refundir literariamente el escrito, pues muchas cosas no necesitan precisarse en un *Vademecum* personal hecho para el autor mismo del método, pero han de determinarse en un *Manual* que se dirige a otros directores. La redacción o al menos el retoque de las *Anotaciones* que abren el librito para orientar al director sobre la índole de los ejercicios que va a dar y, sobre el modo de darlos; las reglas y adiciones que miran al ajuste de las semanas y de las meditaciones dentro de cada semana; las referencias a otras partes de la obra, y una última formulación más nítida y lapidaria aún de algunas piezas básicas, por ejemplo el *Principio* y *Fundamento* y las tres maneras de humildad (37); fueron muy probablemente los efectos de la *refundición* de París que Nadal expresó con las palabras *digessit omnia*.

El librito inmortal aparecería así en tres momentos de gestación histórica. Su preparación indirecta, es decir, el cuaderno de Loyola aumentado en Montserrat y primeros meses de Manresa, fué sólo para ayudar la propia devoción. La obra iluminada de Manresa era para ayudarse a sí mismo, como director de ejercicios. La refundición definitiva de hacia el fin de los estudios, se hizo para ayudar a otros directores de ejercicios.

Hemos llamado a esta última definitiva, porque los cambios y retoques que pueden señalarse de 1535 a 1548, es decir, en la *última etapa de la génesis* del librito inmortal, no suponen ya un reajuste o refundición ni siquiera de carácter literario (38). Puede haber en ella la adición de tal cual regla secundaria, como lo supone en 1539 el P. Estrada (39). San Ignacio introduce además nuevas correcciones en el texto, no por afán de elegancia, sino de precisión, como puede verse en los 42 retoques del llamado autógrafo que ha llegado hasta nosotros (40). Pero se refieren siempre a un texto fijo conocido por sus compañeros y colaboradores. El único trabajo textual nuevo que se hizo al fin de esta última etapa fué la traducción latina del

(36) P. Leturia, *Génesis de los ejercicios*, 24-26.
(37) Ib. ib., 22-24.
(38) Ha estudiado con todo detenimiento y gran esfuerzo de análisis este punto el P. Pinard de la Boullaye.
(39) P. Leturia, *Génesis de los ejercicios*, 34, nota 108.
(40) Ib, ib., 26, nota 71; 34, nota 108.

P. Frusio destinada a ser presentada a Paulo III para la aprobación y luego a imprimirse. Con la obtención de ambas cosas en 1548, el texto de los ejercicios queda inmutable para San Ignacio. En el curso de nuestra obra veremos cómo en España retocó el P. Araoz cierto pasaje sobre la predestinación, de las Reglas para sentir con la Iglesia que en la traducción no del todo fiel reflejaba una fórmula teológica poco exacta y se exponía a falsas interpretaciones.

III. EL CONCEPTO DE «EJERCICIOS ESPIRITUALES»

Antes de entrar directamente en materia, creemos necesario perfilar el concepto mismo de ejercicios espirituales. Porque dado el empuje arrollador del nuevo movimiento, bajo el nombre de «Ejercicios espirituales» se ha entendido una gama muy variada de operaciones espirituales, resultando de esta amplitud y vaguedad de conceptos, una no pequeña confusión en el modo de enfocar y comprender los ejercicios.

Y no encontramos para ello camino mejor que analizar directamente los diversos elementos que se suelen incluir en esta denominación general.

1. Ante todo *el mismo libro*, concreto y determinado, pero notando que no es un libro de lectura, sino de táctica —como los que tratan del arte militar o de solfeo—, que en tanto sirven, en cuanto se pone en ejecución lo allí indicado y prescrito. El libro no es más que la semilla del frondoso árbol del método ignaciano. Se encuentran ya en él en germen los elementos vitales que fecundarán el alma, pero esta fecundación y transformación se realizará al ponerse el ejercitante bajo su bienhechor influjo.

2. *Una práctica* o mejor *la* práctica que se deriva de poner en ejecución lo que en el libro se enseña. Se trata sólo de *una* aplicación concreta a las necesidades particulares del ejercitante de la doctrina general de los ejercicios. No pretenda por ello nadie haber agotado el contenido de este precioso licor. Las reservas quedan intactas y la misma persona en nuevas circunstancias, conforme vaya cambiando su disposición interior, irá percibiendo nuevas modalidades. Por tratarse de una adaptación personal en la que entran tantos factores —director, estado psicológico del alma, ambiente externo, capacidad personal...— es el aspecto en que caben oscilaciones mayores y una más profunda diversidad en el modo de asimilarlos. Pero aunque consiga uno aprovecharse en gran escala, siempre quedará dentro de una aplicación *parcial* y *particular* realizada en un momento dado de la vida espiritual.

3. *Un método y sistema* que regulariza y encanala esta práctica. Los ejercicios son algo mucho más perfecto y completo que una serie de prescripciones sueltas, por muy atinadas y psicológicas que se presupongan. En medio de esa variedad de reglas y observaciones, tan distintas entre sí, late un sistema, no expuesto como tal, en un plan

teórico, como sucede en otros tratados espirituales, sino diluído en un mar de prescripciones determinadas y enderezado directamente a la práctica.

Pero el método existe y es de una perfección asombrosa, aunque no sea fácil a los ojos del profano dar con la trama interna y ordenadora. Este fondo fijo y objetivo, es lo que ha dado a los ejercicios su consistencia y solidez, tan características en ellos, y tan alabadas por los más altos representantes de la Iglesia y los más eminentes varones espirituales.

4. *Un cuerpo de doctrina espiritual*, que, al igual que sucede con el método, aunque no se explana en el libro, se incluye en los numerosos consejos y preceptos diseminados en él. Esa doctrina va asimilándose lentamente en el ejercitante a través de las sistemáticas y graduales instrucciones del personal rumiar y reflexionar sobre ello. Es la luz que va iluminando su entendimiento y formando criterios claros y precisos sobre los diversos problemas de la vida espiritual. Es ese arsenal inmenso de enseñanzas espirituales desparramadas en todas las páginas del libro ignaciano, ese conjunto de normas sabias y profundas sobre los pasos fundamentales que ha de dar el alma en su marcha ascensional hacia Dios.

Gracias a esta base doctrinal se ha podido formar con los elementos de los ejercicios una *escuela espiritual* de tanta eficiencia como la escuela ignaciana. Esa doctrina elaborada en miles de tratados espirituales sigue iluminando a infinidad de almas en el camino de la santidad.

5. *Una espiritualidad, una vida*, que brota de la asimilación y vivificación de los principios de doctrina ascético-mística incluídos en ellos, y que pletórica de savia va transformando los ideales, amores y criterios del que se somete a su tratamiento. Es el fruto de la asimilación personal de los ejercicios realizada según el método ignaciano, en la que al calor del ambiente allí sentido se ha ido obrando una transformación íntima y vital.

No es algo simplemente objetivo como el método en sí; ni algo exclusivamente sujetivo como su aplicación personal. Es una fusión de ambos elementos de la que brota esa nueva realidad íntima, tan difícil de definir, como fácil de percibir.

Esta vida es lo más delicado —la flor— y a la vez lo más sazonado de ellos —el fruto—. Es como la síntesis trascendente y vital que cada alma elabora dentro de sí después del fecundo contacto con los ejercicios, y a la que vuelve continuamente porque es el alma de su alma, el alimento que sostiene su espíritu, la luz que guía su mente, la fuente más pura de energía interna.

Creemos que basta este desdoblamiento de la realidad contenida en los ejercicios, para darse cuenta de las riquezas y energías encerradas en ellos. No queremos con esto decir que se dieran siempre en todo su grado a los que se ponían a su contacto.

Los ejercicios son cada uno de una medicina espiritual. Y como toda medicina, se aplicaba en muy diversas dosis, según la pres-

cripción del director. A algunos sólo se les podía dar unos ligeros toques, mientras que otros estaban en disposición de seguir el tratamiento en toda su extensión. Pero la virtud curativa existía siempre.

IV. CLASES DE EJERCICIOS.

El historiador ha de tener en cuenta no sólo las excelencias encerradas dentro de los mismos ejercicios, sino también el diverso modo de aplicarlas a las almas, para poder dar la proyección real y el influjo efectivo que ejercían.

Había dos modos fundamentalmente distintos de aplicarlos, que se pueden distinguir con las fórmulas: dar *los* ejercicios completos y dar *algunos* ejercicios.

Ahora se suelen clasificar las tandas por elementos externos: determinado número de días, profesiones, etc., fijándose de antemano el número de meditaciones y actos.

Antes la distinción se hacía por factores internos. Ante todo el fin que pretendía cada ejercitante. Unos venían, como dice San Ignacio, «para se instruir y para llegar hasta cierto grado de contentar a su ánima» (Ej. 18); otros deseando aprovechar en todo lo posible (Ej. 20).

En el primer grupo solía entrar gente ruda «de poco subjeto o de poca capacidad natural». O también quienes por diversas circunstancias no se sentían con fuerzas para realizar grandes transformaciones en su alma. A estos se les daba lo que San Ignacio indica en la anotación 18: exámenes, modo de orar sobre mandamientos y pecados mortales, junto con algunos de los ejercicios de la primera semana según la capacidad de cada sujeto.

Esta clase de EJERCICIOS LEVES fué bastante usado, recabándose de ellos abundantísimo fruto (41).

Parecerá tal vez que un sistema tan sencillo no puede llenar las exigenaias de una práctica tan excelente como los ejercicios de San Ignacio.

Nada de eso. Son ejercicios auténticamente ignacianos. Tienden hacia un fin determinado pretendido por el autor del método: ordinariamente el conocimiento de sí mismo, de sus desórdenes y pecados, el arrepentimiento de su mala vida pasada, un firme, práctico y concreto propósito de enmienda que en cierto sentido equivalía a una elección, ya que el ejercitante, a la luz de las verdades eternas, guiado por el deseo de agradar en todo a Dios, se determinaba a seguir en adelante un género de vida ajustado en todo a la ley divina.

Con razón, pues, San Ignacio en la anotación 18 recomienda en determinadas circunstancias estos ejercicios más breves y sencillos. Están dentro de la línea del «vencer a sí mismo y ordenar su vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea» (Ej. 21).

---

(41) V. g. Fabro y Laínez, en Parma, MHSI. Mon. Fabri, 22, 32, 33. Mon. Lainii, I, 5, 8; cf. en Alcalá. Litt. Quad. I, 619; en Cuenca. Litt. Quad. II, 15, etc.

Además forman en sí algo orgánico con un perfil característico y propio.

Hay en ellos un determinado uso del examen de conciencia, un uso regularizado de las potencias del alma y de los sentidos del cuerpo, un gradual y progresivo ejercicio de oración y una determinada instrucción religiosa. No serán el ideal, porque en esa dirección se puede avanzar mucho más; por eso no serán *los* ejercicios, pero se han dado ya algunos pasos en el camino prefijado, los que se podían dar en aquel momento; son sólo *algunos* ejercicios.

Precisamente los que avanzan más en esta misma línea, son los que forman LA SEGUNDA CLASE. Entre éstos, algunos, a pesar de sus buenos deseos, no pueden desentenderse de todos los negocios, ni dedicarse de lleno al trabajo que requiere la plena aplicación a este método.

Forman la categoría de los que practicaban ejercicios *abiertos* en terminología del mismo San Ignacio conservada por el P. González de Cámara (FN. 708). Con éstos reza la anotación 19. Ordinariamente no se abordaba el problema de la elección y se simultaneaban por un mes o dos o más las ocupaciones de la vida ordinaria con un par de horas diarias dedicadas a los ejercicios, ganando en extensión lo que se perdía en intensidad.

Por fin LA TERCERA CLASE: los que hacían los ejercicios completos *y de modo perfecto,* en pleno retiro siguiendo las indicaciones del libro.

Tampoco podemos acudir a elementos externos y fijos para concretar la característica de cada una de las tres clases. Podían dos sujetos estar un mismo número de días en el retiro y hacer sin embargo ejercicios completamente diversos.

Aunque parezca una antinomia, la única cosa fija era que no había ningún factor externo fijo. Un principio regulaba toda la actuación: el principio de la adaptación.

«Según que tienen edad, letras, o ingenio, se han de aplicar los ejercicios» (Ej. 18).

Precisada la clase de retiro que convenía practicar, examinando la finalidad que se buscaba, la disposición, cualidades y demás circunstancias, se comenzaban a aplicar a las necesidades concretas de cada alma las prescripciones que para el caso señalaba el santo autor.

No se busquen más características. Que se demoren diez, veinte o treinta días, que se haga la elección o no, que se medite tres, cuatro o cinco horas al día, dependerá de las condiciones concretas del sujeto y lo tenía que ir determinando el director dentro del mismo proceso, siguiendo siempre, como es obvio, la pauta indicada en el mismo libro.

Unos se saturaban, por decirlo así, a los veinte días y otros a los cuarenta, pero aun con esta diferencia extrínseca podían hacer unos y otros los ejercicios igualmente en su forma perfecta y completa. Practicaban aquello que para cada uno había bastado para llegar al ideal.

Por esto no se dan en las estadísticas de entonces datos precisos de estos elementos externos. Ordinariamente lo consideraban superfluo.

Les bastaba decir: han practicado algunos o los ejercicios cerrados o abiertos. Querían decir: cada uno ha hecho lo que pudo realizar en aquellas circunstancias concretas.

Quisiéramos todavía llamar la atención sobre otro modo de difundir la doctrina y vida de los ejercicios, no precisamente *dándolos* sino *aplicando algo de ellos* a casos concretos, sin un sistema fijo ni una concatenación lógica, iluminando a su luz los problemas que agitaban a sus interlocutores.

El Beato Fabro lo llamaba CONVERSACIONES EN EJERCICIOS y él lo supo hacer a maravilla. Lo hizo con San Francisco de Borja en Gandía en dos días que le dedicó casi íntegros; lo hizo con las infantas María y Juana en Madrid y con el obispo de Espira.

Este sistema era más sembrar difundir ocasionalmente verdades de los ejercicios, que formarse con ellos. Falta lo más íntimo, lo que constituye como su esencia: la cohesión y unidad interna que aúna todas las fuerzas sobrenaturales y naturales en orden a una determinada finalidad.

Pero de este modo se difundía notablemente el conocimiento de aquello tan nuevo y misterioso, se hacían entrever las riquezas encerradas en algo que sólo probado satisfacía en tal grado.

V. OBJETO Y LÍMITES DE NUESTRO TRABAJO.

Precisado ya lo que entendemos por ejercicios espirituales y cuáles eran las formas ordinarias de reducirlos a la práctica, pasemos a explicar el fin y los límites que nos hemos impuesto en el presente trabajo.

El intento lo indica el título: historiar la práctica de los ejercicios, no la composición del libro, ni directamente la teoría en él encerrada.

Además éste es sólo el primer tomo de una *Historia general de los ejercicios.*

Por ello en este primer volumen nos hemos impuesto algunas limitaciones, que quedarán subsanadas, Dios mediante, en el curso de la *Historia.*

Limitación *de tiempo*: Abarcamos sólo el período de la vida de San Ignacio. Tal vez parezca que en ocasiones bajamos a demasiados detalles. Es que siempre hemos creído que tenía un interés especial recoger todo lo que sabíamos —que aun así y todo estará muy por debajo de nuestros deseos— de aquellos primeros tiempos, controlados por la alta dirección personal del mismo autor del método.

Es necesaria una base objetiva para dirimir mil cuestiones del método primitivo. Y esta base no se puede formar con aspectos parciales ni con síntesis personales. Más adelante, cuando el camino esté más desbrozado, esperamos con menos datos poder dar la impresión verdadera y esbozar un cuadro más completo.

Pero a la vez, dada la amplitud de la materia, nos hemos esforzado por hacerlo de un modo más bien sintético, sacrificando no pocas

anécdotas y particularidades más propias de monografías. En general insinuamos más bien que explanamos la materia. El que desee profundizar más en algún punto determinado, encontrará luz que le guíe en su camino en las numerosas fuentes que vamos citando continuamente.

Límites *de objeto*. Aun dentro de este reducido espacio de tiempo, historiamos tan sólo la actividad de los jesuítas como promotores y directores de ejercicios, no como *dirigidos y formados* en ellos personalmente, a pesar de que sabemos que muchos anhelan ver esclarecido cuanto antes este importante punto. La razón de esta exclusión se verá más claramente cuando, como esperamos, en el siguiente tomo, presentemos estudiado este importante punto. Tan sólo a la luz de la práctica posterior se pueden entender bien varios importantes aspectos. Con los documentos contemporáneos quedaría muy manca la visión del cuadro que podríamos ofrecer.

Limitación, por decir así, *de profundidad*: Directamente historiamos los ejercicios *en cuanto práctica y método*, prescindiendo de cómo los vivían en su vida espiritual. Fué éste uno de los más íntimos frutos del nuevo método, pero su desarrollo nos llevaría demasiado lejos. Preferimos dejarlo, si Dios así lo quiere, para otra ocasión.

También tenemos que relegar al tomo siguiente el desarrollo de problemas tan importantes como el paso de ejercicios individuales a colectivos, el comienzo de retiros de repetición, varias tendencias de método que afloran en los directores, origen, razón y orientaciones de los Directorios.

Aun así y todo son muchos los aspectos interesantes del método mismo de los ejercicios que tratamos ya en este primer volumen. Todos los que hemos creído se podían estudiar con los documentos contemporáneos.

VI. FUENTES DE NUESTRO TRABAJO.

No somos los primeros en lanzarnos por este derrotero. Pero tenemos que reconocer que encontramos muy poco roturado el campo.

Dos autores pusieron a otros tantos libros, títulos muy semejantes al nuestro, pero sus pretensiones han sido mucho más modestas. El primero es la *Historia de los ejercicios espirituales en tiempo de San Ignacio*, compilada y arreglada por el P. Ignacio Diertins, editada en 1700, después de su muerte.

Se contenta —como expresamente lo reconoce en su prefacio y el editor ha ido puntualizando en las notas marginales— con extractar lo que ha encontrado sobre los ejercicios en la *Vida de San Ignacio*, de Maffei, y Bartoli, y en la *Historia*, de Orlandini, y con copiarlo —no resumirlo— ni darle nueva forma sino simplemente *copiarlo* ordenándolo. Su obra es nada menos y nada más que un mosaico compuesto con los materiales de los tres autores ya mencionados.

No ha sido, ni mucho menos, inútil este duro y monótono trabajo de recopilación. Gracias a él, se pueden contemplar de un golpe todos los tesoros que aparecían perdidos entre un sinfín de datos de los más variados asuntos.

Pero su visión de la realidad es muy simplista. Apenas más que una escueta enumeración de ejercitantes y del provecho que de ellos sacaban.

Hemos utilizado muy poco esa obra. Arsenal de materiales de otros autores, hemos acudido a ellos directamente. Entre éstos, el principal para el conjunto de nuestra historia era Orlandini, quien nos ha servido más para el marco de la historia que para la historia misma. Porque Orlandini no ha hecho más que resumir a Polanco, dándole forma literaria.

Mucho más elaborado y personal, aunque no tan fiel, es el *Ensayo his'órico,* publicado por el P. Henri Bernard en 1926. Se extiende en su relación hasta la publicación del *Directorio* oficial (1599). La historia anterior a la muerte de San Ignacio la describe en dos capítulos: la composición del libro de los ejercicios (hasta 1541) y el *Generalato de Ignacio* (1540-1556).

En el primero entrevera la acción personal del Santo con los orígenes de los ejercicios, no faltando afirmaciones lanzadas muy a la ligera, sin prueba ninguna y contrarias a los testimonios contemporáneos que por tratarse de una cuestión que cae fuera de nuestro campo, aunque en sí sea importantísima, no queremos detallar (42).

En el segundo capítulo desea abrazar toda la múltiple acción de los ejercicios de 1540 a 1556. Imposible reducir a tan cortos espacios obra tan compleja. Apenas puede hacerse más que desflorar la materia. Tal vez su mérito principal esté en haber encuadrado los ejercicios en el ambiente de la época. Pero se le va lo mejor en el marco. Apenas queda nada para los ejercicios en sí.

Tan sólo trata tres cuestiones: la pesca de los candidatos, dejando al lector la falsa impresión de que «imponían» los ejercicios para cazar vocaciones; la acción de unos cuantos directores de ejercicios, ligerísimamente contada; y por fin dos largos párrafos sobre los ataques infligidos a los ejercicios, lo mejor sin duda del libro de Bernard, aunque aquí también entrevere algunas frases inaceptables sobre modificaciones introducidas por Polanco en la Vulgata.

Sigue un último párrafo sobre los últimos ocho años de San Ignacio en que apenas trata más que de los ejercicios dados a los jesuítas, en donde tiene algunas expresiones poco ponderadas o que parecen indicar que San Ignacio cambió algo los ejercicios para adaptarlos a las circunstancias. Así, por ejemplo, la indiferencia, en la que, según Bernard, el Santo moderó ciertas expresiones ambiguas (43).

Basta esta somera descripción del *Ensayo* del P. Bernard —ensayo poco feliz— para comprender que el campo de la historia de los ejercicios seguía sin ser roturado en sus grandes líneas.

Todos los autores que han tratado de la historia de la Compañía antigua, han tocado el punto de los ejercicios, pero por lo desperdi-

(42) Cf., el juicio del P. Codina demasiado severo, a lo que creemos, en la forma, pero exacto en sus apreciaciones en Manresa, 3 (1927), 366-373. Gran parte del juicio está reservada a esta cuestión, aunque el libro de Bernard tenga un horizonte mucho más amplio.
(43) Bernard, pág. 161.

gados que se encontraban los datos en las fuentes y por falta de una monografía básica, se detienen muy poco en esta materia. Tan sólo al tratar de algunos eminentes directores, como Duhr, del Beato Fabro; Fouqueray, de Broet; Rodrigues, de Mirón; Astráin, del mismo Mirón o de Villanueva o Doménech, van exponiendo la acción de esos apóstoles, pero siempre bajo una orientación muy distinta, de modo fragmentario y rápido, en orden al conjunto de su historia, quedando entre penumbras su apostolado por los ejercicios y no pudiendo deducirse de aquellos pocos datos los rasgos fundamentales de su método en darlos.

La difusión de los ejercicios en tiempo de San Ignacio se efectuó principalmente en Italia y España. La magnífica *Historia de la Asistencia jesuítica de Italia,* del P. Tacchi-Venturi no pasa por desgracia de 1541, y el benemérito P. Astráin, en su hermosa *Historia de la Asistencia de España,* descuida, a lo que creemos, demasiado este aspecto interno.

Un punto trata con mucha extensión, tal vez demasiada: los ataques que sufrieron los ejercicios, quedando plenamente iluminadas todas las impugnaciones, aunque no siempre encuadradas en el ambiente histórico que las provocaron.

Pocas noticias de nuestro punto, muy aisladas y de carácter demasiado externo, suelen dar las vidas de los principales compañeros de San Ignacio y de otros primeros jesuítas ilustres, pero son siempre una excelente ayuda para completar el cuadro de sus actividades.

Existen también estudios particulares sobre algunos puntos determinados. Por desgracia son muy pocos a pesar de la importancia del tema. No conocemos más trabajos que estudien directamente los ejercicios que el valioso capítulo IV de la excelente obra del P. Brou sobre los ejercicios espirituales, en que describe brevemente algunos aspectos del método con que se daban los ejercicios, capítulo que ha sido ampliado con interesantes datos en la adaptación alemana del P. Zeiger; el artículo del P. Braunsberger sobre San Pedro Canisio y los ejercicios; los sendos trabajos sobre San Roberto Belarmino y los ejercicios, de los PP. Le Bachelet y Manuel Aguirre Elorriaga; y sobre todo la excelente monografía del P. Abad sobre un punto central de nuestra historia: el colegio de Alcalá.

En los demás estudios que indicamos en la Introducción Bibliográfica, no faltan datos aislados interesantes que hemos procurado recoger y asimilar.

Naturalmente nuestra principal base son las fuentes contemporáneas. No extrañará, en primer lugar, que dados los límites cronológicos que nos hemos prefijado, casi la totalidad de nuestras fuentes provenga de *Archivos* y *colecciones de la Compañía de Jesús.*

En el breve espacio de estos primeros veinte años, el movimiento de ejercicios ignacianos, aunque bastante profundo y extenso en sí mismo, no constituye todavía (en parte por su misma índole interior

y confidencial) un problema general de la Iglesia. Por eso se habla poco de él en las fuentes generales eclesiásticas y civiles, así como correspondencia de nuncios con la Secretaría de Estado, relaciones de obispos, disposiciones de príncipes y gobernadores. Aunque, por otra parte, tampoco faltan en los archivos y colecciones documentales de la Compañía piezas de interés de ese género de personas, como se verá sin más en nuestro relato, y es cosa conocida a quien haya manejado la colección *Mon. Hist. Soc. Iesu*, en la que tanto abundan (y no sólo en su sección de *Epistolae Mixtae*) cartas y escritos de personas ilustres de fuera de la Orden.

Las fuentes provenientes de ésta, se pueden dividir en instrucciones generales sobre el modo de dar ejercicios (principalmente los *Directorios* de San Ignacio mismo), relaciones o cartas de gobierno, cartas de edificación, escritos autobiográficos y crónicas o historias trazadas a la vista de algunos de estos documentos, pero por contemporáneos de los directores de ejercicios o ejercitantes del tiempo de San Ignacio. La inmensa mayoría de estas fuentes se encuentran en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús. Muchas de ellas han sido ya cuidadosamente editadas en los tomos del *Monumenta Historica Societatis Iesu*.

El valor de las diversas fuentes es muy diverso y conviene precisarlo y aquilatarlo tanto más cuanto que muchas veces formamos un mosaico con numerosos párrafos de ellas.

De valor indiscutible y extraordinario para nuestro intento son los diversos escritos autobiográficos que permiten internarnos en las sinuosidades del alma y contemplar las repercusiones que han producido en ella los ejercicios. Por desgracia son relativamente escasos.

Los principales son la *Autobiografía de San Ignacio* (FN. 353-507) las *Confesiones* y el *Testamento*, de San Pedro Canisio (44); el *Memorial*, del Beato Fabro (45); el *Chronicon*, del P. Nadal (FN. I, 1-25); las *Confesiones* de Pedro de Ribadeneira (R. I, 93); el *Comentario*, de Oliverio Manareo (46), y diversas cartas íntimas y notas de ejercicios, de las que iremos dando cuenta en sus respectivos lugares.

También son de gran valor para estudiar el desarrollo de las circunstancias externas en que se movieron los ejercicios, las numerosas cartas de gobierno o de asuntos determinados que iban escribiendo desde Roma San Ignacio, o Polanco en su nombre, y desde las más diversas regiones los superiores y aun súbditos jesuitas. Se ventilan negocios determinados, que van exponiendo con toda sencillez, buscando tan sólo dar los elementos principales y necesarios para que

(44) Braunsberger, I, 6-52.
(45) Mon. Fabri, 489-696-886. Llamamos la atención sobre esta parte del Memorial conservada en castellano que, aunque ha sido relegada a un Apéndice, creemos que tiene al menos tanto valor como el texto latino, porque si no es el original —lo cual no es del todo improbable— es al menos una copia tan antigua o más que el texto latino. Por eso y por estar en castellano usamos preferentemente esta copia en nuestras citas.
(46) O. Manareus, *De rebus S. I. commentarius*, Florencia, 1886.

se les pueda dar la respuesta adecuada. Se han editado esas cartas en las *Epistolae Mixtae de Monumenta Historica*, en la serie primera de *Monumenta Ignatiana* y en las series de los compañeros y colaboradores de San Ignacio.

Más expuestas a engaño son las cartas de edificación, bastantes publicadas ya en los tomos de *Litterae Quadrimestres*. También algunas de las *Epistolae Mixtae* son de esta misma índole. El fin innegable de edificar que preside su composición, obliga a paliar el aspecto negativo de muchos sucesos, y aun a recargar demasiado la parte buena generalizando o exagerando los triunfos obtenidos en los ministerios con las almas.

Por ello no se puede dudar que no son fuente *completa* (47) para una historia. Resultaría falsa la impresión que produciría una historia escrita sólo con esos documentos.

Pero esto no significa que haya que despreciarlos. Hay que depurarlos, o mejor, hay que aprovecharlos en la parte sana que ofrecen. Porque en toda esa clase de relatos es preciso distinguir cuidadosamente los hechos concretos que narran a veces con gran lujo detalles, y las deducciones y generalizaciones que hacen. En éstas podrá haber exageraciones, aunque Polanco taxativamente había encargado que «se escriba todo con toda verdad» (MI. I, 544) y les daba prudentes normas para evitar el que cayesen en este escollo. Los que narran son muchas veces testigos presenciales que van contando lo que han visto. Además el carácter oficial de muchas de estas cartas revisadas sin duda por el rector, es una garantía de que al menos no hay falsedades positivas en los sucesos que cuentan. Con razón todos los grandes historiadores jesuítas, empezando por Polanco, se han servido de ellas.

Nosotros, siguiendo el mismo criterio, usamos los datos *concretos* usados en ellas y procuramos completar con otras fuentes el aspecto negativo de algunas cosas que tal vez parezca faltar en la relación.

Respecto a los ejercicios sube todavía su valor. Aquel siglo que vió nacer el barroco, necesitaba hacer resaltar en todo lo grandioso. Hoy buscamos en los grandes hombres los sucesos pequeños y triviales. Entonces se afanaban por encontrar grandes sucesos en los pequeños hombres. Los ejercicios era algo íntimo, insignificante, que bajo este aspecto no se prestaba a ampulosidades. Esto es una de las más profundas causas de la relativa escasez de datos que nos suministran las cartas edificantes, sobre todo si las comparamos con la abundancia de detalles que nos trasmiten sobre los sermones. En estos cabían descripciones de grandes auditorios, de conversiones en masa, de conmociones profundas. Los ejercicios eran conversaciones íntimas. Muchos de los datos de los ejercicios los conocemos indirectamente: como preludio de otra cosa más grandiosa que desean contar. Esto ha traído la consecuencia de que han quedado sepultados en el olvido

---

(47) Sobre el valor crítico de las Quadrimestres, cf. el *Praefatio* al tomo V, de las Quadrimestres. (LQ. V, págs. 6-14), y *Razón y Fe*, 77 (1926), 92-93.

innumerables datos preciosos, pero es una garantía de verdad de los que nos han conservado. Es donde hay más espontaneidad, menos pretensiones de aparcer grandes, de dorar la realidad. Debemos añadir que hemos puesto diligencia especial en aquilatar la verdad de las descripciones del fruto externo tan expuestas siempre a hueras ampulosidades.

También encontramos preciosas noticias en las historias contemporáneas. Ocupa el primer puesto entre ellas el *Chronicon,* de Polanco. Ninguno mejor que el diligentísimo secretario de la Compañía, que tenía en sus manos todas las cartas que llegaban a Roma y que ayudaba a San Ignacio tan directamente en el gobierno de la Orden, para escribir esta historia. Con escrupulosa fidelidad resume en su *Chronicon,* escrito entre 1573 y 1575, las noticias más salientes de las innumerables relaciones que, recibidas en tiempo de San Ignacio, habían quedado en el Archivo ordenado por él mismo (48). En este aspecto es una fuente secundaria, pero de inapreciable valor, porque él, que conocía tan a fondo el ambiente en que se movían los sujetos, estaba en condiciones inmejorables para interpretar en su justo valor los hechos que muchas veces a la distancia de cuatro siglos es fácil deformar. Además, muchas veces resume relaciones que no han llegado hasta nosotros y que sólo conocemos a través de su *Chronicon.* El ponderado historiador P. Astráin, que no peca por ser demasiado benévolo en sus juicios, juzga de este modo esta meritísima obra:

> «Algunos yerros se le escaparon en los hechos primitivos, que él no presenció, pues entró en la Compañía el año 1541; alguna confusión se siente en el curso de su relato por sacrificar a estilo de crónica la unidad y trabazón de los sucesos a la división puramente material de años y regiones. Con todo eso, quien desee conocer la Compañía en tiempo de San Ignacio, habrá de acudir a este arsenal riquísimo donde sin ningún primor de estilo, es verdad, pero también sin ponderaciones ni exageraciones se exponen los sucesos con más exactitud y fidelidad que en ninguna otra historia de la Compañía» (49).

Las demás historias contemporáneas, no de San Ignacio, pero sí de algunos directores de ejercicios o ejercitantes del tiempo del Santo, están escritas hacia 1600 como efecto de una carta del P. Aquaviva en que mandaba historiar los orígenes de los diversos colegios y provincias (50). Por no citar más que las que usamos nosotros, Francisco Antonio escribió la *Historia de la Provincia de Toledo;* Pedro Guzmán, la de Castilla la Vieja; Gabriel Alvarez, la de la provincia de Aragón; Martín de Roa, la de la provincia de Andalucía (51).

---

(48) Schurhammer, *Die Anfänge des römischen Archivs,* 104-118.
(49) Astráin, I, XXXII.
(50) Carta del P. Aquaviva a todos los provinciales, fechada el 26 de septiembre de 1598, en *A. R.* Ep. NN. 113, págs. 200-201. En la carta propiamente el P. General manda recoger los documentos que se encuentren y mandarlos a Roma para poder escribir una historia general de la Compañía, pero muchos no contentos con esto, al verse con materiales tan ricos aprovecharon la ocasión para redactar historias locales.
(51) Véase la descripción y el juicio de estas obras en Astráin, I, XXXVI-XXXVII.

Estas historias parciales, de muy desigual mérito, son en general bastante fidedignas en lo que narran, aunque dejan de historiar puntos bastante importantes. Son más bien crónicas que historias. Tienen singular importancia para nuestro trabajo los dos tomos de la *Historia del Colegio de Alcalá*, escritos respectivamente por el Padre Cristóbal de Castro y por el P. Alfonso Ezquerra. Aunque algo difusa y coloreada con cierto tinte de nimio afán de mostrar rasgos edificantes, es una de las mejores historias locales que poseemos.

El P. Castro, como él mismo cuenta en la *Introducción*, para «que fuese más averiguada la verdad de esta historia que es lo primero y más principal que se ha de mirar en ella», revisó primero los archivos del colegio, donde halló, según él dice, «un copioso número de papeles viejos y cartas misivas de mucha autoridad y verdad» (52). «y algunas relaciones de cosas de este colegio» No contento con esto, el fiel Castro acudió a informarse de los muchos supervivientes de los primeros años del colegio, «de cuya boca —dice él— supe lo más de lo que aquí escribo» (53). Entre éstos sobresale el P. Manuel López —brazo derecho del P. Villanueva— desde el año 1545 en que llegó a aquel colegio. Rector del mismo colegio desde 1554, uno de los que más íntimamente conocieron al P. Villanueva. Lleva esta historia el valioso aval de este autorizado Padre, que además de referirle muchas cosas como testigo de vista y de aquilatarle las noticias que había recogido por otras partes, una vez acabada la obra la leyó y corrigió, certificando al fin «contener toda verdad y alabando la diligencia que en averiguarla ha puesto como en la principal virtud de la historia (54).

No contentos con los numerosos datos que contenían estas relaciones y crónicas, nos hemos metido por el bosque de las cartas contemporáneas, necrologías, catálogos y ordenaciones que se conservan inéditas en el Archivo Romano, y hemos ido recogiendo con todo cariño las reliquias que todavía allí quedaban desperdigadas, de poca importancia en general, pero de no escaso número, y que reunidas sirven para completar e iluminar no pocos puntos de nuestra historia.

A pesar de que este estudio que, gracias a una singular providencia de Dios, iniciamos hoy, había sido nuestro sueño dorado desde hace más de 15 años; sin embargo, dado lo universal del campo que abarca, las cuestiones tan vidriosas de espiritualidad con que se roza y lo delicado de la misma materia en sí, nunca nos hubiéramos atrevido a emprenderlo si no hubiéramos contado: primero, con la extraordinaria ayuda de la biblioteca del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús y de los ricos y prácticos catálogos y demás instrumentos de rápida consulta con que cuenta; segundo, con la acertada dirección del R. P. Pedro Leturia, tan conocido en el campo de la vida de San Ignacio, de los primeros años de la historia de la Compañía y de los ejercicios; y en tercer lugar con la desinteresada y fraternal ayuda de todos los miembros del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús, y de modo más particular de las dos secciones del *Monumenta Historica S. J.*

Por todo ello no podemos menos de agradecer sinceramente su

(52) Castro, I, pág. 11r.
(53) Ib., I, pág. 11r.
(54) Ib., I, pág. 11r.

valiosa ayuda prestada, además de al ya mencionado P. Pedro Leturia, a los profesores de la Universidad Gregoriana Otto Faller, Dionisio Fernández Zapico, José Grisar y Luis von Hertling, a los miembros del Instituto Histórico S. I. Edmundo Lamalle, Jorge Schurhammer, José Wicki y Félix Zubillaga (55).

Loyola, 1 de agosto de 1946,

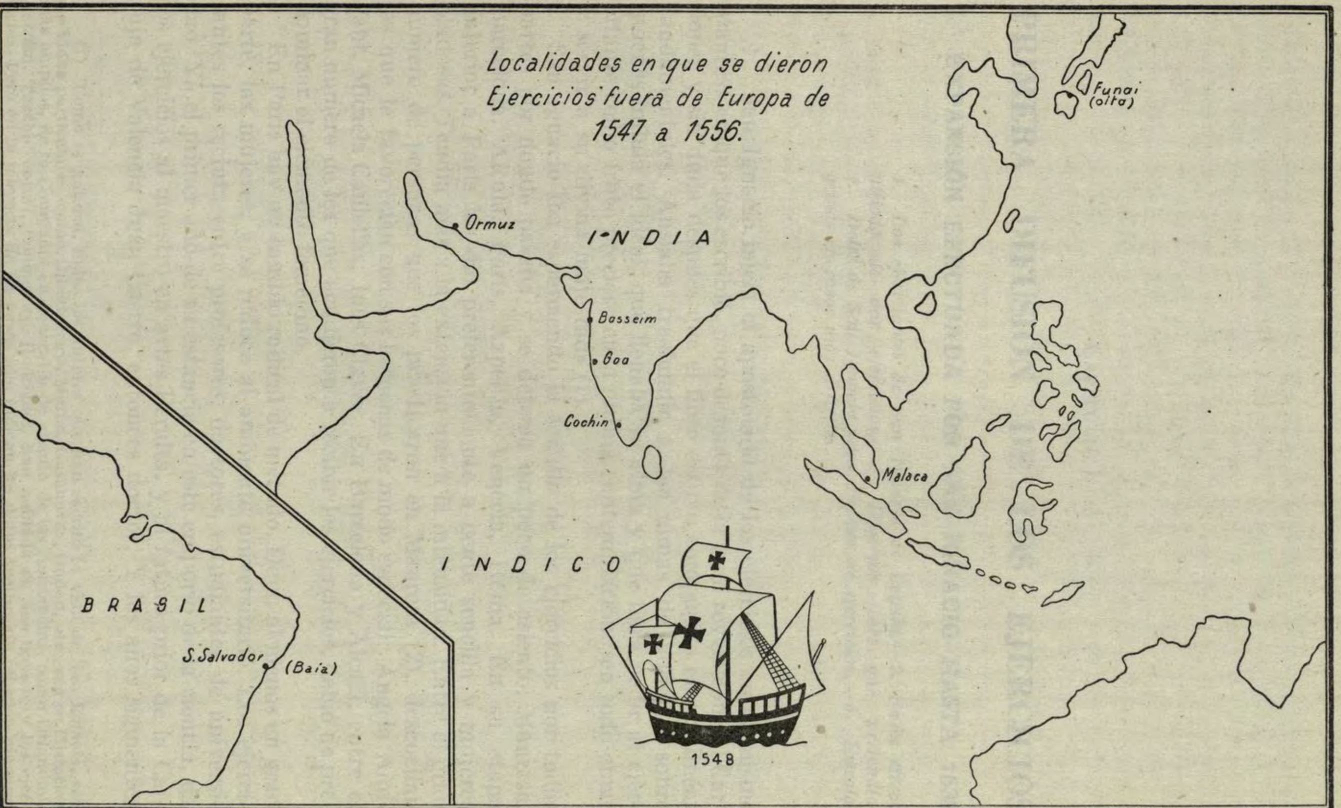
a los 400 años de la muerte del Beato Pedro Fabro,

I. I., S. I.

(55) Tampoco podemos olvidar la valiosa y esmerada colaboración que nos han prestado los HH. Mario Arana, Luis Arrieta y Fermín Amescoa.

Localidades en que dieron
Ejercicios en Europa de
1547 a 1556

ATLANTICO
MEDITERRANEO
Lovaina
Colonia
Tournai
Liessies
Praga
Paris
Ingolstadt
Augsburg
Viena
Ottubeuren
Clermond
Belluna
Isla de Guarda
Venecia
Arese
Padua
Ferrara
Moderna
Argenta
Bolonia
Génova
Casola
Meldolo
Gallicano d. L.
Pistoya
Loreto
Siena
Florencia
Gubbio
Montepulciano
Ortona
Perusia
Castigliane de Orco
Foligno
Bastia
Roma
Tivoli
Napoles
Palermo
Monreale
Mesina
Patti
Catania
Siracusa
Tuy
Braga
Oporto
San Fins
Toro
Valladolid
Simancas
Salamanca
Medina del Campo
Belimar
Burgos
Oñate
Zaragoza
Gerona
Barcelona
Coimbra
Avila
Alcalá
Guadalajara
Tendilla
Plasencia
Madrid
Toledo
Tomar
Jaraiceja
Cuenca
Villora
Lisboa
Elvas
Valencia
Alcira
Gandía
Oliva
Evora
Vila Nova
Almazán
Cordoba
Murcia
Sevilla
Lagos
Sanlucar de Barrameda
Granada


Localidades en que se dieron
Ejercicios fuera de Europa de
1547 a 1556.
Funai
(oita)
Ormuz
I·N D I A
Basseim
Goa
Cochin
Malaca
I N D I C O
1548
BRASIL
S. Salvador
(Baia)

CAPÍTULO I

PRIMERA DIFUSIÓN DE LOS EJERCICIOS

I. EXPANSIÓN EFECTUADA POR SAN IGNACIO HASTA 1539

1. Los ejercitantes de San Ignacio de Loyola.—2. Fases en su método de dar ejercicios.—3. Diversos fines que pretendía. 4. Dotes de San Ignacio para director de ejercicios.—5. Estratagemas en casos más difíciles.

1. San Ignacio inicia el apostolado de los ejercicios en el mismo Manresa en que los escribió, poco después de la gran revelación del Cardoner y sin duda después que el libro estuvo compuesto en sus líneas fundamentales. Ansiaba trasfundir a las almas de aquellos sobre quienes influía el ideal, que llenaba su alma y que hará pedir al ejercitante como fruto precioso en la última contemplación: «en todo amar y servir a su divina majestad» (1).

San Ignacio iba esparciendo la semilla de los ejercicios por todas partes por donde pasaba y se detenía un poco de asiento: Manresa, Barcelona, Alcalá, París, Azpeitia, Venecia, Roma. En su etapa anterior a París los dió preferentemente a gente sencilla y mujeres piadosas. Tendía más a la extensión que a la intensidad. Entre el gran número de personas que los practicaron en Manresa (2), descuellan las que le favorecían con sus limosnas de modo especial: Angela Amigant, Micaela Caniellas, Inés Claver. En Barcelona y Alcalá, entre el gran número de los que acudieron a recibir los ejercicios, debió de predominar el elemento femenino.

En París hay un cambio radical de método. Deja, al menos en gran parte, las mujeres, y se reduce al ambiente universitario. Los ejercitantes los recluta entre profesores, doctores, estudiantes de universidad. Ya el primer año de su estancia en este emporio de la ciencia, da los ejercicios al maestro en artes Peralta, y al futuro prior de la Cartuja de Valencia Juan Castro, entonces doctor. Y los años siguientes

(1) Como es natural, todos los autores que han escrito la vida de San Ignacio, sea en Vidas particulares, como Ribadeneira, Maffei, Casanovas, Dudon, etc., sea en Historias más amplias, de la Compañía en general o de alguna de las Asistencias, como Orlandini, Astráin, Tacchi-Venturi, Fouqueray, Rodrigues, han hablado de San Ignacio y los ejercicios. Pero en la mayoría de los casos sólo indican los datos sueltos sin relación ninguna entre sí, metidos entre otros muchos. No se puede comprender de este modo la línea seguida por San Ignacio.

(2) MI, Scripta, II, 709; Cfr. MI. Fnarr, 164.

a personas todavía de mayor significado, como al Dr. Valle, al Dr. Marcial Gouvea, al rector de la Universidad y futuro teólogo del Concilio Tridentino y obispo de Pamplona, Alvaro Moscoso. En 1534 los dió a los que habían de ser sus primeros compañeros definitivos en la fundación de la Compañía de Jesús.

En Venecia y sobre todo en Roma, se puede decir que adopta una actitud media a la observada hasta entonces: extiende su actividad a un círculo más numeroso que el de Francia y a la vez de más significado social que el de España. Entran en ejercicios personajes tan importantes de la corte pontificia como el cardenal Gaspar Contarini, de particular influjo con el Papa; Lactancio Tolomei, legado de la república de Siena ante la Santa Sede; el Dr. Pedro Ortiz, embajador del emperador ante Paulo III; el Dr. Ignacio López, persona de gran prestigio, que tanto había de ayudar a los Padres en sus obras de celo (3).

2. A esta diferencia de ejercitantes correspondió el diverso método empleado en la dirección de los retiros. En el primer período predominan los ejercicios «leves», es decir, los descritos por el Santo en la anotación 18, y, sin duda, los únicos de que eran capaces la mayoría de los que los hicieron en Manresa y Alcalá. En cambio, en los últimos años, efecto de la táctica seguida de selección, se llevan las preferencias los ejercicios de mes, sea en su forma más exacta, en completo retiro y con el perfecto cumplimiento de todas las adiciones y anotaciones, sea adaptándolos al estado determinado de algunas personas que no podían desligarse de todos los negocios o retirarse a algún sitio solitario, conforme al procedimiento sugerido en la anotación 19. Obsérvese bien que decimos que *predominan* en el primer período los ejercicios leves y que en la segunda época *se llevan la preferencia* los retiros más completos. Con estas expresiones de ningún modo queremos afirmar que no se diesen en España ejercicios completos.

Ya en Barcelona San Ignacio había conquistado para sus designios a tres compañeros: Calixto de Sa, Juan de Arteaga y Lope de Cáceres. En Alcalá se añadió al grupo Juan de Reynalde. Y apenas es creíble que a estos sus íntimos no les iniciara en el método que empleaba aun con otros que menos le interesaban. En los procesos de Alcalá aparece Calixto de Sa junto con San Ignacio dirigiendo a los ejercitantes (Sc., 617) y sería contra todo el método ignaciano el que hubiera asumido esta función sin haberlos antes practicado perfectamente.

Más aún: en París los ejercicios leves que dió a Fabro sirvieron de base y de preparación a los de mes. Tal vez, al menos en algunos casos, podía muy bien haber sido la misma la táctica del Santo en España. Tantear el terreno, ver en este primer contacto con las almas si encontraba tierra apta para después de la debida roturación sembrar la semilla ideal. Vería que muchos no daban para más; los procesos y los estudios le debieron de impedir darlos a otros, pero sería

(3) En el apéndice estadístico se dan noticias de todos estos personajes.

muy extraño que entre tantos —recordemos que en Barcelona fueron *muchos* los ejercitantes— no encontrara ninguno a quien no pudiera amaestrarlo plenamente.

Estamos bastante bien informados del modo que tenía San Ignacio en dar los ejercicios leves, gracias a los procesos que la autoridad eclesiástica formó en Alcalá para aclarar su doctrina y conducta (4). En éstos, los testigos van contando lo que el Santo les iba enseñando y el modo con que les dirigía en espíritu, suministrándonos las noticias más preciosas y concretas que poseemos sobre el método de dirección de San Ignacio. Estas noticias son a la vez el mejor comentario de la anotación 18.

No eran los ejercicios tan «leves» como se podría creer. Tenían que asistir las mujeres «un mes arreo» (Sc. I, 611) y venir varias veces a la semana y a lo que parece más de una vez al día (5). San Ignacio les hablaba unas veces a varias juntas, otras una por una (6), unas veces «en la cámera donde está dicho Iñigo, y otras veces abajo en el patio del hospital» (Sc. I, 606), o en las casas de las mismas mujeres (7). El contenido de estas instrucciones o ejercicios era el siguiente: les explicaba «las potencias del alma» (Sc. I, 609), «los artículos de la fe, los mandamientos de la Iglesia» (Sc. I, 611), «e el mérito que se ganaba en la tentación, e del pecado venial cómo se hacía mortal e los diez mandamientos e circunstancias e pecados mortales e los cinco sentidos e circunstancias de todo eso» (Sc. I, 611), «e otras cosas buenas de servicio de Dios» (Sc. I, 610), «e le mostraba el examen de conciencia e que le hiciese dos veces al día, una después de comer e otra después de cenar e que se asentase de rodillas y dijese: Dios mío, Padre mío, Criador mío. Gracias y alabanzas te hago por tantas mercedes como me has hecho e espero que me has de hacer. Suplícote por los méritos de tu pasión me des gracia que sepa examinar bien mi conciencia» (Sc. I, 612). A estas instrucciones y al examen de conciencia unía el aprendizaje del tercer modo de orar que lo enseñó del siguiente modo, según referencia de un testigo: «Que cuando dijese el avemaría que diese un suspiro e contemplase en aquella palabra Ave María e luego gratia plena e contemplar en ella» (Sc. I, 613). Como fruto de todo el trabajo y medio eficacísimo de perseverancia

---

(4) Editados en Sc. I, 598-623. *Sobre los ejercicios de San Ignacio en Alcalá*. Cf. García-Villoslada, *San Ignacio y Erasmo*, 409-419. Para encuadrarlos en el ambiente iluminista vide B. Llorca. *Die spanische Inquisition*, 35-40.

(5) MI. Scripta, I, 605.

(6) Con varias mujeres en MI. Scripta, I, 601, 610, 620. Con una sola en *Declaraciones de María de la Flor:* «le veía muchas veces (a Iñigo) entrar en casa de Mencía de Benavente... e hablaban en secreto muchas veces», MI. Scripta, I, 611.

(7) En casa de Mencía de Benavente, MI. Scripta, I, 609, 611, 620; en la de Isabel la recadera, MI. Scripta, I, 599; de la madre de Luisa Velázquez, MI. Scripta, I, 620; en la de Beatriz Ramírez, MI. Scripta, I, 620; trataron con el Santo,—Mencía de Benavente, Sc. I, 605, 609, 611; Ana de Benavente, hija de la anterior, 609, 610, 615; Isabel Sánchez la recadera, 600, 601, 605, 506; Ana del Vado (idéntica a Ana Díez ?, 616) 601; Beatriz Ramírez, 601, 605, 620; Leonor de Mena, 609, 610, 612, 616; Luisa esposa de Francisco Morena, 601; Beatriz Dávila, 607; María Díaz y su hija, 609; una hija de Isidro, 605, 607; una hija de Juana del Villarejo, 601; una hija de Juan de la Parra, 607; la [esposa?] de Juan alabardero, 607; María de la Flor, 611; una María que vivía en casa de Ana Díaz, 609; y tres criadas, una de Lorenzo, capellán de Santiuste, otra de Luisa Velázquez y la tercera de Luis Arenas, 609. Además un hombre, Andrés de Avila, 601, y otro que decían era viñadero, 601.

«les aconseja que se confiesen de ocho en ocho días e reciban el Sacramento en el mismo tiempo» (Sc. I, 610).

Todavía podemos recoger algunos datos sueltos de su método en estos interesantes testimonios. Les hablaba «cosas de los evangelios» (Sc. I, 609). Sus explicaciones no se mantenían en un tono abstracto y teórico, sino que las adaptaba al alcance de su auditorio aplicándolas a casos concretos (8). Aclara su doctrina «por los evangelios e con San Pablo y otros santos» (Sc. I, 609). Al menos en una ocasión «les contó e relató la vida de Santa Ana e de [San] José e de otros santos» (Sc. I, 620). Ni siquiera les hablaba en el tono no tan natural de sermón o de plática, sino en el de una conversación familiar. María de la Flor asegura que cuando les mostraba el servicio de Dios «hablaba en secreto» (Sc. I, 611); y el hospitalero Julián Martinez, que rondaba junto al sitio donde se reunían, tiene que confesar que sus esfuerzos por captar la conversación fueron vanos, porque «hablan tan callando desque están juntos, que este testigo no los entiende» (Sc. I, 606).

Otro elemento muy característico de los ejercicios aparece muy de relieve en los procesos de Alcalá: la íntima comunicación con el dirigido. No era San Ignacio el único que hablaba. Sus ejercitantes se comunicaban a él confiadamente y le manifestaban sus tentaciones, sus pensamientos (Sc. I, 612), los «escrúpulos e tentaciones que tenían» (Sc. I, 619), las penas que tenían (Sc. I, 611) y él «las consolaba» (Sc. I, 611); daba su parecer sobre los diversos problemas que les acuciaban, declarando el grado de culpabilidad o la inocencia de las varias acciones; les prevenía las desolaciones futuras, les animaba a sobrellevar con fortaleza las tentaciones, analizaba las alegrías y tristezas dictaminando cuáles procedían del mal espíritu y cuáles por el contrario indicaban «que iban entrando en el servicio de Dios« (9).

Son ejercicios en verdad «leves» por su contenido, a pesar de la abundancia de tiempo empleado en ello. San Ignacio pretendía formar una conciencia conscientemente cristiana a la gente sencilla que acudía a él. Les inoculaba un profundo odio al pecado, les enseñaba a orar de un modo apropiado a su capacidad, les ejercitaba en el examen de conciencia. Es verdad que en este método hay un mínimum de consideración y un máximum de instrucción. Sin embargo, no son prácticas desperdigadas. Informa a todas un pensamiento central, que quedó profundamente grabado en el corazón de sus dirigidos, como se puede apreciar por lo que lo inculcan en los procesos. Y era la gran lección que pretendía el Santo: que toda su vida estuviera orientada y dirigida por esta norma, de modo que no ejecutaran nada que se opusiera en lo más mínimo a ella. Esta idea central y orientadora no era otra que el servicio de Dios, la idea base en la enseñanza

(8) Véase por ejemplo «E le decía —Iñigo— que cuando alguna mujer venía a hablar a alguna doncella de mala parte e que si la tal doncella non daba oído a ello non pecaba mortal ni venial; e que si otra vez venía e le daba oído e le oía, que pecaba venialmente e que si otra vez la hablaba e hacía lo que le decían, pecaba mortalmente», MI. Scripta, 612. Mantilla. Sebastián, S. I. —Manresa, 9 (1933), 244-257.

(9) MI. Scripta, 611, 612, 619.

de San Ignacio y la que orientaba toda su vida. Este practicar el servicio de Dios no exigía grandes transformaciones de aquella gente sencilla; solamente el procurar cumplir con toda fidelidad las obligaciones del cristiano. Y gracias a esta luz encendida en la mente, muchos —como afirma Polanco de las mujeres de Manresa— hicieron una gran transformación en su vida e insignes progresos en la vía espiritual (PCh. I, 25).

Tales debieron de ser una gran parte de los ejercicios que fué dando San Ignacio en su paso por España. Apenas llegan al umbral de los mismos ejercicios. No pasan de ser un proemio, y es de creer que el Santo cuando podía no dejaría a medias la obra comenzada. También en esta época hubo ejercicios propiamente dichos en su forma más perfecta. Pero abundaron mucho más en su época posterior. Al menos en ésta podemos precisar con más detalle el modo que seguía en ellos. Tenemos un ejemplo típico: los que dió a los primeros compañeros definitivos en París en 1534. Es el otro extremo de los ejercicios de Alcalá. Difícilmente se conciben unos ejercicios más leves que los de Alcalá, ni más intensos y perfectos que éstos de París.

El tiempo, un mes largo. El modo, «exactamente y apartados». Frase que en su lacónica desnudez nos dice más que las ampulosas descripciones, ya que viene a decir que allí se observaron con escrupulosidad todas las prescripciones diseminadas a lo largo del libro, prescripciones que miran la actividad total del individuo, desde la mañana hasta la noche y desde la noche hasta la mañana; que dan normas sobre su postura externa y sus más íntimos pensamientos y regulan desde la comida y el sueño que se ha de dar al cuerpo hasta los momentos en que el alma se desahoga con su Dios en los coloquios. Hubo tan sólo uno, el portugués Simón Rodrigues, que no pudo hacerlos en absoluta soledad y con completa entrega a ellos. Todos los demás dejaron sus moradas habituales e interrumpieron sus estudios durante aquellos días.

La intensidad con que se dieron a Dios y sus ansias de no poner ninguna cortapisa a las exigencias de la gracia, se pueden percibir de modo bien palpable, en la prontitud y constancia con que siguieron la voz de Dios, cuando entendieron que Él quería que segaran en flor los ensueños mundanos que les habían llevado a doctorarse en París y le sirvieran en una vida de pobreza y trabajos, y en la gran penitencia con que maltrataron su cuerpo «para vencerse en la raíz» de pasiones determinadas, como San Francisco Javier (10), o para atraer especiales gracias del cielo. Fabro pasó seis días «sin comer y beber cosa de esta vida» (FN. 859). Los demás —excepto Simón Rodrigues— pasaron al menos tres días sin probar ni una gota de agua. Fabro no contento con tan riguroso ayuno y apesar de ser el tiempo tan frío que el río Sena se atravesaba con carretas por estar helado, «dormía en camisa sobre las barras que le trajeron para hacer fuego el cual nunca había hecho... Las meditaciones hacíalas sobre la nieve en un

(10) Memorial del P. Gz. de Cámara, MI. Fnarr, 704, 705.

cortil» (FN. 704). Laínez, según escribe Ribadeneira, tres días estuvo sin comer bocado; otros quince comió pan y agua; traía cilicio; disciplinábase muchas veces con gran deseo de hallar a Dios, suplicándole con fervorosas oraciones y copiosas lágrimas que le diese su luz y fuerzas para agradarle y tomar aquel estado en que más le había de servir» (11).

Una vez más se repite aquí la idea que dominaba todas las meditaciones y todos los propósitos: servir a Dios del modo más conducente para cada uno. Para las sencillas mujeres de Manresa y Alcalá este servir a Dios no produjo fundamentales trasformaciones en el tenor externo de vida. En cambio para muchos estudiantes y maestros de París y Roma suponía un cambio radical, un emprender una ruta totalmente nueva, sea en la cartuja, como Juan de Castro, sea vistiendo el hábito franciscano, como varios de París (12), sea siguiendo a San Ignacio en su nuevo género de vida. Tal diversidad de comprender el seguimiento a Jesucristo en Alcalá y París, provenía no sólo del diverso carácter de los ejercicios en las dos ciudades, sino también de la diversa capacidad de las mujeres complutenses y los doctores parisinos y sobre todo de las diversas exigencias de la voz de Dios Nuestro Señor.

Vemos en todos estos datos la aplicación perfecta de lo contenido en el libro de los ejercicios. Por ello no ofrece novedad especial. Se realiza lo que de antemano sabíamos tenía que realizarse. Pero hay un punto que se destaca de un modo singular y que indica la extraordinaria importancia que San Ignacio le daba: la preparación a los ejercicios, no admitiendo a ellos en su forma perfecta hasta que se encontraran en las disposiciones necesarias, y usando de los mismos ejercicios en forma más embrionaria, como de medio preparatorio para el ulterior trabajo.

En este respecto es muy aleccionador el modo con que fué preparando San Ignacio al Beato Fabro. Primero un influjo personal en cuatro años de convivencia en el cuarto de Santa Bárbara, en París. Aprovechándose de la santa intimidad que reinaba entre los dos, cuando se ofrecía ocasión favorable en momentos de ocio, o cuando el Beato acudía a él torturado por sus escrúpulos o desasosegado con dudas sobre los fenómenos espirituales, fué instruyéndole gradualmente en la vida espiritual, y adiestrándole en los exámenes de conciencia y en los diversos modos de orar. Todo este trabajo lento, dirigido gradualmente por San Ignacio de un modo consciente hacia una meta prefijada, tenía ya mucho de ejercicios. Era lo que hemos dado en llamar conversaciones de ejercicios y en este caso concreto realizaron la función de disponer al Beato espiritualmente para entrar en los ejercicios completos.

No paró aquí esta labor preparatoria. Abrazó tres medidas concretas más prácticas. Primero una confesión general de toda la vida,

---

(11) Ribadeneira, *Vida de Laínez*, pág. 7.
(12) MI. Fnarr, 83, 100, 101.

que le aconsejó la hiciera con el antiguo ejercitante Dr. Castro. San Ignacio pretendía con este acto devolver la paz al atormentado espíritu de Fabro, que se encontraba lleno de «temor de no haber en mucho tiempo bien confesado mis pecados que me daba tanta pena que para hallar remedio me fuera a un desierto para siempre comer hierbas y raíces» y desasosegado por las «malas y feas imaginaciones de las cosas carnales por sugestión del espíritu de fornicación» (13). No quería que comenzara el retiro en estado de turbación e inquietud espiritual, tan poco apto para ponerse en contacto con Dios y resolver los trascendentales problemas con que debía enfrentarse en aquellos decisivos días.

Restablecida la paz en el alma, da San Ignacio un paso más. Le recomienda confesarse y comulgar cada semana y examinar la conciencia cada día. Pretende una mayor purificación de su alma y a la vez un acostumbrarle a reflexionar sobre las diversas mociones del espíritu.

Obsérvese que el fruto que percibe aquí con este trabajo preparatorio es sustancialmente idéntico al que recabaron las mujeres de Alcalá: paz en el alma y vigor para llevar una vida piadosa. Es que como hemos indicado, este trabajo de San Ignacio son ya ejercicios. Mejor dicho. El Beato consiguió ya en este estado inicial un fruto mucho más profundo que el de la gente sencilla de Manresa, porque su capacidad espiritual era mucho mayor. Con estas prácticas adquirió el Beato un gran conocimiento de sí mismo, finísima introspección psicológica y firmeza de voluntad, magníficas bases para la obra espiritual que debía realizar (14).

No queremos decir con esto que San Ignacio se detuvo con todos, cuatro años en la preparación de los ejercicios. Nada de esto. Pero sí que cuando las circunstancias lo permitían, preparaba al presunto ejercitante con un trabajo personal y delicado, para que adquiriera las disposiciones que se requerían para traspasar el umbral de los ejercicios en esta modalidad la más perfecta.

3. La clave de esta diversa táctica del Santo en las varias circunstancias, de este preferir unas veces los ejercicios leves y otras los completos, nos las dará el mismo San Ignacio. Los ejercicios estaban en función de otros ideales personales. En cada momento se iba sirviendo de ellos en la medida que mejor le ayudaran para el fin que pretendía entonces, porque como es obvio, una forma se adaptaba más para una circunstancia que otra. De la diversidad de estos fines provino la variedad de modos usados en el dar el retiro.

Porque los ejercicios para el Santo, además del bien espiritual que producían individualmente en cada uno de los que los practicaban, poseían una fuerza de conjunto, un valor social que trascendía al exterior y que podía presentar caracteres muy variados.

San Ignacio al principio de su vida pretendía con ellos infundir un sano fermento en medio del pueblo, que fuera poco a poco trasformán-

(13) Memorial del Beato Fabro, *Fabri Mon.*, 858, y MI. Fnarr, 34.
(14) G. Plaza, *Contemplando en todo a Dios*, 74, 75.

dolo espiritualmente. Por eso eligió un método de extensión, que debidamente aplicado produjera la reforma de la familia, de la sociedad y de la población, a través de los individuos. No se puede negar que el Santo consiguió no poco en este particular. Polanco afirma de Manresa que «prendieron mucho en este pueblo los ejercicios y conversaciones con los cuales medios, *muchos* hicieron gran mudanza de vida y entraron en conocimiento grande y gusto de las cosas del Señor» (FN. 164). Lo mismo hay que asegurar de Alcalá dentro de un sector más restringido y aun de Azpeitia, porque creemos que sus enseñanzas de catecismo, de que nos hablan los azpeitianos, no diferían mucho de sus conversaciones de Alcalá, es decir, que eran ejercicos leves.

Pero en París se sirvió de ellos para otro fin muy diverso; para reclutar compañeros que llevaran a la práctica los ideales que cada vez se les iban mostrando con más luz. No es que San Ignacio incitara durante el retiro a sus dirigidos. Nadie más respetuoso que él con los designios de Dios sobre las almas, como lo probaremos a su tiempo, sino que sabiendo que muchos, alucinados por el resplandor del mundo, se sentían imposibilitados para ver a Dios cuando pasaba por ellos manifestándoles su voluntad, procura formar el vacío y silencio necesarios para oír esta voz y conocer este camino. Antes de comenzar los ejercicios, tal vez en alguna conversación más íntima le habrá manifestado sus planes, para que llegada la ocasión de elegir su estado, tenga elementos de juicio sobre este posible derrotero de su vida, pero una vez en contacto con Dios, le deja que él se decida por lo que vea mejor para su alma.

En Venecia, y sobre todo en Roma, los ejercicios, sin perder la función social de París, sirvieron para otra que la complementaba. Necesitaba manifestar el Santo sobre todo a los eclesiásticos influyentes en la corte pontificia la naturaleza de su misión, la razón de su vida y de su apostolado en orden a conseguir la restauración católica. Necesitaba formar a su alrededor un ambiente favorable que le ayudara en el desenvolvimiento de su actividad. El medio que juzgó más expediente fué el dar ejercicios. Bastaba que penetraran el espíritu de los ejercicios —el alma de la Compañía de Jesús— para que se diesen cuenta del alcance y trascendencia de la nueva obra que él pretendía levantar para fomentar la restauración católica en toda la Iglesia.

El mismo explica su táctica a Isabel Roser:

> «Me di todo —le escribe— a dar y comunicar ejercicios espirituales a otros, así fuera de Roma [en Monte Casino] como dentro. Esto concertamos por haber algunos letrados de nuestra parte o principales, o por mejor decir de la parte, honor y honra de Dios Nuestro Señor, pues la nuestra no es otra que alabanza y servicio de la su divina majestad, porque en los mundanos no hallásemos tanta contrariedad y después pudiésemos más líberamente predicar su santísima palabra, oliendo la tierra ser tan seca de buenos frutos y abundosa de malos.» (15)

(15) Carta de San Ignacio a Isabel Roser, de 19 dic. 1538, editada en *Monumenta Ignatiana*, I, 138, y más recientemente en Fontes Narrativi, I, 7.

Deseamos recoger una frase de esta carta porque contiene una noticia interesante. Es el comienzo mismo en el que dice: «Me di todo a dar y comunicar ejercicios». San Ignacio no hubiera podido decir esto, ni de la época anterior a 1538, ni de los años siguientes a 1539. Antes y después debió dedicar lo mejor de su tiempo a otras ocupaciones: estudios, preparación de las Constituciones, gobierno de las órdenes. Por el contrario, desde su entrada en la Ciudad Eterna en otoño de 1537 hasta fines del año de 1539, su ocupación principal fueron los retiros. Y él, que se encontraba en el vigor de sus 47 años, que veía que en aquellos trascendentales meses se estaba jugando el porvenir de la naciente Compañía y aun de la reforma eclesiástica en una no pequeña parte, desarrolló una actividad extraordinaria. No reparaba ni en distancias ni en sacrificios algunos. A veces tenía que atravesar Roma de parte a parte dos veces al día para atender a sus dirigidos, como cuando uno se encontraba en el Puente Sisto y otro en Santa María Mayor. Los editores de *Monumenta*, peritos en la topografía de Roma, calculan que para visitarlos y volver luego a su casa, sita entonces en las estribaciones del actual Pincio, en la viña llamada de Garzoni, tenía que andar diariamente cerca de cuatro horas (FN. 500[5]).

Desde 1539 se inicia suavemente otro cambio en la finalidad personal del Santo, sin que despreciara las otras pretendidas hasta entonces. Más que los ejercicios, le interesaban ahora los directores. Por ello en vez de dirigir a los ejercitantes, dirigía a los directores, que se entrenaban bajo su vigilante pupila. No nos toca ahora indicar cómo ejercitó el Santo este papel de director de directores, sino tan sólo señalar el cambio de método con sus consecuencias: los ejercitantes, con muy contadas excepciones, son personas de muy poco relieve. Son tan poco conocidos que ni siquiera se les nombra muchas veces. Tan sólo se usan frases genéricas, como «algunos», «no pocos». Y de muchos de los nombrados, apenas hubiéramos sabido nada de no haber entrado jesuítas. No podía iniciar a los inexpertos directores con personas de cierto significado. Tenía que ser un comienzo gradual. No olvidemos que sus primeros ejercitantes fueron unas mujeres de pueblo.

Él mismo se dió de tal modo a la formación de los nuevos directores que desde 1539 a 1556 no dió, que sepamos, ejercicios más que a dos personas: al Dr. Miguel Torres, probablemente en 1542, y a un hermano coadjutor albanés, analfabeto antes de entrar en la Compañía: Juan de Alba. Sin duda daría a algunos más, pero su número fué ciertamente muy escaso, pues las fuentes contemporáneas, tan repletas de datos sobre el Santo fundador, no traen ni un solo nombre más.

4. A través de todas las fuentes contemporáneas, aunque queden tal vez algunos detalles entre penumbras, resalta con toda claridad un hecho. San Ignacio de Loyola fué un gran Director de ejercicios, no sólo porque por ser éstos la expresión de su alma los percibía con vibraciones mucho más profundas e íntimas, sino por sus dotes ex-

teriores, reflejo de su rica personalidad, que le hacían sumamente apto para trasmitir a la humanidad su precioso tesoro.

Ante todo, un halo de santidad, y precisamente de santidad fruto de los ejercicios, madurada al calor de un continuo vivirlos y asimilarlos. De aquí brota esa superioridad que ejercía sobre los demás, aun no jesuítas, y el atractivo con que se le acercaban las almas. París es una buena prueba de ello. San Ignacio se encontraba en esta ciudad en circunstancias muy poco favorables para dar ejercicios. Muy poco o ninguna autoridad podía tener en un ambiente universitario, en que el criterio regulador del juicio es el talento y la ciencia, un escolar que por su edad, condición de salud, y género de vida llevado anteriormente, no podía despuntar en los estudios. Bastaba el mero hecho de ser estudiante para que tuviera que ser considerado siempre inferior a los maestros graduados y doctores de la Universidad. Sin embargo, aquel insignificante alumno domina el ambiente universitario y se convierte en maestro del espíritu de aquellos sabios. Efecto de la santidad que irradiaba de su persona.

Todavía le adornaban otras notas particulares que ponían más de relieve la riqueza de su personalidad y aumentaban la eficacia de su dirección espiritual. Ante todo un trato personal exquisito, una prudencia delicadísima, un saberse mantener en el justo medio sin mostrarse importuno o machacón en las exigencias o demandas. De ahí sus éxitos en las invitaciones a ejercicios, en atraer a las almas necesitadas a que saborearan este manjar tan conveniente para ellos, pero de apariencia, sobre todo para los más necesitados, para los inapetentes, tan repugnante.

Característico es el modo con que invitó al P. Nadal. Aprovechando de la intimidad que gozaba con él, ya le había invitado dos veces a retirarse a ejercicios. Pero sus invitaciones no habían surtido el efecto deseado. Sin desanimarse, volvió a la carga en una ocasión extraordinaria que se le presentó de por sí. Era el día en que Nadal había conseguido, después de tantos esfuerzos, el título de maestro en teología. San Ignacio se apresuró a felicitarle con muestras de la mayor estima. Y en la conversación, suavemente, le hizo una nueva invitación: «Jerónimo Nadal —le dice—, ahora que sois *magister noster in theologia*, sería bueno que os retirarais a meditarla, entenderla y gustarla práctica y cordialmente». Los prejuicios que abrigaba el nuevo doctor contra aquel método, en el que creía descubrir resabios de iluminismo, impidieron que San Ignacio saliese con su intento. Nadal, mostrando el Nuevo Testamento que tenía en su mano, dijo como única respuesta: «Yo creo en ésto». San Ignacio no volvió a insistir más, siguiendo tratando con él con la misma intimidad y confianza de siempre (16). Gracias a este tacto delicado del Santo, que sabía pararse a su tiempo, siguió Nadal conservando un agradable recuerdo suyo, que dió a su tiempo el fruto apetecido. ¿Se hubiera obtenido ésto

---

(16) Todos estos detalles los da el mismo Nadal en su *Diario íntimo*, Epp. Nadal, I, 29.

si la nimia insistencia del Santo hubiera agriado las relaciones entre ambos?

En la carta que escribió al P. Miona, incitándole a que probara ese medio tan excelente, hay un rasgo sumamente característico para apreciar la exquisita delicadeza del Santo. Después de las extraordinarias alabanzas del nuevo sistema de que enseguida hablaremos, le aseguró que son de gran utilidad «así para el hombre poder aprovechar a sí mismo, como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos». Pero para evitar que esta frase le hiriera en lo más mínimo, añade con suma delicadeza: «que cuanto para lo primero no sintiéredes necesidad, veréis sin proporción y estima cuánto os aprovechará para lo segundo» (MI. Epp. I, 113).

Otra cualidad de gran importancia para su misión de guía de las almas: la eficacia extraordinaria de sus palabras, eficacia que provenía no del oropel de un lenguaje estudiado ni de su contenido material, que no encerraba nada de extraordinario, sino de que a través de ellas, trasparentaba y vibraba su potente personalidad. Lo testifica el P. Ribadeneira en sus recuerdos íntimos, después de una confesión general hecha con el Padre de su alma.

> «Vos, Señor —dice— distes tan gran energía y eficacia a sus palabras, como se ve en las que me dijo cuando me confesé con él [en los ejercicios]... las cuales con ser tan pocas, como saetas de vuestro arco flechadas por mano de vuestro siervo, fueron tan poderosas que atravesaron y trocaron mi corazón; y otra vez antes desta, exhortándome a recogerme y hacer los ejercicios y hallándome rebelde y obstinado, con una sola que me dijo me mudó de tal suerte, que sin saber lo que me decía, comencé a dar gritos y a decir: Yo lo haré, Padre, yo lo haré, porque estaba como fuera de mí y me parecía que no hablaba yo, sino que otro hablaba por mí.» (Ri. I, 41.)

Otro ejemplo del poder de las palabras de San Ignacio presenta el P. Castro. Narra este Padre, historiador del Colegio de Alcalá, que el Dr. Miguel Torres, durante una de sus estancias en la Ciudad Eterna ansiaba vivamente entrevistarse con el Santo, pero no se atrevía a hacerlo públicamente por no parecer patrocinador de aquel de quien se aseguraba que había salido de España huyendo de la Inquisición. Por fin se cita con San Ignacio en un sitio retirado de las afueras de Roma, a donde va disfrazado y de noche. El Santo, condescendiente, sin ofenderse por la injuria que se le hacía, al evitar su trato de un modo manifiesto, se aviene a ello. Le hurgaba el ganar un alma y no le importaba que hollasen su honra con tal de que redundara en gloria de Jesucristo. La entrevista la describe el P. Castro: «San Ignacio le habló muy pocas palabras pero con tal espíritu dichas que como él [Dr. Torres] contaba, no habían bien llegado a diez, cuando luego se postró de rodillas y se le entregó para que hiciese lo que quisiese» (17). Y lo que San Ignacio quería que hiciese era que se retirara a ejercicios.

---

(17) Castro, lib. II, cap. 6.º (I, 180).

A esta eficacia de la palabra, se juntaba una íntima convicción de la fuerza de esa arma «y una fecundidad de ingenio que le hizo poner en juego los más variados resortes y aun en ocasiones, atrevidos estratagemas».

Tal vez no haya nada que descubra a la vez el amor que profesaba a los ejercicios, la confianza ciega que tenía en su eficacia y el ardor de su alma cuando se le ofrecía alguna ocasión de invitar a practicarlos, como las encendidas frases que dirigió al P. Miona, frases que hubiéramos dicho hiperbólicas de no haberlas escrito de un modo tan categórico un Santo tan remirado en todas sus expresiones.

Escribe así el Santo a su antiguo director espiritual de París:

> «Mucho deseo tengo de saber cómo os ha sucedido y no es maravilla, como tanto os deba en las cosas espirituales, como hijo a padre espiritual. Y porque es razón responder a tanto amor y voluntad como siempre me habéis tenido y en obras mostrado, y como yo hoy en esta vida no sepa en que alguna centella os pueda satisfacer que poneros por un mes en ejercicios espirituales con la persona que os nombré y aun me ofrecistes de lo hacer, por servicio de Dios Nuestro Señor os pido, si los habéis probado y gustado, me lo escribáis; y sino por su amor y acerbísima muerte que pasó por nosotros, os pido os pongáis en ellos, y si os arrepintiéredes de ello, demás de la pena que me quisiéredes dar, a la cual yo me pongo, tenedme por burlador de las personas espirituales a quien debo todo... Dos y tres y otras cuantas veces puedo os pido por servicio de Dios Nuestro Señor lo que hasta aquí os tengo dicho, porque a la postre no nos diga su divina majestad porque no os lo pido con todas mis fuerzas, siendo todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poder aprovechar a sí mesmo, como para poder fructificar , ayudar y aprovechar a otros muchos.» (MI. Epp. I 112/3.)

No es de creer que en la conversación usara palabras menos eficaces y significativas. Las medidas que adoptó en París para ganar para los ejercicios a sus futuros compañeros, están en la misma dirección de las frases ardientes al P. Miona y presuponen un alma ciega por su ideal, dispuesta a todo. Polanco resume esta actitud en un breve párrafo:

> «Así se hizo amigo a Fabro, ayudándole en lo temporal... A Mto. Francisco Javier ganó... buscándole discípulos cuando regentaba. Tras él al Mto. Laínez... dándole algunos consejos aun para en lo temporal se le hizo amigo... Bobadilla... haciendo recurso a Iñigo, como persona que tenía fama de ayudar aun temporalmente muchos estudiantes, fué de él ayudado, procurándosele comodidad de poder estar y estudiar en la Universidad.» (FN. 182.)

5. La misma táctica reflejan los santos estratagemas que usaba en algunos casos más difíciles. Ribadeneira suministra un par de casos.

Había ya tentado varias veces traer al buen camino a un religioso «de vida muy disoluta y muy profana». Por fin, un domingo a la mañana se decide a hacer un acto de extraordinaria humildad para ganar aquella alma extraviada. Decide confesarse con él. No desiste de su empeño, a pesar de encontrarle acostado. Después de su confesión ordinaria, comenzó a acusarse con extraordinaria compunción y lágrimas

de algunos pecados de la vida pasada que más le remordían. El religioso, conmovido ante tal compunción y humildad por pecados que tanto se asemejaban a los suyos, se entregó totalmente al Santo, acabando por hacer con él los ejercicios (18).

En otra ocasión, aceptó el reto que le hizo un doctor en teología de París al juego «de los trucos» con la única condición de que si le ganaba habría de hacer con él durante treinta días lo que quisiera. Ganó la partida y durante treinta días le dió ejercicios (19).

Estas cualidades que hemos indicado hasta ahora, le hacían apto principalmente para conquistar a ejercicios a los recalcitrantes, para atraer a las almas, para ganarse el amor de sus dirigidos y hacer brotar un ambiente de mutuo amor y confianza, tan necesario para el trabajo ulterior con ellos en calidad de padre y guía espiritual. Pero tenían que redundar necesariamente en el curso del mismo retiro prestándole inmejorables servicios. Por desgracia no podemos comprobar su eficiencia en ningún caso determinado. Además, a todas las cualidades ya indicadas hay que añadir tantas otras, que no pretendemos estudiar aquí, porque sería estudiar toda su vida: una extraordinaria prudencia espiritual, un certero discernimiento de espíritu, una profunda penetración psicológica de las más variadas fases de cada alma. Polanco, uno de los que más íntimamente le conocieron, trascribiendo casi a la letra frases de otro íntimo de Ignacio, Laínez, afirma de la primera época, del noviciado de Manresa, que por medio de los ejercicios «le era dada gran eficacia para ayudar y gran discreción para conocer y gobernar un ánima, así tentada, como visitada del Señor» (FN. 166).

No hay duda ninguna. Todas estas dotes hacían a San Ignacio el director ideal de los ejercicios. Con razón el Beato Fabro prorrumpe en un himno de alabanzas al Señor al solo recuerdo de la obra que Dios se dignó realizar en su alma por su medio. Dice el Beato entre otras diversas expresiones de futuro agradecimiento:

> «Bendita sea para siempre jamás la tal dicha [el haber conocido a San Ignacio], así ordenada de la suma providencia para mi bien y salvación; porque después de ordenado por mano suya que yo hubiese de enseñar al dicho santo hombre, seguióseme la dicha conversación suya exterior, y después interior, y después el vivir juntos, y ser uno de los dos en cámera, uno en la mesa y uno en la bolsa y finalmente por venir él a ser mi maestro en las cosas espirituales, dándome modo y forma para subir al conocimiento de la divina voluntad y de mí mismo, tandem llegamos a ser una misma cosa de deseos y voluntad, y propósito firme de querer tomar esta vida que agora llegamos... Plega a la divina clemencia darme gracia de acordarme bien y de ponderar las mercedes que en este medio de tiempo y por medio deste hombre me hizo nuestro Señor.» (FM. 85.)

No tenemos por qué seguir la detallada descripción de lo que hizo San Ignacio por Fabro, que nos llevaría demasiado lejos. Bastan estas líneas para percibir la profunda huella que dejaba el Santo en sus ejercitantes.

(18) Ribadeneira, *Vida de San Ignacio*, lib. 5.°, cap. 10 (554).
(19) Ribadeneira, *Vida de San Ignacio*, lib. 5.°, cap. 10 (567).

II. DILATACIÓN OPERADA POR LOS CAMINANTES APOSTÓLICOS (1539-1546)

6. Los primeros directores de ejercicios.—7. El centro de la irradiación.—8. Su principal tarea.—9. Fuerza de atracción de Estrada.—10. Claudio Jayo.—11. Diego Laínez.—12. San Francisco Javier.—13. Fruto de este trabajo.—14. Propagandistas seglares de ejercicios.—15. Fruto de estos ejercicios: en Parma, en la corte del Emperador, en Lisboa y en Siena.—16. Fruto recogido por Laínez entre estudiantes y sacerdotes.—17. Carácter del trabajo realizado por los caminantes apostólicos.

6. En 1539, esbozadas ya las líneas fundamentales de la Compañía de Jesús, empiezan los primeros compañeros de San Ignacio a establecerse en diversas naciones de Europa. Esta expansión fué de suma importancia para las empresas que nos ocupan.

Aquellos primeros jesuítas que habían sido traídos por Dios a la Compañía por medio de los ejercicios, conscientes del fecundo influjo de éstos, fueron esparciendo su semilla por las regiones a donde les llevaban comisiones importantes de orden muy diverso.

De este modo ya en 1539 los habían dado a conocer en el norte de Italia los PP. Rodrigues, Broet, Jayo, Laínez y Fabro, y en 1540 en Lisboa los PP. Rodrigues y Francisco Javier. En el trienio de 1539-1541 los primeros compañeros de San Ignacio, junto con los jóvenes entrados en Roma, Francisco de Estrada y Jerónimo Doménech, que también aprendieron a la sombra de San Ignacio el arte de llevar las almas a Dios por medio de los ejercicios, siguieron sembrándolos en campos más dilatados. Italia fué la más favorecida: se dieron en Roma, Parma, Siena, Montepulciano, Sisa, Plasencia, Brescia y Venecia. En Portugal siguieron dándose en Lisboa. En España y Alemania fué el dulce y benéfico pasar del Beato Fabro, fecundando con ellos el pequeño pueblo de la provincia de Toledo, Galapagar, y las ciudades alemanas de Worms, Espira y Ratisbona (20).

En 1542 comienza una segunda oleada de sembradores de ejercicios: Jayo, que los usa en Alemania como medio para conseguir la reforma de los católicos, sobre todo de los eclesiásticos; Araoz, en las

(20) Para no multiplicar indefinidamente las citas hemos compuesto un apéndice estadístico en donde hemos reunido los directores de ejercicios y los ejercitantes por ciudades, y dentro de éstas por años, indicando allí las fuentes correspondientes. Basta, pues, fijarse en el texto en la ciudad de que se trata y en el año para poder inmediatamente encontrar allí la comprobación. Para facilitar todavía más el uso hemos hecho un índice alfabético de directores de ejercicios y de ejercitantes conocidos, refiriéndolos al apéndice estadístico. Quede dicho esto una vez para siempre.

largas paradas que hace en Barcelona a instancia del Santo Virrey de Cataluña, Francisco de Borja; Estrada, que, maduro bajo la acción bienhechora de Fabro, fructifica prodigiosamente en Lovaina, y Bobadilla, que, haciendo un alto en su movimentada vida de misionero, los da en Espira en 1544 (21).

7. Antes de detallar y explicar la acción de estos caminantes apostólicos, verdaderos sembradores de los ejercicios en el necesitado campo de Europa, conviene que nos fijemos en el centro de donde partieron: Roma.

Porque la Ciudad Eterna fué en esta época el único punto en donde se formaban los directores de ejercicios —no recordamos más excepción que la de Diego Mirón— y de donde se esparcían por las diversas ciudades de Europa.

En la capital del catolicismo fué bastante grande, en cuanto podemos juzgar de las escasas fuentes de información que nos quedan de ella (22), el número de ejercitantes, y consecuentemente eran muchas las ocasiones que tenían estos noveles directores de irse formando.

Ya en 1542 se habla de los ejercicios como de una cosa ordinaria, y en 1543 es el propio San Ignacio en una carta escrita a San Francisco Javier, quien le comunica que no pueden satisfacer los deseos de todos los que deseaban practicarlos.

> «otros me han mucho pedido para hacerlos [los ejercicios], tamen por las muchas ocupaciones no pudiendo cumplir con todos, los exhortamos a paciencia en el Señor nuestro.» (MI. Epp. I, 270.)

La misma queja se repite en 1545 (23). Después, aunque se habla de esta obra como de un ministerio ordinario, no encontramos ya datos de peticiones rechazadas.

Había un grupo más o menos fijo de Padres en aquella casa —que además de ser casa de ministerios era Curia generalicia y casa de probación— que se dedicaba a trabajar con los prójimos. En estos primeros años los principales fueron Salmerón y Doménech. Pero también trabajaban en toda clase de ministerios con los prójimos, Coduri, Diego de Eguía, Elpidio Ugoletti y Pedro Codacio (24). Y el dirigir a los ejercitantes, era uno de los oficios más importantes en que se

---

(21) Además de éstos, dieron ejercicios, ya en 1541, Diego Mirón; en 1542, el P. Santa Cruz y Villanueva, pero éstos no son caminantes apostólicos sino rectores de centros estables. Por eso los relegamos al párrafo siguiente, como explicaremos allí más detalladamente.

(22) Las fuentes, como siempre, en el *Apéndice estadístico*. Aun Polanco y Orlandini hablan muy poco de la Casa Profesa de Roma y los datos que aportan de ella son, en su mayoría, de las obras que realizaban, como de la Casa de Santa Marta. De los ministerios hablan sólo de modo muy general. Polanco habla de la Casa Profesa de Roma en Pch, I, 90, 97, 127, 147, 168, 208, 266-268, 361-363; II, 420; III, 7; V, 11; VI, 5-9, 12; y Orlandini en el lib. III, n.º 12; lib. IV, n.º 4, 5; lib. V, n.º 14, 15.

(23) El 29 de ener. 1545 escribe el P. Doménech al P. Simón Rodrigues: «nuestras ocupaciones especiales, tanto en confesiones como en ejercicios espirituales, son tantas que no podemos satisfacer a todos» MB, 774. Lo mismo repite en carta dirigida a toda la Compañía, *A. R.*, Ep. NN., 78, 84 v.

(24) Pch. I, 90; Orlandini, lib. V, n.º 15.

solían emplear ordinariamente los que se dedicaban de modo estable al trato con las almas. Pero los que más frecuentemente los daban eran Salmerón y Doménech que, ejercitando su delicado ministerio bajo la alta dirección de San Ignacio aprendieron a darlos con tanta perfección que el Santo los consideró entre los mejores directores (FN. 658).

Cuando San Ignacio veía a uno suficientemente formado en la vida espiritual e iniciado en la doctrina de los ejercicios le mandaba a alguna Universidad europea a completar o comenzar, según el caso, su formación intelectual. Así comenzaron los «escolasticados», casas donde se agruparon algunos jóvenes jesuítas estudiantes. Su ocupación principal era el cursar los estudios en las respectivas Universidades. Pero en todas partes se ingeniaron en los ratos que les dejaban libre las tareas escolares para atraer a ejercicios a algunos compañeros de estudio y aun para darlos.

Estos estudiantes, junto con los caminantes apostólicos, son los directores de ejercicios de este primer período. Forman dos grupos distintos con características propias. Por ello trataremos por separado de sus respectivas actividades en sendos párrafos.

8. Ya hemos indicado antes quienes fueron los primeros caminantes apostólicos. Ninguno de ellos va propiamente a dar ejercicios. Su objetivo es siempre muy distinto o al menos mucho más amplio. Simón y Javier están en Lisboa preparando su partida para la India; Fabro va primero a Parma en compañía del cardenal Enio Filonardi (Pch. I, 82), luego a España y a Alemania de consejero del Dr. Ortiz (Pch. I, 90, 96); Araoz llega a España para arreglar asuntos de índole muy distinta (25); aun las excursiones de Jayo y Bobadilla eran de carácter mucho más amplio (26).

Sin embargo, al poco de llegar a una de las ciudades en que se detienen algún tiempo, empiezan a dar ejercicios, primero muy poco a poco, luego con más frecuencia, hasta acabar en una explosión de entusiasmo como la de Parma, o en afán proselitista como en Lisboa, en que Simón Rodrigues, entusiasmado, asegura que no se sentirá satisfecho hasta conseguir que los hagan «los muy señores» (27).

Era ésta la primera expansión de los jesuítas, al menos fuera de Italia. La Compañía de Jesús era casi completamente desconocida. A los ejercicios, por su mismo carácter de soledad y conversación íntima, les envolvía una capa todavía mayor de obscuridad y misterio. Tenían que comenzar por darlos a conocer.

(25) Las causas de la venida de Araoz parece que fueron el asunto tan traído y llevado de Isabel Roser y a la vez recoger limosnas para el Colegio romano. Cf. Creixell, *San Ignacio*, I, 321, 322.

(26) Se quería que con su ejemplo virtuoso, acción y enseñanzas reanimasen la fe de los alemanes, Duhr, I, 16.

(27) Después de decir que ha dado los ejercicios a una de las principales personas, dice Simón Rodrigues en una carta escrita en junio de 1540: «mas esto no es nada para lo que se espera, porque no me tendré por contento hasta que en ellos entren los muy señores». MI. Fnarr, 231.

En este punto descuella el Beato Fabro. Con su carácter atrayente y su espíritu comunicativo hace esta siembra, sin escatimar ni tiempo ni lugar alguno; la realizó con resultados sorprendentes: hasta llegó a desear en un impulso de su alma soñadora, ser acusado de difundir herejías con sus ejercicios, para tener así ocasión de darlos a conocer solemnemente en alguno de los coloquios oficiales (FM. 115). Lo que no le fué dado realizar en la Dieta de Ratisbona, lo ejecutó en conversaciones particulares con los numerosos personajes que acudían a él, sea por deberes profesionales, sea por cortesía o atraídos por la fama que le rodeaba. Aun durante su enfermedad de Lovaina, aprovecha las visitas que le hacen para hablarles de su tema favorito. En su viaje de España le basta pararse unos días en Zaragoza para hacer brotar en dos canónigos de la Seo el deseo de retirarse a practicarlos (FM. 127); se detiene diez días en Alcalá y nada menos que el vicario general Gaspar Quiroga es el que los desea (FM. 129). A uno de los capellanes de las infantas María y Juana, hijas de Carlos V, lo conquistó mientras le acompañaba de Ocaña a Toledo (FM. 151).

Complacido de su labor puede escribir ya desde Espira el 5 de Febrero de 1541: «los cuales [ejercicios] ya a tantos yo he declarado que son personas principales, que no poco provecho en ellos se ha hecho» (FM. 70).

En estas conversaciones trata primero de formar en la conciencia de su interlocutor una atmósfera de admiración y aprecio hacia la labor que desarrollaba la nueva orden religiosa; les contaba el modo de proceder que tenían, la génesis y fundación del nuevo instituto, el fruto que aportaban los jesuítas con sus ministerios y en particular con los ejercicios.

Poco a poco la conversación tomaba un giro más íntimo y personal y el visitante atraído por su bondad empezaba a expansionarse. Llegados ya a este terreno de intimidad tenía el Beato oportunidad de observar el estado del alma del dirigido, de ofrecerle los ejercicios como el remedio propio y adecuado para las necesidades concretas de su alma. Así observó a Canisio y al verle ansioso de formación religiosa y de orientar debidamente su vida, le persuadió que tentase este medio, donde probaría la voluntad buena agradable y perfecta que tenía el Sumo Dios sobre él (28). Estas conversaciones muchas veces se prolongaban varios días.

9. El joven Francisco de Estrada, discípulo esclarecido del Beato Fabro, poseyó también en grado eminente el don de atraer y conmover a aquellos con quienes trataba. Pero el arma de Estrada no fué la bondad, sino la fuerza. Su ardiente palabra, lo mismo en las conversaciones privadas que en los sermones, levantaba llamaradas de entusiasmo en el corazón de sus oyentes.

> «Comenzó —dice Polanco, hablando de su actuación ya en 1539— a conversar con diversas personas... y tirando a sí la afición espiritual de muchos; porque aunque era mancebo —que no creo llegaba

(28) Braunsberger, I, 43.

a 20 años— y sin otras letras que de latín y la práctica que de por sí había tomado de la Escritura, dióle Dios Nuestro Señor desde entonces singular gracia y eficacia en el hablar y atraer las personas al bien.» (FN. 245.)

Estrada puso esa eficacia al servicio de los ejercicios. Desea «ganar algunos para Cristo Nuestro Señor» (EM. I, 129). Pero traza para ello un plan:

«me pareció ser conveniente empezar primero de la cabeza la cual puesta en buena y sana disposición me fuese después fácil el descender a los miembros.» (EM. I, 129, 130.)

Así va al canciller de la Universidad Ruardo Tapper y le bastan dos conversaciones con él para que queden concertados unos ejercicios abiertos, «tres horas que yo le demandé cada día».

Por este mismo tiempo vino a su casa el secretario del arzobispo de Valencia a entregarle unas cartas del Beato Fabro. No quiere desperdiciar esta ocasión al parecer tan trivial. Habla un rato con él. No puede entonces conversar largo tiempo porque el visitante tiene que ausentarse pronto. Pero a los pocos días escribe una carta al Secretario. Este no contento con responderle, vuelve personalmente. Entonces, en la conversación, continúa el mismo Estrada:

«aclarándome él mucho su vida, le dije lo que me parecía que le convenía para la eterna salvación de su ánima es a saber que... se viniese aquí con deseos de asentar en casa del Sumo Pontífice Jesu Cristo purgando primero de tal suerte su ánima que merezca venir a ser también Secretario de un tan alto Señor. Plúgole todo lo que le dije y así se determinó de lo hacer.» (EM. I, 136.)

Tal es la eficacia de sus palabras que aun yendo de camino ganó a varios compañeros de viaje para los ejercicios. Así, en 1554 le acompaña desde un pueblo de Huesca un prebendado y le lleva a dormir a su casa. «El fruto que de su caridad se siguió —dice el mismo Estrada— fué que dejé concertado que hiciese los ejercicios» (EM. IV, 525). A los dos días al salir de Lérida se le hace encontradizo un jurista,

«hombre muy honrado —escribe él— y me acompañó dos días de camino en el cual concerté que hiciese los ejercicios y le confesé y comulgué y se volvió consolado y animado para ordenar toda su vida en el Señor.» (EM. IV, 526.)

Otro día es Teodoro Hesio, antiguo confesor del papa Adriano VI, que arrebatado por sus palabras se quedó hablando con él toda la tarde; le manda volver al día siguiente, le «comienza a dar cuenta de muchos años atrás de su vida» (EM. I, 135); y le pide su parecer sobre diversos asuntos. Viéndole ya de esa manera «algo dispuesto, yo le propuse la vía de mucha quiete suya es a saber de los ejercicios, para lo cual poniendo él dificultades de su oficio... y yo de sus dificultades haciendo facilidades» (EM. I, 135). Convencido al fin Hesio por las razones de Estrada, acabó por practicar el retiro.

La razón de estos éxitos nos la descubre él mismo al hablarnos de la conversación que tuvo con Wischaven. «En la primera plática que con éste hablé, su espíritu se conglutinó con el mío». Y en la siguiente visita

«comunicándome y abriéndome él su vida y corazón, después de algunas pláticas se me echa de rodillas a mis pies y dándome alguna libertad sobre sí, de ahí a algunos días ordenamos que entrase en ejercicios.» (EM. I, 131.)

Ese ambiente de intimidad en que sabía rodearse, esa fuerza de atracción que emanaba de toda la persona de Estrada, fundía y conglutinaba el corazón de los visitantes y daba tal fuerza a las palabras de aquel joven imberbe (29), que llegaba a doblegar la voluntad de venerandos sacerdotes y poderosos personajes.

Fué todavía mayor la propaganda que hizo Estrada de los ejercicios con sus fogosos sermones.

No es este el lugar de hablar de los resonantes triunfos que reportó el mayor orador de la Compañía naciente, que arrastraba muchedumbres insólitas (30) y provocaba tal expectación que la gente llegó «hasta cerrar las botijas [tiendas] y amanecer en las iglesias» (EM. I, 526), ni del extraordinario fruto que producía, ni menos del ardiente carácter de su oratoria. Pero para comprender cómo con sus sermones atraía a los ejercicios, necesitamos destacar una nota de su elocuencia: el sentimiento y la sinceridad. Estrada en sus sermones no sólo gustaba y deleitaba. Conmovía, arrebataba hacia sí las voluntades de los oyentes hasta tenerles suspensos (31). Prueba de su oratoria sentida y sincera son las lágrimas que hacía derramar en sus auditorios. En un sermón de la pasión, fué tan universal el llanto de la concurrencia, que durante una cuarto de hora no se sentía en el templo más que lágrimas, suspiros, gemidos y voces de la gente (32).

Este mismo carácter se observa en la descripción que nos hace de su oratoria un contemporáneo:

«Mucha parte del sermón predicaba como cantando y con muchas exclamaciones y tan gran ternura que la pegaba a los oyentes

---

(29) Con todo hubo alguna ocasión en que no se pudo imponer y fracasó por su juventud. Fué con Nicolás Esch, a quien Canisio había aconsejado que hiciera ejercicios con él, pero apenas «Stradam vidit hominem tanto se aetate inferiorem, sibi vetusto Magistro supervacaneum putavit imberbis pene adolescentis subire dictata». Sacchini, *De vita et rebus gestis P. Petri Canisii*, 27, 28 y *A. R.*, Vitae, I, 318 r.

(30) Véase, v. gr. la muchedumbre que arrastró en el sermón de Santa María Magdalena que predicó en Coimbra. *Fabri Mon.* 341.

(31) Dice Juan Couvillon del primer sermón que le oyó en Lovaina en 1543 cuando Estrada no contaba más que unos veinticuatro años y era todavía estudiante: «stupuique ad primam vocem nam praeterquamquod docebat et delectabat, quod multorum est, etiam commovebat auditorium, quod in Academia ad eum diem atque adeo in finibus nostris novum erat et insuetum». *Confessionum*, P. J. Couvillon, lib. VI, cap. I, ap. Tacchi Venturi, II, 405. Y en el cap. II añade Couvillon: «delectabat ut non satiaremur audientes... rapiebat ad se et in te trasformabat affectus nostros et cedebamus violentiae et Spiritui qui loquebatur et assentiebamur cum ibi eramus et suspensa pendebat ecclesia ab ore concionantis in cuius lingua erant mella et favi tui», ap. Tacchi Venturi, *Storia*, II, 411.

(32) Pch, I, 193. Después de un sermón de Lovaina, dice Oviedo: «quienes suspiraban, quienes eran movidos a lágrimas», Epp. Mixtae I, 147.

y su modo ordinario de predicar no era con voces, ni espantos y reprensiones severas, sino con razones vivas y eficaces dichas con tanta devoción y ternura que movía grandemente a lágrimas y mudanza de vida.» (33.)

Es que Estrada, como escribe Ribadeneira:

«por todas partes por donde pasó parecía que pegaba fuego y hablaba tan altamente y con tanta ternura de las cosas de Dios que abrasaba los corazones de la gente que le oía.» (34.)

Con su oratoria no sólo se granjeaba la admiración sino sobre todo el afecto de su auditorio:

«Era un hombre angélico» decían los oyentes de un sermón de Lovaina «quedando muy hambrientos y deseosos de tornarle otras muchas veces a oír» (EM. I, 147) y con sus sermones de Guadalajara afirma otro gran arrebatador de corazones Francisco de Villanueva: que «con ellos ha prendado los corazones de grandes y pequeños: ha puesto mucha hambre de su doctrina y todos estos señores quedan con deseo unos de comunicarle, otros de confesarse con él.» (EM. II, 300.)

Fruto de este afecto nacido al calor de sus sermones, era el crecido número de los que se le acercaban cuando bajaba del púlpito para tratar sus problemas personales.

El aprovechaba este momento favorable en que sus oyentes se encontraban caldeados con el fuego de su palabra, para invitarles a ejercicios. No faltaron quienes directamente se decidieron con sus sermones a retirarse a practicarlos, como en Alcalá en 1549 en que

«pasó más adelante el fruto de la predicación porque por medio de ella movió Nuestro Señor a muchos y muy señalados estudiantes a recogerse a hacer ejercicios (35) o ya en 1543 en Lovaina donde un sacerdote portugués maestro en artes que «después de haber oído una prédica vino luego a nuestra posada, tocado del amor de Dios y rogó mucho a M. Francisco (Estrada) le instruyese en cómo pudiese aprovecharse en servicio de Nuestro Señor.» (EM. I, 154.)

Estrada, en esta misma línea de procurar la máxima difusión de este ministerio, hizo en Brescia en 1540 una especie de acto de afirmación de los ejercicios.

«Porque más manifiesto fuese» junta a cuatro ejercitantes con otros mancebos más devotos al acabar de hacerlos en la capilla de un monasterio para tener allí una comunión solemne. Y después un domingo organiza una procesión «de los pobres derelictos» con los cuales van los ejercitantes pidiendo limosnas para ellos, mientras los mendigos van cantando las letanías. El va delante de esta original y conmovedora procesión «llamando a las puertas con un

(33) *A. R.* Tolet, 37, 171rv.
(34) *A. R.* Hisp. 94, Ribadeneira, *Hist. de España*, lib. VII, cap. 15, 182 v.
(35) *A. R.* Tolet, 37, 20v-21r. Casi lo mismo dice Castro, lib. III, cap. 5.° (I, 42).

bastón, ellos quien con talega a cuestas, quien con cesta o bocal, recibían las limosnas.»

El insólito espectáculo sorprendió a la muchedumbre. Veían tan cambiados a aquellos que según se había propalado habían estado «reclusos». No sólo las limosnas afluyeron en modo sorprendente, sino lo que principalmente pretendía Estrada, se esparció de tal modo la idea y estima de la nueva práctica, que setenta mujeres le importunaban deseando también probarla (36).

10. La propaganda efectuada por Claudio Jayo fué más silenciosa que la de Estrada; más parecida a la de su coterráneo Fabro. El mismo cuanta diversos detalles, dejándonos entrever un elemento que no aparece bastante de relieve en los ejemplos hasta ahora vistos: las dificultades con que tropezaban y los sudores que les costaba este trabajo. El escribe a los compañeros de Roma, cómo en las visitas que hace y en lo que trabaja para dar ejercicios, tiene que andar de casa en casa instando hasta ser importuno. Algunos oyen, pero no entienden. Otros entienden, pero no gustan; otros no quieren ir. Con todo, en todas partes se encuentra algo de tierra buena, en la cual, con la gracia de Dios, se hace fruto. Y como epifonema final, añade esta frase tan lacónica, pero tan significativa: «El principio es algo difícil» (MB 272).

11. Laínez puso en juego su ciencia y su bondad. Su ciencia la mostró sobre todo en los sermones y lecciones sacras que tuvo en varias ciudades del Norte: en Venecia, donde explicó el Evangelio de San Juan ante un auditorio de más de cuatrocientas personas, entre las que se encontraban el legado de la Santa Sede, Juan de la Casa, un Obispo griego y muchos nobles (LM. I., 20); en Padua, donde leyó dos veces por semana el Evangelio de San Mateo (LM. I, 30); en la catedral de Brescia (LM. I, 35); y en un monasterio de Plasencia, donde explicó el Evangelio de San Mateo (LM. I, 13).

El principal fruto de estas lecciones sacras era la instrucción religiosa confirmando en la fe a algunos que empezaban ya a bambolearse, contrastando así la propaganda protestante (LM. I, 35).

La fama de varón docto y sabio que rodeaba el nombre de Laínez le facilitaba el trato con los sacerdotes cultos y el elemento estudioso. Su celo y amor por los ejercicios hacían que aprovechara estas ocasiones para hacer propaganda de ellos. En Plasencia, expresamente dice él que «después [de las lecciones sacras] acá se han movido muchos sacerdotes a los ejercicios» (LM. I, 14).

En la conversación acababa de ganar a las almas. Ribadeneira,

---

(36) La descripción del suceso que he resumido la hace él mismo en una extensa carta a San Ignacio de 3 de feb. 1540, en que con estilo oratorio y frase vibrante va relatando el suceso. Epp. Mixtae, I, 42-44.

con su clásico estilo, nos describe primorosamente el arte que tenía en ellas:

> «En sus costumbres fué muy religioso y grave, mas la gravedad era mezclada con maravillosa suavidad y con una blandura y afabilidad que robaba los corazones de los que le trataban, siendo a todos no menos amable que admirable. En la conversación con una singular destreza y gracia se hacía todo a todos y guisaba las cosas al gusto de cada uno, para ganarlos a todos para Dios y como se juntaba esto con una experiencia universal de casi todas las cosas, podíalo hacer más fácilmente. Esta blandura y mansedumbre le hacía ser muy tierno y benigno y compasivo porque era... piadoso para con los afligidos, teniendo siempre abiertas las entrañas para recibir en ellas a todos los menesterosos y desconsolados.» (37)

12. Javier no sólo en el ambiente católico de Lisboa, pero aun en el lejano Oriente, fué un activo sembrador de ejercicios. Se valió para su difusión de los medios que le ponía al alcance el superiorato. Javier, por su incesante caminar, por su continuo ir roturando nuevos campos, apenas podía darlos personalmente. Su finalidad principal era bautizar y enseñar los fundamentos de la religión.

Pero los llevaba muy dentro de su alma para que no hiciese nada por ellos. El P. Gil González narra uno de los estratagemas de que se servía para inducir a sus penitentes y para prepararlos a tan santa práctica. Llevaba consigo, en el zurrón, copiados los modos de orar, que se encuentran al final del áureo librito. Acabada la confesión, daba al penitente a quien quería atraer, una copia de aquellos modos de orar, mandándole que se ejercitase algunos días en ellos y le diese después cuenta del bien que experimentaba con su práctica. Poco a poco le iba introduciendo en la oración mental, hasta que, cuando le veía ya suficientemente capacitado, le invitaba a practicarlos en forma (38).

Pero su cargo de superior le proporciona medios más amplios. El piensa en los portugueses y en el modo de hacer de ellos unos cristianos fervorosos. Con este intento pide a Europa que vengan directores de ejercicios. Sobre todo en las metrópolis de Goa y Cochín podrán hacer no poco (EX. I, 259). El quiere multiplicar pequeños centros desde donde pudieran irradiar su acción un predicador y un confesor y director de ejercicios. Así escribe al P. Simón Rodrigues en 1549:

> «Donde hubiese un predicador de nuestra Compañía y otro compañero Padre, que le ayudase a confesar y dar ejercicios, harían fácilmente un colegio en el cual recogiesen los hijos de los portugueses primeramente y después otros naturales de la tierra.» (EX, II, 37).

Y unos días antes había escrito a San Ignacio que se podrían abrir muchas casas de la Compañía si el P. Simón enviara un número sufi-

(37) Ribadeneria, *Vida del P. Laínez*, lib. III, cap. 17, 116.
(38) Carta del P. Bernardino Rossignoli al P. Felipe Rinaldi, Roma 21 agosto de 1599. *A. R.* Ital., 162 f. 70r.

ciente de gente, entre los que hubiese seis o siete predicadores y bastantes (complures) que se dedicaran a confesar y dar ejercicios (EX. II, 30).

Sin esperar estos refuerzos había ya para esta fecha espoleado a sus súbditos a que promoviesen los ejercicios. Había mandado al P. Lancelloti que los diese a los alumnos del colegio (39); había impulsado a practicarlos a los tres japoneses, primicias del catolicismo del Japón (40); había dado una instrucción recomendando la difusión de esta arma entre los sacerdotes y los portugueses influyentes con los indios (41).

Poco más tarde urge que manden un predicador a Ormuz, y «si esto es imposible, uno que pueda confesar y dar ejercicios de la primera semana» (EX. II, 218). Aconseja a Barceo cuando hay discordias en los matrimonios procurar que se confiesen, generalmente dándoles algunas meditaciones de la primera semana antes de absolverles. (EX. II, 432). Igual celo muestra en que los jesuítas hagan los ejercicios (42). La necesidad que allí se palpaba de modo tan desgarrador podría impeler a dedicarse en seguida a las almas. El vigila y con mano fuerte manda a Barceo, en virtud de santa obediencia, que le dé los ejercicios a Baltasar Núñez (EX. II, 398).

El método de San Francisco Javier se parece más al de San Ignacio, ya General de la Compañía, que al que hemos visto emplearon los demás compañeros. El era el Nuncio para los cristianos, pero también el Superior regular de los jesuítas. Precisamente para que más eficazmente se extendiesen los ejercicios entre los cristianos, estimuló todo lo que pudo el entusiasmo por ellos entre los misioneros. De este modo indirecto, pero eficaz, difundió y dió a conocer este ministerio en el vastísimo campo del lejano Oriente e hizo que la semilla de los ejercicios germinara aun en almas recién ganadas para la Iglesia.

13. Con el correr de los años, al difundirse más y más el conocimiento de la nueva práctica, se iba reduciendo y facilitando notablemente este trabajo preparatorio.

Uno de los factores que más contribuyó a ello, fué la impresión que producían los ejercicios en los primeros que los practicaban. Aunque en otra parte hemos de hablar en general del fruto, no podemos menos de tocar aquí este fenómeno típico de los primeros que gustaron este método, pues es necesario para explicar la rápida difusión inicial.

Los ejercitantes que no pocas veces los comenzaban con esa des-

(39) *A. R.* Goa, 10, I, 151r.

(40) EX, II, 10. Nada menos que en una carta que escribe al rey de Portugal Juan III desde Malaca el 29 junio 1549 baja a este pormenor de que han hecho los ejercicios y le habla del fruto que han conseguido, EX, II, 117. Todavía detalla más los sentimientos y frutos de estos ejercicios en carta a San Ignacio y demás compañeros de Europa, EX, II, 111. Tratamos con más detalle de estos ejercicios en el cap. II, n.º 20.

(41) EX, II, 91, 98. En el cap. II, n.º 6, tendremos ocasión de ver cómo el P. Barceo cumplió estas normas.

(42) Cf. EX, II, 93, 218, 398.

orientación e inquietud que se experimenta al entrar en un ambiente nuevo, quedaban pronto entusiasmados al ver cuán perfectamente cuadraban aquellos ejercicios a sus ansias de santidad y reforma. Encontraban allí lo que, desorientados, se habían afanado tan inútilmente por buscarlo. Una impresión de asombro mezclada de entusiasmo es lo que se observa en ellos al salir del retiro.

Efecto obvio de esta honda satisfacción era primero un estrecharse de modo muy íntimo las relaciones entre el director y el antiguo dirigido, creándose un ambiente de afecto y veneración hacia el que le había deparado tan extraordinario beneficio y después un ardiente deseo de propalar entre sus allegados y conocidos aquel medio, fuente de tantas bendiciones.

Al vicario coadjutor del Dr. Ortiz ya después de la primera meditación le parecía «que él entra en cuentas consigo no solamente de ser sacerdote mas etiam en todo lo demás» (FM. 136). El P. Simón Rodrígues relata que una de las más principales personas de la corte de Portugal que hizo con él ejercicios le decía después de ellos «que grande gracia y merced Dios le ha hecho en conocerme» (FN. 231); los primeros que hacían los ejercicios en Barcelona «dicen ser cosa divina» (43); en Montepulciano «dicen de ellos mucho bien» (EM. I, 23). Y el Dr. Cocleo después que el Beato le hizo una plática «sobre la diferencia del saber y sentir las cosas espirituales —sin duda una de las pláticas preparatorias de ejercicios o mejor una que formaba parte de las clásicas conversaciones de ejercicios— me dijo estas palabras [el que nos relata es el Beato Fabro] «*Gaudeo (inquit) quod tandem inveniantur magistri circa affectus*». (FM. 64.)

14. Así brotó aquella primera pléyade de propagandistas de ejercicios que con gran entusiasmo los difundieron de modo extraordinario. Mérito insigne de aquella primera generación de directores fué el haber sabido suscitar esa corona de valiosos cooperadores.

También en este punto es notable lo que consiguió el Beato Fabro. Supo convertir a los más insignes de entre los que le rodeaban, en propagandistas y aun directores de ejercicios. A un doctor Ortiz, legado de Carlos V, que personalmente invita a practicarlos a sus amistades. A un don Sancho de Castilla y a un doctor Cocleo, capellanes de la corte, que los dan a altos personajes. Al obispo irlandés doctor Wauchop, que no contento de difundirlos y dirigirlos durante la permanencia de Fabro en Alemania, continúa su labor proselitista hasta el punto de que dos años más tarde, en 1542, encuentra Jayo en él uno de sus más valiosos cooperadores y afirma entusiasmado que poseía «una diligencia maravillosa para atraer las ánimas al espíritu y a Cristo» (MB. 272).

Ejemplo típico del afán de los ejercitantes de Fabro por comunicar a otros el bien recibido es el decano de San Martín de Worms, que mientras los hacía —y los hacía abiertos— «no pudiendo diferir»,

(43) *A. R.* Ep. NN, 78, 4v.

comenzó a «exhortar a otros muchos que conoce, a los ejercicios» (FM. 59; cf. F. 57).

Ya antes, en Parma, el mismo Fabro, juntamente con Laínez, había conseguido formar este refuerzo de colaboradores. Hubo allí de todas clases: párrocos que daban los ejercicios a sus feligreses (FM. 32); sacerdotes que apenas los acababan, comenzaban a darlos a otros (FM. 22); mujeres que andaban de casa en casa explicándolos a sus conocidas (FM. 33); maestros de escuela que los exponían a sus discípulos capaces (FM. 32, 33). Si tantos eran los improvisados directores, no hay que decir que los propagandistas eran legión. Baste, como rasgo significativo, que hasta el sastre de un monasterio de benedictinas comenzó a informar sobre los ejercicios a las monjas (LM., I, 5).

Claro está que lo que hacen esos novatos directores y sobre todo las directoras, no es más que dar «algunos» ejercicios, tal vez el nivel ínfimo de la anotación 18. Las mujeres explicaban «los diez mandamientos, siete pecados mortales e después lo que es para la confesión general» (FM. 33). Pero todo era doctrina de los ejercicios, y lo que ellos habían oído y ahora difundían, eran las migajas que el Beato y el P. Laínez habían creído que podían aprovecharles del suntuoso pero fuerte banquete de los ejercicios completos. No faltaron entre los sacerdotes, algunos, como Pezzano, Doménech y Achilles, los tres futuros jesuítas, que los dirigieron de modo más completo (45). Achilles da entre otros a varias benedictinas. Del mismo modo Estrada, en Montepulciano, logró meter el fuego del entusiasmo en sus ejercitantes, «los cuales por esta tierra han exhortado a otros a hacer el símile, diciendo de ellos mucho bien» (EM. I, 23), y Araoz, por su parte, en Barcelona encontró un valioso cooperador en don Antonio Gou, notario entonces de la ciudad, y que después en calidad de hermano coadjutor será el compañero de sus viajes. Véase cómo nos describe el celo de este notario el historiador de la provincia de Aragón Gabriel Alvarez:

> «Aconsejaba y persuadía, tenía grande fervor y celo y una santa osadía de suerte que no dejaba de acometer a cualquier persona de quien él tuviese confianza... Aconsejaba y persuadía mucho que hiciesen una confesión general y los ejercicios espirituales de la Compañía a las personas en quien conocía capacidad y disposición para ello y por ese medio fué parte para que muchos entrasen en la Compañía como fueron Antonio Bosch, Antonio Cordeses y Pedro Doménech.» (46.)

Otro auxiliar eficacísimo tuvo Araoz desde el principio en la persona del santo Virrey de Cataluña, don Francisco de Borja. Ya en el desinteresado celo que mostró entonces por los ejercicios se preveía al que pocos años después iba a ser uno de sus mayores apóstoles. Quería Araoz darlos al almirante de Nápoles, que se encontraba se-

(45) Doménech dió los ejercicios, amén de a otros, al capellán de las benedictinas que, a su vez, los dió a las monjas. Pezzano movió a hocerlos al P. Criminali, protomártir de las misiones jesuíticas. *A. R.* Sic., 190, 37r.

(46) Alvarez, *G. Historia*, lib. II, cap. 8.º, pág. 154.

cuestrado en su propio castillo; pero pareciéndole el sitio poco a propósito, pidió permiso a San Francisco de Borja para trasladar al Almirante durante aquellos días a otra parte. El Virrey respondió —según dice Araoz— «que él mismo sería portero para [que] tan santa obra no fuese impedida» (47).

De este modo pronto se extendió tanto la fama de los ejercicios en Barcelona, que el mismo Araoz tiene que escribir en octubre de 1542 que no bastarían diez personas a satisfacer a todos los que deseaban hacerlos (48).

15. El movimiento de conversiones y frutos espirituales que suscitó esta primera falange de directores y propagandistas fué en verdad extraordinario. Ya desde el principio se veía la fuerza encerrada en aquella nueva práctica. Sobre todo en Parma, en que la acción alcanzó mayor extensión por realizarse el trabajo con el pueblo sencillo, el movimiento tomó carácter apoteósico. Leyendo aquellas relaciones se llega a olvidar que los protagonistas eran sólo dos hombres: Fabro y Laínez, y que el medio que usaban era uno casi del todo desconocido. Laínez, en frase sintética, lo resume escribiendo a San Ignacio:

> «Universalmente todos mudan tanto la vida y costumbres que es para loar al Señor» (LM. I, 4). Muchos sacerdotes abandonando su vida mala y escandalosa se convirtieron en fervorosos apóstoles e incansables predicadores (FM. 33). Una profunda renovación de costumbres se observó en todo el pueblo que se tradujo inmediatamente en una sorprendente frecuencia de confesiones y comuniones tanto «que ya en Parma no es reputado nada quien no confiesa una vez al menos al mes» (FM. 33). Como dice Fabro «cuanto fruto se es hecho hasta aquí en Parma y fuera, por este medio [de los ejercicios] yo no lo sabría ni podría explicar». (FM. 33.)

En otras partes el fruto era menos aparatoso y externo, pero a lo que creemos más interno y profundo.

Fabro ganó en Maguncia, en 1543, para la Compañía a San Pedro Canisio, llamado el segundo apóstol de Alemania. Fué ésta sin duda su mayor conquista. Pero sin llegar a tanto, no fué escaso ni mucho menos, el efecto logrado con los otros ejercitantes. Tres caballeros de la corte «quedan en sus estados con grandes pensamientos de perfectamente en ellos servir a Dios Nuestro Señor cuanto en sí y para otros» (FM. 89). Félix Morone, hermano del cardenal Juan Morone, «ha hecho muy notable mutación, *itaque etiam* hasta Roma [tal vez a su hermano Juan] han escrito de él diciendo que es tornado teatino» (EM. 108); un párroco que vivió escandalosamente abandona su concubina (FM. 189); un sacerdote se enciende en santo celo y predica fervorosamente a católicos y protestantes» (FM. 59); un carmelita comienza también a predicar y sobre todo cambia radicalmente

(47) *A. R.* Ep. NN, 78, 4v.
(48) *A. R.* Ep. NN., 78, 4v.

su posición frente al protestantismo, al que se había medio inclinado, engañado por un sagaz maestro; de dos obispos ejercitantes espera tanto bien, cuanto aún no merecía ver en esta pobre Alemania» (FM. 187).

«Esta conclusión diré —concluye el Beato Fabro en junio de 1541 escribiendo a San Ignacio— que de cuantos yo os he escrito *quod vel inceperint exercitia vel quod semel effecti fuerint* mis hijos espirituales, ninguno que sepa yo es vuelto atrás, perdiéndonos la devoción.» (FM. 112.)

Excitando en unos el celo de la reforma, apartando a otros de una vida pecadora, urgiendo las obligaciones de sus respectivos estados, fué Fabro renovando la fe de Alemania, avivando y haciendo más práctica la de España (49) y colaborando a la gran obra de la restauración católica.

Algo muy extraordinario debió de ser la conmoción obrada, cuando en su Memorial, entre las «cosas señaladas» que pudo realizar en servicio de Dios Nuestro Señor, enumera los

«ejercicios de personas principales así españoles, italianos como alemanes de mucha importancia, de donde se ha seguido lo demás del bien que se ha hecho después en Alemania, etc.» (FM. 862.)

El fruto que reportaron en Siena en 1539 los PP. Simón Rodrigues y Pascasio Broet, consistió primero en la reforma de un monasterio de benedictinas, y después en la trasformación espiritual de un buen grupo de los estudiantes de la Academia, a quienes dieron ejercicios en una casa de las afueras de la ciudad, alquilada para el caso. Todos podían observar el cambio obrado en estos jóvenes. Se confesaban y comulgaban con frecuencia, iban a los hospitales a ejercitarse en obras de humildad y caridad, se ocupaban en varias obras de celo con los pobres. Tanta publicidad llegó a tener aquella pequeña y solitaria casa, y tantos rumores empezaron a circular acerca de lo que allí hacían con los jóvenes, que inquietos los sienenses, se presentaron de repente un día en gran número, en plan de explorar aquel misterioso recinto y dispuestos, si fuera preciso, a demolerlo (MB. 511).

Rodrigues, de Siena pasó a su patria, que había de ser el centro de su irradiación futura. Pronto, junto con Javier, que llegó poco después, comenzó a trabajar en la corte. Tan entusiasmados quedaron los cortesanos portugueses de la actividad de los dos Padres, que, como escribe Javier a Roma: «Procuran acá muchas personas conocidas nuestras de impedir nuestra partida para las Indias, pareciéndoles

---

(49) Varias veces el Beato habla de la inmejorable impresión que le produjo la fe española, impresión que resalta más si se la compara con los tristes rasgos con que describe el estado en que encontró Alemania. Por ejemplo, escribe el 3 de mayo de 1542 desde Espira al cardenal Contarini: «La Sria. V.ª sa molto bene la frigidità del populo germanico nello correre dietro li passi mei, et io ho veduto in Espagna l'altro extremo, tanto caldo quanto questo e freddo, et niente di meno sempre mai io dentro dello spirito mio ho sentito più discorsi di bone inspirationi sopra di questa natione et più devotione, che non ho sentito sopra il restar in Espagna», FM. 171, y el 17 de noviembre de 1541 había escrito desde Galapagar a San Ignacio: «yo estoy espantado in bonam partem del gran aparejo que hay en España para el modo de proceder en las cosas espirituales», FM. 136, 137.

que acá haremos más fruto... que si fuésemos a las Indias» (EX. I, 42).

Razón tenían de estar satisfechos en Lisboa. El cuadro que pintaban los dos misioneros del efecto producido en la corte portuguesa era altamente consolador: Las confesiones y comuniones son ya frecuentes; todos los viernes se confiesan los jóvenes de la corte (FN. 230); los Prelados dan ejemplo: el Arzobispo lleva él mismo la comunión a los enfermos y confiesa, «cosa que confunde a los diablos infernales» (FN. 230). Simón Rodrigues nos cuenta cómo aun la misma Reina le llamó para felicitarle por el bien realizado.

> «La Reina hizo llamar su hija que la viésemos, alegrándose todos mucho por el gran fruto que se hacía, según ya la información evidente que tenían en su ciudad de Lisboa, en los pocos días de nuestra venida; y cierto es..., bendito sea el Señor, tanto el fruto, que no se puede decir. El concurso a la confesión grande y no me maravilló porque la gente de esta tierra es inclinada al servicio de Dios y tanto devota que piensa, besando nuestras ropas, que besaban reliquias de santos.» (FN. 231.)

No se puede precisar la parte que en esta hermosa floración tuvieron los ejercicios; pero no se puede negar que los emplearon largamente; que de ellos recibió el movimiento un fuerte impulso, el arraigo interno y la expansión tan amplia que llegó a poseer.

16. Laínez, por su parte, encontró acogida principalmente entre los sacerdotes, en su excursión por el norte de Italia. A pesar de lo popular de su comienzo de Parma, trabajó preferentemente con elementos más selectos y distinguidos. Sacerdotes y jóvenes estudiantes forman la mayoría de sus ejercitantes. El mismo Laínez hace resaltar las notas intelectuales que les adornaban.

> «En Venecia le piden hacer los ejercicios «un sacerdote docto», otro fraile de San Benito «y es docto» añade Laínez (LM. I, 21), un joven «de muy buen ingenio y memoria y de algunas letras y buenas plumas» (LM. I, 28). Igualmente en Brescia da ejercicios a un joven docto en lenguas y en física y en vísperas de doctorarse en medicina (LM. I, 32) y «otro joven» doctor en medicina y muy docto promete hacerlos.» (Ibid.)

El fruto que reportó estaba en consonancia con la calidad de sus ejercitantes. No era lo ordinario en él provocar grandes movimientos de conversiones, que se exteriorizaban en riadas de gente que se dirigían a confesarse, como hemos visto que consiguió en Parma cuando junto con Fabro extendió más su radio de acción: aquí eran más bien criterios y problemas internos los que quedarían solucionados en estos ejercicios. Laínez se contenta con indicar que aprovecharon mucho. Por eso no es de extrañar que en sus ejercitantes abundaran los jóvenes que entraran religiosos y jesuítas. Entre éstos son los más conocidos Juan Alfonso de Polanco, la mano derecha de San Ignacio en su puesto de secretario de la Compañía, y Andrés de Frusio, latinista eximio y virtuosísimo religioso (PCh. VI, 48), pero fueron muchos

más. Laínez tenía pasión por acrecentar con vocaciones selectas la Compañía de Jesús. Apenas veía un joven apto para la Compañía, ponía gran diligencia para ganarlo. Así en Parma con Benito Palmio (50). Lo mismo están indicando las insinuaciones que hace de las cualidades que tienen o de las probabilidades que hay de que entren en la Compañía (51). Escribiendo a Broet, le ruega que pida al Señor enderece a dos jóvenes que estaban entonces en la elección (LQ. I, 32) y a San Ignacio le comunica que en cuaresma irá a Roma acompañado de cuatro nuevos candidatos, fruto de sus ejercicios (LQ. I, 12).

A los estudiantes orientaba Laínez; a los sacerdotes estimulaba su celo. Es interesante el fruto obtenido con los sacerdotes de Padua. Formó con ellos una congregación parecida a la que cinco años antes había establecido Fabro en Parma. Veamos cómo él mismo lo cuenta en una carta escrita a San Ignacio:

> «Hasta diez y doce sacerdotes han hecho los ejercicios y mucho aprovechado. Algunos de ellos con la obediencia del vicario se han puesto a confesar gratis, otros a ayudar y servir al prójimo en otras maneras; y para esto todos quedaron unidos y con orden de convertir una vez en la semana para hacer oración juntos y ver en qué modo se pueden ayudar primero a sí mismos y después al prójimo.» (LQ. I, 38.)

17. Bastan estos rasgos para caracterizar el apostolado de los caminantes apostólicos. Eran apóstoles sin residencia fija; eran misioneros que iban sembrando los ejercicios al voleo. Los sitios más beneficiados fueron aquellos, no raros, en donde hacían paradas más largas y se detenían algunos meses. Porque para dar ejercicios se requiere cierto tiempo y alguna estabilidad. Bobadilla, por ejemplo, en su paso rapidísimo por los pueblos de las diócesis de Rosano, Rieti, Civitá Ducale y otras varias no tuvo tiempo para darlos. Se vió precisado a restringir su actividad a sermones sueltos de verdades eternas, que produjeron una gran conmoción en el pueblo, sermones sin duda que estarían impregnados del espíritu de los ejercicios de la primera semana. Pero si no podían dar ejercicios en el camino y en las cortas paradas del camino, aprovechaban para darlos a conocer en su trato con las diversas personas.

El apostolado de los ejercicios, por esa misma movilidad de su vida, estaba en función de otros mil factores de ocupaciones, compromisos, tiempo, disponibilidad de sitio, que lo hacían muy irregular. A veces tienen que interrumpirlos o diferirlos por sobrevenir circunstancias imprevistas, casi nunca pueden darlos a todos los que desean, porque las ocupaciones principales en que deben emplearse les absorbe la mayor parte del día. Además, por no existir casas de ejercicios

(50) «Mto. Laínez me acuerdo que en Parma puso una gran diligencia para ganar este mancebo y no pudo, aunque muy mucho lo desease». Doménech a San Ignacio, Bolonia, 24 jul. 1546, LQ. I, 12. El mismo Palmio lo confirma en su *Autobiografía*, c. IV: «licet tunc ad Societatem Iesu vocaretur divinitus id quod saepe confirmabat Laynez cum diceret eum ad divini verbi praedicationem a Deo evocari». Texto en Tacchi Venturi, Storia, II, 399.

(51) Cf. LQ. I, 26, 28, 31, 32.

y por ser poquísimos los domicilios estables de los jesuítas, apenas podían darlos cerrados.

También, aunque parezca extraño, debió de ser relativamente poco usado —en cuanto se puede deducir de las fuentes que dejan este aspecto entre penumbras— el dar «algunos» ejercicios. Laínez y Fabro lo usaron en Parma, lo mismo que los directores seglares, algunos en cantidades tan mínimas, que más bien entra en la categoría de instrucción catequística. Estrada hace saber en una ocasión «cómo he ejercitado cuatro seneses... con los cuales yo no gasté mucho tiempo por ser todos cerbellín, cerbellín, siguiendo la regla de nuestro propio Padre» (EM. I, 23). Bastante más empleado fué este sistema, a lo que parece, en la India (52).

La impresión general es que como disponían de poco tiempo para este ministerio, preferentemente lo empleaban en darlos a personas con las que esperaban rendiría más el trabajo y por ello preferían darlos abiertos a estas personas, que el dar «algunos» a las más rudas.

Cuando no tenían tiempo ni oportunidad para dar los ejercicios, ni siquiera en su forma más reducida, o no se encontraba dispuesto el visitante a hacerlos, iban suavemente en la conversación aprovechando algunos de los puntos de ellos, para instruirle en las vías del espíritu, para darle luz en los problemas que le agitaban. A veces se podría llamar retiro espiritual, otras no es más que una simple conversación espiritual; variará según las condiciones del sujeto. Muchas de las pláticas espirituales que tuvieron en los monasterios de monjas, sobre todo Laínez y Broet, son de este estilo. Fabro dedicó cuatro días a tratar espiritualmente con el obispo de Espira, brotando de allí la reforma de algunos puntos (FM. 177). En Alcalá dió pláticas a las infantas María y Juana, tocando algunos puntos de la primera semana de los ejercicios. También entran en esta categoría los dos días enteros que dedicaron a conversaciones espirituales y negocios del alma Fabro y Borja, en Gandía.

Repito que no son ejercicios. No tienen lo más íntimo de ellos: la cohesión y unidad internas que aúnan todas las fuerzas sobrenaturales y naturales y las hacen converger en la consecución de un fin determinado. Pero esta forma sirvió mucho para su difusión, para ir infiltrando suavemente en las almas la doctrina ignaciana, para ir formando con los principios de vida espiritual allí encerrados el criterio de aquellos a quienes llegaba el influjo de su acción.

De este modo, con ejercicios cerrados o abiertos o sólo con estas conversaciones, Javier, Fabro, Rodrigues, Laínez, Jayo, Doménech y Estrada fueron esparciendo la fecunda semilla de la nueva práctica entre cardenales, obispos, sacerdotes, estudiantes, hombres de negocios, diplomáticos, cortesanos, religiosos, entre hombres y mujeres de las más diversas categorías, fecundando con su acción los campos de Italia, Alemania, Bélgica, Francia, España, Portugal y aun la lejana y desconocida India.

---

(52) EX, II, 89, 91, 98, 432.

III. DIFUSIÓN OPERADA POR MEDIO DE LOS ESTUDIANTES JESUÍTAS (1542-1546)

18. Término de la actividad de los caminantes apostólicos hacia 1546. Comienzo de directores en centros fijos.—19. Escolasticado de París. 20. Coimbra.—21. Alcalá.—22. Lovaina.—23. Valencia.—24. Colonia.—25. Padua.—26. Razón de este apostolado de los escolares.

18. La actividad de los primeros caminantes apostólicos se puede dar por terminada en 1546. En este año ocurrieron dos sucesos que precipitaron el desenlace. Uno fué la muerte del Beato Fabro, prototipo de estos apóstoles andantes, cortando en flor una vida que todavía prometía frutos esperanzadores. El otro fué la apertura del Concilio de Trento, que interrumpió las correrías apostólicas de Jayo y Salmerón, y, sobre todo, las de Laínez.

A pesar de esto, Trento sirvió de magnífico resonador de los ejercicios. Fué por una parte la magnífica corona del movimiento ya iniciado, y por otra, el comienzo de otra más fecunda. Porque allí, con lo que vieron en Laínez, Jayo y Salmerón tantas personalidades y tan relevantes, se disiparon muchos recelos y se abrieron camino las principales obras de la Compañía. Sobre todo, que Laínez no se contentó con dar a conocer la naturaleza y los resultados de la nueva arma, sino que hizo que los palpasen experimentalmente algunos prelados allí reunidos (53). Los demás apóstoles, cuya actividad hemos contemplado en el capítulo anterior, habían ya dejado de difundir y dar los ejercicios al menos de ese modo tan especial. Simón Rodrigues, dedicado de lleno al gobierno y a la organización de la Compañía en Portugal, no pudo desde 1541 dedicarse a ellos. Araoz se entrometió en demasiados negocios internos de la orden y externos de la corte, para poder encontrar el tiempo y la paz necesarios para ayudar las almas con los ejercicios. Broet, aunque volvió de la misión

(53) Es una pena que no sepamos el nombre de los prelados que hicieron los ejercicios. Tan sólo se sabe —y eso sólo con probabilidad— del arzobispo de Granada don Pedro Guerrero, ya que él dice a Villanueva haberlos ya hecho, y Laínez escribe a San Ignacio diciendo que piensa dárselos. Es de creer que los hicieron los que después en sus diócesis respectivas más se distinguieron por su favor dispensado a las obras de los jesuítas. Allí se encontraban Guillermo de Prat, obispo de Clermont, que tanto facilitó no sólo la enseñanza de los jesuítas en París con la fundación del colegio, sino también la difusión de los ejercicios; allí Gutierre Vargas de Carvajal, fundador del Colegio de Plasencia; allí los grandes amigos y bienhechores de la Compañía naciente, Juan Bernal Díaz de Luco, obispo de Calahorra; Pedro Agustín, obispo de Huesca; Luis Lippomani, obispo de Verona y legado ante Carlos V en Bélgica; Egidio Foscarari, que, maestro del Sacro Palacio, contribuirá a la aprobación del libro de los ejercicios, y obispo de Módena, llamara a Landini para que dé los ejercicios en la diócesis; allí también el Cardenal de Guisa.

pontificia de Irlanda en 1543, no volvió a darlos, que sepamos, hasta el año 1547. Estrada tuvo que esconderse en Coimbra con objeto de poder hacer los estudios necesarios para recibir las sagradas órdenes, procurando coartar toda actividad externa. Con todo, no pudo contenerse completamente y, en medio de sus estudios, deslumbró a los atónitos oyentes, muchos de ellos compañeros de clase, con sus fogosos sermones. También en algunas de estas expansiones dió los ejercicios a alguno que otro, pero los estudios y los sermones le ocupaban casi por completo. Eran ráfagas pasajeras en una vida absorbida por el estudio.

Pero hacia 1542 y 1543, gracias, en parte, a la labor realizada por estos apóstoles andantes y precisamente en los años en que la siembra de esos apostólicos peregrinos se encontraba en su mayor apogeo, parten de Roma nuevos apóstoles, que todavía se puede decir pertenecen a la primera generación de directores: los estudiantes jesuítas.

En las circunstancias que rodean a estos nuevos directores se notan diferencias bien notables. Hasta ahora giraba todo el movimiento alrededor de una persona eminente. Su paso por cada ciudad iba marcado por las huellas de los ejercicios. Ahora el movimiento se efectúa alrededor de una casa. Hay, es verdad, casi siempre hombres eminentes que descuellan, como Villanueva en Alcalá, pero los ejercicios están enraizados en un centro, y los dan jóvenes estudiantes.

19. El primer centro de esta índole que se abrió fué el de París (54). Aunque el primer grupo de escolares llegó ya en 1540, el apostolado de los ejercicios no empieza hasta 1541, con la venida de Jerónimo Doménech, que descollará pronto entre los promotores de esta obra.

Los recién llegados tienen que abrirse camino; pero lo hacen de modo mucho más fácil que los primeros peregrinos apostólicos.

Aun en un ambiente trashumante, como es el universitario, no podía menos de quedar vivo el recuerdo de la obra realizada por San Ignacio seis años antes con aquel mismo medio que ellos intentaban volver a emplear. Disponían además de muchos medios que facilitaban el trabajo, como casa a propósito, ambiente, tiempo continuado y fijo, de lo que carecían los primeros.

Moradores primero del colegio Des Trésoriers y después del de los Lombardos, en los ratos que les quedan libres después de trabajar «siempre cuanto pueden en sus estudios», con gran voluntad y solicitud (EM. I, 50) se dedicaban a conversar con los compañeros de la Universidad (55). Pronto atrajeron a algunos a una vida de piedad haciendo que frecuentaran los sacramentos (EM. I, 55) y ya colocados en este terreno no les fué difícil persuadir que hicieran los ejercicios.

(54) Cf. Fouqueray, I, lib. 2.°, cap. I, págs. 127-131. En primavera de 1540 llegó ya un grupo de estudiantes bajo la dirección de Diego de Eguía. En marzo de 1541 sustituye a Eguía, Jerónimo Doménech. En 1542 son ya dieciséis los estudiantes, PCh. I, 102. Sólo se sabe los nombres de Jerónimo Doménech, Diego Mirón, Francisco de Rojas, Poncio Cogordán, Juan Pelletier, Guy Roillet, Francisco Calza, Pablo Achilles, Francisco y Antonio Estrada.

(55) Las fuentes, como se puede apreciar en el *Apéndice estadístico*, forman diversas cartas escritas por Jerónimo Doménech y una por Francisco de Rojas a San Ignacio que se encuentran editadas en el primer volumen de las *Epistolae Mixtae*.

Cerca de San Víctor, en una casa solitaria apta para ello (EM. I, 56), iban sucediéndose estudiantes que interrumpiendo durante unos días sus labores escolares, acudían allí a dedicarse de lleno a su alma. En uno de ellos puso especiales esperanzas el sagaz P. Doménech:

«todos los compañeros esperan mucho de éste —escribe a San Ignacio el 15 de enero de 1541— Nuestro Señor Dios por su bondad no permita que sean de ello frustrados... Pienso que ha de poner fuego en la tierra, si sale como esperamos.» (EM. I, 56.)

No quedaron fallidas sus esperanzas. Este joven valenciano, más virtuoso que docto, más sencillo y prudente que eficaz y emprendedor, era Diego Mirón, que muy pronto provincial de Portugal, sería una de las columnas de aquella floreciente provincia y un incansable director y apóstol de esta clase de retiros. Pero no esperó Mirón a pisar tierras portuguesas para promover los ejercicios. Al mes largo de haberlos hecho, él, que todavía no era sacerdote, los dió a un religioso que había apostatado de su religión (EM. I, 60).

Poco a poco empezaron a afluir ejercitantes de los diversos colegios que concurrían a la Universidad; en poco espacio de tiempo los hicieron un francés, dos provenzales, un italiano y un flamenco. Así se iba convirtiendo aquella pobre morada de estudiantes en un centro de regeneración espiritual. Lástima que siendo bastante reducido el local de que disponían no diera abasto a todos los que deseaban hacerlos (56) y que se encontraran atados por los estudios. Como escribe Doménech «crecería mucho el fruto si se hallasen personas que desocupadas de sus estudios, pudiesen recogerlo» (EM. I, 84).

La acción se redujo casi exclusivamente a escolares. No atrajeron ni a profesores ni a personas conspicuas. Sólo encontramos en 1544 entre los ejercitantes un canónigo y entre los que estaban «en muy buenos términos para hacerlos» al doctor en teología Francisco Picardt (EM. I, 69). Eran demasiado humildes los comienzos y demasiado inexpertos los jóvenes estudiantes para que pudiesen atreverse a tanto.

20. Muy diversos fueron los comienzos del escolasticado de Coimbra, fruto de la munificencia real y del favor de la corte ganados por los sudores de Simón Rodrigues y Francisco Javier. Después de una espera de unos meses en Lisboa, entraron en junio de 1542 los doce primeros fundadores (57). Muy pocos debieron de ser los ejerci-

(56) «Otros quieren entrar en los ejercicios, a los cuales no podemos cumplir hasta que los otros salieren», 9 may. 1541. Epp. Mixtae, I, 69.

(57) Como no se sabe quiénes fueron los que dieron los ejercicios es conveniente consignar los nombres de los moradores del colegio, al menos de los primeros que como más antiguos y formados serían los que principalmente los daban. Eran éstos: Diego Mirón, Francisco Villanueva, Francisco Rojas, Poncio Cogordán, Francisco Onfroy, Angel Paradisi, Isidro Bellino, Martín Pezzano, Jacobo Romano, Manuel Godinho, Manuel Fernandes, Antonio Cardoso. Cf. Rodrigues, I, 1, pág. 308. A principios de 1543 se les habían añadido ya Francisco y Baltasar Nieto, Hércules Bucerio, Juan San Miguel, Pedro López, Diego Fernandes, Antonio Criminali, Nicolás Lancelloti, Guillermo Coduri, Martín Santa Cruz, Pedro Díaz, Alvaro Fernandes, Francisco Hortó y Angelino Discalciato, Cf. Rodrigues, I, 1, 322.

tantes en los dos primeros años, a pesar de encontrarse estudiando allí celosos apóstoles de los ejercicios, como Diego Mirón, que a la vez desempeñaba el oficio de Rector.

En 1544 llegan a estudiar el fervoroso Andrés de Oviedo y el infatigable Francisco de Estrada. Pero éste al menos, como ya lo hemos indicado, determina dejar casi todos los ministerios «por darse al estudio».

En 1545 la visita de Fabro enfervoriza aquellos jóvenes y estimula su celo. Estrada sale de su vida retirada. Con esto aumenta el número de ejercitantes de modo que ya Polanco, en su *Chronicon* dice que fueron muchos (Pch. I, 157).

21. De la bien proveída casa de Coimbra, gracias a la generosidad del poderoso monarca Juan III, pasó en abril de 1543 el Hermano Francisco de Villanueva a un miserable aposentillo que le proporcionaron unas piadosas mujeres en Alcalá (58).

Sin embargo, aquel mísero estudiante, medio echado de Coimbra por falta de salud y fuerzas para continuar los estudios, que por todo regalo en su enfermedad encontró en Alcalá el miserable patio de Mataperros, asilo de estudiantes y mendigos, y unas cuantas yerbas cocidas, pan escaso y media asadura de carne que traía del rastro y con la que tiraba una semana entera, no sólo supo sacar fuerzas y tiempo para sus estudios y para sus oficios de rector, cocinero, gramático y comprador, sino que ya al año de su llegada daba ejercicios a personas gravísimas como a la noble señora doña Mencía de la Paz, y a algunos del Colegio Mayor, y poco después iba a formar con Fabro y Borja el triunvirato de los grandes apóstoles de los ejercicios en España.

En esta época que aquí tocamos, anterior a 1547, el escolasticado de Alcalá no era ningún centro floreciente. Demasiadas angustias materiales y demasiada miseria le oprimían para poder darse el lujo de admitir muchos y esclarecidos ejercitantes en casa.

22. En 1542 se establece en Lovaina un grupo de españoles y flamencos, capitaneados por Doménech, que llegan allí expulsados de París en la cuarta guerra entre Carlos V y Francisco I, por ser súbditos del Emperador (59).

Doménech parte a los pocos meses para Roma. Le sucede en el Rectorado, primero Francisco de Estrada y en 1544 Cornelio Wischaven, que fueron los principales directores de los retiros. Lovaina fué en estos primeros años un centro tan importante de ejercicios,

(58) Para la fundación del escolasticado de Alcalá, cf. Castro, lib. II, cap. 1.°, y Astráin, I, 259-264.

(59) La historia de este período de los estudiantes de Lovaina se encuentra en Poncelet, I, 39-47. El grupo lo constituían Jerónimo Doménech, Andrés de Oviedo, Pedro de Ribadeneira, Emiliano de Loyola, Antonio y Francisco de Estrada y los flamencos Jacob Spech y Lorenzo Dels.

cual no volvió a serlo hasta diez años más tarde. A ello contribuyó, no sólo la elocuencia de Estrada y el atractivo de Wischaven, sino también la permanencia de Fabro, que a fines de 1543 demoró tres meses en aquella ciudad.

Por aquella pequeña casa de la calle de Recoletos desfilaron personas muy conocidas e influyentes en la ciudad: canónigos, maestros en artes y hasta el mismo canciller de la Universidad, Ruardo Tapper. Ya hemos visto en el capítulo anterior la táctica que siguió Francisco de Estrada: «de comenzar primero de la cabeza, la cual puesta en buena y sana disposición me fuese después fácil el descender a los miembros» (EM. I, 129, 130). El consiguió dar ejercicios a la cabeza. «Los miembros» vinieron al año siguiente, cuando él se encontraba en Coimbra. A éstos les dió Wischaven una de las principales «cabezas» que conquistó con los ejercicios.

Wischaven merece mención especial. Era ya antes de los ejercicios un virtuosísimo y piadosísimo sacerdote,

> «venerando clérigo de la iglesia mayor, hombre de grandísima edificación exterior» «un hombre cuya purísima e inocentísima vida, después del día de su notable concepción hasta la hora presente que es de edad de treinta y tres años, habría menester otra lengua y conceptos que los míos para ser *pro dignitate explicanda*» asegura el elocuente Estrada (EM. I, 131); «espíritu virgíneo y... amador de las vírgenes» Ib. «el cual ultra de otros diversos géneros de penitencia, desde la edad de dieciocho años hasta los treinta y dos enredó su cuerpo con soguillas de cerdas de caballos, llenas de gruesos nudos, los cuales le hacían hondos hoyos en sus delicadas carnes, las cuales sogas y ciliciosas cuerdas jamás ni de día ni de noche se quitaba, hasta que ellas en sus carnes se podrecían, las cuales podridas, ponía luego otras por todo su cuerpo, sin ser de persona visto ni conocido.» (EM. I, 133.)

Tal fué Wischaven, piadoso y dulce, pero también demasiado crédulo e ingenuo. En Lovaina dió ejercicios a no pocos, pero descollará más que en darlos en infundir su espíritu por medio de la dirección espiritual, en la que era muy solicitado, sobre todo entre el elemento femenino (60).

23. Algo más tarde se establecen los jesuítas en Valencia. Hasta el 1544 no llegan los primeros moradores del nuevo escolasticado. Pisan terreno regado por la predicación del P. Araoz y encuentran allí un gran protector: D. Pedro Doménech. Viene de rector un gran entusiasta de los retiros ignacianos: Diego Mirón (61).

---

(60) Kleiser, *Ein Seeleneroberer*. La parte de Lovaina en las págs. 65-103.

(61) Véase Alvarez, *Historia*, lib. II, cap. 3.º y 4.º, 105-109, y Astráin, I, 268-273. Los moradores del colegio eran, al principio, Diego Mirón, Francisco de Rojas, Antonio Muñiz y Jacobo Romano (Orlandini, lib. IV, n.º 126, y Astráin, I, 269). Pronto envió San Ignacio desde Roma a Pedro Canal, Juan de la Goutte, Jacobo María y Jacobo Boloñés, que Alvarez equivocadamente los pone como si fuesen los primeros fundadores, junto con Mirón y Rojas, (Alvarez, *Historia*, 10). Canal, de la Goutte y Jacobo María apenas se detuvieron en Valencia, pues al principio de 1546 los encontramos en Gandía, EM. I, 249 y 284 (Fabro dice que fueron enviados de Roma a Gandía. FM. 370, nota 8, y más detalladamente *Cartas del Beato Fabro*, 283, nota 4). Durante el año 1546 volvieron los tres a Valencia, EM. I, 249-284. Después se añadieron Manuel Sá, Luis Gz. de Cámara, Ambrosio de Lyra, EM. I, 301.

No es extraño que en este ambiente florecieran pronto los ejercicios. El mismo año de 1544 «algunas personas principales importunan mucho al P. Mirón por los ejercicios» (62). Los jóvenes estudiantes, sacrificando recreos y descanso bien merecidos, ejercitaron en la nueva práctica a algunos, no tantos como su celo y los valencianos piadosos. don Juan Exarch, don Pedro Juan Martínez y Pedro Doménech lo reclamaban. Aunque en los dos primeros años habían ya dirigido en esta arte a algunos, a aquellos celosos jóvenes les parecía que no habían hecho nada. Así, en noviembre de 1546, escribe Diego Mirón a Simón Rodrigues:

> «Aquí gracias a Nuestro Señor va muy bien el servicio de Nuestro Señor, mayormente en dar ejercicios, los cuales hasta ahora no habíamos emprendido de dar y según vemos se hace mucho fruto en ellos. Hay algunos determinados para la Compañía y pienso que de aquí adelante se determinarán muchos más porque ahora empezamos. Nuestro Señor lo ordene todo y perfeccione a mayor honra y gloria suya.» (MB. 792.)

Y en verdad, en 1546 y 1547 dieron un nuevo impulso, de modo que comparando los muchos de ahora con aquellos pocos de antes podían decir que comenzaban de nuevo. Tal vez contribuyó a ello la rápida visita que les hizo en 1546 el Beato Fabro. Ya puede escribir Mirón lleno de optimismo «que el estudio anda muy conmovido para hacer ejercicios. Pienso que se darán a muchos» (EM. I, 327). Aquí también, como en París, predomina entre los ejercitantes el elemento estudiantil. Procuraban darlos ante todo a los «muy idóneos para la Compañía» (EM. I, 327) y a los «de buenas habilidades» (EM. I, 301). Los deseos de los jesuítas estudiantes se cumplieron de lleno porque fueron no pocos los universitarios que pidieron ser admitidos (EM. I, 301). No sólo los estudiantes. En 1545 una piadosa señora, doña Juana de Cardona, entusiasmada de la dirección del P. Mirón y habiendo sentido en el retiro fortísimos impulsos de unirse a Dios con los votos de religión, empezó a marear a San Ignacio para que la admitiese en la Compañía de Jesús. La simplicidad del P. Mirón no sólo no supo evitar este paso y las molestias que se sucedieron, sino que él mismo, aunque veladamente, favorecía la causa (63).

Las cartas que escribe doña Juana a San Ignacio en junio de 1545 y a fines de 1546 parecen estar escritas con el corazón (64). Mueve toda clase de resortes de razón y afecto para persuadir a San Ignacio. Le ruega doña Juana que le represente «echada a sus pies con toda la humildad y lágrimas que tengo y puedo» (MI. Epp. XII, 373), «de rodillas y poniendo mis lágrimas en su conspecto» (MI. Epp. XII, 374). Después de manifestarle las ansias que recibió en los ejercicios de

(62) *A. R.* Ep. NN. 78, 153v.
(63) Véanse los detalles de las gestiones entre doña Juana de Cardona, Diego Mirón y San Ignacio en Creixell, *San Ignacio*, I, 368-371.
(64) Conservamos dos, una de 16 de junio de 1545, editada en *Mon. Ign.*, Epp. XII, 371-374, y la otra de fin de 1546, editada a su vez en el mismo tomo, 377-379. La primera carta, sobre todo, es interesantísima para ver la profunda conmoción que produjeron en su alma los ejercicios y la fuerza con que arraigaron en ella. Merece leerse íntegra.

asemejarse a Jesucristo obediente y muerto en la cruz, añade: «Asimismo le suplico y pido me reciba en esta santa Compañía y religión del santísimo y dulce Jesús» (MI. Epp. XII, 373). En la segunda carta, escrita a fines de 1546, ya acabados los ejercicios, le vuelve a escribir para urgir más el negocio, asegurando que

> «aparejado está mi corazón, humillado y echado a vuestros pies, donde nunca se levantará, dando voces como la Cananea, hasta que me sea otorgada la salud para mi alma, que esta es la verdadera hija, pues no con menos necesidad pido, ni con menos fe espero... Si en Roma me quiere allá me tendrá y si no soy digna de verme en su presencia y recibir su bendición y a las Indias me mande ir o quedar aquí o donde quiera que Vuestra Merced mandare le obedeceré hasta la muerte.» (MI. Epp. XII, 378.)

La ilustre señora murió santísimamente el 13 de marzo de 1547 (MI. Epp. XII, 379) y con esto se acabó este negocio, que como fué brote de los ejercicios e indica el profundo arraigo que estos produjeron en su alma, hemos querido insinuarlo aquí.

24. En Alemania, en terreno fecundado por el Beato Fabro, se abrió otro centro de ejercicios. El sitio fué la ciudad de Colonia. Las circunstancias parecidas a las de París: un grupo de estudiantes que se alojan en una pequeña casa con objeto de hacer sus estudios eclesiásticos (65).

Hasta 1544 vivían los jóvenes jesuítas alemanes, ganados principalmente por el Beato Fabro, entre mil privaciones, ayudados por la caridad de dos señoras y de los padres cartujos. De este modo pasaron la violenta tempestad desencadenada contra ellos en 1544. En tales circunstancias no podían pensar en dar ejercicios.

Pero en 1545 cambia el panorama. Pasa Bobadilla por la ciudad, acompañando al nuncio Verallo, ocupado en los preparativos de la Dieta de Worms. Su estancia, extraordinariamente benéfica, junto con la de Canisio «de gran esperanza» según juicio del mismo Bobadilla, que «lleva grandes principios» (BM. 73) fué de gran provecho para la causa de los ejercicios. El prestigio que emanó de sus trabajos, fué acercando a aquella pobre casita antes tan solitaria, gente de autoridad, y ya en septiembre de 1545, durante la estancia de Bobadilla en Colonia, acudieron allí a practicar el método ignaciano «personas calificadas», como un predicador de la ciudad, bachiller en cánones (BM. 73) y un notario de Espira que había sido luterano —tal vez lo era al entrar en ejercicios— y además discípulo personal de Lutero y amigo de Bucero (EM. 357). Bobadilla añade que ve «aparejo para más y personas cualificadas» (BM. 73).

25. También en Italia hubo un escolasticado ya en 1542. La ciudad elegida fué Padua. Nació a la sombra del gran protector Andrés

(65) Vide Reiffenberg, I, 21-25 y Duhr, I, 33-38.

Lippomani cuyo favor había conseguido Laínez por medio de los ejercicios (66). Juan Alfonso de Polanco y Andrés Frusio fueron a la nueva sede, a completar sus estudios en aquella famosa Universidad. La razón principal de San Ignacio al fundar aquel centro, fué el poner un fuerte dique a la invasión protestante que amenazaba inundar Italia entrando precisamente por la República de Venecia. Pero no se descuidaron los trabajos con los católicos. Laínez durante 1543 y los jóvenes estudiantes desde 1544 dieron ejercicios. Con todo, exceptuando 1546-1547, en que los estudiantes Frusio, Otelo y Polanco ejercitaron en el nuevo método a bastantes jóvenes de diversos colegios y de la Universidad, la actividad fué aquí bastante reducida. Polanco realizó en 1546 y 1547 una excursión a Pistoya dirigiendo en el santo retiro al obispo, al cardenal Roberto Pucci y a varios sacerdotes.

En Padua, contrariamente a lo que sucedió en los centros anteriores, siguieron siendo todos estudiantes, incluso el rector, los años 1549 y 1550. Pero la pequeñez del número y la mala salud que padecía la mayoría de ellos, hizo que la actividad fuese muy restringida.

26. Al llegar aquí se impone que hagamos algunas reflexiones. Ante todo llama la atención que se diesen los ejercicios absolutamente en todos los siete escolasticados existentes (67). En algunos florecieron más, como en París, Lovaina y Valencia. Pero poco o mucho en todas partes halló clima propicio esta delicada flor, significativo hecho que evidencia la alta estima que anidaba en el pecho de aquella primera generación de estudiantes en formación.

Precisamente porque estaban ocupados con los estudios cogieron este ministerio. Los ejercicios entonces no exigían la preparación especial que requerían los sermones; y llevaban muy poco tiempo, que fácilmente podían sacarlo, sacrificándolo al recreo y al descanso. Tan sólo una visita diaria al ejercitante de una hora u hora y media. Tanto más que en aquellas pobres y reducidas casas, apenas disponían de sitio apto para solazarse, siendo este cambio de ocupación en aquella dura vida un descanso psicológico.

Sin duda contribuyó a esta extensión el que estudiantes tan entusiastas de la nueva práctica como Estrada y Mirón, recorrieron varios escolasticados. Pero creemos que se da una razón más profunda. Es demasiado regular y general la práctica para que se pueda atribuir al celo y entusiasmo de dos o tres sujetos. Sobre todo en cosa que exigía no pequeños sacrificios. Esa extensión y uniformidad están hablando de una tradición, que santamente conservada y eje-

---

(66) Orlandini, I, lib. III, n.º 56, pág. 65. Sobre los comienzos del Escolasticado de Padua véase el mismo Orlandini, lib. III, núms. 55, 56, y lib. IV, n.º 16; *Chronicon Polanci*, I, 98, 112, 129-131.

(67) Gandía se fundó en 1546, y además de escolasticado, fué colegio o, mejor dicho, universidad. Por ello trataré de Gandía en el cap. II, n.º 18. También allí se dieron ejercicios desde el principio y con gran intensidad. Si se cuenta Gandía, serían ocho los escolasticados en esta época.

cutada, va pasando de casa en casa para ponerse en ejecución en la nueva morada.

Lo interesante es que esta tradición se unifica si se observa que todos los escolasticados se han ido formando, en parte al menos, con jesuítas estudiantes venidos de Roma y que habían recibido los principios de la formación del mismo San Ignacio (68). No hay más que una excepción: Colonia, donde comienzan algunos, ganados principalmente por el Beato Pedro Fabro.

Esta costumbre pues, en último término sube hasta las fuentes purísimas de Roma.

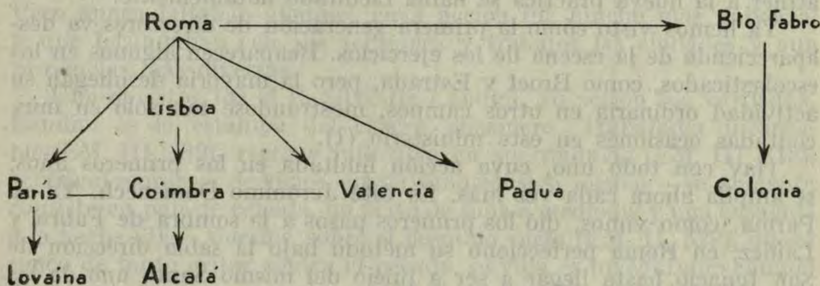
No se olvide además que la mayoría de los datos los conocemos por cartas escritas por los estudiantes directores de ejercicios al propio San Ignacio. Este nunca desaprobó tal práctica y Polanco que, en su *Chronicon* recoge el eco de San Ignacio y escribe con criterio romano, siempre consigna este hecho en plan de alabanza y de estima del recto celo que desplegaban. Así, pues aun en caso de que tal práctica hubiese brotado por el impulso de los inferiores, llevaba la aprobación, tácita al menos, del fundador (69).

Complacido sin duda el Santo de esta experiencia, indicó en las Constituciones de modo oficial y taxativo que los escolares jesuítas «podrían comenzar a dar los ejercicios a algunos con quienes se aventurasen menos» (70).

San Ignacio en su época de estudiante dió los ejercicios. No es de extrañar que aquellos primeros hijos tan ansiosos de imitar en todo al Santo fundador, tratasen de asemejarse a él, aún en el empeño de difundirlos y darlos siempre que se les ofrecía alguna ocasión.

---

(68) Vienen de Roma directamente a fundar los escolasticados de París, Coimbra, Valencia y Padua, como se puede ver, respectivamente, en las notas 54, 57, 61 y 66 de este capítulo. A Lovaina fueron de París y a Alcalá de Coimbra, pero a ambas partes fueron estudiantes que anteriormente habían venido de Roma. La dependencia de los escolasticados se puede expresar gráficamente de la siguiente manera:



(69) Se conserva una información enviada a los bienhechores en que una de las razones que se da para que vean la utilidad de los escolásticos y se muevan a ayudarlos es el que los escolares promueven y dan los ejercicios espirituales. *A. R.*, Rom., 126, 22 v.
El informe es posterior a San Ignacio, pues se habla de colegio existente en Etiopía, pero indica el criterio de aquellos primeros Padres.
(70) Constituciones, P. IV, C. 5, E.

Capítulo II

ULTERIOR DILATACIÓN Y PRINCIPIOS DE APOSTOLADO ESTABLE (1547-1556)

I. EXPANSIÓN A TRAVÉS DE LOS APÓSTOLES ANDANTES DE 1547 A 1556

1. Actividad de Jerónimo Doménech.—2. Silvestre Landini. 3. Los predicadores portugueses.—4. San Francisco de Borja en Oñate y en su viaje a Portugal.—5. San Francisco de Borja, comisario de España.—6. Los misioneros de la India.—7. En el Japón.—8. Los misioneros del Brasil.

1. Desde 1547 a 1548 los factores que influyen en la marcha de los ejercicios presentan algunos caracteres distintos: la Compañía era más conocida, el método ignaciano iba perdiendo aquel carácter de novedad y misterio que le rodeaba al principio. Más aún: en 1548 fueron solemnemente refrendados los ejercicios con el aval pontificio. Las casas de la Compañía iban multiplicándose, y recibían en su seno cada vez mayor número de ejercitantes. Por todo ello el trabajo de atraer a la nueva práctica se había facilitado notablemente.

Ya hemos visto cómo la primera generación de directores va desapareciendo de la escena de los ejercicios. Reaparecen algunos en los escolasticados, como Broet y Estrada, pero la mayoría despliegan su actividad ordinaria en otros campos, mostrándose tan sólo en muy contadas ocasiones en este ministerio (1).

Hay con todo uno, cuya acción limitada en los primeros años, se amplía ahora cada vez más. Es éste Jerónimo Doménech. Ya en Parma, como vimos, dió los primeros pasos a la sombra de Fabro y Laínez; en Roma perfeccionó su método bajo la sabia dirección de San Ignacio hasta llegar a ser a juicio del mismo Santo uno de los mejores directores (FN. 658); en París, mero estudiante, distinguióse

(1) Así Laínez dió ejercicios en Monreale en 1549 y en Nápoles en 1548; Bobadilla, en Loreto en 1553; Jayo, de 1547 al 49, en Ferrara, los dió a bastantes, desplegando una actividad bastante intensa. También los dió en Augsburgo en 1550 y 1551. Los demás, y estos mismos las demás ocasiones, los dieron en escolasticados o colegios como se refiere en sus sitios respectivos.

por su celo en darlos y en Valencia desplegó una actividad extraordinaria en el corto período que allí estuvo. Antes y después de su permanencia en Valencia, en las ciudades de Bolonia, Monreale, Mesina y Palermo fué siempre Doménech un campeón de los ejercicios.

Su trabajo principal fué, como muy bien lo caracteriza su súbdito Ribadeneira, «plantar y extender la Compañía» (2).

Uno de los medios que usó para ello, fueron los ejercicios. Personalmente los dió más bien al principio. Dentro de un plan vasto de reforma que trazó el virrey Juan de Vega (PCh. I, 287) se ocupó con el P. Baroello de la reforma de algunos monasterios. Para realizarla aplicaron los retiros ignacianos a varios conventos en Monreale y Palermo. Además, en su trato con las almas, encontró a muchos, ansiosos de avanzar en el camino de la perfección (PCh. I, 241), y él satisfacía estas ansias proponiéndoles los ejercicios.

En su oficio de provincial palpaba cual ninguno la necesidad de buenos y abundantes operarios. Para ganar los más posibles procuraba aquí como en Valencia fomentar la nueva práctica.

Pero lo característico de Doménech en esta época fué el impulso que dió a su favorito ministerio. Sicilia fué uno de los sitios en que relativamente cuajaron menos los ejercicios. Sin embargo, basta que se encuentre Doménech en una ciudad para que comience a darlos no sólo ni principalmente él, atareado en las cargas del gobierno, sino sus súbditos, como Baroello y Achilles. En 1552, en que trabaja Doménech en Valencia, no se encuentra ni uno solo que practicara esta clase de retiro en Sicilia. Vuelve en 1553, y en Palermo, que constituye su centro ordinario, vuelven a fluir los ejercitantes en gran número, mientras que en Mesina sólo se cuentan algunos. La estela de los ejercitantes y de directores sigue el paso de Doménech.

2. Con el continuo aumento de colegios iba gradualmente disminuyendo el número de jesuítas móviles. La actividad se realizaba alrededor de una casa que se convertía en centro de operaciones. Pero nunca faltaban algunos, cuya acción fué mucho más universal y que fecundaban con sus sermones y trabajos las ciudades y aun provincias más diversas.

Uno de éstos fué el P. Silvestre Landini. Su acción fué vastísima. Landini es la estampa del clásico misionero. Trabajador incansable (EM. III, 339), recto e inflexible en su conducta (EM. III, 318), acérrimo reprensor de vicios, austerísimo consigo mismo —su alimento consiste en pan de cebada, un plato de sopa a mediodía y una ensalada a la noche (3)—, duerme sobre el desnudo suelo (EM. II, 329), queda ronco de tanto gritar contra el pecado, su vida es un continuo cúmulo de fatigas, trabajos y sudores. En él revive el espíritu de Elías (4).

---

(2) *A. R.*, Hisp. 94. Ribadeneira, *Historia*, lib. VIII, cap. 6.°, f. 212r.
(3) Así lo asegura el Obispo de Módena a San Ignacio. Epp. Mixtae, V, 757. Cf. EM. II, 329 y V, 727.
(4) Véase el retrato que él hace de sí mismo a San Ignacio. Epp. Mixtae, V, 701. Cf. Epp. Mixtae, V, 727.

En esta pintura de su género de vida que nos trazan sus contemporáneos, falta con todo un rasgo típico de los misioneros: una salud robusta. Landini era débil de fuerzas y enfermizo (EM. II, 582). Sólo con una gracia especial de Dios pudo, con su escasísima salud, llevar un género de vida capaz con su dureza de minar al más fuerte

En sus correrías apostólicas dió ejercicios espirituales de la primera semana a algunos, muy pocos, en comparación de las ingentes muchedumbres que acudían a sus sermones. Principalmente aplicaba el método ignaciano a los sacerdotes. En Foligno dió al menos a diez, y en Casola a ocho. El obispo de Módena, el antiguo maestro de Sacro Palacio, Fray Egidio Foscarari, pidió a San Ignacio expresamente que el Padre instruyese a los párrocos en los ejercicios, de modo que éstos predicasen la materia de la primera semana.

Los sacerdotes de Casola lloraron amargamente sus pecados y luego se convirtieron en celosos apóstoles y eficaces cooperadores del P. Landini. Comenzaron una campaña de confesiones y sermones (5), ayudándole en los trabajos de las misiones. Algunos de éstos quedaron tan adictos que desearon entrar en la Compañía, aunque a San Ignacio no le pareció conveniente admitirlos por la soledad en que dejaban aquellas parroquias.

También dió retiros a varia clase de gente en Foligno, Loreto, Bolonia y Bastia, y sobre todo en Casola, sita a orillas del río Serchio, en Toscana, donde fueron tantos los que acorrían para hacerlos que alguna vez dió a quince o dieciséis al mismo tiempo. Pero la nota característica de Landini no consiste en los ejercicios propiamente dichos, en lo que no ejercitó ninguna actividad extraordinaria, sino en que impregnó su predicación del espíritu del librito ignaciano (6). El mismo en una carta inédita, dirigida a San Ignacio, después de decirle que lo único que le consuela de la forzada lejanía es el tener consigo su santísima doctrina plasmada en el libro de los ejercicios, atribuye a éstos, todo el fruto de sus sermones y le cuenta cómo todo el pueblo tiembla, mientras en sus sermones les predica las meditaciones de los primeros pecados, de la muerte, del juicio y del infierno. Y bien loco está el que no tiembla, concluye el mismo Landini (7).

Considerado bajo éste aspecto se agranda extraordinariamente su apostolado de los ejercicios. No son ya unos pocos sujetos de cuatro o cinco ciudades a los que conmovió con las verdades de éstos, sino son los miles y miles de oyentes de sus sermones en los ciento treinta pueblos de Módena, en los ciento cincuenta de la Lunigiana, en los innumerables de la Toscana, Ferrara, Espoleto, el Reggiano y Córcega.

El fruto conseguido es el fruto extraordinario que han recabado los

(5) Polanco, *Chron.*, II, 397. Cf. Epp. -Mixtae, II, 253, y Litt. Quadr. I, 168.

(6) Dice el autor anónimo de la *Relatione:* «erano le prediche del P. Landini tutte cavate dalle essercicii spirituali della prima settimana... In questa selva di veri concetti si fermava il buon P. Landino; in questo bosco secava la sua legna per accendere il fuoco celeste dovunque andava e cosí rescaldati gli animi et infuocati gli piegava come voleva alla Sacra Penitenza». *A. R.* Epp. NN. Med. 98, 11 v.

(7) De S. Landini a San Ignacio de Casola, julio 1549, en *A. R.* Epp. NN, 78, 101rv.

grandes misioneros... Perdones conmovedores entre enemigos (8), paces de varios pueblos entre sí (EM. I, 556), evitar la difusión de la cizaña de la herejía (EM. I, 692), gran movimiento de confesiones y comuniones (9). Además él, para consolidar el bien conseguido, promovió la comunión frecuente, constituyó a algunos hombres probos, jueces en las infinitas discordias, estableció comisiones que se encargaran de ayudar a los pobres y enseñar el catecismo y tuvieran el cuidado de los enfermos (10).

3. Un grupo de fogosos predicadores y misioneros, al estilo de Landini, recorrieron el territorio portugués, reanimando el fervor de aquella noble nación.

Su método era siempre el mismo. Procuraban aprovechar los ratos libres que les dejaba la predicación de la misión, para iniciar en el método ignaciano a las personas más significativas; sacerdotes, oficiales públicos, etc. Pero por la simultaneidad de las misiones con los ejercicios quedan éstos, de mucho menor relieve externo, eclipsados en las relaciones, sin que se pueda establecer ni aun aproximadamente los sitios en que dieron sólo misiones y en los que usaron el doble método. Con todo, del modo obvio y sin realce ninguno con que se habla de estos retiros, parece poder deducirse que no eran una cosa insólita y extraordinaria, sino algo que entraba en su manera corriente de proceder en las fructuosas correrías apostólicas.

Estos predicadores portugueses, al contrario de los demás caminantes que ocupados en mil negocios diversos, se puede decir no tenían ninguna residencia estable, pertenecían a la casa de Lisboa o de Coimbra, desde donde irradiaban su acción a puntos determinados. Acción parecida realizaban los Padres portugueses del Colegio de San Antonio, casa, no de enseñanza, como podía parecer su nombre, sino de ministerios. Correspondía a las residencias modernas de operarios, siendo uno de los dos centros de esta índole que poseía la Compañía en tiempo de San Ignacio en Europa. El otro era Roma.

Es natural que los Padres que en sus expediciones apostólicas difundían con tanto celo los ejercicios, lo hiciesen más aún en la capital, en donde contaban con más tiempo y medios a propósito. Añádase que algunos Padres, como el P. Simón Rodrigues y más tarde el P. Torres, trabajaban ordinariamente sólo en Lisboa.

Con todo, hasta 1550 no encontramos gran movimiento de ejerci-

---

(8) Este fué uno de los principales frutos que obtuvo, porque el sentimiento de venganza estaba muy arraigado en no pocas de las regiones que recorrió. Para Córcega lo reconoce Fugaccia L. Padre Silvestre Landini, pág. 121. De Afarfañana afirma el sacerdote Lambardelli que en pocos años hubo sesenta homicidios en los principales de la tierra por celos. EM. II, 251. El mismo dice «que en un pueblo, según le han asegurado, hubo en un día cuarenta y cinco homicidios, en otro cincuenta y en otro ciento cuarenta. EM. V, 699. De los frutos que obtuvo en este particular véase la entusiasta carta de este sacerdote a San Ignacio. EM. II, 250-255.

(9) En Bastia hubo mil comuniones. EM. III, 317; en Casola, el 15 de julio, hubo más de doscientas treinta. EM. II, 253.

(10) El mismo en dos ocasiones comunica a San Ignacio las medidas que adopta para asegurar el fruto. Cf. EM. III, 556, y más detalladamente en EM. V, 699-700.

tantes en Lisboa. Tan sólo un número bastante reducido de gente selecta, de los que algunos entran jesuítas. Entre éstos hay ya pajes de la cámara del Rey (EM. I, 106).

En 1550 y 1551 ganan en extensión. Polanco nos habla ya de muchas personas que los hicieron, sin que sepamos más detalles que el que algunos, a pesar de ser casados, dormían en la misma residencia. Es este el primer ejemplo que conocemos de personas casadas que moren en nuestras casas durante el retiro. Es muy fácil que se tratara de gente principal y que por la trascendencia que podía tener su reforma, hicieran esta excepción. Pero las personas principales los hacen en 1553 y 1554. Al fundarse la Casa Profesa aumentó el número de Padres (11). La venida de San Francisco de Borja en 1553 reanima más todavía la estima y afecto a la Compañía en los círculos cortesanos. Entre este año y el siguiente los hacen varios de las personas principales de la familia real, entre ellas la misma reina doña Catalina de Austria, hermana de Carlos V, que los empezó con el P. Torres y los continuó con el P. Mirón. Poseemos una carta de este Padre a San Ignacio (12) en que le detalla el plan que desea seguir con ella. Le da unos ejercicios abiertos que duran durante varios meses. El mismo P. Mirón los da al príncipe don Luis (13), y el P. Vaz a la infanta doña Isabel, hija del duque de Braganza y a sus hijos don Eduardo, doña María, que fué después princesa de Parma, y doña Catalina, futura duquesa de Braganza.

Junto a estos miembros de la familia real los hicieron no pocos de la gente más noble de modo que

> «es a la continua nuestra iglesia frecuentada con confesiones y comuniones y ejercicios espirituales o para recibir consejo... y por esta causa tenemos los Padres que aquí somos tan ocupado el tiempo, que para comer y rezar usamos de él a hurtadas.» (LQ. II, 536.)

Merece mención especial don Pedro Mascareñas, que los recibió poco antes de partirse a la India, a donde fué en 1554 en calidad de Virrey de aquellas partes, con grandes ansias de ver a San Francisco Javier, ansias que quedaron defraudadas por la muerte del Santo, sucedida en diciembre de 1552.

No se puede dudar que el nuevo método fué en Portugal de singular importancia, no sólo para la santificación personal de aquellos cortesanos sino para la consolidación de las obras de la provincia portuguesa, que precisamente gracias al valor que le mostraron estos nobles, pudo desarrollar tan próspera actividad.

---

(11) Los primeros sacerdotes moradores de la Casa Profesa de Lisboa fueron los PP. Gonzalo de Silveira, Gonzalo Vaz, Antonio Quadros, Francisco Vieira y Miguel Esteves, Rodrigues, I, 1, 62.

(12) En Epp. Mixtae, III, 713-714. Sobre los ministerios de los jesuítas en la corte de Portugal puede consultarse Rodrigues, I, 2, 481-516. Sobre el P. Torres, confesor de la reina, ib., 494-496.

(13) Al menos así lo dice el P. Téllez. No deja de ser raro que sea el único que lo asegure.

4. También trabajó en Portugal otro de los más distinguidos apóstoles transeuntes de esta época, San Francisco de Borja. Pero su principal actividad se desarrolló en España (14).

Después de haber promovido intensamente los ejercicios en su época de estudiante en Gandía, empezó a extenderlos personalmente por los feraces campos de España. Huyendo del capelo cardenalicio, se ocultó entre las montañas de Guipúzcoa, en el pequeño valle de Oñate. Pronto en el tranquilo pueblo se notó un movimiento inusitado de personajes, y la desmantelada ermita de la Magdalena no sólo fué testigo de la oración y penitencia del Santo refugiado, sino también de lágrimas de arrepentimiento y de generosos propósitos de caballeros venidos de las más diversas partes. Casi siempre se encontraba algún ejercitante en la ermita donde el mismo Santo, sin duda para acoger a sus huéspedes «labró unos aposentillos estrechos y toscos que olían a pobreza y menosprecio de todo fausto del mundo» (15).

Los que acudían a aquella desmantelada ermita, eran personas distinguidas por su nobleza y posición social. Un Dr. Bartolomé Torres, catedrático de filosofía en Salamanca y futuro obispo de Las Palmas; un don Antonio de Córdoba, de la familia del Gran Capitán, hijo del conde de Feria y marqués de Priego, no menos ilustre por el esplendor de sus virtudes que por la nobleza de su sangre; don Diego de Guzmán, hermano del conde de Bailén; el esclarecido noble don Sancho de Castilla; el doctor en teología Gaspar de Loarte; don Bartolomé de Bustamante, exsecretario del cardenal arzobispo de Toledo, Juan de Tavera; el señor de Lazcano, que renunciando a su casa y vistiendo un humilde hábito no quiso en adelante llamarse más que con el nombre de Felipe de Jesús.

No estuvo el Santo los tres años quieto en Oñate, sino que hizo algunas correrías apostólicas, predicando en diversos pueblos de Guipúzcoa y Vizcaya a los inmensos auditorios que afluían a ver al duque Santo. Estos sermones no sólo estaban impregnados de las verdades de los ejercicios, sino que lo que es más significativo, al menos a veces, aprovechaba la ocasión para explicar algunos puntos de ellos. En su paso por Bilbao, según escribe el P. Solís a San Ignacio

> «se juntó la villa muy copiosamente y predicó un sermón de elecciones que fué harto encarecido de todos hasta tanto que el P. Provincial [de los franciscanos] escribió sus puntos y el P. Guardián [del convento de San Francisco] todo el sermón.» (LQ. I, 562.)

Así se deslizó la vida del Santo hasta 1553, en que San Ignacio decide que se dirija a Lisboa. Borja obediente deja el retiro de Oñate. Pero lo que no dejó fué su celo por los ejercicios espirituales.

---

(14) La vida de San Francisco de Borja fué muy rica en sucesos externos de importancia que atraen la atención de los que han historiado su vida: su confesor, Dionisio Vázquez —vida manuscrita—, Ribadeneira, Cienfuegos, Suau, etc., no tratando de los ejercicios más que los que dió en Oñate y lo que hizo para conseguir la aprobación del libro de los ejercicios. En los muchos ejemplos que traen de su eximia santidad se puede ver cómo su espiritualidad estaba empapada en el espíritu de los ejercicios.

(15) *A. R.*, Hisp. 94, Ribadeneira, *Historia*, XXI, cap. 16, f. 17r.

Una parada en Burgos de unas semanas, y los da a varias personas, entre ellas durante veinte días al magistral de Cuenca Dr. Alfonso Ramírez de Vergara, que con la valiosa ayuda que prestó, sobre todo al colegio de Alcalá, fué tenido siempre por uno de los grandes bienhechores de la primitiva Compañía (16). Otra parada en Salamanca de sólo doce días y desafiando los calores de agosto y su mediana salud, saca fuerzas para darlos a dos estudiantes y a don José de Guevara, primo de don Sancho de Castilla.

Llegado a Lisboa el 31 de agosto, encuentra allí a la princesa doña Juana, hija de Carlos V y esposa del príncipe heredero de Portugal, D. Juan, a quien ya la había ayudado en espíritu en la semana santa del año pasado en Toro. Otra especie de conversación de ejercicios. Cuatro horas cada día empleaba en espirituales conversaciones con la Princesa. El Santo le fué explicando la manera de meditar los misterios de la vida y pasión de Cristo Nuestro Señor, distribuyendo los misterios por los días de la semana (PCh. II, 610).

Fruto palpable de aquel retiro fué un firme propósito de la Princesa de confesarse con frecuencia, una limpia de los libros de caballería de que estaba atestada la librería del Palacio (PCh. II, 610) y el que desapareciera de entre sus diversiones el «juego desordenado de naipes» (EM. III, 502). En Lisboa vuelve a dar a la Princesa algunos ejercicios. (PCh. III, 360.) Para sustituir el juego de barajas que le había hecho suprimir el año anterior en Toro, inventó aquel famoso juego de virtudes y vicios «de gran regocijo» y la cosa más gustosa que había visto la Princesa en su vida» (17), juego que según el Padre Bustamante se puso de moda en la corte (EM. III, 503) y que San Ignacio, por medio de su secretario Polanco, le pidió que le enviara «en todo caso» «porque aunque algunos cardenales no gustarían tanto de esos juegos por ventura como de otros, no faltará para quién sirvan» (18).

5. Nombrado Borja en enero de 1554 comisario de España, interrumpe de nuevo su labor como director de ejercicios. Ahora se dedica de lleno a cumplir el oneroso cargo que le había impuesto la obediencia. Pero el amor a los ejercicios que ardía dentro de su alma era demasiado intenso para que no se manifestase de algún modo.

Por desgracia estamos muy mal informados de su actividad como persona privada desde esta fecha. Las narraciones y cartas se ocupan de aquí en adelante de importantes y espinosos negocios. Pero todavía a través de algunas escasas noticias que nos quedan, se puede entrever

(16) Del Dr. Ramírez habla Castro en su *Historia*, lib. III, cap. 1 (I, 35r-36v); lib. V, cap. 13 (I, 147v-148v). El Dr. Ramírez había hecho los ejercicios ya en 1549 con el P. Villanueva.

(17) Tal es el parecer del P. Bustamante según se expresa en su carta a San Ignacio de 20 de septiembre de 1553. Epp. Mixtae, III, 503.

(18) San Ignacio al P. Bustamante, 8 de marzo de 1554. *Mon. Ign.*, Epp. VI, 436. Bustamante había propuesto algunas barajas de muestra porque «creo que para recreación de los Reverendísimos Cardenales no dañarían el alma», EM., III, 503. Véase la detallada descripción que hace del juego el P. Bustamante en EM. III, 502-505.

cómo se ingeniaba para estimular a la práctica ignaciana, sirviéndose de las prerrogativas que le concedía el nuevo cargo.

Así en Plasencia aprovecha una de las innumerables obligadas visitas que tiene que hacer, para impulsar a la marquesa de Priego a que practique este retiro (EM. IV, 575). Sobre todo consigue que el obispo Gutierre Vargas de Carvajal, uno de los más afectos a la Compañía, pero demasiado mundano y aseglarado, reforme totalmente su vida en la palestra ignaciana siendo en adelante la edificación de todos (19). A los ejercicios del Prelado, hizo preceder durante un mes entero una campaña de oraciones, ayuno y penitencia entre los moradores del colegio de aquella ciudad, que debían todo a la munificencia del ilustre Obispo. Aplacada ya la Majestad Divina de este modo, encargó al hábil Villanueva que con toda libertad le moviese a cambiar de vida (20). Más aún: satisfaciendo a los deseos ardientes del Prelado, estuvo en el palacio episcopal «un mes poco más o menos». El Obispo dejó «las cosas de su conciencia» en manos de Borja (LQ. IV, 21) y arregló todos los asuntos de la fundación del colegio (21).

Para comprender el influjo que ejercía San Francisco de Borja en las almas hay que tener en cuenta de modo muy peculiar un elemento: su santidad eximia, que desbordándose al exterior conmovía y arrastraba profundamente.

No es que al duque de Gandía le faltaran dotes naturales para ser un excelente director de ejercicios. Al contrario, sus escritos ponen de manifiesto preciosas cualidades. Una verdad y sinceridad que avasallan, una unción que insensiblemente va penetrando en el corazón, un gran poder de sensibilizar las verdades más abstrusas con imágenes y comparaciones (22), un gran interés por el bien de las almas no contentándose con dar a conocer las verdades (23) ni limitándose a

---

(19) Sobre la radical reforma del obispo Vargas y Carvajal, de la que trataremos más despacio en el capítulo VI, hay detalles muy interesantes en Epp. Mixtae, V, 317-318 y Litt. Quadr., IV, 21-22.

(20) Orlandini, lib. XV, n.º 91; sobre su vida anterior véase Astráin, I, 424-425.

(21) Parece que en este mes le dió ejercicios San Francisco de Borja. Ya antes los había hecho abiertos, PC. V, 480. Tal vez en Trento en 1552 se los dió el P. Laínez. Al menos este Padre deseaba dárselos. *Lainii Mon.*, I, 202. El P. Villanueva le persuadió a que los hiciera cerrados y quedó ya designado el mes en que debía dárselos. Pero no he encontrado ningún documento en que diga que se los diese. Ni siquiera el P. Castro dice nada, a pesar de que narra la conversación tenida con el Obispo. El P. Abad. *Un centro ejemplar*, 532 dice que se los dió Villanueva, aduciendo en la nota 20; PCh. V, 480, pero Polanco en el PCh. V, 480, sólo dice que quedó en hacerlos, y Astráin, I, 431, se funda en el mismo testimonio. La consecuencia la saca él por su cuenta. Dice «por el otoño de 1555 se retiró con el Padre a Jaraicejo». Es verdad, pero a Jaraicejo fué el P. Villanueva con San Francisco de Borja (EM. V, 93), y mientras el P. Villanueva marchó para Valladolid a los pocos días —lo más que pudo estar fué unos doce días— (EM. V, 94), San Francisco de Borja estuvo con él un mes entero. En estos días, según testimonio del Padre Villanueva, «dejó las cosas de su conciencia en manos de nuestro Padre» (Borja) (LQ. IV, 21). Las narraciones contemporáneas se extienden difusamente en relatar las condiciones de la fundación, que era el asunto capital, dejando a un lado todo otro asunto. Pero de todas las citas anteriores se puede al menos sospechar que estuvieron primero Borja y Villanueva con el Obispo unos diez días arreglando el asunto del colegio y luego se quedó Borja unos veinte días a darle los ejercicios. Alcázar, en su *Cronohistoria*, I, 265, dice que durante estos días se recogió el Obispo e hizo una confesión general.

(22) También en el *Tratado breve del modo de predicar el Santo Evangelio* aconseja al predicar que «tenga ...lugares comunes, razones, metáforas, figuras de la Divina Escritura, ejemplos, historias, similitudines», Obras, 203. Su *Diario espiritual* es el mejor ejemplo de su tendencia de sensibilizar todo.

(23) En la «Introducción» del *Dechado muy provechoso* dice: «Como el intento de los verdaderos lectores no sea sólo leer para saber, sino para obrar y para ejercitarse en lo leído y entendido». Obras, 76.

la exposición serena y clara de las cuestiones sino bajando a dar normas concretas (24), una gran exactitud y claridad de ideas aun tratándose de conceptos teológicos delicados. El juicio que emitió de un sermón suyo el señor de Ozaeta, que «no había floreado nada en él sino que todo había sido de agudo» (LQ. I, 491), se puede extender a todos sus escritos y sin duda a sus puntos de meditación. Principalmente su tratado *Dechado muy provechoso del ánima de Cristo Nuestro Señor a los lectores que con humildad sacarán la imitación de Él* (25), supone un conocimiento no vulgar de muchas cuestiones cristológicas aun secundarias, haciendo brotar de las profundidades teológicas las consideraciones espirituales.

Sobre todo —como ya notó Nadal (EM. IV, 643)— predomina en él un afecto profundo y tierno que le hace prorrumpir en delicados coloquios. En todo, aun en las ideas más especulativas, encuentra venas de devoción. Se mueve continuamente en un ambiente de unción (26). Pero todo este natural estaba como trasformado y endiosado por su altísima contemplación, de donde fluían sus delicados pensamientos y la ternura de sus sentimientos.

Dos ideas campean en su espiritualidad y forman el fondo de todos sus tratados, ideas que tenían que servirle particularmente para hacer de él un director sumamente apto. La primera es una sentidísima convicción de la bajeza propia, una ansia continua de confundirse y anonadarse. Es evidente que este sentimiento, que aparece aun en los incisos de sus escritos y aun cuando expresa las ideas más altas y sublimes de su ser, le ayudarían notablemente para hacer brotar en el ejercitante los sentimientos de confusión propia y odio al pecado, tan necesarios para la primera semana.

La segunda idea es un conocimiento y amor profundos de la persona adorable de Jesucristo. Medite lo que medite, sea que esté llorando amargamente sus pecados o considerando las grandezas de Dios, siempre ha de acabar por lanzarse a los pies de Jesucristo. No puede apartarle de sí (27). El «corazón de Cristo —dice— es nuestra morada, nuestra casa de refugio y nuestra talanquera» (28). «Para entrar en la contemplación de la Divinidad ha de pasar por la contemplación de la humanidad», ya que Jesucristo es la puerta y la llave de la oración (29). Los escalones para ir a Dios son mortificación de los sentidos, ejercitarse «en la meditación e imitación de la vida y pasión de Cristo Nuestro Señor, porque ladrón es el que por

---

(24) Véase, por ejemplo, el *Ejercicio continuo que cualquier cristiano debe hacer cada día para con gran gusto amar y servir a Dios»*. Obras, 237-240, los *Avisos espirituales*, Obras, 243-247, etc.

(25) Obras, 75-121.

(26) Ejemplo típico es también aquí el *Dechado muy provechoso*, que es casi un coloquio continuo con el Señor.

(27) Después de enumerar sus defectos, continúa: «mostradme también quién soy yo, dándome dolor de haberos ofendido...», sigue un párrafo largo, bellísimo, contraponiendo sus malas acciones a las de Jesucristo. *Tratado espiritual de la oración*, cap. 2.º *A. R.* Op. NN. 32, 219rv.

(28) *A. R.* Op. NN. 32, 222r.

(29) *A. R.* Op. NN. 32, 221v-222r.

esta puerta no entra» (30). Estas ideas tan sentidas, expuestas con la brillantez y claridad propias de su talento y carácter, fecundadas por su humildad y santidad eran las que movían los corazones de los ejercitantes. Difícilmente nos podemos formar idea de la inmensa conmoción que suscitaba en todas partes. Su profunda humildad conmovía aun a los hombres espirituales, como afirma Polanco (PCh. II, 616). El famoso orador P. Estrada escribe:

> «mueve más en un sermón que los famosos predicadores en muchos porque la gente se admira de ver un duque pobre y predicador y en él y por él glorifican a Dios y se confunden a sí mismos» (EM. III, 283).

En aquellos tiempos en que, como veremos pronto, se acusaba a los ejercicios de resabios iluministas y se ponía en duda su ortodoxia, no se podía poner mejor dique para contener ese aluvión de falsedades y calumnias y presentar prueba más palpable de la santidad y recto espíritu que les animaba, que la presencia de una persona de santidad universalmente reconocida que difundiese los ejercicios y los recomendara como fuente de la santidad y virtud, que veían en él personificadas.

Esta fué, sin duda, la gran misión que ejercitó en este campo San Francisco de Borja: hacer ostensible la santidad encerrada en los ejercicios.

6. No podemos cerrar este párrafo sin decir algo de los misioneros en las Indias Orientales. Aunque su centro de actividad partía de un sitio determinado, eran también ellos apóstoles transeuntes que iban de aquí para allá, evangelizando extensas regiones circunvecinas.

No se puede hablar de movimiento de ejercicios en la India. El ministerio más extendido eran las instrucciones catequísticas. No hablamos ahora de los colegios de Goa y Cochín, sino de los misioneros. No faltó, con todo, algún que otro Padre que los dió al menos a los portugueses. Como el P. Melchor Núñez en Bazain y en Malaca, o el P. Gaspar Barceo, que con su exquisito trato y extraordinaria resistencia de trabajo (31) hizo de Ormuz un pequeño centro de los retiros ignacianos, dándolos entre otros al oidor del Obispo, a un capitán, a varios clérigos y a dos de los principales mercaderes de la ciudad.

---

(30) *Ejercicio de las 'res potencias del alma en el cual se trata de cómo la aparejaremos para que sean verdadera morada y mansión de las tres divinas personas*. Obras, pág. 125.

(31) Melchor Núñez, en carta del 7 diciembre 1552, después de alabar al P. Barceo, continúa: «va assemelhando-se ao modo do Padre Mestre Francisco no conversar e atrair os proximos para Deus com suma santa afabilidade e com ser incansavel nos trabalhos». *A. R.* Goa, 10, 251r, y el provincial Antonio de Quadros escribe al P. Mirón el 6 diciembre 1555: «davalhe Nosso Senhor tanta gracia nisto que a muito poucos homens ou nenhum conversou para os tirar de pecados e trazer a Deus, que o nao acabasse con ele». *A. R.* Ulyss. I, 228r.

7. En peores condiciones se encontraban todavía los misioneros del Japón. Llegados allí más tarde que en la India —en agosto de 1549 pisó tierra japonesa Francisco Javier— poquísimos en número, sin conocer lo suficiente la lengua, no podían pensar por entonces en dar ejercicios a los japoneses. El darlos a los mercaderes portugueses no tenía tanta importancia, como en las colonias portuguesas de la India, donde muchos estaban investidos de poderes públicos. Por ello procuraron más bien estos primeros años atraer la benevolencia de los príncipes del Japón. De hecho no tenemos noticias más que de un portugués, el comerciante Almeida, que practicara esta clase de retiros en el imperio del Sol Naciente.

8. El mismo año que entraba San Francisco Javier en Japón, pisaban los primeros jesuítas tierra brasileña (32). Tampoco en esta nación pudieron hacer gran cosa en el campo de los ejercicios durante esta época. La evangelización de aquellos indios antropófagos planteaba problemas de índole muy distinta. En las setenta cartas que conservamos de aquellos primeros años no se habla de los ejercicios más que en dos ocasiones. La primera en 1549, en el Salvador, en los primeros meses de espera al lado de los colonizadores portugueses, para decir que se diera a un soldado portugués, Simón González, que entró en la Compañía de Jesús y sirvió en ella con toda fidelidad en el grado de hermano coadjutor; y la segunda en 1552, en que el P. Vicente Rodríguez los dió a varios, entre ellos al párroco y a un joven que, a pesar de estar casado, quería entrar jesuíta. Creemos con todo que no fueron éstos los únicos, ya porque por la manera de dar la noticia el P. Rodríguez en su carta se ve que habla de algo no tan insólito, como porque Nóbrega nos da noticia de varios que querían hacer voto de servir a la Compañía fuera de la casa (33). Sería extraño que no hubieran empleado este medio con quienes habían llegado a tal grado de adhesión e intimidad. En las cartas que escriben a Europa se ocupan principalmente en describir la configuración de la tierra y en narrar las costumbres raras y nuevas, prescindiendo de estas cosas más ordinarias y comunes. De todos modos no debieron de ser muchos los ejercitantes. La lectura de las cartas deja la impresión de que no había entre aquellos primeros misioneros ningún apóstol extraordinario de la práctica ignaciana (34). Y en circunstancias como las del Brasil, cuando el esfuerzo principal hay que dirigirlo en otra dirección, si no hay un hombre que posea un entusiasmo extraordinario para los ejercicios, es muy difícil que éstos adquieran los caracteres de un movimiento.

---

(32) Sobre el establecimiento de los jesuítas en Brasil, véase S. Leite, *Historia*, tomo I.
(33) *A. R.* Brasil, 3, 135v.
(34) Al hablar, por ejemplo, de la corrupción del clero o de los ministerios que ejercen con los portugueses, nunca aparece, ni siquiera en forma de plan, el darles ejercicios. Más aún; el provincial Nobrega se queja varias veces de que le han enviado gente muy poco selecta y claro es que a gente que él juzgaba poco apta no podía encargarles un ministerio tan delicado como el dar ejercicios. *A. R.* Bras. 3, 135r y 136r.

II. COMIENZOS DE APOSTOLADO ESTABLE EN LOS ESCOLASTICADOS

9. Operarios en los escolasticados.—10. Doménech y Broet en Bolonia.—11. Kessel, alma del movimiento de Colonia.—12. Viola y Broet en el ambiente hostil de París.—13. En Valencia. 14. Roma, Coimbra y Evora.—15. Aptitud de Villanueva para dar ejercicios.—16. Villanueva, director de ejercicios.—17. Movimiento de ejercicios en Alcalá.

9. Para la ulterior evolución de los ejercicios iba a tener más decisiva influencia la actividad desarrollada en los escolasticados. Los caminantes difundían los ejercicios al voleo por los campos de Europa: su actividad era fecunda, pero más bien personal y transitoria.

Los estudiantes, por el contrario, fijos en un puesto, fueron poco a poco formando un ambiente y una tradición en torno al centro donde trabajaban, que siguió perdurando aun cuando los primitivos moradores iban desapareciendo.

Al principio, en la época anterior ya estudiada, pudieron hacer relativamente poco. Eran simples estudiantes y las casas meros estudiantados. Toda su actividad tenía que estar condicionada a los estudios. Imposible pensar en una actividad fija y metódica.

Pero hacia 1548 y 1549 cambian notablemente las circunstancias. Comienza a haber, además de los escolares, un Padre no estudiante, —ordinariamente el Superior— libre para darse al apostolado directo con las almas.

El paso se hizo paulatinamente. Se debió principalmente al continuo aumento de escolares que iban acabando sus estudios y a las diversas personas que fueron entrando ya plenamente formados, como Olave o Nadal.

En varios sitios es difícil determinar cuándo se realizó el cambio, porque no se puede precisar con certeza la fecha exacta en que acabaron algunos los estudios. Pero se puede decir que ya hacia 1548 era lo normal que hubiese algún Padre, no estudiante, dedicado de lleno a los negocios domésticos y al apostolado externo.

Con este cambio aumenta considerablemente el número de ejercitantes, y sobre todo se observa mayor regularidad y normalidad en darlos.

10. El primer centro en que asoman los primeros síntomas de esta evolución es el escolasticado de Bolonia, abierto el día de la Ascensión de 1546. Los nuevos escolares van allí acompañados del P. Jerónimo Doménech, que permanece en calidad de Rector (35). Doménech, uno de los principales apóstoles de los ejercicios, viéndose el único operario, multiplicó prodigiosamente su actividad para poder responder a la expectación de aquella ciudad, en la que ya antes de que ellos llegaran, había quienes querían probar el nuevo método (EM. V, 639). Trabajó tanto que pronto cayó enfermo (LQ. I, 15).

No sólo dió ejercicios a jóvenes distinguidos, algunos de gran esperanza, como Benedicto Palmio, sino también extendió su radio de acción a las señoras de la ciudad, cosa que no lo hicieron nunca —que sepamos— los jesuítas estudiantes. Cuatro, al menos, vinieron con toda humildad a hacerlos a la iglesia de Santa Lucía a pesar de que vivían lejos. Una de ellas no quiso usar coche ninguno, sino que recorría a pie la distancia de casi una milla que le separaba de la iglesia. (L Q. I, 8-9).

Breve fué su apostolado en esta ciudad. Destinado en 1547 a Sicilia es sustituído por el dulce y angelical Pascasio Broet, que fué hasta 1551 el gran apóstol de los retiros de Bolonia. Apenas llega, se ocupa durante toda la cuaresma de 1547 en oír muchas confesiones y dirigir retiros a muchos (36).

> Como escribe Salmerón «está casi desde la mañana hasta la noche asentado en su silla en [la iglesia de] Santa Lucía dando ejercicios y confesando.» (ES. I, 5.)

Broet en Bolonia, y lo mismo observaremos después, tendió a la extensión más que a la intensidad en el uso del nuevo método. Daba preferentemente sólo los de la primera semana, y entre sus ejercitantes se encontraban ordinariamente no pocas mujeres.

De Bolonia se dirigió dos veces a Montepulciano, a instancia del cardenal Cervini, que le aconseja las aguas de aquel balneario para restablecer su salud quebrantada por tantos trabajos. Allí y en Vivo, feudo del mismo Cardenal, donde se detiene, da también ejercicios siempre según el mismo método, a un hermano y una hermana del Cardenal, a la piadosísima Cintia, santa madre de San Roberto Belarmino, a la ilustre familia de Cassini y a bastantes personas más (37).

Dos elementos contribuyeron notablemente a fecundar la actividad de Broet: su incansable laboriosidad y su carácter tan apto para entrar con las almas (38).

---

(35) Véase Orlandini, lib. 6, n.° 14 y lib. 8, n.° 27; *Chronicon* de Polanco, I, 174-177; 217-218; 275-276.
(36) *A. R.* Epp. 78-53v.
(37) Sobre los ejercicios a la familia Cervini, cf. Le Bachelet. Bellarmin, 11-15, donde se encontrarán también bastantes datos sobre la santidad de Cintia y el influjo que obraron en ella los ejercicios. Cf. igualmente Aguirre, M: *S. R. Belarmino*, 239-241.
(38) De Broet han escrito sendas vidas Bonucci, Boero y Prat, pero ninguno habla expresamente de su actividad desplegada como director de los ejercicios, contentándose con aportar los datos de los ejercicios que conocemos por sus cartas.

Alma sencilla y candorosa a quien por la inocencia que reflejaba todo su ser, acostumbraba llamar San Ignacio el «ángel de la Compañía» (EN. II, 55) (39), triunfaba plenamente en el trato íntimo con las almas. Su carácter tiene no pocos puntos de contacto con el de Fabro. Laínez confiesa de él que descuella «por la práctica que tiene en el tratar y gobernar las almas» (MB. 320).

Este mismo influjo de carácter afectivo se refleja en el fruto que consigue con los ejercicios; fruto que resume él mismo en la frase

«gusto espiritual» y que la repite en varios ejercitantes suyos, como algo característico y peculiar. (MB. 54, 56, 64.)

Como sabía llegar al fondo del alma, consiguió un fruto muy intenso, a pesar de extender tanto la nueva práctica. Empezó a notarse tanto el cambio de conducta en Bolonia, que la gente empezó a preguntarse admirada qué hacían aquellos Padres para transformar los sujetos de tal modo (MB. 62).

A este carácter atrayente se añadía una gran capacidad de resistencia y de trabajo. Ya Laínez hace resaltar «su aptitud para padecer de parte del cuerpo» (MB. 320) y Jayo confiesa de él que es muy celoso de la salvación de las almas (MB. 320).

La conmoción obrada por Broet en Bolonia fué verdaderamente extraordinaria. No penetró en todas las capas de la sociedad, como la acción de Fabro y Laínez en Parma, sino más bien se limitó al elemento aristocrático y burgués medio, a sacerdotes y a religiosas; pero dentro de ese sector y a través de él en otros más extensos, ejerció un influjo no despreciable: no pocas jóvenes entran religiosas, alguna muy rica, elegante y mundana, cuya entrada fué un estampido y que espera Broet que será de gran edificación «para toda esta ciudad» (MB. 53). Otras quedan vírgenes en el mundo, impregnando con su dulce perfume el ambiente de la ciudad (MB. 63); algunas viudas se dan a una vida apostólica y caritativa; señoras hay que encuentran en la frecuente comunión «gusto espiritual» (MB. 64) y que con su modestia en los vestidos son una lección para las provocativas vanidades que reinaban en la ciudad; hombres que si no comulgan con la frecuencia de las mujeres, llevan con todo una vida piadosa y recta; estudiantes que entran por el camino de la santidad y perfección.

Tal es el cuadro que el mismo Broet nos traza del fruto obtenido (39). El no especifica qué parte del fruto corresponda a los retiros ignacianos, pero sí podemos asegurar que lo obtuvo usando dos medios principalmente, por no decir exclusivamente: las confesiones y los ejercicios.

11. Dejemos a Broet trabajando en Bolonia y trasladémonos a Colonia a ver qué hacen aquellos pobres estudiantes medio dispersos por la fuerza del huracán desencadenado en 1545.

(39) No he hecho más que resumir lo que él mismo, de modo más extenso, escribe a San Ignacio en la carta de 9 mayo 1551, Epp. Broeti 61-64.

Kessel, a pesar de ser sacerdote, es en esta época todavía estudiante. En 1546 saca el título de bachiller y en 1548 el de maestro en artes (40). Después cambia sustancialmente el horizonte de su vida. A los estudios teológicos dedica tan sólo ratos sueltos. Se puede decir que desde 1549 deja de ser estudiante. Lleva una vida tan intensa de ministerios, que en ella no caben los estudios. Confesiones, consultas, aun de directores espirituales de monasterios; visitas de señoras, ejercicios, sermones, gobierno de la casa. Se encuentra tan agobiado de trabajo, que muchas veces no sólo no le queda tiempo para salir de casa, pero ni siquiera para decir misa (LQ. I, 170). Reiffenberg, fundándose en la historia manuscrita del Colegio de Colonia, dice que su ocupación ordinaria en esta época era predicar en diversas iglesias, empleando el tiempo que le sobraba en conversaciones particulares y en los negocios domésticos (41).

En los ejercicios se nota el mismo cambio. Una escasa actividad hasta 1548; un aumento considerable en este año, que luego se mantiene constante hasta 1556.

El carácter de Kessel tenía no pocos puntos de contacto con el de Broet. Más ardiente y más enérgico que él, se observa con todo un fondo igual de timidez, prudencia, suavidad y capacidad de trabajo. Kessel —como observa Reiffenberg—, a quien seguimos en esta descripción, tenía el don de atraer las almas. Con su exquisito arte granjeaba la amistad en las conversaciones (42). De manera placidísima, con caridad paternal, abrazaba a todos, «sumamente hábil para sondear el alma de cada uno, llegaba al profundo de los corazones» (43). Estas notas de su carácter le hacían sumamente apto para el trato con jóvenes, que de hecho quedaban totalmente ganados por él en los ejercicios. Godofredo Barnes escribe a San Ignacio que en las tres semanas largas que duró el retiro ha experimentado el ánimo *plus quam paternum* de Kessel (EM. II, 186). Gaewarts nota también que le recibió *humanissime*, con todo amor (EM. II, 131).

La nota característica que hacen resaltar sus ejercitantes es la abundancia de lágrimas que derraman. Uno llora día y noche, sin poder contenerse por la fuerza de un sentimiento de admiración hacia la bondad de Dios Creador (LQ. II, 347). Erardo llora copiosamente (LQ. I, 145). Tres estudiantes, con sus lágrimas, detestan su vida pasada (LQ. I, 463). Lo mismo se repite en 1550 de un ordenando (EM. II, 339), y en 1551 de un sacerdote (LQ. I, 463).

Aunque el derramar lágrimas pueda provenir de mil factores diversos, no se puede negar el influjo, sea en pedirlas, sea en disponerse a ellas, del modo con que el director enfoque los ejercicios. Y estos efectos, recalcados por el mismo Kessel en sus cartas a San Ignacio, nos muestran a la vez el ambiente afectivo en que le gustaba moverse al P. Kessel y la impresión honda y sentida que producía en los

(40) Vide Virnich. Leonhard Kessel, 7, 8 y Hansen, 23.
(41) Reiffenberg, lib. 2.º, cap. 1.º, pág. 31.
(42) Reiffenberg, lib. 2.º, cap. 1.º, pág. 30. Cf. Virnich L. Kessel, 11 y 16.
(43) Reiffenberg, lib. 6.º cap. 8, pág. 150.

ejercitantes. A estas cualidades naturales, ya muchas de ellas perfeccionadas por su virtud, hay que añadir su santidad eximia, que se reflejaba aun en su exterior (44).

Entre los ejercitantes de Kessel, aunque no falten varones doctos y sacerdotes, predomina el elemento estudiantil. Su obsesión era el ganar muchas vocaciones para la Compañía usando para ello todos los medios que pudiese (45). Para conseguirlo más fácilmente, mantenía en casa desde 1546 algunos estudiantes, que pronto subieron al número de catorce, admitiendo en esta especie de internado sólo a los que le parecía aptos para la Compañía (PCh. II, 84).

No hay carta de Kessel a San Ignacio en que no le hable de alguno o algunos que deseaban entrar jesuítas. Dios premió sus esfuerzos concediéndole selectas y abundantes vocaciones, mereciendo ser apellidado con razón «el padre de muchos pueblos». Todavía conservamos diversas cartas de jóvenes ejercitantes suyos escritas a San Ignacio durante o después de los ejercicios, en que le piden con viva instancia la gracia de entrar en la Compañía de Jesús, y le exponen los motivos que les inducen a ello (46). Lástima que el latín elegante y retórico con que doraban sus íntimos sentimientos, debilite el valor que hubieran tenido estos documentos para estudiar la elección de vida, de haber sido escritas de modo más transparente e ingenuo.

Hasta 1556 sigue la misma índole de ejercitantes, y por lo que se puede apreciar, el mismo número, dos o tres. Probablemente no daba para más la casa. En los últimos años es mucho mayor la afluencia de gente que acudía a ellos, y sin embargo no aumenta el número de los que practican el retiro. Ya en 1549 dice que no cabe ninguno más de los catorce que residen (LQ. I, 171). Una clara prueba de que la dificultad era la falta de local es que apenas marcha, en 1556 Francisco Coster, inmediatamente ocupa su cuarto un ejercitante (LQ. IV, 614).

Desde 1551 no era ya Kessel el único operario de aquella casa, sino que le ayudaba en los ministerios el P. Arnoldo van Hees (Hezio). Con todo no sabemos que diera ejercicios a ninguno. Por el contrario algunos de los estudiantes alternaban de vez en cuando los estudios con el dirigir los retiros, como Gerardo Cools en 1552.

12. También dejamos en París a los pobres estudiantes viviendo en un ambiente bastante hostil. Todavía en 1549 se encontraban sin casa propia y tenían que vivir en el Colegio de los Lombardos, mezclados con los demás alumnos, disimulando su condición de religio-

---

(44) Reiffenberg, lib. 6.°, cap. 8.°, págs. 150-1.

(45) Virnich, Leonhard Kessel, 10-16. En la págs. 13-14 una lista, incompleta según el mismo Virnich, de cuarenta y uno que entraron en la Compañía hasta el año 1556, movidos por Kessel.

(46) Así la carta de Martín Gaewarts en Epp. Mixtae, II, 130-132, la de Godofredo Barnes en EM. II, 184-188, la de Nicolás de Nova Fabrica, aunque no consta con certeza que la determinación la tomase en los ejercicios, en EM. II, 684-686,

sos (47); desde 1551 tienen que soportar la deshecha borrasca desencadenada por el Parlamento: casi siempre ven frenados sus impulsos apostólicos por la escasez de sujetos y angustias de local. Sin embargo dan ejercicios.

París es un ejemplo típico de cómo en medio de toda clase de dificultades, sin más apoyo que el del obispo Guillermo de Prat, sin apenas medios materiales, se llegó a un gran florecimiento en el apostolado del método ignaciano. Es que en París trabajaron dos de los grandes apóstoles del nuevo arte. Primero, Juan Bautista Viola, y después, desde 1552, Pascasio Broet.

Viola, aunque sigue estudiando algo hasta 1550, en que San Ignacio le concedió la profesión solemne de cuatro votos (FN., 64*), se puede considerar ya propiamente operario desde 1547, en que hizo su incorporación definitiva a la Compañía en el grado de coadjutor espiritual.

Juan Bautista Viola, melancólico e inquieto, angustiado por la extrema miseria y soledad en que se encontraba, no supo o no pudo sacar a flote en la borrasca de París la navecilla de la Compañía de Jesús, a pesar de sus innegables cualidades de gobierno (48). En tal estado de ánimo necesitaba un desahogo y éste lo encontró en la intimidad de las almas, a donde llegaba sobre todo con las confesiones y los ejercicios. Allí, lo contrario de lo que le pasaba en el mundo exterior, dominaba las conciencias. Este era su único consuelo. No extrañará, pues, que se diera todo lo que podía a ellos. Con los retiros consiguió además otro fin. Hacer desaparecer no pocos prejuicios que en aquella época tan confusa pululaban aun en el ambiente bueno de la ciudad (LQ. I, 255). En 1547 ganó con ellos a Everardo Mercuriano, futuro general de la Compañía, probablemente la mayor conquista que hizo en su vida. El joven Mercuriano, ya desde el año siguiente hasta 1551 en que partió para Roma, fué uno de los más valiosos auxiliares que tuvo Viola en París para dar los ejercicios.

Encontrándose medio escondidos en el Colegio de los Lombardos, no podían pensar en recibir ejercitantes en su casa. No se desaniman por ello. En su pobreza ahorran algo y se arreglan para alquilar algunos cuartos en una casa pequeña cerca de San Víctor, que siempre se encontraba llena de ejercitantes, casi todos ellos, en los primeros años, estudiantes.

En 1550 se traslada al Colegio de Clermont. Desde entonces no faltan doctores, sacerdotes y gente principal que acuden a gustar la nueva práctica. Pero siempre es minoría.

Todavía en 1552 pasan largos períodos sin recibir limosnas (LQ. I, 544). En estas azarosas circunstancias determina San Ignacio retirar al italiano Viola, ya totalmente deshecho de salud, y enviar en su lugar al francés Broet, esperando que por su nacionalidad sería

---

(47) Cf. para toda esta época, Fouqueray, I, 154-174.

(48) Todos estos trabajos minaron además su salud. Este estado de ánimo se trasluce, sobre todo, en la carta escrita a San Ignacio el 12 marzo 1552, en EM. II, 687, y en la de 17 de febrero 1552, LQ. I, 544.

mejor recibido y que con su prudencia y suave trato sería el hombre apto para vencer aquella aguda crisis.

Ya conocemos al apóstol de los ejercicios de Siena y Bolonia. En París no se dió al elemento femenino como en Bolonia, sino al estudiantil como en Siena. Los estudiantes eran los mejores amigos de aquellos cuatro o cinco pobres escolares del Colegio de Clermont. En la carta cuadrimestre de 2 de enero de 1533, a través de un latín difuso y ampuloso, se puede captar el entusiasmo que reinaba en aquella comunidad por el nuevo Rector y el fruto que iba recogiendo Broet en sus ejercicios entre estudiantes, sacerdotes y gente noble (LQ. II, 98-105).

En este plan continuó los años siguientes, alternando con las ocupaciones inherentes a su cargo de provincial de Francia los ejercicios a nobles, canónigos, sacerdotes, religiosos y estudiantes.

Para apreciar en su justo valor el trabajo del infatigable Broet, hay que tener en cuenta que fué durante bastante tiempo el único sacerdote jesuíta en París; que cargaba sobre él todo el peso de las confesiones; que a veces le sobrevenían asuntos de índole muy distinta, como en 1554 la visita a cuarenta y cuatro parroquias de la Diócesis de Clermont, y que aunque amainó, no desapareció el ambiente de persecución.

En agosto de 1553 Claysson, que escribe por comisión del Padre Broet, se queja de la fuerza de los enemigos y de la triste frialdad de los amigos (LQ. II, 366) y en septiembre de 1554, con frases más lastimeras aún, anuncia que mientras no asomen días más tranquilos, apenas hay esperanza de fructificar abundantemente (LQ. III, 112).

Sin embargo, supo Broet no sólo luchar impávido, sino en medio de tantas dificultades echar el fundamento del colegio (LQ. III, 467-8). La semilla lanzada en el corazón de los ejercitantes fué sin duda un fruto positivo cuyo valor real se echó de ver cuando años más adelante, en un ambiente más propicio, pudo desarrollarse plenamente.

13. En Valencia corrían vientos más favorables para los jesuítas. Admiramos ya en el capítulo anterior la sorprendente actividad del estudiante Mirón en su ciudad natal (49). En 1548 de discípulo se convierte en profesor, leyendo a los escolares jesuítas al Maestro de las Sentencias. El estado floreciente en que se encuentran, les permite alquilar este mismo año una hermosa casa.

Parecía que Mirón, ya plenamente formado, con local más apto, debería multiplicar más todavía su actividad en pro de los ejercicios. Sin embargo sucedió todo lo contrario. Hasta 1551, en que partió para Portugal, hablan las fuentes contemporáneas de pocos ejercitantes. Sin duda que las lecciones, las muchas ocupaciones y sobre todo las correrías apostólicas por los pueblos del Arzobispado, reali-

(49) Véase, Alvarez, *Historia*, cap. 43, págs. 365-374. Astráin no habla de esta época del escolasticado de Valencia.

zadas a instancias del santo arzobispo Tomás de Villanueva, sofocaron su actividad anterior. En 1556, al volver de nuevo a Valencia, tomaron los retiros un rumbo muy distinto. Entonces la afluencia de ejercitantes fué continua.

El que en esta temporada hizo de Valencia un centro de ejercicios de primer orden, no superado en aquellos años sino por el escolasticado de Alcalá, fué el antiguo canónigo de Valencia, Gerónimo Doménech, a pesar de que su venida se debió principalmente a diversos problemas de índole más bien económica.

El tiempo que se demoró fué breve. De abril de 1551 al 25 de agosto de 1552. Pero este corto período fué fecundo para la causa de los ejercicios. Dentro de casa, los cuartos resultaban insuficientes para satisfacer a las numerosas peticiones que recibían, incluso de otras ciudades, como de Cuenca. Fuera de casa dirigió varios retiros a señoras y señoritas distinguidas.

Recordemos que Doménech, en sentir de San Ignacio, era uno de los mejores directores, y no nos extrañará el gran fruto que recogió y que se tradujo sobre todo en muchas y selectas vocaciones. Tantas que se vió precisado a mandar algunos a otras partes de España y aun a Portugal y a Sicilia (Q. I, 465-467). Otros muchos quisieron entrar. Pero sólo podían escoger los mejores (LQ. I, 666). No faltó quien perdiendo la esperanza de ser admitido, entró en otra orden (Ch. II, 352).

Oigamos el resumen que él mismo hace del fruto de su intervención en Valencia, y al leerlo no olvidemos que precisamente el fruto que apunta de suscitar vocaciones lo conseguía principalmente con los retiros. Se expresa así escribiendo a San Ignacio el 31 de diciembre de 1551:

> «Y para que en breve diga lo que aquí pasa a mi parecer no he visto en parte de la Compañía a donde tanta mies estuviese aparejada [y Doménech había estado ya en Parma, Roma, Bruselas, Lovaina, Bolonia y Palermo] y que tanto provecho se pudiese hacer así en ganar gente para la Compañía como en ganar muchas almas para el servicio del Señor como en esta ciudad, si hubiese muchos operarios y fuesen mejores de lo que somos. El Señor por su infinita bondad supla nuestras faltas y envíe buenos operarios a su viña y dé modo cómo se pueda recibir gente, que de acá me parece podríamos proveer a otros colegios por los que se ofrecen y todos buenos sujetos.» (LQ. I, 469.)

En agosto de 1552, después de haber consolidado la fundación del colegio y haber iniciado la construcción de una pequeña iglesia que no se acabó hasta 1556, se volvió a su centro de operaciones, Palermo, en medio de la pena y sentimiento de los valencianos.

Después de los dos rectorados brevísimos de Juan Gamero y Marcelo Salazar, toma las riendas del gobierno del escolasticado de Valencia el enfermizo, pero fervoroso, Juan Bautista de Barma, sin dejar empero de ser a la vez rector de Gandía.

Barma, como le describe Ribadeneira, que le conoció personalmente, era

> «manso y apacible con una gravedad y modestia religiosa con la que se hacía amar y respetar de todos los que le trataban»; a él Nuestro Señor le había dado particular gracia para ganar los corazones y voluntades para él.» (50.)

Juntas estas cualidades con el rescoldo que quedaba del fervor encendido por Doménech, hicieron que Barma lograra si no igualar el número y entusiasmo del tiempo anterior, al menos que se ejercitaran continuamente en el colegio varios, a veces hasta cuatro. Barma no podía atender debidamente al escolasticado siendo a la vez rector de Gandía y habiéndose dedicado en gran escala a predicar por los alrededores (51). Los ejercicios espirituales de este tiempo hay que atribuirlos, más que a él, a los demás moradores del colegio (52).

Aun los estudiantes jesuítas —escribe Ripalda— «ponen gran diligencia en atraer [a los universitarios] con ejemplo y palabras a la virtud... y a los que conocen capaces convidan para los ejercicios» (LQ. II, 222).

14. Los escolasticados de que hemos hablado hasta ahora, eran las únicas casas que poseía la Compañía en las respectivas ciudades. No se encontraba ninguna otra mansión de jesuítas en ninguna de las ciudades vecinas —exceptuando Bolonia— sita cerca de los colegios de Padua, Ferrara y Módena. Más aún; las pobres moradas de París y Colonia eran las únicas casas que poseía la naciente orden en Francia y Alemania respectivamente. Aquellos, pues, tenían que atender a todas las necesidades espirituales de la nación o de la región.

Ahora en cambio nos salen al paso tres centros escolares en que la situación era muy otra y en donde, en consecuencia, el trabajo realizado gozaba de características muy diversas. Son los de Roma, desde la fundación del Colegio Romano en 1551 —escolasticado y colegio a la vez—; Evora, desde 1552, y Coimbra.

En Roma, casi tocando a la casa profesa, se encontraba el Colegio Romano (53). Los pocos Padres que se encontraban en este centro atendían al cuidado y enseñanza de los jesuítas escolares. Los ejercicios espirituales no se daban allí, como es obvio, sino en la vecina casa profesa en donde, bajo la sabia dirección de San Ignacio, trabajaban varios Padres.

---

(50) *A. R.* Hisp. 94, Ribadeneira, *Historia*, lib. III, c. 19, f. 70v.

(51) Ribadeneira le llama: insigne y prudente predicador. *A. R.* Hisp. 94, *Historia*, libro III, c. 19, f. 70v, y Polanco «tam in litteris quam in praedicatione talentum egregium cum non minori pietate coniunctum habens» PCh. II, 96. También Ripalda en la *Quadrimestre* de 1 enero 1555 ensalza sus dotes oratorias Litt. Quadr. III, 217.

(52) Ripalda, en la *Quadrimestre* de 1 enero 1555, habla con bastante extensión de los sermones del P. Rector y del notable fruto que de ellos se seguían, sin que diga absolutamente nada de que dé ejercicios espirituales. Q. III, 217-219.

(53) Sobre los orígenes del Colegio Romano y las dos primeras casas que tuvo en la época que historiamos, véase Rinaldi, 30-34.

En Coimbra y Evora no existían otros domicilios jesuíticos; pero algunos de los operarios portugueses que recorrían las diversas ciudades de Portugal solían parar grandes temporadas en estos escolasticados —a los que pertenecían algunos de ellos— ejercitándose en dirigir los retiros (54). Los ejercicios se daban en cuartos del escolasticado. Pero los daban los Padres operarios. Los Padres del Colegio, dado el desenvolvimiento del estudiantazgo, muy difícilmente podían atender a actividades ajenas.

El número de moradores del colegio de Coimbra era ya en 1547 de ciento quince, y en 1550 habían llegado al número de ciento cincuenta. Los estudiantes jesuítas recibían las clases en casa, con lo que la mayoría de los Padres se ocupaban en la enseñanza. El Rector, libre de estudios en los demás centros, con muy pocos súbditos, podía más libremente dedicarse a ministerios con los prójimos. Pero una casa de cien o ciento cincuenta sujetos absorbe todas las energías de un hombre.

Ni siquiera aprovechaban en Coimbra, como hemos visto en otras partes, los ratos libres para dedicarse a este ministerio, sino más bien se daban a la instrucción catequística.

En el pequeño escolasticado de Evora, fundado en 1551, dirigían los retiros además de los predicadores ambulantes el mismo rector, Melchor Carneiro. Pero dada la pequeñez del escolasticado, podía considerarse éste un operario más. Prueba de ello es que casi todos los ejercicios que conocemos los dió fuera de casa: en varios conventos de monjas y en la cárcel (55).

15. Hay un escolasticado que sobrepuja con mucho en número de ejercitantes a todos los ya enumerados. Es el escolasticado de Alcalá (56).

En los primeros años, como vimos en el capítulo anterior, tuvo que luchar Villanueva demasiado con las adversas circunstancias externas, para poder desplegar una gran actividad. Pero al fin aquel «rústico, pobrecito, pequeño de cuerpo, morenillo de rostro, idiota y sin letras humanas, vil y menospreciado en los ojos de los hombres» (57), logró imponerse en aquel ambiente en que tan alto se cotizaban los valores intelectuales y científicos. Como muy rectamente considera el P. Al-

---

(54) Sobre los ministerios espirituales en la ciudad de Coimbra en esta época, véase Rodrigues, T. I, 1 págs. 603-610. Habla casi exclusivamente de los predicadores, pero téngase en cuenta que estos predicadores de oficio eran los que ordinariamente daban ejercicios, como se puede ver en el *Apéndice estadístico*.

(55) Los ministerios en Evora se encuentran en Rodrigues, T. I, 1 págs. 614-617. La fundación y las primeras vicisitudes del escolasticado, en Rodrigues, T. I, 1, págs. 578-585. También había un escolasticado en la lejana Goa, pero como estaba unido al internado que era la razón principal del colegio, trataremos de él al hablar de éste en el cap. II, n.º 20.

(56) Gracias a Dios poseemos una monografía reciente de los ejercicios en Alcalá, escrita por el P. Abad: *Un centro ejemplar*. Varias cuestiones que él trata allí, como del método y fruto, nosotros las dejamos para los siguientes capítulos de nuestro trabajo, por ser cuestiones no sólo particulares de Alcalá sino generales de todos los sitios. Para el ambiente del colegio tenemos la detallada historia del P. Castro.

(57) *A. R.* Hisp. 94, Ribadeneira, *Historia*, lib. I, cap. 1.º, f. 5v.

cázar, quiso «Dios hacer alarde de su gran poder, echando mano de un hombre idiota y sin letras» (58).

En 1548, dos ilustres jesuítas vinieron a sacar a Villanueva de su aislamiento y a ponerle en contacto con las personas más granadas de la ciudad. Araoz y Estrada, conmoviendo profundamente a la población con sus conversaciones, atrajeron a aquella pequeña casa alquilada gran número de personas (59). Una vez establecido el contacto, el trato extraordinario de Villanueva hizo el resto. El florecimiento extraordinario de los ejercicios fué obra personal suya en la que intervino a la vez su extraordinaria personalidad y su increíble celo por el método ignaciano.

Dado que la persona del P. Villanueva es la clave del movimiento de ejercicios de Alcalá y que sin tener alguna idea de su rica personalidad es imposible comprender el fruto realizado, nos parece necesario extendernos más de lo acostumbrado en la descripción de su carácter y modo de obrar.

San Ignacio le ejercitó en Roma de modo particular en ejercicios de abnegación (60). La virtud que mostró en aquellos dos meses de duras pruebas en los más variados y trabajosos oficios, hizo concebir al Santo fundador una gran estima de aquel tosco sacristán (MI. Epp. I, 206). Villanueva, a su vez, en aquel trato íntimo con San Ignacio, comenzó a estimarle y amarle profundamente, estima y amor que no hicieron más que acrecentarse en el resto de su vida (61).

Este espíritu de San Ignacio imbuído en su trato con él y llevado a la práctica en las humillaciones y trabajos en que le puso el Santo; unos ejercicios hechos bajo la dirección de uno de los mejores directores, el P. Alfonso Salmerón; algunos avisos que según parece le dió el Dr. Ortiz sobre el modo de dirigir los retiros, la vista del ejemplo del Beato Fabro y el trato con él, forman toda la preparación que llevaba Villanueva a Alcalá para su oficio de director de ejercicios (62).

Pero la clave del éxito radica en sus cualidades. Otros tuvieron idéntica y aun mejor formación, y estaban también animados de un gran celo proselitista; pero ninguno logró suscitar una tan extraordinaria conmoción y atraer tan copioso número de ejercitantes.

Villanueva tenía madera de director de ejercicios. Desbastado por San Ignacio, pulido por Salmerón, estaba ya a punto de iniciar su tarea.

Poseía una irresistible gracia y suavidad que se manifestaba en todas sus acciones y le atraía muchas almas; tenían sus palabras una extraña fuerza para persuadir la inteligencia y doblegar los corazones; campeaba en él una admirable prudencia espiritual, destreza en la exposición, don de conocer los espíritus, arte para dirigirlos.

---

(58) Alcázar, *Crono-historia*, Dec. I, año I, cap. I, pág. 7.
(59) EM. I, 300, 330; LQ. I, 148.
(60) Castro, lib. II, cap. 1, I, 12r.
(61) «Decía —Villanueva— que aunque viera quemar a Ignacio no le hiciera perder un punto de la estima que de él tenía». Castro, lib. VIII, cap. 5 (I, 247r). El P. Carrillo nos cuenta este significativo detalle de su muerte. «Todo lo que hablaba, aunque era poco, eran cosas... de Jesús, María, José y de Ignacio. Preguntándole un Hermano un día antes que muriese... que quién era Ignacio, dijo él que su señor y todo su bien». L. II. Quadr. V, 226.
(62) Véase todo ésto detallado y probado en Abad, *Un centro ejemplar*, 526-527.

La gran sabiduría espiritual es una de las notas distintivas (63) en aquel «hombre sin letras que no pasó de las súmulas por sus muchas ocupaciones» (64). Esta sabiduría se basaba en un talento práctico no vulgar. Sabía ir derecho al punto neurálgico de las cuestiones que trataba y dar la respuesta precisa que exigía el caso. «No le faltaba más que los términos de la escuela» (65).

«Fué en ello muy parecido a Nuestro Bienaventurado P. Ignacio», dice Castro (66), dando a entender que este talento natural avezado a desenvolverse en el mundo de los negocios y a enfrentarse con los más variados asuntos, unido a las singulares gracias con que su entendimiento había sido ilustrado por Dios, le proporcionó mucho más profundo y certero conocimiento de las cosas espirituales del que le hubieran dado los estudios de las aulas teológicas.

Los sabios doctores de teología de la Universidad de Alcalá pronto echaron de ver que la ciencia espiritual que enseñaba Villanueva era más espiritual, más sublime, que la teología que ellos estudiaban.

> El Doctor Bartolomé Torres afirma en su *Apología de los ejercicios* «que con haber treinta años que estudio y muchos que leo teología, en todo este tiempo no he sabido tanto para mi aprovechamiento si de ello me quisiere aprovechar, cuanto me enseñaron en la dicha casa de la Compañía haciendo los ejercicios por espacio de pocos días.» (67.)

Y el arzobispo de Toledo, Martínez Guijeño, llamado comúnmente Siliceo, después de una conversación en que Villanueva le refutó algunas dificultades que le había propuesto sobre el método ignaciano,

> «quedó tan espantado de lo que en materia dijo que satisfecho de todo salió diciendo: No he topado yo teología como la de Villanueva y otras veces solía decir que estimaba él más la teología de Villanueva que la de cuantos doctores había en la Universidad y que hacía gran ventaja a la suya que con tanto estudio y en tantos años había aprendido... [y que] de ninguno de cuantos le hablaron se dió por convencido sino del cleriguillo de Villanueva» como él le llama.» (68).

Esta sabiduría se completaba con su prudencia espiritual:

> «*Miranda prudentia*» como la califica su súbdito, eminente también en esta misma virtud, Gil González Dávila (LQ. II, 625) y con su «don en cosas morales, respondiendo con gran acierto a cualquier caso de conciencia que se ofrecía dejando a cualquier hombre por docto que fuese con su respuesta satisfecho.» (69.)

---

(63) Castro dedica un capítulo entero a «la gran sabiduría que Dios le dió». Es el capítulo 3.° del libro VIII de su *Historia*. I, 241v-243v. Haremos largo uso de él inmediatamente, y para simplificar las notas sólo citaremos el folio correspondiente.
(64) Castro, I, 241v.
(65) Castro, I, 242r.
(66) Castro, I, 241v.
(67) Ex. 667. Recuérdese que Villanueva fué el que dió los ejercicios al Dr. Torres.
(68) Castro, I, 242r.
(69) Castro, I, 242v.

Sabiduría y prudencia que le enseñaron a discernir la naturaleza de los íntimos sentimientos de los hombres, pues él

«tuvo don de conocer espíritus. A pocas palabras conocía a uno y penetraba sus intentos y pretensiones echando de ver qué espíritu llevaba.» (70) «Solía en nuestro patio estar rodeado de doctores, colegiales mayores y religiosos que le venían a oír y tratar con él sus negocios y dábales tan buenas salidas y tan acertados consejos que iban bien satisfechos y aficionados a volver a él otra vez.» (71.)

En sus palabras se refleja la luz de su entendimiento iluminado por la ciencia espiritual, pero también el calor de su celo ardiente. Con sus pláticas «pegaba fuego de amar la virtud» (72).

Tal era «el fervor y fuerza con que hablaba» que «ninguna palabra echaba de su boca que no la dejase escrita e impresa en los corazones de quien le oía.» (73.)

Villanueva poseía además el don de la conversación, que lo aprovechaba antes de los ejercicios para ganar los corazones, y durante ellos, para imprimirles más fuertemente las verdades que les exponía:

«Muy afable y de buena conversación hablaba con tanta gracia y suavidad que el P. Maestro Fray Mancio, fraile dominico... [catedrático de Teología en la Universidad] se le estaba oyendo una y dos horas.» (74). El P. Avellaneda cuando fué a Alcalá y le vió le tuvo en poco pero «le hizo un tal racionamiento y guisado con tal gracia y espíritu que le pareció oía hablar un ángel.» (75). Su modo de hablar era «tan suave, tan discreto, tan avisado, y tan lleno de espíritu que... por maravilla se allegaba algunos de los que le oían que no le quedase aficionado.» (76). Tan agradable era su conversación que en casa «se le llegaban los hermanos como moscas a la miel.» (77.)

Juntaba a esta suavidad y delicadeza un insaciable celo de apostolado, que no le dejaba desperdiciar ocasión alguna para hacer el mayor bien que pudiera.

«Tenía esta gracia muy notada de muchos que no perdía ocasión por pequeña que fuese de tratar de Dios y miraba mucho las personas con quien trataba acomodándose a ellas y levantando plática de Dios y de la virtud de sus mismos negocios, sin serles molesto.» (78.)

16. Tales eran los dones naturales y de gracia que hicieron de Villanueva un director ideal de ejercicios, según los describe el dili-

(70) Castro, I, 243r.
(71) Castro, I, 242v.
(72) Castro, I, 242v.
(73) Castro, I, 243r.
(74) Castro, I, 241v. y lib. II, cap. 3 (I, 25r.)
(75) Castro, I, 243r. Ejemplos de esta índole se cuentan varios en la *Historia* del Padre Castro.
(76) Castro, lib. II, cap. 3. (I, 25r).
(77) Castro, lib. VIII, cap. 5 (I, 246r).
(78) Castro, I, 242v.

gente historiador P. Castro, descripción basada en los contemporáneos y confirmada en sus puntos particulares con diversos episodios que nos hemos visto precisados a omitir.

Una vez iniciado el retiro, poseía particular arte para «despegar las almas de la vida vieja» (79). Pero no se contentaba con esto, sino que también «fué muy señalado» «en meter a uno en el camino de la virtud por medio de los ejercicios espirituales» (80).

Pero lo característico de Villanueva es que poseía un don peculiar de Dios para dirigir al ejercitante en la elección de estado. El número verdaderamente extraordinario de universitarios escogidos que entraron en la Compañía de Jesús y en otras diversas órdenes, es ya una prueba del arte con que supo abrir a jóvenes de miras mundanas las perspectivas de la santidad más sublime (81).

Se podría tal vez sospechar al ver tan gran número de vocaciones religiosas, entre sus ejercitantes, que él les impelía a ello. Nada más falso. Villanueva exponía los motivos verdaderos que debían guiar en toda recta elección, explicaba los diversos modos de hacerla, pero les dejaba en completa libertad sin querer meterse en el campo de sus conciencias.

Tenemos una carta escrita al Dr. Ramírez de Vergara en que expone con toda claridad sus ideas en este particular y explica la táctica que sigue en este punto (82). Al Dr. Ramírez había empezado a perturbarle el pensamiento de que el P. Villanueva quería impulsarle a la Compañía de Jesús. Este, para disipar sus recelos, le escribe una carta que rebosa sinceridad, y en la que con su característica maestría le va mostrando cuán distinto es su modo de proceder de lo que él sospecha.

Comienza la carta manifestándole la alegría que le proporciona el fruto que conseguía el doctor con sus ministerios. Después de indicarle cómo hay varios caminos de servir al Señor y de desearle toda prosperidad en el camino que él ha elegido, continúa:

> «aunque parece modo natural desear cada uno el aumento de su bandera y escuadrón y con mérito se puede desear y buscar pues es para el servicio divino, Nuestro Señor me ha hecho tanta misericordia de me dar este deseo tan libre que a ningún hombre por valeroso que sea deseo ver en la Compañía que no fuese traído por su mano antes suplico a su Majestad no permita venir a ella hombre que no venga por su mano porque con los que Él trajere aunque sean pajas tendrá la obra buen color y aumento y con los que los hombres trajeren, será estragada.» (83.)

Lo único que hacía Villanueva, era ayudar y dirigir a realizar sus santos deseos a aquellos a quienes Dios les había concedido el don de la vocación religiosa. El —como dice en la misma carta— daba

(79) Esto, según Castro, lo hacía «admirablemente». Castro, lib. VIII, cap. 5. (I, 245v).
(80) Castro, lib. VIII, cap. 4 (I, 244r).
(81) Afirma el P. Alcázar que durante el Rectorado del P. Villanueva en Alcalá (1542-1557) entraron en aquel colegio ciento cuarenta y cuatro sujetos. Alcázar, *Crono-historia*, Dec. II. Año 7, cap. 1 (I, 323). Fueron también muchos los que entraron en otras religiones.
(82) Véase la carta en el Apéndice doc. n.º IV.
(83) Apéndice, doc. IV, n.º 1.

la mano a los que querían saltar el peligroso arroyo de la libertad, pero presupuesto que querían saltarlo.

Villanueva había sido preparado por Dios como pocos para este delicado y crítico momento. Mientras hacía los ejercicios en Roma, experimentó en sí fuertes sacudidas y se encontró sumergido en un océano de obscuridad y temores. El sabe «a qué saben esas píldoras». Probó en sí la gran dificultad que ponía el amor propio en seguir la voluntad de Dios, y se empeñó en buscar un camino intermedio en que a la vez satisfaciese el llamamiento de Dios y las voces de sus apetitos. Tardó en darse cuenta de la emboscada que le tendía el enemigo. Aleccionado por su propia esperanza, para que sus ejercitantes no cayesen inocentemente en semejantes trances, se esforzaba por mostrarles con toda claridad las características del verdadero camino y por ayudarles de modo especial en los pasos más peligrosos (84).

Hombre práctico y experimentado, no se contentaba en guiar a las almas durante el tiempo de los ejercicios, sino que les instruía sobre el modo de comportarse en el futuro «dándoles forma de vivir en lo venidero». Aun después no les dejaba, sino que «procuraba con cartas renovar lo que habían sacado y alentarlos a la perseverancia».

También para precaver al ejercitante de los engaños del mundo les daba, según el P. Castro,

> «una consideración para el desprecio del mundo, como un presupuesto que habían de tener en todas sus cosas y el presupuesto decía... que este mundo no es lugar de sosiego, ni consolación... mas de suspiros, trabajos y penas (85).

17. Tales son, esbozadas a grandes rasgos, las líneas características del profundo trabajo que realizaba Villanueva con sus ejercitantes.

En ese momento empieza la oleada de gente que se sucederá sin cesar. Villanueva, ante esa irrupción de gente, no tiene más remedio que interrumpir sus estudios, que nunca los acabará. En 1550 se ordena de sacerdote a instancias de San Ignacio (86).

Poco a poco va también aumentando el número de personas ilustres que hacen los ejercicios. Ya en 1549 encontramos al vicario del arzobispo de Toledo, Rodríguez de Figueroa, y al insigne bienhechor Dr. Ramírez de Vergara. Ni faltan catedráticos de la Universidad, como el docto dominico Mancio de Corpore Christi. Pero todavía no acusan las cartas una afluencia extraordinaria.

Es en 1550 cuando comienzan a repetirse de diversas maneras la falta absoluta de personal y de sitio para tantos como desean hacerlos.

---

(84) En Apénd. doc. IV, n.º 3, la descripción de sus luchas en sus ejercicios.
(85) Castro, lib. VIII, cap. 4 (I, 245v).
(86) Castro, lib. III, cap. 8 (I, 52r).

El 1 de mayo escribe el P. Villanueva que

> «ha sido menester esta cuaresma recogerse los hermanos, estrechándose en una cámara por satisfacer algunos de los que en ejercicios se deseaban aprovechar... y así acaeció estar cinco en ejercicios y siete de los hermanos en una cámara o aposento juntos.» (EM. II, 388-9.)

y el 2 de julio

> «Hay más mies en que se poder emplear en este pueblo que obreros y con dificultad se ha podido corresponder hasta ahora a los que en ejercicios se deseaban aprovechar. Al presente hay tres en casa y otros están esperando a que haya lugar.» (EM. II, 418.)

Las lamentaciones se suceden en parecido estilo (87). Se siguen dando ejercicios a siete u ocho ejercitantes sin cesar.

En 1553, acosados de tantas peticiones, resuelven no interrumpir los ejercicios ni siquiera en los meses de verano (EM. III, 407), como lo habían hecho hasta entonces. Aun así y todo, en 1554, y a pesar de que los Hermanos se estrechaban dejando sus propios cuartos a algún ejercitante, siempre había para cada aposento dos o tres esperando la vez; ni ponían menos empeño y diligencia en conseguir estos puestos —dice una relación contemporánea— que para obtener los beneficios o pensiones gratuitas de los colegios. En abril de 1554, por ejemplo, había más de veinte que esperaban desde hacía mucho tiempo y los cuartos disponibles se encontraban todos llenos (LQ. II. 623).

Este mismo año de 1554, de mayo a agosto, se dieron ejercicios en Alcalá a más de cuarenta, y en 1555, de enero a junio, a unos cien. El número no variaba mucho de un año a otro, porque siempre estaban llenos todos los cuartos, que debían de ser unos ocho. Podemos, pues, calcular que al menos desde 1553 practicaban cada año el retiro ignaciano en Alcalá más de 150 personas. Añadiendo a éstos los ejercitantes anteriores, no es aventurado suponer que pasaron bastante de mil los que hicieron ejercicios en el escolasticado de Alcalá en tiempo de San Ignacio.

Labor ímproba si se considera que se dirigía personalmente a cada uno de este millar y que gran peso de los ejercicios cayó sobre el P. Villanueva. Con todo, le ayudaron varios otros en tan agobiadora tarea. Nos consta que lo hicieron los PP. Manuel López y Duarte Pereira, pero probablemente fueron muchos más. En este punto estamos muy mal informados, porque la figura del P. Villanueva ensombrece las de los demás, llevándose las preferencias de las narraciones.

A lo imponente del número se añadía la calidad de los ejercitantes. Allí encontramos un Inquisidor del Santo Oficio del reino de Murcia, el Provisor y Visitador de uno de los obispados más importantes,

(87) Litt. Quadr. I, 399; II, 14, 623; III, 81, 413; IV, 645, 660. Epp. Mixtae. II, 880; III, 121, 631; V, 264.

canónigos, sacerdotes, religiosos de varias órdenes, nobles, caballeros distinguidos (88). Y acuden de Plasencia, Córdoba, Guadalajara y Toledo.

Pero el elemento con que principalmente trabajó fué el elemento propio y característico de Alcalá: los profesores y alumnos de la Universidad. Como escribe el P. Castro:

> «no sólo a colegiales mayores, mas algunos otros doctores trajo a hacer ejercicios espirituales y el que aun no sabía latín —habla de los primeros años— tenía por discípulos en el espíritu a los que en ciencia eran maestros de todos.» (89.)

---

(88) Abad, *Un centro ejemplar*, 532. El P. Abad también menciona a don Juan de Córdoba y al Obispo de Plasencia, porque en ese párrafo habla no solamente de los que hicieron ejercicios en Alcalá, como lo hacemos nosotros aquí, sino de todos los que los hicieron con el P. Villanueva. Al primero los dió en Córdoba en 1553 y al segundo creemos que los dió San Francisco de Borja y no Villanueva. Véase lo que decimos del caso en este mismo capítulo, nota 21. Aun en caso de que se los hubiera dado, hubiera sido en Jaraicejo, no en Alcalá.

(89) Castro, lib. II, cap. 3 (I, 15r).

III. LOS PRINCIPALES CENTROS ESTABLES: LOS COLEGIOS

18. Fundación de los colegios. El Colegio Universidad de Gandía. 19. Nadal, propulsor de los ejercicios del Colegio de Mesina. 20. El Seminsario de Goa.—21. En los doce colegios fundados de 1549 a 1554.—22. Intervención de San Ignacio, del 3 de febrero de 1554.—23. Actividad de ejercicios en los colegios en 1554. 24. Práctica de los ejercicios en los colegios ya existentes de antes en 1555 y en los nuevos de Argenta, Génova, Loreto, Medina, Burgos, Plasencia, Coimbra y Siracusa.

18. No todos los jesuítas formados que se dedicaban al apostolado directo con los prójimos eran caminantes andantes o residían en los escolasticados. Pronto comenzó una nueva actividad que empleó un gran número de Padres ya formados: los colegios para alumnos también de fuera de la Compañía (90).

Ya en 1539 habían dado lecciones Fabro y Laínez en la Sapienza de Roma, y en 1542 explicaron algunos misioneros portugueses en el Seminario de Goa. Pero el primer colegio regentado por Padres de la Compañía de Jesús para jóvenes no jesuítas fué el Colegio de Gandía, fundado en 1546 por San Francisco de Borja (91).

Conviene que estudiemos aparte la actividad de esta Universidad, pues presenta algunos caracteres singulares por la calidad de estudios que allí se cursaban y por haber sido simultáneamente colegio y escolasticado.

El celo ardiente por los ejercicios que animaba el espíritu de San Francisco de Borja no pudo menos de manifestarse en su Colegio Universitario. No deja de ser significativo que la época de florecimiento de los retiros ignacianos de Gandía, 1546-1550, coincida con la permanencia del Duque, desapareciendo casi por completo los ejercitantes apenas él se ausenta.

En estos años de los estudios de Borja, fué Andrés de Oviedo el principal apóstol. De reconocida santidad, de subida oración, de gran experiencia en el camino del espíritu, ávido de mortificación, de tendencias eremíticas (92), se sentía más inclinado a este ministerio

---

(90) Los orígenes de los colegios los estudian, P. Leturia, *Perché la Compagnia di Gesu divenne un Ordine insegnante*, 368-370, y Schröteler, 13-14.

(91) Farrel, 467-469.

(92) «Hombre de gran oración y mortificación» le llama su compañero de Roma, París y Lovaina. *A. R.* Hisp. 94, Ribadeneira, *Historia*, lib. VI, cap. 29, f. 148r. Véase cómo él mismo da cuenta de su conciencia a San Ignacio y le expone sus deseos de recogimiento y las gracias que ha recibido de Dios. EM. I, 440-442. Sobre su famosa petición de retirarse al desierto, cf. EM. I, 467-479 y 495-496. Cf. también el testimonio de Borja sobre el P. Oviedo, S. F. Borgia, II, 547.

escondido e íntimo, que a prodigarse en manifestaciones oratorias. Y las almas no podían menos de aprovechar grandemente al contacto de un maestro de extraordinaria virtud.

Este santo director fué el que dió los ejercicios a San Francisco de Borja. Ya desde el principio desplegó una gran actividad. En mayo y junio de 1546 los dió a doce o catorce personas, a cada una por separado. Presto se ve el ímprobo trabajo que esto supone. Después las tareas de Rector y profesor del colegio no le dejaron tiempo para tanto, pero aun así y todo ordinariamente los daba a algunos.

En 1550, conseguida ya la laurea en teología (SFB. II, 703) vuelve el Duque a orientar a las almas comunicándolas la luz de los ejercicios. Próxima ya la época en que debía hacerse pública su renuncia, quiso como precioso testamento que sus hijos y palaciegos gustaran el método ignaciano. Saboya, el antiguo ayo, dirige ahora los retiros en su palacio, y el P. Barma, «muy docto y muy humilde» (93) que en junio próximo sucederá en el cargo de Rector al P. Oviedo, los da a don Carlos de Borja y Castro, que dentro de pocas semanas tomará posesión de su nuevo título de marqués de Lombay y duque de Gandía.

Pareció como si con la salida de San Francisco de Borja se hubiera extinguido el celo y entusiasmo que alimentaba el fuego de los ejercicios. Y de hecho su partida fué una de las causas de este radical cambio. Antes acudían a Gandía ilustres personajes a tratar con el Santo, como Monseñor Esteban Almeida, obispo de Cartagena (PCh. I, 131). Ahora, aun el número de estudiantes, va decayendo sensiblemente (94). Desaparecía o al menos disminuía de este modo el principal elemento que había en la población para practicar el retiro ignaciano, ya que la mayoría de los habitantes de Gandía eran campesinos, aunque fueran éstos de holgada posición por la feracidad de la rica huerta (95).

El cambio de situación operado a consecuencia de la disminución de estudiantes, repercute en la táctica del rector P. Barma. No se dedica a dar ejercicios —como lo hace en Valencia, de donde también era Rector— sino más bien a la predicación sagrada e instrucción catequística (96).

De este modo, mientras la práctica ignaciana se iba limitando a algunos estudiantes y sacerdotes, el ministerio de la predicación alcanzaba un éxito insospechado lo mismo en Gandía que en los lugares comarcanos (97).

Sólo en 1554, cuando es nombrado Rector el dulce y bondadoso

---

(93) Así la califica Borja en carta a San Ignacio, de 30 noviembre 1548, S. F. Borgia, II, 566.

(94) Ya en 1551 habla Polanco de la «auditorum raritas» PCh. II, 342. Después sobrevinieron no pocas dificultades con el nuevo Duque, que no mostró ni mucho menos la benevolencia y generosidad de su padre. Cf. v. g. PCh. III, 379-380.

(95) Véase una descripción contemporánea de Gandía en Viciana M. Segunda parte de la crónica de Valencia de... publícala nuevamente la Sociedad valenciana de bibliófilos, Valencia 1771, págs. 24-26. La primera edición es de 1564. No faltaban, con todo, en el pueblo algunas familias nobles.

(96) Ya en Borja en 1548 dice de él que «tiene talento en el púlpito», S. F. B. 2, 566. Sobre su elocuencia, cf. LQ. II, 73.

(97) Véase, por ejemplo, LQ. II, 208-213 y 642-645.

Antonio Cordeses, vuelven a afluir ejercitantes en gran número.

A la Universidad de Gandía siguieron en vida de San Ignacio en Europa hasta treinta y tres colegios (98). Fuera de Europa se fundó uno en Goa. Las dos escuelas primeras del Espíritu Santo y de San Vicente en el Brasil tenían sus ribetes de colegio de humanidades con clases de latín y portugués (99).

Basta conocer el ajetreo de un colegio centro de enseñanza para darse cuenta de la casi completa incompatibilidad con las continuas faenas escolares y con el atender debidamente a los discípulos de una obra que, como los ejercicios, exige cierta continuidad de tiempo y no pequeña dependencia del director respecto al ejercitante.

De hecho en los colegios que se abrieron hasta 1552 apenas hubo movimiento de ejercicios. Los domingos y ratos sueltos los aprovechaban para predicar y confesar.

19. Hay con todos una excepción muy notable: Mesina. Excepción más significativa aún, si se considera que el movimiento de ejercicios en aquel colegio existió sólo estos primeros años. El mérito de esta extraordinaria actividad se debe a su rector, Jerónimo Nadal (100).

Nadal fué el único (prescindiendo de Gandía, en que las circunstancias eran diversas) que supo compaginar en estos primeros años la enorme labor docente de un colegio con una gran actividad de ejercicios. No se crea que se dedicó a los ejercicios descuidando las empresas del colegio. Al contrario, uno de sus mayores méritos consiste principalmente en la perfecta organización que supo dar a los estudios, organización tan excelente que, a través de San Ignacio que satisfecho de ella mandó le remitiesen una descripción detallada, sirvió de pauta para los demás colegios y constituyó uno de los fundamentos en la elaboración del Ratio Studiorum (101).

Ya sólo este hecho es altamente significativo para descubrir el entrañable amor que profesaba el P. Nadal a «este insigne ministerio» como lo llamará él más adelante (102).

Nadal, rector del colegio, profesor de hebreo, catedrático de teología y predicador de la catedral, da personalmente ejercicios o hace que los den a las personas que más pueden influir en la ciudad: a Bartolomé de Aroyta, inquisidor General y obispo de la vecina ciudad de Patti; al Vicario del obispo, a sacerdotes, gentilhombres, caballeros y letrados.

(98) La lista entera se encuentra en Farrel, 431-435.

(99) Támbién había escuelas primarias en Salvador y Porto Seguro. La escuela de San Vicente se trasladó en 1554 a Piratininga. Cf. S. Leite, *As primeiras escolas*, págs. 10, 11, 16, 17. Prescindimos de los colegios del Brasil, porque en ellos no se dieron ejercicios.

(100) Sobre los primeros años del Colegio de Mesina, véase Alberti, 16-27. *Sobre Nadal y los Ejercicios*, M. Nicolau. *El P. Jerónimo Nadal y los ejercicios*, 99-133, y también el trabajo del mismo P. M. Nicolau, *Los escritos espirituales de Jerónimo Nadal*, 29-62.

(101) Cf. Farrell, 47-64 sobre todo la pág. 54.

(102) «Insigne ministerium» Epp. Nadal, IV, 666; «maxima arma solebat praedicare», Epp. Nadal, IV, 669. Cf. Nicolau. *El P. Jer. Nadal*, 121.

Gracias a este impulso inicial, ya en el primer año del funcionamiento del colegio se comenzaron a dirigir retiros, cosa que resultó tanto más agradable a los mesineses cuanto menos lo habían esperado (PCh. I, 284). Esperaban encontrar en los jesuítas unos excelentes pedagogos, pero no unos directores de almas y menos de ejercicios.

Nadal no hubiera podido llevar todo este trabajo sin la metódica distribución del tiempo que se impuso (EN. I, 120), y si no hubiera encontrado dos valiosos auxiliares en los PP. Frusio y Wischaven: aquél para dar ejercicios a los estudiantes, y éste para señoritas y monjas (103).

Al hablar de la acción de Nadal en Mesina conviene hacer una observación fundamental. En esos años consideramos en él al director y promotor de los retiros, una faceta tan sólo en su poliédrica figura, faceta que no es ni mucho menos la más brillante de su actividad como apóstol de la práctica ignaciana. Porque su mérito principal, por el que se ha merecido un puesto de honor entre los más ilustres apóstoles de los ejercicios, radica no tanto en el modo con que los daba y la diligencia que puso en propagarlos, cuanto en haber sabido recoger las prácticas genuinamente ignacianas, observadas y asimiladas por él directamente, y haberlas después dado cauce en avisos y normas concretas, cuya práctica determinaba y urgía en sus visitas personales. Nadal ha sido el organizador, el legislador de la nueva práctica, el que supo meter en un molde los elementos disgregados recogidos con tanta veneración por la primera generación jusuítica, y dándoles cuerpo y consistencia los entregó a la Compañía para que ella los conservara en su primitivo vigor y dirigiera su ulterior desarrollo. Pero esta acción es posterior en gran parte a la muerte de San Ignacio y por ello trasciende los límites que nos hemos marcado (104).

Volviendo al Colegio de Mesina se observa una diferencia esencial entre los tres años del rectorado de Nadal y los otros en que el colegio fué regido por los PP. Vinck y Coudreto.

Desde 1551, en que parte Nadal para Roma, el papel que se asigna a los ejercicios es muy pequeño. Alguna que otra frase incidental en las relaciones contemporáneas nos descubren de vez en cuando algún que otro ejercitante. Aumenta por el contrario sensiblemente la predicación. Las cartas de esta época están llenas de los triunfos obtenidos con los sermones y del fruto que hacen con las confesiones (105).

20. Varios años antes que llegaran los jesuítas a Mesina habían empezado los primeros misioneros de la India, en 1542, a dar algunas

---

(103) Cap. 1.° Texto correspondiente a la nota 60.

(104) Con todo esta línea se inicia ya en la primera visita que hizo a España en 1553-1554. Véase la *Instrucción* que dió el P. Nadal la primera vez que visitó España en Epp. Nadal, IV, 670-672. Allí explica cómo ha de ser la oración basada en los ejercicios. Más aún; en esa visita tenía facultades plenas para declarar los ejercicios (Ex. 650.)

(105) Por reducirme a las cartas editadas tan sólo en el tomo 2.° de Litt Quadr., cf. 107-109; 256-259; 530-531, 533, 702-705.

clases en el pequeño seminario de Goa, del exfranciscano Diego de Barbo (106), seminario que más tarde, hacia 1549, pasó a manos de los jesuítas. Fué éste el primer internado jesuítico. Era una casa múltiple. Además de los seminaristas, había allí novicios que hacían su noviciado, y, desde 1552, jesuítas estudiantes que cursaban sus estudios eclesiásticos (PCh. II, 734) y Padres que se dedicaban a la predicación y confesiones.

Aunque a aquellos jóvenes estudiantes indígenas se les quería iniciar en el camino sacerdotal —al menos tal era la intención del director—, no se podía pensar en darles ejercicios los primeros años. Lancillotti, que fué rector entre los años 1545 y 1548, califica a aquellos setenta seminaristas, de bárbaros, agrestes, incapaces de toda doctrina y virtud (107). Afirma que no tienen base para ningún trabajo serio. No hay más remedio que vigilarlos continuamente y con mucho trabajo y paciencia ir domándolos poco a poco (108). Creemos con todo que en realidad no eran los seminaristas tan agrestes como los pinta su rector, porque el P. Lancillotti tendía bastante al pesimismo y a exagerar los defectos. Pero aun recortando éstos, queda todavía un cuadro no muy atrayente. El P. Antonio Gomes, al intentar en 1549 enseñarles a hacer oración y examinar su conciencia fracasa rotundamente (109).

En 1548 cuatro alumnos de los más selectos hicieron por fin ejercicios. Fué la primera y última vez que sepamos los hicieran los seminaristas de Goa en tiempo de San Ignacio. Según el P. Antonio Gomes, que creyendo incapaces a los indígenas acabó por despedir a todos del seminario y reemplazarlos con hijos de portugueses, el fruto que sacaron fué casi nulo (110). Por el contrario, según el P. Cosme de Torres, el fruto fué tan extraordinario que llenó de admiración a todos los Padres, incluso a San Francisco Javier (111). Esto segundo parece mucho más verosímil, porque por una parte el P. Gomes habla de modo genérico sin aportar ninguna prueba y afirma algo que le era casi necesario para probar su tesis de la inutilidad de los indígenas; y por otra, el P. Torres no sólo merece más crédito por haber sido el que

---

(106) Cf. Orlandini, lib. III, n.º 92, pág. 97. Las fuentes relativas al colegio de Goa se encuentran sólo en una pequeña parte publicadas en *Selectae Indiarum Epistolae*. Yo citaré siempre según el original del Archivo Romano, aunque se encuentre el texto publicado, procurando dar en la nota el texto exacto. Prepara la edición crítica de estas cartas el R. P. José Wicki, que ha tenido la amabilidad de prestarme su manuscrito, del que me he servido mucho no pocas veces. Bastantes datos sobre el seminario de Goa se encontrarán en G. Schurhammer, *Der Hl. Franz Xaver*, sobre todo en los capítulos 26 y 27, págs. 170-186, y en el cap. 36, págs. 234-251.

(107) *A. R.* Goa, 10, I, 189r.

(108) Hablando de los alumnos dice Lancilloti en carta a Simón Rodrigues de 22 de octubre 1545: «sono piccolini et novitii, non se puo ancora fare fondamento in loro ma bisogna con grande vigilantia et travaglio et patientia domarli poco a poco». *A. R.* Goa, 10, I, 6r.

(109) Gomes intentó meterles «horas orationis, contemplationis et examinis», Lancillotti a San Ignacio, 12 enero 1551. *A. R.* Goa, 10, I, 189v, o como se expresa el mismo Lancillotti el 26 diciembre en carta a San Ignacio, el P. Antonio Gomes «comenzó a dargle nova forma in tutto... cerca a la meditatione et oratione nella manera che acostumano gli nostri in Coimbra», pero añade no podrá prosperar porque e una coletta fatta de diece natione, una piú barbara che altra, le piú barbare et inculte generatione che siano nella terra» *A. R.* Goa, 10, 82v.

(110) «Mui poco proveito se seguiu disso», Gomes a S. Rodrigues, 20 diciembre 1548 *A. R.* Goa, 10, 93v.

(111) *A. R.* Goa, 10, I, 151rv.

les dió los ejercicios, aunque no negamos que por eso mismo puede incurrir en peligro de exagerar el propio mérito, sino sobre todo porque da detalles concretos: lágrimas de los ejercitantes, maravilla de los Padres, insistentes preguntas de San Francisco Javier hechas a él mismo. Sea lo que fuere, el hecho es que no tenemos noticias de que hasta 1557 se repitieran los ejercicios entre los seminaristas.

Este mismo año de 1548 comienzan también a aplicar la práctica ignaciana a gentilhombres y sacerdotes portugueses. Sólo conservamos expresiones muy generales y algún que otro nombre.

En enero de 1549, bajo la dirección del P. Cosme de Torres hicieron más de veinte días de ejercicios con mucho recogimiento y fruto, Pablo de Santa Fe, que vivía entre los seminaristas de Goa, y dos jóvenes, primicias del catolicismo japonés (112). El Señor se dignó comunicarles durante el retiro grandes mercedes, dándoles a sentir mucho en lo íntimo de sus almas las gracias y beneficios que habían recibido de su Criador, Redentor y Señor (113).

El gran propagandista de los retiros ignacianos en la India, y estamos por decir que el único que los difundió y promovió de modo algo relevante, fué San Francisco Javier. El movimiento de ejercitantes de Goa coincide siempre, con la única excepción de 1551, con la permanencia de Javier en aquella ciudad (114). El, que en las instrucciones que dió a Ormuz y las que acostumbraba a dar a los Padres cuando iban a fructificar a los puestos de los portugueses (115), no se olvidaba de encomendar con tanto ahinco la obra de los ejercicios, no podía menos de promoverlos en el emporio de Goa. Muerto él, en diciembre de 1552, languidecen los retiros, y al poco tiempo cesan no sólo en Goa sino en toda la India. Faltaba el propulsor, el que estimaba y amaba tanto los ejercicios que los creía convenientísimos aun en aquellos comienzos de evangelización, en que todos los esfuerzos tenían que enderezarlos a la conversión a la fe y a la instrucción en las verdades fundamentales de la religión.

Más aún: por las íntimas relaciones que mediaron entre Javier y Pablo de Santa Fe y por los detalles que da con tanta fruición, nada menos que en cuatro cartas distintas (116), no se puede dudar que fué él quien impulsó al recién convertido japonés a practicar el método ignaciano.

Soñaba Javier con un Japón floreciente en fervorosos católicos, y como base de ese futuro catolicismo quiso poner cristianos que hubieran hecho los ejercicios en su forma completa.

---

(112) Cf. los datos que sobre Paulo de Santa Fe da Frois en su *Historia del Japón*, capítulo I, pág. 1-4, cap. 6, pág. 18 y los que da Javier en MX. I, 537-538.
(113) Es el propio Javier quien nos comunica estos datos en carta a los Padres de Europa desde Malaca a 22 de junio 1549. MX. I, 537-538.
(114) Javier estuvo en Goa, prescindiendo de sus primeras demoras, de marzo de 1548 a marzo de 1549 y de febrero a abril de 1552.
(115) Véase cap. I, n.° 12.
(116) MX. I, 477, 528, 537, 515.

21. Volvamos a Europa y veamos la marcha de los ejercicios en los externados fundados después del de Mesina. Seis se abrieron hasta 1552 y otros seis durante este año. Los doce en Italia, en las siguientes ciudades: Palermo, Tívoli, Roma, Venecia, Ferrara, Bolonia, Florencia, Nápoles, Perusa, Padua, Módena y Gubbio (117). La actividad en estos colegios hasta 1554 fué tan escasa en el campo de los retiros que no merece la pena consignarla (118).

Tan sólo Nápoles se convierte en 1553 en un centro bastante potente de ejercicios. Los hacen muchos hombres y mujeres. Ni falta un grupo selecto de jóvenes que los practican en su integridad.

Sin embargo, el 13 de junio de 1551, San Ignacio había expedido una instrucción a los primeros moradores del colegio de Ferrara y casi del mismo tenor envió otra a los de Florencia, Nápoles y Módena, indicándoles que podían dar los ejercicios completos sólo a personas idóneas y selectas (MI. Epp. III, 546), pero los de la primera semana a muchos.

Prudente San Ignacio y conociendo el mecanismo de un centro de enseñanza, sólo les habla de la posibilidad, como diciendo que en principio no ve él incompatibilidad entre las dos cosas. Pero en la práctica creyeron los primeros fundadores de los colegios que la norma del Santo o no se podía llevar a la práctica o a lo más en casos aislados y excepcionales.

En 1553 se fundan otros cinco colegios. Uno en Sicilia, en Monreale; dos en Portugal, en las ciudades de Evora y Coimbra; uno en Córdoba y otro en Viena. En ninguno de ellos se nota ninguna actividad de la práctica ignaciana. En Evora y Coimbra se daban, es verdad, pero no por los Padres del colegio.

Llegamos con esto al año de 1554. Claro aparecía ahora el panorama. Los ejercicios que con tanto entusiasmo habían diseminado los apostólicos caminantes, que con tanto trabajo y abnegación se habían esforzado en propagarlos y darlos los jesuítas estudiantes, sacrificando los pocos ratos de descanso que tenían, iban lentamente disminuyendo al aumentar de modo tan rápido y extraordinario el número de Padres que se dedicaban a la enseñanza. Había todavía apóstoles de los ejercicios. Baste recordar a Doménech en Sicilia y Landini en Córcega; había casas dedicadas a ministerios en que abundaban los ejercitantes, como en Roma y Lisboa; había escolasticados en que el método ignaciano estaba en pleno auge, como Alcalá. Pero las nuevas fundaciones que se iban sucediendo a un ritmo vertiginoso eran en su mayoría externados. Y éstos eran un peso muerto para los ejercicios.

A nadie podría extrañar esto. No era esta práctica, ni mucho menos, el único ministerio de la Compañía. En los colegios se hacía un bien

(117) No cuento el Colegio Germánico de Roma, que era internado y más bien seminario que colegio.

(118) En Palermo, en 1551, sabemos por una vaga alusión de Polanco que se daban ejercicios a algunos. En Tívoli y Venecia sólo tenemos noticias de un ejercitante. En Ferrara y Bolonia se dan ejercicios, pero no por los PP. del Colegio, sino por el P. Broet. En Florencia lo hacen algunos caballeros, y en Gubbio el P. Rector los da a cincuenta señoras. En Perusa el P. Mercuriano los da a algunos jóvenes.

incalculable formando generaciones de jóvenes. Lo mismo podían quejarse los profesores de los directores de retiros, porque no intervenían en la enseñanza, que los directores de ejercicios de los profesores porque no los daban: Mejor dicho, ninguno podía quejarse, porque cada uno cultivaba la parcela que se le había encomendado en el campo del Señor.

Se agravaba el problema por el hecho de que hacia 1554 no pocos de los colegios de Italia, sobre todo los más pequeños, llevaban una vida más lánguida. Luchaban con grandes dificultades en el campo de los estudios. Mucho menos podían pensar en extenderse a otros. La crítica situación interna repercutía necesariamente en toda su actividad. Veremos en seguida cómo los centros en que no arraigaron los ejercicios fueron precisamente aquellos que no florecieron científicamente.

No puede extrañar esta crisis de algunos colegios italianos (119). Eran los primeros brotes de una obra nueva. La experiencia mostró pronto que se habían abierto demasiados centros para el personal con que contaba entonces la Compañía, y en pueblos demasiado pequeños para poder sostenerse adecuadamente.

Para llenar las necesidades de tantos colegios, abiertos a veces a ruegos de personas a las que no se les podía negar nada, fué preciso mandar profesores poco preparados. Estos, sobrecargados de trabajo, mal cuidados por la angustiosa pobreza en que se desenvolvían los colegios, enfermaban o se imposibilitaban pronto, siendo necesario hacer frecuentes cambios de personal, con la consiguiente repercusión en la marcha de los diversos centros.

A estas causas internas se añadían otras que dificultaban no menos su desenvolvimiento, como la oposición de los profesores locales, la dificultad de ambientarse de algunos Padres extranjeros, el método severo y disciplinado de los nuevos profesores, por el que no acababa de entrar una generación acostumbrada a sistemas más muelles, y el estado general de decadencia de la educación en Italia.

Más o menos todos los colegios italianos tenían que sufrir las consecuencias de este estado. Pero mientras que los colegios grandes y de más recursos, como los de Florencia, Bolonia, Nápoles, pudieron superar la crisis e iniciar una época de prosperidad, otros, principalmente los pequeños, como Gubbio, Módena, Argenta y Tívoli, acabaron por sucumbir después de arrastrar una vida lánguida.

A pesar de todas estas dificultades, San Ignacio quería que los colegios fueran no sólo establecimiento de enseñanza, sino también centros de irradiación de vida espiritual. Y de la conducta que observó el Santo fundador, hay que deducir que prefería que no existiese algún colegio, a que dejase de cumplir esta doble misión. Porque precisamente cuando los colegios estaban todavía en época de gestación, cuando estaban plasmándose las primeras tradiciones y muchos de

(119) Ha tratado este aspecto A. Farrel en el *The Jesuit Code*, págs. 98-103. Aquí nos limitamos a resumir la exposición de este autor.

ellos luchaban con toda clase de dificultades, San Ignacio, por medio de su secretario, envía una breve comunicación espoleando a los rectores a que se dieran ejercicios (MI. Epp. VI, 281).

La orden de San Ignacio era general; había que transmitirla *in ogni banda*, y el diligente secretario anota con toda fidelidad al margen, que había sido enviada *nelle altre bande* (MI. Epp. VI, 281). No se puede, pues, dudar que al menos a la generalidad de los colegios se remitió el precedente mandato (120).

El día de la fecha en que se firmó la anterior comunicación, 3 de febrero de 1554, poseían los jesuítas 20 colegios en Europa, de ellos 15 en Italia.

El documento, que es muy breve, comienza con un precepto taxativo: Vean de dar ejercicios a muchos hombres y mujeres. Pero sean los de primera semana y abiertos, estando en ellos sólo algunas horas al día. Se observa en seguida la solución que ha encontrado San Ignacio para compaginar el trabajo de los colegios con los ejercicios: dedicar a éstos tan sólo un poco de tiempo cada día, pero continuándolos por un período más largo, para suplir de este modo lo que perdían en intensidad.

Esta orden es a la vez reflejo de la viva ansia que devoraba a San Ignacio de una mayor difusión de su arma favorita, ya que en esta ocasión por vez primera en su vida —faltan ya tan sólo dos años para su muerte— recomienda de modo expreso el aplicar los retiros a mujeres.

Ni siquiera en el texto de los ejercicios, en la anotación 18 que explica la práctica aquí recomendada, se hace referencia a mujeres. Sólo indica de modo vago que «esta manera es más propia para personas más rudas o sin letras» (Ej. 18). El mismo afán de una más larga aplicación de este arte se observa si se compara esta circular con la instrucción de 1552. En 1552 dice tan sólo que pueden darlos. Los colegios estaban todavía al principio. No sabía si sería hacedero el acoplar ambas obras. Ahora ha precedido ya la experiencia de varios años. Había visto cómo Mesina, a la vez que era un centro perfecto por su organización escolar, era también un modelo de casas de ejercicios. Veía que con entusiasmo y sacrificio se podían compaginar dos cosas tan importantes y fructuosas. Aleccionado por esta experiencia no se contenta con indicar la posibilidad, sino que recomienda que los den: *vedessero di adoperarli*, dice.

Para que sea más eficaz la comunicación, urge el cumplimiento de ella mandando que le escriban cada semana, dando cuenta de lo que hacen respecto de los ejercicios. A la vez manda también que le comuniquen el número de escolares. Como dando a entender que tanta importancia tenía para él en un colegio el número de alumnos como el de ejercitantes.

No acaba con esto la orden. Después de indicarles que los ejercicios

(120) Sabemos que la orden llegó a Módena, PCh. IV, 95; a Boloñia, PCh. IV, 109; a Perusa, PCh. IV, 154; a Florencia, PCh. IV, 160, y a los diversos colegios de Sicilia, PCh. IV, 198.

completos tienen que darlos a solos los muy capaçes, adelantándose a la admiración que podía causar un mandato tal, dirigido a hombres abrumados ya con tantas cargas como lleva consigo un colegio, termina San Ignacio con una paternal exhortación y una rápida pero calurosa declaración de las excelencias de los ejercicios.

> «No se maraville Vuestra Reverencia que se recomienden tan encarecidamente los ejercicios, porque entre los medios que usa nuestra Compañía éste le es muy propio y Dios Nuestro Señor se ha servido grandemente de él en innumerables almas y la mayor parte de los buenos sujetos que hoy están en la Compañía, se han reducido del siglo a ella por este camino, de manera que parece que para quererla aumentar de buenos sujetos sería este un camino muy bueno.»

Este argumento tenía que hacer mucha fuerza a los padres de los colegios. Palpaban ellos la escasez de personal para tantas ocupaciones, buscaban ayuda en nuevos refuerzos y aquí les propone San Ignacio un modo fácil del que Dios se servía para aumentar el número de sujetos.

23. De hecho esta instrucción influyó notablemente en la práctica de los ejercicios en los colegios.

En Florencia, el rector P. Coudreto, cumpliendo diligentemente la orden de San Ignacio, dió los ejercicios de la primera semana a no pocas personas. Para darlos completos, encontró mucha mayor dificultad, no sólo porque difícilmente se dejaban persuadir los florentinos a tantos días de retiro, sino también porque le parecía que no eran tan capaces para ello. (PCh. IV, 160).

El Colegio de Génova se funda en 1554. En seguida comienza el celoso P. Viola a aplicar la nueva práctica. En Bolonia, Francisco Palmio, reanimado por la orden de San Ignacio, vuelve a darlos a muchos, habiendo vez que dió por separado a doce personas en un mismo tiempo. Otra vez los hicieron también simultáneamente dieciocho religiosos (PCh. IV, 109). En Perusa se nota igualmente un resurgir de los retiros (PCh. IV, 154). No es tan potente como en otras partes, pero es más meritorio si se tienen en cuenta las enormes dificultades con que tropezaba este año el colegio, ocasionadas por la pobreza y estrechez en que se desarrollaba su vida, las contradicciones que tuvieron que sobrellevar y el trabajo abrumador que cargaba sobre aquellos pocos sujetos (121).

Menos reaccionó el Colegio de Padua. Polanco asigna como causa las demasiadas ocupaciones (PCh. IV, 118). Hay que añadir a esto, las pertinaces fiebres que atacaron a tres de los cuatro profesores. Tan agobiadora y dura era la vida que llevaban, que varios escolares que

---

(121) Sobre el estado económico, PCh. IV, 156-157 y V, 61, 69, 70; sobre las contradicciones, PCh. IV, 149, y sobre el trabajo abrumador y escasez de personal, PCh. V, 62, 67.

se encontraban allí en probación, tuvieron fuertes tentaciones de abandonar el género de vida iniciado, haciéndoseles intolerables tantas penalidades (122).

En Sicilia —como expresamente lo indica Polanco— no produjo tan notables frutos la orden ignaciana (PCh. IV, 198). La observación de Polanco es verdadera, respecto a los colegios de Mesina y Monreale, pero no respecto al de Palermo. Aquí a la orden de San Ignacio se añadió la vuelta del P. Doménech (LQ. III, 161). Tal auge tomaron los ejercicios que no solamente el rector, sino que casi todos los profesores sacerdotes se vieron precisados a darlos. Y los alumnos eran doscientos cincuenta. Había a un mismo tiempo siete, nueve y aun diez ejercitantes que los hacían por separado. Como si todo esto fuera poco, sacaban todavía tiempo aquellos profesores para aplicar el retiro a las mujeres en la iglesia (PCh. IV, 211).

El externado de Córdoba se inauguró el 11 de diciembre de 1553. Durante 1554, apenas pudieron hacer nada los fundadores del establecimiento, ocupados en el acondicionamiento del edificio que no lo estuvo del todo, hasta su inauguración oficial efectuada el 23 de junio de 1555 (123). Pero durante este año de 1555 repararon con creces la falta de los anteriores. Los ejercitantes afluían en gran número al colegio, donde ordinariamente había algunos haciéndolos. Principalmente los dieron a los alumnos que —según testimonio del P. Pedro Acebedo— «todos parecen nacidos para que en ellos se siembre la piedad cristiana» (LQ. IV, 531).

Hubo cuatro colegios en los que por diversas circunstancias no se pudo promover la práctica de los ejercicios.

Uno fué el de Viena. Este centro que por encontrarse en un punto tan importante de estudios, debía ser un modelo en su género, y competir con los demás similares, había desgraciadamente descuidado mucho los estudios por haberse dedicado los profesores a varias ocupaciones ajenas a su oficio. Canisio advierte seriamente al Rector que fomente los estudios y coarte toda actividad; y los Padres obedientes se entregaron con renovada energía a los estudios. No podía pensarse en tales circunstancias en comenzar con un ministerio que exigía tanta fatiga como los ejercicios (124).

El otro es un colegio que por su insignificante pequeñez, por el escaso número de profesores y alumnos y por la dificultad con que se desenvuelve, apenas merece el nombre de tal. Es el *collegiolum* de Tívoli (PCh. IV, 21). La población vivía, además, en continuas luchas intestinas (LQ. III, 473). El personal era escasísimo. Un solo Padre sacerdote con un hermano, que no se sabe si era escolar o coadjutor y un novicio (PCh. IV, 22, 23).

El tercero era el de Ferrara. Aquí se desarrollaba todo de modo

---

(122) Polanco, *Chron.*, IV, 116-117. También contribuiría la extremada pobreza de que habla Cámara, *Mon. Ign.*, Fontes pág. 580.

(123) Polanco, *Chron.*, V, 521; Astráin, I, 413-416.

(124) PCh. IV, pág. 235, n.º 523. Socher en su *Historia Provinciae Austriae* no dice nada de esto. Sólo indica otra dificultad que tenía para el apto desenvolvimiento; la falta de edificio apto, dificultad que quedó subsanada este mismo año de 1554, Socher, 46-48.

más normal; sin embargo, empezaron a disminuir en número y calidad los alumnos (PCh. V, 58). Hubo mucho cambio de personal. A pesar de ser un colegio bastante grande, sólo había dos sacerdotes (PCh. V, 60). Tan duro era el trabajo, sobre todo de los días de fiesta en confesiones y sermones, que el P. Rector, tenía que retirarse enfermo casi todos los domingos a la noche (PCh. V, 60). La frecuencia de confesiones era extraordinaria, y el fruto que con ellas hacían, grandísimo (LQ. III, 362, 365). Dada, pues, la importancia que éstas habían alcanzado, las dificultades del colegio y el poco número de sacerdotes, no les pareció a aquellos Padres hacedero ni conveniente el dirigir retiros.

En Módena, razones de índole muy diversa, dificultaban la acción de los ejercicios. Vecino el colegio a una casa de convertidas, cuya iglesia usufructuaban, les había impuesto el Obispo ciertas obligaciones de asistencia. Con ello se encontraban los jesuítas muy atados con ocupaciones que les llevaban mucho tiempo. Se añadía a esto que los modeneses frecuentaban muy poco aquel templo, por evitar el roce con las convertidas (125). Todavía en 1556 se quejan de que no tienen ni casa ni iglesia apta, ni renta para vivir (PCh. VI, 204) y piden angustiados que venga de Roma algún Padre de valer, porque el mismo Padre Rector pensaba que para salvar la situación, necesitaban un hombre de mayores cualidades, de los que allí habían. Por todo esto, la Compañía se encontraba como escondida (PCh. VI, 205). Demasiado hicieron en tales circunstancias en dar ejercicios a algunos jóvenes selectos.

De esta sucinta descripción del movimiento de ejercicios en los colegios durante 1554 se deduce que la orden de San Ignacio, aun con todas las dificultades que tuvo en la práctica, marca una nueva etapa. Donde no se intensificó la actividad de los ejercicios, fué por razones de índole extrínseca, que afectaron igualmente a la marcha del colegio. En cambio, en donde la Compañía estaba bien asentada y el colegio funcionaba con desahogo y normalidad, cuajó admirablemente la nueva orientación.

Esta orden ante todo evitó el descenso paulatino, pero siempre creciente, que se notaba en el desarrollo de los retiros. Sin ella, probablemente hubiera desaparecido este ministerio en los externados o al menos se hubiera reducido a un mínimum insignificante.

Y sobre todo, de no haber sido por los colegios, difícilmente hubieran llegado los ejercicios a darse en número tal de constituir con el tiempo una fuerza en la Iglesia.

La mayoría de los jesuítas se dedicaban entonces a la enseñanza. Sólo unos pocos operarios y los rectores de algunos escolasticados como Alcalá y Coimbra se dedicaban a la práctica ignaciana. Se hubieran, pues, reducido necesariamente los directores de ejercicios y ejercitantes a un número muy escaso.

---

(125) PCh. IV, 93, 99, 106 y LQ. III, 246, 477.

24. Durante 1555 siguióse aplicando el nuevo método con mayor intensidad, si cabe, en los colegios en que en 1554 había arraigado con más fuerza, es decir en Bolonia, Florencia, Nápoles y Palermo. Tan sólo en Nápoles se observa cierta tendencia a disminuir. En cambio Córdoba inicia una marcha ascensional, que continuará después con toda pujanza, y aun aumenta en 1556 al trasladarse al nuevo edificio.

Los colegios en que no habían podido desenvolverse los ejercicios con la extensión qué hubiera deseado San Ignacio, siguieron poco más o menos el mismo curso, pues continuaban las causas que lo impedían.

Esta marcha continuada muestra que la orden de San Ignacio no era algo forzado, sino que dentro del regular funcionamiento de los centros de enseñanza de entonces, cuando éstos estaban bien establecidos, cabía la práctica ordinaria de los ejercicios.

Desde el 3 de febrero de 1554 hasta 1556, se abrieron todavía otros ocho colegios. Prescindiendo del embrionario de Argenta, en el que sólo había un sacerdote y donde ni siquiera disponían de una pequeña capilla para ejercitar los ministerios (PCh. IV, 83-92), los dos primeros en abrirse fueron los de Génova y Loreto (126).

En ambos colegios desde el principio se nota bastante movimiento de ejercicios. Sobre todo en Loreto, gracias al impulso del P. Oliverio Manareo.

También Medina del Campo que abrió sus clases en junio de 1555, vió desde el principio mezclados los alumnos con los ejercitantes (127). Aquí se adoptó el sistema de darlos más bien a personas selectas, que los hacían con gran solicitud.

Fué una pena que en Burgos fecundado por los trabajos y sudores de San Francisco de Borja y del P. Estrada, y en donde en la segunda mitad del siglo XVI iban a tomar tanto arraigo los ejercicios, en tiempo de San Ignacio no huviese todavía edificio apto y no pudieran albergar en la pequeña casa a los ejercitantes.

La aceptación del colegio fué muy grande. El local muy pequeño, se vió superpoblado de estudiantes. Inútiles fueron los repetidos esfuerzos que hicieron por adquirir otro sitio. La capilla de que disponían, era tan pequeña que los hombres no iban a ella por no tener que mezclarse con las mujeres, y aun éstas a pesar del ardor con que se sentían inclinadas a las cosas del espíritu —la observación es de Polanco— acudían de muy mal grado, por las molestias que les ocasionaba la pequeñez del local (PCh. VI, 586).

El siguiente colegio se abrió también en España, en la ciudad de Plasencia. Hablando de los primeros meses en que empezaron a funcionar las clases, dice el P. González que «poco tiempo se ha pasado en el cual no se hayan ejercitado algunas personas» (128). El movi-

---

(126) Sobre el colegio de Génova, PCh. IV, 30-36; 39-45; V, 162-178, y Orlandini, libro XIII, n.º 11, pág. 422, y lib. XIV, n.º 30, págs. 455-456. Sobre el colegio de Loreto, PCh. IV, 45-51 y V, 75-108; Orlandini, lib. XIV, n.º 23-25, págs. 453-454.

(127) PCh. V, 566-569; Valdivia, *Colegios de Castilla*; Astráin, I, 309-313.

(128) LQ. IV, 18. Sobre el colegio de Plasencia, cf. PCh. V, 467-484; VI, 604-612; Astráin I, 423-432.

miento comenzó propiamente antes de la inauguración de las lecciones. Estas empezaron en octubre de 1555 y Polanco dice, que eran ya muchos los ejercitantes en los primeros cuatro meses de 1555 (PCh. III, 425).

Hombres, mujeres, todos sentían una «admirable hambre» de practicar los retiros (PCh. V, 470). Para explicar este sorprendente movimiento, basta citar un nombre, el nombre del fundador del colegio, propagandista y director de ejercicios en este año. Es el nombre de Francisco de Villanueva, que encauzó toda esta actividad ¡en un viaje de recreo! Después de haber ajustado los PP. Francisco de Borja y Araoz con el obispo de Plasencia la fundación del colegio de Plasencia, partió el P. Villanueva de Valladolid

> «para aquella tierra, porque cerca de Plasencia da el Obispo una casa de recreación que tiene en el campo, algo apartada de la ciudad, creo que tres o cuatro leguas y cerca de un buen lugar, donde con descansar el Padre [Villanueva] dos o tres meses de trabajo de muchos caminos que ha hecho estos dos años acabará de concluir lo de Plasencia, aunque —añade el P. Bustamante que es el que nos da estas noticias y que tan bien conocía al celoso P. Villanueva— ciertamente será este su principal intento y no el descanso, pues el mayor que puede tener, según dice muchas veces, es andar en las obras de la santa obediencia.» (LQ. III, 25.)

No sabemos si el P. Villanueva descansó en Plasencia; lo que sabemos es que inyectó un gran entusiasmo por los ejercicios.

No lejos de Plasencia, en la ciudad portuguesa de Coimbra se abrió el siguiente colegio (129). Es extraño fenómeno el que se observa en este centro. Todavía meses antes de la fundación del externado efectuado en octubre de 1555, son tantos los que ejecutan la práctica ignaciana, que sobrepasan las demandas, el sitio de que disponen para alojarlos. Desde 1557 de nuevo se dan abundantes noticias de la afluencia de ejercitantes. Pero desde octubre de 1555 hasta 1557 ni una palabra de ejercicios. Se pondera la piedad de los alumnos hasta llegar a decir «que parece que han estudiado toda la vida en las escuelas de la Compañía que tanto extrañan las malas costumbres» (LQ. IV, 397). Se habla de estudiantes que entran en varias religiones, pero ni una palabra de ejercitantes. No atinamos con la razón de este paréntesis, en la práctica de los ejercicios en Coimbra. ¿Será que por haber ya cuartos reservados en el escolasticado no les pareció conveniente admitir en el colegio? ¿Será que los trabajos de organización absorbieron completamente a los fundadores, o que les pareció en la correspondencia de entonces hablar de las cosas nuevas, como eran las vicisitudes del nuevo colegio, dejando de narrar la actividad de los ejercicios como algo que entonces no interesaba tanto? Lo ignoramos.

Todavía a fines de noviembre de 1555 se abrió en Siracusa otro

---

(129) PCh. V, 589-598; Rodrigues, I, 2, 336-373.

externado. De los primeros meses de él sabemos sólo que dieron ejercicios a algunas señoras.

En 1556 hasta el día de la muerte de San Ignacio se abrieron cinco colegios más. Como su actividad pertenece más bien a la época siguiente, prescindiremos ahora de su estudio.

Los colegios fundados en 1554 y 1555, nacidos después de la orden ignaciana de febrero de 1554, reciben desde el principio la orientación marcada por el Santo. No tienen que luchar con acomodaciones posteriores a un fin que no se pretendía al principio. Por eso en los nuevos colegios la actividad es más constante sin apenas excepción ninguna, pudiéndose afirmar que cada colegio que se funda en esta época, es no sólo un centro más de estudios, sino también una nueva casa de ejercicios.

Capítulo III

REACCIONES PROVOCADAS POR LOS EJERCICIOS

I. SECTORES HOSTILES Y DEFENSA DE LOS EJERCICIOS

1. Oposición en los procesos contra San Ignacio.—2. Sospechas contra los ejercicios hasta 1547.—3. Borja pide indulgencias para los ejercitantes.—4. Proyecta la aprobación de los ejercicios. 5. La aprobación pontificia: 31 de julio de 1548.—6. Incidentes entre 1548 y 1551.—7. Impugnaciones del arzobispo Silíceo. 8. El sector intelectualista antimístico.—9. Su corifeo: Melchor Cano. 10. Impugnaciones de Melchor Cano.—11. Censura del Padre Tomás Pedroche y las acusaciones de resabios de iluminismo. 12. Otras acusaciones.—13. Defensa de Araoz.—14. Actitud de Nadal. 15. Actitud de San Ignacio.—16. Efecto de este criterio en la conducta posterior de Araoz.—17. Apología de Nadal.—18. Las otras Apologías.

1. Los ejercicios con el aumento gradual de directores y ejercitantes y la extensión de nuevos centros habían ya salido de la oscuridad inicial y formaban un movimiento, de caracteres no despreciables, que iba poniéndose en contacto con las personas espirituales de la época.

El primer encuentro de los ejercicios con las varias tendencias espirituales, se produjo ya en tiempo de San Ignacio, culminando casi siempre en un proceso.

No nos debe extrañar la multiplicidad de procesos incoados contra el autor de los ejercicios, porque era un deber para las autoridades eclesiásticas examinar la naturaleza de una práctica nueva, que se presentaba envuelta en cierto aire de misterio y mucho más en una época en que pujaban por abrirse paso, tantas nuevas doctrinas peligrosas.

En los jueces de Alcalá predomina una gran preocupación antiiluminista, y en los de Salamanca una mentalidad antimística, que estudiaremos en seguida con más detalle. En París no son orientaciones ideológicas las que se oponen a la actividad del Santo, sino acusaciones de gente resentida, que con la conversión de los ejercitantes veía desvanecerse proyectos interesados. Incomprensiones del austero

cardenal Carafa y temores de algunos asustadizos venecianos, impresionados por los vagos rumores que corrían en torno a anteriores prisiones, fueron la ocasión de las dificultades encontradas en Venecia.

La causa de la oposición más grave de todas, la suscitada en Roma en 1538, fué un predicador de tendencias protestantes, Fray Agustín de Piamonte, dolorido por haber sido desenmascarado del pequeño grupo de sacerdotes reformados.

En Alcalá inició un proceso informativo el Vicario general, en Salamanca desearon informarse los dominicos y el Provisor del obispado. En ambos sitios se trataba de toda la conducta de San Ignacio, pero con todo en Alcalá ocupa en el proceso del vicario Figueroa, un puesto muy relevante el trato espiritual con las almas, en lo que se incluyen los ejercicios y en Salamanca «dió todos sus papeles que eran los ejercicios para que los examinasen» (FN. 458).

2. Estos mismos sectores que se enfrentaron con San Ignacio serán los que más tarde saldrán al encuentro de los ejercicios (1). Pero ya no será con tanta frecuencia y sobre todo no revestirán carácter de proceso oficial, sino más bien de maquinaciones privadas.

La línea divisoria de este doble modo de reaccionar, la forma la aprobación de la Compañía de Jesús que, aunque no cambió la mentalidad de los enemigos, hizo que no se atreviesen a incoar procesos oficiales y públicos.

En el septenio de 1540 a 1547 avanzaban los ejercicios gradualmente, sin que les saliese al paso obstáculo alguno de importancia que se opusiese en su marcha ascensional.

A medida que se ampliaba su bienhechor influjo, se iba formando alrededor de ellos un ambiente favorable en todas las naciones. Pero no faltaban algunos pequeños incidentes. Se empezó a «murmurar dellos por los rincones» como se expresó el Dr. Torres (Ex. 667).

En medio del triunfal recibimiento que habían hecho los españoles a la nueva práctica —recordemos a Fabro y Villanueva— oyó Araoz no pocas disonancias, empezando a resonar en sus oídos la cantinela de que en los ejercicios había resabios de iluminados y «algunos artículos que eran de los alumbrados» (EM. III, 666). Este modo de sentir fué repitiéndose y extendiéndose, ya que el 20 de diciembre de 1553 escribe que «estos catorce años tengo hechos los oídos a estas voces» (EM. III, 666).

Araoz iba dejando pasar esos dichos infundados, pero no se puede dudar que estas voces repetidas una y otra vez iban viciando el ambiente. En esta atmósfera germinó la mentalidad de no pocos, que

(1) La oposición que encontraron los ejercicios ha sido largamente tratada por Astráin, I, 366-384 (Cf. también 321-365). Brou, *Les Exercices spirituels*, 59-80; Bernard, *Essai historique*, 114-150. Ribadeneira escribió un libro entero, que se conserva inédito en el Archivo de la Provincia de Toledo, legajo 369. Es el *Tratado de las persecuciones que ha sufrido la Compañía de Jesús*. Cf. Ri. I, XXIX. El manuscrito va tratando cronológicamente las diversas «persecuciones», como él las llama, hasta la de Alcalá de 1603. Al menos en las que se refieren a ejercicios no trae detalle ninguno nuevo de interés. Astráin se fija casi exclusivamente en Siliceo y Melchor Cano, poniendo muy de relieve mil incidentes dramáticos personales que en una historia de conjunto son de una importancia muy secundaria. Brou habla de todas las impugnaciones, ordinariamente con gran exactitud. Bernard se fija mucho en el ambiente.

mal dispuestos, se convirtieron en impugnadores del método ignaciano y que llegó aun a amigos de los jesuitas, como Santo Tomás de Villanueva, originando en éstos un momento de desconcierto que se disipó pronto al contacto con la verdad.

También en otras naciones encontramos algunos pequeños contratiempos, que indican que no faltaban fermentos de oposición.

En 1545 se turba momentáneamente la paz de uno de los medios más favorables para la Compañía: Portugal. Empiezan a correr rumores de que algunos veían visiones en los retiros. Cree el cardenal Enrique deber suyo, informarse sobre el caso y por medio de un padre jerónimo, Diego de Mencía, se inicia una encuesta. Todo se desarrolló con el mayor secreto posible procurando ejecutarlo sin nota de la Compañía (2). Quedó plenamente satisfecho el Cardenal de todo, no haciéndose nada más sobre el particular.

En Bélgica, el año siguiente de 1546, brota también un pequeño disturbio. El P. Wischaven recibe un día orden de la regente María de Austria de presentarse en Bruselas. El párroco de San Pedro de Lovaina, por medio de una infeliz mujer, había hecho llegar a la Policía una carta anónima, en la que entre otras cosas le acusaba de dar unos ejercicios que contenían doctrinas sospechosas de herejía. Oído el P. Wischaven en Bruselas, es dejado en libertad. Sin más incidentes acabó este episodio (3).

También este año de 1546, en el Concilio de Trento —tan beneficioso para la causa de los ejercicios, porque en él los conocieron muchos Prelados gracias a los PP. Laínez y Salmerón—, se oyeron algunas quejas contra el nuevo método. Esos rumores llegaron a impresionar a una de las personas que más intimamente apreciaron la Compañía: el cardenal Cervini. En una entrevista que concedió a los PP. Laínez y Salmerón les aconsejó, según narra este último «que no curásemos de encerrar ni de apretar a las elecciones que hagan presto determinación de vida... Parece que le hablamos tanto —continúa el mismo Salmerón— que bastaba para hacerlo capaz de que en aquellas dos cosas no había mal ninguno, aunque él decía que personas grandes decían mal de los ejercicios por esto» (ES. I, 18).

Lástima que no nos digan «quienes eran esas personas grandes». Es de creer que serían españoles, pues los dos sucesos de Bélgica y Portugal, que acabamos de narrar, se encuentran estos primeros años aislados en Europa en medio de un ambiente favorable, mientras que en España se nota un insistente repetirse de pequeños incidentes, señal manifiesta de la oposición que iba cundiendo.

> Borja en una carta que escribe a San Ignacio el 7 de junio de 1546 le habla de muchos que parece se apartan de los ejercicios por «el demonio [que] opone en algunos algún escrúpulo, según se cree persuadiendo que por ser cosa nueva no se debe así entrar en ellos y más en tiempos tan peligrosos de opiniones, etc.» (SFB. II, 515.)

---

(2) Orlandini, lib. V, n.º 55. No creemos que esta sencilla encuesta merezca el pomposo nombre de *Persecutio Lusitana* que le da, no Diertins, sino el que haya preparado la edición de Diertins para la imprenta y confeccionado el índice. Diertins, 209.

(3) Kleiser, 101-102, basado en *A. R.* Vitae, 2, 144.

Nuevas llamaradas que se levantaron en Toledo y Alcalá a principios de 1548, muestran cómo se iba caldeando el ambiente. Seis piadosos sacerdotes que habían practicado el retiro, fueron acusados ante el Arzobispo de prácticas sospechosas de iluminismo y de que «hacían los ejercicios esperando que viniese sobre ellos el Espíritu Santo como vino sobre los Apóstoles» (4). Hechas las pesquisas correspondientes, absolvió el consejo a los sacerdotes por unanimidad y aprobó y alabó la práctica ignaciana (5). Para evitar la repercusión que podía tener el hecho en Alcalá, en donde ya habían empezado a correr siniestros rumores sobre los sucesos de Toledo, se adelantó Villanueva y pidió al Rector de la Universidad que nombrase una comisión de doctores que examinase de raíz el asunto. Acogida la propuesta y constituída la comisión, fué Villanueva respondiendo a todos los cargos que le hicieron con tanta satisfacción de los doctores, que se convirtieron éstos en sinceros amigos, llegando a prometer uno de ellos predicar públicamente a los pocos días en favor de los ejercicios. Otro quiso entrar en la Compañía. Las prevenciones de estos doctores no se basaban en convicciones muy arraigadas, como lo prueba el cambio radical operado con tanta facilidad. Sin duda no eran más que producto de rumores a los que habían prestado atención sin reflexionar bastante (6).

3. Araoz, como vimos, iba dejando que corrieran los rumores no dándolos demasiada importancia. Villanueva hizo algo positivo: paró el golpe que se estaba preparando contra la práctica ignaciana. Pero con eso no cortaba la sorda oposición de los antiiluministas que iba cada vez extendiéndose más. Fué San Francisco de Borja que no iba en zaga a Villanueva en amor a los ejercicios, quien captando la realidad de modo más real y profundo, previendo los graves daños que podía seguir de dejar que se difundieran esos falsos rumores, y sobre todo contando con muchos más medios para poder realizar una acción eficaz, empezó a poner todo su valimiento en pro de la causa de los ejercicios y a planear medidas mucho más eficaces.

> La primera medida consistió en negociar con el Papa la concesión de «algunas indulgencias y gracias por las personas que en ellos se ejercitaren, en lo cual conocerán ser la doctrina sólida y provechosa y quitarse han las falsas apariencias y el Señor quedará más servido en sus obras y el demonio más confundido en sus estorbos.» (SFB. II, 515.) Y para activar más el asunto escribe sobre lo mismo a su agente de negocios en Roma, el deán Roca. (SFB. II, 515.)

De tal modo tomó la causa por suya que no la consideraba como un favor que hacía él a San Ignacio, sino como un favor que le hacían

(4) Castro, lib. II, cap. 24r.
(5) Astráin, I, 366-367.
(6) Polanco, *Chron.* I, 300-302. De la opinión que tenían los tres doctores de la comisión sobre los ejercicios dice Polanco «de quibus (Exercitiis) multa falsa animo conceperant», PCh. I, 301.

a él pidiéndole «con toda devoción lo quiera favorecer no por la Compañía sino *por mí*, que soy devoto de ella» (SFB. II, 515).

Borja deseaba que las indulgencias se concediesen a los que hicieran ejercicios sin más, pero entonces se cernía en Roma contra la Compañía la tempestad de las graves acusaciones de Juan de Torano, y el prudente general no queriendo exasperar los ánimos prefirió pedir algo más general y velado, tan velado que ni siquiera se mencionan los ejercicios en el documento correspondiente.

«todas aquellas personas que recogiéndose por algunos días y ejercitándose en la contrición y planto de sus pecados y se confesaren de toda su vida mal pasada con alguno de la Compañía de Jesús y se comulgaren, hayan indulgencia plenaria de sus pecados.» (MI. Epp. I, 420.)

Así se hizo, efectivamente, y el 2 de enero de 1547, Paulo III, accediendo a los deseos de Borja manifestados por San Ignacio, concedió la gracia que éste le pedía.

En la primavera de 1547 recibió Borja en Gandía el documento con la concesión de la indulgencia «y aunque no viene tan especificado lo de los ejercicios como se pedía —comenta Borja— paréceme que Su Santidad nos ha concedido más de lo que suplicábamos. Sepa Venerable Padre que por acá ha comenzado esta indulgencia a hacer muy gran fruto.» (SFB. III, 23.)

El Dr. Torres en su visita a Gandía por noviembre de 1546 (EM. I, 327) debió de comunicar al santo Duque la instrucción que llevaba para él sobre las contradicciones de Roma y los resortes que había tenido que hacer a su solicitud.

Borja parece no recordarlo en una carta escrita en abril o mayo de 1547 en la que todavía desea nuevas gracias: «Espero en Nuestro Señor —escribe— que todavía habrá alguna buena ocasión para tornar a suplicar a Su Santidad que nos haga merced de conceder la indulgencia *semel in anno* y por bula plumbada, que sería muy gran bien y mucha autoridad para la Compañía y especialmente en estas partes.» (SFB. III, 25.)

No le satisfacía que la indulgencia anterior estuviese concedida *vivae vocis oraculo* y deseaba la obtención de una Bula.

No conviene olvidar un factor que hacía de Borja un hombre aptísimo para tratar con Paulo III: el sincero y profundo afecto que profesaba el Papa Farnese hacia los Borjas en general y hacia el santo Duque en particular.

Paulo III debía su carrera y su cardenalato al segundo Papa Borja, Alejandro VI (7), y siempre se mostró muy agradecido procurando llenar de grandezas a los Borjas. Nombró cardenales a dos

---

(7) A quo [Alejandro VI] origo nostrae dignitatis est, recordaba el mismo Papa en un Breve. San Francisco de Borja, citado en S. F. B., II, 454, nota 2.

hermanos de nuestro santo, Luis y Enrique (8) concediendo a otro tercer hermano Pedro, el cargo y título de supremo comendador del maestrazgo de Montesa (SFB. II, 491).

A este ambiente de favor en que se movía el Papa con los Borjas, que tanto facilitaba el tratar con él, vino a añadirse el ejemplo verdaderamente estupendo de la transformación del Duque, su profesión en la Compañía facilitada por especial concesión del mismo Papa que se avino a ello con inmensa edificación y gozo.

Se hallaba, pues, todo a sazón para la nueva gracia que deseaba alcanzar Borja, en la que puso todo su valimiento e influjo. Esta gracia era la aprobación de los ejercicios.

4. Práctico y eficaz como siempre, envía a Roma a fines de 1547 a Diego Sánchez (9) como procurador suyo. Por su medio ruega a San Ignacio que presente un Memorial al Papa solicitando la aprobación expresa y solemne de los ejercicios (SFB. II, 537).

El mismo Borja había compuesto un guión del Memorial. Pide en él a Su Santidad que se extiendan a la Compañía las gracias concedidas a los mendicantes en el *Mare Magnum* de Sixto IV, y que se explique a Su Santidad que la Compañía posee unos ejercicios espirituales, a los que profesa el Duque gran devoción y de los que él y otros muchos han reportado insigne fruto. Para que éste sea mayor y más abundante, ruega se dé el libro de los ejercicios al Maestro de Sacro Palacio, para que los examine y los apruebe y confirme la autoridad apostólica, si así le pareciere en el Señor (10).

No se olvida el devoto Duque de sus queridas indulgencias. Aquí también desea que a la aprobación se añadan algunas indulgencias y gracias.

Esta vez pudo realizarse en Roma el excelente plan fraguado en el retiro de Gandía. Porque las circunstancias eran muy diversas en Roma en torno a San Ignacio. Torano lejos de salir con su intento de condenar a la Compañía, fué él condenado a fines de 1547 y la Compañía absuelta (11). Paulo III se hallaba especialmente benévolo para la nueva orden.

San Ignacio esperanzado con la singular benevolencia del Pontífice, se dispuso a poner en ejecución los certeros proyectos del experimentado Duque.

Corrían entonces los ejercicios en una traducción latina, hecha probablemente por el mismo San Ignacio en un latín poco conforme con las exigencias de aquel siglo humanista (Ex. 162). Para poder presentar al Papa, según parece, un texto más elegante, decidió ahora su autor componer otra traducción que la encargó al latinista Andrés Frusio (Ex. 149).

(8) Eubel, 27-29.
(9) Diego Sánchez era chantre de Gandía y algún tiempo había sido secretario del Duque. Cf. *Mon. Ign.*, Epp. I, 699 nota 4.
(10) *S. F. Borgia*, III, 28-29. Memorial de Borja a Diego Sánchez, de 27 de diciembre 1547. Cf. SFB. II, 537.
(11) La sentencia en *Acta Sanctorum*, julio VII, pág. 485, n.º 401.

Cuando todo estaba preparado hizo la demanda correspondiente presentando las dos traducciones: la suya literal y la más elegante de Frusio.

5. El Papa acogió favorablemente la petición y dió a examinar no sólo al Mtro. de Sacro Palacio, Egidio Foscarari, como había indicado San Francisco de Borja, sino también al cardenal Juan Alvarez de Toledo, llamado ordinariamente el Cardenal de Burgos, Inquisidor mayor, y al obispo Felipe Archinto, protonotario apostólico y vicario de Roma (12). Los tres censores, dos de ellos dominicos, después de haber examinado atentamente la doble traducción presentada, emitieron sendos votos favorables, sin poner en sus censuras ni una sola tacha a ninguna de las frases del libro (13).

Paulo III coronó felizmente todos estos trabajos firmando en el histórico Palacio de Venecia el día 31 de julio de 1548 el Breve *Pastoralis Officii* (14). Este 31 de julio fué uno de los días más felices de San Ignacio. En él se realizó una de las tres cosas que más ardientemente había deseado (15).

Juntos aparecen en el Breve los nombres de Francisco de Borja e Ignacio de Loyola, el abogado y el padre de los ejercicios.

En el Breve se alaba la nueva práctica sin reserva ninguna; se afirma que la doctrina en ellos contenida se ha bebido en las puras fuentes de la Sagrada Escritura, y que han sido elaborados a la luz de la experiencia en los caminos de la vida espiritual. Se los califica de muy aptos para mover el ánimo de los fieles y de muy útiles y saludables y de muy aptos en el camino de la santidad (16).

Después de haberse asegurado por el testimonio de los tres ilustres censores que los ejercicios están llenos de santidad y piedad y que son muy útiles y saludables para la edificación y provecho espiritual de los prójimos (17) y teniendo también en cuenta los abundantes frutos que en todas partes no cesa de producir la Compañía de Jesús y lo mucho que han contribuído a este florecimiento, Paulo III aprueba y alaba solemnemente todas y cada una de las cosas contenidas en los ejercicios, exhortando vivamente en el Señor a los fieles de ambos sexos de todo el mundo a practicarlos (18).

La aprobación es bien explícita: se distingue claramente el libro y la práctica, alabando, confirmando y defendiendo el primero y exhortando a lo segundo.

---

(12) Los datos biográficos de estos tres personajes en *Ex.* 215.

(13) Las tres brevísimas censuras se encuentran en Marín, *Exercitia*, 12.

(14) El Breve se encuentra editado al principio de las numerosas ediciones de ejercicios. En MHSI en *Ex.* 216-218. Nosotros usamos el texto editado en Marín, *Exercitia*, 10-11.

(15) Eran éstas, la confirmación de la Compañía por la Sede Apostólica, los ejercicios confirmados por la misma y el poder escribir las Constituciones. Lo testifica Nadal en el prefacio a la *Autobiografía de San Ignacio*, *Mon. Ign.*, Fontes Narr. 354. Lo mismo repite Laínez, Lainii Mon. I, 636.

(16) Marín, 11.

(17) Marín, 12.

(18) Marín, 13. Siguen todavía algunas cláusulas referentes al derecho de impresión y diversas fórmulas prescriptivas conminativas.

6. A la concesión del Breve pontificio siguieron años de gran bonanza y difusión en que intervinieron más bien otras causas: el incremento continuo de directores y la constitución de centros estables. El Breve pontificio era más bien un arma que la reservaban para parar los golpes de los adversarios.

En 1549 un doctor español que se encontraba en París comenzó a decir que los jesuitas, bajo especie de santidad, engañaban a la juventud con ciertos ejercicios, haciéndoles hacer votos en ellos (EM. II, 257). Semejantes falsedades, contrarias no sólo al espíritu pero aun a la letra de los ejercicios, puesto que como se dice en la anotación 14, se «debe prevenir que no haga promesa ni voto alguno inconsiderado y precipitado», y en la anotación 15 se le prohibe el que «mueva ninguno al estado religioso», semejantes falsedades, digo, había sentido el apóstol de Andalucía, Beato Juan de Avila, uno de los mayores amigos y bienhechores que tuvo la Compañía en los primeros tiempos, en cuyo espíritu hubo tan intensa afinidad con el espíritu de San Ignacio.

El Beato Avila valiéndose de la intimidad que le unía con la Compañía, expuso este año de 1549 al P. Villanueva lo que había oído, recibiendo gran consolación al conocer la existencia de una anotación que prohibía el forzar a los hombres a hacer tales votos (PCh. I, 433). Sin duda que estos rumores se difundirían mucho más por personas que se movían en ambientes menos favorables a la naciente orden. Muchas de éstas no tenían ni los medios ni la posibilidad de poder controlar la verdad de las afirmaciones, como tuvo el Beato Avila, desorientándose de este modo aun gente de buena voluntad.

En París en 1551 practicó el retiro ignaciano, un carmelita, que según escribe el P. Viola, «ha predicado muchos años en España y muchas veces contra la Compañía reprendiendo los ejercicios y revocando a los que en ellos se querían ejercitar, estorbándoselo» (LQ. I, 225). Este al conocer más de cerca el nuevo método vió cuán engañado estaba en sus apreciaciones y se comprometió a restituir la fama que había quitado, convirtiéndose pronto en apologista y apóstol de los ejercicios.

También en Viena comenzó a formarse con algunos elementos reales una idea falsa de la nueva práctica. Empezó a correrse en 1551, que los jesuitas eran unos hombres hipócritas que encerraban a los hombres en los cuartos y cerrando las ventanas, les obligaban a ayunar por no sé cuantas semanas para que viniese el Espíritu Santo sobre ellos. Con estos ardides seducían a los jóvenes y obligaban a emitir los votos (PCh. II, 278).

Polanco en el Sumario italiano del origen y progreso de la Compañía de Jesús hasta 1548, y lo mismo repite en una segunda redacción que se extiende hasta 1551, dice que en el futuro ya no será la novedad de los ejercicios ocasión de sospechas y dificultades, porque la Compañía cada día era más conocida y los ejercicios habían sido solemnemente aprobados por el Papa (FN, 297).

Sin duda disminuirían estas desorientaciones en los sectores indiferentes o amigos; aunque no del todo, como veremos más tarde. Pero precisamente porque la Compañía era más conocida, tenían que enfrentarse con más fuerza aquellos a quienes la actividad de la nueva orden les parecía dañosa.

7. Uno de éstos fué el arzobispo de Toledo, D. Juan Martínez Guijeño, comúnmente llamado Siliceo (19). No congeniaba con su carácter independiente y dominador y con sus ideas excesivamente centralistas el carácter de la nueva Orden. Le parecían sus privilegios exorbitantes y que menguaban la autoridad del Ordinario. Una oculta aversión hacia la naciente Compañía se apoderó de su ánimo, que se agravó al oír él, tan celoso de la limpieza de la sangre, que la mayoría de los jesuítas de Alcalá eran cristianos nuevos (20).

Su poca simpatía para la Compañía se manifestó, como no podía menos, en el campo de los ejercicios. En octubre de 1551 publicó un ruidoso edicto en que retiraba las licencias a todos los sacerdotes que habían practicado el retiro ignaciano y prohibió terminantemente a todos los jesuítas decir misa, administrar los sacramentos, predicar y confesar en todas las iglesias de su Arzobispado (21).

Además de las dos causas ya aducidas, de celo exagerado por su jurisdicción y odio a los cristianos nuevos, influyeron en la promulgación de este extraño decreto, falsos rumores que circulaban en Toledo sobre los sacerdotes que habían hecho ejercicios y mantenían contacto con el P. Villanueva ya acusados tres años antes.

> Se seguía envolviendo en un sospechoso misterio sus acciones; se les acusaba de abusos en la administración de sacramentos. A lo que parece debieron de azuzar el fuego algunos libelos contra la Compañía y los ejercicios que le presentó Melchor Cano. No se conserva rastro de estos escritos, pero —como escribe el P. Astráin—, «el ver afirmado el hecho por nuestros historiadores y más aún el escuchar de labios de Siliceo los mismos argumentos aducidos contra la Compañía por Melchor Cano, parece poner fuera de duda que existió comunicación de ideas» entre los dos. (22.)

Consiguió Villanueva que no se promulgara el edicto en Alcalá, el único sitio de la jurisdicción del Arzobispo en que había jesuítas, y al principio del año siguiente obtuvo, gracias a la intervención del príncipe don Felipe y del nuncio Poggio, que cediese Siliceo (23).

8. Cedió el Arzobispo, pero siguió dentro de su pecho el rescoldo de difidencia hacia los jesuítas, que no tardó mucho en avivarse,

---

(19) Sobre este personaje puede verse Astráin, I, 348-349. Llamado «siliceo» por traducción de Guijeño (guijo es canto o piedra rodada), y guijeño, porque era del pueblo El Guijo. March, Niñez... I, p. 51-55.
(20) Astráin, 353. Naturalmente que esto era una falsedad.
(21) Astráin, I, 351-353.
(22) Astráin, I, 353.
(23) Todo esto está descrito con gran lujo de detalles en Astráin, I, 354-365.

atizado por un sector que atacó los ejercicios de modo más persistente y por motivos generales, no circunscritos a ellos.

El P. Colunga, O. P., en un luminoso estudio sobre la espiritualidad dominicana del siglo XVI, llama a ese sector «intelectualista» en contraposición al afectivo o «místico». Sus representantes veían con malos ojos toda tendencia renovadora de carácter individualista y místico. El elemento único de la vida espiritual, según ellos, y la inagotable fuente y norma de toda renovación religiosa, habían de ser la Sagrada Escritura, la doctrina de los Padres y de los grandes teólogos. No les interesaba tanto la práctica de la vida espiritual cuanto su fundamento y esencia. Sus ideas y ansias no eran de reforma, ni de instrucción religiosa, sino de gozar y aprovechar los inmensos tesoros que poseía la Iglesia multisecular (24).

Según el P. Colunga eran tres los puntos sobre el modo de promover la vida espiritual en que disentían los intelectuales de los afectivos: la difusión de los escritos de autores espirituales, la frecuencia de sacramentos y el uso de la oración mental.

Los autores espirituales, preocupados por la falta de instrucción del pueblo y previniendo que gracias a la nueva invención de la imprenta, ya no serían los libros patrimonio de grupos más selectos, se afanaban por escribir en lengua vulgar escritos espirituales en forma popular (25). Los «intelectuales», al contrario, por el peligro que había de que la gente sencilla los entendiese mal y dedujera de ellos falsas interpretaciones del dogma católico, creían que al menos se debían de abstener de tratar algunas cuestiones, prefiriendo dejar al pueblo en buena fe e ignorancia aun en muchos puntos muy im-

(24) Todo esto que iré particularizando en los párrafos siguientes está inspirado en el fundamental y orientador trabajo del P. Colunga. *Intelectualistas y místicos*. El trabajo está escrito con largueza de miras y juzgadas estas cuestiones tan delicadas con criterio ecuánime. Esto no quiere decir que esté conforme con todas las afirmaciones de su largo trabajo. En particular, hablando de los ejercicios hay expresiones muy fuertes, que de ninguna manera podemos suscribir. Hablando de los directores de ejercicios del siglo XVI llega a decir en la página 253: «algunos de los que se dedicaron a dar ejercicios hay indicios vehementes de que eran imprudentes, exaltados y aún neuróticos». Tratándose de acusaciones tan graves exigía la más elemental crítica que adujera alguna prueba. Pero se contenta con afirmar el hecho. Nosotros de nuestra parte tenemos que decir que hemos encontrado en muchos de los directores un gran empeño en acomodarse al ejercitante y hemos también leído no pocas expresiones de directores que se quejan de que no realizan lo que pretenden con el ejercitante porque no da éste más de sí. Pero se contentan con quejarse a San Ignacio; no oprimen al ejercitante. Más aún; solían despedir al ejercitante interrumpiendo los ejercicios si éste no los hacía bien. No negamos que no hubiera habido ningún caso entre tanta variedad de directores de ejercicios sobre todo en época posterior, y no es difícil que los Archivos de la Inquisición encierren alguna denuncia. Pero el P. Colunga al menos no aduce ni una sola prueba. En la página 252 había ya expresado el P. Colunga la misma idea bajo otra forma «muchos (de los directores de ejercicios) se equivocaban al calcular las fuerzas del ejercitante y de ahí ciertas fuerzas psíquicas que algunos malamente interpretaban como favores divinos». Esta temporada no hago más que leer y releer las diversas fuentes que conozco sobre los ejercicios en los primeros decenios y no recuerdo haber encontrado ninguna perturbación psíquica exceptuando las mujeres que trataron con San Ignacio en Alcalá. Al hablar de ellas, ya indicamos el ambiente de visiones del grupo de alumbrados de Alcalá en aquellos años, de modo que el fenómeno es mucho más general y no puede tener por causa algo que llegó a muy pocos de los que sufrían tales perturbaciones. Ni una sola de las mujeres en los procesos dice que le vinieran esos accesos ni por los ejercicios ni en los ejercicios. Además, si hubo algunos ejercicios poco intensos, fueron los de Alcalá. Ejercicios abiertos que apenas llegaron a la materia de la primera semana. Sentimos tanto más estas falsedades en ese óptimo trabajo, cuanto se nota en el P. Colunga una hermosa tendencia de acortar distancias y prescindir de prejuicios y partidismos.

(25) Véase la lista de algunas de las más principales obras publicadas en este período en castellano en José de Jesús Crucificado O. C. D. *Aspecto cultural de San Juan de la Cruz*, 379-380. Cf. también una larga lista en P. Groult, *Les mystiques des Pays-Bas*, 80-91.

portantes, y reprobando en consecuencia las publicaciones en lengua vulgar.

> «A nosotros —escribe el P. Colunga— hechos a otro modo de vivir nos parecerá inverosímil que la tal cosa defendieran hombres eminentes. Pero lo defendieron y a veces con términos que excedieron toda ponderación.» (26.)

Parecida discrepancia existió sobre la frecuencia de sacramentos. Los patrocinadores de la orientación intelectual creían que con el frecuente trato de las cosas espirituales perdía el pueblo el respeto a las cosas de religión «y que de esa manera se quitaba la distinción entre el estado de perfección y el de vida cristiana ordinaria» (27).

Más nos interesa conocer el criterio de los «intelectuales» respecto al tercer punto: la oración mental y la contemplación.

> «Aquellos insignes varones —escribe el P. Colunga— creían que al hablar una persona de la necesidad de consultar las cosas con Dios en la oración, ya pretendía guiarse por su espíritu privado y sustraerse a la autoridad de la Iglesia. Y cuando los escritores místicos hablaban de las cosas aprendidas en la oración, enseguida veían nada menos que la pretensión de sustituir la Sagrada Escritura y la Tradición por la experiencia privada. Tal era el recelo en esta materia que sólo viendo alumbrados [iluminados] por todas partes se puede explicar... Los intelectualistas querían exclusivamente atenerse a la razón fundada en la Sagrada Escritura y en las resoluciones de la Iglesia, y pareciéndoles que las cosas estaban bien, no querían innovaciones de ningún género. Al contrario, los místicos admitían como norma general y superior la autoridad de la Iglesia; pero creían que las personas espirituales recibían luces e inspiraciones de Dios muy ciertas y estimables, y se dedicaban con ardor a promover una renovación cristiana del pueblo por medio de la oración y frecuencia de Sacramentos... La tendencia de los teólogos, exagerada, parece llevar a la sequedad religiosa; la de los místicos, sin el correspondiente freno de la enseñanza dogmática, tiene peligros de subjetivismos. En la razonable armonía de ambas tendencias está la verdadera religiosidad cristiana.» (28.)

Bastan estas instructivas citas para comprobar que la actitud de los «intelectualistas» respecto de los ejercicios, no era más que consecuencia necesaria de una arraigada mentalidad que les movía a obrar de un modo determinado respecto a todo movimiento espiritual, cultural y aun político.

El sector de intelectualistas antiafectivo y antimístico se encontraba bastante extendido en la península ibérica. Esta, nos parece, que fué la razón porque los únicos ataques de importancia contra los ejercicios en los primeros años, provinieron de nuestra patria; porque tenía el origen en esta tendencia que alcanzó en la Península fuerza dominadora. En otras naciones las personas de este sector

---

(26) Colunga, 212.
(27) Colunga, 213.
(28) Colunga, 214, 215. Estas palabras del docto dominico explican también muy bien el proceso de San Ignacio en el convento de San Esteban de Salamanca.

intelectual, o siguieron otras actitudes espirituales más cercanas al erasmismo —sin que falten también ejemplos de esto en España— (29), o se habían pasado al protestantismo. Además, en tiempo de San Ignacio no alcanzan los ejercicios allende de los Pirineos, la divulgación suficiente como para saltar a esos sectores y enfrentarse con ellos.

Los varones de tendencia afectiva fueron en general, en España y fuera de ella, amigos de la nueva práctica como (por ceñirnos al tiempo ignaciano) Pedro de Soto, Beato Avila, Luis de Granada, Luis Blosio y los cartujos de Colonia. En cambio, provenían del sector «intelectualista» los movimientos hostiles indicados más arriba, como los denunciados por Araoz y Villanueva. Los ataques provenían de ambos extremos exagerados. Los ejercicios, formando un recto criterio espiritual y alimentando con sana y profunda devoción el corazón, eran el remedio providencial para encauzar rectamente las ricas energías de las dos tendencias.

9. El choque fuerte tenía que venir tarde o temprano. Y vino del que es considerado por todos sin disputa ninguna como el corifeo de los intelectualistas: el eminente catedrático de teológía en la Universidad de Salamanca, y poco después obispo de Canarias Fray Melchor Cano (30). No es fácil comprender su multiforme figura:

«Era él —según le describe su biógrafo Fermín Caballero— ardiente en la polémica, enérgico en la expresión, osado en los ataques, violento y hasta fiero en la defensa y en las réplicas; pero sabía mostrarse cándido como un niño y manso como un cordero cuando nadie le provocaba, cuando discurría con espontaneidad, cuando voluntariamente se confesaba. Explicando en la cátedra y conversando con inferiores o que se reconocían tales admirándole, aparecía sencillo, complaciente, afable; y hablando de sí mismo en tales casos se presentaba tan humilde como el que más. La vehemencia, los ímpetus, la soberbia y la ira quedaban reservados para contender con los émulos, para confundir a los adversarios» (31).

Melchor Cano, era sobre todo, como escribe el tantas veces citado P. Colunga:

> «hombre de profundísimo talento, gran facundia y temple férreo [que] dedicó gran parte de sus energías a combatir el peligro de los alumbrados. En esto prestó un gran servicio a la Iglesia y a España. Pero se excedió y envolvió en el común anatema a místicos de buena ley (32). Y pocas páginas más adelante continúa el mismo P. Colunga: «Melchor Cano tuvo un celo extraordinario de la pu-

(29) M. Bataillon. *Erasme et l'Espagne*, París, 1939, aunque creemos exagera el influjo de Erasmo en España. Cf., también Baruzzi, 541-542.

(30) De Melchor Cano estamos bien informados gracias a la vida de Fermín Caballero acompañada de ochenta y cuatro apéndices con riquísimo material inédito. Esta vida hay que completarla con el artículo de V. Beltrán de Heredia, *Melchor Cano*.

(31) Caballero, *Vida de M. Cano*, 435. Todo el cap. 12, sobre todo de las págs. 428 a 461, es muy orientador para conocer el carácter de Cano.

(32) Colunga, 215.

reza de la fe. Pero por tener las ideas algo extremadas y el carácter vehemente incluyó entre los alumbrados y más o menos dañados en la fe a muchos hombres de notorio celo y bondad reconocida. Debemos hacer justicia a su convicción y sinceridad; pero en esta inquisición contra los místicos no podemos seguirle. Un episodio de esta su lucha y una aplicación de estas sus ideas fué la oposición vehemente que hizo a la Compañía de Jesús. En otros ataques iba contra determinados místicos, porque la mística era personal; aquí la profesión de la mística (como ha ocurrido en casi todas las Ordenes en sus albores) era colectiva y por eso Cano impugnó la colectividad considerándola más o menos tocada de los errores de los alumbrados. No hay duda que tal era el punto de vista de Cano, y para juzgarle hay que ponerse en este terreno» (33).

Para comprender la actitud de Melchor Cano hay que tener en cuenta todavía otro aspecto: su propia espiritualidad (34). Cano, influenciado por el ambiente favorable al savonarolismo que predominaba en los medios por él frecuentados (35) y por su férreo carácter y educación intelectual se formó una espiritualidad de tipo ascético activo (36). Llevado por la misma atmósfera en que se había infiltrado cierto confusionismo, empezó a difundir conceptos de espiritualidad, inspirados en el italiano Juan Bautista Carioni de Crema (†1534) adaptando al castellano un escrito de un discípulo de éste, Serafín de Fermo, intitulado *La victoria de sí mismo* (37). Sólo en 1551 al entrar en Trento se percató de la poca favorable acogida que tenía en Roma la doctrina de Crema y en 1552 conoció la condena del Santo Oficio. Este golpe, que de algún modo le alcanzaba, no sólo fué para él una dolorosa sorpresa, sino también una lección de prudencia y desconfianza respecto de los libros espirituales. No es de extrañar que al volver del Concilio de Trento queriendo evitar que otros se dejasen seducir por doctrinas que aun él, eximio teólogo y dotado —según él pensaba— de un fino sentido de orientación para acertar en las cosas de la fe y discernirlas de las heterodoxas (38), había tenido por buenas, creyese hacer un bien a la Iglesia desenmascarando a los espirituales que no fundamentaban suficientemente

(33) Colunga, 219-220.

(34) Este aspecto lo ilustra V. Beltrán de Heredia. Las corrientes de espiritualidad, 63-64, 69-84. Aprovechamos la ocasión para hacer constar que en las páginas 79-83 hay bastantes inexactitudes importantes sobre tendencias erasmistas-iluministas que se atribuyen a la primitiva Compañía y sobre su espiritualidad. Ya han examinado las aserciones del P. Heredia el P. de Guibert en AHSI, 11 (1942) 135 y García-Villoslada en *San Ignacio y Erasmo*, 263 nota 50 y 425 nota 97.

(35) Beltrán de Heredia, *Las corrientes de espiritualidad*, 64.

(36) Beltrán de Heredia, *Las corrientes de espiritualidad*, 72, donde aduce además algunas frases del prólogo de Cano a su adaptación castellana a la *Victoria de sí mismo* de Serafín de Fermo en que encuentra el P. Heredia afinidades con los Ejercicios de San Ignacio, afinidades que según el P. de Guibert AHSI, 11 (1942-135) se podían multiplicar, debidas, no a dependencia ninguna, sino porque «pensées semblables constituaient alors un fonds commun de toutes les âmes ferventes en reaction contre les tendences plus ou moins quiétistes».

(37) Feyles dice que tradujo esta obra «senza accorgersi che aveva sotto mano la dottrina di fra Battista [Crema] del quale aveva fatto una severa requisitoria». Y cita *De locis theologicis*, lib. V, c. 5.º Pero olvida Feyles que la traducción se hizo antes de 1550 y que el *De locis* está impreso en 1563. Y aunque es verdad que para 1551 había escrito sustancialmente los ocho primeros libros del *De locis* [cf. Caballero, 378], sin embargo, este párrafo es una añadidura posterior como lo prueba que lo único que dice es que consta de la falsedad de la doctrina de Crema por estar ya condenada por la Iglesia. Sobre las relaciones de Fermo con Crema cf. Feyles, 28-30, 59-60, 73-76, 87.

(38) *De locis theologicis*, lib. XII, cap. 10.

su doctrina en la roca viva de la tradición. El descubrimiento de dos focos de innovadores en Sevilla y Valladolid no pudo menos de afianzarle aun más en sus normas de conducta.

Sucesos de esta índole suelen repercutir en el carácter agriándolo, y su carácter —según Caballero— era muy inferior a su inteligencia e instrucción (39). Cano, consecuente consigo mismo, ponía toda su autoridad y su poder para desarraigar de raíz todo brote que creyese infeccionado de esta tendencia, aunque se diese dentro del jardín de su propia orden dominicana.

Porque, como es notorio, en aquella época hubo eminentes dominicos de orientación netamente afectiva. Baste citar a Fray Luis de Granada.

Cano, sobre todo durante los años de 1550-1559, trabajó denodadamente contra varias opiniones de Carranza y Granada (40), siendo demasiado célebre su censura completamente negativa del Catecismo de Carranza (41).

El mismo, en una carta escrita a M. Venegas expone su criterio en este punto. Aunque la carta sea algo posterior, de 28 de marzo de 1556, no se puede dudar que refleja un modo de pensar antiguo en él. Después de decirle que han condenado a Crema y que San Ignacio ha sido procesado por alumbrado continúa:

> «Es gran locura en cosas nuevas y dudosas arrojarse los hombres a aprovecharlas y santificarlas dejando los caminos llanos y seguros que mil quinientos años ha la Iglesia ha tenido. Lo que yo puedo pedir a cualquier cristiano es que esté a la mira y abra los ojos sin cautivarse de nadie, sino con libertad, siguiendo la vida y doctrina de los santos, la cual siguiendo no puede errar.» (42.)

10. En esta disposición psicológica y con este criterio intelectual y ascético, se encontraba Cano en 1553 cuando intensificó su campaña contra las doctrinas, peligrosas, según él, de los ejercicios. A tres capítulos se puede reducir la acción de Melchor Cano en tiempo de San Ignacio (43).

Lo primero fué un libelo que escribió contra la Compañía en el que incluye un breve fragmento contra la práctica ignaciana (44). El libelo permaneció inédito. El libro será interesante para conocer las ideas de Melchor Cano, pero su influjo se tuvo que reducir a círculos muy limitados, si es que no estaba destinado a algún personaje determinado, como podía ser el arzobispo de Toledo. Prueba de la oscuridad en que permaneció el libro, es que don Fermín Caballero, a pesar de las pacientes

(39) «Habría rayado más alto si sus condiciones características no fueran muy inferiores a su inteligencia e instrucción». Caballero, 429.
(40) V. B. de Heredia, *Las corrientes de espiritualidad*, 81.
(41) F. Caballero, *Melchor Cano*, 315-345 y 336-615 y Baruzzi, 546-553.
(42) La carta editada en Caballero, 500.
(43) Nos limitamos únicamente a su acción contra los ejercicios sin hablar de lo que hizo contra la Compañía aunque ello, de rechazo, influyese en los ejercicios. Véase este punto tratado en Astráin, I, cap. VIII, págs. 321-340.
(44) Véase el fragmento copiado en Astráin, I, 368-369.

y múltiples rebuscas que hizo, no pudo dar con él. Hoy tan sólo lo conocemos por una copia que enviaron los jesuítas a Roma (45).

Un segundo modo de influjo más decisivo, aunque sea imposible de determinar su alcance, fueron las diversas frases que se permitía Cano en conversaciones, sermones y clases en las que iba dando a entender lo mucho que le «descontentaba el modo de proceder de la Compañía» (46).

En último lugar hay que consignar las apostillas que escribió en un ejemplar del libro de los ejercicios y que remitió al arzobispo Siliceo. No conocemos el contenido de este libelo. Sólo sabemos que la anotación décimocuarta en que San Ignacio recomienda máxima prudencia de conceder hacer cualquier voto, la apostilló con las palabras *Pestilentissima regula;* el pasaje de la Indiferencia, con la nota «que es de alumbrados», y que aun al margen de la Bula del Papa, escribió *Mira approbatio* (47).

Es muy difícil saber cuál fué el efecto de toda esta conducta del P. Cano. Creemos que sus razones y palabras hicieron mucha mella en el arzobispo Siliceo y tal vez en algunos de sus más adictos. Si prescindimos de sus dichos en conversaciones y sermones, su acción se mantuvo dentro de un círculo muy reducido, pero muy importante, y afín sin duda a él en su ideología.

Si hubiera sido ésta muy intensa y eficaz, no hubiera podido ser Salamanca, precisamente en aquellos años, uno de los principales centros de ejercicios que tuvo España, con el agravante de que un buen núcleo de los ejercitantes lo constituían estudiantes y aun catedráticos de la Universidad y en particular de la facultad de teología en donde el influjo de Cano tenía que ser mayor.

Araoz, en carta a San Ignacio, hablando de lo que Melchor Cano habló en la mesa del Presidente del Consejo Real [Antonio de Fonseca], escribe:

> Su conducta —dice Araoz— «ha levantado algún rumor, aunque el mayor ha sido contra sí. La Princesa [Juana] mostró mucho disgusto de ello y otros, pareciéndole grande su temeridad. No faltó quien le resistió siempre y así espero en Nuestro Señor se habrá antes ganado que perdido *etiam apud homines*, porque como por la bondad divina tiene tantas raíces la Compañía en estos reinos, poca mella pueden hacerle semejantes personas mal informadas, aunque se crea ser bien intencionadas. Algunos PP. dominicos doctos que quisieron saber de él sus fundamentos, me los dijeron y son tan sin fundamento que es lástima ver en tal porfía un hombre de sus partes y letras. Estos Padres quedan bien satisfechos y lo dicen a voces.» (48.)

---

(45) Se encuentra en *A. R.* Hisp. 144. Cf. Astráin, I, 324 nota 2.
(46) Astráin, 323, 326-327; Polanco, *Chron.*, V, 418, 458.
(47) No se conserva este ejempl r apostillado a pesar de que lo vieron varios Padres antiguos y poseía un ejemplar el Arzobispo de Sevilla en 1564. Astráin, I, 370 nota 3 y S. F. Borgia, IV, 89-90.
(48) Epp. Mixtae, IV, 548. A continuación enumera Araoz los cargos que hacía Cano a la Compañía. Es verdad que ninguno de ellos es contra los ejercicios directamente, pero el hecho es significativo e ilumina la actitud respecto a Cano, siendo poco más o menos lo mismo para el caso que las acusaciones fueran contra la Compañía en general o contra los ejercicios.

Como se ve, las acusaciones de Melchor Cano ni siquiera entre sus hermanos, los dominicos, dejaron profunda huella.

11. Mientras en Salamanca azuzaba de este modo el fuego el ilustre catedrático de prima, no descansaba en Toledo el Arzobispo; influenciado, a lo que parece, por Melchor Cano, dió un nuevo sesgo a la contienda. La consideró ahora bajo el aspecto teológico. Nombró una junta de varones doctos presididos por Fr. Tomás Pedroche, dominico, (49), comisionándoles el examen del libro de los ejercicios (50). Este paso, dado por el ilustre Arzobispo después de la aprobación explícita de Paulo III, era un paso absurdo y falso.

Se ignoran quiénes eran los miembros de la Comisión, pero en la censura que dieron se refleja con toda claridad una fuerte tendencia antiiluminista y un arraigado criterio intelectualista.

Hubiera constituído este paso de Siliceo sin duda un grave obstáculo para la expansión de los ejercicios, si la resolución de los examinadores se hubiera hecho del dominio público y sobre todo si hubiera tenido algún complemento en el foro externo. Pero todo se redujo a un informe lleno de acusaciones y falsedades contra la nueva práctica. Su influjo se limitó a aquellos círculos que tenían contacto con los miembros de la comisión, círculos que sin duda constarían de personas de ideas afines.

En Siliceo más que actos positivos contra el arte ignaciano, hubo una tácita animadversión a la obra que realizaban los jesuítas, que por esa conducta del Arzobispo encontraban mucha dificultad para realizar sus ministerios y consecuentemente para dar los ejercicios. Pero esta animadversión no fué exclusiva contra los jesuítas. Nadal y Araoz dan a entender claramente en sus cartas, que al Arzobispo no le faltaban enemigos en Toledo, cosa que no extrañará si se tiene en cuenta su duro e inflexible carácter (51).

La censura del P. Pedroche merece ser considerada más detenidamente, ya que es la fuente más importante que tenemos para descubrir las ideas de los que se oponían a los ejercicios (52). Desde las primeras líneas se refleja clarísimamente la mentalidad intelectual activa antimística. Véase una de las primeras acusaciones de Pedroche:

> «San Ignacio —dice— fué de tan pocas letras que no supo ni fué bastante para escribir estos ejercicios y documentos en latín sino en romance y lengua española. Item más se ha de notar y ponderar que más de la experiencia interior de su pecho y de la interior unción del Espíritu Santo que no de los libros sacó y compuso el dicho Ignacio o Iñigo estos ejercicios y documentos espirituales. Lo cual sabe

(49) El P. Pedroche fué durante muchos años profesor de teología en el colegio de San Pedro Mártir de Toledo. Castro, lib. IV, cap. 5.° (I, 97v).

(50) Astráin, I, 370-375.

(51) Epp. Nadal, I, 233 y Epp. Mixtae, II, 609.

(52) La censura está editada íntegramente en el tomo tercero del *Chronicon* de Polanco, PCh. III, 503-524. Junto con la censura han publicado las apostillas de un contemporáneo, cuyo nombre ignoramos. Según dice el P. Castro «no parecen de alguno de la Compañía», PCh. III, 504.

y no poco a la fuente de los dejados y alumbrados, los cuales, dejado y pospuesto lo revelado en los libros, se remiten y entregan a lo que el espíritu les dice dentro de su pecho y tienen por cosa infalible que siempre les habla el espíritu de Dios» (PCh. III, 504-505).

Recuérdese el papel tan importante que jugaba en ese sector la razón y la ciencia, el espantoso recelo que había en aquellos círculos intelectualistas a todo lo que no pasara por este tamiz intelectual y dejara entrever algo de sujetivismo, y se comprenderá la razón de esta objeción y la conclusión tan extraña que saca de esta premisa: «que sabe no poco a la fuente de dejados e iluministas». De este sector seudomístico había salido Lutero, la pesadilla del mundo católico de entonces. Con razón tenían que estar alerta a ese movimiento.

La objeción fundamental que, bajo el peso de esta preocupación, ponían contra los ejercicios, era el haber en éstos, resabios de doctrina de alumbrados. En tal acusación, involucran cosas verdaderas con claras falsedades. En los alumbrados ni todo era falso, ni el movimiento era en bloque heterodoxo. Coincidían los ejercicios con los aspectos sanos de los alumbrados, en el afán de renovación espiritual, en una gran estima de la oración, unas vivas ansias de sentir a Dios en el alma y dejarse guiar por Él. En este sentido tenía algo de razón la afirmación de Pedroche, aunque la palabra tuviera ya entonces mal sentido, y San Ignacio hubiera asegurado en 1545 a Juan III que nunca conversó con alumbrados (FM. 53). Mas había también alumbrados, que se dejaron llevar de un desmedido afán por experimentar en sí fenómenos extraordinarios, que se creían impecables y desestimaban las oraciones vocales y obras externas; había iluminados todavía mucho más peligrosos que se envolvían en una capa de falsa piedad para dar rienda suelta a sus pasiones (53). A este género de iluminismo de ninguna manera se asemejaba el método ignaciano.

Los principales pasajes de los ejercicios en que encontraban resabios de iluminismo, eran la anotación 15, la doctrina de la indiferencia y de las elecciones, y la tercera de las reglas de discreción de espíritus (54).

En la anotación 15 de los ejercicios, San Ignacio prescribe que «durante el retiro no debe el Director mover al ejercitante a ningún estado de vida sino que es mucho mejor que el mismo Criador y Señor se comunique a la su ánima devota abrazándola en su amor y alabanza y disponiéndola por la vía que mejor podrá servir en adelante.» (Ej. 15.)

Tenemos recordado en este mismo capítulo, cómo esta regla disipó plenamente ciertos recelos del Beato Juan de Avila. En cambio, Pedroche escribe sin titubear:

«Esta letra manifiesta y claramente contiene y afirma y enseña una proposición y aserción temeraria y escandalosa y herética; y es

(53) Véase la descripción de las tres clases de alumbrados que hace el P. Llorca en *La Beata de Piedrahita*, 49-52.

(54) Los principales pasajes en que se refieren acusaciones sobre el iluminismo en ejercicios se encuentran en PCh. III, 505, 509, 510 (Cf. también 530, 563); VI, 690; EM. I, 257; III, 665, 667; EN. IV, 845; LQ. IV, 263.

que entre tanto que dura el tiempo de los ejercicios, no tiene lugar la predicación ni el predicador para persuadir que entre muchos bienes se haga la elección de uno de ellos en particular... A mi ver clara y abiertamente esta doctrina es de dejados y alumbrados pues que, pospuesto y dejado lo escrito y pospuesta y dejada toda la enseñanza y doctrina que por buenas voces dan los buenos y sabios, se remiten rinden y entregan y dejan a lo que el espíritu y Dios dijeren allí en lo secreto del alma.» (PCh. III, 509-510.)

Por semejante camino, mezclando conceptos verdaderos y falsos y sacando del texto deducciones totalmente ajenas al pensamiento de San Ignacio, va analizando la indiferencia (PCh. III, 511-512), la primera regla del segundo modo de elección [Ej. 184] (PCh. III, 516), la noción de consolación espiritual [Ej. 316] (PCh. III, 520), buscando afinidades entre la interpretación que da a estos puntos de los ejercicios y la doctrina de los alumbrados, entendida casi siempre en su modalidad iluminística. La acusación predominante que Pedroche hace destacar repitiéndola bajo los aspectos más varios, es que San Ignacio pretendía del ejercitante un contacto experimental con Dios, parecido al que tienen los bienaventurados en el cielo, y un fruto tan extraordinario que supondría la impecabilidad y la percepción experimental de la propia predestinación (55).

Ni faltan otras acusaciones que se basan también en una falsa interpretación del texto. Se puede decir que el P. Pedroche, y lo mismo sucedió a los teólogos que impugnaban el libro, se situó en una perspectiva falsa. El consideró los ejercicios como una obra en que se teoriza sobre la vida espiritual, y no como un libro práctico en que se dan normas para regular una práctica, que se ha de desarrollar con la intervención de un director experto, aunque naturalmente se base ésta en principios sólidos de vida espiritual allí incluídos.

Por este falso punto de vista en que se ha situado Pedroche, algunas indicaciones de índole meramente práctica de San Ignacio, como el que duren los ejercicios enteros unos treinta días [Ej. 4] y el que no se le comunique al ejercitante la materia de las meditaciones posteriores, sino que se le vaya iniciando ordenadamente [Ej. 11], las convierte el P. Pedroche en principios de vida espiritual, como si San Ignacio quisiera decir que bastaban treinta días para alcanzar la perfección y después no restara ya nada que hacer (PCh. III, 507), y como si fuese criterio del autor de los ejercicios, el mantener a los fieles en una crasa ignorancia sobre las vías de la perfección (PCh. III, 508).

12. Todavía vitupera el P. Pedroche varios pasajes aislados del áureo libro. Entre éstos hubo uno disputadísimo y de muy larga historia.

Frusio, al traducir al latín la frase de la Regla 14 para sentir con la Iglesia, en que dice San Ignacio: *Dado que sea* mucha verdad que

---

(55) Cf. sobre todo PCh. III, 520-522, donde se encuentran principalmente explanadas estas ideas.

ninguno se puede salvar sin ser predestinado y sin tener fe y gracia» [Ej. 366] la tradujo del siguiente modo. «Advertendum quoque est, *etiam si plane compertum definitumque* **esset**, nemini contingere salutem nisi praedestinato...» (Ex. 558). Los contradictores se fundaron en el *esset* de la traducción (el texto castellano probablemente no lo conocían), para asegurar que en los ejercicios se defendía la opinión de Ambrosio Catarino, de que también los no predestinados podían salvarse (56). Naturalmente que San Ignacio nunca había pensado tal cosa, y el Padre Frusio preguntado sobre el caso, respondió que ni se le había pasado por la mente tal interpretación (MI. Epp. VIII, 413). Pero también es verdad que el sentido obvio de este *esset*, era el que le daban los que veían en él la sentencia de Ambrosio Catarino. No tenía fácil defensa en sí el *esset*, y si San Ignacio no lo cambió fué por respeto a la Santa Sede, que había aprobado aquella traducción. Araoz con todo, puso en vez del *esset*, un *sit* que reflejaba más fielmente el sentido del original (Ex. I, 380). Posteriormente se ha vuelto a poner *sit* aun en la traducción llamada vulgata.

Fué muy traído y llevado este texto en España, a pesar de que se recordó por los jesuítas que el original castellano excluía toda interpretación peligrosa. Se comprende, pues era el único pretexto aparentemente fundado que daba a las censuras el texto latino de Frusio.

No deja de ser curioso que las acusaciones de antiliturgismo y mecanización de la vida espiritual que se complacen en repetir ciertos círculos modernos (58), del todo contrarios a las que lanzaban los intelectuales del siglo XVI, no las encontremos más que en algún punto muy determinado, sin que adquirieran extensión ninguna.

> No recordamos más que dos ocasiones, en que se achaquen acusaciones de esta índole. Una, precisamente en Salamanca, en el centro de los intelectuales, y enunciada por un ilustre catedrático de teología, el P. Pedro de Soto Mayor, a quien según el P. Antonio de Córdoba «le parecen calculaciones los exámenes» (LQ. III, 307); y otra el P. Luis de la Cruz, cambiado en 1556 casi de repente de amigo en enemigo, tal vez por razones totalmente ajenas a los ejercicios (59), el cual decía de la oración mental, entre otras cosas, que la habían hecho tan difícil con tantas adiciones, que era una invención moderna para volver locos a los hombres y postergar la salmodia davídica que emplea la Iglesia.» (60).

Otra acusación provenía de una fuente muy diversa. A veces algunos jóvenes —como veremos más tarde— se sentían llamados por

---

(56) La historia de toda la larga controversia la trata el P. Codina en su *Introducción* a la edición crítica de los ejercicios, en Ex. 154-158. Sobre la opinión de Catarino, cf. Ex., 157, nota 1.

(58) Este punto trasciende los límites que nos hemos impuesto. Por otra parte es un tema del que se ha escrito muchísimo. A vía de ejemplo, véase, G. Celi, *Ascetica ignaziana et esaggerazioni del liturgismo*, Roma, Civiltá Cattolica, 1915, 2.ª ed.; L. Peeters, *Spiritualité ignatienne et Pieté liturgique*, Tournai (1914); P. Leturia, *Consecuencia inesperada del movimiento litúrgico benedictino*, Estudios eclesiásticos, 9 (1930), 539-553.

(59) Véase la razón que asigna Polanco en su *Chronicon*, VI, 707-708. Cf. PCh., VI, página 690.

(60) Litt. Quadr., IV, 263. Este no recordaba los complicadísimos métodos de la *Devotio Moderna*, (Baste citar el *Rosetum* de Mauburno) simplificados por García de Cisneros y mucho más por San Ignacio.

Dios a una vida más perfecta. Pero o no se mostraban bastante generosos para responder al llamamiento divino o se les oponía en el camino la familia. Entonces no era raro que para justificar su cobardía empezaran a decir que los ejercicios se dirigían a captar vocaciones religiosas (61). Al hablar de la elección, trataremos de estas acusaciones.

13. No podían permanecer indiferentes los jesuítas ante tales campañas, principalmente ante las llevadas a cabo por los intelectuales antimísticos.

El P. Antonio de Araoz, provincial de España, que hasta entonces había preferido no tomar cartas en el asunto, decidió intervenir después de varias conversaciones tenidas con el marqués de Tavara, Bernardino Pimentel, con Ruigómez de Silva, privado de Felipe II y con el dominico P. Mancio de Corpore Christi, en las que debió de percatarse de la trascendencia de la lucha.

Como primera medida, decidió hacer luz en torno a los ejercicios mismos, para disipar tanta niebla de prejuicios y falsedades que en su alrededor se había formado.

«Es necesario —dice— que los ejercicios y las constituciones y todo quede en limpio» (EM. III, 670). Sólo así desaparecerán las dificultades. «Si una vez estas cosas no se aclaran, siempre harán rumor con que se escandalicen los pupilos.» (EM. III, 668).

En consecuencia, busca informes de doctores y de Universidades que examinen a fondo y dictaminen sobre su ortodoxia, para que sus sentencias acaben de disipar las difidencias de los adversarios.

Él por su parte dió a examinar los ejercicios a los Doctores Cuesta y Alfonso Ramírez de Vergara de la Universidad de Alcalá y al Dr. Bartolomé Torres de la Universidad de Sigüenza. Los sendos informes con que éstos respondieron a la demanda del P. Provincial, favorabilísimos a los ejercicios, los analizaremos más tarde.

El P. Araoz en la carta citada deseaba que se hicieran muchos más dictámenes. En una larga carta escrita el 20 de diciembre de 1553 a San Francisco de Borja y al visitador Jerónimo Nadal

sugiere que el cardenal Enrique Infante de Portugal «como inquisidor general en Portugal cometiese a la Universidad de Coimbra que viesen los ejercicios»; cree que si viniese un juicio particular del Dr. Navarro sería de mucho efecto «porque tiene gran crédito en Castilla» (EM. III, 669). Juzga que también haría mucha impresión al arzobispo Siliceo un juicio del P. Miguel Torres, «pues es tan acepto

(61) Ya San Ignacio alega esta propaganda de mala ley que hacían los que habían sido cobardes en la elección y dice que «en dar las elecciones sería rarísimo... porque acaece cuando salen de los ejercicios y no han hecho todo el provecho que se esperaba, ser tentados y decir y publicar que nosotros les queríamos hacer pobres, moviéndoles a pobreza y religión», MI. Epp., XII, 677. El cardenal Cervini, en Trento, en 1546, insinúa que se propalaba esta acusación, Epp. Salmeronis, I, 18. La misma acusación se repite en París en 1549, Epp. Mixtae, II, 257 y en Perusa en 1553, PCh. III, 48. En 1549 el Beato Avila indica al P. Villanueva haber oído la misma acusación, PCh. I, 433.

al Arzobispo y le tiene por muy letrado» (EM. III, 669). Igualmente cree que serían muy oportunos pareceres del P. Mto. Avila «y de otros, especialmente dominicos» (EM. III, 669). Pide además a San Francisco de Borja que escriba él personalmente a Ruigómez «acerca de lo que siente, porque sé que holgará grandemente de tener pareceres de personas tales para que su amo [Felipe II] y él, respondan a los que derogan a los ejercicios que no faltan y es negocio —continúa el prudente Araoz— que muchos mensajeros propios serán bien empleados en él.» (EM. III, 669-670.)

Araoz por su parte, aunque mucho lo deseara, no cree hacedero el pedir informes a la Universidad de Alcalá y Salamanca, porque «con ser los principales de ellos dominicos, quizá se excusarían de tratar de esto» (EM. III, 669).

Tres días más tarde escribió todavía otra carta Araoz a los dos Padres citados, porque después de remitida la anterior le entregaron un ejemplar de ejercicios con apostillas puestas por Siliceo (EM. III, 671). El P. Provincial les ruega que respondan a las objeciones por escrito. Opina además muy conveniente el que se personen en Toledo para hablar con el Arzobispo los PP. Borja, Miguel Torres y Villanueva (EN. I, 213-215).

Extrañará tal vez esta conducta después del Breve Pontificio. ¿Qué mejor juicio y más explícita prueba de ortodoxia podía presentar que el encomiástico documento de Paulo III? Sin embargo, a Araoz le parecía que harían mucho más efecto los otros dictámenes.

«Parece que haría mucho más al caso», dice él textualmente, «porque de la aprobación y examen de Roma no muestran la satisfacción que sería razón, muchos de por acá, porque si la tuviesen no intentarían lo que hacen» (EM. III, 669).

En estas líneas deja traslucir con bastante claridad el ambiente que en este particular se respiraba en la corte española, que es lo que le movió a proceder de ese modo. El P. Astráin, tratando de un asunto parecido a éste, lo califica de «excesivo españolismo», y lo describe con términos que iluminan muy acertadamente el punto que estamos tratando.

«Pretendíase —escribe el ilustre historiador— que todos los negocios de España se examinasen, decidiesen y terminasen en España, sin acudir a Roma. Este deseo no provenía de rebelión formal contra el Sumo Pontífice. Nadie como los españoles reconocían la suprema autoridad del Vicario de Cristo. Mucho menos nacía de algún error dogmático que se nos hubiera introducido, pues la fe católica brillaba purísima en nuestros doctores y universidades. Fundábase en dos ideas que encerraban un fondo de innegable verdad. Era la primera la estima que nuestros abuelos hacían del propio catolicismo. Mirábanse entonces los españoles como los católicos por excelencia. El rey de España era el Rey Católico; las armas españolas eran las armas católicas. Ellas habían de vencer al hereje en Flandes, al turco en Lepanto, al moro en Berbería y al salvaje en el Nuevo Mundo. Con este concepto del propio catolicismo se juntaba en los españoles del siglo XVI una idea desastrosa del estado moral de la curia romana. «Mal conoce Roma, escribía Melchor Cano, quien pretende sanarla. Enferma de muchos años, entrada más que en la tercera ética, la calentura metida en los huesos y al fin llegada a

tales términos que no puede sufrir su mal ningún remedio». Por las actas del Concilio de Trento se ve que cuando se tocaba este punto de la curia romana, casi todos los obispos españoles perdían la serenidad de ánimo y lanzaban alguna invectiva más o menos vehemente contra Roma.» (62).

Nos parece que este concepto algo exagerado del propio catolicismo aun respecto a Roma, era el que hacía que el Breve de Paulo III no influyese de modo tan decisivo en esos medios españoles que atacaban los ejercicios y que Araoz se afanase de buscar testimonios que impresionasen más fuertemente. Aunque ya veremos que algunas de las censuras por él procuradas, en especial la del Dr. Torres, apretaron fuertemente el argumento del Breve Pontificio.

Todavía tomó Araoz otra medida de índole muy diversa. Viendo las dificultades que venían a los ejercicios por el infeliz *esset* de Frusio, y observando que la opinión general era que «si no es error de la impresión, que es proposición herética» atemorizado de modo especial —según refiere Nadal— por el Dr. Cuesta (EM. III, 667) mandó por sí y ante sí enmendar esa frase conforme al original español (FN. 710). Ya Nadal escribía desde Valladolid el 19 de marzo de 1554: «Los ejercicios que por acá son, tienen corregido el *esset* y mudado en *sit* en la 14 de las últimas reglas: esto hizo, sin saberlo yo, el Dr. Araoz» (63).

Juntamente a estas medidas más extraordinarias, se juntó la labor callada, pero eficacísima, de ir aclarando suavemente en conversaciones particulares los puntos controvertidos, explicar el verdadero sentido del método ignaciano y sobre todo procurar que los hicieran, porque como muy acertadamente escribió el Dr. Bartolomé Torres en su segunda Apología:

> «verdadera y perfectamente ninguno puede saber lo que valen los ejercicios hasta que los haga y use, porque se ordenan a plantar virtudes en las almas y desarraigar vicios; y ninguno puede saber cuánto vale la virtud; ni sentir el gusto de ella, si primero no se ejercita en ella, y de aquí es que he visto muchos letrados espantarse de cosas que hay en los ejercicios y no las poder entender... las cuales fácilmente entienden los que las ejercitan y gustan por obra.» (64).

Más aún; en no pocas ocasiones Araoz y Nadal dejaron el mismo texto de los ejercicios a algunas personas de influencia (65), cuando

---

(62) Astrián, III, 99-100.

(63) Epp. Nadal, I, 244. Cf. también Ex. 156 en donde el P. Codina habla de algunos códices corregidos que él ha visto. Alguno lo había cambiado en «est».

(64) Ex. 666. Nadal, en su *Apología contra la censura de Pedroche*, expresa el mismo pensamiento e indica también como remedio el que hagan los ejercicios, Polanco, *Chron.*, III, 568.

(65) Escribe Nadal a San Ignacio el 19 marzo 1554: «D. Diego de Córdoba hame demandado con mucha instancia que él quiere ver los ejercicios y hános parecido dárselos, porqu me había dicho que habíamos ser fáciles en darlos a ver, principalmente en estos rumores; yo le dije que fácilmente los dábamos a quien veíamos ser provecho, que por eso los habíamos hecho estampar», EN. I, 243. Araoz los dejó al P. Mancio, EM. III, 668. San Ignacio los envió también al príncipe Felipe II, MI. Epp. IV, 254 a instancias de Hurtado Diego de Mendoza, que desea le envíe un ejemplar para que dé a entender «a personas de autoridad cuán diferente es el negocio de lo que algunos lo han pintado», MI. Epp. XII, 428. Cf. EM. IV, 44 y lo que decimos de la extensión que alcanzó el libro de los ejercicios en el cap. IV, núms. 16 y 17.

veían que el secreto que se hacía alrededor de éstos, era la razón porque desconfiaban de su ortodoxia.

14. Nadal se mostró conforme con esta táctica callada de Araoz de ir haciendo labor positiva por medio de conversaciones, pero no aprobó ni secundó sus deseos de buscar dictámenes sobre los ejercicios. Poco antes de que Araoz le escribiera la carta que hemos mencionado, entraba Nadal en España a fines de 1553, por la frontera de Portugal, con la comisión oficial de interpretar los ejercicios y declarar las Constituciones (Ex. 649-50). En Córdoba, en enero de 1554, recibió la carta que acabamos de mencionar del P. Araoz, y otra de San Francisco de Borja que desconocemos. Pudo así desde el principio darle perfecta cuenta del cauce que tomaba la contienda. Le debió impresionar, sobre todo, el que se llevara la cuestión a la Inquisición. Es al menos lo único que cuenta en sus efemérides (EN. II, 21). Inmediatamente escribió a Araoz una carta que él califica en sus efemérides de «acre», exponiendo en ella el principio que debía regular toda su conducta y que debería sin duda a instrucciones expresas de San Ignacio; los ejercicios había que defenderlos, no ya como una cosa de la Compañía, sino como confirmados por la Sede Apostólica (EN. II, 21).

La carta del visitador P. Nadal al provincial Araoz está impregnada en los más ardientes sentimientos de amor y fidelidad para la Sede Apostólica. Le devora el celo por la autoridad y majestad de la Iglesia de Roma, maestra de todas las iglesias. Ansía agotarse por su defensa, estando continuamente preparado para propugnar sus derechos (66).

No responde Nadal a los deseos de Araoz de procurar informes de Portugal, pero da a entender sobradamente que se mostraba enemigo de todo lo que no fuese apoyarse en la autoridad de la Sede Apostólica.

15. No tenemos ninguna noticia de que llegaran los ecos de esta contienda a Roma hasta principios de 1554. A fines de 1553 o principio de 1554 escribía el P. Manuel López desde Alcalá sobre los dos puntos principales de contienda: el *esset* de la regla 14 para sentir con la Iglesia, y algunas expresiones de la definición de consolación espiritual (Ej. 316).

Polanco, en su respuesta del 12 de abril de 1554, explica el sentido de ambos pasajes, confrontándolos con la traducción literal «firmada del cardenal de Burgos como inquisidor y del Vicario del Papa y del maestro del Sacro Palacio» (MI. Epp. VI, 588).

Ni una palabra sobre la conducta que convenía seguir en la práctica; pero esa alusión a la aprobación de los ejercicios indica que Polanco presuponía como actitud obvia el parapetarse en el Breve Pontificio.

(66) La carta en Ex. 649, 650.

En junio responde Polanco más explícitamente a diversas cartas de Nadal escritas entre 13 de diciembre y 19 de marzo.

«Sobre los ejercicios —escribe Polanco— nuestro Padre entendiendo lo que allá pasaba no se ha movido a hacer ni ordenar diligencia ninguna, así por ser las cosas que oponen tales que se refutan de suyo con mostrar el ánimo de los que las oponen, como también por estar allá Vuestra Reverencia y esos Padres que tan cumplidamente han hecho las diligencias que eran menester y harán las que fueren para adelante, todavía si algo allá pareciere determinadamente que convenga, acá se procurará.» (MI. Epp. VII, 103, 104).

Estas diligencias a las que se refiere San Ignacio son sin duda las visitas que hicieron los diversos Padres, como Nadal, a Siliceo y al Presidente del Consejo de Castilla, para dar explicaciones de palabra. Es de creer que también se referiría a los informes de los tres doctores españoles hechos a instancias del Dr. Araoz.

Expone aquí Polanco una parte del pensamiento de San Ignacio, la parte negativa: juzga San Ignacio mejor no hacer diligencia ninguna.

Pero escribiendo a San Francisco de Borja el 5 de enero de 1555, con quien no se había visto desde 1550, le expone también el criterio positivo que había de seguir en la práctica:

«De los ejercicios o contradicción de ellos, nuestro Padre no siente que debemos hacer caso, sino estar en paz con todos de nuestra parte y si algunos nos demandaren responderles hemos y fácilmente descargándonos con la Sede Apostólica a cuyo juicio y censura con precedente examinación tan diligente se ofrecieron los ejercicios y Su Santidad con breve particular aprobó todo cuanto en ellos hay y exhortó los oficiales a ayudarse de ellos.» (MI. Epp. VIII, 253).

San Ignacio se parapetaba en la trinchera de la aprobación pontificia para hacer frente a las oposiciones. Lo mismo confirma un significativo testimonio del P. González de Cámara en su Memorial: «Acordarme he —escribe— de cómo sabiendo el Padre por el P. Nadal, cuando vino la contradicción de los ejercicios en España y cómo Araoz había hecho enmendar los libros conforme al español, el Padre lo sintió mucho, condenando mucho a Araoz por haberle hecho, pues los de latín habían sido aprobados por el Papa y dijo que nunca los defendería sino que la Iglesia los defendiese de los contradictores». (FN. 710).

La mente de San Ignacio aparece bien diáfana y tiene significación histórica ante la tendencia de ciertos círculos de España y reflejada por Araoz. La táctica que indica es en sustancia contraria a la del Padre Provincial. Ni alarmarse, ni dar demasiada importancia a estas recriminaciones, porque los ejercicios estaban ya aprobados por el Vicario de Cristo. Pero sus órdenes son en la forma mucho más moderadas que las de Nadal. No recrimina las medidas tomadas por Araoz y aun juzga oportunas en general las diligencias hechas en España, sin recordar expresamente el disgusto que le produjeron las correcciones del texto hechas por el provincial de Castilla.

16. Parte sin duda por estas órdenes de San Ignacio y Nadal, parte porque gracias a las medidas anteriores el horizonte se había

notablemente aclarado, Araoz juzgó mejor no hacer ya nada más (PCh. V, 426). No faltaron con todo este mismo año algunas insignificantes escaramuzas, como diversas frases que se permitió Cano en Valladolid en una comida con el presidente del Consejo de Castilla, Antonio de Fonseca. Dió el P. Araoz el libro de los ejercicios a Fonseca para que lo leyese. Satisfizo plenamente el libro al Presidente y sin más consecuencias acabó ese pequeño incidente.

Tan sólo en 1556, observando Araoz que Cano continuaba sus invectivas, decidió intervenir. En esta decisión se observa el influjo de las órdenes emanadas de Roma. Invita al ilustre teólogo dominicano a que escriba todo lo que tenga contra la Compañía para poder responder también por escrito a las objeciones propuestas, decidiendo presentar todo: las objeciones y las respuestas ante una comisión nombrada por la gobernadora, la princesa Juana.

Exceptúa de la discusión lo que estaba ya aprobado por la Santa Sede, como eran el Instituto de la Compañía y los ejercicios. Estos puntos no admiten discusión posible (PCh. VI, 630).

No se llevó a efecto el plan propuesto por Araoz, porque Cano respondió —según Polanco —que mientras tuviere lengua, no quería tratar nada por escrito.

Como se ve, las medidas de defensa tomadas por los jesuítas, fueron muy escasas y todas de orden privado, exceptuando a lo más el apelar a la Inquisición si es que se hizo por un jesuíta (EN. II, 21). Todo se redujo a conversaciones privadas, explicando los términos y respondiendo a las objeciones. Se sentían seguros con la explícita aprobación pontificia.

17. El P. Nadal, con todo, empezó a preparar una detallada apología contra la censura del P. Pedroche, en la que con gran peso de razones, en estilo a veces incisivo y mordaz, y siempre vivo y fogoso, va analizando el juicio del objetante punto por punto y aun en ocasiones frase por frase, intentando probar las aberraciones y falsedades que ve encerradas en dicha censura (67).

Una preocupación le domina. El mostrar la ortodoxia de todas las frases del libro de los ejercicios. En los más de los puntos amontona argumentos de toda índole: de Sagrada Escritura, de autoridad y de razón (EN. IV, 827-840). Sus respuestas saben más a una tesis de teodicea que a un comentario de ejercicios. Es una táctica general. Para no complicar la defensa, prescinde de ulteriores explicaciones del texto, basándose en los conceptos más generales. Tan sólo incidentalmente deja escapar aquí y allá al correr de la pluma su pensamiento exegético de los ejercicios. Esta táctica, que tal vez se juzgue ahora menos feliz, aparece principalmente al tratar de la «indiferencia» propuesta por San Ignacio en el Principio y Fundamento. Pedroche (que

(67) Los editores de MHSI han publicado este borrador de la *Apología* de Nadal. El principio se encuentra en Epp. Nadal, IV, 820-826 hasta la penúltima línea de esta página: sigue en PCh. III, 527-573 y, por fin, concluye en EN. IV, última línea de la página 826 a 873. Se encuentra completa la *Apología* en las tres partes citadas. Una breve parte de la *Apología* ha sido reeditada de modo más perfecto en *Mon. Ign.*, Fontes Narr., 316-322.

la llama *non differentia*) la condena acremente, diciendo que según la Sagrada Escritura debemos comportarnos *de modo diferente* respecto a las diversas criaturas (PCh. III, 511). Nadal responde que debemos habernos indiferentemente, *sin diferencia*, es decir: que una misma norma ha de regular nuestra conducta respecto a ellas: la voluntad de Dios. En ellas no hemos de amar nada que no sea Dios. Debemos movernos indiferentemente a una criatura o a otra sin que de nuestra parte elijamos más una que otra. Dios dejó a nuestra disposición todas para que sin ofensa suya, más aún con mérito, podamos usar de ellas rectamente (EN. IV, 827).

Todo esto es verdad. Pero queda en la corteza externa. Considerando la indiferencia desde este punto de vista en que le ha colocado el adversario, deja de anotar otros aspectos mucho más profundos e íntimos, que el mismo Nadal consideraba sin duda al meditar el principio y fundamento, y que aquí soslaya, porque (a su juicio) no sólo no ayudarían a la defensa, sino que probablemente la embrollarían y complicarían más.

Hay con todo dos puntos en que explana más su pensamiento exegético: la contemplación para alcanzar amor y las elecciones.

Pedroche no ataca la ortodoxia de la contemplación para alcanzar amor, sino su conveniencia y utilidad. Se quiere en esta contemplación —dice el teólogo dominico— conmover al ejercitante poniéndole delante la imagen de un Dios que se fatiga y trabaja por nosotros, como naturalmente nos conmueve el ver a nuestros padres trabajar y sacrificarse sin descanso por nuestro bien. Pero nada de esto sucede en Dios. No es éste el sentido que encierra la Sagrada Escritura cuando dice que Dios trabaja, sino otro muy distinto, a saber: que Dios *hace trabajar* a las criaturas por nosotros.

Ahora bien; el contemplar cómo Dios trabaja en este sentido, no puede conmovernos más que el considerar cómo Él duerme o muere en las criaturas, porque también Él las hace dormir o morir (PCh. III, 518-519).

A Nadal, como es natural, no le satisface esta interpretación de Pedroche. Es verdad, viene a decir, que la Sagrada Escritura, al hablar del sudor y del trabajo de Dios, usa un sentido figurado adaptándose a nuestra mentalidad; pero no es menos cierto que esta frase encierra un sentido mucho más hondo y activo del que Pedroche señala. Esas expresiones significan la actividad operativa de Dios, que obra sin mezcla ninguna de imperfección con efectos potentísimos, cuya acción basta y sobra para promover grandes sentimientos de confusión y amor (PCh. IV, 862, 863). Y para hacer más palpable este sentido, explica el significado de ese punto de la contemplación para alcanzar amor.

No se trata aquí de frías especulaciones sobre el trabajo o el sudor de Dios, sino de gustar internamente y de penetrar profundamente el inmenso amor que encierra ese preocuparse tan íntimo y personal de Dios por las criaturas.

Ante la vista de los beneficios de Dios, brota obviamente un cau-

dal de dulce agradecimiento ante el Señor que tan generosamente atiende a tan viles criaturas, y este sentimiento no puede menos de espolear a dedicarse de lleno al servicio de Dios (EN. IV, 863-854).

Según Nadal —y sin duda que es un modo de ver personal suyo— San Ignacio, en el primer punto de la contemplación, hace contemplar esta virtud divina en el mismo Dios, ya que es Él quien la produce, para pasar en el segundo a considerarla en las criaturas que están informadas por ella.

Esa virtud por la que Dios «trabaja» es un potentísimo esplendor divino que, irradiando al mundo, produce el ser dándoles la vida y toda perfección (EN. IV, 864). Así entiende Nadal el habitar de Dios en las criaturas de que habla San Ignacio en el segundo punto de la contemplación para alcanzar amor «en los elementos dando ser, en las plantas vejetando, en los hombres dando entender» (Ej. 235). Dios, por este amor universal y eficiente se encuentra en todas partes habitando y obrando en ellas.

Las criaturas, por su parte, llevan en sí esta virtud divina, este fulgor que el Señor ha inoculado en ellas. Pero es distinto *el modo* con que estas criaturas corresponden al trabajo de Dios, y esta diversa correspondencia es la que Nadal encuentra en el tercer punto de la contemplación en aquel «considerar cómo Dios trabaja y labora por mí en todas cosas criadas sobre la haz de la tierra... Así como en los cielos, elementos, plantas, frutos, ganados, etc.... dando ser, conservando, vejetando y pensando, etc.» (Ej. 236). Nadal se fija principalmente en las criaturas que cooperan mal a la acción divina. Aquí se ve mejor su bondad y su trabajo. Porque llega hasta tal punto la bondad de Dios, que trabaja con las criaturas aun cuando éstas usen de su virtud para el mal, para el pecado. Todo, absolutamente todo, se efectúa por Él y en Él. Aun lo más íntimo, aun lo más abyecto. Dios está presente en lo más íntimo del ser sin cesar un momento y trabaja aun para conservar la naturaleza del demonio (EN. IV, 865-866).

Hemos indicado hace poco que Nadal explica también bastante expresamente su pensamiento exegético en un segundo punto de los ejercicios: la elección de estado. Lo hace a pesar de que Pedroche no impugna las elecciones en sí, sino una de las normas que pone San Ignacio como básicas para elegir por el tercer modo, la necesidad de que «aquel amor que mueve y me hace elegir la tal cosa, descienda de arriba del amor de Dios» (Ej. 84).

Aserto escandaloso y herético es éste, según Pedroche, ya que de ser verdad, no podrían hacer ninguna elección recta ni los gentiles, ni los herejes, ni los pecadores. Además, de aquí parece deducirse que el temor no puede ser norma de elección, lo cual está en contradicción con la Sagrada Escritura.

Nadal aquí, contra su costumbre, antes de responder directamente a la sutil objeción, expone ampliamente todo el sistema de elecciones de San Ignacio (EN. IV, 840-846).

Después de indicar que a pesar de que los ejercicios casi tienden a la elección *(fere exercitia nostra ad electiones status vitae christianae*

spectant) (EN. IV, 840), se pueden hacer sin entrar en las elecciones, continúa diciendo que en ellos no se pretende hacer una elección cualquiera, sino una elección perfecta, la más útil y *la mejor* para cada uno (EN. IV, 840). Para ello esta elección ha de ir regulada al fin, ha de ser hecha con toda seriedad, aprovechando todos los medios divinos y humanos, y para evitar el equivocarse en cosa tan importante ha de ser controlada y aprobada del director (LN. IV, 841-842).

Se trata de elegir entre los diversos estados particulares a los que Dios puede llamar, ya que Él llama y atrae a las almas misericordiosamente a algún estado. Esta atracción hacia Dios la hace Él por medio de Jesucristo: por eso se intercalan las elecciones en medio de las contemplaciones de la vida del Redentor, en donde además encontramos prácticamente realizados los ideales de la más sublime perfección (EN. IV, 843).

Todos los estados de vida los vemos en su verdadera realidad tan sólo a través del esplendor que dimana de esta gracia de Dios y del ejemplo de Jesucristo. Toda elección, pues, hecha sin esta luz, no será elección perfecta. Dios manda esta luz en tres fases distintas y en este contexto expone Nadal los tres tiempos de elección de que habla San Ignacio (EN. IV, 843-845).

Presupuesto esto, responde directamente a los escrúpulos de Pedroche, diciendo que el principio en que se basa San Ignacio es un principio admitido por todos los teólogos, a saber, que tratándose de perfección, la caridad ha de regular no sólo las elecciones, sino todas las acciones del hombre. Ahora bien; San Ignacio trata de elegir en orden a una vida más perfecta y semejante a Jesucristo; no trata de la elección que para la vida ordinaria han de hacer los gentiles y herejes, aunque si las elecciones de éstos se hicieran conforme a las normas ignacianas, serían mucho más perfectas (EN. IV, 846-848).

No se para en esto Nadal, sino que indica cómo se pueden adaptar los ejercicios para los gentiles y herejes (EN. IV, 849-852).

Queda con esto refutada suficientemente la razón aducida por Pedroche, pero no la acusación misma de *herejía* lanzada brutalmente contra el autor de los ejercicios, no sólo en ese pasaje, sino también antes y después en otros varios. Así, por ejemplo, al principio de su censura, donde especifica que se trataba de la herejía de los «dejados y alumbrados», y que precisamente por ella huyó Iñigo de España a Roma escapando de la Inquisición y de los inquisidores (FNN. 316). En la breve introducción que precede a la versión latina estampada de los ejercicios halla el impugnador una prueba de acusación. La introducción dice que Ignacio escribió su libro movido «más de la experiencia interior de su pecho y de la interior unción del Espíritu Santo, que no de los libros». Para la corriente intelectualista extrema de Melchor Cano y de sus partidarios esto era tocar el punto neurálgico. Por eso continúa Pedroche resueltamente: «Lo cual sabe y no poco a la fuente de los dejados y alumbrados, los cuales, dejado y pospuesto lo revelado en los libros, se remiten y entregan a lo que el espíritu les dice

dentro de su pecho, y tienen por cosa infalible que siempre les habla el espíritu de Dios» (PCh. III, 505).

Y vuelve a la carga con ocasión de la anotación 15, en la que San Ignacio recomienda que durante los ejercicios no se mueva al ejercitante (como conviene hacerlo fuera de ellos) hacia la virginidad, la vida religiosa y el voto de mayor perfección. Esto es para Pedroche prescindir de «toda la enseñanza y la doctrina que, por buenas voces, dan los buenos sabios», y dejar al ejercitante a ciegas «a lo que el espíritu y Dios dijeren allá en lo secreto del alma» (PCh. III, 510). Aun en el empeño de los de la Compañía de no dejar ni mostrar el libro de los ejercicios, ve el censor un resabio de alumbrados (PCh. III, 506).

No era difícil para Nadal descubrir el falso supuesto en que se movía el adversario. La obediencia y la devoción a la tradición católica y a las autoridades de la Iglesia no excluyen de ningún modo la experiencia y el gusto espiritual sentidos en lo profundo del alma.

Dios puede iluminar e inflamar directamente el corazón del hombre y darle a gustar sus delicias. En esto, no hay mal ni herejía ninguna. Es verdad: la experiencia interna podrá ser viciada; estará expuesta a engaños, pero ella en sí es ornamento de la fe, alimento dulcísimo del alma, medio que facilita el ejercicio de las virtudes (PCh. III, 553-554).

Supuesto este principio fundamental, es fácil a Nadal mostrar que el autor de los ejercicios, al contrario de lo que hacen los alumbrados, se esforzó por comprobar la pureza de esta luz por todos los medios que estaban a su alcance: por medio de la sana teología, de la Sagrada Escritura y de las enseñanzas de la Iglesia (PCh. III, 529).

Tal es el método que emplea San Ignacio no sólo en este punto, sino en todo el proceso que hace seguir al alma en su ascensión hacia Dios. Usa, sí, los medios divinos, pero también los eclesiásticos y humanos. Los medios divinos en los que directamente se gusta a Dios: la meditación y el uso de los sacramentos; los medios eclesiásticos, ya que sigue un método aprobado por la Iglesia romana; en fin, los medios humanos: somete al ejercitante a un director que es su instructor, consultor y juez (EN. IV, 842).

De modo semejante procede la respuesta a la objeción tomada de la anotación 15. Si en los ejercicios no conviene que el director mueva a estado de perfección al ejercitante, como puede hacerlo fuera de ellos, es porque hacer ejercicios significa recogerse dentro de sí mismo y ponerse por medio de la oración en contacto con Dios; en este estado no conviene que la interferencia humana merme el influjo divino (PCh. III, 564-565). Negarlo equivaldría a negar la oración individual.

> «¿Qué es lo que pides? (apostrofa Nadal a Pedroche en su estilo incisivo). ¿Que el ejercitante oiga al predicador? Pero ¿dónde y cuándo? ¿En medio de su oración mental? Eso es quitar la oración misma, cortar el influjo de Dios, oponerse a la gracia. Permíteme, amigo y hermano, que te diga que si oras así, no sabes lo que es orar.» (PCh. III, 565).

Ni se ha de olvidar que, según los ejercicios, el ejercitante ha de

tratar luego de su elección con el director, para evitar toda seducción engañosa qué haya podido infiltrarse (EN. IV, 842).

Por lo que hace a la reserva en mostrar el libro de los ejercicios, no hay en ello rastro de táctica de alumbrados, pues ningún reparo ha habido en presentarlo a la Santa Sede y ha merecido su aprobación. Se trata de una consecuencia de la índole misma de la obra. Porque el libro, sin un buen director que lo entienda y acomode al ejercitante, apenas sirve; y si trata de actuarlo un director inexperto, incluso puede ser perjudicial y funesto (PCh. III, 531-532).

Estas objeciones de Pedroche no sólo obligaron a Nadal a dar las respuestas particulares que acabamos de recorrer. Le ayudaron además a concebir en una síntesis inspirada y certera el fin concreto y providencial para que la Compañía le parecía fundada. A tres géneros de personas, según él, se opone por su finalidad misma la Compañía. El primero es el de los luteranos o herejes descubiertos; el segundo el de los «dejados españoles o herejes encubiertos»; el tercero el de los «teólogos que de tal manera se sumergen en la especulación, que no dejan lugar alguno a la devoción ni al espíritu ni a los sentimientos espirituales por donde penetren a las cosas donde han de poner firmemente el pie». A los primeros se opone la nueva Orden con la adhesión firme a la Iglesia Romana, unida al estudio de las verdaderas disciplinas sagradas; a los segundos, con el cultivo de la verdadera oración, con la práctica sincera de la vida espiritual y con el empleo de todos los medios que pueden ayudar a la renovación del alma, como se enseña en la parte última de las Constituciones; a los terceros, con el ahondar en la verdadera teología, que queda ineficaz e incompleta si no la vivifica el espíritu. Porque «si aun en las demás ciencias es necesario el espíritu ¿quién llamará teólogo a quien lo sea sólo en la especulación y no lo sea en el sentimiento cordial del espíritu que entiende todas las cosas?» (FN. 322).

Cuando Nadal escribía estas palabras, entre 1554 y 1556, la nueva Orden estaba haciendo un esfuerzo grandioso en la implantación de sus colegios por toda Europa y en la enseñanza oral y escrita de las ciencias sagradas, así como en la dilatación de la fe en la India Oriental y en el Brasil. Pero junto a esos fines de su institución, coloca ese otro fundamentalísimo de promover *la Teología del afecto* por medio de la oración y de los ejercicios, ayudando en ello a los muchos que en las demás Ordenes promueven la devoción contra corrientes excesivamente intelectualistas. Por eso termina así esta parte de su respuesta al Padre Pedroche:

> «Me dirás que esto [el ser teólogo de corazón y de afecto] es cosa rara. Pero fué frecuentísimo en la Iglesia y debe ser usadísimo puesto que lo propone en todas partes la Escritura y lo predican los santos. Nosotros, los que vivimos en la Compañía, podremos no alcanzar este género de teología, pero debemos aspirar a él y afanarnos por conseguirlo *porque ese es nuestro instituto.* Y por la gracia de Jesucristo, algo de esa luz comienza a resplandecer en nosotros, mientras que en otras Religiones no dudo que son muchos los que juntan la devoción y sentimiento espiritual con la especulación. Este es nuestro deseo, esta nuestra forma de estudios.» (FN. 322).

Al hacer Nadal esta inspirada síntesis se apartó de su táctica ordinaria de parar los golpes del adversario. Deja a un lado a Pedroche para ir derecho al fondo del asunto, presentando uno de los aspectos más internos de la espiritualidad de los ejercicios. San Ignacio no es ni iluminista, ni intelectualista, sino que ha sabido aprovechar lo sano de los alumbrados y lo bueno de los intelectuales, uniendo en una síntesis armoniosa y fecunda los elementos aprovechables de ambas tendencias.

En toda apología hay peligro de ser unilateral, de ocultar la parte de la verdad que puede parecer favorezca al adversario, de acentuar con tintas demasiado fuertes el polo opuesto del que sostiene el enemigo. Este pensamiento hondo y sentido que acabamos de exponer, esta concepción integral de San Ignacio que Nadal había captado como pocos, hizo que no ocultase algunos puntos afines de los ejercicios con la mística. Pero no impidió que insistiera demasiado en el aspecto intelectual y humano de ellos.

Sin duda que aquí está el punto débil de la Apología y la razón porque ésta no encierra todo el pensamiento de Nadal sobre los ejercicios. Basta compararlo con las instrucciones sobre la oración para advertir una gran diferencia en no pocas ideas. Es que en estas instrucciones recalca siempre que puede, el aspecto sobrenatural y afectivo de la oración, mientras que aquí se ve obligado a insistir en la parte más intelectiva y racional.

Quedó la Apología en los borradores del P. Nadal. En varias partes, sobre todo al principio, no pasa de ser un guión de ideas. Lo desaliñado de la expresión, lo ingenuo y áspero de muchas frases, está indicando que era intención del autor corregirla antes de publicarla.

Aunque Nadal hubiera perfeccionado su Apología, creemos que no hubiera producido ningún efecto en el sector contrario. En ella, como en toda esta contienda, se observa el choque de dos ideologías diversas, ideologías que son encarnación de dos tendencias muy caracterizadas y extendidas: la de San Ignacio, reforma netamente pontificia en dogma y gobierno y modo de llevarla a cabo, igualmente escolástica en los estudios, clara y definida en la teoría espiritual y afectiva en la práctica; y por otra parte, la acaudillada por Melchor Cano, pontificia también en el dogma, pero preferentemente nacional en los medios de llevarla a la práctica; intelectualista por el ambiente principalmente universitario y culto en que se desarrollaban sus actividades, y antimística y antiafectiva, como reacción ante los trágicos peligros del subjetivismo de Lutero y del iluminismo de los alumbrados.

Dos programas que coincidían en ser programas de reforma moderna y antiluterana, pero que se diferenciaban en los caracteres que los informaban.

18. Aunque no parece se propagaran mucho, ni tuvieran gran influjo en la contienda, hemos de recordar las apologías de los ejercicios que Araoz encargó a fines de 1553 a varios doctores de las Universi-

dades españolas. Fueron tres los invitados directamente por Araoz (68): el canónigo y maestro de Alcalá don Andrés Cuesta, más tarde obispo de León (Ex. 575); el canónigo de Sigüenza y bienhechor insigne del Colegio de Alcalá, don Alfonso Ramírez de Vergara, y el catedrático de Teología de Sigüenza y desde 1566 obispo de Canarias, don Bartolomé Torres (69).

Los tres emitieron sendos testimonios netamente favorables. Los de los dos primeros son escritos breves (70).

> El Dr. Cuesta, después de hacer una breve descripción del contenido de los ejercicios, dice que los que los hiciesen «necesariamente han de sacar grande provecho espiritual, porque aun leerlo y pasar por ello con el pensamiento sin obrar nada, mueve grandemente y confunde» (Ex. 676) ... afirmando como consecuencia de ello «que es obra digna de ser ayudada y favorescida como cosa muy provechosa» (Ex. 676). A continuación nota algunas proposiciones que tomadas aisladamente podrían dar ocasión de malas inteligencias y calumnias pero cree que no habrá lugar a ello «si con ánimo limpio lo leen y advierten todo» (Ex. 677).

El Dr. Vergara, en su brevísimo testimonio, se remite a la aprobación pontificia, afirmando que el pensar mal del nuevo método «es error de luterano, pues el Vicario de Cristo determina lo contrario» (Ex. 677).

Pero el campeón de los apologistas es sin disputa ninguna el doctor Bartolomé Torres (71).

> Torres conocía los ejercicios a fondo. Los había hecho dos veces, en 1550 en Alcalá con el P. Villanueva y en 1551 en Oñate con San Francisco de Borja, con tanto fruto que no se cansó de encarecerlos en públicos sermones como en Valladolid en enero de 1554 «exagerándolo tanto que fué cosa admirable y exhortó a todos los hacer» (EM. IV, 43), y en la misma apología en sentidísimos términos. «Digo lo 5.º, escribe en la 2.ª Apología, que yo hize los ejercicios en la casa de la Compañía de Jesús de Alcalá y hago a Dios testigo de esta verdad, que con haber treinta años que estudio y muchos que leo teología [72], en todo este tiempo no he sabido tanto para mi aprovechamiento si de ello me quisiere aprovechar, cuanto me enseñaron

---

(68) Vieira y Clavijo en *Noticias de la historia general de las Islas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, 1941, pág. 103, dice que el Dr. Torres fué comisionado por la Universidad de Salamanca para examinar los ejercicios. No hemos encontrado rastro ninguno de esta noticia en ningún escritor contemporáneo. Más bien acabamos de oír a Araoz que no se atrevía proponer a Salamanca que examinasen los ejercicios, porque desconfiaba que lo hicieran. De todos modos no es incompatible esta comisión con la del P. Araoz. En ese caso tal vez la primera *Apología* respondería a las demandas de la Universidad, y la segunda a la del P. Araoz.

(69) El trabajo más completo que conozco sobre el Dr. Torres es el de A. Temiño, *Bartolomé Torres, teólogo*. En las págs. 59-66 se encuentran brevemente expuestos los datos más salientes de su vida. Estos datos hay que completarlos con los que da el Padre V. Beltrán de Heredia, *La facultad de teología en la Universidad de Sigüenza*, 437-441.

(70) Publicados en Ex. 676, 677.

(71) Como diré en seguida, escribió tres apologías que se encuentran editadas la primera en Ex. 653-664; la segunda fechada el mismo día que la primera, 2 enero 1554, en Ex. 664-671: la tercera de 4 marzo 1554, en Ex. 678-684.

(72) Torres llevaba ya once años de catedrático. Comenzó en 1542 a explicar en Salamanca una cátedra de artes. De 1543 a 1547 leyó en la misma Universidad la teología de Escoto. En 1547 pasó a Sigüenza como catedrático de vísperas y en octubre de 1550 pasó a la cátedra de prima, en la que se encontraba al escribir la Apología, Beltrán de Heredia, *La facultad de teología*, 412.

en la dicha casa de la Compañía haciendo los ejercicios por espacio de pocos días... y la razón es porque lo que yo antes estudiaba era para enseñar a otros y en la Compañía los días que estuve haciendo los ejercicios, trabajaba de saber para obrar y es muy diferente el saber para enseñar del saber para obrar» (Ex. 667).

Torres adopta la misma postura que había recomendado San Ignacio, la que aparece en los borradores de Nadal, y sin duda la única que podía adoptarse: fundamentarse en la aprobación pontificia.

Véase un solo párrafo de muestra, que a la vez hará ver el estilo movido y vibrante de Torres:

«Yo quiero hacer contra ti que murmuras de los ejercicios, esta razón. Y pongamos que tú hayas hecho grande diligencia en saber si hay error en los ejercicios. Yo te pregunto: Después que tú has hecho grande diligencia en saber si hay errores, dices que los hallas. El Papa ha hecho tanta y mayor diligencia que tú, como parece en la aprobación y dice que ningún error halla en los ejercicios. Dime tú mismo ¿a quién te parece que tengo de creer más, a ti o al Papa?» (Ex. 654).

Las tres apologías son de índole distinta. La primera escrita casi toda en latín, se dirige más bien al elemento culto, diríamos al sector universitario, a aquellos mismos de donde partían las censuras. Después de explicar la fuerza que dan a los ejercicios la aprobación pontificia, responde directamente a las diversas acusaciones, sobre todo a las de Pedroche. Descuella la precisión y claridad del catedrático de prima, y se ve confirmado su afán de desentenderse de cuestiones secundarias, yendo en seguida al nervio de la cuestión. En esto se diferencia mucho de la de Nadal, que por su empeño de refutar cada una de las frases, trata un sin fin de cuestiones parásitas.

Pero sobre todo se ve al hombre que entiende los ejercicios; situándose desde el punto verdadero de vista y explicando su doctrina en cuanto es un medio para la práctica.

La primera es exclusivamente una Apología; la segunda, escrita en castellano, es una efusión ardiente de sus sentimientos sobre los ejercicios y sobre la Compañía de Jesús en general.

La tercera es un complemento de la primera. Una persona —tal vez un religioso— le había escrito aludiendo a las primeras frases de su Apología «que no todo lo que el Papa aprueba y confirma, aunque sea acerca de las costumbres cristianas, es su intención hacerlo como Papa, ni para que se tenga como artículo de fe» (Ex. 678).

Torres, tomando ocasión de esto, desarrolla largamente el alcance de la autoridad de los Papas en sus diversas formas, y precisa más su pensamiento, diciendo que él no ha querido afirmar que los ejercicios sean de fe por estar aprobados por el Papa, sino lo que ha asegurado y sigue sosteniendo es que la aprobación y recomendación del Pontífice garantiza la ortodoxia de los ejercicios y la utilidad de su práctica.

II. SECTORES FAVORABLES: AMIGOS Y APÓSTOLES

19. Incomprensiones en los amigos.—20. Personalidades en pro de los ejercicios.—21. Dominicos.—22. Otros religiosos.—23. Proselitismo de sacerdotes amigos.—24. Los seglares.—25. Resumen y conclusión.

19. Las suspicacias y acusaciones contra los ejercicios no sólo partieron del sector desfavorable y opuesto.

Las encontramos también en algunos de los más sinceros admiradores de la Compañía. Y conviene que nos detengamos un poco más en este punto, ya que es sumamente aleccionador oír cómo se expresan estas personas tan amigas, para ver la dificultad que tenía aquella primera generación en comprender la nueva práctica y formarse exacto juicio de ella.

Hemos citado más arriba las palabras del cardenal Cervini. Notemos tan sólo que no fueron dichas en plan de recriminación, sino como amigo que confidencialmente expone sus dudas y pide aclaraciones. El tono con que expuso sus querellas, nos revelan las palabras que escribe Salmerón a continuación: «El en todo nos trata como padre» (ES. I, 18). Era el amor el que le movió a manifestar sus difidencias, para hacer luz en aquel punto.

Otro de los más sinceros admiradores y favorecedores de la naciente Compañía fué Santo Tomás de Villanueva (73). Este santo prelado, haciendo entrar en su cámara con ocasión de cierta visita a los Padres Araoz y Mirón, empezó a hablar.

> Y «con entrañas paternas —como escribe Araoz— descubriéndonos algunos engaños o errores que podríamos tener» (EM. I, 256). En aquella conversación expuso lo que solían ordinariamente acusar a los jesuítas los enemigos de los alumbrados. A los ejercicios hay que referir principalmente las objeciones, de que imponían el silencio, enseñaban «a todas personas orar y meditar... y que no era cosa bien hecha sino que al zapatero le enseñásemos cómo regir su casa, etc.» Al fin les dijo «que los ejercicios le parecen bien —porque los ha visto— pero que no son sino para muy pocos» (74).

Santo Tomás, que no buscaba la discusión sino la verdad, después

---

(73) Cf. P. Hernández, *Un testimonio notable de Santo Tomás de Villanueva en elogio de la Compañía de Jesús.* «Razón y Fe», 46 (1916), 427-429.

(74) En la carta que escribe Araoz a San Ignacio desde Valencia el 26 de enero de 1546 describe largamente toda la conversación tenida con Santo Tomás de Villanueva, EM. I, 256-258. Cf. Astráin, I, 657-659.

de las explicaciones que le dió el P. Araoz «quedó muy de otro parecer y... dilató sus entrañas en decirnos cuánto nos favorecería, si llevásemos la vía que le decimos» (EM. I, 258).

Más oscura y enigmática es la actitud del célebre catedrático de prima de Alcalá y Salamanca, el Maestro Mancio de Corpore Christi. Era a la vez amigo del P. Villanueva, con el que incluso hizo los ejercicios, y uno de los confidentes y consultores del arzobispo Siliceo (75). Dejándose influenciar por las dos corrientes, y mientras por una parte estimaba y favorecía mucho la Compañía, por otra parece que siguió siempre creyendo que al menos en la forma de *algunas* proposiciones de los ejercicios, había ciertos resabios de doctrina iluminista.

Después de mostrar al conde de Tavera los pasajes de los ejercicios de los que «mostraba no estar satisfecho», por consejo del Conde fué a hablar con el P. Araoz, a quien le expone «los escrúpulos que tienen los otros» (EM. III, 666), es decir, los del sector adverso, y después «los suyos». El, pues, se considera amigo de los jesuítas. Fuera de algunas minucias las acusaciones *suyas* son de dos clases: Una es que él encuentra en la indiferencia y en la Anotación 14, doctrina iluminística. En la indiferencia «él cree que lo que queremos decir es verdadero, que lo que dice la letra no lo es y que los que no lo miran con la piedad que él, pueden dudar con razón» (EM. III, 667). En segundo lugar le ofende la opinión de Ambrosio Catarino sobre la predestinación, que él creía verla en la Regla 14 para sentir con la Iglesia.

Parece, pues, que el P. Mancio estimaba y favorecía los ejercicios, pero se le habían atravesado esas proposiciones, que las discutía con el criterio con que un profesor de Teología disputa una sentencia que le parece equivocada de otro teólogo, sin por eso impugnar en conjunto el sistema teológico de su contrincante.

Si no, no se explica el favor que siempre prestó a la Compañía, su familiaridad con Villanueva y el unánime elogio que le tributan todos los antiguos historiadores jesuítas (76).

Mancio ya desde joven alimentó ideales misionales y de evangelización, yendo en 1530 a Sevilla para embarcarse rumbo a América (77). Dios le quería no para los púlpitos de América, sino para las cátedras de Alcalá y Salamanca. Aun en ese campo teórico mostró sus tendencias afectivas y espirituales en la favorable censura que dió al catecismo de Carranza, que en frase del P. Beltrán de Heredia más que censura «es un elogio» (78), en todo el proceso de Fr. Luis de León, en el que fué su patrono y quiso haber sido su salvador (79), y sobre

(75) «El P. Mancio... parece estar muy confederado y unido (con el Arzobispo)». Araoz a Nadal y Borja, 23 dic. 1553. Epp. Nadal. I, 213.

(76) Ribadeneira, *Hist. de la Asist.*, lib. I, cap. 22 (*A. R.* Hisp., 94); Castro, lib. IV, cap. 15 y lib. VIII, cap. 3.°, 241v; Alcázar, *Chronohistoria*, 214, etc. Es verdad que Cano y Siliceo sólo atacaban determinados puntos de los ejercicios, pero en éstos las acusaciones estaban vinculadas a una oposición constante que reflejaba que elegían aquellos puntos por parecerles los más vulnerables, mientras que Mancio une a esas acusaciones un favor continuo a la Compañía.

(77) Beltrán de Heredia, *Mto. Mancio*, 11, 12.

(78) Beltrán de Heredia, *Mto. Mancio*, 33, 34, 87, 88.

(79) Beltrán de Heredia, *Mto. Mancio*, 50-67.

todo en el juicio favorable que dió de la santidad de Santa Teresa al confesor de ésta, P. Ibáñez (80).

Era, pues, un hombre que defendía la actitud de los autores de tendencia afectiva, sin el recelo que hemos visto dominaba a los intelectuales. La suspicacia ante los alumbrados era muy justa, aunque tal vez exagerada. Todo está indicado que en sus líneas fundamentales se puso de parte de los ejercicios, siendo un ejemplo típico de la dificultad que experimentaban muchos hombres de aquella generación en comprender el nuevo método.

Caso parecido al del P. Mancio, es el de otro insigne teólogo dominico, Domingo de Soto (81). Aunque era más bien de tendencia marcadamente intelectualista (82), amaba la Compañía y sentía bien de ella (PCh.V.419), pero no entraba por la oración enseñada por los jesuítas. Lo cual, en último término, era no comprender los ejercicios.

El P. Antonio de Córdoba nos cuenta la entrevista que tuvo con él, sumamente interesante, para conocer su mentalidad:

> «decíame el otro día —escribe el citado P. Córdoba— que si no era con el evangelio delante que no sabía pensar en Dios, que como era invisible que se le iba luego delante y que no sabían qué pensaban algunos hincados de rodillas dos horas delante del altar; que él no podía hacerlo y aunque le satisfizo el P. [Martín] Gutiérrez, que iba conmigo, dijo que él no lo entendía» (LQ. III, 308).

El tono sincero y el carácter íntimo de esta conversación, están indicando bien a las claras la benevolencia y confianza del ilustre dominico.

19. Si hubo personas que no comprendieron los ejercicios y aun que los atacaron, no faltaron también esclarecidos e influyentes teólogos y reformadores que pusieron todo su valimiento en favor de ellos.

Ciertamente la Compañía de Jesús no hubiera podido difundirse de modo tan rápido si no hubiera encontrado estos grandes bienhechores que aseguraran con su apoyo moral y económico las diversas fundaciones. En este sentido se deben considerar como grandes amigos de los ejercicios los bienhechores que tuvieron los jesuítas: los cuatro Papas contemporáneos del generalato de San Ignacio: Paulo III, Julio III, Marcelo II y Paulo IV (83); el rey Juan III, el duque de Ferrara, los cardenales Alvarez de Toledo, Contarini, Pole, Truchsses,

---

(80) Beltrán de Heredia, *Mto. Mancio*, 82-83.

(81) Véase sobre Domingo de Soto los diversos artículos que ha escrito en la *Ciencia Tomista* el P. Beltrán de Heredia, 43 (1931), 357-373; 44 (1931), 28-51; 45 (1932), 35-49; 177-193; 48 (1933), 41-67; 57 (1938), 38-67; 281-302.

(82) Polanco escribe en su *Chronicon*, «ut facile discerni possit quantum intersit inter speculativam et mysticam theologiam, et quia in priori bonus Pater valde versatus fuerat et ut videtur parum in posteriori». PCh. V, 419, Cf. LQ. III, 308.

(83) Como se sabe, Paulo IV desde su elevación al trono pontificio hasta la muerte de San Ignacio, se mostró favorable a los jesuítas. Astráin, II, 31-32. De este favor hablamos aquí, no de sus contiendas anteriores que, exceptuando el incidente de Venecia, no tienen que ver nada con los ejercicios; ni de las posteriores que rebasan los límites de nuestro trabajo.

Mendoza, Farnese, Guisa; madama Margarita de Austria, doña Leonor Mascareñas, el virrey de Sicilia don Juan de Vega y su esposa doña Leonor Osorio, el Beato Juan de Avila; el duque de Ferrara Hércules de Este y tantos nobles de la corte de Lisboa; el Dr. Ortiz, embajador de Carlos V; los obispos, Guillermo du Prat, de Clermont; Juan Díaz de Luco, de Calahorra; Carvajal, de Plasencia; Guerrero, arzobispo de Granada y Santo Tomás de Villanueva, de Valencia y tantos otros personajes ilustres que se pusieron decididamente de parte de los jesuítas, favoreciéndolos y apoyándolos de todos los modos que podían (84).

Baste aquí haber citado el nombre de los más ilustres, porque nosotros nos tenemos que limitar a los que directamente favorecieron los ejercicios.

Si hubieran sido generales las borrascas que hemos narrado en los números anteriores de este capítulo, el avance de la práctica ignaciana se hubiera detenido forzosamente. El ejemplo de Alcalá es bien significativo para ver cómo las contiendas, aunque se venzan, coartan notablemente la expansión.

En Alcalá, en 1548, no conocemos ni un solo ejercitante. Es el año de las primeras escaramuzas de Melchor Cano y Siliceo. Las contiendas ahogaron la flor de los ejercicios. Pero no la secaron. Pasada la tormenta volvió a florecer mucho más lozana que antes.

Solamente este dato nos da derecho a suponer que aunque no se nos diga expresamente, como se afirma, v. gr., de Granada (85), el ambiente general tenía que ser favorable en los años y sitios en que los retiros se desarrollaban normalmente, que fueron la inmensa mayoría.

Fijémonos ahora en algunos de los que principalmente apreciaban y patrocinaban los ejercicios.

En primer lugar hay que poner a Paulo III. Su Breve sobre los ejercicios fué el arma más eficaz. Y esa arma se debe a su benignidad y apoyo.

El cardenal dominico Alvarez de Toledo fué uno de los dos censores. Después de haber leído todos los ejercicios afirma en la censura que le agradaron mucho y que los considera muy útiles para las almas (86).

Los tres prelados que dictaminaron sobre el libro de San Ignacio mostraron una especial estima en las laudatorias censuras. Entre éstos conviene destacar al Mtro. de Sacro Palacio, Egidio Foscarari (87), quien al ver la grandísima utilidad que se derivaba del uso de los retiros ignacianos, los más oportunos entre todos, según afir-

---

(84) En *A. R. Hist. Soc.*, 42, se encuentra una lista detallada de los principales bienhechores de la primitiva Compañía, hecha para que los jesuítas rogasen por aquéllos a quienes tanto debían.

(85) Cf. Epp. Mixtae, I, 284 en que se refiere a 1546 y Litt. Quadr. III, 569 para el año 1555.

(86) Marín, *Spiritualia Exercitia*, 12, nota 25. Véase también allí otra segunda censura del mismo.

(87) Las cordiales relaciones que mediaron entre el cardenal Alvarez de Toledo las trata el P. Ignacio Torre en su traducción castellana a la *Vida del Siervo de Dios P. Diego Laynez...* por el P. José Boero traducida, notablemente aumentada y enriquecida de copiosos autógrafos por el P. Ignacio Torre. Barcelona, 1897, Apéndice XXXVI «Los censores pontificios del libro de los ejercicios espirituales»; «El Cardenal de Burgos», págs. 517 y 522.

maba (88), se entusiasmó y se convirtió en uno de sus más fervientes propagandistas. En 1551, siendo ya obispo de Módena, deseó que todos los párrocos de sus diócesis los conociesen y conformasen sus criterios con los iluminados principios de los ejercicios. Para poner en práctica tales proyectos, solicitó de San Ignacio la ida del P. Landini. (89) Es que Foscarari estaba íntimamente persuadido, según el autor de la relación sobre la vida del P. Landini, que las inmensas riquezas del método ignaciano debían ser explotadas, no sólo en el trato personal con Dios nuestro Señor, sino también en la predicación ordinaria al pueblo (90).

No era obispo sino canónigo Juan Gropper, pero también, al igual que el Obispo de Módena, deseó que un jesuíta —en este caso fué el P. Leonardo Kessel— recorriese la diócesis de Colonia, dando algunos ejercicios a los párrocos (PCh. IV, 271).

El arzobispo de Granada, D. Pedro Guerrero, los recomendó a un joven teólogo que gracias al consejo del Arzobispo se presentó en Granada en 1556 a hacerlos (LQ. IV, 226); el Visitador general de un obispado mandó a su capellán y dos criados «afirmando no podría tener en su compañía hombre que no hubiese hecho los ejercicios» (LQ. I, 399) y el vicario de la archidiócesis de Sevilla exhortaba a los párrocos y sacerdotes de la diócesis que los hiciesen. (PCh. V, 497.)

Tampoco faltan ejemplos de este proselitismo directo entre los príncipes y cortesanos. Recordemos los casos ya descritos del santo virrey de Barcelona Francisco de Borja, del Dr. Ortiz, embajador de Carlos V, y añadamos el ejemplo de la reina de Portugal, doña Catalina, que en 1554 pidió personalmente al P. Mirón diera ejercicios a unas franciscanas (PCh. IV, 536).

Pero la acción de esta clase de personas ordinariamente era de otra índole. No bajaban a estas menudencias de estimular a sujetos determinados. Se redujo más bien a proporcionar medios a los jesuítas para que ejercieran sus ministerios, fundándoles casas, facilitándoles la entrada, defendiéndoles de las maquinaciones e intrigas.

20. En conjunto, la institución en que mayor apoyo encontraron los ejercicios —y también mayores dificultades— fueron las órdenes religiosas antiguas.

Entre éstas, en ninguna hubo tantos varones eminentes que se pusieran de parte de la nueva práctica, como en la benemérita Orden de Predicadores. Ya hemos hablado del cardenal Alvarez de Toledo y del obispo de Módena Egidio Foscarari, de los teólogos PP. Mancio y Domingo de Soto. Mencionemos ahora al provincial de Aragón y obispo de Elna en el Rosellón, Fr. Pedro Mártir Coma, al P. Martín Vicente Gallo (LQ. III, 307) y al Beato Juan Micó.

---

(88) También sobre éste escribe el P. Torre en el mismo apéndice citado en la nota anterior, págs. 525-528.

(89) *A. R.* Med. 98, 12v. Véase la respuesta afirmativa a esta carta, cuyo texto no he podido encontrar en *Mon. Ign.*, Epp. III, 155.

(90) *A. R.* Med. 98, 12r.

Y esto es tanto más de admirar cuanto que entonces en la orden dominicana predominaba más bien la mentalidad intelectual y la tendencia científica (91) aunque no faltaran varones esclarecidos de tendencia afectiva, como Fr. Luis de Granada y Pedro Soto (92), que en 1550, llegó a enviar a un soldado alemán a Ingolstadt para que hiciera ejercicios (MI. Epp. XII, 495).

Pero los dominicos en ninguna parte se compenetraron tanto con la Compañía y en ninguna favorecieron y propagaron tanto los ejercicios como en la ciudad de Valencia.

El primer hijo de Santo Domingo que encontramos en esta ciudad, especialmente adicto a los jesuítas, es el Beato Juan Micó «hombre de singulares prendas» que fué provincial de la Provincia de Aragón de 1535 a 1538 (93). Este buen Padre

> «es indecible lo que se consolaba y alegraba de todas nuestras cosas —se escribe en la Historia del Colegio de San Pablo de Valencia—. Todos nuestros hechos le parecían bien y se regocijaba de todos nuestros progresos, como si fuera uno de nosotros... Tenían en él los Nuestros un verdadero Padre y protector... Tenía el P. Micó de costumbre... que en sabiendo o encontrando alguna persona de vida depravada, para la reformación de sus costumbres luego la enviara a los Nuestros, lo cual hacía con todos los que necesitaban de amparo y consejo para el bien de sus almas»... (94).

Tal vez por influjo de este venerando Padre, tal vez por el de otros que no podemos precisar, hubo una corriente tan grande de afecto y simpatía hacia la Compañía, que culminó en los ejercicios que hicieron los Padres dominicos bajo la dirección de un pobre estudiante. Oigamos al P. Cabrera en carta a San Ignacio de Valencia de 6 de setiembre de 1555, y veremos la humildad y empeño de la perfección que había en aquellos Padres dominicos (95).

> «Una cosa —dice— me he olvidado de muy grande edificación y es que tratando los Padres de Predicadores con los de la Compañía, viniéndonos muchas veces a visitar, quiso el mismo Prior y Provincial de la Orden, personas que son lumbre y espejo de toda la religión, por ser personas tan notables (96) quisieron decir la misa cantada el día de San Pablo [titular del nuestro colegio] que hicimos fiesta en nuestra iglesia, y después los mismos pidieron les diesen los ejercicios y así los han hecho y después los han hecho ocho o nueve frailes de la misma Orden que habían de ir a reformar un monasterio de su orden,

---

(91) Colunga, págs. 228-235.

(92) Colunga coloca a Pedro Soto entre los candidatos de los místicos contra Melchor Cano. Colunga, 244.

(93) Beltrán de Heredia, *Historia de la reforma de la Provincia de España* (1450-1550), Roma, 1939, 203, 205. De este Padre trata extensamente el P. Francisco Diago en su *Historia de la Provincia de Aragón de la Orden de Predicadores, desde su origen y principio hasta 1600*, Barcelona, 1599, f. 86r-97v.

(94) De la Historia del Colegio de San Pablo de Valencia, citado en PCh. IV, 334.

(95) Esto es tanto más de admirar cuanto que todavía en 1530 dejaba no poco que desear el espíritu del colegio de Valencia; Beltrán de Heredia, *Historia de la reforma*, 196 y 197.

(96) El provincial era el P. Pedro Mártir, del que en seguida hablaremos. El prior del convento era Fr. Miguel de Santo Domingo, religioso de santidad eximia, de gran caridad para los pobres y de grande austeridad para consigo mismo. F. Diago O. P., *Historia de la Provincia de Aragón*, 222rv.

unos en nuestro colegio y otros en su mismo monasterio a donde iba un hermano a dárselos, porque en casa no había lugar para tantos. Cierto, Padre, que es harto grande la confusión de todos los que en este colegio estamos, ver en cuanto son servidos por los de las otras religiones, tanto que casi nunca salen de casa que si puedan, no vengan a tratar con nosotros de cosas de Dios.» (LQ. IV, 473).

Desde entonces el P. Provincial Pedro Mártir Coma «hombre muy religioso y de mucha aprobación de vida y ejemplo y celoso de la reformación y observancia y que desea y que procura que sus religiosos vivan conforme a ella», como le describe la princesa doña Juana, hermana de Felipe II (97), se convirtió en un entusiasta apóstol de los retiros ignacianos. Dice de él el P. Alvarez:

«Hablando con sus familiares y amigos de la feria como le había ido en ella, fué parte para que otros religiosos muy graves y doctos [hicieran ejercicios]... entre éstos el P. Mto. Fr. N. Encontra» (98).

No contento con esto pidió con mucha instancia que los Padres jesuítas los diesen a las monjas dominicas sujetas a su jurisdicción (99).

20. Otra orden religiosa en la que los ejercicios encontraron acogida muy favorable, fué la de los jerónimos. En 1541 se retiró a hacerlos en Roma Luis de Avila bajo la dirección del P. Salmerón. Entra luego jerónimo, y en su convento de Talavera se convierte en un infatigable propagandista de ellos. El mismo, doce años más tarde, lo cuenta en una carta a San Ignacio.

«Un poco de tiempo —escribe— enseñé en esta casa a quince o dieciséis los ejercicios que de allá traje escritos y por otras algunas casas de esta orden [de jerónimos] los he repartido. Place al Señor que algunos reciban fruto de ellos y espero que de cada día en nuestra orden se irá multiplicando el grano de la palabra divina en ellos sembrada, porque por unas partes y por otras ha entrado en ellos la noticia y práctica de ellos por ministerio de diversas personas.» (MI. Epp. VII, 458) (100).

Los deseos de Luis de Avila se cumplieron con creces. A su benéfica siembra siguió la del celoso Dr. Bartolomé Torres que ganó para la causa de los ejercicios a los jerónimos que acudían a sus clases de Sigüenza (101), y a los del monasterio de Tendilla (102).

---

(97) En carta al cardenal Pacheco, Archivo de la Embajada de España ante la Santa Sede, Roma, leg. 33, f. 1. Copiado el texto en Beltrán de Heredia, *Historia de la reforma*, 214. Del P. Pedro Mártir habla el P. Diago en su *Historia*, 99rv.

(98) Alvarez, *Historia*, lib. II, cap. 63, págs. 493, 494.

(99) Litt. Quadr. IV, 287; Polanco, *Chron.*, VI, 538.

(100) De la vida que llevaban en este monasterio habla J. Sigüenza, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, Madrid, 1909, 2.ª ed., I, 117, 118.

(101) Torres escribe en su segunda Apología: «a muchos he persuadido que los hagan principalmente mis discípulos, así frailes como seglares», Ex. 666. Ahora bien, los religiosos que acudían a aquella universidad eran los jerónimos, cuyo prior tenía el protectorado de la universidad, que era como su feudo», Beltrán de Heredia, *La facultad de teología*, 410-412.

(102) Cf. Litt. Quadr., I, 290 y Polanco, *Chron.*, II, 124.

Quedó tan entusiasmado el Prior de este convento que no contento con procurarlas para todos sus religiosos, envió a Alcalá para que los practicaran a sus conocidos más íntimos, y aun en sus correrías apostólicas los recomendó vivamente a los sacerdotes de los pueblos. Más todavía: determinó no admitir ningún novicio que no los hubiera practicado (LQ. I, 290).

Este mismo año otro prior de otro monasterio de jerónimos —no dice el P. Polanco de cuál—, después de haber hecho los ejercicios en Oñate, bajo la dirección de San Francisco de Borja, entusiasmado bajó hasta Alcalá a pedir un Padre que los diese a todos los religiosos de su monasterio (LQ. II, 335).

También el confesor de la princesa doña Juana, otro jerónimo, envió tres religiosos de su Orden a Simancas con el mismo objeto (LQ. III, 386).

Entre los benedictinos encontramos principalmente tres que favorecieron el nuevo método: el P. Cesena, que reclutó la mayoría de los ejercitantes de Nápoles en 1549 (LM. I, 107) un abad de un monasterio italiano, que mandó a casi todos los suyos (103) y sobre todo el V. P. Luis Blosio que se mostró siempre uno de sus más entusiastas propagadores (104).

El fervor de los novicios que entraban después de hacerlos y el fruto que producían en los monasterios, eran la mejor propaganda para los demás de la misma orden, que acuciados por las maravillas que oían, entraban en deseos de experimentar en sí mismos aquel medio de santificación.

Tal sucedió en Bolonia en 1540 en diversos monasterios (PCh. II, 54) y cuatro años más tarde en Lisboa, donde los franciscanos pidieron practicar los retiros ignacianos movidos por lo que habían oído del saludable efecto realizado en las franciscanas de aquella ciudad (PCh. IV, 536). La misma irradiación tuvieron los ejercicios de unas agustinas en el mismo Lisboa respecto de los agustinos (PCh. IV, 537) y en Valencia en 1555 el fervor de los novicios ex-ejercitantes, respecto a los religiosos más antiguos (105).

Los cartujos, desde que conocieron la Compañía en 1543, por medio del Beato Fabro (FM. 200), se mostraron siempre adictísimos a la nueva Orden (106). Probablemente los de Colonia hicieron los ejercicios. Copiaron además el texto de un ejemplar que les prestó el Beato Fabro, si es que no les dejó, en prenda del afecto que les profesaba, el mismo que él usaba (Ex. 567-568). Aunque por el género de vida contemplativa que profesaban no pudieron promoverlos como

(103) *A. R.* Hist. Soc., 176, 82r.

(104) Litt. Quadr. II, 413; Polanco, *Chron.*, I, 278. Sobre este esclarecido varón cf. S. Hilpisch, O. S. B., *Geschichte des Benediktinischen Mönchtums*, Friburgo, 1929, 410-412, donde se puede ver la estima que tenía de la oración mental y lo que se esforzó por avivarla entre sus monjes.

(105) Cf. Polanco, *Chron.*, 367-368. Vide la lista de los religiosos que hicieron ejercicios en Indice 3.º al *Apéndice estadístico.*

(106) Véase en *Mon. Ign.*, Fontes Narr., 753-761, la dedicatoria que el cartujo de Colonia Teodorico Loher hizo en la Teología mística de Herp a San Ignacio y a la Comp. de Jesús en 11 nov. 1555.

lo hicieron otros religiosos, ayudaron mucho en los difíciles principios a los estudiantes jesuítas de París, Roma y Colonia y, sobre todo, al conceder a la Compañía el Capítulo general reunido en la gran Cartuja el 15 de mayo de 1544 la comunicación de sus bienes espirituales, pusieron en las manos de los jesuítas el arma más eficaz de todas: el arma de la oración (MI. Epp. XII, 483).

21. Entre los sacerdotes seculares había, no sólo amigos y apóstoles, pero aun directores de ejercicios. Ya hemos hablado de Cocleo, Exarch, Ortiz y de los sacerdotes de Parma. En este mismo capítulo hemos visto cómo la acusación de Siliceo fué el celo que desarrollaban los seis sacerdotes de Toledo.

El P. Pisano, en una relación que escribió contando su vocación, aduce un pequeño detalle sobre el proselitismo de aquellos eclesiásticos. Una vez que pasó por esta ciudad se encontró con dos sacerdotes que le empezaron a hablar de la Compañía de Jesús y de la gran edificación que daban algunos Padres de ella. Y le iniciaron en varias prácticas piadosas, como algún modo de hacer oración, el examinar la conciencia, y castigar el cuerpo con el uso de la disciplina, diciéndole que completadas estas enseñanzas, aprendería otras muchas cosas si se decidía a hacer ejercicios con los jesuítas (107).

Sin duda que es el Beato Juan de Avila el que se lleva la palma entre los sacerdotes, en el afecto y veneración que profesaba a la Compañía (108). Pero, por desgracia, apenas conocemos nada de lo que hizo por esta práctica aquel hombre que se desprendió de sus mejores discípulos para que pudiesen entrar en la Compañía de Jesús.

Sólo sabemos que el P. Araoz estaba cierto de que el Beato Avila, a pesar de sus primeras dificiencias ya mencionadas, opinaba bien de ellos, pues el procurar un dictamen del Beato sobre los ejercicios le parecía una buena medida para contrarrestar las contradicciones que sufrían (109). Y que a un discípulo suyo Luis Alvarez, que le había escrito pidiéndole consejo sobre si debía practicarlos como le habían recomendado, le respondió poniéndole «calor harto» en el asunto (110).

Junto al Beato Avila hay que poner al Dr. Bartolomé Torres que, no sólo fué el mayor apologista de los ejercicios, sino también uno de los más celosos propagadores.

Otro de los grandes amigos de la Compañía, que no se satisfizo con propagar los ejercicios y ni siquiera con darlos, sino que para vivirlos más intensamente acabó por entrar él mismo jesuíta, fué el Dr. Gestí, sacerdote de Gerona. Expresa la estima del método ignacia-

(107) *A. R.* Hist. Soc. 176, 74rv.
(108) Véase de Buck, *Jean d'Avila.* y Manresa, 17 (1945) 194-412. Sobre sus relaciones con la Compañía, cf. Aicardo, I, 358-369; Astráin, I, 662-664; Ribadeneira, *Historia de la Asistencia*, lib. III, c. 15, y sobre todo J. M. de Buck, *Le Bienheureux Jean d'Avila et les Jésuites espagnols.* NRT, 53 (1926), 596-611; 674-683.
(109) «También será de mucha autoridad el parecer del P. Mto. Avila sobre los ejercicios y que la (sic) enviase por escrito». Araoz a Borja y Nadal, Epp. Mixtae, III, 669.
(110) Archivo Gesu. Informat. P. Nadal, IV, 78.

no con frases tan sinceras y tan entusiastas, que superan, al menos en la forma, aun a las del Dr. Bartolomé Torres.

«Muchas mercedes —escribe a San Ignacio en una carta— tengo recibidas de la mano de Nuestro Señor por su infinita bondad, pero una de las que yo más siento y agradezco, después de haberme hecho hombre y redimido con su sacratísima muerte y alimpiado con la agua del bautismo, es haberme manifestado los ejercicios que por medio del Venerable Padre ha enviado a su esposa la Iglesia santa y haberme querido dar a sentir parte de aquel espíritu que en ellos está encerrado. Esta merced tengo en tanto que no pasa día que por ella no le dé gracias y cuasi parece que la sienta más que las otras viendo que por medio de estas las otras son provechosas y que sin esta todas las otras serían dañosas o a lo menos infructuosas. El provecho y fruto que mi alma ha sacado de los ejercicios por la gracia del Señor es tan grande, aunque por mi culpa no es tanto como Dios pretendía, que me pareció falta de caridad dejar de aprovechar con ello a los que pudiese, aunque para ello me veo muy insuficiente y así he trabajado y trabajo en esta ciudad de Gerona, donde vivo, en aprovechar a muchos con ellos.» (EM. II, 233-234).

El amor a los ejercicios era el origen de su entusiasmo, pero su amor superaba sus posibilidades. Si no eran más sus ejercitantes, se debía a su «mucha ignorancia», a las ocupaciones que le ataban a la parroquia y a los huérfanos que tenía en su casa (EM. II, 234).

Aunque no con tanta intensidad como el Dr. Gestí, no faltaron otros sacerdotes que los propagaban y daban.

Así en 1542, en Venecia, un sacerdote que hace venir a un sobrino suyo para que los haga (LM. I, 23); en Alcalá un sacerdote de gran prestigio lleva a varios familiares suyos a ejercicios, afirmando que no quería tener en casa a ninguno que no los hubiera hecho (LQ. I, 399); en París, Diego Cáceres, antiguo compañero de San Ignacio en aquella ciudad, que los da a una persona principal (LM. I, 60); en Evora, D. Pedro Doménech, otro gran protector de la Compañía, que los da en 1552 a un colegio de huérfanos por él fundado.

Polanco anota de este último y lo mismo podía haber indicado de los demás, que dió los ejercicios, que había aprendido de la Compañía (PCh. II, 696).

No hubo, que sepamos, ni un solo sacerdote secular que se opusiera al avance de la nueva avasalladora práctica. Y notemos que al menos los que tenían cura de almas no hubieran podido dejar de llamar la atención, si hubieran visto en ellos algo peligroso. Este favor universal negativo de dejar que se desarrollaran, indica que la actitud del clero no fué hostil, y el que el clero no se opusiera era una condición esencial para el avance de los ejercicios.

22. Los seglares los favorecían principalmente con su apoyo y poder. Pero no faltaron algunos que se convirtieron en sus apóstoles más inmediatos. Aquí habría que nombrar en primer lugar a los diversos fundadores de los colegios, ya que fundaban centros no sólo de en-

señanza, sino también de ejercicios. Prescindiendo de éstos hubo también algunos, aunque fueron pocos, que personalmente los propagaron.

Don Juan Hurtado de Mendoza, señor de Almazán y conde de Montejudo «estando para morir... encargó mucho [a su hijo] que procurase un Padre de la Compañía por espacio de un año para dar modo de vivir» (111). En esas palabras se expresaban de modo velado los ejercicios. El hijo, de hecho, entendió la recomendación de su padre como si se tratase de los ejercicios, y por eso, para cumplir su última voluntad, se decide ir a Oñate a hacerlos. El nuevo Conde, a su vez, imitó el celo de su padre llegando a ser él también un decidido propagandista y, enviando a Alcalá a algunos «de sus más queridos» para que los hiciesen (LQ. IV, 523).

El marqués de Tavara trajo, por su parte, un franciscano a ejercicios (112). Recordemos al H. Antonio Gou que, siendo notario de Barcelona, fué un gran proselitista del arte ignaciano (107) y al portugués don Enrique Gouvea el celoso apóstol de Oporto (108), y veremos hasta qué punto llegó la ayuda seglar en algunos más entusiastas y celosos.

23. Antes de acabar, conviene que resumamos brevemente y abarquemos con una mirada de conjunto el ambiente que rodeaba los ejercicios en estos años.

No se puede negar que hubo un sector que no comprendió los ejercicios y que se manifestó hostil a ellos. Es el círculo de los intelectualistas de tendencia antimística que procuraban difundir una piedad activa y objetiva, en contraposición del subjetivismo y pasivismo de los iluminados.

Este sector alcanzó gran importancia en España. Su cerebro fué Melchor Cano, su portavoz el arzobispo Silíceo.

Pero fué un sector, una minoría aunque por la importancia de las personas que lo integraron, pudo haber sido muy pernicioso. Ninguno tomó ninguna medida oficial pública contra los ejercicios y su acción se redujo a una oposición sorda y continua. Al ambiente general sólo llegaban salpicaduras de este círculo, manteniéndose en su conjunto favorable.

Nadal, después de haber recorrido Barcelona, Valencia, Cuenca, Alcalá, Villaviciosa, Evora, Lisboa, Coimbra, San Fins, Santiago de Compostela (113), escribe desde Córdoba en enero de 1554, es decir, a raíz de las principales oposiciones al P. Araoz afirmando, que aunque ha oído hablar de la tempestad que se ha levantado *in istis regionibus* contra los ejercicios, sin embargo, en todas partes por donde ha pasado ha encontrado el ambiente tranquilo, y las órdenes religiosas,

---

(111) A. Gou a San Ignacio de Oñate a 21 de setiembre de 1551. Epp. Mixtae, II, 600. Los editores de *Monumenta* creen que se trata del hijo mayor, D. Francisco. Epp. Mixtae, II, 599, nota 3.
(112) Litt. Quadr. III, 532, 533; Polanco, *Chron.*, V, 436.
(113) Astráin, I, 391-395.

afanándose, llenas de amor y caridad, por recibir y ensalzar el nuevo Instituto (Ex. 650).

Si eso afirma Nadal de España, en donde subió más la marea de la oposición, con mucha razón se puede asegurar de las demás naciones en que gozaron los ejercicios de gran bonanza. Este ambiente favorable está proclamando muy alto el constante avance de la nueva práctica, la poca resonancia que tuvieron las acusaciones de personas tan conspicuas, el favor que mostraron Papas, príncipes, cardenales, obispos, sacerdotes seculares, seglares, dominicos, jerónimos y tantos otros religiosos.

La minoría adversa quedó eficazmente contrastada por esta otra minoría de propagandistas decididos y entusiastas apóstoles de los ejercicios. El centro de las luchas fué Alcalá. El favor prestado a los ejercicios partía de sectores muy variados que se extendían por naciones enteras. Las luchas, aun dentro de ese marco reducido, tuvieron un margen de tiempo muy escaso: algunos meses de los años 1548 y 1553. La benevolencia se extendió durante todo el tiempo que historiamos.

CAPÍTULO IV

EL MÉTODO I: ELEMENTOS PREPARATORIOS DE LOS EJERCICIOS

I. LAS NORMAS REGULADORAS

1. Razón e intento del capítulo.—2. Los Directorios, síntesis de las normas. Su origen.

1. Hemos intentado en los capítulos anteriores trazar el cuadro de la evolución y extensión de los ejercicios, y delinear el campo en que se movían los directores y dirigidos.

Ahora que conocemos ya el cuadro en toda su extensión y amplitud, deseamos detenernos ante él, para precisar sus contornos y determinar el valor de cada uno de los elementos que lo integran (1).

Hasta 1548 no había normas fijas fuera de las fundamentales incluídas en el mismo libro y de lo visto practicar personalmente a San Ignacio y a sus inmediatos discípulos. El método por ello más personal, menos fijo, había que considerarlo simultáneamente con la acción externa.

En los últimos siete u ocho años, va regulando San Ignacio de modo más determinado la actividad de los directores en su esbozo de un futuro *Directorio*, y se va plasmando una tradición más concreta y precisa.

Veremos ahora cuáles eran esas normas que reflejan también su pensamiento anterior, y, descendiendo del mundo teórico a la realidad práctica, trataremos de fijar directamente hasta qué punto se ponían en ejecución (2).

---

(1) Entramos en un campo virgen. Diertins y Bernard descuidan totalmente este aspecto interno. El único que indica algo de este punto —aunque muy poco— y, por cierto, muy acertadamente, es Brou en su cap. IV «La practique des exercices au temps de S. Ignace». Como ya indicamos a su tiempo, el P. Abad en su monografía sobre Alcalá trata varios puntos sobre el método seguido en Alcalá que, como en sus líneas generales era el seguido en los demás colegios, puede iluminarnos en el camino.

(2) Para estudiar las líneas directivas de San Ignacio nos servimos de unas notas manuscritas del R. P. Pedro Leturia, que gentilmente ha puesto a nuestra disposición. J. Bohr, en su *Das Direktorium*, traza un cuadro muy completo del contenido del Directorio oficial. Como en el Directorio oficial han entrado muchos elementos del Directorio de Vitoria, indirectamente sirve para el estudio de los Directorios ignacianos. Puede también verse, A. Valle, *Los Directorios;* y A. Codina, *Del Directorio del P. Vitoria.*

2. En el libro de los ejercicios fué regulando San Ignacio el modo como tenía que comportarse el director. Pronto se sintió el deseo de que el Santo autor ampliase y determinase más algunas normas. Es lo que hizo en parte en los *Directorios*.

La primera noticia que tenemos sobre el *Directorio* de los ejercicios data de 1552.

Polanco, al enumerar «las cosas que parece tocan a nuestro Padre en cuanto fundador, etc.» dice en octavo lugar: «Que se acabe el Directorio de los ejercicios que es tan necesario.» (PCo. I, 82).

En 1552, por consiguiente, no sólo se había ya proyectado el *Directorio*, sino que también se había empezado. Pero uniendo esta frase a lo que refiere en 1555 el P. González de Cámara, que «dijo el Padre que quería hacer un *Directorio* de cómo se habían de dar los ejercicios y que Polanco le preguntase las dudas a cualquier hora» (FN., 708), parece poder concluirse que todavía no había empezado el trabajo San Ignacio mismo, sino que lo que existía en 1552 debía ser algún borrador de Polanco, sobre cuya pauta, como sucedía en otros documentos, elaborase el Santo el propio Directorio. Nótese la forma impersonal que usa Polanco: «que se acabe»; y también cómo en función del trabajo del Directorio le mandó decir a Polanco que viniera a cualquier hora.

En la elaboración de las Constituciones, Polanco iba escribiendo las dudas que se le iban ocurriendo, para que San Ignacio a su tiempo diese la respuesta conveniente (3). El fundador de la Compañía necesitaba pensar muy despacio el complicado mecanismo de la naciente Orden y no podía dar la respuesta inmediatamente. Tratándose de los ejercicios era muy distinto: «en cosas de los ejercicios no le sería necesario pensar mucho para responder a ellas» (FN. 708). Podía, pues, Polanco, ir a San Ignacio a preguntarle las dudas que se le ofrecían e ir así, poco a poco, elaborando el *Directorio*. Tal parece ser el sentido obvio de esta frase.

El *Directorio*, por desgracia, no se acabó (4). Con todo, es de creer que Polanco, al escribir en tiempo del P. Everardo Mercuriano su nunca bastantemente alabado *Directorio*, se serviría de las notas y los datos tomados entonces.

Aunque San Ignacio no pudo satisfacer estos legítimos deseos de sus hijos, dejó con todo escritas de su mano algunas normas. Muy breve es este «*Directorio* autógrafo», pero de un valor incalculable y que siempre se ha conservado como una veneranda reliquia... pasando no sólo su doctrina, pero aun el texto mismo de sus locuciones a la mayoría de los futuros *Directorios* (Ex. 750) (5).

---

(3) Véanse seis series de dudas en *Mon. Ign.*, Const., I, 268-355.

4) *Mon. Ign.*, Exerc., 797. González de Cámara se equivoca por consiguiente al decir que San Ignacio había acabado el Directorio, o mejor dicho, se refiere a lo que se llama Directorio ignaciano autógrafo editado en Ex., 778-782. Véase FN, 708, con la nota 12.

(5) Editado en *Mon. Ign.*, Exerc. 778-782. Véase sobre este Directorio Ex., 747-750. Cf. también A. Valle, *Los Directorios de los ejercicios*, 41-42.

Poseemos, además, otras normas conservadas por el diligente Polanco, «algunas cosas —como él dice— que N. P. Mto. San Ignacio quiere queden por recuerdo en el libro» (6) y algunas reflexiones del mismo San Ignacio sobre el modo de dar los ejercicios cuando se dan exactamente, escritas, a lo que parece, por Polanco o Nadal, recapitulando lo oído al Santo (7).

Todos estos son avisos relativamente breves y se refieren a puntos determinados de ejercicios. Algo más largas, aunque también incompletas, pues sólo explanan la introducción y la primera semana y, sobre todo, más sistemáticas, son algunas anotaciones sobre los ejercicios que dictó San Ignacio al P. Juan Alfonso de Vitoria, tal vez cuando le estaba instruyendo en los que daba éste a Lorenzo Maggi (Ex. 751-2) (8).

No se contentó Vitoria, a lo que parece, con copiar exactamente a San Ignacio, sino que, como dice el P. González Dávila en su *Directorio*, dió forma propia en cuanto a la expresión a algunos conceptos (9). Lo mismo indica el título «Anotaciones sobre los ejercicios y la manera que se ha de tener en darlos, sacados del original del P. D. Victoria, dictado de N. P. Mto. Ignacio, *sanctae memoriae*, lo más o la substancia de ellos». Aun así y todo es un documento de valor inapreciable. Gracias a él conocemos el criterio de San Ignacio en muchos puntos de los ejercicios muy íntimos e importantes.

(6) Editado en Ex., 782, bajo el epígrafe: «Directoria ignatiana tradita». Véase sobre él, Ex., 750.
(7) Editado en Ex., 783-785. Cf. Ex., 752.
(8) Editado en Ex., 785-794. Cf. sobre este Directorio, Ex., 750-752.
(9) Ex., 900. Cf. A. Valle, 42-43.

II. PREPARACIÓN DEL EJERCITANTE

3. Dificultades para hacer los ejercicios.—4. Invitación a ejercicios. 5. Medidas para hacerlos.—6. Clases de ejercitantes.—7. Ejercicios a monjas.—8. Cualidad moral de los ejercitantes.

3. Contemplando a la luz del libro de los ejercicios y de estos directorios, las líneas directrices de San Ignacio y compulsando la realidad a través de las diversas relaciones contemporaneas, comencemos ya a analizar los diversos pasos preparatorios que daba el ejercitante antes de comenzar el retiro propiamente dicho.

En primer lugar debíamos tratar del trabajo de propaganda, pero como esta labor la desarrollaron principalmente los caminantes apostólicos, al hablar de ellos hemos ido indicando los diversos medios de que se valían. No queremos insistir más sobre ello. Tan sólo consideramos instructivo resumir un documento compuesto por Polanco para su uso privado, cuando estaba para acabar sus estudios a fines de 1546 (10), en el que recapitula de modo algo retórico los principales argumentos que se pueden aducir para atraer a ejercicios. Sin duda que aquí encontramos las razones que principalmente usaban para convencer entonces. Polanco, al llegar a Padua y tratar de ganar ejercitantes, debió reflexionar sobre lo que había visto hacer a San Ignacio, al P. Laínez y a los demás directores y lo confió al papel para poder acertar mejor en el nuevo camino que emprendía.

Comienza considerando el caso de que aquel a quien se quiere ganar para los ejercicios, no se interese gran cosa por el aprovechamiento en la vida espiritual. Lo primero que hay que hacer con tal persona es hacer brotar en su alma el amor a la perfección, haciéndole caer en la cuenta de la caducidad de todo lo terreno, la incapacidad para saciar el ansia de felicidad del corazón humano, la dulzura y suavidad de Jesucristo, la grandeza del mundo de la gracia, las excelencias de la gloria (11).

Si se decide a poner los medios que está de su parte, si pide gracia a Dios, ora y medita, y frecuenta los sacramentos, saldrá fácilmente de este ambiente material en que se mueve y empezará a sentir el gusto de los afectos espirituales (12).

---

(10) En rigor son dos Instrucciones las que compuso en muy breve lapso de tiempo. Se encuentran en el Archivo de la Universidad Gregoriana.
(11) AVG, n.º 2.
(12) AVG, n.º 3.

Si por estos medios llega ya a interesarse de la vida espiritual o era ya de antes persona espiritual, en tonces se le puede directamente invitar a ejercicios como un medio en que encontrará satisfechas sus ansias de perfección. Bastará hacerle caer en la cuenta de que el alma no se sacia, sino se abraza con toda su fuerza con el bien. Y esto nunca lo realizará si no tiende a él libremente, sin parar mientes en los obstáculos que le salgan al paso, apoyado en una voluntad fuerte, imantada por el atractivo de la verdadera felicidad y dirigida por un entendimiento que contemple con toda claridad las excelencias encerradas en la verdad. Esta luz y este impulso las sentirá de modo perfecto con el trabajo personal y la reflexión de los ejercicios (13).

Para ganar al interlocutor más fácilmente, se le puede hablar de las muchas e importantes personas que han hecho los ejercicios, del gran fruto que en ellos se recaba, a saber: un mayor conocimiento de sí y de Dios, un mayor conocimiento y contrición de los pecados, gran luz para acertar en la elección de estado, práctica de la oración, gusto de Dios, amargura de las cosas de este mundo, facilidad para llevar después una vida más cristiana, tantos méritos para la otra vida (14). Se le puede también ir dando razón más particular del por qué los ejercicios producen todos estos bienes, explicándole los diversos factores internos que influyen (15).

Estas largas conversaciones para atraer a ejercicios fueron necesarias al principio. Después los mismos ejercitantes se encargaron de difundir entre sus amistades las excelencias del nuevo método y el contento y fruto que en ellos habían sentido, excitando en muchos con sus palabras el deseo de experimentar en sí mismos aquel poderoso medio de santificación.

Antes el punto más difícil era el de reclutar gente. Por ello multiplicaban tanto la propaganda. Ahora la dificultad está precisamente en dar abasto a todos los que desean. Por ello seleccionan todo lo posible los ejercitantes.

No falta con todo santos estratagemas, pero ahora les mueve más que un afán de extenderlos, el interés de conseguir que los hagan determinados sujetos. San Ignacio en el Directorio del P. Vitoria, que es probablemente de los últimos años de la vida del Santo, indica diversos medios que se pueden usar para atraer a ejercicios. Es una página de delicada psicología religiosa:

> «Por ordinario tenemos por experiencia que no hay modo mejor de exhortar a los ejercicios que en la confesión y esto no ex abrupto sino a su tiempo. También cuando por la conversación que con nosotros tienen entendemos que están con algún descontento del estado que tienen en el común vivir de los seglares (dejando casados, etc.), o porque no se hacen bien sus negocios, o porque sus padres o parientes no los tratan bien o otra cosa semejante, entonces se les podrá decir:

(13) AVG, n.º 2.
(14) AVG, n.º 4.
(15) AVG, n.º 5.

Creo cierto que para vuestro consuelo y para saberos gobernar en todo lo que hiciéredes que importaría mucho que os recogiéredes algunos días a hacer los ejercicios y esto vendría bien habiéndole dado a entender, cómo sean miserables todos los hombres que trabajan por sólo contentar a otro que Dios o por riquezas o otras cosas. Y cuando no supiese qué cosa son los ejercicios, se le podría decir esto: Acá sabemos dar ciertos ejercicios, etc., loándolos como requiere la bondad de ellos y dando algunos ejemplos de algunos que se han hallado en semejantes tragos ó desconsuelos y que después de haberlos hecho se hallan consolados... Otros muchos modos hay de exhortar a ellos y cuanto más de lejos tanto mejor, salvo que ellos entiendan la excelencia de ellos y la paz que queda en el ánima a los que bien los hacen y el gran fruto y lumbre que se saca de ellos para saberse gobernar en cualquier estado que esté bien y en servicio de Dios, dando ejemplo de algunos que los han hecho que no han determinado de entrar en religión porque este temor de pensar que se entrarán en religión o que no los hacen otros sino religiosos o tales personas, suelen ser causa que tengan aversión para no los hacer» (Ex. D, 786,7).

El mismo Santo nos ha dicho que la «experiencia» le enseña esto. No hacía falta. El realismo de la descripción lo está indicando con toda evidencia.

No pocas fuentes tomadas de la historia real confirman de modo claro que el medio principal que usaban, era el de abordar suavemente en alguna conversación el tema de los ejercicios y después de preparado suficientemente el terreno, invitarle a ello (16). Otras veces los recomendaba el confesor a su dirigido.

Ni faltan ocasiones en que se veía la mano de Dios de modo más directo. El Señor se servía de la conducta ejemplar de los Padres y aun estudiantes jesuítas, o de algunos actos particulares de caridad o abnegación, para que movidos por ello afluyesen ejercitantes, sin haber precedido ninguna invitación o insinuación (17).

5. Consecuencia de esta dificultad de admisión y de los intensos deseos que les animaban de ejercitarse en esta práctica, era que no pocas veces multiplicaban las peticiones, las reforzaban con recomendaciones y todos los medios que estaban a su alcance, y si era preciso no dudaban en acudir a medidas extraordinarias. En Valencia, en 1545, dos señoras, Sebastiana Exarch y Juana de Cardona, a pesar de ser tan afectas y bienhechoras de la Compañía, tuvieron que insistir durante mucho tiempo acudiendo al arma de las mujeres: las lágrimas, y volviéndose importunas (18). En 1552, en París, un español no cesó de instar durante muchos días (LQ. I, 616); en Alcalá

«de un monasterio de las principales religiones han procurado con grandes medios que el P. Villanueva fuese a dar los ejercicios a los

---

(16) Así Adriaenssens en 1550 a un sacerdote, Litt. Quadr., I, 207, Polanco, en 1554, con el alumno del Germánico, Dr. Paulo, *Mon. Ign.*, Epp. VI, 379; el P. Fulvio en 1556 al Obispo de Camerino, Polanco, *Chron.*, VI, 73, etc.

(17) Véase Polanco, *Chron.*, VI, 718; Castro, lib. III, cap. 5.º (I, 42rv); Epp. Mixtae, I, 58 etc.).

(18) *Mon. Ign.*, Epp. XII, 369, 372.

Padres de aquel monasterio y para ello enviaron aquí dos mensajeros proprios, poniendo por tercero al Dr. Sr. D. Juan de Borja y después enviaron un religioso de la misma orden a ello.» (LQ. I, 629).

También el conde de Monteagudo insistió de varios modos para poder hacer ejercicios, escribiendo varias cartas y enviando dos o tres criados para ello (LQ. IV, 523).

Cuanto mayor era la dificultad, tanto más se intensificaban las demandas. Como entonces ponían tanta dificultad en dar ejercicios a monjas, al menos individualmente, eran éstas las que tenían que insistir más si querían poder hacerlos. Las franciscanas de Lisboa, que los deseaban ardientemente, pusieron por intercesora nada menos que a la reina de Portugal (PCh. IV, 536); la abadesa de Santa Clara de Gandía, además de pedirlos «con mucha devoción», «puso al señor duque [San Francisco de Borja] por medianero para ello» el cual pidió al P. Oviedo que los diese (MB. 784); las dominicas de Zaragoza, no contentas de pedirlos «con mucha instancia» al P. Rojas, elevaron una instancia al P. Román por medio de su Provincial (LQ., IV, 287).

Y por fin, para no citar más ejemplos, el P. Navarro escribe a San Ignacio con cierto aire de resignación, que da los ejercicios a la abadesa de un monasterio «por la mucha importunación que me ha dado en ello» (LQ., III, 531).

Por razones de índole muy diversa tuvo que insistir un santo religioso franciscano. Oigamos cómo cuenta el suceso el P. Castro:

«El P. Parra de San Francisco, de mucho ejemplo y espíritu... habiendo tomado muchísima amistad con el P. Villanueva y tratando algunas veces de los ejercicios, deseó verlos y el Padre se los mostró escritos y deseando que se los diese como hacía a otros, escusábase teniendo respeto a su mucha santidad, pareciéndole que no había menester entrar en ejercicios espirituales él que andaba de continuo ejercitándose en el amor de Dios, mas el santo fraile perseverando en pedirlos vino a decir: si los de la Compañía no me los quieren dar, tengo de pedir a Dios un ángel que me los venga a dar y sé que si faltare en la tierra quien me los platique, Dios me dará un ángel del cielo que me los declare.» (19).

Claro está que este último caso era extraordinario, como eran extraordinarias las medidas que tuvieron que tomar algunos para poder hacerlos: ir a un sitio solitario para prevenir la oposición de sus padres (20), o por la misma razón tener que andar disimulando con la familia indicándoles que iban en peregrinación al Santuario de la Virgen de Guadalupe con objeto de cumplir un voto, procurando despistar de este modo para que no se dieran cuenta (21). También eran medidas extraordinarias, aunque no tan raras como las anteriores, el tener que hacer un viaje más o menos largo para hacerlos. En Alcalá

(19) Castro, lib. IV, cap. 19 (I, 95v).
(20) Tal hicieron en 1543 en Portugal Silveira y Meneses, Diertins, 115.
(21) *A. R.* Hist. Soc., 176, 74v.

en 1554, uno vino de ochenta leguas, (LQ., III, 81); en Barcelona, el mismo año, otro anduvo veinte leguas (PCh., IV, 360); a Oñate van dos personas de Sigüenza (EM., II, 599) y varios de diversas partes de Castilla. A Alcalá era ordinario que fueran ejercitantes de Cuenca y Toledo; «y muchos de lejos de aquí vienen sólo a hacer los ejercicios» (LQ., III, 413); a Valencia y Gandía también acudían de otras partes, y algunos, como el cardenal Truchsess y el conde de Monteagudo, fueron a parajes solitarios a hacerlos.

Pero si esto era extraordinario, el tener que insistir era algo muy frecuente y casi normal, al menos en los principales centros.

6. Ya es hora de ver quienes eran éstos que con tanto interés venían a practicar el retiro ignaciano, y de precisar su condición, edad, género de vida social y espiritual.

Recojamos primero las normas de San Ignacio sobre quiénes podían ser ejercitantes. Los casados, religiosos o inhábiles no son tan aptos para los ejercicios completos, pero conviene darles la ayuda competente, como sería los de la primera semana (Ex. D, 786). El Santo cree que no conviene exhortar a ninguno a que los haga cerrados, sino tuviese las cinco condiciones siguientes «o las más notables de ellas».

> 1) Ser sujeto apto para «la casa del Señor, si fuese llamado a ella»; 2) ingenio para poder aprovecharse; 3) que pueda determinar de su persona aun para el estado de perfección; 4) «que tenga buena y honesta presencia»; 5) «que no esté tan aficionado a alguna cosa que sea difícil traerlo a que se ponga en igual balanza delante de Dios, mas antes que esté angustiado en alguna manera, con el deseo de saber qué haya de hacer de su persona y ambiguo.» (Ex. D, 785, 6).

El mismo pensamiento expresa de otro modo en sucesivas instrucciones dadas a algunos colegios, recomendando (22) que sean personas de valer, aptas para elegir estado de perfección o de cuyo aprovechamiento redunde el bien de otros.

> Los ejercitantes más aptos eran los que todavía no habían determinado su estado de vida, «porque entonces hay más variedad de espíritus», según la expresión de San Ignacio recogida por Cámara (FN. 676). San Ignacio mismo resume su pensamiento en una luminosa frase: «Si diese todos los ejercicios daríalos a muy pocos letrados o personas muy deseosas de perfección o de mucha manera que podrían ser para la Compañía.» (23).

Además de esas cualidades, exige el Santo en los que desean hacer ejercicios completos una total resignación en las manos de Dios

> «para que Él haga de ellos y los eche a aquella parte que más les conviene» —de tal modo que «el que se conociere estar muy pertinaz...

(22) Cf. *Ap. doc.*, N. 1.
(23) En su Instrucción a los de Portugal copiada en el *Apéndice doc.*, N. 1.

antes que entrase en los ejercicios no se había de incitar a ellos ni admitir hasta que por frecuentes confesiones estuviese más maduro.» (Ex. D. 791).

En la práctica encontramos la misma norma de conducta; jóvenes selectos, estudiantes, sacerdotes y personas de prestigio «porque ellos ayudados ayudan a otros muchos» (24) que hacen el retiro completo; caballeros, gentilhombres, religiosas y religiosos, jóvenes de ambos sexos que hacen toda clase de ejercicios: desde los completos hasta «algunos».

En Alcalá, dada la enorme afluencia de peticiones, hacían todavía una ulterior selección dentro de esta categoría de selectos. Dionisio Vázquez, benemérito por el sinnúmero de noticias interesantes sobre los ejercicios que ha desperdigado en sus cartas, escribe a San Ignacio el 1 de mayo de 1552:

«Ha tanto crecido la devoción en estas partes de la Compañía que parece Nuestro Señor pega fuego a los corazones y vienen tantas personas a se aprovechar en los ejercicios que apenas se puede satisfacer a todos y así no pudiendo cumplir con todos, se ha en este tiempo tomado por medio de corresponder a los que se ve tener más necesidad y que serán más ejemplares y fructuosos al bien universal de las almas.» (LQ. I, 619).

Mucho más amplio era el sector de los que entraban a hacer ejercicios abiertos y mayor aún el que se contentaba con los de la primera semana. Estos se extendían prácticamente a todos los que se ponían al alcance sin exigir preparación ni disposición esenciales. Entre éstos entran mujeres, soldados (PCh., I, 223), niños, y aun protestantes. No deja de ser curioso que todos los niños que sepamos hicieran ejercicios desde 1540, sean huérfanos recogidos en orfanatrofios, a no ser que consideremos como tales a algunos que deseaban entrar en la Compañía, y que no pasaban de doce o trece años (LQ., I, 75).

Nadal en su cuaderno íntimo de *Orationis observationes*, dice que los ejercicios podían acomodarse a los protestantes, sin que pierdan sus notas esenciales. No hace falta que hagan la confesión general ni comulguen. Basta con que se sometan al espíritu del Señor y al de la Iglesia, o al menos con que no se opongan a ese espíritu y busquen la verdad en los elementos comunes entre los católicos y protestantes (EN. IV, 695).

De hecho Polanco, dice en su *Chronicon* que hubo protestantes que se curaron de la peste de la herejía con la medicina de los ejercicios (PCh. I, 103).

En Colonia, en 1545, los hizo un joven notario protestante de Espira, (ignoramos su nombre) que había sido discípulo personal de Lutero, y muy familiar al propio Lutero y a Bucero. Questemberg, en carta al P. Fabro, cuenta con frases retóricas la admirable conversión obrada en él *per tuos*, pero no dice si la conversión fué antes de los ejercicios o en ellos (FM. 353).

---

(24) Polanco en sus Industrias, Polanco, *Chron.*, II, 787.

7. También hubo mujeres y monjas ejercitantes. Recordemos respecto a las mujeres a Broet en Bolonia, a las que hicieron en Palermo, Mesina, Lisboa, Parma, Plasencia. Las religiosas muy pronto empezaron a desear hacer ejercicios. Ya en 1539 los dió el P. Broet en Siena a las benedictinas del monasterio de Santa Próspera e Inés (25), y en 1540 el P. Pablo Achilles a las benedictinas de Parma (LM., I, 5).

Con todo, se resistían ordinariamente los Padres a dar propiamente ejercicios en conventos de monjas, siendo mucho más fáciles en aceptar exhortaciones o pláticas a toda la comunidad reunida, en las que explanaban muchos puntos de los ejercicios. Los viajes de Doménech, Broet, Estrada, Wischaven y varios otros, están salpicados de esta clase de ministerios, muchas veces con resultados palpables en la reforma del monasterio. Parte al menos de esta actividad hay que considerarla como ejercicios abiertos, sobre todo cuando iban a hablarles varios días seguidos.

Las razones principales porque tenían tanta dificultad en aplicar el método ignaciano a las monjas, eran dos. La primera, porque necesitaban emplear mucho tiempo, tanto que no correspondía al fruto, ciertamente no escaso, que se podía reportar. Cada día a lo más podían dar ejercicios a siete u ocho religiosas, y aun suponiendo que el monasterio no fuera muy numeroso, necesitaban emplear bastantes semanas y aun meses para darlos a todas (26).

La segunda razón eran los peligros a que se exponía ese trato tan continuo e íntimo con mujeres, peligros reales y peligros de sospechas y habladurías. Véase lo que dice Polanco en las *Industrias:*

> «Ocuparse con monjas en predicarles, raras veces conviene y en confesiones y conversaciones rarísimas. Y lo mismo en ejercicios, si a ellos no forzaren personas a quien no se puede o debe negar o no hubiese una especial necesidad y razón de atender a ellas *ad tempus* y esto así porque se hace en otras personas más fruto que no tienen su modo de servir a Dios tanto ordenado, como por quitar las ocasiones de peligros y rumores que suelen suceder de tales asuntos» (PCo. II, 786, 7).

Pero para no privar a esta parte tan escogida de la Iglesia de Dios, de un bien tan grande como el de los ejercicios, sobre todo en aquel siglo en que por desgracia abundaban comunidades que dejaban que desear en espíritu y fervor, idearon varios medios, tratando de compaginar el fruto de las religiosas con el bien universal.

Se pusieron en práctica dos soluciones que fueron aprobadas por San Ignacio (MI. Epp. IX, 220). La primera consistía en dar ejercicios a dos o tres de las principales religiosas para que éstas a su vez los diesen a las demás. Ya en 1548 en Mesina hizo uso Doménech de este método, dándolos a tres monjas (27); y en 1549, en el mismo Mesina, lo emplea Wischaven (PCh. I, 369; EN. I, 76).

La segunda solución, que fué sin duda la más usada, era el dar

(25) *Mon. Ign.*, Fontes Narr., 211; Epp. Broeti, 511.
(26) *Mon. Ign.*, IX, 220; Polanco, *Chronicon*, V, 203.
(27) *A. R.* Epp. NN, 78, 75r.

los ejercicios no individualmente, sino a todas juntas. Perdía con esto el método ignaciano una de las notas más distintivas, que era el acomodarse en cada momento a las necesidades concretas de cada alma, conocidas por el director en la íntima conversación diaria en que el ejercitante comunicaba sus impresiones. Pero aquellos apóstoles, puestos en la alternativa de o tener que privarles de los ejercicios o de darles de este modo, prefieren usar este método. Por esta razón, más que de dar ejercicios a monjas (28) —aunque no falten estos casos— se hace mención de monasterios que recibieron los ejercicios (29).

Laínez habla en 1560 de este método como de un método que a veces había dado buen resultado (30).

Tampoco faltaban entre los que venían humildemente a pedir la gracia de hacer ejercicios, religiosos de diversas órdenes. Más aún: los religiosos iban a hacerlos no pocas veces a las casas de los jesuítas, no como las monjas, que por ser de clausura recibían en sus conventos los directores.

Los camaldulenses de Monte Corona tienen que ir a Perusa a hacerlos (31). A la casa de Lovaina vienen benedictinos tan esclarecidos como el Venerable abad Blosio con algunos de los más principales monjes del monasterio (LQ. II, 413); a Simancas va un franciscano (LQ. III, 532); a Salamanca van uno de la orden de Santiago (LQ. III, 547) y un agustino (LQ. I, 597), a Valencia acuden algunos religiosos (LQ. I, 91), lo mismo que a Alcalá (LQ. I, 399) y a Zaragoza (LQ. IV, 287).

Los cartujos de Colonia, si es que como parece practicaron los ejercicios (32), los hicieron naturalmente en su propia cartuja. Pero entonces aquella cartuja era la residencia del Beato Fabro y el centro de sus actividades. Los jerónimos de Tendilla primero venían de dos en dos a Alcalá, pero después, por razones de local y para ganar tiempo, fué el H. Manuel López a darlos (LQ. I, 289, 399). Unos ocho o nueve dominicos de Valencia, en 1556, los hicieron «unos en nuestro colegio y otros en su mismo monasterio, a donde iba un hermano a dárselos, porque en casa no había lugar para tantos» (LQ. IV, 473). Esta expresión indica claramente que lo ordinario era que viniesen a las casas de los jesuítas a hacerlos.

Hicieron los ejercicios los religiosos de las principales órdenes: carmelitas, agustinos, benedictinos, franciscanos, dominicos, cartujos, mercedarios, camaldulenses. Algunos de los ejercitantes eran religiosos de renombrada santidad o de muchos años de profesión y que ocupaban importantes puestos en sus respectivas órdenes.

---

(28) En 1551, en Salamanca, una monja, Litt. Quadr., I, 597; en Gandja, en 1546, la abadesa de Santa Clara de Gandía, Epp. Broeti, 784.

(29) En 1547, en Monreal, los hace un monasterio, En 1548 hace un monasterio de Catania, PCh., I, 284, y casi todas las monjas de un monasterio de Mesina, PCh., I, 288; en 1552, Carneiro los da a muchas de un monasterio, LQ., II, 49, y en 1553, en Coimbra, Silveira a buena parte de un monasterio, LQ. II, 225; también en 1553 se dan a muchas de las setenta monjas de un monasterio, LQ. II, 506; en 1554, el P. Mirón da a un convento de franciscanas, PCh., IV, 536; en 1555, los hacen en Palermo todas las monjas del monasterio de San Juan del Roglion, en Palermo, PCh., V, 201; en 1556, en Zaragoza, el monasterio de las dominicas, LQ. IV, 287.

(30) *A. R.* Inst., 51, 85r.

(31) *Mon. Ign.*, Epp. X, 204. Cf. Polanco, *Chron.*, V, 67.

(32) Que hicieron los ejercicios los cartujos de Colonia lo afirman los bolandistas en *Acta Sanctorum*, julio, VII, 482. citando una crónica manuscrita de la Cartuja de Colonia, crónica que, según J. Hansen, *Rheinischen Akten*, no se encuentra actualmente.

Baste citar al Venerable Blosio, al P. Dionisio de Cesena (LM. I, 107), al P. Mancio de Corpore Christi (33), a religiosos muy antiguos en Alcalá (LQ. I, 399), a un prelado franciscano (PCh. II, 334), al guardián del convento de franciscanos de Cuenca (EN. I, 164), «a un religioso de más de cincuenta años con quien por la bondad de Dios se ha hecho notable provecho» (EM. V, 597).

Aun un ermitaño, dejando la dulce soledad de su retiro, hizo los ejercicios en Roma bajo la dirección del propio San Ignacio (LQ. II, 501).

8. Si de la categoría social de los que se presentaban a ejercicios, pasamos a su conducta moral y religiosa observaremos también una gran variedad.

Nadal, hablando en general de los que acudían a tratar con los Padres en Mesina, dice que de ordinario venían personas de los dos extremos, o muy buenas o muy malas (EN. I, 55). Lo mismo observamos respecto de los ejercicios.

A los ejemplares religiosos ya mencionados, tenemos que añadir Cinta Cervini, de renombrada santidad, y tantas otras personas piadosas. Canisio, por ejemplo, ya antes de hacer los ejercicios, según la descripción que hace de él el Beato Fabro, era un joven privilegiado (FM., 199). Nada digamos del santo duque de Gandía, Francisco de Borja. No son los únicos ni mucho menos.

En Granada, en 1555, los hace una abadesa que «era sierva de Dios y por tal tenida en este pueblo» (LQ. I, 530); en Alcalá el P. Parra, franciscano «de mucha santidad, de mucho ejemplo y espíritu» (34); en 1546 el obispo de Pistoya *vir alioqui valde bonus*, como le describe Polanco (PCh. I, 172); en París, en 1552, un sacerdote que parecía ser con su ejemplar conducta un modelo de la modestia y probidad cristianas (LQ. II, 100), y sobre todo, dos que han recibido ya el supremo honor de los altares: San Andrés Avelino y Santa Teresa de Jesús (35).

Repetidas veces nos hablan también de la vida ejemplar que llevaban los ejercitantes seglares antes de comenzar el retiro ignaciano.

En particular nos refieren cómo ya durante algún período acostumbraban a confesarse y comulgar con frecuencia. Así D. Francisco de Villanueva, en Siena, comulgaba cada ocho días el verano que precedió inmediatamente a los ejercicios (PCh. VI, 134, 5); en Salamanca uno lo había estado practicando durante dos años (LQ. I, 598) y en París otro joven desde hacía un año (LQ. II, 100). En Alcalá los que principalmente se recogían a hacer ejercicios eran los que conversaban más familiarmente con los estudiantes jesuítas y los que acostumbraban confesarse con más frecuencia con los Padres (LQ. II, 623, 625). Más aún; en 1552 se dice que «a los que de nuevo vienen a confesar a casa y no tienen tan continua la confesión, usan los Padres de casa algunas preparaciones para más recogerse» (LQ. I, 619).

---

(33) *A. R.* Ep. NN. 78, 145r.
(34) Castro, lib. IV, cap. 14 (I, 95v).
(35) Para San Andrés Avelino. Cf. Lechat, *La conversión*, 145; para Santa Teresa vide el *Apéndice estadístico*.

Junto a éstos hay que poner otra categoría de ejercitantes: los de vida mundana y aun pecadora. En Granada, en 1556, uno que «pidió con mucha instancia los ejercicios» fué un canonista hijo de un veinticuatro, que era «tenido por mozo liviano, amigo de cosas de palacio y de hacer coplas» (EM. V, 538).

Es sumamente significativo el caso de un jerónimo de Tendilla.

Era éste, en frase del P. Castro, «un fraile lego feroz y mal religioso». Cuando se les propuso hacer ejercicios a aquellos religiosos le «enviaron... como piedra de toque diciendo que si convertía a ese irían también ellos». El fraile «lo tomó por vía de burla y manera de atrevimiento por ver qué cosa eran aquellos ejercicios». Con esta disposición de ánimo se dirigió a Alcalá. «Como yendo de camino encontrase alguna gente del campo que le conocían y le preguntaban donde iba, él respondía con risa y menosprecio: enviánme mis frailes a Alcalá a hacer no sé que diaños de hechizos» (36).

Aunque al llegar a Alcalá y ver en la portería la nada agraciada figura del Padre Villanueva con un mandil lleno de salpicaduras de cal, trabajando en obras de albañilería, volvió al punto las riendas a la mula con disposición de marcharse, quedó con todo totalmente ganado por el humilde jesuíta, que comenzó a asir de las riendas de su mula para invitarle a que quedara a descansar un rato y acabó por sujetar las riendas de sus pasiones convirtiéndole en un religioso ejemplar.

También encontramos entre los ejercitantes a un sacerdote de vida disoluta que varias veces había abandonado su profesión de religioso (LQ. III, 727); un bizarro soldado que hacía muchos años que no se había confesado (PCh. I, 276); otro militar y noble boloñés que llevaba 28 años sin confesarse (PCh. II, 55); y un salmantino que no lo había hecho desde hacía treinta años (PCh. VI, 561); un eclesiástico a quien su propio padre en castigo de la vida depravada que llevaba, le había condenado a tres meses de galeras (PCh. I, 241); un joven públicamente amancebado que robaba a su padre grandes cantidades de dinero (LQ. III, 501); un español divorciado desde hacía mucho tiempo (PCh. III, 304).

Para éstos y otros de conducta parecida, fueron los ejercicios fuente de regeneración en donde vieron la deformidad de sus crímenes, y determinaron seguir en adelante una conducta cristiana.

(36) Castro, lib. III, cap. 9.° (I, 53rv).

III. ADAPTACIÓN DEL LOCAL

8a. Sitios donde se daban ejercicios.—9. Casas de ejercicios en Siena y Alcalá.—10. «Casas de recogimiento».—11. Otros locales. 12. En la iglesia.—13. Resumen.

8 a. Si el ejercitante que se presentaba tenía las cualidades y disposiciones requeridas y se juzgaba poder ser admitido, el primer problema que convenía resolver era la cuestión del sitio. Porque para darlos no bastaba cualquier local. Era necesario «haber algún sitio a propósito», como se expresa San Ignacio (MI. Epp. XII, 96).

En los ejercicios el Santo aconseja mudarse de la casa donde moraba y tomar otra casa o cámara «cuanto más secretamente pudiese», desde donde pueda fácilmente ir a misa y a vísperas sin temor que sus conocidos le hagan impedimento» (Ej. 20).

Parecidas son las indicaciones de los Directorios. Conviene que el puesto sea «cuanto menos pueda ser visto» (Ex. A, 779) «harto mejor es, si puede ser, que fuera de casa los haga en lugar recogido y donde tuviese comodidad de oír misa o vísperas o a lo menos misa» (Ex. D. 787) y «si al fin se le diere cámara en casa sea en la parte más recogida que hubiere y dándole a entender cómo se le da porque él no pierda el fruto espiritual por falta de lugar» (Ex. D, 787).

En la práctica el encontrar este «lugar recogido» no fué siempre cosa tan hacedera en algunas clases de ejercitantes. Ya al hablar de los escolasticados y colegios hemos nombrado incidentalmente a muchos que los hacían en estos centros. San Ignacio, por medio del P. Polanco, advierte a Villanueva lo siguiente, el 1 de enero de 1554:

«Recibimos las de Vuestra Reverencia de primero de noviembre y por ellas entendimos que no estaba muy ocioso tuviendo sin otras ocupaciones seis ejercitantes en casa. Por acá úsase más dar los ejercicios fuera de casa y tiénese por más conveniente por diversos respetos; pero si allá otra cosa enseña la discreción, no debe dejarse de hacer» (MI. Epp. III, 277).

Era verdad. En Roma no sólo en 1539, cuando los Padres no disponían más que de una pequeña casa alquilada, iba San Ignacio a darlos a las casas de los sujetos, sino en 1546 los hizo el Dr. Miguel Torres en una villa apartada de Roma (37). Y todavía en 1555 el

(37) Castro, lib. II, cap. 6.° (I, 180). Era en la villa de los Orsini en las afueras de la Porta del Popolo.

abad Martinengo y su sobrino Lorenzo Maggi los hicieron en el venerando convento de los jesuatos de San Juan y San Pablo. En 1556 escribe a Coudreto que un exreligioso si viene a Roma podrá hacer los ejercicios, pero fuera de casa (MI. Epp. X, 655).

No sólo en Roma. En Foligno, en 1549, nos hablan las *Quadrimestres* de tres sacerdotes que los hacen en sus casas (LQ. I, 166). En Lovaina, en 1550, nos dicen que un ejercitante *more consueto* practica el retiro en su casa, viniendo a hacer oración a la iglesia y a comer al colegio (LQ. I, 197). En Bolonia, en 1556, los ejercitantes se hospedaban fuera de casa por la pequeñez de ésta (PCh. III, 180). El P. Nadal, en unos *Avisos* que problamente datan de hacia 1562, ordena que

> «los ejercicios pudiendo ser no se hagan en casa y cuando se hiciesen sea en el colegio de abajo (38). Cuando cómodamente no se pudiesen dar los ejercicios a los de fuera, fuera de casa, entonces se les podría dar algún aposento dentro de ella lo más apartado que se pudiera de la conversación de los hermanos especialmente siendo de quien se espere mutación para la Compañía» (39).

Pero en contra de esos dos o tres casos aislados de fuera de Roma y de los no pocos casos de Roma ya indicados, de gente que los hace fuera de casa, tenemos toda una costumbre general de hacerlos dentro de ella. San Ignacio mismo, el 30 de mayo de 1556 —dos meses antes de su muerte—, escribiendo a Juan Pelletario está conforme con esta práctica. Ya no dice como en 1551, que es mejor que se hagan fuera de los colegios, sino llana y sencillamente, que el sitio para hacer los ejercicios podría ser en el mismo colegio si fuesen buenos sujetos, o en alguna casa vecina (MI. Epp. XI, 471).

Aun en 1551 San Ignacio, con la largueza de miras que le caracterizaba, aunque juzgaba el hacerlos en casa menos conveniente, no sólo no lo prohibió sino que añadió la expresión que ya hemos notado «si allí otra cosa enseña la discreción no debe dejarse de hacer». (MI. Epp. III, 277.) En Alcalá la discreción enseñaba otra cosa

> «así por la comodidad de soledad que hay en este colegio como por el buen ejemplo que se dan tan de cerca a los que quedan fuera en la Universidad como porque el mismo H. [Villanueva] da a casi todos los ejercicios y no podría ausentarse de casa por poder acudir a otras muchas ocupaciones que sobrevenían» (40).

Esa disposición afectaba sólo a los colegios, porque San Ignacio desde el principio quiso que se diesen ejercicios en las casas de probación sobre todo a jóvenes que se creía tener vocación. Es muy difícil determinar respecto a muchos de estos jóvenes si entraron en el novi-

---

(38) Creemos que con «colegio de abajo» quiere Nadal indicar la parte del colegio en que se tenían las clases y las demás dependencias por donde transitaban los de fuera.
(39) *A. R.* Hisp., 90, 241r.
(40) Castro, lib. III, cap. 5.º (I, 42v).

ciado durante los ejercicios o al acabarlos, o si más bien eran ya novicios al empezar a hacerlos.

De todos modos, al escribir San Ignacio al P. Simón Rodrigues sobre el diseño de la casa de probación que desea establecer en Roma, dice expresamente que esa casa, además de ser casa de probación, «servirá para los que quieren hacer ejercicios espirituales, aunque sin determinación que entonces tengan de la Compañía» (MI. Epp. I, 604): y en el noviciado de Simancas, en 1555, venden la casa que les habían regalado porque «no tenía tanta comodidad como convenía para los ejercicios espirituales de la Compañía por estar extra muros del pueblo» (EM. IV, 621) comprando con su importe otra que más se adaptara a este fin.

Pero basándose en el permiso de San Ignacio y urgidos por sus diversas instrucciones a dar ejercicios, siéndoles mucho más cómodo darlos en casa que fuera de ella, fué extendiéndose gradualmente este uso llegando a reservarse determinadas cámaras del colegio para los ejercitantes (41), tanto que, como tratamos largamente en el capítulo II, se pueden considerar los principales colegios que entonces poseía la Compañía como verdaderas casas de ejercicios.

Esta fusión de colegios y casas de ejercicios, mejor este considerar los retiros ignacianos como una función del colegio, se generalizó de tal modo que cristalizó en una veneranda tradición a la que todavía alude cien años más tarde un general de la Compañía. En la ciudad francesa de Vannes se había aplicado al colegio el capital de fundación donado generosamente por el obispo (42). En 1664 el padre provincial P. Bordier proponía al P. General, que entonces era el R. P. Juan Pablo Oliva separar la casa de ejercicios del colegio, ya que contaba con propios medios de vida y con Padres exclusivamente destinados a dar ejercicios. El P. General niega en carta de 16 de diciembre de 1664 rotundamente el permiso, admirándose de que se le pida una cosa tan peregrina y tan poco conforme con las tradiciones de la Compañía, ya que hasta ahora el uso recibido en toda la Compañía es que se den ejercicios en todas las casas y colegios, reservándose para ellos o una parte del edificio o algunos cuartos (43).

9. A pesar de esto, datan de los tiempos de San Ignacio los primeros gérmenes de casas de ejercicios separadas de los colegios (44). Ya en 1539 alquilaron los PP. Simón Rodrigues y Broet una casa

(41) Dicen expresamente que había cuartos reservados exclusivamente para ejercitantes en Lovaina, PCh. II, 589 y en el Germánico de Roma, PC. I, 572. En las demás casas se dice que continuamente, o al menos con mucha frecuencia, se daban ejercicios. y que hay algunos que están esperando a que acaben de hacer los ejercicios para entrar ellos, lo cual es afirmar implícitamente que normalmente los ejercitantes ocupaban determinados cuartos.

(42) H. Chaurand, *La Maison de Retraites de Vannes.*

(43) Carta del P. General al P. Andrés Castillón, provincial de Francia, *A. R.* Franc., 7, 367v.

(44) Sobre las casas de ejercicios, cf. P. Albers, *Das Exertitienhaus.* Sobre el tiempo de San Ignacio habla más bien de los ejercicios que se hacían en nuestros colegios, 3-5. El P. T. Arellano en *Primeros pasos del movimiento de ej.*, en las págs. 116-119, habla de Alcalá en cuanto casa propia de ejercicios.

en las afueras de la ciudad de Siena para darlos a los estudiantes (MB. 511). Esta fué la primera casa de ejercicios ignacianos. No era casa propia, ni fué una cosa estable.

El primer paso para tener una casa propia y estable se dió en Alcalá en 1553. El cada vez más numeroso grupo de jóvenes que se quedaban sin poder practicar el método ignaciano, laceraba el corazón del celoso Villanueva. Esto exigía una solución radical. Por otra parte al mismo Villanueva no se le ocultaban los inconvenientes que había en darlos en el colegio. Por eso se dedicó ya casi desde el principio a buscar una casa apta para dar ejercicios.

Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Merece copiarse por la importancia de la materia, el párrafo de una carta escrita a San Ignacio, según parece en abril de 1550 (45), en donde se ve cómo la casa de ejercicios propia, era un viejo ideal en el apóstol de los ejercicios de Alcalá:

> «Acerca del dar ejercicios en casa —escribe— bien conocemos que hay incómodo en la casa y este es el inconveniente que acá se halla, pero la experiencia ha hecho que en casa se diesen, porque en siete años que ha que estoy aquí, nunca se ha podido hallar una casa para poder dar en ella ejercicios, aunque con diligencia se ha buscado»... (Ex. 1182). Y después de hablar entre otras cosas de que no ha podido dar por falta de sitio concluye: «Esto me parece a mi se podría remediar con edificar un cuarto a una parte de nuestro huerto que es fuera de la cerca y mándase por casa y tenemos huerta para todo y aun para más. Venido nuestro P. Provincial [Araoz] yo le daré razón de ello y como lo ordenare así se haga.» (Ex. 1183).

Estos planes de Villanueva, ya maduros en 1550, no pudieron realizarse hasta 1553. Precisamente en este año, el más borrascoso en Alcalá por parte de las contradicciones del arzobispo Siliceo y de Melchor Cano, se edificó con toda tranquilidad un pequeño pabellón destinado exclusivamente para ejercitantes.

El conde de Melito, al aplicar las rentas que tenía en Serracines, a dos leguas de Alcalá, para esta obra (46), hizo factibles los planes de Villanueva.

> «Gracias a esa ayuda se levantó una iglesia mayor que la que antes teníamos (LQ. II, 504) para decir allí misa y recogerse, donde algunos acostumbraban a hacer ejercicios» (47).

Encima de ella se edificó un piso con varias cámaras y «una por-

(45) La carta no lleva fecha ninguna, pero en ella dice Villanueva: «en siete años que ha que estoy aquí», Villanueva llegó a Alcalá por abril de 1543, Astráin, I, 262. La carta está escrita en abril: después de la cuaresma («he dejado de dar esta cuaresma») y antes de la llegada del P. Provincial («venido nuestro P. Provincial yo le daré razón de él»), y el P. Araoz llegó a Alcalá a mediados de abril, EM. I, 379, de donde se marchó el 18 del mismo mes, EM. I, 386. Entran, pues, en cuestión los años de 1549 y 1550. Yo me inclino a 1550, por parecer próxima la venida del P. Araoz. Ahora bien, siete abriles antes del abril de 1550 dan exactamente el abril de 1543, que es la época en que entró Villanueva en Alcalá. Está editada en Ex. 1182-1183.

(46) Castro, lib. V, cap. 11 (I, 146r). Castro dice que fué el verano de 1554, pero tuvo que ser el verano anterior, porque en las *Quadrimestres* fechadas el 31 de dic. de 155? se habla de la obra como ya concluída, LQ. II, 504.

(47) Castro, lib. V, cap. 11 (I, 146v).

tería» que suponemos querrá indicar una entrada independiente (48). Tenían, pues, los ejercitantes un pequeño pabellón aislado del cuerpo del edificio con lo cual «de aquí adelante estarán apartados y con mayor quietud suya y nuestra» (LQ. II, 504).

Alcalá fué, pues, la primera casa propia y estable donde ininterrumpidamente se daban ejercicios, practicándolos al cabo del año un número considerable (49).

10. Todavía se avanzó en cierto sentido más en tiempo de San Ignacio. A algunos doctores de la Universidad de Alcalá les parecía el colegio un sitio demasiado público para hacer ejercicios. Ellos deseaban ir a un sitio apartado en donde pudiesen pasar desapercibidos de todos. El P. Bustamante escribe a San Ignacio el 24 de agosto de 1554 en estos términos:

> «En Alcalá importunan mucho al P. Villanueva algunos doctores de los más principales de aquella Universidad y otros canónigos, que trabaje de hacer una casa de recogimiento fuera de allí o se tome alguna ermita donde pudiesen hacer los ejercicios personas que lo desean y no quieren dar parte de sus buenos intentos a nadie, hasta que el Señor les dé entera determinación en ellos; y los mismos canónigos de allí ofrecieron de dar a tributo una ermita con ciertas posesiones que su cabildo posee dos leguas y media de Alcalá, habiéndose licencia del arzobispo de Toledo [Siliceo] sobre la cual el P. Francisco [de Borja] le escribió; envío con ésta la copia de la respuesta del Arzobispo por la cual entenderá Venerable Padre que está muy trocado de lo que solía» (LQ. III, 67, 68).

No sabemos en qué paró este asunto y si los tímidos canónigos salieron con su intento. Lo que sí sabemos es que en otras dos partes se pudieron fundar dos «casas de recogimiento». En Murcia, en 1555, el Obispo, al reedificar una antigua ermita sita a la falda de un monte en un puesto sumamente ameno y apacible, llamó allí a los Padres para que pudiesen en aquella tranquila soledad descansar de sus fatigas y a la vez dar ejercicios (PCh. V, 536). En Monterrey, en 1556, el Párroco entregó en propiedad el santuario de la Virgen de los Remedios, centro de peregrinaciones de Galicia y aun de Portugal, casa que pareció a los Padres muy idónea no sólo para descansar de las fatigas del cuerpo, sino también para dirigir a los ejercitantes (PCh. VI, 616).

Otros intentos parecidos, que no sabemos si llegaron a ejecutarse, encontramos en el antiguo monasterio alemán de los celestinos en

---

(48) «El verano del 54 se edificó la nueva iglesia con los aposentos que están sobre ella y la portería que tiene sobre ella». Castro, lib. V, cap. 11, (I, 146r). Aquí se dice «aposentos»: Polanco los llama «habitationes quaedam», PCh. III, 326, y los demás documentos «un cuarto». Como se sabe, «cuarto» no significaba en el siglo XVI un cuarto particular, sino un piso, un ala. Véase en EM. III, 153 hablando de este mismo pabellón: «hiciésemos aquí un cuarto bueno que sirviese en lo bajo de una capilla anchurosa y en lo alto de aposento». Cuarto es, pues, aquí sinónimo de cuadrado, de una parte del edificio. Véase también, EM. V, 334. Además aquí, en concreto, queda el significado de la palabra completamente determinado por la traducción de Polanco: «habitationes» y más aún por la descripción que hace el P. Castro.

(49) Arellano, *Primeros pasos*, 118. Los argumentos del P. Arellano hay que reforzar con la construcción del nuevo pabellón que él supone que no se edificó.

Oybin de Bohemia (PCh. VI, 378), y en la casa de campo que ofreció en 1554 la marquesa de Priego, cerca de Córdoba, «para dar ejercicios y recreación y recogimiento que tomen a veces los de Córdoba» (MI. Epp. VII, 536) (50).

Esta fué la práctica en las casas de probación y en los colegios. Pero ¿qué se hacía en las residencias, es decir, en las casas destinadas exclusivamente a ministerios con los prójimos?

Apenas existía esta clase de casas en tiempo de San Ignacio. Yo no recuerdo en Europa más que las de Roma y Lisboa, que llevan la terminología jurídica de «casa profesa». En Roma las relaciones no nos hablan de ninguno que los hicieran internos en ella, aunque los *Directorios* parecen suponer algunos casos.

En Lisboa eran pocos los que los practicaban cerrados (PCh. III, 399), mientras que eran continuos, al menos en 1553, los ejercicios espirituales abiertos (LQ. II, 536), y sus moradores daban frecuentemente ejercicios en otras poblaciones. Es que según la mente de San Ignacio, estas casas eran más bien una base para un trabajo móvil, en que el principal trabajo era «confesar y predicar». Véase lo que respondió el P. Polanco, en comisión del fundador, al P. Antonio de Córdoba respecto a una casa que ofrecía la marquesa de Priego para ministerios, además de la casa de campo de que ya hemos hablado:

> «El otro sitio —dice— que daba la señora Marquesa siendo alegre, sano y quieto tiene buenas partes para casa de profesos y para ejercicios, pero si el estar fuera de mano fuese tanto que no pudiese servir para lo principal a que atiende la Compañía profesa, que es confesar y predicar, es de mirar en ello» (MI. Epp. VII, 536, 537).

11. Pero no en todas las ciudades encontraron los jesuítas bienhechores que les fundaran centros de esta índole, ni en todas partes podían darles casa, sea por escasez de local, como en Bolonia (PCh. VI, 180); sea por vivir en colegio ajeno, como en París; sea por no parecer conveniente, como en Roma, sea por otros motivos. En estos casos adoptaron el sistema de alquilar cuartos o de aprovecharse de algunas casas particulares o de religiosos.

> En casas particulares los dió en Ratisbona en 1541 el P. Claudio Jayo (PCh. I, 99, 100); Broet en 1547 los da en la Villa «Vivo» del cardenal Cervini (PCh. I, 217). En Salamanca en 1552 los hace en casa de doña Leonor Ordóñez (51). En Burgos en 1553 el Dr. Ramírez de Vergara en casa del Condestable (PCh. III, 348). En 1552 los dan Villanueva y Tablares a varias personas en el castillo de Almenara del conde de Melito (LQ. II, 15).

También se daban en monasterios. Hemos visto a San Ignacio dándolos en Monte Casino. En Roma se utilizaba el convento de San Juan.

---

(50) *Mon. Ign.*, Epp. VII, 536. Cf. Polanco, *Chronicon* IV, 452.
(51) *A. G.* IN. II, Francisco López, 201.

y San Pablo. En 1551 el cardenal Truchess se retiró a la abadía benedictina de Ottobeuren (52).

En otras partes preferían alquilar algún sitio, en donde más independientemente y con mayor libertad pudiesen retirarse los ejercitantes. En París tenían ordinariamente reservados varios cuartos que habían alquilado en dos casas de dos honestos ciudadanos. Uno se llamaba Juan de la Cocque. No sabemos el nombre del otro propietario, cuya casa se encontraba en los suburbios de San Víctor. También Laínez, en Venecia, en 1542, alquiló ocasionalmente un cuarto para un ejercitante que venía de Padua.

En casos excepcionales, no pudiendo gozar de otro local más apto, se practicaron los ejercicios en otros puestos. Este hecho es interesante no tanto para estudiar el origen y desarrollo de las casas de ejercicios, cuanto para ver el celo tan intenso de aquellos Padres, que les movía a adaptarse a todas las exigencias y que preferían darlos en sitios poco aptos a dejar de darlos. Estos fueron ejercicios cerrados sólo materialmente. En cuanto al contenido y práctica fueron ejercicios abiertos.

Tales sitios son el balneario de Montepulciano en donde los dió Broet mientras, por consejo del cardenal Cervini tomaba allí las aguas (PCh. I, 217); una nave, en 1548, en que el P. Barceo los dió al capitán del barco (53), y la celda de la cárcel de Evora, en donde se encontraba solo un detenido por la Inquisición (LQ. I, 701).

12. Hasta ahora hemos tratado exclusivamente de ejercicios a hombres. Las mujeres no los hacían en casa, sino ordinariamente en la iglesia, a donde acudía el director a exponer la meditación y dirigirlas.

Al decir que se daban en las iglesias, no queremos decir ni mucho menos que se daban en común a un grupo de mujeres allí reunidas. Salmerón dice del P. Broet que «está cuasi desde la mañana hasta la noche sentado en su silla en Santa Lucía dando ejercicios y confesando» (ES. I, 59). Nadal, en sus instrucciones de 1563 —en las que recoge las tradiciones anteriores— ordena que se dirijan los retiros a las mujeres en la iglesia en el sitio en que se oyen las confesiones (EN. IV, 530).

Los ejercicios, pues, como parece poder deducirse de estos testimonios, se daban no en el púlpito, sino en el confesonario, que entonces era ordinariamente un simple sillón, sin rejas ni nada que separara del oyente y desde donde se podía mantener cómodamente una conversación larga (54). Digo ordinariamente, porque ya hay alusiones a confesonarios modernos en el Sínodo de Sevilla de 1512 (adelantándose en esto como en otras instituciones Cisneros y España), pero no se generalizó su uso hasta después del Concilio de Trento (55).

---

(52) Braunsberger, *Beati Petri Canisii, Epistolae*, I, 361.
(53) Orlandini, lib. VIII, n.° 100.
(54) Véase el grabado de un confesonario en el catecismo de San Pedro Canisio, Streicher, 319.
(55) Buchberger, Lexikon für theologie und Kirche, 2.ª ed., II, 107 en la palabra «Beichstuhl».

Eran conversaciones en que el director, de modo sistemático, iba exponiendo las meditaciones. Lo mismo que hacían a los hombres en los cuartos reservados en casa, hacían con las mujeres en la iglesia. En las casas de los jesuítas no había entonces ningún local reservado para hablar a mujeres, como las modernas porterías, sino tan sólo se conversaba con ellas en la iglesia o en la sacristía (56). Por otra parte, San Ignacio no quería que fuesen a sus propias casas a darlos sino en casos excepcionales con señoras principales, y aun entonces teniendo algún testigo que los viese, pero no pudiera oírles (57). La razón de esta conducta era la misma que siempre que se trataba de ministerios con mujeres: evitar toda sombra de sospecha. El mismo San Ignacio, en su Instrucción a los de Portugal, explica en términos claros la razón de este proceder:

«No conversaría —escribe— con mujeres mozas y de poca manera sino en iglesias y muy público, porque a una mano son leves y ora sea vero o falso, frequenter se levanta mal humo de las tales conversaciones por ser ellas en general más ligeras y no constantes en el servicio de Dios Nuestro Señor y después sus devociones se convierten cuando en carne, cuando en fatiga, para que las hagan limosnas para sus necesidades corporales» (MI. Epp. XII, 293).

13. Resumiendo brevemente lo expuesto en este párrafo, tenemos que afirmar que la cuestión del local era ya en tiempos de San Ignacio un problema al que se procuró dar solución adecuada.

El sitio estaba en función del número de ejercitantes. Como entonces los ejercicios cerrados se daban individualmente, no podían atender simultáneamente más que a un número muy reducido. No necesitaban, por tanto, grandes casas ni grandes locales.

Los caminantes apostólicos iban de ciudad en ciudad invitando a dar ejercicios. Los ejercitantes quedaban ordinariamente en sus propias casas, viniendo a tomar los puntos y a hacer la oración a la casa del director o a alguna iglesia vecina. Eran ejercicios abiertos. Cuando se les daba cerrados o cuando venían de fuera se les buscaba alojamiento conveniente o en la casa donde residía el director o en alguna de los amigos.

Con la fundación de colegios y aumento de personal se hicieron más regulares los retiros. Entonces pensaron en dar una solución definitiva: primero reservaron algunos cuartos.

No bastaba esto. En Alcalá levantaron un pequeño pabellón para ejercitantes, y en otras partes fundaron casas de campo y «de recogimiento». En donde no gozaban de estos medios alquilaban locales para darlos, o usaban de conventos de religiosos o de casas particulares de gente amiga de toda confianza.

---

(56) Véase, por ejemplo, lo que se dice en las reglas del portero de 1553. Se expresa así la regla 3.ª: «Las mujeres que vinieren a la puerta, o con pocas palabras se despidan o sean mandadas al sacristán a la iglesia y a él darán sus recaudos y en la iglesia se les responda lo que quieren». *A. R.* Inst., 1, f. 152r.

(57) Cf. *Mon. Ign.*, Epp. VI, 495, 521; XI, 495.

IV. FORMACIÓN DEL DIRECTOR

14. Formación dada por San Ignacio.—15. Pasos de la formación.

14. También el director necesitaba realizar un trabajo previo si no en cada caso, al menos antes de darlos por primera vez. Antes, pues, de presenciar el encuentro de los dos y ver cómo le dirigía, conviene que estudiemos esta labor preparatoria.

La tarea de director de ejercicios era tarea muy delicada, que exigía no poca preparación. Es verdad que a lo largo de este trabajo nos hemos encontrado que dirigían el retiro al poco tiempo de haberlo practicado, algunos como Doménech y Pisano en Parma y aun algunas mujeres, monjas y maestros de escuela. Pero como ya hemos visto en su lugar, éstos no hacían más que dar «algunos» ejercicios, tan pocos en el caso en que los directores eran los maestros de escuela, que apenas pasaban de una explicación de las verdades fundamentales de la doctrina cristiana. Más que directores de ejercicios eran simples catequistas.

Cuando se trataba de dar «los» ejercicios, San Ignacio era sumamente exigente en dar el visto bueno.

Con todo, los primeros años, dada la escasez de jesuítas y afluencia de ejercitantes, se vió forzado en algunas ocasiones a que los diesen de modo no tan perfecto algunos directores menos experimentados. En 1547 implícitamente reconoce San Ignacio que no se daban a veces los ejercicios con toda perfección, al decir que una de las ventajas de la nueva casa de probación sería «que se podrían recibir más número de personas para hacer ejercicios y probaciones, y haríase esto mejor habiendo personas prácticas que a ello atendiesen que si cada día se mudasen como ahora es menester» (MI. Epp. I, 605).

Tanta importancia daba el Santo a este trabajo de formación, que la mayoría de los directores de ejercicios se formaron en Roma bajo su dirección y vigilancia y comenzaron a dar los primeros pasos bajo su solícita mirada, como se puede comprobar con recorrer el Indice de Directores de ejercicios que acompaña al Apéndice estadístico.

Y San Ignacio en Roma disminuyó su actividad de director de retiros, para poder darse más de lleno a sus hijos.

Quería formar bajo su inmediata dirección un escuadrón de directores de ejercicios que los extendieran después por todo el mundo y consolidaran la obra comenzada. Con esto no hacía más que poner en práctica lo que él mismo escribía en las *Constituciones*, hacia 1550, en-

comendándolo como norma general en la declaración al capítulo 7 de la Parte 4.ª:

> «Podrían comenzar a dar los ejercicios a algunos con quienes se aventurasen menos y conferir con alguno más experto su modo de proceder, notando bien lo que halla más y menos conveniente», en que no hace más que repetir con ligeros retoques lo que estaba ya redactado en el texto primitivo (58).

Y lo que en 1555 avisaba al Rector de Nápoles sobre el P. Soldevilla: que refiriese primero al P. Rector los puntos de la meditación y el modo con que los proponía para que si lo hacía bien pudiese darlos (MI. Epp. X, 371).

Práctica por otro lado tan natural, que la aplicaba también en otros ministerios (59), y que le permitía irse dando cuenta de las dotes de cada uno. Gracias a este contacto personal con sus hijos, pudo decir que Fabro aventajaba a todos en el modo de dirigir a los ejercitantes, siguiéndole en pericia Salmerón. A continuación ponía en esta escala de los mejores directores, a Villanueva y Doménech. De Estrada aseguró que «daba bien los de la primera semana» (FN. I, 658).

Los datos más concretos del modo con que iba dirigiendo a los noveles directores nos los proporciona el Memorial del ministro de la Casa Profesa de Roma, Luis González de Camara. Aunque sean de 1555 no estará de más observar que mucho de lo allí consignado no sucedió únicamente entonces, sino que forma parte de la conducta ordinaria del Santo.

Cámara nos narra dos casos. En el primero el protagonista es él mismo, cuando da ejercicios al abad Martinengo (FN. I, 692); el segundo lo es el P. Juan Alfonso de Vitoria que los daba a Lorenzo Maggi, sobrino del citado abad Martinengo (FN. I, 691). En la necrología del P. Maggi escrita por el P. J. Antonio Valtrino se pueden espigar algunos detalles que iluminan más algunos contornos (60).

Cámara, pues, por encargo del fundador de la Compañía iba cada día a dar ejercicios al venerando monasterio de San Juan y San Pablo, donde se encontraba recogido el abad Martinengo. Antes de ir trataba «primeramente con el Padre muy menudamente todos los puntos que le había de platicar y los modos por donde le había de llevar» (FN. I, 692). Y según vemos en la relación del P. Maggi, el P. Vitoria recibía además del mismo San Ignacio los ejercicios escritos —sin duda las meditaciones de aquel día— y a la vuelta le refería todo lo que había pasado aquel día con el ejercitante. Entonces el Santo, con los datos que le suministraba el novel director, le daba la instrucción conveniente según el caso. De este modo «instruído siempre del Padre» (FN. I, 691), se dirigía el director a la casa del ejercitante (61). En estas entrevistas

---

(58) En MHSI Const., II, 448, el texto de la redacción de hacia 1550 y en la pág. 191 el de la redacción anterior. En el texto oficial de las Constituciones no es el capítulo 7.º, sino el 8.º

(59) Cf. Ribadeneira, *Vida de San Ignacio*, lib. V, cap. 10 (557).

(60) En *A. R.* Rom., 188, I, ff. 136r-139r y 140r-141r.

(61) *A. R.* Rom., 188, I, 140 r.

no sólo hablaban de aquel retiro en concreto, sino que se tocaban los más variados puntos de los ejercicios (FN. I, 692).

Allí contó San Ignacio al P. Cámara la austeridad y exactitud con que los habían hecho los primeros Padres (FN. 704); allí le narró la penitencia que hicieron durante ellos San Francisco Javier, el Beato Fabro y el P. Pedro Codacio (FN. 704, 705); allí le explicó cómo había que darlos siempre cerrados al que deseaba seguir la vía de la perfección (FN. 708); allí le dijo que no había que dar nada por escrito (FN. 708); que los ejercicios habían decaído en rigor (FN. 704); que no había que hablar de religión al ejercitante antes que se hubiese determinado seguir la vía de los consejos; que había un Padre que dirigió mal los retiros por no seguir este regla (FN. 708); allí se ofreció a responder a cualquier hora por medio de Polanco a todas las dudas que tuviesen sobre ejercicios (FN. 708).

Se ve que San Ignacio aprovechaba aquellas ocasiones para ir adentrando a sus hijos en el espíritu de los ejercicios; y unas veces con ejemplos prácticos, otras dándoles doctrina, otras haciendo aplicaciones concretas, iba instruyéndoles en el arte de darlos. Provechosas lecciones que recogidas por sus hijos con todo cariño y transmitidas a través de los ejercicios que daban, cristalizaron en los más antiguos *Directorios* empapados en la más genuina ascética ignaciana.

En este trabajo de formación de aptos directores, influía otro elemento mucho más difícil de precisar y analizar a la distancia de cuatro siglos, pero de una eficacia e importancia muy grandes. Me refiero a aquel continuo ver y observar en el trato con San Ignacio, cómo su vida espiritual estaba imbuída del espíritu de aquel maravilloso librito y se acrecentaba con una práctica fidelísima de ellos; cómo sus palabras y consejos no eran más que centellas que saltaban del fuego de los ejercicios. Esta vista tenía que hacer brotar en aquellos que tanto veneraban y estimaban al Padre de su alma, una alta estima de los ejercicios y un gran interés en conocerlos a fondo e imbuirse de ellos. Disposiciones ambas tan importantes para todo aprendizaje. Ribadeneira testifica el influjo de la persona de San Ignacio en general, cuando después de contarnos las directivas que daba a los que se dedicaban al trato con las almas, añade:

«pero mucho más esclarecidamente lo hacía por la obra que con palabras porque... nunca ordenaba cosa a sus discípulos que él no la hiciese primero» (62).

Porque aquellos primeros jesuítas espiaban santamente a San Ignacio. Todo el Memorial del P. González de Cámara es una prueba convincente. Laínez tuvo mucha cuenta de ver la manera que tenía en su oración, y para ello le observó en la terraza (63). Nadal, según Polanco, «tiene mucho conocimiento de N. P. Mto. Ignacio, porque le ha tratado mucho» (EN. I, 766). Nada digamos del benjamín Ribadeneira que desde el principio le tuvo como maestro y padre y tenía

(62) Ribadeneira, *Vida*, lib. V, cap. 11,31
(63) Ribadeneira, *Vida de San Ignacio*, lib. V, cap. 1.º, 482.

una confianza tan grande que acudía a él en todas sus cosas (Ri, I, 14). Menos todavía de su secretario Polanco, que no sólo en los diez años en que fué la mano derecha de San Ignacio en su oficio de secretario le observó minuciosamente, pero aun a lo que parece, antes de llegar a Roma ya andaba con deseos de conocer y divulgar los pormenores de la vida del fundador (64).

Dejando de aportar más testimonios para probar una tendencia, que era general en aquellos para quienes ninguna cosa del Padre les parecía pequeña (65), pasemos a ver el resultado de este ininterrumpido observar. El P. Cámara lo sintetiza en el Memorial en estas significativas palabras.

> «De una cosa me acordaré scilicet, cuántas veces he notado cómo el Padre en todo su modo de proceder, observa todas reglas de los ejercicios exactamente de modo que parece primero los haber plantado en su ánima y de los actos que tenía en ella, sacadas aquellas reglas». (FN. I, 659.) Nadal, por su parte, dice «que por aquel principio [los ejercicios] ha venido el P. Mto. Ignacio a tan alta contemplación y oración y a hacer Dios por él tan grandes efectos», deduciendo precisamente de este hecho que hay que «tener devoción en los ejercicios y en guiarse por ellos.» (EN. IV, 681.)

Veían además que su entendimiento estaba plenamente poseído de las ideas de ejercicios, ya que sin tener que recapacitar gran cosa, podía responder a cualquier hora a las dudas que le proponían o sobre algo relacionado con ellos (FN. 708); seguían con interés y entusiasmo el suave, pero eficaz impulso, que con sus frecuentes avisos, instrucciones y recomendaciones estaba dando a la práctica de los retiros en todas partes, y palparon lo mucho que ansiaba que el Papa aprobara el libro de los ejercicios (LM. I, 636) y lo que trabajó para ello por medio del duque de Gandía.

Lo que tiene todavía más importancia: no sólo cuando trataba de ejercicios mostraba tal interés y actividad, sino que toda la formación espiritual de sus hijos la basaba en las ideas fundamentales de ellos, haciendo brotar de sus mismas entrañas la fuerza necesaria para que pusiesen en práctica el ideal de su vida apostólica (66). Las cartas espirituales no pueden ser más que eco de su dirección espiritual personal. Y en ellas está continuamente recordando, como principio básico de la vida espiritual, los pensamientos centrales del Principio y Fundamento y el Reino de Cristo: el servicio, alabanza y honra de Dios, el ofrecimiento y consagración personales y totales de sí mismo a Dios, el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios, y como fruto y corona el buscar a Dios en todas las cosas (67). Y los medios que inculcaba para que estas verdades fundamentales adquirieran en la vida práctica el necesario desarrollo llevan también el carácter indeleble de los ejercicios; la prác-

---

(64) Cf. P. Leturia, *Nuevos datos*, 3 FN. 54, 55. Todo el interesante folleto al hacer ver los tanteos y esfuerzos, sobre todo de Polanco y Nadal para describir una vida de San Ignacio, es una excelente confirmación del interés que tenían para las cosas del fundador.

(65) Cf. Ribadeneira, *Vida de San Ignacio*, Introducción al lib. V, 473.

(66) Este punto está desarrollado por el llorado P. de Guibert con su maestría acostumbrada en *Comment S. Ignace a-t-il compris et réalisé la formation.*

(67) De Guibert, *Comment.*, 320-323.

tica de una abnegación radical y de una renuncia total de sí mismo hasta salir «de su propio amor, querer e interese»; práctica acompañada de oración y continua y habitual unión con Dios (68).

El mejor resumen de la impresión que producía San Ignacio imbuído en el espíritu de los ejercicios, nos lo da un testimonio del Padre Nadal. Va recorriendo este Padre hechos ya conocidos, pero queremos repetirlos aquí para que comprendamos mejor cómo repercutían en los contemporáneos y qué impulso recibía de ellos la actividad de sus hijos. Nadal todavía al final de su vida se llenaba de emoción al recordar el ejemplo de San Ignacio. Dice así en una de las pláticas que escribió, ya achacoso y anciano en 1577:

> «San Ignacio se dió a este ministerio todo lo que pudo. Solía ensalzarlos diciendo que eran nuestras principales armas, a las que Dios les había concedido tanta eficacia para las cosas de su servicio y nunca quiso dar ni permitir otro método de oración. Quiso que los ejercicios fueran la primera experiencia de los que entran en la Compañía porque sabía que aquí se recibían los principios y la fuerza de donde podíamos llegar a toda clase de oración perfecta y aun elevada. Quería que si alguno se debilitaba en el espíritu, se rehiciera y repusiera con los ejercicios; en una palabra, se esforzaba para que viviéramos la vida espiritual por medio de los ejercicios; para que por medio de éstos nos instruyéramos y por ellos conserváramos y aumentáramos en nosotros el espíritu y devoción, porque aun cuando debemos algunas veces retirarnos a hacer los ejercicios con más fruto, pero debemos usarlos perpetuamente en nuestras meditaciones y oraciones.» (69.)

Podía San Ignacio encomendar a sus hijos formados de este modo a su contacto y bajo su dirección la delicada tarea de dar ejercicios. No les abandonaba con eso San Ignacio ni descuidaba tampoco el velar porque se formaran adecuadamente los que se encontraban fuera de Roma. Así al P. Cristóbal de Mendoza le ordena que examine el modo que tenía en darlos el P. Soldevilla antes que éste se dedique de lleno a este ministerio (MI. Epp. X, 371), y al P. Ferrara le indica que dé ejercicios para que de este modo vaya adquiriendo práctica y experiencia para dar también los de elección (MI. Epp. X, 368).

Basta la instrucción mandada a Praga el 12 de febrero de 1556 para persuadirse de cómo el Santo seguía los pasos de los directores de ejercicios y cómo regulaba su actividad. Es una instrucción particular sobre los sujetos que van a Praga, en donde va determinando las ocupaciones a que puede emplearse cada uno. A uno, al P. Ursmaro Goysson, permite que sin más pueda dar ejercicios en latín (MI, Epp. X, 698). De otro indica que se cercioren si es que sabe dar ejercicios también

---

(68) De Guibert, *Comment.*, 324-329.

(69) Sobre la plática sexta, de la que entresacamos estos párrafos, cf. M. Nicolau, *Escritos espirituales*, 61, 62. Se encuentra este trozo en latín en EN. IV, 669. Bártoli en su *Vida de San Ignacio*, lib. I, n.° 20, págs. 54, 55, pone estas palabras en italiano como si fueran de Diego Mirón. Diertins, *Historia*, 103, 104, las cita traduciéndolas al latín y atribuyéndolas también a Mirón, citando a Bártoli, de quien traduce. Como Diertins hace a traducción de una traducción italiana resultan las frases de Diertins diversas de las el original de Nadal, pero las ideas son las mismas.

en latín, y de un tercero han de ver allí si es que puede dar ejercicios a alguno (70).

15. Analicemos ya más en concreto cuáles eran los elementos de esta formación dados por San Ignacio en persona y las cualidades que exigía de un director de ejercicios.

La condición esencial y fundamental era el haberlos hecho. No bastaba leerlos, estudiarlos ni recibir avisos particulares sobre el modo de darlos. Como escribe San Ignacio, si no se han hecho no bastan las reglas que se pueden mandar de Roma para aprender a darlos bien (MI. Epp. XII, 399) y en las *Constituciones* manda que se ejerciten en darlos «después de haberlos en sí probado».

El secreto de aquellos primeros directores radicaba en haber dado con la íntima y fecunda veta plasmada en unas cuantas ideas madres, que extendiéndose a través de toda la trama de los ejercicios los daba consistencia y unidad, y vivificaba las diversas prácticas.

Aquellos discípulos inmediatos de San Ignacio no necesitaban sin duda acudir al texto para de allí hacer brotar su espíritu, sino que el texto era más bien un recordatorio del espíritu que habían asimilado al contacto directo con San Ignacio, y lo palpaban en toda la práctica regulada por él.

Esta es la razón íntima de la necesidad de hacerlos para darlos. Los ejercicios no son una teoría, sino un manual práctico que sólo se entiende viviéndolos. Viviendo y practicándolos se convierten ellos mismos *en vida* que se conserva y vigoriza actuándolos en la vida ordinaria. Es lo que dan a entender cuando en 1572 dicen que *olim* daban los ejercicios de mes los Padres más antiguos y los más ejercitados en la oración y mortificación (71). Recordemos el modo peculiar con que San Ignacio ejercitaba en obras de humildad y mortificación a los Padres más conspicuos, es decir, a los que después iban a tener, amén de otros importantes cargos, el de directores de retiros. Quería San Ignacio que como base fundamental se asimilaran el espíritu de los ejercicios.

Algunos directores, para mantener más vivo y puro este espíritu, hacían una y otra vez los ejercicios mientras los daban (72). Nadal es especialmente benemérito en este sentido. En su primera visita que hizo a España en 1553, en su *Instrucción* sobre la oración, recomendó vivamente a todos que se llenaran de este espíritu en la oración diaria para trasvasarlo en su actividad ordinaria a los demás.

«La oración y contemplación de la Compañía se ha de esforzar cada uno que se extienda a los ejercicios que trata que todos son espirituales: predicar, leer la escritura, leer la doctrina cristiana,

(70) *Mon. Ign.*, Epp. X, 698, 700.
(71) «Olim fieri solebat idque per antiquiores Patres et in oratione ac mortificatione exertitatiores». Postulado de la Provincia de Portugal «de orationis et exertiorum usu» en la Congregación Provincial de 1572. Publicado por el P. Leturia en AHSI, 3 (1934), 97.
(72) Así el P. Pedro Zarauz, *A. G.*, IN, IV, 387.

dar ejercicios... En estos ministerios se ha de hallar Dios con paz, quiete y aplicación del hombre interior con luz, alegría y contentamiento, con fervor de caridad con Dios.» (EN. IV, 681.)

A esta práctica vivida de los ejercicios había de juntarse para ser consagrado director, cierta experiencia en darlos. Primero los daban bajo la dirección de otro maestro «a algunos con quien se aventurase menos», (73) como Doménech en Parma y Estrada en Lovaina bajo la sombra del Beato Fabro, y tantos en Roma a las órdenes de San Ignacio.

El último paso en el que sólo tomaban parte los más diestros y prácticos eran los ejercicios de elección. San Ignacio era en esto muy severo. Menos de un mes antes de morir indica que una de las causas porque no se han de dar estos retiros de la elección, es por no encontrarse directores demasiado *(troppo)* experimentados (MI. Epp. XI, 77).

En la práctica observamos la misma conducta. El P. Francisco Palmio entretuvo en Bolonia en 1546 a algunos jóvenes con algunos ejercicios, sin atreverse a meterse a fondo por no haber ejercitado antes a ninguno en materia de elecciones y esperó a que viniera otro Padre que les aplicase el método completo (EM. V, 638). En Venecia, en 1556, no se encontraba ninguno que se sintiera suficientemente preparado para darlos, a pesar de haber allí muchos jóvenes idóneos que deseaban hacer el retiro. Estaba allí el P. Helmio, pero sólo se atrevió a dar los de la primera semana» (PCh. VI, 228).

Un grado intermedio era dar ejercicios a quienes ya habían resuelto el problema de la vocación, como eran los religiosos. Al P. Ferrara le dice San Ignacio, que dando a los jesuítas tomará práctica para dar a los de fuera, y a pesar de que no permite al P. Soldevilla darlos a éstos sin previo examen del Rector, no tiene dificultad en que los dirija en los ejercicios a los de casa (MI. Epp. X, 371).

Es de creer que todavía existiera un paso anterior: dar ejercicios de la primera semana, aunque no poseamos ningún testimonio en que se diga esto de modo expreso.

Iba por consiguiente el director entrando gradualmente. Primero se ejercitaba en el noviciado dándolos bajo la dirección de un maestro experimentado, después daba los de la primera semana, más tarde ejercicios de mes en que no se abordaba el problema de la vocación, hasta que por fin llegaba a dar los ejercicios de elección.

Es verdad que no hacían estudios especiales, y como el mismo San Ignacio dice, dándolos repetidas veces aprendían a darlos (MI. Epp. XI, 511); pero con todo tenían que conocer bien el texto.

El P. Cámara, al decirnos que San Ignacio le había indicado que Polanco podía ir a cualquier hora a preguntarle dudas sobre ejercicios (FN. 708), supone que aquellos primeros Padres procuraban comprenderlos bien y preguntaban lo que no comprendían. En Barcelona, en 1545, se nos dice «que uno de los sacerdotes que quedan en casa está

---

(73) Constituciones: P. IV, C. 8, D. y E. (Texto de 1550 y 1556 en *Mon. Ign.*, Const., II, 448.)

harto instructo para... poder dar (los ejercicios de elección)» (EM. I, 236). Y la *Apología* de Nadal está indicando bien a las claras el conocimiento que tenían aun de puntos muy particulares y secundarios.

Pero el texto lo usaban como recordatorio, confirmación y complemento de la doctrina y práctica que se les había trasmitido. Por eso no insisten tanto en los detalles del texto. Si hubieran insistido en él, necesariamente hubiéramos conservado en la voluminosa correspondencia de San Ignacio algunas de las consultas hechas sobre la interpretación de pasajes de los ejercicios y las respuestas de San Ignacio aclarando el sentido, y en los *Directorios* hubiera explicado el sentido de algunos párrafos. Pero lo mismo en los *Directorios* como en las cartas, todas son aclaraciones que directamente atañen a la práctica, no al texto de los ejercicios. Tan sólo a propósito de las contiendas de Alcalá sobre el *esset* de la regla 14 para sentir con la Iglesia, explica el sentido de esa regla.

V. EL LIBRO DE LOS EJERCICIOS

16. Difusión antes de su impresión.—17. Edición de 1548 y divulgación posterior.—18. Copias sin control de San Ignacio.—19. Edición de 1553.—20. El uso de la traducción latina.

16. Antes de entrar directamente a estudiar el método que se observaba en los mismos ejercicios, necesitamos todavía aclarar otra circunstancia que afecta no sólo al director, sino también al ejercitante: el texto que usaba el director de los ejercicios y el conocimiento que tenía del libro el que se disponía a hacerlos.

En tiempo de San Ignacio, lo normal era que el que se acercaba a ejercicios no conociese el texto y que apenas tuviese más idea de la práctica, que la que podía traslucirse de los comentarios que hacían los antiguos ejercitantes y las indicaciones generales que le podía haber hecho algún jesuíta.

Esto es consecuencia de la reserva con que quería San Ignacio se divulgara el librito.

La lectura anterior del texto podía a lo más, cuando se leía con ánimo bien dispuesto, producir una impresión favorable, como causó en el Dr. Andrés Cuesta en 1555 (Ex. 676); pero no podía dar a sentir en su plenitud aquellas verdades. «La fuerza y energía de... [los ejercicios] consiste en la práctica y ejercicio conforme a su nombre» (MI. Epp. IX, 702). San Ignacio, fiel a esta consigna, no quiso que se diluyese el fruto con la lectura del texto. Hasta el año de 1548, no he podido descubrir más que una persona a la que es de creer que le enviara alguna copia: al gran bienhechor de la Compañía Juan III, rey de Portugal, pues él los deseaba y San Francisco de Javier lo solicitó en 1540 para él (Ex. I, 47). No conservamos el registro de las cartas de San Ignacio de estos primeros años y por ello no podemos precisar con exactitud si se lo envió al rey de Portugal o a algunos otros.

17. Los directores de ejercicios necesitaban tener una copia del libro ignaciano. Era muy trabajoso, muy caro y muy expuesto a errores, el andar trascribiendo a mano todas las copias que hacían falta para los directores. Esta razón práctica, y no deseo alguno de publicidad, fué el móvil que indujo a San Ignacio a procurar su impresión. Lo afirma taxativamente Polanco en el Prefacio que escribió a la primera edición de los ejercicios (Ex. 219).

La primera noticia que tenemos referente a esta impresión es de 14 de julio de 1548. Con esa fecha comunicaba San Ignacio por medio de Polanco a Nadal que se iban a imprimir los ejercicios (MI. Epp. II, 154). Pronto se enteró San Francisco de Borja de los propósitos del fundador y entusiasmado por el proyecto escribe a San Ignacio en julio o agosto del mismo 1548:

> «Doy gracias al Señor por la determinación que se ha hecho en lo de los ejercicios. Espero mucho fruto de ello, para quitar la ocasión a algunos que no estaban tan informados. Si para imprimirse allá no hubiere tal comodidad y a V. P. pareciere, se hará en Valencia do hay ahora buena impresión y yo haré proveer en la costa de la impresión.» (SFB. III, 32.)

No hizo falta acudir a las imprentas de Valencia para estampar el libro. Lo imprimió en Roma el impresor Antonio Blado (74). Sin embargo aceptó San Ignacio el ofrecimiento del Santo Duque de pagar la edición, y a principios de 1549 entregó San Francisco de Borja los veintidós ducados que había costado (75).

> La edición es anónima. Se acabó de imprimir el 11 de setiembre de 1548. (76.) En la portada sólo está escrito: *Exercitia spiritualia.* Polanco preguntó a San Ignacio si quería que se pusiese «el nombre del que los hizo». El Santo «no quiso entender en nada, sino remitirse a nosotros —escribe Polanco— y así pusimos como va por parecernos así convenir». (MI. Epp. II, 219.)

Como dice Polanco en el prólogo, todos los ejemplares de la edición quedaron en manos de la Compañía. No se podían ni vender ni reimprimirlos (77). San Ignacio los repartía personalmente según juzgaba conveniente. Tanto interés tenía en esto el Santo que había procurado que en la Bula de aprobación de los ejercicios, publicada mes y medio antes de que se acabara de imprimir el libro, se prohibiera bajo pena de excomunión y de quinientos ducados de multa, que ninguno sin su consentimiento o el de sus sucesores pudieran reimprimirlo (78).

Después de estamparlos, siguió San Ignacio distribuyendo los ejercicios con la misma parsimonia. En los registros de sus cartas no se conservan más que el nombre de seis personas no jesuítas, una de ellas Felipe II, a quienes de hecho se envió algún ejemplar del libro de los ejercicios (79), aunque a algunos más se les dió esperanza de remitirse más tarde. Casi todos son personas a quienes debía San Ignacio mucho, o a quienes no se les podía negar por la posición social que

---

(74) Véase la descripción de la edición en Ex., 708-709.
(75) *Mon. Ign.*, Epp. II, 239 y Epp. Mixtae, II, 67.
(76) Así consta en la última página del libro. El prólogo está firmado el 10 de agosto.
(77) Ex., 219. En MI, Epp. VI, 306 se dice que tomaron todos los volúmenes de los ejercicios.
(78) Marín, *Spiritualia Exercitia*, 13.
(79) En 1549 a Gerardo Kalkbrenner, prior de la cartuja de Colonia, MI. Epp., III, 369; en 1550, al obispo de Módena, Foscharari, MI. Epp. III, 267; en 1552, a Diego Hurtado de Mendoza, conde de Melito, accediendo a sus deseos, MI, Epp. XII, 428, le envía dos ejemplares, uno para él y otro para el príncipe (Felipe II); en 1553, a Gaspar López, MI. Epp. IV, 618 (Cf. MI. Epp. III, 274); a Alejo Fontana, MI. Epp. IX, 702, a Dionisio Cesena, MI. Epp. II, 314.

ocupaban y, o habían leído antes los ejercicios, como Foscharari, o los habían practicado.

Son éstos: Egidio Foscharari, uno de los que con su favorable voto había contribuído a la aprobación pontificia del libro; Alejo Fontana, a quien tanto debía la Compañía en los Países Bajos; el conde de Melito Diego Hurtado de Mendoza, que tanto favorecía la Compañía en España y que los deseaba para dar «a entender a personas de autoridad cuán diferente es el negocio de lo que algunos han pintado» (MI. Epp. XII, 428), es decir, para mostrar qué falsas y sin fundamento eran las acusaciones que se levantaban contra el método ignaciano; el príncipe Felipe II, cuyo influjo podía ser tan decisivo; Gerardo Kalkbrenner, que procuró para la Compañía el inapreciable tesoro de la comunicación de los bienes espirituales de la Cartuja; el benedictino Dionisio Cesena, que había conquistado para los ejercicios la mayoría de los que los habían practicado en Nápoles (LM. I, 107), y, por fin Gaspar López, un discípulo del tan amigo de la Compañía, el Beato Juan de Avila.

Esta parsimonia prueba con evidencia la verdad de la frase de Polanco, que el recibir un libro de los ejercicios era «un privilegio» que usaba con pocos (MI. Epp. VIII, 356). Aun al canónigo de Barcelona, Juan Gesti, apóstol de los retiros ignacianos en Gerona, que le escribía con tanto entusiasmo y afecto del nuevo método y que le pedía en junio de 1549 le hiciese la caridad de un libro de los ejercicios impreso,

> «porque tengo mucha necesidad dél, tanto por tenerlos con muchos defectos y vicios que han hecho en ellos copiando, como aun por satisfacer a los murmuradores que allegan que si fuera cosa aprobada, ya estuvieran imprimidos.» (EM. II, 235,)

a este apóstol y director de ejercicios, digo, no le concedió el libro que parecía merecerlo de sobra, sino que mandó a Polanco le escribiera «excusas para no darlos» (MI. Epp. II, 506).

Más benigno fué con algunos otros a quienes prometió enviárselo en caso de que los practicaran, como al Mto. Juan Nicolozzi (MI. Epp. VIII, 356), y a un Prior de Florencia (MI. Epp. IV, 190, 197).

Era natural que fuese más amplio en conceder el libro a los jesuítas. Se había editado para los directores de ejercicios. No pocos meditaban sobre ellos. Constituían el alma de su vida espiritual. Es de creer que muchos los copiasen al hacerlos o los tuviesen de otros modos.

> De hecho vemos que los envía a todos los que se lo piden: a los PP. Pezzano (MI. Epp. XII, 237), Miguel de Torres (MI. Epp. II, 485), Miguel Ochoa (MI. Epp. II, 486), aunque a éste sólo por entonces la primera semana; a Juan de Vitoria (80) y al P. Nadal en 1551 unos «auténticos» (MI. Epp. III, 386). También los envió en 1551 al apóstol de los ejercicios en Colonia, P. Kessel (MI. Epp.

(80) *Mon. Ign.*, Epp. III, 23. Vitoria los había dejado en Roma, MI, Epp. II, 707, y en marzo de 1550 no los encontraban. Por fin le enviaron un ejemplar en abril del mismo año.

IV, 157), a Juan de Rossis (81), Pedro Sevillano (MI. Epp. IV, 397), Edmundo Auger (MI. Epp. IV, 542), Teutonio de Braganza (MI. Epp. IV, 589), Juan Pelletario (MI. Epp. VI, 176) y a Manuel Gouvea (MI. Epp. VII, 54.)

Al menos algunos de éstos tenían ya antes copias manuscritas de los ejercicios. Kessel y Nadal dieron retiros a muchos antes de 1551 en que recibieron el ejemplar romano. Lo que aquellos deseaban era tener una copia fiel y exacta sin las erratas que necesariamente tenían que deslizarse en tantas copias. Los ejemplares eran para los directores, no para los demás. Sin duda por esta razón niega San Ignacio nada menos que al gran apóstol de los ejercicios de Alcalá, al Padre Villanueva, «los libros» *(li libri)* de ejercicios que le pedía; aunque se le deja un poco de esperanza (MI. Epp. IV, 275).

El pedir varios ejemplares parece indicar que deseaba los demás para dar a otros, tal vez para los hermanos de casa o para los ejercitantes, y esta difusión no entraba en la mente del Santo. Tan sólo a San Francisco de Borja, agradecido por haber pagado la edición, le envió seis ejemplares, pero con el encargo de «que no los deje trasladar, aunque los muestren, a personas exemplares» (MI. Epp. II, 233).

18. A pesar de todo este cuidado no pudo San Ignacio tener el control de todas las copias. Corrían varias por manos ajenas. Ya en 1546 había visto los ejercicios Santo Tomás de Villanueva (EM. I, 257) y ese mismo año los tenía el obispo de Zamora, Antonio del Aguila (FM. 394). También se habían hecho con ellos el arzobispo Siliceo, Melchor Cano y Pedroche. En 1553 había en Lovaina varios que los tenían, sin que el P. Adriaenssens supiera cómo se habían hecho con ellos (EM. III, 559). En 1555 se presentó en Granada un jerónimo, Fr. Jerónimo de Baeza, con un ejemplar de los ejercicios, pidiendo un guía para hacerlos (PCh. V, 511). El modo más obvio de hacerse con el deseado texto era a través de los antiguos ejercitantes. Sabemos que algunos de éstos los copiaron al hacerlos, como Juan Rodríguez (82) y el sacerdote Rincón (83).

Luis de Avila, que los había trascrito en los ejercicios que hizo en Roma bajo la dirección del P. Salmerón, entrado después jerónimo, los repartió por diversas casas de la Orden (MI. Epp. VII, 458). El cardenal Contarini los escribió de su propia mano (Sc. II, 872).

También se divulgaron no pocas copias a través de jesuítas que los daban a algunos bienhechores o ejercitantes. De este modo los obtuvo el noble don Francisco de Villanueva por medio del P. Salmerón que se los envió en 1556 (PCh. VI, 134). No faltan algunos otros ejemplos (84).

---

(81) El 12 de marzo de 1552 se le dice que se le enviarán «si quiere» MI, Epp. IV, 189, y el 26 de marzo se le envían unos ejercicios «estampados» (MI. Epp. IV, 198).

(82) Castro, lib. VI, cap. 3.° (I, 153v).

(83) Castro, lib, II, cap. 10 (I, 23v).

(84) Nadal los dió en 1553 al Dr. Salinas, pero le rogó que los hiciera (EN, I, 152); Araoz los da a un noble para que éste los dé al Presidente del Consejo de Castilla, Antonio de Fonseca (PCh., V, 458); el P. Villanueva, al franciscano P. Parra, Castro, lib. IV, cap. 14 (I, 95 v).

Aunque sin duda, personas que tenían mucho interés y muchos medios, podían hacerse con alguna copia manuscrita de los ejercicios, permanecieron éstos, como se ve, desconocidos en su texto original o en su traducción latina de la inmensa mayoría de todos los que no fueron jesuítas, o de los que no los hubieran hecho completos, y aun de éstos no consta ni mucho menos que los copiasen íntegros. Sólo lo sabemos de dos o tres. La mayoría debió de trascribir sólo el Sumario de las Meditaciones.

El texto seguía, pues, siendo un misterio para los no ejercitantes y no es de extrañar que por esta falta de conocimiento exacto se levantaran algunas desconfianzas y se esparciesen falsos rumores.

19. Por efecto de esta parsimonia con que San Ignacio distribuía los ejemplares, en enero de 1554, es decir, más de cinco años después de la impresión del libro, tenían todavía «mucho número» (MI. Epp. VI, 204); y casi diez años más tarde, en 1563, quedan todavía algunos ejemplares en el depósito de Roma, aunque son ya «pocos» (EN. II, 238).

A pesar de ello, todavía en vida de San Ignacio se hizo otra edición de los ejercicios. Los imprimió el impresor real Juan Barrero, en Coimbra, en 1553 (85). San Ignacio dió permiso para que se pudiera hacer esta edición el 13 de octubre de 1552, pero con la condición de que retuvieran todos los ejemplares, distribuyéndolos sólo con cautela (86). En 1553 enviaron en consecuencia de Roma un ejemplar que fué reimpreso en el curso del mismo año «por comisión del R. P. Mto. Ignacio, Prepósito General de la Compañía de Jesús». A principios del año siguiente todavía no sabían en Roma si lo habían ya editado, y Polanco hace al P. Mirón dos indicaciones prácticas, sugeriéndole que numerasen las páginas y pusieran un índice, subsanando de este modo estas dos cosas que faltaban en la primera edición (MI. Epp. VI, 204).

No llegó a tiempo la carta de Polanco y tampoco pusieron ningún índice en esta edición. Sin embargo, por propia cuenta numeraron las páginas, de modo que en este punto se adelantaron en una cosa que por otra parte era obvia, a los justos deseos del Secretario.

Como se ve, San Ignacio, dejando inédito el original castellano de los ejercicios y aun la traducción latina literal, hecha probablemente por él mismo (Ex. 162) y aprobada por los censores pontificios y por el Romano Pontífice (Ex. 218), mandó imprimir sólamente la traducción del latinista Andrés Frusio (87) que también había sido aprobada por los censores y por el Papa. Fácilmente se explica por qué antepuso la impresión de la traducción de Frusio al propio original. Aquella traducción, y no el original castellano, estaba aprobada por la Sede Apostólica, y San Ignacio consideró de allí adelante aquella traducción como algo venerando en la que no quiso que se cambiase absolutamente

(85) Véase la descripción de la edición en Ex., 709, n.º 2.
(86) *Mon. Ign.*, Epp. IV, 465. Cf. Polanco, *Chronicon*, III, 398.
(87) Ex., 148. Sobre Andrés Frusio puede verse también Braunsberger, *Beati Canisii, Epistolae*, I, 248, nota 8.

nada, ni siquiera el *esset* por el *sit* de la regla 14 de sentir con la Iglesia, a pesar de que con ello se hubieran podido evitar muchas querellas y de que el *sit* respondía mucho más fielmente al original. Además, atendiendo al bien universal de la Compañía, era preferible la traducción latina que entendían todos, al original castellano.

Pero San Ignacio prefirió la traducción de Frusio aun a la traducción literal, que también había sido aprobada por Paulo III. Sin duda tuvo en cuenta el ambiente de aquel siglo humanista en el que tenía que sonar tan mal el latín bárbaro de la traducción literal (88).

20. Esta determinación influyó necesariamente en el uso de los ejercicios. La traducción de Frusio era exacta aun en los detalles principales. Pero con todo sacrificó en aras del clasicismo de la forma, algunos matices secundarios en sí, pero preciosos para aquilatar el pensamiento de San Ignacio y profundizar en él.

El original español quedó inédito hasta 1615 a pesar de las repetidas instancias de las Congregaciones provinciales españolas para que se publicara.

No quiere decir esto que no usaran el original castellano al dar ejercicios. Corrían muchas copias manuscritas, por desgracia no exentas de errores, y podían muy bien servirse de ellas para darlos. Pero parece que el texto que principalmente usaban aun en España era el latino, sin duda por estar aprobado por la Santa Sede y estar exento de erratas.

San Ignacio envió a San Francisco de Borja seis ejemplares, y apenas los recibió, se empezó en Gandía a hacer la meditación diaria sobre ellos (PCh. I, 311). Lo obvio es que una vez habituados al texto latino siguieran con él el resto de su vida; y téngase en cuenta que en Gandía se encontraba entonces gente que tanto influyó en la marcha de los ejercicios, como Borja, Oviedo, Manuel de Sa y Diego Mirón. Más aún: Nadal, en 1554, supone que se usaba ordinariamente el texto latino, ya que escribiendo desde Valladolid el 19 de marzo de 1554 a San Ignacio, le dice: «Los ejercicios que por acá son, tienen corregido el *esset* y mudado en *sit* en la 14 de las últimas reglas; esto hizo sin saberlo yo el Dr. Araoz y así *non est integrum* no darlos con aquella corrección» (EN. I, 244). Como se ve, Nadal habla aquí de modo general y se refiere a la traducción de Frusio, ya que era ésta la única que usa el infeliz *esset*. Villanueva, como ya lo hemos notado, pidió a San Ignacio «libros» de los ejercicios. El hecho de pedir es señal de que los usaba. Otra prueba clara de esto, es que en España se hicieron en el siglo XVI tres ediciones de la traducción latina: en Burgos en 1574, en Sevilla en 1587 y en Valencia en 1599 (89), mientras que en nuestra

---

(88) Expone las diversas suposiciones que se han hecho sobre los motivos de este proceder de San Ignacio, Pedro Albers en *El P. Roothan y los Ejercicios Espirituales de San Ignacio*, Manresa, 5 (1929), 358-360.
(89) Respectivamente en Ex., 709, n.° 4; 710, n.° 9 y 711, n.° 13.

patria no se hizo ninguna española hasta 1628, aunque se debiera esto a que no lo permitían desde Roma (90).

Tal vez la prueba más convincente del uso que se hacía de la traducción latina en España, nos suministran las Apologías antiguas que aun cuando están escritas en castellano, citan siempre el texto de los ejercicios en latín.

Tal sucede con la primera *Apología*, del Dr. Bartolomé Torres (Ex. 653-664) y con la de un anónimo jesuíta español dirigida al Dr. Vergara y escrita en enero de 1554 (Ex. 671-675). También el P. Manuel López, escribiendo al P. Nadal una carta en castellano sobre las acusaciones de los ejercicios, cita todos los pasos del texto en latín (Ex. 650-653.)

Aun en España, pues, se usaba la traducción latina y su uso tuvo también que influir en España en el modo de darse los ejercicios. La primera generación había bebido directamente de San Ignacio las ideas fundamentales de los ejercicios y sabía dar su justo valor a cada una de las frases. No necesitaban aquellos primeros Padres tanto del texto como lo necesitaron las generaciones siguientes.

(90) **Vide Ex., 701, n.º 2.**

CAPÍTULO V

MÉTODO II: LA ACTUACIÓN DURANTE LOS MISMOS EJERCICIOS

I. EL EJERCITANTE

1. Ambiente y carácter de los ejercicios.—2. Fin que se proponía el ejercitante.—3. Su disposición inicial.—4. El género de vida.

Preparado de este modo el director, hechas las debidas diligencias por parte del ejercitante, elegido el sitio conveniente pueden ya comenzar los ejercicios.

El proceso que se realizaba en ellos estaba en función de dos circunstancias: el ambiente en que se hacían y el fin que se pretendía. El ambiente lo formaba el carácter individual y personal, que tenían entonces los ejercicios. Esta nota típica regula muchas de las actividades, sobre todo la acomodación a cada individuo del esquema básico ignaciano, y es la clave para comprender muchos aspectos del método.

San Ignacio, además de las frecuentes ocasiones en que en el mismo texto está recomendando esta *adaptación* (1), insistió en el mismo pensamiento en sus cartas a los directores de ejercicios (MI. Epp. I, 388).

Las repetidas veces que insiste en que se den los ejercicios completos a muy pocos y selectos, y a la vez sus deseos de que se extiendan los de la primera semana a todos los que se pueda, están indicando bien a las claras cómo él se acomodaba a la debilidad de la naturaleza humana, presuponiendo que tan sólo se darían tales condiciones en un puñado de gente selecta. Se contentaba con dar a la mayoría los ejercicios de la primera semana «porque quienquiera que tenga buena voluntad será de esto capaz» (2).

Estrada sigue esta misma norma de adaptarse todo lo posible a la

(1) Cf. Codina, *Flexibilidad de los ejercicios.*
(2) Constituciones P. VII, cap. IV, declaración F, Const., II, 601.

capacidad del ejercitante. Tampoco él fuerza. Escribe él mismo desde Montepulciano en 1539:

> «he ejercitado a cuatro seneses... con los cuales no gasté mucho tiempo por ser todos cerbellín, cerbellín, siguiendo en esto la regla de nuestro propio Padre. Ellos hicieron todos su confesión general y confesando en sí gran fruto recibido los saqué alegres y bien contentos.» (EM. I, 23.)

El P. Coudreto se encuentra con un caballero que angustiado, parecía iba a sucumbir ante la magnitud del dolor que le oprimía. No comienza en seguida a exponerle las meditaciones, sino que primero prepara su ánimo consolándole y haciéndole ver los bienes encerrados en la tribulación (LQ. I, 604).

Veremos, sobre todo al tratar de la elección y de las determinaciones que tomaban en el retiro, el interés con que procuraban los directores descubrir las señales de la voz de Dios al alma y adaptarse a ella.

Gradúan, según las condiciones y el estado de ánimo del ejercitante, el tiempo que ha de durar el trabajo con cada uno.

Otra de las notas que descuella, consecuencia igualmente de ser los ejercicios personales, es *el ambiente familiar* en que se mueven. Era una conversación íntima, en que el director con toda sencillez iba exponiendo el tema, adaptándolo a las necesidades y disposiciones concretas del individuo.

Las expresiones de los ejercitantes del Beato Fabro están todavía impregnadas del dulce y familiar ambiente en que han trascurrido aquellos días. Canisio le llama «ángel de Dios» (3), Antonio de Achilles, «padre y guía peritísimo» (4). Su dulzura y afabilidad se imponían y conquistaban la confianza y el corazón de sus dirigidos.

Del P. Kessel, por su parte, dice Barnes que en el retiro ha experimentado su ánimo más que paternal, de modo que nunca podrá agradecerle bastante (EM. II, 186).

El ambiente íntimo y tierno en que se tenían que desarrollar los ejercicios cuando los daba el P. Achilles, lo pone de manifiesto el hecho de que derramaba abundantes lágrimas mientras los exponía (5). Hubiera sido ridículo y absurdo el exigir otro tono y otro ambiente entre dos hombres que se encontraban solos, y que trataban entre sí un problema concreto y práctico. Unidos los dos en un mismo interés, aportando uno la experiencia y la doctrina y aplicándola al estado concreto de aquella alma, llegaban a la suspirada meta.

Una tercera consecuencia de este carácter de los ejercicios era el relativamente *poco trabajo del director* y el entusiasmo del ejercitante. El que se cansaba no era el director —como pasa en los sermones— sino el dirigido. El trabajo del director se reducía a un espacio de tiempo muy limitado. Una visita al día, a veces cada dos días. El tiempo dependía de las circunstancias concretas del individuo. En los

---

(3) Braunsberger, I, 76.
(4) Hansen, *Rheinischen Akten*, 36.
(5) *A. R.* Sic., 190, 17v.

casos que conocemos duró una hora u hora y media. En ella exponía la meditación, le daba los consejos oportunos, le instruía convenientemente, se enteraba del modo con que se desarrollaba el plan. El ejercitante quedaba solo el resto del día entregado a un intenso trabajo personal. Los directores muchas veces no interrumpían su actividad ordinaria para los retiros. Lo hemos visto con los caminantes apostólicos y con los escolares que más bien los daban aprovechando ratos de descanso. Esto no lo hubieran podido hacer si el darlos hubiera exigido mucho trabajo.

Porque aun los que se dedicaron más de lleno al nuevo método, como Villanueva y Doménech, intercalaban los ejercicios en el marco de otras ocupaciones ordinarias. Villanueva por ejemplo, en Cuenca, mientras daba ejercicios a dos canónigos, pudo emplear no pocas horas en oír confesiones generales y ordinarias. De Doménech nos dice taxativamente Polanco que no dejaba de predicar por el trabajo de dirigir ejercitantes (PCh. II, 353). En 1552 Gregorio de Polanco no pudo confesarse durante el retiro con Estrada, que era el que le daba, por estar éste ocupado con sus sermones (PCh. II, 632). Landini en Casula, en 1549, en la misma semana en que dió ejercicios de la primera semana a ocho sacerdotes, predicaba un sermón diariamente en seis o siete sitios diversos, en donde también oyó las confesiones generales de muchos (PCh. I, 397).

2. Otra circunstancia que no sólo es fundamental para explicar el método, sino que además influía en la dirección que daba el director a los ejercicios, era el fin que se pretendía en ellos. No todos pretendían lo mismo, ni con todos podía intentar el director lo mismo.

Se pueden reducir a tres categorías las diversas finalidades que alimentaban lo mismo directores que dirigidos.

La primera la forman los que se contentaban con el nivel más bajo de todos: hacer del modo mejor posible una confesión general. Podíamos llamar a estos ejercicios, *ejercicios de conversión*, tomando la palabra en un sentido amplio. No era lo ordinario que acudiese un ejercitante a casa pidiendo los ejercicios para hacer una confesión general. Es natural. Los que se contentaban con esta disposición de ánimo eran más bien gente de poca finura espiritual.

En estos casos el empuje inicial partía del director. Al encontrarse con uno que quería hacer una confesión general o tenía necesidad de ella y que, dadas las circunstancias concretas del sujeto, veía que podía muy bien hacer ejercicios, el confesor aprovechaba la ocasión para suavemente invitarle a hacerlos, para que pudiera así preparar más a conciencia la confesión general.

Un caso típico de esta táctica nos lo suministra el P. Ezquerra en su II tomo de la *Historia del Colegio de Alcalá:* Había en Alcalá un bachiller a quien por su conducta de vida nada ejemplar le llamaban «bachiller nequitia». Un día, movido por la gracia de Dios, se presentó

a confesarse con el P. Luis de Guzmán. El Padre —continúa el Padre Ezquerra—:

«que conocía ya con quien hablaba... [le dijo]: Cierto de muy buena gana haré yo eso, pero paréceme que para que vuestra merced lo haga con mayor fruto y satisfacción y con el conveniente aparejo será bueno que se recoja aquí en casa por algunos días a hacer los ejercicios donde podrá despacio y con quietud hacer la confesión que desea y así si a vuestra merced le parece, véngase acá, que yo le tendré aparejado un aposento a propósito para ello.» (6.)

De modo parecido en Bolonia el P. Doménech y Borja en Gandía, hicieron que se diesen los ejercicios de la primera semana a quienes habían venido con intención de hacer una confesión general (LQ. I, 9), (PCh. I, 310).

Un fin muy distinto pretendían otros que podemos agruparlos en un segundo grupo. Estos tenían que resolver un gravísimo problema: el de la elección de estado, y sea por lo que habían oído de otros ejercitantes, sea aconsejados por otras personas, venían a los retiros con la resolución concreta de determinar el futuro de su vida a la luz de los ejercicios.

«En París en 1551 se presentó un joven diciendo que quería disponer de su vida conforme al dictamen de los Padres (LQ. I, 394.) Hipólito Manzano en sus respuestas al cuestionario propuesto por el P. Nadal afirma que cuando en 1544 fué a hacer ejercicios fué con intención «de tomar una buena manera de vida» (7). También en Alcalá en 1556 fué Pedro Manrique comenzó el retiro «para determinar con la luz que allí suele dar Nuestro Señor el camino y orden de vida que tomaría.» (8.)

Como es natural, era el método ignaciano el principal medio que usaban los jesuítas cuando se les presentaba un joven consultando sobre su vocación. Más aún. A veces veían que Dios había plantado en algunos jóvenes preciosas cualidades que les hacían sumamente aptos para la vida religiosa, pero que parecían no apercibirse de ello. Buscando el mayor bien y la verdadera felicidad de estos jóvenes, les convidaban a ejercicios esperando que de este modo se entregarían a Dios. Es verdad esto, pero también es verdad que a veces no sólo no espoleaban, sino que frenaban el ímpetu de algunos que venían deseando el entrar en la Compañía, metiéndoles en ejercicios para que delante de Dios compulsaran su vocación.

El futuro P. Juan Rodríguez, leyendo la *Imitación de Cristo*, se enfervorizó de tal modo que fué donde el H. Andrés Fernández y le pidió «que le trajese luego a la Compañía». El le respondió «que no lo hiciese tan arrebatadamente, mas que encomendándolo a Dios lo mirase bien y que para esto hiciese los ejercicios espirituales de que le había hablado algunas veces y que en ellos Nuestro Señor le descubriría su voluntad y los medios que había de tomar para

---

(6) Castro-Ezquerra, lib. X, cap. 9.° (II, 105v-106r).
(7) *A. G.* IN. II, Hipólito Manzano, 689.
(8) Castro, I, lib. XII, cap. 16, f. 237r.

cumplirla». (9). En Valencia, en 1546, entran en ejercicios dos estudiantes que estaban ya «de sí» determinados para la Compañía (EM. I, 301). En Roma se habla «de otros que están para hacer ejercicios, aunque ya determinados para ser de la Compañía» (MI. Epp. I, 289). Lo mismo en Córdoba en 1555. (EM. IV, 634.)

Mas a juzgar por el número de testimonios que conservamos, la mayoría de los que se acercaban pidiendo hacer ejercicios (y es el tercer grupo de que hablamos) no tenían un propósito determinado, sino deseo vago e impreciso de aprovecharse de aquel medio del que habían oído tantas excelencias, para resolver los diversos problemas de su vida espiritual, para avanzar en la vida del espíritu y llegar a más perfección. Este deseo lo expresan con diversas fórmulas que en el fondo se resumen en esta ansia de mejorar de conducta y aprender a servir más fielmente a Dios.

Como escribe Dionisio Vázquez a San Ignacio en 1551 «todos» los que acudían a Alcalá a hacer ejercicios «vienen mostrando grandísima sed de la salud de sus ánimas y buscan quien les enseñe el camino de la fuente de la vida eterna y quien les descubra el pozo de agua viva» (LQ. I, 398); y en 1553, desde el mismo Alcalá, testifica el P. Gil González Dávila que «muestran todos hambre y deseo... de tratar de veras del aprovechamiento de sus almas» (LQ. III, 413). Las mismas ansias mostraban los ejercitantes de Salamanca (LQ. II, 384), los de Colonia (PCh. III, 268), un sacerdote de Beauvais (LQ. I, 670) y tantos otros.

Algunos concretan más sus deseos en llegar a aprender el arte de la oración y se dirigen a hacer ejercicios a «ser enseñados de la oración» (10); otros van con intención de reformar el género de vida que llevan (11); o de ser dirigidos en el espíritu por aquellos maestros experimentados (12); o impulsados por anhelos de mayor perfección (13), pero a todos los anima, como se ve, un mismo deseo general que se manifiesta de modo distinto según la índole y las necesidades de cada sujeto.

Los diversos fines que pretendían los ejercitantes los resume Gaspar Salazar en carta escrita desde Alcalá dos años después de la muerte de San Ignacio, en junio de 1558, pero que responde exactamente a los años que historiamos. Dice así:

«Los muchos que han estado haciendo ejercicios en el colegio, unos [han venido] para confesarse generalmente de su vida, otros para ser enseñados de la oración, otros para determinar de su vida recogiéndose a mirar lo que más les cumple para su salvación.» (LQ. V, 720.)

---

(9) Castro, I, lib. VI, cap. 3.º (I, 153v).

(10) Así en Alcalá en 1551 los del colegio mayor «ut in spiritualibus exercitiis et in oratione instruerentur apud nosotros optabant»; en Evora en 1552 «in spiritualibus meditationibus et oratione instrui cupiebant», PCh. II, 692.

(11) Así en Tournai en 1554 un canónigo que «de reformatione vitae suae nostros consulere cupiens» se dirigió a dar los ejercicios o unas monjas en Palermo en 1555, LQ. III, páginas 513

(12) En Túy, un canónigo que «significavit nostris quod eos cognoscere valde cupiebat, ut in spirituali via ab eis dirigeretur». PCh. III, 421.

(13) Unas monjas de Palermo en 1555, LQ. III, 513. D. Fr. de Villanueva en Siena en 1556: PCh. VI, 134.

3. Ya se han fijado directores y dirigidos un fin concreto. Empieza la tarea común. La primera misión del director es ver si el ejercitante es capaz de hacer los ejercicios que pretende, si se encuentra en las disposiciones adecuadas.

Indice significativo de la importancia que daban a las condiciones iniciales del sujeto, es que aun escribiendo a Roma cartas de índole general, descienden a la particularidad de indicar a San Ignacio las disposiciones que traían al venir (14).

Si no les satisfacían el estado inicial de los sujetos, o no les daban propiamente ejercicios sino algunas meditaciones, o se esforzaban por prepararlos adecuadamente. El P. Melchor Carneiro empezó a instruir a un canónigo de Evora en la oración. Sólo cuando gracias a estas instrucciones se obró en él un cambio radical, le introdujo en los ejercicios (LQ. I, 700). A un encarcelado por la Inquisición sólo después de varias pláticas y conversaciones se le juzgó capaz de hacerlos (LQ. I, 701). En Gubio, en cambio, en 1553 dejaron de darlos a varios jóvenes esperando que más tarde estuvieran más maduros (LQ. II, 329).

No hacían más que seguir las normas del *Directorio* dictado al P. Vitoria:

> Si alguno «no estuviese tan dispuesto a hacer los ejercicios, como parece que sería menester para que hiciese fruto, ayudarse ha con frecuentes confesiones y con pláticas y familiares coloquios con cautela». (Ex. D, 786.)

Nos encontramos con algunos casos en que hacen la confesión general antes de empezar el retiro y con muchos —como ya lo hemos notado— en que antes de entrar llevaban una vida piadosa. No se puede dudar del significado de esta táctica. Quieren que el alma se encuentre en paz con Dios desde el principio, estando así en disposición ya desde el comienzo para recibir gracias abundantes.

Según vemos en la Instrucción de Polanco de 1546, las disposiciones que exigían para que uno entrase a ejercicios afectaban todo el hombre. Debía traer el ejercitante una intención pura y recta de avanzar en el camino de la perfección, una voluntad seria y decidida de someterse por completo a las disposiciones del director, de observar perfectamente el silencio, el recogimiento y las demás prescripciones, un deseo vehemente de darse a una perfección elevada, un ánimo templado para luchar y preparado para el uso de las armas espirituales (15).

Son las mismas disposiciones que se desean en los *Directorios:*

> «Cuidado... de hacer bien los ejercicios». (Ex. D, 787): obedecer al director no guiándose de su propio juicio. (Ex. T, 784): ser «simplice como la paloma interpretando siempre en buena parte todo lo que con él se hace y dice y prudente como la serpiente no teniendo cosa encubierta». (Ex. D, 789); «guardar las diez adiciones». (Ex. D, 794); «resignarse en las manos del Señor para que haga de él según su beneplácito». (Ex. D, 790.)

---

(14) Por no citar más que unos cuantos ejemplos de las *Quadrimestres*, véase LQ. I, 10, 112, 398, 670; II, 394; III, 413, 500, 572.
(15) AVG., n.º 7.

Todas estas disposiciones las compendia preciosamente San Ignacio en la anotación 5.ª de los ejercicios en las tres notas que allí describe: grande ánimo, liberalidad y prontitud de espíritu (Ej. 5), y el P. Nadal las recalca en su *Instrucción sobre la Oración*, de 1554:

«Lo que principalmente para ellos [los ejercicios]... vale en el Señor Nuestro es una gran liberalidad y resignación a Dios de todas sus potencias y operaciones y de cuanto es el hombre y no dejando con su gracia de cooperar en toda virtud y camino de perfección, esperar siempre, intensamente desear y demandar a Dios que haga en ellos y en todos lo que fuere mayor gloria y alabanza suya.» (EN. IV, 672, 673.)

Condición indispensable para que la flor de la generosidad brotara en el corazón del ejercitante era que viniese a los ejercicios de modo espontáneo, sin coacción ninguna, con vivos deseos de hacerlos. Esta es la razón porque Manareo, en Génova, procuraba que viniesen espontáneamente (PCh. IV, 50), y San Francisco Javier dilataba en Lisboa el dar los ejercicios haciéndolos desear «creyendo que cuanto más los deseaban hacer, más se aprovecharían haciéndolos» (EX. I, 48).

Los directores se complacen en escribir a Roma las excelentes disposiciones que animaban a algunos ejercitantes:

Doménech, en Bolonia, escribe lleno de confusión por la diligencia y solicitud con que vienen a los ejercicios las cuatro señoras a quien los da. (LQ. I, 9.) Un canónigo, ya al empezarlos, está totalmente resignado y puede escribir de él su Director, el P. Landini, a San Ignacio «que está ya deliberado —el día que comienza el retiro— para hacer lo que vuestra reverencia le mandare». (LQ. I, 122.) Igualmente en Granada un caballero, dejándolo todo, vino con ánimo sumamente indiferente. (LQ. III, 572.)

Ejemplo típico de este trabajo preparatorio son los largos pre-ejercicios con que San Ignacio preparó al Bto. Fabro. Ahora queremos estudiar otro caso en que se ve con toda claridad las disposiciones que requerían antes de admitir a los ejercicios completos. Es el caso de los capellanes de las infantas María y Juana de Austria, hermanas de Felipe II, los PP. Alvaro Alfonso y Juan de Aragón, que acabaron por entrar en la Compañía.

Los dos capellanes se incorporaron al Beato en Ocaña (FM. I, 142) y le siguieron hasta Espira en donde hicieron los ejercicios. Pudo, pues, el Beato, durante los tres meses de viaje, irles preparando a su gusto para que al comenzar el retiro se encontraran en la disposición ansiada.

Gozoso de haber realizado el ideal prefijado escribe el Beato a San Ignacio:

«Tengo estos dos capellanes, los cuales mañana o este otro día entrarán en los ejercicios con perfecto deseo de tomarlos en lo mejor y más exacto modo que yo les supiese darlos, siendo ellos en aquella indiferencia que yo sabría desear y es para espantar de cuánto se son aprovechados el uno y el otro, alejándose mucho más de España con el afecto de sus corazones que no con los pasos.» (FM. 161.)

Exige, pues, el Beato, en la voluntad, la decisión de desembarazarse de los afectos que pudieran impedir el oír y el seguir la voz de Dios. Veía que la mayor dificultad que podían oponer los dos capellanes a un probable llamamiento de Dios a una vida de mayor perfección, sería el apegamiento a aquel círculo piadoso y querido en que se había desarrollado su vida devota, tranquila, y en la que se les ofrecían perspectivas tan halagüeñas para el futuro (FM. 143). Sólo con este ir «alejándose de España con el afecto de sus corazones» podían alcanzar «la indiferencia que yo sabría desear».

Como se ve, exigía el Beato antes de entrar en ejercicios una indiferencia total en toda su amplitud. Abarca por una parte la máxima extensión que puede abrazar: «deseo de aprovecharse en todo» (FM. 160), intención «entera» (FM. 264), es decir, completa. Por otra, la máxima intensidad, el «mejor y más exacto modo» (FM. 161). Totalitarismo de exigencias fundamentado no en un pasajero momento de fervor, sino respaldado por motivos sinceros de fuerza duradera «como quien de veras se quiere convertir» (FM. 264).

No digo que todos los ejercitantes se encontraran en esta elevada disposición que presupone aquí el Bto. Fabro, pero sí que éste era el ideal a donde tendían en sus aspiraciones y que con mayor o menor perfección procuraban que tuviesen los ejercitantes.

4. No sólo influían en el ejercitante las verdades de los ejercicios y el trabajo interno que realizaban, sino también el ambiente, nuevo y diverso, en que se desarrollaban aquellos días: siempre era un sitio solitario, tal vez una casa religiosa, donde todo convidaba al recogimiento y a la devoción.

De las circunstancias externas de la vida dan algunos pocos detalles interesantes los *Directorios*. Las relaciones, en cambio, apenas dicen nada. Sin duda lo dan por supuesto. Es de creer que al menos en Roma hiciese ejecutar San Ignacio lo que ordena en el *Directorio*, o mejor que allí indicase como normas, el precioso fruto habido al contacto de larga experiencia de esas prácticas.

Ante todo, desea San Ignacio que, aun los que viven delicadamente, se ocupen en los menesteres propios de criados, como barrer el cuarto y hacer la cama; con el doble fin de interrumpir los ejercicios mentales y ejercitarse prácticamente en la humildad (Ex. T. 785). Cámara anota en su Memorial cuando vino a hacer los ejercicios el abad Martinengo, que había sido nuncio con el rey Ferdinando:

> «Acordarme he de la plática que con él tuvo el Padre y cuánta fuerza hizo que no tuviese ningún criado consigo, siendo la persona que es y así se lo persuadió». (FN. 691.) Don Juan de Córdoba, una de las personas más influyentes y ricas de Córdoba, durante los ejercicios servía en refectorio, barría con los de casa, haciendo, según escribe el P. Bustamante, «con toda su autoridad los oficios sobredichos, como el menor de ella». (EM. III, 707.)

Otra circunstancia precisan con todo detalle los *Directorios:* la

comida. Es muy instructivo lo que sobre ella dicen, porque manifiesta cómo todo, aun lo más material, quería San Ignacio que sirviese para el fin de los ejercicios.

> Desde el primer día de los ejercicios el que le sirve a la mesa le ha de preguntar «a la mañana... cuando haya quitado la mesa después de comer, qué quiere que se le traiga para la cena y después de cena qué quiere para el comer a la mañana, y no se le traer más ni menos ni otra cosa ninguna, salvo lo que él expresamente pidiere y a la hora que quisiere que se lo dé y no antes ni después». (Ex. D, 787) y el sirviente ha de traerle lo que le ha encargado «aunque pida una gallina o nonada, como él tuviere devoción». (Ex. T, 782.) Y no se ha de contentar el que lleva la comida y le pregunta lo que desea con que el ejercitante le responda «Dadme lo que dan a los hermanos, sino que se escuse diciendo, que aquello es contra la orden de los ejercicios y que es menester que pida expresamente lo que quiere y si sólo pan le pidiese y de esto solo una onza, no le ha de traer ni dar otra cosa. Asi que en cualidad y cantidad y tiempo ha de guardar extrictamente lo que el ejercitante le dijere». (Ex T, 786/7.)

Todo esto, que puede parecer una pequeñez, era para San Ignacio una «de las cosas que más ayudan» (Ex. T, 782).

Claro indicio del carácter personal e individual del método ignaciano y de cómo se procuraba adaptar todo al individuo. Sin duda quería San Ignacio que el ejercitante procediera con plena libertad no queriendo imponerle nada, ni siquiera la calidad o el horario de la comida, a pesar de los trastornos que podía originar esto en una comunidad (obsérvese que la comida en ejercicios era, según su mente, una ocasión para hacer penitencia) (16), y a la vez deseaba que el ejercitante pudiese regular lo que le convenía comer siguiendo «las reglas para ordenarse en el comer en adelante» (Ex. 210). Era esta regla un termómetro magnífico para que el director observara el mayor o menor fervor del ejercitante, ya que debía estar informado de lo que éste comía (Ex. D. 788).

El ejercitante tenía que desentenderse de toda preocupación ajena al trabajo de aquellos días. A ser posible debía dar al sirviente, al principio, dinero bastante para todos los gastos y mejor aún si le daba de modo que sobrara, devolviéndole al fin lo sobrante «para que este cuidado de proveer no le impida el que de hacer bien los ejercicios ha de tener» (Ex. D, 787).

> «Siendo hombre que pueda gastar de su dinero», San Ignacio ordena «que no se le dé mas de lo espiritual sólo y la cámara y también cama cuando a él le faltase o no la pudiese traer sin dificultad». (Ex. D, 787.)

En 1554, escribiendo San Ignacio a Tívoli sobre el Mto. Martín Altieri que deseaba hacer allí ejercicios, indica que le busquen una cámara adecuada, la cual, lo mismo que los demás gastos, los ha de

(16) Después de haber dado esta regla sobre la comida dice: «Cuanto a las *otras* penitencias», Ex.. A. 782.

pagar él (MI. Epp. VII, 241). El P. Castro habla de un ejercitante de Alcalá que se olvidó «de dar el gasto de la comida» (17), lo cual indica que ordinariamente la pagaban. El P. Nadal, en una ordenación de los colegios de fecha incierta, da la razón de este proceder, que por otra parte no debía de ser rígido e inexorable. Dice así:

> «Los forasteros que hacen los ejercicios en casa es necesario que paguen la costa, entiéndese ordinariamente, *hoc est*, por el mismo principio de pobreza que tenemos no debemos ser así largos en cosa que no debemos expender. Todavía en donde el colegio fuese rico o en caso juzgase el rector *rationabiliter* que no se debe pedir nada cuando *probabiliter* se juzgará que después ellos lo satisfarán [no se exija].» (18.)

No debieron de faltar casos en que no pagaban ni la comida. Al menos a principios de 1546 escribe Bobadilla desde Colonia que «ejercitantes... no faltan y los sustentamos con nuestra pobreza» (MB. 77).

A pesar de que, según el Santo, era mejor que el que practicaba el retiro hiciese personalmente alguno de los servicios personales, tenía que haber alguno que cuidara de él, el cual

> Además de servir a la mesa, debía de avisar al director una vez al menos al día lo que había comido «y hacer lo que toca a su servicio como darle camisa...; mientras esté en misa el ejercitante, le haga la cama y limpiará la cámara y le aderezará lo que ha de aderezar» llevará cuenta de los gastos y «tendrá mucho cuidado de edificarle con la humildad y composición de su persona y diligencia en servirlo por Jesucristo en todo lo que hubiere menester con mucha muestra de caridad y con la observación del silencio santo y discreto y hacer cada día particular oración por él y por quien le da los ejercicios, para que entrambos cumplan la voluntad divina». (Ex. D, 788.)

Sin duda se cumplía de este modo en la práctica una prescripción tan obvia y natural. Lo único que sobre este particular recordamos, es que en el verano de 1552, cuando fueron varios a hacer ejercicios al castillo de Almenara, llevó a él el P. Villanueva a dos novicios recién entrados, los hermanos Martín Hernández y Juan Manuel, «a servirlos» (19).

> «Además del encargado de servirle puede ir a visitar al ejercitante «de cuando en cuando» «alguno de los hermanos o sacerdotes... pero ninguno de los de fuera no, sino fuera cosa inexcusable». Este ha de hablarle «de cosas comunes y universales, pero ninguna cosa de la cual se pueda colegir que directe o indirecte le quieren traer a la Compañía y así no ha de hablar de ella nada, ni preguntarle si se ha determinado o qué dudas tiene y si él le preguntase algo o quisiese comunicar alguna cosa, puede decir que el que le da los ejercicios le responderá y que él no tiene licencia de tratar de aquellas cosas y si la tuviere hable cautamente y cosas pensadas de que se pueda edificar». (Ex. D, 788.)

---

(17) Castro, lib. III, cap. 13 (I, 94r).
(18) *A. R.* Hisp., 90, 241r.
(19) Castro, lib. IV, cap. 14 (I, 95v).

II. EL DIRECTOR

5. Triple misión del director: Instruir.—6. Dirigir.—7. Proponer la materia de la meditación.

5. Tal es el género de vida que lleva aquellos días el ejercitante y el ambiente en que se mueve. Todo converge a que haga lo mejor posible los ejercicios. Pero el que principalmente influía en aquellos días era el director. El trabajo de éste, desde el momento en que comenzaba hasta que terminaba el retiro, se puede reducir a tres funciones: proponer la materia de la meditación, dirigir al ejercitante en el camino de la perfección, instruirle. Esta triple acción del director se iba realizando de modo armónico y simultáneo muchas veces en los ratos que se encontraba con él una o dos veces al día (20). Pero para mayor claridad lo trataremos por separado.

Entonces era muy necesaria la instrucción ascética sobre el modo de avanzar en la vía espiritual. Las respuestas a las Informaciones del P. Nadal lo prueban con toda claridad. En la mayoría de los casos, los que responden a ellas son jóvenes que habían llevado antes de ser jesuítas, una vida cristiana, muchas veces piadosa. Esta piedad la ponían en prácticas de oración vocal y aun de penitencia externa. Se manifestaba en devociones externas, en votos que hacían en gran número. Ansiaban llevar una vida santa, servir a Dios, pero no saben cómo ir a Él. Apenas conocen qué cosa es oración mental, y sobre todo les falta un cuerpo de doctrina ascética que diera consistencia y vigor a esas prácticas.

Los ejercicios suplían a maravilla esa deficiencia. Allí se les instruía en el modo de hacer oración. Basta ver el ejercicio de las tres potencias, la contemplación de la Encarnación, los modos de orar; en los exámenes, en las diversas reglas encontraban un cuerpo de doctrina espiritual claro y adaptado a sus necesidades.

Cuando era menester, no faltaban instrucciones de orden teórico y doctrinal, como el P. Coudreto en Florencia, que explicó a los religiosos ejercitantes los mandamientos de la ley de Dios (PCh. IV, 167). También en el mismo Florencia se ve que en los retiros se les instruía

(20) San Ignacio aconseja que se hagan cada día (Ex. D, 790) y mejor a la mañana que a la tarde (Ex. T., 784). Estrada, en un caso, visitó dos veces al día «por más presto me expedir», EM. I, 42. De donde se deduce que ordinariamente visitaba menos. Salmerón visitaba a Villanueva cada dos días (Castro, lib. I, cap. 1.º (I, 5r). Coudreto en Florencia los visitaba «bis in hebdomada», LQ. III, 260. Pero en casi todos los demás casos en que se especifica se habla de una visita diaria.

en las cosas fundamentales de la religión, porque después de acabados, se admiran de la ignorancia que tenían en estas materias (PCh. IV, 163). Esta instrucción se ejercitaba principalmente en los ejercicios abiertos de primera semana, muchos de los cuales, como ya hemos expuesto, tenían más el carácter de una explicación catequística que de ejercicios personales.

La instrucción principal que recibían los ejercitantes era sobre las diversas prácticas de la vida espiritual y el modo de avanzar en ella. Ya el título del ejemplar de los ejercicios que se conserva en Colonia, copia del que llevó el Beato Fabro en 1543, expresa claramente este aspecto: «Ejercicios para instruir a otros y guiarlos en la vida espiritual» (Ex. 207, 579). En Valladolid, después de un retiro, reconoce un teólogo no haber conocido hasta entonces suficientemente el modo de servir a Dios (PCh. VI, 428); y de Zaragoza afirma el P. Alvarez que de los ejercicios salían muchos «suficientemente instruídos para encaminar las ánimas a la salvación eterna y perfección de la vida cristiana» (21).

Esta instrucción se realizaba sin duda, mientras se les explicaban los diversos documentos y las varias reglas diseminadas a lo largo de todos los ejercicios. Lo que más impresionaba a los ejercitantes en este aprendizaje espiritual y sin duda una de las cosas más importantes y fundamentales en que eran instruídos aquellos días, era el que en los ejercicios aprendían a hacer oración. Incluso un religioso de la Orden del Carmelo reconoció no haber comprendido antes qué cosa era orar (22).

También otro religioso dominico en un público sermón tenido en Salamanca en 1552, hizo resaltar cómo el método ignaciano era escuela de oración. Oigamos cómo lo cuenta el P. Bartolomé Hernández en carta escrita a San Ignacio el 30 de abril de 1552:

> «Esta cuaresma ha predicado aquí un fraile dominico, hombre de linaje y de muchas letras y espíritu el cual en muchos de los sermones que ha hecho, ha dicho muchas cosas de la Compañía y de los de ella, tanto que nos era a nosotros grande confusión y predicando en un monasterio de monjas de su orden un sermón de la Pasión vino a tratar de la oración y del grande fruto y provecho que trae al cristiano y tratólo muy largamente en tres o cuatro sermones. Vino a decir: esto ha enseñado admirablemente un varón apostólico a quien Dios se lo ha comunicado para que eche fuego a los corazones duros y fríos y esto enseñan sus hijos; y dijo: estos de la Compañía de Jesús digo, que cual es el hombre tales son las obras y de esto hay un libro admirable que enseña esto y quien dijere de él mal, acusadle, delante los Inquisidores, porque está aprobado por los Inquisidores apostólicos y encomendado que todos los cristianos se aprovechen de él por los Sumos Pontífices y por los Inquisidores apostólicos.» (LQ. I, 598/9.)

Otro dominico, en Valladolid, en pública clase al tratar la materia

(21) Alvarez, *Historia de... Aragón*, lib. II cap. 76, pág. 574.
(22) Polanco, *Chronicon*, II, 295. Este carmelita español había antes predicado públicamente contra la Compañía y había procurado apartar de los ejercicios a algunos que deseaban hacerlos.

de la oración, dijo, según comunica a San Ignacio el P. Valderrábano, que la Compañía «había resucitado la oración y allí dió noticia de los ejercicios» (LQ. III, 103). Tenían razón estos ilustres predicadores y profesores. En Florencia, en 1554, Coudreto explicó en qué consistía la meditación a sus religiosos ejercitantes, que después perseveraban en la oración enseñada por él (23). Don Pedro de Saavedra comenzó después del retiro a hacer dos horas diarias de oración (24), y en Venecia se renovó de tal modo el espíritu de piedad que los nobles venecianos estaban espantados de ver cómo los antiguos ejercitantes oraban inmóviles como estatuas (PCh. VI, 220).

El doctor de la Iglesia San Pedro Canisio, haciendo en el ocaso de su larga y fecunda vida el recuento de las gracias que le había concedido Dios, recuerda con dulce agradecimiento, como uno de los más exquisitos frutos conseguido en los ejercicios hechos en su juventud en Maguncia, el haber aprendido a orar (25). Sube de punto el valor de esta afirmación si se considera que ya para esta época Canisio se había familiarizado con el trato de algunos místicos —como Taulero, cuya edición alemana preparó y editó ese mismo año— (26), y había recibido el influjo de algunos autores de la Devotio Moderna (27).

Este aprendizaje era fruto sin duda de la práctica y hábito contraídos durante los ejercicios. Pero esto no podría haberse realizado sin la conveniente instrucción y dirección del director, como vemos que lo hizo Coudreto. Refiriéndose al examen de conciencia que es una manera de hacer oración, escribe el Beato Fabro:

> «ayer me dijo un caballero eclesiástico que porque dijo a un otro caballero seglar algunas cosas sobre el bien que es de examinar su conciencia, díjole luego: a osadas que con Mto. Fabro habéis aprendido esas palabras, pareciéndole muy bien lo que decía y que a semetipso no lo sabría.» (FM., 82.)

Nadal, en su Instrucción sobre la Oración, de 1554, explica cómo los ejercicios son fuente de oración:

> «Hechos los ejercicios, dice, tiene el ánima con la gracia de Jesucristo principios de oración en todas las tres vías de que tratan los contemplativos: por la primera semana en la vía purgativa y por la segunda y tercera en la vía iluminativa que es propria contemplación. Y aunque en éstas no se haya de separar la vía unitiva, empero es el proprio de ella la cuarta semana en el ejercicio de amor con Dios.» (EN. IV, 673.)

Esta formación espiritual la realizaba el director gradualmente a medida que iba explicando los diversos documentos de ejercicios. Juntamente instruía sobre todo lo necesario para que la práctica

(23) Litt. Quadr., III, 260. Cf. Polanco, *Chronicon*, IV, 167.
(24) Castro, lib. VII, cap. 1.º (I, 211v).
(25) Braunsberger, I, 43.
(26) Braunsberger, I, 92.
(27) Cf. K. Richstätter Deutsche Mystik, 25.

ignaciana diese su fruto: la guarda del recogimiento, el examen particular, y en general todo lo comprendido en las diversas anotaciones y notas de los ejercicios.

Los *Directorios* nos han conservado un ejemplo típico: Dicen que se ha de declarar lo que dicen los ejercicios acerca del uso de las penitencias en la adición 10 y «en lo que podría pedir algún instrumento, como disciplina, cilicio, etc., en general se ofrezca el que da los ejercicios que le dará lo que pidiere» (Ex. T, 782). Siempre la misma táctica: no imponer nada. El ejercitante ha de proceder liberamente. El director debe regular todo y evitar extralimitaciones.

6. La dirección espiritual, tenía lugar principalmente en las visitas, en que el director iba aplicando al estado concreto de su alma la doctrina de los ejercicios.

Para realizar este delicado trabajo necesitaba no sólo conocer la doctrina del libro de los ejercicios, sino también las necesidades concretas y el estado actual del alma de su dirigido. En estas visitas le abría el ejercitante el santuario de su alma manifestándole el efecto que hasta entonces le iba produciendo el retiro, cómo cumplía las diversas prescripciones y de modo especial cómo se arreglaba en la oración. Era ésta la parte más personal e íntima. Cada director se debía adaptar a las circunstancias concretas del individuo.

San Ignacio, en su *Directorio* autógrafo, dice que: «siempre» ha de preguntar el director «de consolación y desolación y lo que ha pasado por él en el ejercicio o ejercicios que ha hecho después que la última vez le habló» (Ex. A. 779).

En estas visitas le ha de preguntar que le dé razón de los puntos *(ratio punctorum)* y de modo especial sobre el fin que se pretende en la meditación correspondiente, como si se trata de la meditación de los pecados, ha de demandarle sobre la contrición (Ex. T., 783). El fin de cada ejercicio es la clave, es la base en que se apoya toda la contextura íntima. El director, informándose de este punto va derecho a la raíz. Si el ejercitante de un modo gradual y orgánico va consiguiendo cada uno de los fines determinados, conseguirá también el fin general que se pretende en ellos. Desde este punto de vista puede el director facilísimamente contemplar todo su estado de alma.

Si por la respuesta ve que éste se encuentra orientado y va haciendo bien los ejercicios, no conviene que se detenga mucho tiempo con él. Pero si ve que no encuentra lo que se pretende, entonces debe preguntarle sobre las agitaciones que siente y sobre la diligencia con que practica las adiciones (Ex. T. 783/4).

El Beato Fabro después de una visita que hizo a su ejercitante San Pedro Canisio, entendió con más claridad que nunca lo que ayudaba para conseguir discernir los diversos espíritus, atender a los pensamientos y a las locuciones internas y mucho más todavía el examinar directamente el mismo espíritu que se manifiesta por los deseos y afectos, por la fortaleza o debilidad del ánimo, por la alegría o tristeza (EM. 638).

Comprender qué espíritu agitaba a cada uno para poder orientar en su actividad espiritual, tal era el intento del director en estas visitas. En ellas podía indicarle que anotara sus pensamientos y sus mociones (Ex. T. 784). Este trabajo de reconcentración y análisis personal ayudaría notablemente para discernir los caracteres de los espíritus que le agitaban y poder conocerse mejor a sí mismo y responder con más precisión a las demandas del director.

En los *Directorios,* San Ignacio da sapientísimas reglas para regular este trato íntimo y para hacer más fructuosa la dirección.

Indica en primer lugar el tiempo en que se encuentra más necesitado el ejercitante:

> «a la tarde —dice— suelen tener más necesidad porque entonces más suelen crecer las tentaciones o desolaciones por parte de estar el ánimo menos apto para contemplar y por esta razón fastidioso y más sujeto a tentación y así ha menester más consolación.» (Ex. D, 790.)

El director ha de mostrar en todo el trato «una gravedad santa y si fuese [el ejercitante] alguna persona grande tanto más, pero con señales de mucha humildad y caridad y que él entendiese que aquello conviene para su mayor provecho» (Ex. D. 790/791). Debe mostrarse *tamquam potestatem habens* (Ex. D. 791), y si el que se ejercita «es docto se ha de mostrar más doctrina, pero con caridad et humildad» (Ex. D. 790).

Ha de juntar el director una discreta lejanía con una santa intimidad: Ha de ser el maestro que enseñe y oriente, y por ello «importa mucho» que el ejercitante «tome buen crédito de quien se los da» (Ex. D., 790), y el padre que consuele y que ha de tener «cuenta también con las naturas de los que se ejercitan» (Ex. D. 794).

7. La tercera función del director consistía en proponer los puntos de la meditación.

> Según los *Directorios* el director convenía que «haya visto primero todas las reglas que en ellos hay y aun pasados todos una o dos veces». (Ex. D, 793) «no ha de llevar el libro de los ejercicios en la mano». X (Ex. D, 790), sino que debía tener «bien estudiado lo que ha de tratar». X (Ex. A, 780), «declararlos conforme al libro de ellos». X (Ex. A, 781), no difusamente sino de modo bastante sucinto. X (Ex. T, 783). En los puntos solamente como dice en la anotación segunda ha de dar «modo y orden para meditar o contemplar». X (Ex. 2). Es decir, no ha de «amplificar tanto lo que dice que ya él [el ejercitante] no quiera más saber o piense que no puede él tanto trabajar que halle más que decir, pero debe darle alguna ocasión y forma para que él sepa hallar». X (Ex. D, 790), porque como dice el mismo San Ignacio en la anotación citada esto «es de más gusto y fruto espiritual que si el que da los ejercicios hubiese mucho declarado y ampliado el sentido de la historia». (Ej. 2.) X Si tiene tiempo es mejor después de haber «declarado la materia, dictársela a él mismo de su mano. Quien no tiene tanto tiempo puede llevárselos en escrito y dejárselos. Pero de una o de otra manera debe declararlo... y dejar solamente los puntos en escrito sucintamente pues-

tos». (Ex. A, 780/1.) Este resumen que se dejaba escrito o se dictaba debía hacerse «con gran brevedad y sucintamente más que está en los ejercicios». (Ex. D, 790.)

Debía explanar las meditaciones del libro ignaciano. Véanse las taxativas normas del *Directorio* del P. Vitoria.

«En el darlos, guarde la orden de ellos que importa mucho y a mí —Vitoria— cuando los daba me fué así encomendado de nuestro Padre, porque de otra manera habrá muchos errores y el ejercitante no hará el provecho que conviene, como se parece por experiencia.» (Ex. D, 790.)

El P. Mirón, en su *Directorio,* asegura que San Ignacio amonestaba muchas veces, como de cosa de gran importancia, que se siguiese la prescripción de la anotación 20.ª: «Dénsele todos los ejercicios espirituales por la misma orden que proceden» (Ej. 20). De lo contrario se aprovechaba poco el ejercitante (Ex. 849).

Este modo de proponer los ejercicios con simplicidad y siguiendo el orden prescrito, afirma el P. Mercurian en su *Directorio,* lo practicaron San Ignacio y los PP. Laínez, Fabro, Broet, etc. (Ex. 897). En las relaciones de los colegios nunca hablan del modo concreto con que los daban. Pero creemos que la misma falta de testimonios en esta clase de documentos, es la mejor prueba de que daban los ejercicios de este modo. Ni se les ocurre que puedan entender en Roma otra cosa. Hablarán en sus cartas de que el ejercitante dedica una hora u hora y media a las meditaciones; de que le visitan con tanta frecuencia, de que ha estado tantos días. En una palabra, hablan de los elementos que pueden variar y que no se pueden saber con la sola denominación de «hacer ejercicios». Pero nunca se ponen a indicar las meditaciones que dan, ni el orden que siguen, porque eso es siempre algo fijo. Hablan de que el ejercitante ha hecho la primera semana o la segunda, de que en la meditación de los pecados ha tenido tales sentimientos, pero siempre de pasada, para explicar otro punto, sin especificar nada más, porque se sobrentiende que esas semanas y esas meditaciones son las del libro de los ejercicios. No conocían ellos otros métodos para dirigir los retiros que el del libro de San Ignacio.

Incidentalmente aquí y allá se habla de meditaciones concretas que han dado o han hecho (28). A pesar de ser relativamente muchas las citas, no conocemos ni una sola meditación que no se encuentre en el libro ignaciano.

He aquí la lista completa de las meditaciones o ejercicios que conozcamos haya hecho algún ejercitante en tiempo de San Ignacio. El principio y fundamento (29), los exámenes de conciencia (30), las me-

---

(28) Casi todas las referencias se encuentran en las respuestas a las Informaciones de Nadal en donde para explicar o el origen de la vocación o algunos sentimientos tenidos o hasta donde llegaron en los ejercicios, especifican el nombre de algunas meditaciones. Aquí, como siempre, usamos sólo las respuestas de los ejercicios tenidos en tiempo de San Ignacio.

(29) Manareo, *De rebus S. I.*, 129. Olave en los ejercicios aprendió más meditando fundamentum exercitiorum quam ex toto studio praeterito Theologiae».

(30) *Fabri Mon.*, 108, 112.

ditaciones de los pecados (31), del infierno (hecha dos veces) (32), «los... ejercicios que suelen preceder la confesión general» (33), el Rey temporal (EN. I. 17), la Encarnación (34), el Nacimiento (35), la huída a Egipto (36), las dos banderas (N. I., 17), otras varias de la vida de Cristo Nuestro Señor (37), los ejercicios de elección, el ejercicio del huerto y «el de la columna» (38), y en general sobre la pasión de Nuestro Señor Jesucristo (39).

Además el P. Juan de Vitoria, en sus apuntes sobre la elección, trae sentimientos tenidos sobre el lavatorio de los pies, Judas, San Juan, sobre el desconsuelo de los Apóstoles, la negación de San Pedro, sobre cómo Jesucristo sale a recibir a sus enemigos y encubre su divinidad. Finalmente sobre Herodes, Barrabás y Pilato (40).

Los ejercicios de la cuarta semana que conocemos, son las de la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo (41), la segunda y tercera aparición (42), la Ascensión de Nuestro Señor (43), la contemplación para alcanzar amor (44) y los modos de orar (45).

---

(31) «Estando en el ejercicio de los pecados», Castro, VIII, cap. 4.º (I, 244r): «Otro meditando sus pecados», EM. I, 517.

(32) «Uno meditando las penas del infierno sintiendo bien de ellas y tornando a meditarlas», EM. I, 517. Obsérvese cómo se encuentran estas frases subordinadas a la principal, que la preparan. Es una comprobación de lo que decía en el texto, de que dan cuenta de las meditaciones sólo como medio para expresar otra idea.

(33) *A. G.* IN. IV, Molinas Luis, I, 82.

(34) *A. G.* IN. IV, Hernández Martín, 132; IN., IV, Molinas Luis, 82.

(35) *A. G.* IN. IV, Alfonso Melchor, 124.

(36) *A. G.* IN. IV, Molinas Luis, 82.

(37) *A. G.* Hernández Martín; IV, Gutiérrez Pedro, 315.

(38) *A. G.* IN. II, González Francisco, 102.

(39) *A. G.* IN. IV, Gutiérrez Pedro, 315; IV, Alberro Martín, 79; Molinas Luis.

(40) *A. R.* Neap., 176, 43ar-43av.

(41) *A. G.* IN. IV, Cotta Melchor, 222; II, Botelho Francisco, 232; I, Coelho Dieg, 668.

(42) *A. G.* III, Juan Bautista, 471.

(43) Braunsberger, *S. P. Canisio y los ej.*, 330.

(44) Braunsberger, *S. P. Canisio y los ej.*, 329.

(45) «Todos os exercitios ate chegar o meditar o paternostro e avemaría», *A. G.* IV, Correa Pedro, 496.

III. EL PROCESO HASTA LA ELECCIÓN

8. Orden y tiempo de las meditaciones.—9. Modo de proponerlas según Fabro y Polanco.—10. Según Canisio.—11. Trabajo personal: primera semana.—12. Penitencia.

8. Los *Directorios* dan normas muy precisas sobre la distribución de las meditaciones y diversos ejercicios. Es de creer que en la práctica las siguiesen, tanto más cuanto que se basan en las indicaciones del mismo libro de los ejercicios.

La primera noche de ejercicios no se le ha de dar ninguna meditación. El ejercitante se ha de preparar y disponer con oración a hacer dichos ejercicios perfectamente. El director le ha de infundir ánimo, le ha de recomendar plena claridad de conciencia y simplicidad «en el trato con él», y le podrá decir casi como anotación o aviso que se acuerde que tanto mayor fruto sacará de dichos ejercicios, cuanto más resignado estuviere en las manos del Señor para que haga de él según su beneplácito, según aquello: *Fili mi, praebe mihi cor tuum et implebo illud* (Ex. D. 790). En caso de que el que entra en ejercicios acostumbraba comulgar a menudo, podrá comulgar antes de entrar a considerar el principio y fundamento.

La primera instrucción del director ha de versar sobre cuatro anotaciones y precisamente «por este orden». Primero, de la 1.ª anotación, en que se explica lo que son los ejercicios; en segundo lugar la anotación 20.ª, que trata de la soledad y de las ventajas que de ella se siguen; después la anotación 5.ª en que se insiste en la disposición de grande ánimo y completa generosidad con que se ha iniciar la nueva obra, y, por último, la 4.ª anotación en que se da un croquis muy general de todos los ejercicios y se le dice que el tiempo durará más o menos según el efecto que produzca el método en él (Ex. D. 791/2).

El primer día después de esta instrucción, se le dé el principio y fundamento insistiendo en la dificultad de la indiferencia (Ex. D. 792). El mismo día se le puede dar también otros dos ejercicios: el examen particular con sus anotaciones y después «en cuántos modos se puede pecar y merecer en los pensamientos», según está en los ejercicios (Ex. D. 792/3), con el examen general (Ex. T. 783). Todo esto se le ha de dar «si está dispuesto». Porque notémoslo de una vez para siempre: esta distribución que estoy describiendo, no se ha de imponer de un modo mecánico al ejercitante, sino se le ha de adaptar según su estado concreto de ánimo.

Por ejemplo: «Si hay alguno que no está tan dispuesto y no está aun resignado en las manos de Dios» a éste «ayuda mucho detenerle en la consideración del fundamento y en los exámenes general y particular y en el conocimiento de cómo se peca con pensamientos obras y palabras tres o cuatro días o más, que se vaya madurando». (Ex. D, 791.)

El número de ejercicios de cada día y consiguientemente el que un ejercicio determinado se dé el tercero o cuarto día, dependerá siempre de las circunstancias particulares de cada individuo.

Estas particularidades externas hay que entenderlas siempre con este margen amplio que exige la adaptación personal.

El segundo—día contando los días conforme a este criterio—se le han de declarar antes del primer ejercicio, cuatro anotaciones que regulan algunos aspectos de la actividad personal del ejercitante. La tercera cómo hay que usar de los actos de entendimiento y sobre todos los de voluntad; la undécima que no sepa nada de lo que va a seguir, trabajando de tal modo en la primera semana como si en la segunda, no hubiese de encontar ninguna cosa buena; la duodécima que dé el tiempo íntegro a todos los ejercicios; la décimotercera que si se encuentra desolado no sólo no ha de mermar algo del tiempo de la oración, sino que dé algo de más «y tras esto decirle cómo conviene hacer la confesión general por las razones que allí se ponen y otras si quisiere, y para mejor hacerla se dan ciertos ejercicios y darle el primero [de los tres pecados] con cuatro repeticiones el primer día, y tras él luego darle las diez adiciones que se ponen para hacer bien los ejercicios». (Ex. D, 793.)

En cuanto al orden de proponer los ejercicios de la primera semana indican los *Directorios* dos esquemas distintos: Uno es el proponer cada día una meditación con sus cuatro repeticiones (Ex. D. 793); otro el hacer ya en ese día los cinco ejercicios de la primera semana, es a saber: de pecados ajenos, de pecados propios con contrición perfecta, de las raíces de los pecados, con tres coloquios, y del infierno, y después irlos repitiendo en el mismo orden los días «que pareciere menester» (Ex. T. 783).

Es verdad que en el *Directorio* compuesto con diversos recuerdos del P. Polanco sobre los ejercicios, se dice que «cuanto a los ejercicios de la primera semana no siente el Padre que se den juntos, ni él los dió nunca, sino uno a uno hasta la fin que se hagan todos cinco» (Ex. T. 782) sin embargo no puede ponerse en duda que también responde a la mente de San Ignacio el otro modo, ya que está indicado expresamente en el libro de los ejercicios (Ej. 72) y en otros *Directorios* (Ex. T. 723), tanto más que uno de éstos es el de Vitoria, más inmediato al Santo, y que, por tanto, merece la preferencia. En estos días hay que empezar a declarar las reglas de discrección de espíritus de la primera semana (Ex. T. 783), al menos «si ve que las comienza a haber menester» (Ex. D. 793).

Si los que hacen los ejercicios son «hombres que caminan muy adelante en la vía del espíritu» no es necesario detenerse mucho en la primera semana. Si fuese posible en cuatro o cinco días acaben

su confesión general y toda la primera semana. Contrario se ha de hacer con los que no tan dispuestos... [A éstos] se les pueden añadir otros ejercicios como de la muerte, del particular juicio, del universal, etc. (Ex. D, 791.)

Después de todos los ejercicios de la primera semana ha de «darle orden que use de método en el escribir los pecados y acordarse de ellos», recomendando para ello el *Breve Directorio* para la confesión escrito por el P. Polanco (Ex. D. 794). Mientras el ejercitante está empleado en prepararse para la confesión, no ha de hacer ningún ejercicio. (Ex. D. 794) La confesión es mejor se haga con un Padre diverso del director (Ex. A. 779).

Por desgracia, en este punto se interrumpe el *Directorio* de Vitoria que nos ha ido indicando de modo tan completo casi hora por hora, lo que tenía que hacer el director. De los demás ejercicios, exceptuando la parte relativa a la elección, es muy poco lo que nos indican los *Directorios.*

9.—En el modo concreto de exponer los puntos necesariamente tenía que entrar mucho el elemento personal. Cada uno expresaría y amplificaría los pensamientos y sentimientos de modo personal, como los había comprendido y sentido.

En esto naturalmente no se pueden dar normas fijas y generales. Pero entre este modo particular y concreto y el fondo general de las meditaciones, existe todavía un margen muy amplio que desearíamos fijar. Se puede coger el esquema ignaciano, revestirlo con ropaje propio, pero siguiendo siempre el hilo dado por el Santo y pretendiendo conseguir el fin por él propuesto, o se puede vaciar en ese fondo generalísimo un contenido totalmente personal, sin más influjo recibido que el de la elección de la materia y el del fin orgánico y general que se pretende.

Creemos que aunque los documentos que poseemos sobre el particular son muy escasos, se puede concluir que al menos en muchos casos seguían el esquema ignaciano no sólo en la materia de las meditaciones, sino también en la explanación de los puntos.

Para aclarar esta materia comencemos a analizar brevemente los aislados pero preciosos documentos que conservamos, tratando de establecer a su luz la línea general.

Sería de gran valor para esclarecer este punto, el texto de los ejercicios, tal como se conserva en la versión más literal del códice del Archivo Vaticano, llamado Regina, si fuera, como parece por los numerosos cambios, añadiduras y resúmenes que se dan en él, no una copia, sino un escrito hecho al dictado de un director que o no leía el texto o al menos se permitía algún pequeño comentario, como el excursus sobre la redondez de la tierra en la contemplación de la Encarnación (Ex. 633).

Es verdad que es demasiado extenso y demasiado literal para resumen, y ya hemos oído al *Directorio* de Vitoria que se debía dictar

un resumen más breve que el texto. Pero en aquellos primeros años no sería extraño que lo dictasen casi íntegro. Si fuese, como digo, el recordatorio de las ideas explanadas, indicaría claramente que el director había seguido de modo fidelísimo casi todo el texto de San Ignacio. No faltan algunas trasposiciones de meditaciones, como la del infierno,y hay bastantes omisiones (cf. Ex. 571), pero sigue en conjunto con toda fidelidad el hilo ignaciano.

Otro monumento venerando por su antigüedad, son unas notas personales que Canisio redactó durante los ejercicios hechos en Maguncia, en abril de 1543, bajo la dirección del Beato Fabro. En ellas el joven ejercitante de 22 años, con la diligencia y esmero de un humilde y cuidadoso discípulo, va anotando además de propósitos personales y otras cosas que por ahora no nos interesan, varias advertencias dadas por el Beato Fabro (46). Entre éstas encontramos un brevísimo esquema de la contemplación para alcanzar amor.

He aquí cómo copió Canisio, resumiendo sin duda esquemáticamente algunos de los pensamientos de Fabro:

> «La oración preparatoria acostumbrada. I. Preámbulo: Estar Dios presente. II. Amar a Dios. 1.ª parte: beneficios de la creación; 2, beneficio de la redención; 3, beneficios particulares; 4, beneficio de la glorificación. Sobre los atributos (coloquios) 1, al Padre, cuyo poder reluce en todos ellos; 2, al Hijo, cuya sabiduría resplandece en todos; 3, al Espíritu Santo a quien se atribuye la bondad la cual en todos brilla. Tres cosas que se requieren en el amor. Indicios del amor: 1.º, más se manifiesta en las obras que en las palabras; 2.º, que haya comunicación del uno al otro, esto es, que uno comunique al otro sus cosas y a sí mismo con ellas, con poder o fortaleza aplicando las fuerzas del cuerpo, con sabiduría aplicando las fuerzas intelectivas, siendo benéfico por caridad aplicando todo el corazón. Debemos obrar en todo a semejanza de Dios.» (47.)

No se trata, como se ve a simple vista, de toda la contemplación para alcanzar amor, de San Ignacio, sino sólo del primer punto. Se observa la elaboración dada por Fabro a ese primer punto, sobre todo en el matiz trinitario con que colorea los coloquios y aun el indicio segundo del amor, pero es una elaboración hecha, teniendo como base y punto de arranque la meditación ignaciana, cuyas líneas se siguen con toda nitidez.

Otro documento orientador para estudiar el modo de proponer la meditación, es una especie de amplificación de los ejercicios hecha por el P. Polanco y vista y aun revisada en parte por San Ignacio (48). Polanco va aquí explanando y amplificando las meditaciones, como

---

(46) El documento está inédito (según dice Braunsberger en *Ein Meister*, 83, nota 3) en el códice «Can., 43» que se encuentra en un archivo de la Compañía de Jesús. La descripción de este «cod. 43» puede verse en Braunsberger, VII, pág. 76, pero tampoco dice allí Braunsberger en qué parte se encuentra. Por desgracia, no he podido dar con él y, en consecuencia, no conozco el importante documento. Lo único que sé de él es lo que transcribe en castellano el mismo Braunsberger en *S. P. Canisio y los ej.*, Dice que transcribe «lo más principal», 329.

(47) Braunsberger, *S. P. Canisio y los ej.*, 329-330.

(48) Se encuentra en un códice del Archivo Romano de la Compañía de Jesús (*A. R.*) no catalogado. Lo describe muy menudamente el P. Codina en la Introducción al tomo de los Ejercicios de Monumenta, Codex, 4, Ex., 202-204.

si estuviera dando ejercicios, y todo hace creer que el hábil secretario de la Compañía, tan habituado a dar forma a los pensamientos de San Ignacio, pretendía hacer con los ejercicios lo que hizo con tantas cartas: amplificar y desarrollar el pensamiento del fundador. Aunque no acabó su trabajo, en las meditaciones que desarrolla —hasta el día cuarto de la segunda semana— nos da un primer modelo de un género literario que tanto abundará más tarde: una explanación de los ejercicios en que se refleja, si es que no se trascribe, el modo que el autor tiene de darlos.

Polanco, en las citadas meditaciones, sigue continuamente a San Ignacio, sin apartarse un punto de él, desarrollando las ideas allí en germen, con un ropaje a veces algo huero y retórico. Al tratar de los preámbulos explica la técnica y la razón de ser de ellos (49). Explana con cierta amplitud los sentimientos indicados por San Ignacio, pero a la vez tiene en cuenta continuamente al ejercitante, a quien va sugeriéndole el modo de profundizar a su gusto los diversos puntos de vista (50). Hablando, por ejemplo, del pecado de los ángeles, le indica que se represente la hermosura, la magnificencia, el poderío, el cúmulo de perfecciones que poseen los ángeles, el derroche de riquezas que hizo Dios al crearlos; cómo dejó a su libre albedrío el obedecerlo o no, la intolerante soberbia con que no quisieron reconocer a su Criador y el justo castigo de Dios Nuestro Señor.

Insta después a que aplique el entendimiento, diciéndole cómo ha de temer la divina justicia el hombre miserable que tantas veces ha abusado de la gracia divina. Inicia a continuación la contraposición entre los muchos pecados de los hombres y el único pecado de los ángeles; sobre la justicia obrada por Dios con los ángeles y la infinita misericordia ejercida con el hombre pecador, para que comprenda la inmensa bondad de Dios y la pertinacia del hombre, dejándole al fin para que él considere *caetera id genus quae intelligendi vis tibi suppeditabit.*

Por fin dice cómo la voluntad ha de poner en juego la memoria y el entendimiento, y explayar los convenientes afectos (51). Al tratar del coloquio, sigue también Polanco la pauta ignaciana. Expone cómo el ejercitante ha de imaginarse siempre a Cristo presente y en cruz por él, enrojecido por la sangre que mana de sus heridas. Ante esta cruz y este Redentor, ha de pensar en su singular amor al hacerse hombre, mortal y pasible, al dejarse atar, escupir, azotar, morir por los pecados del hombre. Sigue describiendo los oficios que ha hecho Jesucristo, los beneficios y lo que en correspondencia ha de hacer el ejercitante (52).

Polanco explana aun las palabras mismas de San Ignacio. No digo que todos los directores siguieran el mismo sistema, pero sin duda

(49) Véase, por ejemplo, en el *Apéndice doc.*, N. II, 48.
(50) En el *Apéndice doc.*, N. II, transcribo el primer punto del primer ejercicio. Leyéndolo se podrá dar mucho mejor cuenta del modo con que desarrolla la meditación.
(51) *Apéndice doc.*, N. II, 50.
(52) *Apéndice doc.*, N. II, 53.

que Polanco refleja al menos un modo de dar las meditaciones querido de San Ignacio, y que él creía que era, si no el único, al menos uno de los deseados del Santo. Si no no le hubiera presentado para su aprobación.

En el *Directorio* elaborado por Polanco algunos años más tarde, hacia 1574, incluye el Sumario de los ejercicios que hay que dejar por escrito aunque haya que declararlos más de palabra (53). El Sumario es un resumen de los ejercicios, y las meditaciones aquí explanadas corresponden exactamente a esa más amplia declaración que indica Polanco. Todo hace creer que se trata de un modo tradicional querido de San Ignacio de dar ejercicios.

10. Pero el documento más orientador y más completo es posterior en más de treinta años a la muerte de San Ignacio. Es el esquema de los ejercicios que dió San Pedro Canisio en 1588 a Sebastián Werro (54). A pesar de la fecha posterior de estos ejercicios, creemos que pueden arrojar mucha luz sobre la época ignaciana. El director es San Pedro Canisio, ejercitante de Fabro, que formado personalmente por San Ignacio en Roma, maduró sus planes y métodos en tiempo del fundador. Las líneas generales de sus ejercicios de Friburgo de 1588 no podían diferir mucho de los de Ingolstadt de 1550. El método será más perfecto, fruto de una mayor experiencia, pero la trabazón interna, la contextura, que es lo que se refleja en esos esquemas, tienen que ser sustancialmente idénticas. Hay con todo un elemento nuevo que supone una evolución posterior: el concentrar las cuatro semanas en el reducido espacio de cinco días. Está acomodación hará que no se encuentren muchas meditaciones que sólo pueden tener cabida en un espacio más largo de tiempo, pero no cambia el modo de dar cada una de las meditaciones, que es lo que ahora tratamos de investigar.

Estas notas son de un valor excepcional, por ser el único esquema completo que hasta hoy conocemos, de ejercicios dados en aquellos primeros años, prescindiendo del códice Regina. En ese escrito, haciendo caso omiso de diversos sentimientos personales de Werro, que ahora no nos interesan, nos fijaremos únicamente en la parte en que Werro copia los puntos de Canisio, a veces literalmente, *de verbo ad verbum* (55).

También en este esquema se sigue con toda fidelidad el pensamiento ignaciano aun en la distribución de cada uno de los puntos, pero no con la rígida dependencia que hemos visto en Polanco. Son ejercicios elaborados personalmente por Canisio, enriquecidos con textos de la Sagrada Escritura, no como los de Polanco que no pasan de ser una amplificación totalmente impersonal e incolora.

---

(53) «Sumarium eorum exercitiorum quae scripto to reliquenda sunt licet verbo magis declaranda». Ex. 828-846.

(54) Publicado por el P. Eusebio Hernández *Los ejercicios espirituales de Verronio*. En las págs. 184-190, trae datos interesantes sobre la persona de Werro y el fruto que recabó de los ejercicios.

(55) Hernández, *Los ejercicios...*, 195.

Hagamos un breve análisis del texto de Werro. Sobre el principio y fundamento ignaciano, ha elaborado Canisio los preceptos generales que han de fijarse en el ánimo del ejercitante. El fondo y aun la forma en sus líneas más generales son de San Ignacio. Pero Canisio ha dejado su sello. El fin del hombre es para conocer, amar y honrar a Dios. El hombre es la lengua con que las criaturas, hechas para Él e incapaces de expresar su reconocimiento a Dios, alaban al Criador. A la luz de estos principios, considera Canisio el uso y el abuso de las criaturas, y hace hacer al ejercitante un pequeño examen, en que ha de considerar si en su estado actual se aparta del fin o no, y ha de reflexionar sobre el fin especial porque ha sido criado y el estado a que ha sido llamado (56). Como se ve, más que hablar de la indiferencia ignaciana, habla de lo que tiene que hacer el ejercitante suponiendo que la tiene: ordenar todo según el último fin.

Después de la explicación de los exámenes general y particular, de algunas indicaciones sobre las tentaciones, discernimiento de los espíritus, sobre la curiosidad y otras cosas semejantes, y después de una sumarísima explicación de la oración, explana Canisio la meditación de los tres pecados según el esquema ignaciano, cambiando tan sólo la tercera clase de pecados (57).

El segundo día de los ejercicios comienza con la meditación de los propios pecados, resumen exacto y fidelísimo de la meditación de San Ignacio. Dentro de la concisa brevedad, da algo más de amplitud a los afectos que a las ideas. Canisio expone un coloquio que sin duda se basa en el de la meditación anterior ignaciana (58).

Nada expone de las repeticiones y resúmenes ignacianos, obligado a reducir meditaciones por el acoplamiento que hace de los ejercicios, pero esto, como ya indicamos, supone una evolución posterior. En cambio el triple coloquio del tercer ejercicio lo traspone Canisio al final de la meditación de los tres pecados, cambiando algo el objeto de la petición:

> «*Colloquium instituitur triplex cum D. Virgine, Christo Domino, Deo Patre de 1.° Impetranda contritione, 2.° Cognoscendo nimio amore sui, inordinatis affectibus, 3.° Ordinanda in posterum vita maiore puritate ad suam salutem et aliorum utilitatem* (59).

Inmediatamente después de la meditación de los pecados propios, sin dar ni siquiera la meditación del infierno, y hecha la confesión general, propone la meditación del Rey temporal al tercer día. Cambia algo la contextura de la meditación, pero sigue siendo en el fondo la misma de los ejercicios. Después de la composición de lugar y petición. idénticas a las de San Ignacio, establece Canisio un principio general: que es conveniente que los súbditos obedezcan al príncipe que les llama a una guerra, sobre todo cuando se trata

(56) Hernández, 191-193.
(57) Hernández, 193.
(58) Hernández, 195.
(59) Hernández, 194.

de sofocar una rebelión. Se traspira en este enfoque de rebeliones el ambiente del Imperio y las luchas religiosas de Francia. Aduce después las hazañas de Constantino y Carlomagno. Indica cómo movieron guerras de religión poniéndose al frente de las tropas, exponiéndose a grandes peligros y trabajos. Considera en tercer lugar cómo los súbditos han de responder ofreciéndose a seguir a su capitán. Tan sólo los soldados remolones son los que se substraen a tal demanda y desobedecen a tales reyes.

Aplica a continuación esta consideración a Cristo, Rey de los reyes, que desea someter al mundo rebelde y con este objeto recluta fieles soldados. Nuestro oficio ha de ser ofrecernos a su santa voluntad, seguir a tal jefe, trabajar y sufrir con él a donde quiera nos llame y envíe. Acaba Canisio la meditación diciendo que hay que pedir al Rey gracia para poder realizar seria y fielmente lo que él exige para gloria suya y la salvación de las almas, luz para conocerlo, fuerza para seguirlo y gracia para perseverar. Tal es en substancia el esquema de Canisio, copiado literalmente por su ejercicitante (60). Todavía los ejercicios duraron otros dos días. El cuarto día Canisio propone una meditación de la Encarnación, otra de la agonía de Cristo en el huerto de las Olivas y el quinto la contemplación para alcanzar amor y el primer modo de orar.

Faltan todos los ejercicios que giran alrededor de la elección. Lo dicho basta para comprobar cómo Canisio se movía en un terreno totalmente ignaciano, edificando con los materiales suministrados por San Ignacio el edificio previsto también por el mismo autor de los ejercicios, aunque como no podía ser menos se noten las huellas de su trabajo personal.

Los diversos *Directorios* compuestos en la segunda mitad del siglo XVI en medio de sus diferencias personales coinciden en una nota común: en recomendar vivamente seguir lo más de cerca posible el método de San Ignacio. Ni faltan en ellos quejas de que no se ve ahora el fruto de los primeros años, porque no se sigue el método, como se seguía al principio. Todos ellos se afanan por conocer la mente ignaciana y lo que se practicaba en su tiempo (61).

Téngase en cuenta que los autores de estos *Directorios* o hicieron ejercicios en tiempo de San Ignacio o con personas que los practicaron antes de la muerte del Santo. Todo ello supone una tradición viva, universal, de que en los ejercicios se seguían al principio las prescripciones y anotaciones del texto con toda exactitud y simplicidad.

Hemos visto en Canisio una tendencia más bien a explicar a su modo los ejercicios. Y sin embargo, aun en esa línea se sigue, incluso en detalles accidentales, a San Ignacio.

Por todo esto, creemos que estos dos ejemplos de Polanco y Canisio representan los dos límites extremos dentro de los cuales se movían los directores. Estos difícilmente se podían atener al texto más de

---

(60) Hernández, 196.
(61) Cf. v. g., Ex. 897, 909, 939, etc.

lo que hacía Polanco y creemos que tampoco se apartaban de él más de lo que hizo Canisio.

El *Directorio* del P. González Dávila y otro anónimo, recomiendan vivamente el Sumario del P. Polanco, como el mejor resumen que se le podía dejar al ejercitante (62).

11. A la breve exposición de la materia de la meditación del director, seguía un largo trabajo del ejercitante.

En este punto no puede caber duda ninguna. El ejercitante desarrolla una gran actividad personal. En los ejercicios, dice Bartolomé Torres, «trabajaba de saber para obrar» (Ex. 667). Es lo que podían haber repetido todos los que practicaban los retiros.

Este trabajo consistía principalmente en orar. El P. Maggi hacía cada día las cinco horas de oración (63), y cuando se dice que una persona hace los ejercicios exactamente, implícitamente queda dicho que practicaba las cuatro o cinco horas de oración diarias. Recordemos cómo el director instruía al ejercitante sobre la oración, y cómo éstos consideraban como uno de los preciosos frutos de los ejercicios el haber aprendido a orar. Una persona casada repitió la meditación de las penas del infierno, «sintiendo bien de ellas» (EM. I, 517); otro se holgaba tanto en detenerse en cada ejercicio que no los hizo todos (64).

Pero tal vez nada nos dice tanto de la intensidad con que oraban los que practicaban los retiros ignacianos, como los sentimientos que experimentaban en las diversas meditaciones, sentimientos que suponen haber rumiado y considerado personalmente las verdades de los ejercicios.

Olave, en el retiro que hizo antes de entrar en la Compañía, meditó tan a fondo el principio y fundamento, que llegó a afirmar haber aprendido más en él, que en todos sus estudios anteriores teológicos (65).

La meditación de los pecados impresionaba de modo particular. El fruto principal era la profunda compunción y el agudo dolor de los pecados (LQ. III, 727) que se manifestaba muchas veces en sinceras y abundantes lágrimas. El jerónimo lego de Tendilla, que fué con aire de provocador y en plan de chanza, comenzó a «dar gemidos y sollozos que toda la casa echaba de ver e hizo al fin una confesión general con tantos sentimientos y lágrimas que no las podía encubrir» (66); y un sacerdote, en 1551, recibió en los ejercicios la gran gracia de llorar durante algunos días su mala vida pasada (LQ. I, 463). Lo mismo se repite con sacerdotes, religiosos, monjas, caballeros, jóvenes de ambos sexos (67).

---

(62) Ex. 892, 899.
(63) *A. R.*, Rom., 188, I, 140r.
(64) *A. G.* IN. P. Segura «no se me dieron todas cuatro semanas, porque en uno ejercicio me holgaba de detener mucho».
(65) Manareo, *De rebus S. I.*, 129.
(66) Castro, lib. III, cap. 9.° (I, 53v).
(67) LQ. I, 145, 166, 213, 463, 481, 604; LQ. II, 64, 347, 550; EM. II, 399; PCh. I, 397, 405; II, 24, 84, 204, 294, 295.

Las lágrimas no eran más que exteriorización del profundo conocimiento de la vida pasada que obtenían meditando seriamente la meditación de los pecados.

Así en Valencia en 1551 el Vicario de Iñesta «tuvo gran conocimiento y dolor de su vida pasada, la cual había sido algún tanto disoluta y profana». (LQ. I, 466); en 1543 en Lovaina un canónigo de Metz «con abundancia de muchas lágrimas es venido en interior conocimiento de su vida pasada». (EM. I, 134.) En Alcalá se llegó a dar un caso que tiene todos los síntomas de algo patológico y anormal: Lo cuenta así el P. Castro: «un beneficiado de Villalba... estando en el ejercicio de los pecados fué tan grande el sentimiento que tuvo de las ofensas que había cometido contra Dios, que se le vino toda la sangre al corazón y haciéndose un ovillo, juntos los pies con el colodrillo, con los dientes abrió la puerta de su aposento, que era el que sale a la sala de Jeremías y fué rodando aquellos escalones que salían al patio y de aquí le volvieron al aposento». (68.)

El Señor iluminó con una intensa luz los ojos de la piadosa mujer valenciana Sebastiana Exarch. A su resplandor contempló llena de espanto su maldad y pestilencia (MI. Epp. XII, 368). Otro ejercitante recibió una gracia tan grande que no pudiendo contenerse se dió a manifestaciones impropias del tiempo del retiro. El caso sucedió en Lisboa en 1548, y lo cuenta de este modo el P. Juan de Aragón:

«De ciertas personas casadas que aquí en esta casa hicieron los ejercicios, les daré nuevas, por ser cosas de edificación. Uno... meditando sus pecados fué de tal manera alumbrado en el conocimiento de ellos, que dijo al mismo Padre que le visitaba, habérsele tirado una nube pesada y oscura delante de los ojos, quedando tan claros y él tan consolado que andaba por la casa sin bonete a manera de loco, de tal suerte que entrando el mismo Padre se conturbó viendo lo que pasaba, creyendo ser verdad que estaba fuera de sí, mas él le aseguró con decirle que Nuestro Señor le había hecho una notabilísima merced.» (EM. I, 517.)

Fruto sazonado de la primera semana era una sentida confesión general acompañada a veces de lágrimas (69) y ordinariamente de grandes muestras de contrición. El Dr. Ramírez de Vergara salió de su confesión general «tan contento que dijo a los nuestros: Alabad a Dios que de cuantas confesiones he hecho en mi vida, de ninguna he salido satisfecho como de ésta» (70); y el P. Nadal afirmaba haber conocido una persona que, después de la confesión general, se creía confirmada en gracia, pensando que ya no podría pecar más mortalmente (EN. IV, 684).

Una confesión general hecha a conciencia era en muchos el fruto principal de los ejercicios y señalaba el término de ellos. Pero en

---

(68) Castro, lib. VIII, cap. 4.° (I, 244r). El P. Villanueva no quiso recibir a éste para la Compañía porque juzgó que por la excesiva ternura que tenía, no era para tratar cosas espirituales, Castro, ibid.
(69) Braunsberger, I, 346; LQ. I, 240; PCh. I, 397; II, 204, 294, 295.
(70) Castro, lib. III, cap. I.° (I, 36r). Lo mismo repite el P. Castro en el lib. VIII, cap. 4.° (I, 244v).

otros no pasaba de ser más que un paso —aunque de singular importancia— en el camino que tenían que recorrer.

12. Una de las pruebas de que este dolor era sincero y que exteriorizaba un eficaz deseo de reforma, la tenemos en la penitencia no pequeña que practicaban en los ejercicios. Ya hemos indicado cómo los directores procuraban instruirles sobre el valor de la penitencia y los diversos modos de ejecutarla al explicar la adición décima, ni faltó quien dejaba disimuladamente en el cuarto del ejercitante algunas disciplinas, invitándole de este modo práctico a hacer uso de ellas (Ex. 809). Recordamos a aquel sacerdote de Toledo que el P. Pisano al pasar por aquella ciudad le enseñó el modo de examinarse, de hacer la oración mental y el modo de hacer penitencia por medio de la disciplina, añadiéndole que muchas de estas cosas las aprendería en los ejercicios (71). Oración y penitencia: he aquí los dos elementos con que aquel buen sacerdote caracterizaba los ejercicios, y con razón.

El fraile jerónimo de Tendilla, del que hemos hablado varias veces hizo una extraordinaria abstinencia. El P. Maggi usó diversos géneros de penitencia: cilicios, disciplinas, ayunos, dormir sobre una estera en tierra (72); el P. Mirón escribe de un ejercitante suyo llamado Silveira que «le es menester ir bien a la mano en cosas de penitencia» (73); en 1551 en Alcalá el Visitador de la Diócesis ardiendo en deseos de humillarse y hacer penitencia «pidió al P. Villanueva le diese licencia para salir de casa (durante los ejercicios) y traer un cántaro de agua a cuestas desde la fuente» (LQ. I, 399), y del Abad de Espoleto escribe el P. Landini a San Ignacio que en los ejercicios está «con deseo de andar por el mundo siempre vestido de saco, predicando penitencia y máxime acá [en Foligno] donde es conocido y tenido en mucha cuenta. Por mi consejo no lo hará ni tampoco lo dejará especialmente dos o tres veces por alcanzar de sí victoria si ya V. R. no lo prohibiese». (LQ. I, 123, 4.)

(71) *A. R.* Hist. Soc., 176, 74rv. Cf., cap. 3.°, n.° 22 nota 107.
(72) *A. R.* Rom., 183, I, 138r.
(73) *A. R.* Epp. NN., 78, 20r.

VI. ELECCIÓN Y FIN DE LOS EJERCICIOS

13. Normas ignacianas sobre la elección.—14. Proceso de la elección.—15. Dificultades en la elección.—16. Vocación de Nadal. 17. Elecciones más fáciles.—18. Elecciones en el primero y segundo tiempo.— 19. Elecciones en el tercer tiempo: Juan de Vitoria. 20. Elecciones rehechas.—21. Tercera y cuarta semana.—22. Gracias de Dios y votos.—23. Alcance del influjo del director y del trabajo personal del ejercitante.

13. Si el ejercitante mostraba —dice el *Directorio* autógrafo— «mucho deseo de pasar adelante para determinar de su estado» puede comenzar la segunda semana después de haberse confesado y comulgado y de haber tenido un día de descanso en el que no se le proponía ningún ejercicio, sino a lo más «alguna cosa ligera», como los mandamientos de Dios. (Ex. A. 780).

Bellamente comenta Nadal la razón de este descanso: «porque —dice— ultra de reposar del trabajo pasado se han de recrear en dar gracias a Dios por la merced recibida y alegrarse y gozar de la misericordia del Señor» (Ex. 780).

Con razón era San Ignacio tan cauto en admitir a la segunda semana. En ella era lo más ordinario que se ventilase el trascendental problema de la elección de estado. Para elegir el estado más conducente para la salvación eterna, hacía falta muchas veces mucha generosidad y mucha indiferencia. Y San Ignacio quería asegurarse de que los que entraban, se encontraban en estado de hacer una sana elección, y de que no darían un paso en falso en uno de los momentos más decisivos de su vida.

Es verdad que a veces no hacían la elección, sino tan sólo reformaban su vida, como lo presupone él expresamente en los ejercicios (Ej. 189), y aconteció en un Contarini y en tantos religiosos jesuítas y de muy diversas órdenes, pero la elección de estado era el caso más típico y el que San Ignacio considera más directamente en estas normas.

La elección fué la razón que llevó a no pocos a ejercicios, sea que fuese para controlar a su luz la rectitud de una resolución a la que ya se sentían inclinados, o para encontrar en la paz y soledad de ellos, la orientación de su vida que en vano la buscaban afanosos en medio del ajetreo de las ocupaciones ordinarias.

Consciente San Ignacio de que el punto de las elecciones era el más difícil y delicado, instruye sobre él al director de un modo par-

ticular. En el libro de los ejercicios describe con mano maestra y extensión desusada, todo el proceso. No pareciéndole bastante esto, compuso de su misma mano un breve *Directorio*, en que va guiando al director paso por paso, indicándole lo que tiene que hacer en cada momento.

Vamos a seguirle con cierta detención porque, de no penetrar bien su pensamiento, hay peligro de formar el juicio errado que asomaba en 1549 en París (EM. II, 257), y en 1553 en Perusa (PCh. III, 48), es a saber que los ejercicios eran un arma *para cazar vocaciones*, forzando a los jóvenes a abrazar los votos religiosos, sobre todo de la Compañía.

Esta anotación, en efecto, marca con todo vigor la línea divisoria entre la conducta que puede tener el director antes que su dirigido entre en ejercicios, y la que ha de observar después de entrado en ellos. Antes, puede «lícita y meritoriamente... mover a todas personas que probabiliter tengan subiecto, para elegir continencia, virginidad, religión y toda manera de perfección evangélica». En cambio durante los ejercicios, «el que los da no se decante ni se incline a la una parte ni a la otra, mas estando en medio como un peso, deje inmediate obrar al Criador con la criatura, y a la criatura con su Criador y Señor» (Ej. 15).

Los primeros jesuítas, empezando por San Ignacio, hicieron amplio uso de la primera parte de esta regla. Es típico el caso del Santo con sus primeros compañeros de París. Dice él mismo en su autobiografía que ganó al servicio de Dios *por medio de los ejercicios* a Fabro y a Javier (74). Sabemos sin embargo con certeza, que ambos a dos, ya antes de comenzar a hacerlos, estaban determinados para la Compañía. Fabro lo dice expresamente de sí mismo en su autobiografía (FM. 859), y Javier hizo los votos de Montmartre antes de hacer los ejercicios (FN. 36). El sentido no puede ser otro que el que San Ignacio les fué poco a poco ganando para sus planes de abnegación y apostolado *en un período preparatorio de los ejercicios*, o si se prefiere, en lo que hemos llamado «conversaciones de ejercicios», y les persuadió juntamente a hacerlos, con la previsión confiada de que en ellos se confirmarían en su buen propósito, como efectivamente sucedió.

El caso, repetido en los demás compañeros de París y en otros posteriores de Italia, afianzó en San Ignacio la idea de que sus ejercicios, presupuesta aquella preparación previa, podían en muchos casos traer buenas vocaciones a la nueva Orden, tan necesitada de obreros apostólicos en su ingente expansión por Europa y las Indias. Por eso hacía en 1552 decir a Polanco que se intensificara en los colegios el dar ejercicios, porque en la gran penuria de hombres aptos para tantos ministerios, eran «un camino muy bueno» «para querer aumentar de buenos sujetos» la Compañía (MI. Epp. VI, 281). Y Villanueva

---

(74) Texto en *Mon. Ign.*, Fontes Narr., 476. Cf. Polanco, *Chronicon*, I, 48-49 y Nadal en EN. IV, 677. Después otros muchos autores siguiendo a estos tres.

escribía sobre esto mismo al Dr. Ramírez de Vergara: «parece modo natural desear cada uno el aumento de su bandera y escuadrón, y *con mérito* se puede desear y buscar, pues es para el servicio divino» (75).

Téngase con todo cuidado de no universalizar este hecho en sentido contrario a las fuentes inmediatas. Primero, porque los ejercicios no eran en la mente de San Ignacio y de sus cooperadores, el medio exclusivo ni el primero para conseguir el incremento de vocaciones. Según Polanco en sus *Industrias*, era tan sólo el octavo entre otros diez y ocho que enumera (PC. II, 729, 9). Además preveía el fundador que en más de un caso serían precisamente ellos la causa de no entrar en la Orden personas que lo deseaban. Y así él y sus cooperadores frenaron varias veces los ímpetus de gente joven que lo pedía ardientemente, exigiendo que hicieran antes el santo retiro para que delante de Dios compulsaran su vocación (76). De hecho, de unos 7.500 ejercitantes que enumera nuestra estadística del generalato de San Ignacio, sólo de unos 300 sabemos que entraron en la Compañía (77). Aun para los que ya habían entrado en el noviciado, San Ignacio hizo de sus ejercicios una «prueba» o experimento, persuadido de que descubrirían a bastantes candidatos o a su maestro, que no eran llamados a tal género de vida (78).

Pero todo esto se refiere a la labor del director antes de comenzado el retiro. Veamos ahora cómo se ha de portar con el ejercitante en los ejercicios mismos, al llegar a la importante materia de las elecciones.

La anotación 15 nos decía que se ha de haber «como el fiel de un peso», sin inclinar a su dirigido ni a una parte ni a otra entre las partes de la elección, y dejando al Criador obrar inmediatamente con su criatura. El libro mismo de los ejercicios, y más precisamente los *Directorios* ignacianos nos enseñan que ésto se entiende únicamente de los ejercitantes que se han hecho capaces de oír y seguir la divina voluntad, y después de que se han hecho capaces. Hasta entonces es menester la exhortación e inclinación del guía espiritual, no para elegir, pero sí para prepararles convenientemente a una buena elección. Y ésto hasta tal punto que, según San Ignacio, si el director ve que faltan al dirigido las condiciones previas para oír la voz divina y seguirla, no conviene introducirle aún en las elecciones. He aquí cómo expresa este importante punto el *Directorio* que él dictó al Padre Vitoria:

> «Primeramente se debe insistir que entre en las elecciones el que las ha de hacer con entera resignación de su voluntad y, si es posible, que llegue al tercer grado de humildad en que de su parte esté más inclinado, si fuese igual servicio de Dios, a lo que es más conforme a los consejos y ejemplos de Cristo Nuestro Señor. Quien

(75) Cf. Apéndice IV, n.º 1.
(76) Véanse los ejemplos que aducimos en el cap.V, n.º 2, texto correspondiente a la nota 9.
(77) Damos detalles en el cap. 6.º, núms. 5-6.
(78) Cf. por ejemplo, Examen, cap. 4.º, n.º 10; Parte III, cap. 1.º, n.º 20, etc. En MHSI, Const. II, págs. 52-53: 359-360...

no está en la indiferencia del segundo grado no está para ponerse en elecciones, y es mejor entretenerle en otros ejercicios hasta que venga a ella.» (Ex. D, 781).

Por tanto, hay dos condiciones sobre las cuales ha de estar atento el director antes de permitir el paso a las elecciones. La primera *necesaria* es el desprendimiento de la voluntad de aquel apego a riqueza y honor que pudiera impedir entender y seguir el llamamiento a la pobreza y a la humillación, caso de que viniera. La segunda, no necesaria, pero *sí convenientísima*, es la inclinación positiva del alma a la pobreza y humillación de Cristo aun antes de hacer la elección o en el caso de no ver claro al elegir que el Señor le llama a ellas.

En estas dos condiciones o prerrequisitos, el director no ha de mantenerse pasivo o indiferente, antes ha de inclinar a su ejercitante a lo más perfecto, mediante los ejercicios que preceden a la elección, especialmente del Reino de Cristo, de las Banderas y de los Binarios, los cuales se entreveran con los pasos de la vida de Cristo en que el Redentor, primero haciendo, y luego predicando, nos incita a la pobreza y a la cruz. Es notable la insistencia de San Ignacio en recomendar la segunda condición, aunque no sea necesaria. Ha de disponer al ejercitante (nos dice) a «desear más los consejos [evangélicos] que los [meros] preceptos» (Ex. A. 779). Y otra vez: «Le disponga y haga capaz que son menester mayores señales de Dios para los [meros] preceptos que para los consejos, pues Cristo Nuestro Señor aconseja a los consejos y pone dificultad en el poseer haciendas, lo que se puede en los [meros] preceptos» (Ex. A. 779).

Una vez que el director ha logrado poner al ejercitante en esta altísima disposición, o por lo menos en la otra necesaria de la indiferencia entre riqueza y pobreza, honor y deshonor, viene el entrar en elecciones, y consiguientemente el portarse el director como el fiel de un peso. Ha de proponer la *materia* de la elección, los *tiempos* buenos de hacerla y el *modo*. Una vez hecho esto ha de dejar solo al ejercitante con su Criador y Señor. La más mínima insinuación suya sería una interferencia entre Dios y el alma, sería viciar en un momento el puro y diáfano ambiente en que con tantos esfuerzos le ha colocado, sería «meter la hoz en mies ajena», como gráficamente dijo San Ignacio al P. Vitoria (Ex. A. 789).

Y ¿sobre qué extremos ha de actuar la acción electiva del ejercitante? El *Directorio* del P. Vitoria lo dice. Primero, si Dios le elige para meros preceptos o para la perfección de los consejos. Supuesto lo segundo, si en Orden religiosa o fuera de ella, pues podría por ejemplo (precisa San Ignacio) en Hospitales sin hacerse religioso, como era bastante frecuente en el siglo XVI, antes de las fundaciones de San Juan de Dios y de San Camilo de Lelis. Si en religión, en cuál. Finalmente, una vez elegida la religión, cuándo y en qué manera. En el caso en cambio que no se haya elegido vía de perfección, queda por determinar «en cuál estado o modo de vivir» ha de asegurar el cumplimiento de los divinos preceptos y de los propósitos de los ejercicios (Ex. A. 782).

Esta enumeración muestra la amplitud y libertad de movimientos en que los ejercicios dejan al elector delante de todas las posibles llamadas del divino beneplácito. Otro tanto sucede con los tiempos de hacer buena elección. Nada de limitaciones ni moldes impuestos. Se proponen todos los modos posibles. El primero, carismático, cuando «la tal ánima devota» sigue a lo que le es mostrado «sin dubitar ni poder dubitar», así como San Pablo y San Mateo (Ej. 175). El segundo, sobrenaturalmente experimental, por asaz experiencia y confronto de consolaciones y desolaciones, mediante la aplicación adecuada de las reglas de discernimiento de espíritus (Ej. 176). El tercero, racional, cuando, estando el alma tranquila, usa de su razón iluminada por la fe para pesar y contrapesar las razones en pro o en contra de las diversas posibilidades de elección (Ej. 177). San Ignacio estaba tan lejos de clavarse exclusiva o preferentemente a este tercer tiempo más intelectual, que según sus *Directorios*, no ha de venirse a él sino cuando por el segundo experimental «no se tomase resolución»; ni el segundo, sino «cuando en el primero Dios no mueve» (Ex. A. 781). Y aun este tercero se desdobla en dos modos: el uno de peso y contrapeso de razones; el otro, de comparación profundamente humana y psicológica, como es la de considerar lo que yo aconsejaría en caso semejante a una persona desconocida pero cuyo bien y perfección deseo de veras, tomando aquello para mí mismo (Ej. 184-186).

En todo este proceso, el director debe apuntar las posibilidades, señalar la índole de las mociones, indicar los puntos peligrosos del camino, asistir con su experiencia y aliento al ejercitante, pero *siguiéndole*, no precediéndole ni siquiera insinuándole en la elección.

Y que generalmente se procedió con esta prudencia en tiempos de San Ignacio, parece deducirse de la estadística misma de los ejercicios. Hubo ejercitantes escogidísimos, como el Dr. Pedro Ortiz y el Dr. Iñigo López, que eligieron permanecer en su estado del clero secular el primero y en la profesión de la medicina el segundo (79). Otros muchos determinaron en ellos darse a la vida contemplativa, que alguien hubiera creído menos propia de Loyola y de su libro. Así los varios cartujos, camaldulenses y benedictinos que figuran en nuestra estadística. Fueron más los que abrazaron la perfección en institutos de vida activa, pero diversos del de la Compañía. Tenemos registrados más de ciento que se hicieron agustinos, capuchinos, mercedarios, dominicos, franciscanos, mínimos y aun de una Orden tan afín a los jesuítas como la de los teatinos (80). Cada uno, con santa libertad y entera independencia, veía y escogía delante de Dios el camino que más le convenía. Y los más de los directores dirían lo que el benemérito Juan Jerónimo Doménech, tan solícito en el incremento de la Compañía, escribió a San Ignacio el 31 de diciembre de 1551 desde Valencia: «Otros han hecho los ejercicios y determinado para

(79) Citas en *Ap. estadístico*, núms. 779, 1.049.
(80) Véase el *Apéndice estadístico*, II.

entrar en otras religiones. El Señor que los llama se sirva de ellos en sus vocaciones» (LQ. I, 469). Finalmente, hemos indicado ya precedentemente que los tres centenares que en números redondos sabemos entraron en tiempos de San Ignacio por los ejercicios a la Compañía, eran parte de un ejército de unos 7.500 ejercitantes, y que muchos de ellos estaban determinados a entrar antes de hacer los ejercicios.

Esto no quiere decir que no hubiera imprudencias en algunos directores. Entre tantos, es difícil no dar con algún inexperto o con algún celante poco iluminado que violara el santuario interior de su dirigido. A algunos de estos parece referirse el cardenal Marcelo Cervini, gran apreciador de San Ignacio y de su obra, al aconsejar paternalmente al P. Laínez «que no apretaran tanto en las elecciones» (ES. I, 18). Y de aquí pudieron nacer aquellas apreciaciones menos benévolas que asomaron en París, en Alcalá y en Perusa sobre la caza de vocaciones y que recordamos anteriormente. Pero los tales se apartaban al obrar así de la mente ignaciana y de toda la sana tradición primitiva.

Más frecuente debió de ser el otro defecto de admitir a elecciones a gente poco dispuesta para hacerlas. Estos, no poseyendo la suficiente indiferencia, interpretaban cualquier palabra que les dijera el director sobre la vida de perfección, como un tentativo de arrastrarles a ese extremo tan temido por ellos. Por eso precisamente insistía tanto San Ignacio que se admitiera a elegir en ejercicios a muy pocos y éstos muy escogidos.

> «En dar las elecciones (escribe a los de Portugal) sería rarísimo, porque acaece, cuando salen de los ejercicios y no han hecho todo el provecho que se esperaba, ser tentados y decir y publicar que nosotros les queríamos hacer pobres, moviéndoles a pobreza y religión.» (MI. Epp. XII, 677.)

Como confirmación de cuanto llevamos dicho sobre la labor del director en las elecciones, tanto fuera de ejercicios como dentro de ellos, recordaremos la conducta de dos apóstoles que, en cuanto se puede precisar, fueron los que más número de jóvenes trajeron a la Compañía: los PP. Leonardo Kessel y Francisco de Villanueva.

Kessel, llamado «el padre de muchos pueblos» por el número extraordinario de jesuítas que ganados por su influjo trabajaron en diversas partes, atraía principalmente a la Compañía por su trato personal y suave conversación. Es verdad que algunos de éstos se decidieron en los ejercicios, pero la mayoría los hacían, como lo vimos ya con Fabro y Javier en París, después que estaban determinados a entrar. Más aún: por las informaciones del P. Nadal se ve que prevalecía la tendencia de que los jóvenes mandados por Kessel fueran a Roma a entrar en el noviciado, sin haber hecho los ejercicios o habiendo hecho a lo más tan sólo los de la primera semana. Esto a pesar de que Kessel fué un apóstol incansable de los ejercicios y de que casi continuamente los daba a dos o tres (81).

(81) Cf. cap. II, n.º 11.

No hay por que volver a hablar del proselitismo de Villanueva. Es verdad que entraron muchos jesuítas en Alcalá (82), pero también es verdad que allí se dieron ejercicios seguramente a más de mil, en su mayoría jóvenes estudiantes en la edad decisiva de elegir estado. De todos modos, la conducta que observaba Villanueva se ajustaba totalmente a las normas de San Ignacio. Lo dice él mismo en la carta dirigida al Dr. Ramírez de Vergara citada ya varias veces:

«Nuestro Señor me ha hecho tanta misericordia de me dar este deseo [de incitar a que entren jesuítas] tan libre, que a ningún hombre, por valeroso que sea, deseo ver en la Compañía, que no fuese traído por su mano, antes suplico a su Majestad no permita venir a ella hombre, que no venga por su mano, porque con los que Él trajere, aunque sean pajas, tendrá la obra buen color y aumento, y con los que los hombres trajeren será estragada.» (83.)

Más que el pensamiento de Kessel y Villanueva nos interesa el de San Ignacio. También éste lo podemos presentar con toda nitidez, ya que el Santo, no contento con manifestarlo de una manera general en todas las normas positivas de elección, enseñándola a hacer de un modo que excluye el influjo humano, en el *Directorio* de Vitoria recomienda expresamente lo mismo al director que al visitante la mayor prudencia en este punto. Hablando con el visitante se expresa así:

«Si el [ejercitante] le pregunta algo [sobre la Compañía] o quisiese comunicar alguna cosa [sobre la elección de estado] puede decir que el que le da los ejercicios le responderá y que él no tiene licencia de tratar de aquellas cosas y si la tuviere hable cautamente y cosas pensadas de que se pueda edificar y no le esfuerze a que haya de tomar un estado o otro, salvo si él se sintiese inclinado a algún estado, y éste le comunicase; entonces sobre bien pensado le podría decir... lo que sintiere *coram Domino*, si pensase que decírselo entonces le puede confirmar en el buen propósito o ayudar a apartarse del menos bueno y ponerse de nuevo en manos de Dios para que le guíe, guardándose, como digo siempre de no tratar cosa en que haya sospecha que le quiere incitar a la Compañía, porque es contra la regla de los ejercicios y puridad del espíritu de la Compañía que no quiere sino que libremente y por divino instinto y beneplácito, *etiam* si fuere posible tan notorio que no haya que dudar, se muevan a entrar en la Compañía y no otramente. Aliende que hacer al contrario es meter la hoz en la mies de Dios Nuestro Señor que a la hora se quiere haber con su ánima a su beneplácito y aun siendo en tal tiempo movido el ejercitante por consejos e industria de algún hombre mortal, siempre quedaría abierta la puerta al demonio para le tentar diciendo y sugiriéndole que si él no se moviese por consejo de tal, etc., que nunca hubiera hecho tal cosa y que al fin consejo era de hombre y que quasi siempre yerra, y así le queda la tentación en la mano.» (Ex. D, 788/9.)

(82) Según el P. Castro entraron ciento catorce jesuítas en Alcalá durante la vida del Padre Villanueva. Pero de más de cien de éstos *no consta* que hicieran ejercicios antes de entrar. Téngase en cuenta que Castro da detalles bastante minuciosos y que, en general, da un lugar muy preferente en su obra a los ejercicios.

(83) Texto en *Apénd.*, V, n.º 1.

A continuación se expresa de este modo acerca de la conducta del director:

> «Esta misma forma de se gobernar ha de tener el que da los ejercicios, solícito que no ponga otra cosa de su casa salvo el ministerio de darle los ejercicios, como se han de dar, con mucha caridad y solicitud y oración, encomendándole muy de veras a Dios para que no permita que por los pecados del que le da los ejercicios, aquella ánima no sea engañada.» (Ex. D, 789.)

En una palabra, la elección es asunto totalmente personal del ejercitante. El director ha de *prepararle* convenientemente, ayudándole a ponerse en las disposiciones necesarias, ha de *orientarle* en el difícil camino, señalando cuáles son los movimientos que proceden del mal espíritu y cuál del bueno, indicándole los pasos peligrosos y los puntos en que le acechará el enemigo, y ha de *seguirle* para que si ve que toma un camino equivocado o hace caso a voces perniciosas que equivocadamente tiene por buenas, le dé a tiempo la voz de alerta. Pero el ejercitante en este solemne momento depende totalmente de Dios.

Tales son las normas sobre la elección. Veamos ahora cómo se aplicaban en realidad y aunque no podamos rehacer un conjunto tan completo, veremos en los fragmentos que nos quedan partes que se adaptan perfectamente a este todo.

14. Las disposiciones con que entraba el ejercitante en la elección eran fundamentales para el desarrollo de ella. Los directores escribiendo a San Ignacio tienen cuidado de indicarlas.

> El P. Mirón escribe de su ejercitante Silveira que «entró... movido muy mucho sólo por buscar a Dios y menospreciar todo por amor suyo y con este deseo vino muy indiferente para hacer los ejercicios» (84) y de doña Juana de Meneses escribe su director el P. Andrés de Oviedo: «Ha empezado a tomar las elecciones. Es cosa de grande devoción y edificación el deseo que esta señora tiene de en todo agradar y servir a Dios Nuestro Señor». (EM. I, 284). También el Dr. Bartolomé Torres se sometía con toda liberalidad a la voluntad de Dios. (LQ. I, 225.)

Esta disposición era totalmente necesaria para sentir la voz de Dios en las elecciones. Si faltaba esto, el efecto era contraproducente y el fruto nulo, como pasó a Juan Rodríguez en agosto de 1554, que se encontraba «muy consolado y aprovechado». Pero al llegar a las elecciones se mostró que no estaba indiferente para doblegarse a la voluntad de Dios, fuera ésta cual fuese. Véase como describe el caso el P. Castro:

> «llegando a la elección de estado... sintió tan extraordinaria contradicción y repugnancia que se tentó y disgustó grandemente con los ejercicios y con quien se los daba y comenzó a poner dudas y sentir mal de los ejercicios y de la Compañía y decía que aquellos

(84) *A. R.* Epp. NN., 78, 20r.

eran anzuelos y lazos para enlazar las almas y comenzó a poner dudas y sentir mal de los ejercicios y de la Compañía diciendo que no le parecían bien muchas cosas que había visto y notado. Queriéndole el P. Manuel [López, el director] quietar, llevóle las bulas de la aprobación de la Compañía y de los ejercicios y en lo que decía eran lazos para enlazar los hombres, respondió con toda libertad que la puerta estaba abierta, que se fuese cuando quisiese, porque la Compañía a ninguno tenía contra su voluntad, ni tenía a nadie por fuerza. Con esto se fué mal contento y bien desabrido y triste a su curado.» (85.)

No eran dificultades intelectuales las que turbaron en aquel momento la elección del futuro jesuíta Juan Rodríguez y las que le impulsaron a interrumpir sus ejercicios; fué la falta de generosidad, de indiferencia, que pudo permanecer oculta mientras no le tocaron en lo vivo, pero que en el momento decisivo no pudo menos de estallar y mostrarse tal cual era.

La falta de indiferencia completa también dificultó extraordinariamente la elección de Martín Olave. Hacía éste los ejercicios solo en el apacible convento de franciscanos de la encantadora isla de Garda. Se decidió sin especial dificultad hacerse religioso. No sentía en ello repugnancia especial, pero las angustias y luchas vinieron cuando empezó a determinar la religión en que debía de entrar.

Dejemos la pluma al clásico Ribadeneira que lo cuenta con su gracia característica:

«Con nueva lumbre del cielo se determinó Olave de entrar en religión... pero, ¿en qué religión? En este punto estuvo muy dudoso porque no le parecía cosa tan dificultosa dejar el regalo y libertad que tenía en el siglo... como acertar la religión que en esto se hubiese de hacer. Tendía los ojos por todas las religiones, examinaba sus fines, institutos y reglas y parecíale que se hallaba aparejado a tomar cualquiera de ellas de que Nuestro Señor fuese más servido, excepto la Compañía. La cual aborrecía de manera que en toda su oración cuando se ofrecía a Nuestro Señor y le suplicaba que le pusiese en aquella religión en que le había de servir y agradar más, siempre exceptuaba la Compañía. Pero como no hallase paz en su ánima, porque Nuestro Señor quería que le rindiese a discreción y sin excepción alguna y hubiese pasado toda la cuaresma en esta congojosa lucha y perplejidad, el día mismo de la gloriosa resurrección de Nuestro Señor Jesu Cristo diciendo Misa y teniendo su sacratísimo cuerpo en las manos, comenzó a suplicarle con grandísimo afecto y devoción de lo más íntimo de su corazón que acabase ya de librarle de aquella cuidadosa congoja y agonía más que de muerte que tenía y que resucitase su alma y sus huesos quebrantados, con el resplandor de su gracia y gloria de aquel santo día y con muchas lágrimas y sollozos decía al Señor: Dios mío, qué queréis de mí, enseñadme a hacer vuestra voluntad... mandad, que yo pecho por tierra os obedeceré: Decid una sola palabra que con ella yo tenderé la red. Pero aunque decía esto con mucho ahinco... siempre era con aquella excepción de no ser de la Compañía. Aquí se sintió trocado el corazón y oyó una como voz interior en el alma que le decía: aquí te quiero yo y no en otra parte: en esta Compañía has de vivir y morir, porque no tengo yo de seguir tu voluntad,

(85) Castro, lib. VI, cap. 3.º (I, 153v).

> sino tú la mía... Oyó esta voz de Dios Olave de manera que comenzó a dar voces y a decir: *O Domine, servus tuus sum ego, et filius ancillae tuae.* Oh Señor siervo vuestro soy y hijo de vuestra sierva y de vuestra Compañía. Y luego hizo voto allí delante del Santísimo Sacramento que tenía en las manos, de entrar en la Compañía con grande fervor y deseo de agradar a Nuestro Señor. Porque aquel instinto y movimiento interior que sintió fué muy fuerte y maravilloso.» (86.)

En disposición tan excelente se encontraron algunos, que impulsados por un movimiento de generosidad hacia Dios, hicieron su elección al principio de los ejercicios, decidiendo seguir la vida más perfecta. Juan Fernández, antes de comenzar el retiro, estaba en lucha entre deseos que tenía de ser jesuíta y el creer que podría hacer más en el mundo que en el claustro. A pesar de esa lucha interna, veía en él el P. Vitoria tan excelente disposición que escribía a San Ignacio: «Para mí tengo que le bastarán para determinarse [los ejercicios] sin venir a las elecciones» (EM. V, 248).

No sabemos cuándo se determinó Juan Fernández; pero sí conocemos algunas otras elecciones, fruto de las primeras meditaciones de los ejercicios como en Roma, en 1556, un tal don Tomás, que tuvo que interrumpir a los pocos días el santo retiro por no resistirle la cabeza, pero que en aquellos pocos días decidió entrar en religión (MI. Epp. XI, 38), Gaspar Alvarez, que como él mismo escribe: «El primer día que me dieron el fundamento de los ejercicios me dió Nuestro Señor a sentir que era bueno servirle, y luego ese día determiné y Nuestro Señor me consoló en esa determinación y por su bondad usque hodie» (87) y Cosme de Torres, que cuenta así su vocación:

> «Hallé en mi corazón dos días o tres después que empecé aquellos santos ejercicios tan grande contentamiento y quietud de espíritu que si todos mis miembros se convirtiesen en lenguas, no pudieran explicar ni declarar lo que sentí en ellos. Donde determiné de perseverar hasta la muerte en aquella manera de vivir aunque después de haber acabado los ejercicios tuve grandísimas tentaciones y repugnancias que me hallaron a par de morir.» (88.)

15. Se ve en algunos de estos casos una gracia especial de Dios, que les movió a elegir aun antes de entrar en las elecciones, pero esa rápida correspondencia es el mejor testimonio de la óptima disposición en que se encontraban.

No era exagerado este empeño de los directores en procurar la máxima indiferencia en sus dirigidos, pues las dificultades que muchas veces tenían que sobrepujar éstos para elegir eran enormes. A veces parecía que todos los enemigos se daban cita para encontrarse en aquellos momentos decisivos y dar la batalla al inexperto ejercitante.

Tenemos luchas, y algunas luchas atroces que levantan las diversas potencias y sentidos y los enemigos del hombre. Luchas de la imagi-

---

(86) Ribadeneira, *Vida del P. Laínez*, lib. I, cap. 8.°, 26-27; Cf. Malaxechevarría
(87) *A. G.* IN. II, Alvarez Gaspar, 366.
(88) *A. R.* Iap., 4, 22 v. Publicado en Schurhammer, *Die Disputationen*, 91.

nación contra el entendimiento, luchas del sentimiento contra la voluntad; dificultades que ponía el amor de las comodidades. Como si todo eso fuera poco, obraba el demonio con su astucia y poder, la carne con sus halagos, el mundo con su brillo seductor y fascinador.

Teodorico de Westfalia sintió sobre sí el maléfico poder de una imaginación desenfrenada que le hacía poner delante la entrada en el estado religioso como un salto mortal, que tuviese que dar desde lo alto del templo de San Pedro, en el que se le descoyuntaran uno a uno todos los huesos (89).

Otros, como Lorenzo Maggi, sentían un duelo interno entre el entendimiento y la voluntad: el entendimiento estaba convencido de que debía entrar en la Compañía, pero la voluntad no acababa de decidirse (90).

Godofredo Barnes por su parte, tenía la voluntad pronta, pero sentía en sí una lucha sorda entre el sentimiento y el entendimiento. No se sentía inclinado a ningún género especial de vida, sino a darse con más intensidad a la piedad y abnegación, dentro del estado en que se encontraba. Se sentía fuertemente inclinado a esta resolución y descansaba pensando en ella. Pero no iban a la par el descanso del corazón y la tranquilidad de la mente. Esta no se satisfacía con esa resolución. Venció por fin la lucha acudiendo al P. Kessel quien juzgó que tenía verdadera vocación (EM. II, 186, 187).

Más extraña fué la lucha que tuvo que vencer el P. Tablares, lucha que el P. Castro atribuye al demonio. Oigamos al mismo Padre Castro:

> «Estando [Pedro Tablares] en la elección de vida acudió el demonio con su artillería, viendo que de veras tomaba el negocio y dióle una tan gran pesada tentación que se determinó a darle una gran bofetada al P. Villanueva que le daba los ejercicios e irse a su casa. El Padre que le visitaba cayendo en la cuenta de lo que podía ser procuró tratarle con mucho amor y blandura. Mas cuanto más le regalaba tanto más se indignaba con él y con el que le servía despreciándolos por sucios y pobres.» (91.)

Dios se compadeció por fin de Tablares y le dió una gracia especial que le disipó toda la tentación yendo humildemente al P. Villanueva a pedir perdón, y a darle cuenta de las imaginaciones que agitaban su espíritu.

16. Uno de los que experimentó más lucha y repugnancia y además nos las dejó escritas en un Diario personal e íntimo, fué el P. Jerónimo Nadal (92). Su relato es no sólo un ejemplo de las

---

(89) *A. R.* Vital, 15, 47rv.
(90) *A. R.*, Rom. 188, I, 140r.
(91) Castro, lib. II, cap. 9.° (I, 22v, 23r).
(92) La parte del *Chronicon* del P. Nadal que más nos interesa se encuentra editada en EN. I, 18-21. El P. Ignacio Casanovas ha hecho un estudio de la vocación del P. Nadal, de finísima psicología espiritual, en el que nos inspiramos en este punto. Ig. Casanovas: *La Vocació del P. Jeromi Nadal.* Véase también Nicolau, *El P. J. Nadal y los ejercicios*, 105-113.

contiendas y dificultades típicas de la elección, sino también del papel esencial que jugaba la indiferencia en ella.

La vocación de Nadal, como él mismo confiesa, comenzó en París (EN. I, 8). Desde 1535 en que rehusó la invitación de Ignacio, hasta el 23 de noviembre de 1545, en que en un acto generoso decidió entregarse a Dios sin reserva, estuvo Nadal en una lucha íntima constante. De los siete años que residió en Mallorca no pasó, no ya un solo día, pero ni siquiera una hora, ni un minuto —según confesión propia— que no se encontrara en suma perplejidad de espíritu y amargura de ánimo; el dolor de cabeza y de estómago le eran continuos. Siempre se encontraba melancólico, creyendo sus amigos que se había vuelto misántropo. Siempre entre médicos y medicinas, siempre triste y gravoso (EN. I, 6). Era una lucha entre Dios y sus aficiones desordenadas. Se había empeñado en buscar la felicidad en la riqueza, en los honores y cariño en que se movía su vida en su patria. Se había buscado un camino que no era el de Dios y por eso no podía encontrar en paz a Dios Nuestro Señor. No estaba todavía maduro para hacer una recta elección. *Quaerebam requiem, sed fugiebat illa me, quia effugeram Deum me vocantem* (93).

Sale por fin de este estado, llevado por los recuerdos que le suscita la lectura de una carta del antiguo maestro Javier. Determina ir a Roma. Le acaricia el ensueño de dedicarse al derecho, es decir hacer carrera curial. Además podrá así tratar con Ignacio, ayudarle algo con limosnas y en el trabajo con las almas (EN. I, 11). Seguía todavía engañándose Nadal. No buscaba a Dios en la disposición de alma más conducente para la salvación eterna (94). Por eso, al enfrentarse directamente con Dios en la soledad de los ejercicios tenía que producirse necesariamente el duro choque: si Nadal no se sometía enteramente a la voluntad divina, todo estaba perdido.

> Este será para nosotros difícil, dijo al P. Doménech porque está lleno de melancolía, como lo indican hasta sus ojos. Me temo, que si Dios no le llama, acabe de hacerse totalmente melancólico y pierda el sentido *(sensum amittat)*. Ahora quiere servir a Dios pero no puede. (EN. I, 21.)

Hasta que llegó a la elección todo iba viento en popa. El dulce remanso de la oración era un sedante para su cuerpo y espíritu intranquilos. Hizo su fruto la primera semana; las meditaciones de la vida de Cristo le movieron grandemente. Pero mayor fué todavía el fruto y especial el que recabó de las meditaciones del Rey temporal y de las dos banderas (95).

Todo fué muy bien mientras no tocaron en la llaga. Pero las elecciones le hirieron en lo más vivo. Apenas entró en ellas, se encontró del todo turbado. No podía reconcentrarse en sí mismo. Nada de serenidad ni interna de mente ni externa de cuerpo. Su mente se encon-

(93) Epp. Nadal, I, 11, n.º 31. Cf. Casanovas, *La Vocació*, 226-234.
(94) Vea e Casanovas, *La Vocació*, 234-246.
(95) Epp. Nadal. I, 16, 17 n.º 44-46; Casanovas, *La Vocació*, 246-258.

traba en tinieblas, la voluntad estéril y obstinada. Volvieron a dolerle el estómago y la cabeza y empezó a consumirle la fiebre. Febril y nervioso escribió muchas razones en pro y en contra de entrar o no entrar en religión, pero ninguna le convencía. A tal estado había llegado, que Doménech perdió el ánimo y le indicó que era mejor pasara adelante (96).

Voluntas sterilis et obstinata: He aquí la raíz de todas sus luchas. Le arrastraban el oropel de las riquezas y las comodidades de una vida regalada, le ilusionaba la libertad; le parecía necesario el bienestar de una vida tranquila e independiente para su quebradiza salud; el espectro de la melancolía le perseguía en la perspectiva de abrazar una vida religiosa. La razón principal que le apartaba de la perfección era la aversión de ánimo.

Pero Ignacio oraba sin duda mucho por Nadal. Y Nadal venció esta tremenda crisis del único modo con que podía vencerse: con un acto generoso, heroico, que fuese a la raíz del mal y cortase todas las aficiones que le ligaban a la tierra.

No cedió Nadal a la insinuación de Doménech, sino que determinó hacer aquella noche un último esfuerzo. Dios premió este generoso empeño y le concedió una gracia singular, especial, que le llenó de suma paz y alegría. A la luz y calor de esa intensa consolación que le dió Jesucristo, vió que todos los incómodos que había anotado para no entrar en la Compañía eran sumamente fútiles, que todas eran ramificaciones de una sola razón: la aversión de ánimo que sentía, lo cual a la nueva luz que inundaba su alma le parecía una señal grande y certísima de la voluntad de Dios.

Por eso, arrojándose a ciegas en el nuevo mundo que se le abría, determina con voto hecho en nombre de la Santísima Trinidad, entrar en la Compañía de Jesús y esto aun cuando le sobrevengan y le embistan y le opongan resistencia y le contradigan y aterren todas las dificultades que ha sentido hasta ahora y aun muchas más de las que puede sentir cualquier hombre o el demonio pueda ocasionar (97).

Un acto enérgico, generoso, le había dado la victoria plena y definitiva después de una tímida lucha de diez años, siguiéndose en Nadal una increíble consolación de espíritu y refrigerio del cuerpo.

17. No todos los ejercitantes experimentaron tantas luchas y dificultades como Nadal, pero sí todos consideraron la elección como un problema muy serio, personal, cuya resolución lleva su tiempo; problema que con la ayuda del director, el aprendizaje de los ejercicios, y sobre todo, la gracia de Dios lo resuelven satisfactoriamente.

Dada la seriedad del asunto, precedía un examen exacto de tan importante negocio (LQ. II, 103) o como dice Oviedo, de Borja «suficiente examinación» (SFB. II, 691). El término de esta «suficiencia»

(96) Epp. Nadal. I, 17 n.º 47: Casanovas, *La Vocació*, 248-267.
(97) Resumo ampliamente trascribiendo en sus partes principales el n.º 48 del *Chronicon* de Nadal, EN. I, 17.

dependía naturalmente de muchos factores. Acabamos de ver que Nadal necesitó varios días dedicados de modo preferente, por no decir exclusivo a la elección. Oliverio Manareo, que también se encontró lleno de dudas y ansiedades, empleó tres días y tres noches para resolverse (98). Otros no debieron de necesitar tanto tiempo. Madurada la determinación lentamente al calor de los ejercicios, estaba ya a punto al llegar el momento oportuno y bastaba un poco de concentración para la resolución definitiva.

Tal debieron de ser las elecciones de Silveira que antes de entrar en los ejercicios se le hacía «muy dificultoso el abrazar la vida religiosa, pero sobre la absoluta indiferencia con que vino a ejercicios «vino a sentir las verdades eternas y a moverse mucho por ellas» y de este modo al llegar la elección con muy grande conocimiento de las cosas de Nuestro Señor y de su vida se determinó para la Compañía» (99); o la de un joven de Mesina del que escribe Nadal que «ha hecho todos los ejercicios espirituales con grandes sentimientos espirituales, y con mucha constancia y consideración se ha determinado de servir a Dios en la obediencia de la Compañía» (EN. I, 71) o la de Canisio (100), Lancilloti (101), Borja (SFB. II, 691), Hesio (102), Sebastián Exarch (MI. Epp. XII, 369), Juana de Cardona (MI. Epp. XII, 372) y de tantos otros sin duda.

Eran días aquellos en que para atraer la gracia de Dios intensificaban la oración y la penitencia, como Manareo, que en medio de aquellas angustias que le oprimían estaba continuamente en tensa vigilia, rogando a Dios de todo corazón que le indicara su santa voluntad (103); o Sebastián Exarch que levantó su corazón a Dios, entregándose del todo a Él y pidiéndole le indicase el camino que debía seguir para cumplir su santa voluntad (MI. Epp. XII, 369). Este fué también el consejo que dió Kessel a Godofredo Barnes: que orase con más ardor para conocer su verdadera vocación (EM. II, 186).

De hecho Dios oía las oraciones haciendo que muchos eligiesen el camino más acertado y que aun a veces sintiesen en la elección una ayuda peculiar de Dios como dice Polanco del Dr. Vergara (PCh. III, 348) o el Señor les diese una gracia extraordinaria, como acabamos de ver en Nadal.

18. Con esta seriedad de espíritu, suficientemente preparados y orientados con los ejercicios precedentes y por el director, analizaban el problema de la elección conforme alguno de los diversos métodos o modos indicados por San Ignacio en el libro de los ejercicios para los diversos «tiempos» (Ej. 175-178). Es muy difícil a veces precisar el «tiempo» de elección según el cual eligieron, pero hay algunos que

---

(98) Manareo, *De rebus S. I.*, 33.
(99) *A R.* Ep. NN, 78, 20r.
(100) Braunsberger. I, 43.
(101) *A. R.* Goa, 10, 151r.
(102) «Haciendo mucho fruto en ellos (los ejercicios)... se determinó de hacer todo lo que el Beato Fabro le mandase y ordenase cerca la institución y ordenación de su vida y estado». *A. R.* Ep. NN, 78, 65r.
(103) Manareo, *De rebus. S. I*, 33.

parece se decidieron, movidos por una moción viva, eficaz que atrae «sin dubitar ni poder dubitar», es decir, en el primer tiempo. Tal fué, a lo que parece, la vocación de Nadal que acabamos de contar. Tal es al menos la opinión del P. Casanovas que va aplicando los caracteres del primer tiempo a la elección de Nadal (104). Este intentó hacerla en el tercer tiempo. Pero ninguna de las razones le movían en ningún sentido. Fué necesaria aquella consolación intensísima del todo contraria a sus gustos previos, para que se decidiese en un instante sin reflexionar más, con una fuerza de voluntad increíble y en medio de una paz intensísima (EN. I, 17, 18). Es verdad que al recordar a la luz de esa consolación los motivos anteriores, los juzga pueriles. Pero esto sucede a lo que parece, en un segundo momento, cuando la elección ya estaba hecha. Son fulgores de aquella luz que iluminan su entendimiento e inflaman su voluntad.

También presenta los caracteres de este primer tiempo la elección del P. Manareo. Después de haber pasado tres días y tres noches muy fatigado con el trabajo de las elecciones, y de haber rogado a Dios de todo corazón que le indicara su santa voluntad, estando a media noche sentado en la cama en oración, sintió que uno no lejos de él empezó a gritar: «¿Por qué dudas tanto y vacilas tanto tiempo lleno de ansia? Aquí estás bien, permanece aquí, donde estás». Esta voz que sintió varias veces y siempre con mayor fuerza, de tal modo le disipó todas las tinieblas de su mente, que como si estuviese envuelto en una luz clarísima conoció que era llamado a la Compañía. En seguida se ofreció a Dios y determinó entrar en ella, sintiendo al hacerlo una tan fuerte confirmación, que nunca jamás a lo largo de su vida tuvo la menor duda de la certeza de su vocación (105).

En estas dos narraciones, por su carácter de autobiográficas, se puede precisar la naturaleza de las gracias concedidas. Tenemos otro tercer caso en el que es más difícil determinar el tiempo en que eligió el ejercitante, por narrarnos el hecho otra persona y de modo bastante general.

Es la vocación del P. Tablares, contada por el P. Castro. Este Padre después de relatarnos la desazón en que se encontraba el Padre Tablares y el ímpetu que le asediaba de abofetear al P. Villanueva y marcharse a su casa, continúa así:

> «Estando al fin una tarde recostado sobre una arca, le vino una moción de Nuestro Señor y con tanta abundancia de lágrimas que se resolvió a dejarlo todo y a vivirse con aquellos que él tanto aborrecía. Por lo cual cuando volvió el P. Villanueva a verle, le pidió con humildad perdón y sinceramente le contó todas sus tentaciones y juntamente concertó su entrada.» (106.)

A juzgar por lo que dice el P. Castro parece que también este caso hay que ascribirlo al primer tiempo: la rapidez del cambio de deter-

(104) «L'elecció éss feta en el primer temps», Casanovas, 270. En las págs. 270-273 la aplicación de los caracteres del primer tiempo a la elección.
(105) Manareo, *De rebus*, *S. I.* 23.
(106) Castro, lib. II, cap. 9 (I, 23r).

minarse a abrazar aquello que aborrecía, y la fijeza de la determinación que se siguió a esta moción repentina, parecen notas de ese estado. Obsta con todo la expresión que usa «se resolvió», porque en ese tiempo no se resuelve, sino le resuelve el Señor directamente.

El cambio operado por Olave en la consagración parece que se efectuó en este primer tiempo.

A pesar de ser de carácter menos extraordinario el segundo tiempo de elección, es decir, «cuando se toma asaz claridad y conocimiento por experiencia de consolaciones y desolaciones y por experiencia de discreción de varios espíritus» (Ej. 176), apenas tenemos ningún ejemplo de elección realizada, según él. El P. Oviedo al escribir a San Ignacio sobre los ejercicios de su dirigido San Francisco de Borja, parece indicar que el Santo se movió en este tiempo juntamente con el tercero. Escribe así el P. Oviedo:

> «y viniendo a las elecciones, después de haber precedido suficiente examinación con gran claridad así por vía de razones naturales, *como por sentimientos espirituales*, se determinó para la Compañía y así espero día señalado para hacer su determinación.» (SFB. II, 691.)

Pronto tendremos ocasión de ver dos elecciones, las de Juan Rodríguez y Pedro Manrique, en que se nota un desasosiego pertinaz al desoír la voz de la vocación, y gran paz al seguirla, notas todas que corresponden a este segundo tiempo, aunque ambos a dos hagan también elección en el tercer tiempo y expongan razones al explicar a otros su decisión.

Este modo de hacer elección tan usado por San Ignacio a lo largo de su vida, supone bastante fineza y delicadeza de espíritu para poder aquilatar el origen y la naturaleza de los sentimientos. Hace falta normalmente bastante lapso de tiempo para dar lugar a las diversas reacciones y estar cierto en materia tan delicada. No debían de ser con todo tan raras las elecciones realizadas en este tiempo, cuando el Beato Fabro da tanta importancia a discernir los espíritus que agitaban al ejercitante, y propone la elección como uno de los medios más eficaces para excitar esta discreción de varios espíritus (FM. 638).

Si al ejercitante se le hacía reflexionar sobre estos fenómenos internos, podía muy bien, al llegar a este punto en que se excitan y multiplican tanto las diversas reacciones contrarias, estar suficientemente preparado para saber escudriñar en ellas la voz de Dios.

19. Pasemos a hablar de las determinaciones tomadas en el tercer tiempo, cuando el alma con serenidad y tranquilidad de mente, sin ser agitada de varios espíritus, elige delante de Dios con plena libertad lo que juzga ser mejor para la gloria de Dios Nuestro Señor y salvación de su alma.

Es este el medio del que puede echar mano el hombre más fácil-

mente y el que usa en los asuntos de la vida; es elección hecha según los dictámenes de la razón y por ello el medio más asequible, pero no nos atreveríamos a decir que fuese el más usado, al menos de modo exclusivo. Recordemos que no se proponía sino después del segundo.

San Ignacio propone dos modos dentro de este tercer tiempo. El primero, que es una verdadera meditación, se reduce a examinar delante de Dios los pros y contras de las diversas determinaciones. El segundo modo representa ciertas perspectivas desde donde ha de examinar y analizar el objeto de elección, es decir: considerar que el que ha de elegir es un hombre que no tiene con él ninguna relación, vèrse como si estuviese en la hora de la muerte o como si fuese aquel el día del juicio.

Tenemos una elección típica hecha conforme a este doble esquema, que es sin duda un ejemplo de la exactitud con que seguían las prescripciones de San Ignacio y del empeño que ponían en este trascendental paso de su vida.

Es la elección del P. Juan Alfonso de Vitoria, hecha en los ejercicios que practicó en la Cuaresma de 1549, probablemente bajo la dirección del P. Polanco (107).

Hagamos un breve análisis de ella. Propiamente no es una elección sola la que hace el joven Juan Alfonso. Son cinco elecciones graduadas que culminan en una general y definitiva, fruto sazonado de todas las anteriores, siguiendo los mismos escalones indicados en el *Directorio* autógrafo.

He dicho que son cinco elecciones. En cierto sentido hay que decir que son diez, porque cada una se desdobla en las dos posiciones contrarias que caben dentro de ella, analizando los pros y contras de las dos.

La primera elección que se propone es si ha de contentarse con los meros preceptos o ha de elegir la de los consejos. No le costó mucho resolverse por la vía de los consejos. Las dos únicas razones que le debieron de detener algo —porque a su modo reaparecen más tarde— son su estado de salud nada fuerte, y la mayor libertad que podría tener en el mundo para hacer las buenas obras que le pareciere, como repartir limosnas y aun practicar algunos bienes espirituales (108).

Determinado a seguir la vía de los consejos se le ofreció que podía seguirlos dentro o fuera de la religión. Se imponía pues, una nueva elección. Esta se desarrolla con más facilidad que la anterior. El único inconveniente que encuentra en vivir en religión son: «Los ayunos, disciplinas y vigilias que puesto que fuesen para mí incómodos (lo cual no hallo serlo) tocan sólo en el cuerpo y no dañan el ánimo sino que la hacen más pura» (109), y la única ventaja o «cómodo» de vivir fuera de ella se reduce a «no estar sujeto; tanto que éste por el

(107) Se encuentra en el *A. R.* Neap. 176, 44v-51r. La trascribimos en el *Apéndice doc.* N. III.
(108) *Apénd. doc.* III, n.º 1-4, pág. 259-260.
(109) *Apénd. doc.* III, n.º 7, pág. 260.

poco mérito se podría llamar incómodo más presto que cómodo» (110). Un alma así no podía dudar que Dios la llamaba al estado religioso. Pronto lo vió Vitoria. Anotemos, entre paréntesis, para ver cómo pesaba en él el factor salud, que una de las razones que aporta para hacerse religioso es el creer que la vida ordenada de la religión ayudaría aun para la salud corporal (111).

Concebido el propósito general de hacerse religioso, quedaba por determinar la religión que debía abrazar. Pone en la balanza de la elección dos: la orden de San Francisco y la Compañía de Jesús. La orden de los franciscanos le gusta por ser tan antigua y aprobada, por la santidad de su fundador y la de tantos miembros ilustres de ella, pero le parece demasiado austera para su salud; él quiere además darse a los prójimos más de lo que pudiera en ella, disgustándole también el que obligue tantas cosas bajo pecado mortal (112).

> «En la Compañía del Señor nuestro Jesús» por el contrario, no le gusta el que no sea antigua, pero le atrae el que se imite más en ella la vida de Cristo «con sinceridad sin imposiciones»; «lo mucho que se procura la salud de las ánimas de los prójimos» «la orden tan santa que hay para apartarlos de los pecados y ayudarse a sí mismos en las meditaciones» (sin duda que se refiere aquí a los ejercicios espirituales de San Ignacio) «el no hacerse la solemne profesión hasta que vean que más conviene» el no haber penitencias obligatorias y el que el Superior pueda despedir a uno sin necesidad de tener que recurrir al Papa (113).

Puestos de este modo los dos términos de la elección no había duda de cuál debía de ser la parte elegida.

> Vitoria en consecuencia, «notados los cómodos y incómodos de la una y de la otra», afirma que «mi determinada voluntad es de tomarla (la Compañía de Jesús) si Dios por bien lo tuviere» y en consecuencia propone hacerlo así «delante de su bondad infinita y de su benditísima madre misericordiosa y toda la celestial corte». (114.)

No se contenta Vitoria con todas estas elecciones hechas tan a conciencia, sino que usa como contraprueba el segundo modo de elección de San Ignacio (Ej. 184-187). Tan sólo encuentra cierta dificultad en la segunda regla, que tal vez no aconsejaría a un «muy especial amigo» lo que él ha resuelto, por creerse muy poco preparado y de pocos caudales para tan grandes obras y que podría hacer más bien en el mundo ayudándoles con limosnas y de otros modos más adaptados a él. Pero después de madura deliberación, juzga por cinco razones diversas que expone en sus apuntes no «revocar la deliberada intención que tengo propuesta delante de mi Dios» (115).

Parecía que con esto podía dar Vitoria por acabadas sus elecciones,

(110) *Apénd. doc.* III, n.° 8, pág. 260.
(111) *Apénd. doc.* III, n.° 6-4, pág. 260.
(112) *Apénd. doc.* III, n.° 11-12, pág. 261.
(113) *Apénd. doc.* III, n.° 13-14, pág. 261-262.
(114) *Apénd. doc.* III, n.° 15, pá9. 262.
(115) *AR.* Neap. 176, 46v-47v.

pero aunque ya plenamente resuelto en cuanto al camino que ha de seguir, le quedan todavía algunas dudas respecto a dos circunstancias. Para resolverlas aplica el mismo método que para la elección de estado. Dudaba en primer lugar entre realizar su propósito en seguida o «esperar algunos días». Vistos los cómodos que se siguen de los dos aspectos, se determina hacer voto en seguida de entrar en la Compañía y depués de analizar esta determinación a la luz del segundo modo de elección, promete delante de Dios, de la Santísima Trinidad, de la sacratísima Virgen María «mi señora», y delante de las once mil vírgenes cumplir con voto todo lo que ha propuesto (116).

Por fin dilucida con el mismo método si debe entrar en seguida o debe retardar algunos días el ingreso, determinándose por esto último. Como colofón de esta laboriosa serie de elecciones repite de modo solemne la promesa de hacer los votos el día de la Anunciación de Nuestra Señora, copiando en las últimas líneas el voto hecho ese día (117). Nótese con qué exactitud siguió la norma ya apuntada de San Ignacio: deliberar «primero si consejos o preceptos; segundo, si consejos, en religión o fuera de ella; tercero, si en ella, en cuál; cuarto, después, cuándo y en qué manera» (Ex. A. 782).

Tal es a grandes rasgos la elección o mejor las elecciones de Juan Alfonso de Vitoria. Creemos que muy pocas tuvieron todo este aparato externo y esta solemnidad de forma que dan a estas elecciones más bien el tono de un documento público que el de unos apuntes íntimos. La razón es el carácter diríamos jurídico, que se entrevé en toda esta cadena de resoluciones. Aparato jurídico en la forma: después de cada elección ha de hacer promesa en tonos solemnes invocando la ayuda de Dios en fórmulas que parecen arrancadas de formularios, y como para dar más fe y avalar al acto, prodiga su firma, estampándola con su doble nombre completo y apellido diez veces. Después, como si no hubiese precisado bastante, vuelve sobre algunos puntos, repitiendo una y dos veces las mismas ideas, como temeroso de que se le pasara alguna cosa.

El mismo carácter jurídico aparece en algunas de las razones que expone. Así, por ejemplo, le gusta la orden de San Francisco «por ser tan aprobada y antigua», y no le gusta la Compañía «por no ser tan antigua» (118). Y al tratar de los cómodos de la Compañía, se fija en dos de aspecto jurídico que a ninguno que no viera la realidad desde este punto de vista se le hubieran ocurrido: el no hacer la solemne profesión hasta que vean qué más conviene, y el no haber necesidad de Breve del Papa para despedir a un sujeto (119).

Pero aunque no con esta rigidez de forma, sí con gran seriedad y profundidad analizaban los pro y los contra y se decidían por lo que les parecían mejor, teniendo en cuenta sólo la gloria de Dios y

(116) *AR.* Neap. 176, 48.
(117) *AR.* Neap. 176, 49-50.
(118) *Apénd. doc.* III, n.° 11-14, pág. 261-262.
(119) *Apénd. doc.* III, n.° 13, pág. 261.

la salvación del alma, como escribe Doménech (FM. 441). Así, por ejemplo, Canisio, en los ejercicios entendió que el Instituto de la Compañía que conocía ya bastante, sería para él el más apto y adaptado para vivir bien y santamente y para servir a Dios (120).

20. No siempre se sentían con fuerzas para hacer la elección que veían ser más conveniente para sus almas. Tenían que superar muchas dificultades: la carne temblaba, y, cobardes, no se atrevían a dar el paso decisivo.

Pero quedaba dentro la semilla arrojada en los ejercicios. Y hubo veces que fecundó después, de modo en verdad lozano o, por usar de una frase mucho más expresiva del P. Villanueva hablando de los ejercicios de Martín Gutiérrez: «Llevó tal píldora su ánima que se espera no dejaría de hacer operación» (121). La píldora hizo su efecto de hecho en Martín Gutiérrez.

Semejante es el caso de Juan Rodríguez. Ya hemos narrado en este mismo capítulo cómo lleno de prevenciones dejó los ejercicios al entrar en las elecciones. Oigamos cómo continúa la relación el Padre Castro:

> «Con esto se fué mal contento y bien desabrido y triste a su curado mas con el anzuelo en su corazón con que el diestro pescador le tenía herido; porque habiéndose quietado un poco, volvió a leer los ejercicios... Con los cuales íbase hiriendo más, y como cuando el pez quiere sacudir de sí el anzuelo o red, tanto más hiere y enlaza, así él se iba con aquella lección y meditación en los ejercicios hiriéndose y enlazándose más de manera que no pudiendo sosegar en su espíritu...» (122) tomó un género mucho más perfecto de vida hasta que acabó por entrar en la Compañía.

D. Pedro Manrique hizo los ejercicios en 1556. Sintió allí la voz de Dios que le llamaba a la vida religiosa. Como escribe él mismo en 1573 en una larga carta (123) en que expone las razones que tenía para hacerse religioso:

> «A mí me basta que estando libre y sosegado, mucho número de veces he conocido que no voy bien y que me cumple seguir religión y tengo unos renglones de mi letra escritos en pergamino que dicen así: Domingo a 26 de abril de 1556. Tengo siempre de tener en la memoria el estado que yo deseo de mi salvación, y desarraigado de toda pasión he considerado ser más conveniente y procurarle con gran brevedad huyendo todo lo que puede apartar de él, aunque parezca bueno, pues es notorio engaño del mundo.» (124.)

Se sintió sin fuerzas Manrique y se dió por vencido. Pero no fueron

---

(120) Braunsberger, I, 43.
(121) Frase conservada por Castro, lib. III. cap. 7 (I, 46r).
(122) Castro, lib. VI, cap. 3 (I, 153v). Véase también otro caso en EM. II, 543.545.
(123) Véase la carta en Castro, lib. XII, cap. 17 (II, 243v).
(124) Castro, lib. XII, cap. 17 (Ezquerra II, 244r).

inútiles aquellos ejercicios. Siempre en medio del ajetreo del mundo, sentía la intranquilidad de su determinación incumplida.

> «Nunca he estado tan metido en cosas del mundo que no me hubiese lástima acordándome que dejaba de ejecutar cosa de que tanto bien se me ha de seguir.»

Por fin, al cabo de diez y siete años, a pesar de todas las oposiciones que le levantaban sus allegados entró en la Compañía de Jesús. Entonces para explicar su conducta escribe una carta, que es una verdadera elección por el tercer tiempo en toda forma. Apunta en ella primero nueve razones que podían persuadirle a quedar en el estado en que entonces se encontraba, es decir, de canónigo de la Iglesia Metropolitana de Toledo. Responde después a esas nueve razones analizándolas despacio para concluir que no tienen consistencia. No se contenta con el lado negativo, sino que al final aporta nada menos que treinta razones que le mueven a entrar en la Compañía (125).

Esta carta es sin duda un eco de la elección realizada en el silencio del retiro y a la vez una muestra de lo profundamente grabados que quedaban en el alma del ejercitante los diversos métodos aprendidos en los ejercicios y cómo sabían aplicarlos en la práctica.

21. Hecha la elección, seguían desarrollándose los ejercicios ordinariamente con mucha más facilidad.

Conservamos algunas consideraciones que suscitaron en algunos ejercitantes las contemplaciones de la pasión de Cristo y de la vida gloriosa. Son luces de Dios Nuestro Señor comunicadas al alma en el silencio de la oración. Juan de Vitoria, meditando la pasión del Señor, escribe:

> «Si los apóstoles, faltándoles el amado maestro, andaban tan desconsolados y descarriados y casi fuera de sí, ¿qué pensaré yo? ¿qué esperaré? ¿Dónde iré Señor o qué consolación tendré sin el mi amado y querido Señor Jesús? Si queriéndole San Pedro tanto y tuviéndole delante y habiéndole ofrecido: *Si oportuerit me mori tecum, non te negabo*, le negó en tan breve tiempo tres veces, ¿qué haré yo? ¿Cómo le puedo amar o qué confianza tendré de servirle apartándome de su imitación y metiéndome en los lazos del mundo? (126.)

En este estilo continúan sus sentimientos. Estos en sí nos interesan poco. Son gracias particulares con repercusión individual que varían según la luz recibida y las disposiciones del sujeto. Lo importante es que a través de ellos vemos el trabajo personal del ejercitante. La oración no se reducía a recordar mejor o peor lo que el director había explanado y a luchar contra las tentaciones y distracciones, sino que puesto en íntimo contacto con Dios, se inflamaba su voluntad con santos deseos o se iluminaba su entendimiento con luces celestiales.

(125) Castro, lib. XII, cap. 17 (Ezquerra II, 241r-247r).
(126) *A. R.* Neap. 176, 43r-43v.

A Juan de Vitoria le impresionó vivamente la contemplación para alcanzar amor. Quiso seguir respirando aquel ambiente de agradecimiento aun después de los ejercicios. Trazó para ello una lista de los principales beneficios que le había hecho Dios. Los distribuyó en siete series, y se propuso repetirlos todos los días al rezar el oficio divino, recordando un grupo en cada una de las siete horas canónicas (127).

San Pedro Canisio sintió una gran consolación en la aplicación de sentidos de la Ascensión.

> «Sentíame todo confortado y lloraba y se me sacudió todo el cuerpo y mi espíritu ardía en la meditación de Cristo subido a los cielos, principalmente porque era recibido de los ángeles con tan alegres vítores y esto por lo que hace así a la vista como al oído y al olfato. Oh con qué algazara le felicitaban, con qué muestras de alegría se gozaban con él...» (128.)

22. Una consecuencia de la intensidad con que se daba a la oración el ejercitante, era que en los ejercicios sentía la acción de Dios de modo muy particular: Vivía aquellos días todo entregado al Señor, atento a la menor señal de su divina voluntad, sumergido en un ambiente sobrenatural, y Dios no se dejaba vencer en generosidad. Se mostraba particularmente a los que se entregaban a él:

> De un teólogo que hizo ejercicios en Granada en 1556 escribe el P. Alfonso Ruiz, el futuro maestro de novicios de San Estanislao de Kostka: «Hale comunicado Nuestro Señor tan abundantemente sus misericordias que ha sido cosa de mucha maravilla y edificación» (EN. V, 538); y de uno que fué a Alcalá de ochenta leguas de distancia dice el P. Gil González Dávila: «No le pesó de su camino por corresponder Nuestro Señor Dios a su deseo y trabajo abundantemente con aprovechamiento y fruto espiritual». (LQ. III, 81.) En Venecia, en 1541, se dice del sobrino del Cardenal Veralli que «Nuestro Señor ha obrado mucho en su alma.» (LQ. I, 28.) Varios doctores que hicieron los ejercicios en Alcalá en 1552 afirmaban haber experimentado en aquella casa de modo claro la mano de Dios». (129.)

Al contacto de esta lluvia de gracias y mociones del Señor, acompañadas no pocas veces de consolaciones espirituales (130), obraban los ejercicios en las almas generosas de modo maravilloso y avivaban en ellas el afán de corresponder con toda generosidad a Dios Nuestro Señor. De esta disposición de ánimo nacían tantos generosos propósitos de elección de una vida más santa o de eficaz reforma del género de vida llevada hasta entonces.

Pero también se manifiesta este anhelo de generosidad del ejerci-

---

(127) *A. R.* Neap. 176, 42r, «memoria de poner en ejemplo las mercedes particulares y generales que de mi Dios he recibido para cada día leerlas, para tenerlas siempre delante». En el f. 43 está la lista de los beneficios que comienza así: «Siete veces al día debes dar gracias a Dios por los beneficios recibidos de esta manera...».

(128) Braunsberger, *Canisio y los ejercicios*, 330.

(129) Polanco, *Chronicon*, II, 642. Frases parecidas se repiten en ES. II, 771, PCh. IV, 163 y Castro, lib. IV, cap. 14 (I, 95v).

(130) Cf. Polanco, *Chronicon*. I, 133, 455. Epp. Broeti, 54; Litt. Quadr. I, 557.

tante en el afán que le hurgaba de obligarse a Dios con voto particular de practicar alguna cosa determinada.

Los votos que ordinariamente hacían eran de guardar castidad temporal o perpetua (131), y de entrar en alguna religión en general o en alguna determinada (132). Pero no faltan algunos otros de índole distinta, como el de Hipólito Manzano, que según escribe él mismo

«estando en ejercicios... hice voto de ayunar tres miércoles a pan y agua y los cumplí y también allí hice voto de ayunar viernes y sábado, viernes a la pasión de Cristo y sábado a Nuestra Señora.» (133.)

Votos de esta índole debieron de ser muy frecuentes, dada la costumbre tan generalizada entonces —como se ve en las informaciones del P. Nadal— de obligarse en honor del Señor y de los santos con votos, pero por tratarse de cosas totalmente privadas e internas es natural que no se conozcan externamente.

San Ignacio, como se sabe, en la anotación 14 de los ejercicios, indica al director que

«si ve al que los recibe que anda consolado y con mucho hervor, debe prevenir que no haga promesa ni voto alguno inconsiderado y precipitado y cuanto más le conociere de ligera condición tanto más le debe prevenir y admonir.»

También en diversas cartas dió instrucciones en este sentido. En 1546, en la enviada a los PP. de Trento, se muestra mucho más severo que en los ejercicios y que en todas sus normas posteriores, pues les manda taxativamente: «Durante los ejercicios no los dejando hacer promesas» (MI. Epp. I, 388).

Mucho más amplio se mostró en 1549 en dos ocasiones. Una escribiendo al P. Juan Bautista Pezzano. No conservamos más que el Sumario, pero es lo bastante explícito para darnos con toda nitidez el pensamiento de San Ignacio. Más aún: tiene todas las trazas, por la dureza de estilo, de ser redacción personal del Santo. Dice así:

«Que aunque el hacer votos en general sea bueno, y pío mover a ello, que en los ejercicios a nos no cumple suadir, bien que alabar sí. Y después de hechos, lo uno y lo otro, cuando ellos de suyo se moviesen. El impedir habría de ser, cuando se temiese de una natura instábil o de su error, etc.» (MI. Epp. II, 339.)

Parecida es la respuesta que da el Santo unos meses más tarde, el 9 de julio, al P. Araoz.

«Acerca de lo que dice, si sería bien añadir a los ejercicios que se propusiesen los votos (134), no parece a nuestro Padre que tal adición

(131) Litt. Quadr. I, 736; II,510.
(132) Epp. Mixtae. I, 63, 284, 324, 436; II, 187. *Mon. Ign.* Epp. XII, 308; Castro, libro XII cap. 9 (I, 227v), cap. 12 (I, 237v, 243v, 244r).
(133) *A. G. IN.*, II, Hipólito Manzano, 364.
(134) La pregunta, tal cual la conservamos, es muy distinta de la recapitulación h cha aquí por Polanco. Dice así: «Item., si será bien que en los ejercicios a nadie se le propu-

se haga por más respetos pero tampoco que se deba generalmente vedar que se hagan los tales votos a quien tuviese devoción de hacerlos.» (MI. Epp. II, 471.)

También en 1552, escribiendo al P. Adriaenssens, le dice que no es justo que prohibamos el hacer voto de entrar en la Compañía al que la divina inspiración incita y constantemente mueve (MI. Epp. XII, 308).

Esta fué la norma seguida por los directores de ejercicios, al permitir a tantos que se obligaran con Dios Nuestro Señor por medio de unos votos que Él les impulsaba a hacerlos.

23. Bastan estos datos para ver el trabajo netamente personal de los que practicaban el retiro ignaciano. Pero no queremos acabar este punto sin una observación. Hemos recogido diversos sentimientos tenidos a lo largo de los ejercicios por los ejercitantes. En ellos se habla exclusivamente de lo que han sentido en la oración y de lo que allí han determinado. Ni una palabra del influjo del director. Ninguna idea la emiten como propuesta por éste. Ni siquiera se le menciona una vez en los apuntes del P. Juan Alfonso de Vitoria. Nadal se refiere en su Diario al P. Doménech tan sólo al recordar la marcha externa de los ejercicios. Pero al hablar del fruto sentido, trata solamente de la gracia de Dios y de los sentimientos tenidos en la oración (EN. I, 17). En las diversas frases de alabanza y reconocimiento en que prorrumpen, no se acuerdan del director. Hablan de las mercedes tan grandes que el Señor les ha hecho sentir (LQ. I, 620), del extraordinario fruto que han recabado (LQ. III, 386), y aunque ellos están sin duda convencidos de que en todo ello ha tenido gran parte el director, no lo dicen expresamente. Es que a raíz de los ejercicios hablan más bien conforme a los sentimientos que los embargan y las impresiones que les dominan. Y en este sector afectivo predominan las consolaciones tenidas en el trato con Dios, la evolución interna experimentada en aquellos meses.

Sin embargo, el influjo del director había sido muy grande: él había ido gradualmente proponiéndole la materia de la meditación, él había ido dirigiendo su conciencia y orientándole en todos los problemas espirituales que le habían salido al paso, él le había ido formando una sólida base de instrucción religiosa. Pero el ejercitante no comprendía entonces del todo la trascendencia de este metódico y duro trabajo. Lo sentirá mucho más fuertemente al enfrentarse de nuevo con la vida y verse mucho mejor armado y equipado para la lucha. A raíz del retiro recalcan la acción del que les había guiado, sólo cuando había influído de modo extraordinario, como pasó en algunos con Fabro y Villanueva. Después se van enfriando los sentimientos espirituales e irá apareciendo en su verdadera luz el importante

siese el hacer voto, y más que ni aun dentro de un año se les consintiese hacer...», EM. II, 121. No se puede dudar que San Ignacio responde por medio de su secretario a esta pregunta, porque las preguntas de esta carta y las respuestas, fuera de ésta, se corresponden perfectamente.

papel del director. Por eso —como veremos a su tiempo— procuran volver a tratar con él, le escriben, procuran que su influjo perdure.

Todo esto, de rechazo, es una prueba más de la relativamente poca importancia que tenía la explanación de los puntos hecha por quien daba ejercicios en todo el engranaje del retiro ignaciano. Y aunque la duración exacta y el modo concreto no lo podemos precisar por tratarse de circunstancias variables, no se puede dudar, de todo lo que acabamos de exponer, que los puntos era una iniciación, no la oración misma, que lo que principalmente impresionaba y fructificaba en el alma del ejercitante eran las ideas y sentimientos sentidos en su contacto íntimo con Dios, aunque la acción del director era necesaria para que el ejercitante hubiera recabado ese fruto. Las expresiones del director no podían menos de coincidir muchas veces con lo sentido en la oración. Pero el matiz era distinto. Y estos matices distintos percibidos personalmente eran los que fecundaban al ejercitante.

CAPÍTULO VI

EL FRUTO

1. Conciencia del gran fruto que producían.—2. Intensificación del fervor. Oración.—3. Frecuencia de sacramentos.—4. Trasformación espiritual, intelectual y afectiva.—5. Vocaciones a diversas órdenes religiosas.—6. Reforma individual y familiar.—7. Reforma social.—8. Fruto entre los estudiantes.—9. En los sacerdotes. 10. En los obispos alemanes.—11. En otros obispos.—12. En religiosos.—13. En religiosas.—14. Obras diversas.—15. Perseverancia.

1. San Ignacio, en los últimos meses de su vida, escribió por medio de su portavoz, Polanco, una información acerca de la Compañía de Jesús (1), en la que después de exponer los diversos pasos que dió con la Santa Sede para obtener primero la explícita aprobación de la Compañía y después la implícita que supone el uso de Padres de ella para importantes comisiones, pasa a hablar de los ejercicios siguiendo en ellos la misma trayectoria.

Narra primero cómo se efectuó la aprobación de Paulo III y después con el conocimiento de causa que le proporcionaba la continua comunicación con sus hijos, continúa así San Ignacio: «Otra aprobación tienen estos ejercicios; del muy singular fruto espiritual que han sacado de ellos los que los han hecho de todo estado y maneras de hombres, más y menos según ellos se han dispuesto y Dios Nuestro Señor les ha querido hacer gracia; y no los leerá ningún hombre de buen espíritu y limpio de pasión que no sienta lo mismo.» (MI. Epp. XII, 279, 280.)

El mismo San Ignacio al escribir al P. Androzi trece días antes de su muerte, daba como sabido que los ejercicios eran una de las cosas y muy principal que suelen ayudar mucho e intrínsecamente a los hombres (MI. Epp. XII, 141).

En una relación escrita de Roma un año antes, a fin de 1555, se habla con gran alabanza del fruto que producen los ejercicios en las diversas naciones: unos se acercan con ansias de apagar una sed an-

(1) Escrita tal vez al Dr. Bartolomé Torres hacia el mes de mayo de 1556. *Mon. Ign.*, Epp. XII, 275-281.

tigua, y con tanta avidez se sacian que entran en la Compañía; otros sienten en ellos el llamamiento a otras religiones; otros emprenden guerra sin tregua a los vicios en el honesto género de vida que determinan seguir conforme a los deseos de Dios. De este modo, desnudándose del hombre viejo, se revisten del nuevo (MI. Epp. XII, 425, 426).

De toda la Compañía llovían datos con que podían en Roma corroborar estas afirmaciones generales.

Un día es el provincial de España, Araoz, que respondiendo a una indicación de San Ignacio en que le habla de la utilidad de los ejercicios le escribe ya en 1549: «Cuanto a los ejercicios se hará como dice, pues una misma cosa nos enseña la experiencia acá y allá» (EM. II, 55); otro día es Laínez, de Parma, que le dice que «universalmente todos mudan tanto la vida y costumbres que es para alabar al Señor» (LM. I, 4); otra es el dejo lastimero y arrepentido de Mirón, de 1546, que dice: «Ahora empezamos a dar ejercicios y según el fruto que de ellos veo, pienso se ha errado en no haberlos dado hasta ahora.» (EM. I, 318.)

Y a los testimonios de los directores, se juntaba el de los no jesuítas, como el del Dr. Bartolomé Torres, que escribía en su segunda Apología:

«Digo... que yo he visto y conocido muchos que han hecho los ejercicios y a muchos he persuadido los hagan... y a ninguno he conocido que no saliese con grandísimo aprovechamiento y que no confesase que no quisiera haber dejado de los hacer por ninguna cosa.» (Ex. 666.)

O el prior de Colonia, Gerardo Kalkbrenner, que pensaba que para dar con tal tesoro, se debía ir si era preciso incluso a las Indias (FM. 448), o el juicio significativo del cisterciense P. Luis de Estrada:

«Los efectos grandes que esta medicina de los santos ejercicios ha hecho y hace en personas de diversos estados no se pueden encarecer, ni los creerán los que no han visto como yo muchas ánimas recuperadas a la vida espiritual y rescatadas de los muladares de pecados viejos y enfermedades al parecer incurables. ¿Qué otra cosa es esto salvo haber Nuestro Señor en el fin de los siglos descubierto atajo para alcanzar la salvación con más socorro a los cristianos y plantado árbol donde vengan a anidar todas las aves del cielo?» (Sc. II, 56.)

Este último testimonio nos indica muy bien una de las principales características del fruto de los ejercicios: era un fruto íntimo, escondido, obrado por Dios en aquellos días de gracias. Por ello «no lo creerán los que no han visto». Aquellas profundas trasformaciones tienen que quedar en su aspecto más íntimo y personal ocultas al historiador. Tan sólo a través de algunos efectos externos se puede vislumbrar algo del inmenso bien que producían.

Dejando a un lado la intensificación del fervor y el avance en la vida espiritual, pues son éstos dos fenómenos comunes a todo acto de piedad, y dejando también mil prácticas sueltas que en el propicio ambiente de los ejercicios, realizaban a granel, como obras de caridad

y limosnas varias (2), vamos a fijarnos en dos obras, que recibieron gran impulso de esta práctica, y fueron a la vez, fruto de la labor de aquellos días, y alimento de la nueva vida que emprendían, la oración mental y la frecuencia de sacramentos.

El texto de Helyar recomienda que después de los ejercicios se haga una hora de oración diaria (Ex. 644). Algunos ejercitantes determinaban en el mismo retiro, intensificar la vida de oración, como en París en 1552 un sacerdote que prometió al Padre Clayssons hacer cada día media hora de meditación (LQ. II, 101). De otros se nos dice que después de los ejercicios continúan haciendo oración o exámenes de conciencia, con más o menos intensidad y frecuencia (3).

A veces cultivaban la oración de un modo más organizado. Recordemos las prácticas que indica el Beato Fabro han de cumplir los miembros de la Asociación de Parma, fundada o al menos reanimada a raíz de los ejercicios que dió en aquella ciudad el Beato junto con el P. Laínez (4): hacer al anochecer una breve meditación sobre los novísimos y el examen de conciencia; al levantarse, si tienen tiempo, otro rato de meditación sobre la vida de Jesucristo (FM. 41).

En Venecia, en 1556, se organizó lo que podíamos llamar la congregación de la oración.

> «Numerosas personas —según escribe el P. César Helmio— después de haber hecho los ejercicios de la primera semana y habiendo gustado la dulzura de la oración, lecturas y raciocinios espirituales, para no privarse del todo de esa dulzura se distribuyeron en muchos grupos, eligiendo como jefe de cada sección los que parecían estar más ejercitados en cosas espirituales. Estos tenían cuidado de los que se les habían confiado, que para cada uno eran ocho o diez. Cada jefe de grupo conducía a los suyos a una iglesia. Recitaban el oficio de la Virgen hasta Nona. Después se confesaban y recibían la Eucaristía haciendo esto todos los domingos y aun casi todos los numerosos días de fiesta de entonces. Lo restante del día, después de haber recitado completas y los siete salmos penitenciales, lo pasaban en oración, lecturas piadosas y hablar de las cosas de Dios.» (LQ. IV, 559.)

Con tanta devoción, aun externa, oraban estos antiguos ejercitantes cuando se encontraban en la iglesia, que según narra el mismo Padre César Helmio, algunas personas nobles y devotas se maravillaban de la compostura y devoción que guardaban.

Polanco, en sus *Industrias* refiriéndose, es verdad, a los jesuítas que están en probación, dice que la oración diaria «sería como hacer otra vez los ejercicios, insistiendo en la oración y procurando de gustar *quam suavis sit Dominus*» (PCo. II, 745); pero la misma razón hay para extenderlo a los seglares. El ejercitante en la oración volvía a vivir las ideas asimiladas en los ejercicios, a refrescar los sentimientos

---

(2) Cf. Polanco, *Chronicon*, I, 275; II, 136.

(3) Así uno en Salamanca en 1552 Litt. Quadr. I, 608; en París varias personas; en Florencia en 1554 unas monjas, Polanco, *Chronicon*, IV, 167. D. Pedro de Saavedra «que hacía una hora antes de acostarse», Castro, VII, cap. 1.º (I, 211r.), etc.

(4) Sobre esta asociación véase la amplia nota de Fabri Mon., 37-38.

que le habían movido, y a afianzar el resorte de la voluntad para mantenerse firme en la lucha de la vida.

«Hechos los ejercicios —decía Nadal en 1555— tiene el ánima con la gracia de Jesucristo principios de oración en todas las tres vías de que tratan los contemplativos: por la primera semana en la vía purgativa y por la segunda y tercera en la vía iluminativa que es propia contemplación. Y aunque en éstas no se haya de separar la vía unitiva empero es el propio de ella la cuarta semana en el ejercicio de amor con Dios.» (EN. IV, 673.)

Exquisito fruto de los ejercicios fué esta práctica de la oración, que, extendiéndose gradualmente con el aumento de ejercitantes, contribuyó de modo tan poderoso a la generalización y metodización de la oración en el siglo XVI (5).

No para aquí el influjo de los ejercicios en el campo de la oración. Aunque en un sector más restringido y en almas más elevadas no se puede negar, como escribe el P. Leturia, que «los ejercicios de San Ignacio conducen a la contemplación del amor y con ella a la oración habitual de los perfectos, los cuales, como lo dice el Santo expresamente, «por la asidua contemplación y iluminación del entendimiento consideran, meditan y contemplan más ser Dios Nuestro Señor en cada criatura según su propia esencia, presencia y potencia» (Ej. 39). «Tanto la vida interior del mismo San Ignacio —continúa el mismo P. Leturia— como las múltiples instrucciones dadas en sus cartas prueban que esta oración habitual hermanada con la mortificación interior y no atada a límites fijos de tiempo ni de sistematización, era fruto selecto de los ejercicios que el santo esperaba y exigía en cuantos los habían hecho con perfección.» (6.)

Sin duda esta oración habitual también se dió en la práctica. Para poder constatarlo necesitaríamos poseer diarios íntimos o abundantes testimonios, y esto sólo lo poseemos de algunos jesuítas como San Francisco de Borja y el Beato Fabro. Pero la falta de testimonios positivos no puede debilitar en nada un hecho que se deduce con toda evidencia, y que se supone como real en todo el modo de obrar de San Ignacio.

3. Otra práctica que renace pujante a través de los ejercitantes, es la frecuencia de sacramentos. Claro es que antes que se comenzara a dar ejercicios se conocía la comunión frecuente. En las varias naciones en que se dieron ejercicios (7), había almas de santidad extraordinaria, que al menos al fin de su vida comulgaban muy frecuente-

(5) P. Leturia, *La hora matutina de meditación*, 50, 51.

(6) Leturia, *La hora matutina de meditación*, 50. En la nota 19 del mismo trabajo, sendas pruebas del aserto.

(7) Sobre las naciones del Norte del continente europeo y la Alemania protestante, véase W. Schmitz, *Der Empfgang der hl. Sacramente gegen Ende der Mittelalters. Stimmen aus Maria Laach*, 38 (1890) 548-556. El cuadro es muy triste. No sólo era desconocida la comunión frecuente, pero aun grandes grupos como comerciantes... no practicaban ni la comunión anual. Sobre Inglaterra, Bridgett, *History of the Holy Eucharistic in Great Britain*.

mente y aun todos los días (8); grupos de mujeres piadosas que comulgaban con bastante frecuencia. Pero la mayoría de los católicos prácticos comulgaban a lo más tres veces al año (9).

Hubo con todo en el siglo xv precursores del movimiento de comunión frecuente. Así en Holanda los autores de la *Devotio moderna*, alrededor de los cuales se formaron grupos selectos aun de jóvenes estudiantes que comulgaban con frecuencia (10). En Italia, los círculos influídos por San Antonino y Savonarola (11), y algo más tarde todos los que se pusieron en contacto con los Oratorios y las primeras órdenes de clérigos regulares (12); siendo digno de destacarse entre éstos el original Buonsignore Cacciaguerra (13), En Francia y España, San Vicente Ferrer, con sus ardorosos sermones cantando las alabanzas de la Eucaristía y explicando las disposiciones que se requerían y bastaban para comulgar, reavivó no poco la práctica de la comunión frecuente (14); y en España también preludiaron el movimiento los dominicos Diego de Deza y Juan de Torquemada, el jerónimo Hernando de Talavera; y la promovieron en los mismos días de San Ignacio intensamente la noble doña Teresa Enríquez (15), el agustino Santo Tomás de Villanueva, y el apóstol de Andalucía, Beato Juan de Avila (16).

En general —observa el P. Tacchi Venturi— los predicadores y confesores se contentan con urgir la comunión anual o a lo más cuadrimestre, mientras que los autores espirituales cada vez con más insistencia abogaban por la comunión frecuente (17). Por ello tan sólo los relativamente escasos que podían ser directamente influenciados por estos autores, pudieron gozar de tan dulce privilegio.

San Ignacio, con sus ejercicios, fué uno de los que más contribuyó a anular esa dualidad y extender la práctica de la comunión frecuente (18). Familiarizando en los ejercicios al ejercitante no sólo con la humanidad de Cristo, pero aun con su divinidad, al hacer que en momentos tan trascendentales, como en la oblación del reino de Cristo, se dirija a Jesucristo considerado como «eterno Señor de todas las cosas» (Ej. 98), al enseñarle a «oler y gustar con el olfato y con el gusto la infinita suavidad y dulzura de la divinidad» (Ej. 124), al indicarle que en todas las meditaciones de la vida gloriosa de Cristo considere por una parte cómo se muestra ahora su Divinidad (Ej. 223) y por otra

(8) P. Browe, *Die Kommunion der Heiligen*, 431.
(9) W. Schmitz, *Der Empfgang der hl. Sacramenten...*, 30-39. Sobre la índole del culto eucarístico de entonces, cf. Pio Paschini, *Noterelle eucharistiche per la vita religiosa italiana nel primo rinascimento*, Roma, 1936. Tacchi Venturi, I, 1.º, 253-255.
(10) L. van Miert. *Over het veelvuldig communiceeren*, 21-24. Recuérdese que Canisio antes de entrar jesuíta comulgaba tres veces por semana, Ib. 21.
(11) P. Tacchi Venturi, I, 1, 259-260.
(12) P. Tacchi Venturi, I, 1.
(13) Ponnelle, *S. Ph. Neri*, 133-140, 197, 540.
(14) A. Teoli, O. P., 410-411.
(15) Cf. Bayle, Constant. *La loca del Sacramento*, 211-224; 322-334.
(16) Cf. E. Zarco, *España y la Comunión frecuente.*
(17) Tacchi Venturi, I, 1, 252.
(18) Cf. J. Beguiristain, *San Ignacio de Loyola, Apóstol de la comunión frecuente*. Barcelona, 1909, y *San Ignacio primer apóstol de la comunión frecuente en España a principios del siglo* XVI. Buenos Aires, 1922; J. M. Cros, *San Ignace de Loyola et la Communion quotidienne*. Etudes 115 (1908) 752-765; [G. Celi] *Per la storia della comunione frequente*, Civiltá Cattolica, (1910, II) 445-459.

cómo precisamente entonces ha tomado por oficio el de consolar como se consuelan los amigos entre sí (Ej. 224), quita de raíz una de las grandes dificultades de la frecuencia de Sacramentos en el mundo de entonces, que era cierto sentimiento de lejanía y reverencia ante la Majestad del Dios allí presente, y cierta exterioridad en las devociones. Precisamente este último aspecto aparece en la devoción a la Eucaristía de aquella época. Mientras tan rara es la Comunión frecuente, toma auge extraordinario la elevación de la Hostia en la misa para que sea adorada del pueblo, la exposición en los ostensorios y las procesiones solemnes del Corpus (19).

No se olvide, además, que expresamente alaba San Ignacio en la 2.ª regla para sentir con la Iglesia la Comunión frecuente (Ej. 354), y que en la anotación 18 se dice que antes de terminar los ejercicios se les dé «orden de confesar más a menudo que solía, para se conservar en lo que ha ganado» (Ej. 18). Fabro, a los miembros de la Asociación de Parma, les indicaba que no dejaran de confesarse y comulgar al menos cada ocho días (FM. 42), y en una instrucción de reforma que solía dar al acabar los ejercicios, recomienda al ejercitante que fije un plazo fijo para comulgar, que podía ser de ocho días, si quiere crecer en el conocimiento del Señor (FM. 121); y entre las recomendaciones copiadas por Helyar, se lee también la de confesarse y comulgar cada semana si es laico, y celebrar al menos dos veces por semana si es sacerdote (Ej. 644).

Los ejercitantes tenían que salir ansiosos de renovar los sentimientos de contrición, que tan profundamente se habían fijado en su alma en los ejercicios de la primera semana, y de frecuentar el trato con el Señor, recibiendo con frecuencia a Aquel a quien tantas veces se habían dirigido en dulces coloquios. Pero ordinariamente no comulgaban más que los domingos y días de fiesta (20). Comunión diaria entre la gente seglar no recordamos más que en tres piadosas viudas parisinas que hicieron ejercicios en 1552 (LQ. II, 102).

4. Esta frecuencia de sacramentos y el intensificar la oración mental, eran más bien medios para conservar y consolidar otro fruto más íntimo y radical, el profundo cambio que se operaba en todo el individuo. Las fuentes contemporáneas explican ese fenómeno con la palabra «mutación», palabra que corresponde a la palabra moderna de «trasformación» (21). No era un mero intensificar las prácticas de

---

(19) Sobre las razones de la poca frecuencia de comuniones vide Browe, 433-437. Añádase lo que dice W. Schmitz, sobre el rigor de los moralistas en las disposiciones que exigían para comulgar, págs. 541-546.

(20) Por ejemplo, en Bolonia, en 1546, algunos nobles, PCh. I, 175 y LQ. I, 9; en la misma ciudad, en 1548, algunas mujeres comulgaban «frecuentemente» PCh. I, 275, 276; este mismo año, en Mesina, las monjas de un monasterio, PCh. I, 288 (entonces las religiosas comulgaban siete u ocho veces al año), a lo más una vez al mes: Tacchi Venturi, I, 1, 256 y Beguiristain, *San Ignacio... Apóstol de la Comunión*, 41; en 1551, un teólogo, dos veces por semana, LQ. I, 279; en 1555, en Génova, tres jóvenes, LQ. III, 682; en Salamanca, en 1556, un mercader *crebrius* EM. V, 606, etc.

(21) «Mira mutatio», PCh. I, 94; «tanta... mutatio» PCh. I, 222; «maxime mutentur» MB, 62; «in omnibus admiranda metamorphosis», PCh. I, 241; «particular mutación», LQ. III, 413; «mutato animo», LQ. IV, 193.

vida espiritual ya habituales en el individuo, no era avanzar en la misma línea, era cambiar de dirección, situarse en un plan distinto. Sus ideas, sentimientos, prácticas, giran en adelante en torno a una concepción nueva de vida.

Aquella generación que vivía en un siglo humanista, para expresar la transformación obrada en los ejercicios, emplea una expresión muy significativa, diciendo que se encuentran ahora como si hubieran vuelto a nacer; que se sienten otro hombre, o como se expresa Borja en 1546 «al fin casi volviéndose un nuevo hombre espiritual y bendito» (22). La suma aspiración de aquella época era la renovación total, el «renacimiento», renovación que suponía una trasformación intelectual cambiando sus criterios respecto a los problemas, contemplados ahora a la luz del último fin, y una trasformación afectiva, fruto de los largos ratos de íntima comunicación con Dios, que había puesto en el corazón el gusto de las cosas del cielo y el alcíbar de las cosas mundanas. La concepción orgánica de los ejercicios formaba en ellos un cuerpo de doctrina espiritual que daba a la vida del espíritu unidad y consistencia.

Ya las piadosas mujeres de Manresa con los ejercicios que les dió San Ignacio «entraron en conocimiento grande y gusto de las cosas del Señor» (FN., 164), y de las que ejercitó en Alcalá el mismo San Ignacio dice en su Autobiografía «que vinieron en harta noticia y gusto de cosas espirituales» (FN., 440). En Zaragoza se sienten tan llenos de esta doctrina que se creen, como dice el P. Alvarez, «suficientemente instruídos para encaminar las ánimas a la salvación eterna y perfección de la vida cristiana.» (23.)

Este mismo elemento de nueva luz en los caminos del espíritu lo destacan otros ejercitantes.

«El Dr. Baltasar Torres reconoce que de ellos se saca lumbre para saberse gobernar en cualquier estado que esté bien y en servicio de Dios» (Ex. 787). En Salamanca un teólogo aseguró haber aprendido sólo en estos días el verdadero modo de servir a Dios, dándose cuenta de la ignorancia en que había estado sumido su espíritu en asuntos tan trascendentales (LQ. III, 409); y Dionisio Vázquez escribe que «es cosa de maravillar el conocimiento que el Señor en estos ejercicios les comunica y cuán diversamente sienten después de haberlos hecho de las cosas de Dios de lo que antes juzgaban.» (LQ. I, 398, 9.)

Este profundo conocimiento de la vida espiritual abre nuevas perspectivas en el camino del espíritu. Ahora no se reduce su visual a prácticas sueltas, sino que llega hasta al camino de la perfección, por el que se afanan por avanzar.

---

(22) *S. F. Borgia*, II 515. Véase también las demás frases: Un carmelita: «se renatum quasi alterum hominem ipse experiretur», PCh. II, 598; El Rector de la Universidad de Ingolstadt: «se alium iam sibi videri profiteretur» PCh. I, 132; en Florencia, un caballero, «sibi videretur alter» LQ. I, 604; en Salamanca: «novum hominem qui secundum Christum Iesum est formatus induit» LQ. II, 395. En Alcira tres hombres «in alios homines mutati esse visi sunt secundum spiritum Domini» PCh. III, 382; en París un sacerdote: «hominem... alterum aut renatum» LQ. II, 100; Salamanca 1553: un insigne hombre «sic in novum hominem mutatus est» PCh. III, 304.

(23) Alvarez, *Historia de Aragón*; lib. II, cap. 76; pág. 574.

La cultura humanista había capacitado al hombre del siglo XVI a apreciar el valor humano de las cosas y a profundizar en la íntima psicología del corazón. Ahora bien. En los ejercicios encontraba la respuesta a sus exigencias de un conocimiento más racional, más humano, de la vida espiritual. Los ejercicios le presentaban la vida del alma armónica, unificada, orgánica, y el ejercitante, al darse cuenta que dentro de si latía una vida íntima, entusiasmado cree haber vuelto a nacer de nuevo. Porque ha descubierto en sí un hombre nuevo, el hombre espiritual que antes latía dentro de sí sin que se diera cuenta de ello.

5. Gracias a esta íntima trasformación obrada en sus almas, aprendiendo a contemplar las cosas a la luz trascendente de Dios y a amarlas en El, pudieron tantos centenares de jóvenes conocer con toda claridad el llamamiento que Dios les hacía a una vida perfecta y seguir ese llamamiento, aunque para ello tuvieran que vencer mil obstáculos. De cuántos de ellos se puede decir lo que escribe el P. Van der Bosch de unos jóvenes de Lovaina, que aunque no pudieron entrar religiosos arden con todo en deseos de una vida más perfecta, «en la que antes nunca jamás ni habían pensado» (LQ. I, 683).

Fué éste sin duda uno de los mayores bienes que produjeron los ejercicios: haber iluminado el camino de la vida a tantos jóvenes y haberles dado fuerzas para que lo siguieran.

Era tal el número de los que en el retiro ignaciano determinaban consagrarse a Dios en el seno de alguna orden religiosa, que no pocos religiosos, cuando quedaba algún sitio vacante en sus conventos acudían a los jesuítas directores de retiros, pidiéndoles que indicaran su necesidad a los ejercitantes diciendo que no les importaba esperar, con tal de que fueran jóvenes instruídos en los ejercicios los que cubrieran aquellas vacantes. Pero no tenían que esperar aquellos buenos religiosos, pues siempre había a punto varios dispuestos a seguirlos (PCh. I, 245). También en Alcalá, como escribe el P. Manuel López, «es bien conocido en las religiones el fruto que hacen los ejercicios espirituales siendo instrumentos con los cuales el Señor mueve a tantos a seguir el camino de la perfección» (LQ. III, 413). Téngase en cuenta que inmediatamente antes había escrito: «muchos otros también han dejado el mundo y entrádose en religiones diversas».

6. Pero eran muchos más los que determinaban servir a Dios en el mismo estado de antes.

Querer determinar con exactitud su número es imposible. Abundan demasiado en el apéndice estadístico expresiones generales como «se daban ejercicios», «se ejercitaba en dar ejercicios», «hicieron los ejercicios muchos, bastantes», para poder trazar ninguna estadística exacta. Lo único que podemos obtener dando a esas expresiones generales un valor ínfimo, que sin duda en la mayoría de los casos estará muy debajo

de la realidad es el número mínimo de ejercitantes (24). Con este criterio se puede deducir que *por lo menos* hicieron ejercicios en tiempo de San Ignacio unos 7.500. De éstos, fueron mujeres, contando las religiosas —siguiendo siempre el mismo cálculo— unas 1.500. De los restantes 6.000 hombres, la inmensa mayoría hicieron «los» ejercicios, y no «algunos» ejercicios. Calculando muy por lo alto subirán a lo más a 1.000 los que hicieron ejercicios siendo ya religiosos o después de hacerlos entraron en alguna orden religiosa (25). Tenemos, pues, que 5.000 al menos quedaron en sus respectivos estados. Sin duda que si doblamos todas estas cifras, nos encontraremos mucho más cerca de la realidad, pues no es mucho decir que no constan más de la mitad de los que se ejercitaron en la palestra ignaciana.

De todos estos cálculos más o menos ciertos se puede deducir con toda certeza una conclusión muy importante, para evitar exageraciones en que a veces se ha incurrido: que eran muchos los que hicieron bien ejercicios sin determinarse a entrar religiosos.

Lo primero en que se conocía la trasformación de estos seglares era en que dejaban —si tenían— las ocasiones de pecado. No era más que una consecuencia de la confesión general bien hecha.

> De este modo en Salamanca, en 1553, se compusieron algunas enemistades y divorcios, principalmente el de un varón señalado que desde hacía mucho tiempo había abandonado a su esposa viviendo a lo que parece, según se puede desprender de la obscura expresión de Polanco, con alguna dama de palacio (PCh. III, 304). Un joven hijo de un veintecuatro de Granada al salir de «los ejercicios quemó según su mismo padre nos dijo —escribe el P. Ruiz— más de veinte o treinta ducados de libros profanos y coplas.» (LQ. IV, 623).

Estos actos necesarios para arreglar la conciencia no eran más que el comienzo de la nueva vida que deseaban emprender. Bastará citar un par de ejemplos concretos en que se vea la diferencia de costumbres y de apreciar las cosas antes y después del retiro.

> En Alcalá, en 1554, hizo los ejercicios un doctor en derecho ya setentón que había ocupado en su larga vida importantes cargos en una región *(in aliqua republica)*. Pero por desgracia no correspondían sus costumbres a la dignidad de que estaba investido. Hace los ejercicios con todo secreto, siendo en adelante la edificación del pueblo el que antes había sido piedra de escándalo. (PCh. IV, 410).

Parecido cambio se realizó en el abogado Pedro de Saavedra. Oigamos al P. Castro, que lo cuenta con toda ingenuidad y sencillez. No nos extrañemos de encontrar algunas prácticas totalmente ajenas al naturalismo de hoy, que nos ponen de manifiesto el ambiente de aquellas generaciones.

---

(24) «Algunos» lo suplimos por tres y el «muchos» por diez, a no ser que en algunos casos determinados por las circunstancias concretas de la narración parezca evidente el aumentar ese margen.

(25) Téngase en cuenta que decimos que serían unos mil los que conocemos por la lista de ejercitantes, no por otras fuentes, pues para hacer estos cálculos comparativos tenemos que basarnos siempre en los mismos fundamentos.

Después de los ejercicios «comenzó a vivir muy de otra manera, con grande ejemplo de vida, ejercitando su oficio [de abogado] con mucha claridad, y verdad, desengañando a los que no tenían justo pleito, y favorecía a los pobres, y a los que tenían justicia ayudaba, procurando con el juez, y partes que abriesen términos y plazos, y por esta brevedad, y por el gran nombre de letrado, y tan poco interesado, que cada día iba cobrando más, acudía a su casa gente innumerable, y porque la vanidad no le tirase todo para sí, y entre tantos negocios exteriores tuviese algún recuerdo para su alma, usaba dos cosas dignas de recordación, La una era que tenía industriada a una niña, de sus hijas la menor, que sería de tres, o cuatro años, que entrase muy frecuentemente a su estudio donde él estaba, y le dijese: «señor padre acuérdese vuestra merced que se ha de morir» y porque la niña no se olvidase, y lo hiciese más veces, solía darle después de dicho esto como en premio un cuarto, o dos maravedís, o cosa semejante. Con esto acaecía estar la sala llena de gente, que venían a pedir parecer para sus pleitos, y la muchacha rompía por medio de todos, y en alta voz decía: «señor padre, acuérdese que se ha de morir». La otra era, que tenía mandado a esta niña que siempre que llegase a la puerta algún pobre, no le despidiese, sino que ella entrase a pedirle limosna, y se la llevase, y besase la mano al pobre, con amenaza que si no lo hacía la había de azotar, y así la muchacha cuando daba la limosna pedía la mano y la besaba, aunque más asco le diese, y porque algunos pobres no se la querían dar, lloraba la muchacha, temiendo los azotes, hasta que cumplía lo que la habían mandado. Para que Dios le ayudase en cuanto hacía, llegábase muchas veces a Dios, recibiendo muy a menudo los santos sacramentos de la confesión y comunión con mucha ternura de lágrimas y devoción, que Dios le comunicaba muy a manos llenas. Usó desde que hizo los ejercicios tener algunas horas de oración, según que los negocios le daban lugar, una era antes de acostar.» (26).

No quiero dejar de indicar dos casos muy parecidos en que se palpa cómo los ejercicios trasformaron la vida familiar. Uno es el del portugués Enrique Gouvea. En 1546 le dió ejercicios en Oporto el joven Francisco Estrada. En ellos decidió imitar el género de vida de los apóstoles dentro del marco de sus actividades. Conforme a su nuevo programa empezó por poner un fiel administrador que dirigiera todos sus negocios. Se impuso una distribución fija, dando todos los días un rato a la oración y otro al examen de conciencia. Pronto aquel palacio parecía más una casa de religiosos que de hombres de negocios. Se dedicó además personalmente al apostolado, enseñando a los que ganaba para Cristo los diversos modos de orar. Su radio de acción no se redujo a su ciudad de Oporto, sino que hizo correrías apostólicas por los lugares circunvecinos. Entre las personas a las que se extendió su acción descuella el Beato Ignacio de Acebedo. Sabiendo que se encontraba en una crisis espiritual, hizo un viaje de casi veinte mil pasos para entrevistarse con él y le persuadió que se dirigiera a Coimbra a practicar el retiro ignaciano. (27).

Del canónigo Pedro Manrique, paje del arzobispo de Toledo, Siliceo, que hizo los ejercicios en 1556 en Alcalá y acabó por entrar

(26) Castro, lib. VII, cap. 1.º (I, 211rv.)
(27) Véase Orlandini, lib. 7 n.º 38.

en la Compañía en 1573, escribe Castro, tal vez no sin alguna exageración, que después de los ejercicios

> «su casa era como de la Compañía porque sus criados no entendían sino en oración, lección y mortificación... El aderezo de su casa [era] en extremo moderado, porque nunca quería sino lo necesario y aun de esto quitaba algunas veces para dar limosnas... Era tanto lo que se ejercitaba en obras de caridad que siempre andaba alcanzado de tiempo y aun de fuerzas...» (28)

Aun restando lo que pueda haber de exageración en algunas frases generales de estos testimonios, siempre queda de manifiesto la profunda transformación que producía el nuevo método en la vida familiar, profesional y aun social.

No adquirieron los ejercicios en tiempo de San Ignacio una extensión tal como para influir en ciudades enteras. Fuera de algunos centros más importantes como Alcalá, Salamanca, Lisboa, Lovaina, no salieron de círculos relativamente pequeños. Pero fueron un fermento eficacísimo que trasformaron esos círculos, y a través de ellos, junto con otros factores de renovación religiosa, contribuyeron a la restauración católica.

7. Junto con la extensión hay que considerar otro factor para comprender la importancia de la renovación operada por ellos: la calidad de las personas que los hicieron, porque como escribe Gil González Dávila «siempre suele mover mucho el ejemplo de personas cualificadas» (LQ. III, 82). Basta echar una ojeada al Apéndice estadístico para ver que abundan entre los ejercitantes, personas de influjo social, como hombres distinguidos, gente de posición, sacerdotes y religiosos cuya acción irradiaba a otros sectores más extensos. De Alcalá escribía el P. Gil González Dávila a San Ignacio el 24 de diciembre de 1554 —y observaciones muy parecidas se repiten en otras ocasiones (29)— lo siguiente:

> «En los ejercicios espirituales que en casa se hacen, es siempre Nuestro Señor servido muy particularmente así por ser muchos y de diversa condición y estado los que aquí concurren a ejercitarse, como por haber entre ellos personas de calidad y manera, cuyo aprovechamiento y reformación de vida redunda en ejemplo y edificación de muchos, de lo cual puede ser buen testimonio que, pocos días antes que escribiese esto a V. P. se había ejercitado uno de los principales caballeros que aquí estudian, el cual por sus muchos méritos esperamos con la gracia de Nuestro Señor será grande instrumento para la gloria y servicio divino. Hizo también los ejercicios uno de los más célebres profesores de letras latinas y griegas, que hay en esta Universidad, maestro en artes, teólogo y de otras partes bien raras (30),

(28) Castro-Ezquerra, lib. XII, cap. 16 (II, 238v-239r).
(29) Por ejemplo, en Litt. Quadr. III, 82, 413.
(30) No se sabe quién era este ilustre profesor. El principal profesor de retórica era en 1553 y probablemente en 1554 Alfonso García de Matamoros. Pero hay serias dificultades para creer que fué éste el que hizo los ejercicios, sobre todo si, como dice Polanco entró en la Compañía. PCh. IV, 412. Véase esta cuestión tratada en la nota 2 de PCh. IV, 412.

Sírvese ahora mucho Nuestro Señor de él, por tener a cargo muchos que en su tierna edad juntamente deprenden con las letras la virtud... Ejercitóse otro que había sido muchos años con mucho nombre capitán y ahora no menos le tiene en visitar pobres, curarlos, limosnas y otras obras pías en las cuales con mucho ejemplo de todos se ocupa.» (LQ. III, 202/3).

Como había escrito el mismo Gil González Dávila en la cuadrimestre anterior «parece se va esperando con el favor divino un aprovechamiento y reformación en muchos estados de los que aquí vienen [a ejercicios] porque comúnmente es bien conocido el fruto de los que se han ejercitado por el ejemplo y edificación que dan con sus vidas atrayendo a otros al servicio divino.» (LQ. III, 82.)

Queremos traer todavía un ejemplo más, que a la vez pruebe la afirmación del P. Dávila y muestre más de manifiesto el influjo que tenía en la reforma de la sociedad el cambio en las costumbres de uno de los personajes principales.

El conde de Melito, Diego Hurtado de Mendoza, en la Cuaresma de 1550 se trasladó desde Alcalá a Guadalajara para poder escuchar los sermones de Estrada. Aprovechó su estancia allí para hacer ejercicios.

En ellos ordenó «todas sus cosas en mayor gloria del Señor», tomando una resolución de la que «ha redundado mucho fruto a sus tierras y vasallos». Consistió ésta —según lo cuenta el P. Villanueva, que fué el que probablemente le había dado los ejercicios, de quien tomamos todos estos datos— en enviar «un letrado de leyes muy íntimo de la Compañía», también antiguo ejercitante, «a su tierra en comisión suya para que viese su tierra en su ausencia y sepa las quejas que de él había, poniéndose todo en sus manos para que sin piedad rigurosamente contra él cortase etiam en los descuidos que hallase que poner culpa, o por no residir él en la tierra hubiesen habido en perjuicio de los vasallos y que este oficio hiciese gratis sin llevar ningún interés a los vasallos, pagando él de su cámara el servicio» (EM. II, 388).

8. Uno de los sectores más influenciados por los ejercicios fué el escolar. Ya hemos ido viendo cómo fueron ganando al elemento estudiantil los jesuítas escolares en París, Lovaina, Alcalá, Coimbra, Valencia, Padua y Colonia. Todavía en 1554 escribía desde Salamanca el P. Juan Suárez:

«La más gente con que aquí tratamos son estudiantes porque en estos se ve más fruto en menos tiempo y con menos trabajo que hace al caso para la continuación de nuestros estudios» (EM. IV, 162).

En todos esos centros el trabajo principal se realizó —como ya lo hemos ido detallando— con los estudiantes. Pero no faltaron sobre todo en los últimos años algunos profesores, principalmente en Alcalá. La misma observación tenemos que hacer aquí: no creemos que en tiempo de San Ignacio consiguieran influir en el ambiente general de las Universidades. Tan sólo orientaron a grupos más selectos, influenciando en sus costumbres y en su futura actividad. La única

excepción parece ser Alcalá, aunque también allí las afirmaciones son demasiado generales para que podamos formar un juicio definitivo y preciso (31).

Polanco, en su *Chronicon*, hablando del fruto recogido por los ejercicios en este centro en 1553, dice que antes, en muchos de los colegios, dada la vida licenciosa de los colegiales, se respiraba un ambiente malsano; después de los ejercicios empezaron muchos de ellos a llevar una vida piadosa, avanzando en virtud y ciencia, deseando muchos de ellos entrar jesuítas, tanto que se podían considerar aquellos colegios como seminarios de la Compañía (PCh. III, 323).

Nadal, en una carta de oficio de 15 de marzo de 1554, en que desciende a bastantes particularidades y en que habla de no pocos defectos y cosas que no le han gustado, admira el cambio que se había operado entre los estudiantes de Alcalá:

> «Dos cosas he notado en lo que me dicen... la segunda cosa es que en tiempo pasado siendo los estudiantes muy revoltosos y brigantes, después que la Compañía se muestra en Alcalá, parece que hay gran quietud y paz entre los estudiantes que todos se maravillan» (32).

Otro centro universitario en que los ejercicios influyeron mucho fué Sigüenza, gracias a la actividad del benemérico Dr. Bartolomé Torres, que extendió tanto los ejercicios entre los estudiantes (Ex. 666), quedando de este modo la Universidad «muy recogida» (33).

9. Más importantes fueron los frutos que obtuvieron los ejercicios entre los sacerdotes. Sabido es el triste estado de gran parte del elemento eclesiástico; la ignorancia casi general del numerosísimo clero bajo, la vida licenciosa llevada por no pocos pastores de almas, el desmedido afán de lucro que había invadido la provisión de beneficios y esterilizaba toda la actividad espiritual (34). Los ejercicios, instruyendo al sacerdote en los principales puntos de vida espiritual, haciendo que en sus acciones buscase tan sólo la gloria de Dios y el bien de las almas, espiritualizando todas sus miras, despertando la conciencia de sus deberes, se mostraron bien pronto como un arma eficacísima para levantar el nivel del clero.

---

(31) Para poder justipreciar el valor de estas reformas en los estudiantes universitarios he examinado el archivo de la antigua Universidad de Alcalá, pero, por desgracia, se conservan muy pocos documentos de esta época y los que se conservan son de carácter más oficial, no son de los que reflejan la vida estudiantil, en donde se podría apreciar mejor el cambio operado. Tampoco dice nada sobre el particular Lafuente en su *Historia de las Universidades*, y bien poca cosa J. Urriza, en *La preclara facultad de Artes*, 386-389.

(32) Epp. Nadal. I, 235. Urriza, a propósito de una prohibición de 1555 de que los estudiantes llevasen armas escribe: «Es de notar la frecuencia con que se renueva la disposición que prohibía las armas, prueba manifiesta de la frecuencia con que la bullanguera juventud volvía a cogerlas y ponerlas en uso», Urriza, *La preclara facultad de Artes*, 387.

(33) Castro-Ezquerra, lib. 11, c. 11 (II, 162v).

(34) Sobre el estado del clero en general, especialmente para Alemania, cf. K. J. Hefele. *Uber die Lage des Klerus, besonders der Pfarrergeistlichkeit im Mittelalter*. Theol. Quart. Schr. 1868 (86-118). Para Italia. Tacchi Venturi I, 1, 51-64; para España, Astráin, I.. (2.ª ed.) LXXIII-LXXXI; para Bélgica, Poncelet, I, 19-24; para Portugal, Rodrigues, I, 1, LVIII-IX; para Francia, Lavisse, *Histoire de la France*, I, V, I, 252-260, y para fines siglo xv, Imbart de la Tour, *Les origines de la Reforme*, II, 282-291.

Después de los ejercicios dos sacerdotes, a lo que sabemos, dejaron sus concubinas: uno de Maguncia (35) y otro de Worms, que lo hizo con tanta resolución que estaba dispuesto a dejarse cortar el brazo antes que volver a admitir a una de esas desdichadas (MB. 297). Ni faltaron quienes habiendo llevado hasta entonces una vida totalmente indigna del carácter sacerdotal, la abandonaron con toda decisión después de los ejercicios. En Siena había uno conocidísimo por sus gracias y chistes y por sus dichos extraordinariamente mordaces. No se contentaba en componer comedias jocosas jactándose públicamente de ello, sino que él mismo las representaba con alguna frecuencia, ejecutando con el arte de un verdadero comediante y con desenvoltura teatral y propia de un payaso, las diversas escenas y chocarrerías de los bufones que abundaban en las piezas que él ponía en escena. Este, después de los ejercicios, para subsanar el escándalo que había dado, subió al púlpito de la iglesia principal de la ciudad con una soga al cuello pidiendo perdón con palabras entrecortadas por las lágrimas entre una conmoción general del pueblo. Poco después entró en la austera orden de los capuchinos (36).

También los ejercicios ayudaron a quitar otra de las lacras que deshonraban el estado sacerdotal: la acumulación de beneficios.

Ya en 1543 Estrada habló con toda claridad a un canónigo de Metz que estaba haciendo con él los ejercicios de la primera semana. Tuvo por desgracia que interrumpir los ejercicios por un viaje inesperado. Entonces el canónigo —escribe el propio Estrada— «doliéndose mucho de nuestra partida por tener el propósito de dejar toda su vida y estado en mis manos, me pidió modo de aprovechar a otros. Yo le dije el modo con que lo podría hacer más con obras que con palabras, es a saber, que siendo él Chantre y teniendo dos canonjías y dos curados como tiene, los dejase todos o los cuatro y así él me prometió quedarse sólo con uno» (EM. I, 134/5). También en Clairmont un canónigo dejó cuatro o cinco beneficios quedándose con uno solo (LQ. II, 622); y en París, en 1553, otro sacerdote, ya de edad avanzada, que había sido mucho tiempo familiar de un Cardenal, retuvo tan sólo un beneficio dejando todos los demás.

Juntamente con el ingreso de las rentas ordenaban en los ejercicios el uso del dinero sagrado, como en Evora un sacerdote «que antes gastaba la renta de la iglesia que tenía, con escándalo de sus ovejas; después de haberse ejercitado con doctrina, ejemplo y obras muestra ser verdadero padre y pastor de ellas» (LQ. III, 203).

Lo mismo hicieron varios sacerdotes ejercitantes «que las rentas de la iglesia que tenían las han dedicado para limosnas y obras pías con mucha edificación del pueblo cristiano» (LQ. III, 413); y en Augusta, en 1550, otro sacerdote trasformó totalmente bajo este aspecto toda su vida. Antes gastaba el dinero en inmoderados banquetes con abundancia de platos y muchedumbre de convidados; ahora se muestra moderado en sus comidas; antes dilapidaba los bienes en una inútil caterva de criados, fastuosos vestidos, elegantes caballos; su casa llena de estatuas y criados deshonestos, los tapices de sus habitaciones representaban escenas de los gentiles. Ahora ha hecho

---

(35) *Fabri Mon.*, 189. Orlandini, lib. III, n.º 67, dice que el Vicario de Espira. Creemos que lo confunde con este sacerdote.
(36) Ampliamente describe todo esto Simón Rodrigues en su *De origine et progressu Societatis Iesu*, Epp. Broeti, 511-512.

desaparecer todo ese fausto y las expensas que antes hacía para alimentar su lujo ahora pasan a obras pías (MB. 355).

Esta trasformación de vida se manifestó principalmente en el interés que tomaban los sacerdotes en el bien de sus ovejas. Comenzaban por residir personalmente en las parroquias (37), exhortaban a los fieles a confesarse y comulgar (38), confesaban ellos personalmente (39) a gusto (40) gratis (PCh. I, 131), «continuamente» (LQ. I, 717), con tanto celo que en Casola, en la misión que dió allí el P. Landini, se pusieron a confesar en la mitad de la calle (EM. II, 254); empezaban por fin a predicar o al menos intensificar los sermones (41).

En los sitios en que los sacerdotes ejercitantes eran bastante numerosos, y esto sucedía en casi todos los centros de ejercicios importantes, la reforma tenía que extenderse de modo beneficioso por toda la diócesis, como lo apunta Polanco en 1551 para Bolonia, consignando que el fruto de los ejercicios se veía no sólo en la ciudad, sino en la diócesis, con gran edificación del pueblo, que empezó a respetar como a santos a sus pastores (PCh. II, 192).

Siempre la santidad del sacerdote ha sido uno de los medios que más han influído para la regeneración social. Pero más todavía en aquel siglo de fe. Apuntaremos algún ejemplo. Ocho sacerdotes de los que habían practicado el retiro ignaciano en Casola en 1549, empezaron a ejercitar el oficio de confesor aplicando las leyes de la moral cristiana. En consecuencia, según opinaban los moralistas de entonces, no absolvían a los que exigían interés, a los que prestaban en crédito algún objeto. Bastó esto para que no se encontrara ninguno que ejercitara la usura, deshaciendo los contratos hechos anteriormente y aun restituyendo el dinero adquirido de por contratos (42).

De este modo, a través de la reforma de los sacerdotes, fueron contribuyendo los ejercicios a la reforma de las diócesis.

10. Otro modo de reformar la diócesis y la sociedad era trabajar por la santificación de los obispos.

Ignoramos cuántos hicieron los ejercicios en Trento. Bartoli, que ordinariamente está bien informado, dice que fueron muchos; tantos, que no pudiendo dar abasto Laínez, Jayo y Salmerón, los mismos prelados, de ejercitantes se convertían en directores (43). Podía ser una comprobación de esto el hecho de que Olave los hizo solo. Es de creer que al menos, como ya insinuamos al principio de este trabajo, un

(37) Polanco, *Chronicon*, I, 276; IV, 414; Litt. Quadr.. II, 597.
(38) *Fabri Mon.*, 70; Polanco *Chronc*, II, 190-198.
(39) *Fabri Mon.*, 189; Litt. Quadr. II, 657.
(40) «Libenter». En Evora en 1554, Polanco, *Chron.*, IV, 518.
(41) *Fabri Mon.*, 33; Polanco, *Chron.*, II, 192.
(42) Se sabe que los moralistas del siglo XVI no admitían la licitud del interés. Silvestre Prierat O. P., en sus célebres *Sylvestrinae Summae*, Lyon 1572. P, II, 244, hablando «de mutuo» dice: «Si quid ultra [de lo que ha prestado] recipio, est usura». Puede verse de esta cuestión, Van Bohm-Bawerk. *Capital und Capitalzins*, 2 vol. Innsbruck, 1900-1902, 3.ª edición.
(43) Bartoli, *Vida de San Ignacio*, 44. Cf. cap. 1.º, nota 53.

Guillermo de Prat, obispo de Clermont; un Pedro Guerrero, arzobispo de Granada; un Juan Bernal Díaz de Luco, obispo de Calahorra; un Egidio Foscharari, obispo de Módena; el erudito Pedro Danés, obispo de Lavaur; el influyente cardenal Carlos de Guisa, obispo de Reims, que siempre se mostraron tan incondicionales protectores de la Compañía, practicaron de modo más o menos perfecto el método ignaciano.

Aunque propiamente no era obispo, conviene consignar aquí los ejercicios que hizo, bajo la dirección de San Ignacio de Loyola, el cardenal Contarini, influyente personalidad en la Curia Romana, a quien Paulo III encomendó importantes legaciones en la dieta de Espira, en Bolonia y a la corte de Carlos V.

El dulce Beato Fabro dirigió, que sepamos, a dos prelados alemanes: Miguel Helding, obispo auxiliar de Maguncia (FM., 189), y a Julio Pflug, obispo electo de Naumburg.

Helding no sólo trabajó valerosamente por la defensa de la Iglesia en la dieta de Augsburgo y de Worms, sino en la visita y en el Sínodo diocesano de Maguncia de 1548, y sobre todo desde 1550 en su nueva diócesis de Messeburg, con sus predicaciones escriturísticas y sus catequesis (44). No tenemos datos para determinar hasta qué punto influyeron los ejercicios; pero existen algunos indicios para concluir que en ellos recibió toda su actividad un gran impulso. Precisamente en 1542, el año en que practicó el retiro, comenzó las ochenta y cuatro predicaciones catequéticas, que editadas luego en forma de catecismo, reeditadas y traducidas al latín, formaron a tantas generaciones de católicos, sobre todo alemanes (45).

Fabro, el director de los ejercicios de Helding, en la Instrucción que dejó a algunos ejercitantes, recomendaba que llevaran siempre consigo un catecismo en que estuviesen los artículos de la fe, los mandamientos de Dios y de la Iglesia, los pecados mortales, cinco sentidos corporales, las obras de misericordia, lo tocante a las tres potencias del alma, etc. (FM., 122). Una base, como se ve, de instrucción religiosa y para orar según los modos de los ejercicios. Helding, en su catecismo trata precisamente —como lo dice su título— estos puntos: los doce artículos de nuestra santa fe, el Pater Noster, Avemaría, los diez mandamientos, los santos Sacramentos (46). Son sermones comenzados a raíz del retiro ignaciano sobre temas que había meditado en los modos de orar.

En el mismo modo de predicar se pueden observar resabios de ejercicios. Dice él expresamente hablando del modo con que se debe predicar: «Todo predicador cumple mejor con su oficio cuando considera a su maestro Jesucristo y predica procurando imitar en la medida de sus débiles fuerzas el modo de hablar del Señor. Cuanto más

(44) N. Paulus, Michael Helding. *Ein Prediger und Bischof des 16. Jahrhunderts.* Der Katholik 74 (1894, II), 419-424.

(45) La primera edición del catecismo se publicó en 1551. Después se hicieron nuevas ediciones alemanas en 1553, 1557, 1561, 1570, 1585, y latinas en 1562, 1567, 1577, 1593. N. Paulus, Michael Helding, 415.

(46) N. Paulus, Michael Helding, 415 nota 11 y 429 nota 2.

de cerca imite en sus sermones a Jesucristo, tanto más perfectos serán éstos y tanto más provecho recabará entre el pueblo» (47).

Fácilmente se traspira en estas líneas el corazón de un hombre que en los ejercicios se ha habituado a contemplar la persona de Jesucristo y a imitar en sí sus acciones, y que ha extendido a toda su actividad la norma que da San Ignacio acerca de la comida: que «mientras la persona come, considere como que ve a Cristo Nuestro Señor comer con sus apóstoles, y cómo bebe, y cómo mira, y cómo habla, y procure de imitarle» (Ej. 214).

El segundo obispo ejercitado por Fabro fué Julio Pflug, obispo electo de Naumburg; pero por la oposición que le hacía Juan Federico, elector de Sajonia, no pudo entrar en su diócesis hasta 1547, cuando ya la mayor parte de ella había pasado al protestantismo (48).

El celoso paladín de la Reforma católica, cardenal Otto Truchsses, comenzó a hacer los ejercicios dos veces con el Beato Fabro; pero las dos veces los tuvo que interrumpir; por fin, en 1544, en Dilinga, consiguió hacer los de la primera semana, y en 1552 volvió a practicarlos en la apacible abadía benedictina de Ottobeuren, bajo la dirección del P. Jayo. Este insigne Cardenal, que cuatro veces se recogió a ejercicios, fué uno de los obispos más insignes de la Alemania del siglo XVI: con visitas, edictos, sínodos e instrucciones contribuyó eficazmente a la reforma de su diócesis de Augsburgo, y para cortar de raíz uno de los más profundos males que repercutían más en el estado de la diócesis, la ignorancia y malas costumbres del clero, fundó un seminario eclesiástico en Dilinga, juntamente con el Liceo y la Universidad en la misma ciudad, escribiendo él personalmente los Estatutos del Seminario (49). Trabajó activamente por la reforma de su diócesis, aunque no con los satisfactorios resultados del cardenal Truchsses, el dulce y piadoso obispo de Eichstadt, Mauricio von Hutten, a quien el P. Jayo había dado los ejercicios en su ciudad episcopal en 1544 (50).

También parece que fué obispo (51) otro «pastor» de quien habla Kessel en una carta a San Ignacio, escrita desde Colonia el 4 de octubre de 1549, el cual, después del retiro volvió a sus ovejas propias, pidiéndoles perdón desde el púlpito por la vida muy escandalosa que había llevado, reconociendo públicamente su culpa, y prometiéndoles que en el futuro, con la gracia de Dios, sería para ellos un guía muy distinto del que había sido antes (LQ. I, 172). Otros dos obispos alemanes practicaron el método ignaciano en Ratisbona, en 1541: Juan VIII de Maltitz, obispo de Meissen, «prelado de muchas partes ultra la facultad temporal» (FM. 97), y Felipe Flersheim, obispo de Espira, en quien halló Fabro «una grandísima disposición» (FM. 63).

---

(47) N. Paulus, Helding, 485, 486.
(48) J. E. Acker, *Narratio brevis*; Hurter, *Nomenclator litterarius theologiae catholicae*, III, 24.
(49) Se conservan ejemplares impresos de esos Estatutos en *A. G.* Collegia, 1.307 Theca 44.
(50) Duhr. Quellen, 177-209.
(51) Digo que parece, porque Kessel usa la expresión general de «pastor», mientras que el compendiador contemporáneo en el resumen que hace le llama obispo. LQ. I, 172 nota 1.

11. Fuera de Alemania hubo dos obispos en los que los ejercicios trasformaron el modo de gobernar la diócesis, con gran provecho espiritual de sus diocesanos. Uno es el obispo de Pistoya, cardenal Roberto Pucci. Este ni los hizo cerrados, ni los pudo acabar; sin embargo, influyeron mucho en su espíritu, como se ve por lo que escribe su director, P. Polanco, a San Ignacio:

> «El Obispo es persona de buena voluntad y humilde y muchas buenas partes; ayudóse de una parte de los ejercicios, aunque no los acabó por mi ida fuera de Pistoya. Rogóme le escribiese del oficio suyo y ayudas de bien ejercitar la prelación y como Dios me ayudó lo hice: y aunque él es y era no negligente en buscar lo que a su oficio pertenecía, muéstrase ayudado de lo que escribí. A Dios plega sea todo para su servicio. Pienso que un día de estos comenzará él mismo a predicar y hacer por sí lo que es tan desusado con ser tan propio del oficio de prelado, que lo deseo por el bien suyo y de su obispado y ejemplo para otros y así le animo a ello porque ultra de parecerme ser mío obligado, él me manda y encarga le hable libremente lo que me parece todo y le dé de puñaladas, como él dice, en lo que viese ser menester.» (PCo. I, 9).

El segundo fué el obispo de Plasencia en Extremadura (España), don Gutierre Vargas de Carvajal (52), que por desgracia había llevado una vida de costumbres demasiado libres, y que era —como lo define Ribadeneira— «hombre de gran punto y mal sufrido, y en su vida, licencioso» (53).

La trasformación que obraron en él los ejercicios fué de las más radicales que conocemos, con gran edificación de toda la diócesis, que regía ya desde 1524 entre continuas disensiones con los canónigos y despilfarrando las pingües entradas eclesiásticas. «Don Gutierre —escribe el P. Astráin— procedió en su conversión con la franqueza marcial que animaba todas sus acciones» (54). Esta conversión, a la que había precedido una campaña de treinta días de oraciones y sacrificios de todos los moradores del colegio de Plasencia, campaña dirigida por San Francisco de Borja, que fué el que parece le dió los ejercicios, la describe de este modo uno del colegio de Plasencia:

> «El obispo... dejó las cosas de su conciencia en manos de nuestro Padre [Francisco de Borja] y la orden que ha dado es ésta: que manda dar pregones por todo su obispado que cualquiera persona que se hallase agraviada de Su Señoría en hacienda o en fama, que acuda a dos teólogos y un jurista puestos a contento de nuestro Padre y lo que aquellos determinaren ser a cargo, según conciencia y justicia, se les restituirá; y para lo animar a esta obra el P. Francisco [Borja] le prometió la mitad de lo que para el Colegio tiene dado, si le fuere necesario. Esta obra, allende de ser tan cristiana y tan rara entre señores, por ser este Prelado de los principales de este reino en cualidad y renta y estimado mucho, y muy valerosa por su persona, será de gran ejemplo y admiración en todo este reino.
>
> Hecho esto, trata con nuestro Padre de dejar el obispado... cosa

(52) Véase sobre este personaje, Astráin, I, 424-432.
(53) Ribadeneira, *Historia de la Asistencia*, lib. II, cap. 3. *A. R.* Hisp. 94.
(54) Astrain, I, 431.

por cierto para alabar al Señor porque este obispado es grueso, de 30.000 ducados de renta, según dicen los que lo saben. Entre tanto... él se viene aquí a Plasencia; y se recoge en una casa junto al colegio que hace y allí toma consigo seis o ocho teólogos que estén y coman con él y estén dentro en su casa como en monasterio y de éstos tiene, ya algunos buscados que sean personas de ejemplo y de púlpito, a los cuales dice que enviará por todo su obispado a predicar y visitar, según pareciese más convenir al servicio divino. Queda con dos o tres personas que lo sirvan y junto a la casa está una iglesia pequeña, a donde han de ir todos a decir el oficio divino rezado y a celebrar.» (LQ. IV, 21/22).

Sigue la relación dando varios detalles de diversas cosas que hizo después aquel obispo mundano, que se encontraba ahora «de veras tocado» y «tan generoso». Ribadeneira resume la reforma de don Gutierre en estos términos:

«Reformó su casa y familia, pacificóse con su Cabildo y con otros quien solía tener pendencias y desabrimientos. Hacía la penitencia que sufría su mucha edad y poca salud. Envió por todo su obispado personas de buena vida y letras que diesen a sus ovejas el pasto espiritual y corporal y repartiesen muchas y muy largas limosnas y remediasen las necesidades de la pobre gente. Y en una gran carestía y hambre que sucedió aquel año en las aldeas y en la ciudad de Plasencia sustentó innumerable muchedumbre de pobres y remedió a los vergonzantes con maravillosa abundancia y caridad.» (55).

Grânde debió de ser el fruto que obraron los ejercicios en otro obispo español, monseñor Almeida, obispo de Cartagena, aunque su trasformación no fué tan extrema y sonada como la de los otros dos prelados que acabamos de mencionar (PCh. I, 310).

También era obispo de Patti el Inquisidor general de Sicilia, don Bartolomé Sebastián de Aroyta, que hizo los ejercicios en Mesina en 1549.

Fruto inmediato de ellos fué que se proveyó «que los clérigos que por pobreza no podían vivir sin trabajo de manos, fuesen más ayudados en lo temporal, para que más pudiesen ayudar a las cosas espirituales.» (EN. I, 67).

Añadamos a estos obispos el vicario general de Espira, que hizo los ejercicios en esta ciudad bajo la dirección del Beato Fabro «con más provecho de lo que yo puedo decir» (FM 69), según reconoce el Beato; el vicario general de la diócesis de Patti, que los hizo en Mesina en 1549 (EN. I, 61), y el de otra diócesis de Sicilia, que los practicó en Palermo en 1554 (LQ. III, 164); el vicario general de una de las diócesis de Sicilia (LQ. III, 164); el «visitador general de un obispado de los principales del Reino», que los hizo en Alcalá en 1551, y tendremos todo lo que recordamos haber visto en las fuentes sobre el influjo de los ejercicios en las diócesis a través de la reforma, que efectuaban en sus cabezas.

---

(55) **Ribadeneira, *Historia de la Asistencia*, lib. II, c. 3; *A. R.* Hisp. 94.**

12. No pudo ser muy grande el fruto en relación a la marcha general de los conventos de los religiosos. Fueron pocos los que los hicieron, contentándose la mayoría de los que favorecían los ejercicios con impulsar a hacerlos y crear un ambiente favorable (56). Siendo religiosos aislados los que los practicaron, los retiros influirían más o menos en el aprovechamiento y criterio espiritual del religioso ejercitante, con la consiguiente estela de buen ejemplo que podía dejar en la comunidad. Pero esto, de existir, es una acción indirecta que no podemos precisar. Mayor fué el número de los que entraron religiosos después de ejercicios; pero entraban en muy distintos conventos.

No faltan, con todo, algunos pocos casos en que los ejercicios fueron el medio principal de que se sirvió Dios para reformar algunos conventos de religiosos, o, al menos, para inyectarles nuevo y más vigoroso fervor.

En el monasterio portugués de San Fins se encontraban en 1546 cinco monjes benedictinos (57). Su vida dejaba mucho que desear. Según asegura Paulo III en la bula que anexiona los bienes del monasterio a los del Colegio de Coimbra, llevaban una vida disoluta y deshonesta, no guardándose en el convento la disciplina regular (58). Paulo III, al disolver el monasterio, encomendó a la Compañía la reforma de los monjes que quedaban. Los jesuítas, para cumplir el encargo del Pontífice, les dieron ejercicios.

> Uno de ellos —escribe el H. Juan de San Miguel— «después de haber hecho los ejercicios, anda en la cocina con tanta voluntad que es para mucho loar al Señor en verlo y oirlo. Algunas veces se queja de su vida pasada y dice: «¡Oh Señor, y cómo andaba engañado!» Está aparejado para vivir en comunidad y hace lo que le mandaren.» (59).

Otro convento fué el de Santa Ana, de Tendilla, de la familia de Fray Lope de Olmedo, llamados vulgarmente jerónimos de don Lope o «isidros», rama desgajada de la orden de los jerónimos (60). Fray Pedro de Aragón, monje de este monasterio, hizo los ejercicios en Alcalá. Volvió a su monasterio con propósito de procurar que todos los practicasen. En el monasterio parece que la observancia dejaba bastante que desear (61).

---

(56) Véase el índice y el *Apéndice estadístico* de los religiosos que hicieron ejercicios.
(57) Sobre este monasterio, consúltese Rodrigues, I, 2, 460-62.
(58) «Dissolute et inhoneste ac contra regularia ordinis huiusmodi instituti viventes exstiterant». De la Bula «Copiosus Dominus» de 17 de junio de 1548. La Bula se encuentra editada en Tellez, II, 883-887. El texto citado en pág. 884.
(59) Epp. Mixtae. I, 268. Véase toda la relación en PCh. I, 193.
(60) Tormo, *Los Jerónimos*, 30. Se llamaban Isidros porque se consideraba como casa madre el monasterio de San Isidro del Campo de Sevilla.
(61) Fr. José de Sigüenza, en su *Historia de la Orden de San Jerónimo*, habla con poca estima de esta rama. Dice que «podemos afirmar sin miedo que fué plantación que supo mucho a ingenio de hombre, pues tan pocas raíces echó y tan pronto se acabaron» (I, 408). Pero en concreto, sólo le achaca la pobreza que rayaba en miseria y el haber en ella cristianos nuevos y muy pocos sujetos (II, 165-166), añadiendo que en 1567 «había entre ellos muchos santos y muy discretos» (II, 168).

Al menos allí se encontraba el fraile lego «gran persona y en su aspecto feroz... y muy más feroz en su condición» del que ya hemos hablado varias veces (62) y «no querían ni oir hablar» de ir a hacer ejercicios hasta que se convirtiera ese religioso. Ya hemos tenido ocasión de hablar del profundo cambio que se operó en el dicho fraile. También fué muy grande el efecto que produjeron en todos los demás del monasterio que por fin los hicieron «tanto que —según el P. Castro— cuando los visitadores llegaron ya todos habían cumplido con lo que deseaban». Al principio reprendieron ásperamente a los religiosos por haber hecho los ejercicios, pero después viendo el extraordinario fervor que reinaba en aquel monasterio «cual nunca habían hallado en cuantas casas habían visitado», «fueron los visitadores ablandando y aprobaron los ejercicios con todo lo demás. Sólo condenaron el que los hubieran practicado sin contar con sus superiores, mas la independencia que de muy atrás había entre ellos y sus prelados era en todas las cosas tan grande que no les pareció necesaria para tan santa obra otra licencia que la del Superior que regía su casa.» (63).

Fray Pedro de Aragón no sólo consiguió la reforma de su monasterio por medio de los ejercicios, sino que premeditó otra reforma mucho más importante: la unión de la rama de los «isidros» a la orden de los jerónimos, que llevó a cabo en 1567 valiéndose del rey Felipe II, no sin grandes dificultades, ya que los «isidros» tuvieron que dejar todas las costumbres ajenas al modo de vivir de la orden de los jerónimos y acomodarse en todo a los estatutos de la primera orden (64).

Tal vez sea demasiado decir con el P. Abad que «la reforma del monasterio de Tendilla llevó consigo la de toda la segunda orden de San Jerónimo que por diligencia de Fray Pedro de Aragón el primero de aquella casa que hizo los ejercicios en Alcalá, se incorporó poco después a la primera más observante» (65), pero al menos siempre será una de las glorias de los ejercicios en tiempo de San Ignacio haber avivado y orientado la acción reformadora de Fray Pedro de Aragón, principal fautor de la unión de las dos ramas de jerónimos.

También fueron los ejercicios uno de los principales medios de que se sirvió el santo abad Ludovico Blosio, no digo para reformar su monasterio, pues nunca se conoció en él ni la menor sombra de relajación, sino para acrecentar en él más y más el espíritu y el fervor religioso (66).

El mismo santo abad, después de veinte años de prelacía, se humilló hasta ir a Lovaina a recibir como humilde discípulo los ejercicios; hizo que fueran a hacerlos varios monjes de su monasterio y consiguió

(62) Castro, lib. III, cap. 9 (I, 53r). Desearon expulsar a este religioso varias veces, señal de que la moral no se encontraba del todo relajada. Pero no se atrevieron «por ser de gente principal de Aragón y por haber traído mucha hacienda a la casa y por... (ser) tan terrible».

(63) Castro, lib. III, cap. 9 (I, 53v). Entre las diversas casas que se consideraban en cierto sentido autónomas existía tan sólo un lazo confederativo. Tormo, *Los Jerónimos*, 24-26.

(64) Cuenta esta unión, aunque exclusivamente desde el punto de vista de la primera orden de San Jerónimo. Sigüenza, en su *Historia de la Orden de San Jerónimo*, P. III, lib. 1, cap. 41, 42 (II, 165-170).

(65) Abad, *Un centro ejemplar de ejercicios*, 532.

(66) *Acta Sanctorum*, Ianuarius, I, 443.

que viniera al mismo monasterio el P. Goissons, que los dió a diez de los más jóvenes. Agradecido, escribe al P. Adriaenssens lamentándose de que no se hubiera efectuado eso al principio de su gobierno, y alabando al Señor de que por medio de los jesuítas les hubiera enseñado esta práctica que confía redundará en honor del mismo Dios y salvación de las almas (67).

Tanto apreció este medio de santificación, que determinó no recibir en adelante ningún novicio que no hubiera realizado el santo retiro (EM. III, 559).

No contento con todo esto, envió Blosio a otro abad a Lovaina para el mismo piadoso intento (RCh. III, 284). Tal vez fué este el abad L'Entailleur, que una vez hechos, mandó a casi todos sus monjes a practicarlos (68).

De este modo influyen los ejercicios en el florecimiento de la benemérita orden benedictina en el siglo XVI, principalmente en el monasterio de Liessies.

Podemos constatar que en una ocasión los dominicos usaron de esta arma para la reforma de un convento de su orden, no en el sentido de que los hicieron los que iban a ser reformados, sino los que iban a reformarlos. Sucedió en Valencia en 1556, donde hicieron los ejercicios ocho o nueve dominicos «que habían de ir a reformar un monasterio de su orden» (LQ. IV, 473).

Tales son los casos concretos que conocemos del bien directo que produjo el arte ignaciano en el florecimiento espiritual de los religiosos. Pero debieron de ser bastantes más, ya que Polanco, en la respuesta dada en enero de 1556 al decreto de la Universidad de París, afirma que bastantes monasterios enteros de ambos sexos han sido reformados y confirmados en el espíritu de su vocación por medio de los ejercicios (69).

13. Sin duda fué mayor el número de monasterios de monjas reformados por la acción de los ejercicios, aunque no tengamos noticias precisas de muchos (70). Los principales apóstoles en este orden eran Doménech, Broet y Wischaven. A este número hay que añadir otros muchos monasterios a donde iban los Padres ya desde los primeros años a hacerles algunas exhortaciones, con fruto no pocas veces extraordinario. Cuando estas exhortaciones se repetían bastantes veces —lo que sucede en la mayoría de los casos— es de creer que se desarrollaría en ellas un plan orgánico. Baste citar el caso de Polanco, que en Padua, en 1547, predicaba todas las semanas a las monjas en ocho monasterios (PCh. I, 209). Todo hace creer que se trataba de

---

(67) Carta de Blosio a Adriaensenss copia en *Acta SS.* Ianuar. I, 443.
(68) *A. R.* Hist. Soc. 176, 82r.
(69) *Mon. Ign.*, Epp. XII, 625. Conocemos algunos casos más de monasterios de religiosos que hicieron ejercicios como en Florencia en 1554, que hicieron unos «devoti» religiosos con el P. Coudreto, pero ignoramos el fruto que reportaron.
(70) Cf. Indices de «monasterios» al *Apéndice estadístico.*

esa forma de ejercicios abiertos, que hemos dado en llamar «conversaciones de ejercicios», y que era tan frecuente en aquella época.

No era siempre, ni mucho menos entonces, fácil el dar ejercicios en los conventos de monjas. A veces iban los Padres con la desagradable comisión oficial de reformadores (71); otras muchas, el celo les impulsaba a emplear todos los medios para remediar en la medida de lo posible aquellos centros, que dejaban tanto que desear en punto de disciplina religiosa (72).

Era natural que al acercarse a esa clase de monasterios les recibiesen con desconfianza. En Palermo, en 1548, algunas monjas se mostraron bastante obstinadas con el P. Baroello, y no querían confesarse (PCh. I, 288). Tal vez sea esta la razón porque en algunos monasterios no les proponían las verdades de los ejercicios en la forma indicada en el famoso librito, sino las diluían en pláticas escalonadas. Era mucho más fácil entrar con ellas en plan de sencillos coloquios.

Pero si vencidas las diversas dificultades, conseguían que los practicaran, de ley ordinaria acababan las religiosas por arrepentirse profundamente de su tibieza pasada e iniciaban un nuevo género de vida más conforme con la profesión que habían abrazado. Las monjas de Palermo que acabamos de ver tan obstinadas, se arrojaron a los pies del P. Baroello y se mostraron prontas a dejar el peculio y emprender toda clase de reformas (PCh. I, 288). Las fuentes, después de narrar los ejercicios que han dado en algún monasterio, suelen decir algo de la reforma conseguida en la observancia del instituto (PCh. I, 490), en la práctica de las virtudes y observancia de los votos (73). Pero en vez de multiplicar testimonios más o menos idénticos, preferimos trascribir lo que comunica el P. Doménech a San Ignacio desde Palermo el 4 de julio de 1547, por ser un ejemplo típico del efecto que producían los ejercicios en los conventos de monjas.

> «Yo les he dado los ejercicios y ahora entiendo en confesarlas generalmente. Es cosa para mucho alabar a Nuestro Señor por la mutación grande que han hecho y lo mucho que se han aprovechado y cada día se van más aprovechando... Por gracia del Señor no solamente se ha remediado de perdida que era, mas espero que quedará en tan buenos términos que será para dar también a los otros monasterios los lloros grandes y penitencias y deseos tan crecidos que tienen de servir al Señor sería muy largo de escribir. Excepto dos o tres, todas las otras, que son cerca de treinta por gracia de Dios se son tanto reducidas que parecen unas magdalenas.» (LQ. I, 49).

Compárese esto con lo que el mismo Doménech escribe sobre el estado anterior del convento, y se verá la grande trasformación operada por los ejercicios:

---

(71) Así fueron a Siena Broet y Simón Rodrigues mandados por Paulo III a instancias del Arzobispo de Siena y de Ambrosio Catarino a reformar un monasterio. Epp. Broeti, 510; en Sicilia, Doménech y Nadal fueron comisionados por el virrey Juan de Vega para poner en ejecución los decretos de reforma dados por él. Polanco, *Chron.* I, 287.

(72) Sobre el estado de los religiosos y religiosas, cf. Saudrau, *La piété*, 492-538. Para Portugal, véase Rodrigues, I, 1, LXI-LXV; para Bélgica, Poncelet, I, 24-25; para Italia, Tacchi Venturi, I, 1, 69-75; para España, Astrain, I, 2 ed. LXXXI-LXXXII.

(73) Polanco, *Chron.*, I, 83; II, 53, 54; IV, 510.

> Estaba el monasterio —escribe— «tan mal gobernado que si presto no se remediaba, pasaba a mi juicio peligro de deshacerse y perderse esta tan santa obra... El monasterio era muy trabajoso de ser gobernado así por la gran discordia que en él había entre las monjas y las abadesas, como [por] que las más estaban descontentas y con voluntad de quererse ir y el pueblo había perdido casi toda la devoción a este monasterio por los rumores que de él eran esparcidos.» (LQ. I, 48).

A modo de confirmación vamos a trascribir una descripción llena de vida y realismo sobre el convento de Parma, escrita por un testigo presencial, el P. Laínez:

> «Un monasterio de la orden de San Benito el más rico de esta tierra, me envió a rogarles que les predicase una vez y fuí a predicarles seis veces... En este medio iban a informarles y solicitarles de los ejercicios una secular, sobrina de la abadesa y un sastre del monasterio a los cuales D. Paulo [Achilles] había dado los ejercicios y de tal manera las movió Nuestro Señor que a la última prédica dijo una que me quería parlar y vienen tras ella hasta catorce y me dicen que quieren los ejercicios. Y yo sin más consultar les doy un ejercicio y doy orden con ellas que D. Paulo irá a dárselo: *et ita factum est*. Son ya confesadas conmigo siete... No podría decir el fruto que han hecho en el conocimiento y lágrimas y mutación de vida. Quieren todas estar *in communi*, privarse de todas las cositas. Cuál quiere dar el armario a la enfermería, cuál el cofre a la sacristía. No quieren labrar cosas curiosas, no quieren literas ricas, *ut olim*. Están contentísimas de la religión obedientísimas a todo, hecho paces, todas puestas en vencer sus voluntades y las tentaciones y en continuar la oración y los ayunos y disciplinas de la regla... Han tenido contradicción grandísima así del confesor... como de las más antiguas... Ahora ya el confesor disimula y las otras callan. Imo las más contrarias están casi para comenzar.» (LM. I, 5).

14. El efecto principal y más importante de los ejercicios fué este fermento de piedad que metía en medio de la sociedad a través de la espiritualidad más íntima y orgánica que se iba desenvolviendo en los ejercitantes y con el que contribuyó tan eficazmente a la reforma de las diversas instituciones. Fenómeno interno, incontrolable por ello en toda su amplitud y profundidad, y que sólo se puede apreciar incompleto y fragmentario a través de algunos de los efectos que producía.

Esta trasformación interna, con ser el principal fruto, no fué el único. No faltan algunas obras externas, más o menos estables.

Orlandini, simplificando tal vez demasiado la compleja realidad histórica, considera como fruto de los ejercicios la fundación de los colegios de Valladolid, Alcalá, Murcia, Cuenca, Granada, y la primera idea del colegio de Perusa (74).

Las fundaciones de los colegios eran ordinariamente producto de

---

(74) Orlandini lo afirma de Valladolid en lib. V, n.° 78, de Alcalá en lib. IV, n.° 55, y del edificio material de Alcalá en lib. IX, n.° 70; de Murcia, lib. VIII, n.° 63; de Cuenca, lib. XIV n.° 76; de Granada, lib. XIV, n.° 86; de Perusa, lib. VIII, n.° 63.

varios factores, a veces muy complejos. Pero no se puede dudar que en los colegios de que habla Orlandini, es donde intervinieron más directamente los ejercicios.

El carácter del influjo fué muy distinto. En los dos primeros sitios, Alcalá y Valladolid, fueron los jesuítas los que promovieron la fundación. Cuando se presentaron no tenían ni renta alguna ni casa apropiada. Pero Fabro, en Valladolid, dando ejercicios a los señores principales de la corte creó el ambiente favorable en el que pudiera desarrollarse y florecer el colegio (75); y Villanueva, en Alcalá, usó de los ejercicios para ganar personas amigas que hicieran posible la estancia en aquella Universidad. Así Dios suscitó al gran bienhechor Dr. Ramírez de Vergara, que consolidó la fundación y edificó el colegio (76).

De modo mucho más directo influyeron los ejercicios en el colegio de Murcia. Don Esteban de Almeida, obispo de Cartagena, de quien dependía Murcia, hizo ejercicios en esta ciudad. Después de ellos, todo se le iba en pensar en las medidas que debía tomar para agradar a Dios lo más posible y procurar el bien espiritual de su grey. Le pareció medio muy apto el fundar una casa de Padres jesuítas, lo que realizó en seguida, con gran contento de todos (77).

Muy parecidos fueron los primeros pasos del colegio de Cuenca. Lo cuenta así el P. Carvajal en carta a San Ignacio, de 31 agosto del año 1554:

> «Un canónigo de esta santa iglesia de Cuenca que se dice Pedro del Pozo, olim harto adversario nuestro, tocado de la mano del Señor vino al conocimiento de la verdad y hechos los ejercicios en Alcalá algunos días ha, una casa que tenía labrada muy a su propósito con jardines y fuentes determinó de dedicarla a aquél de cuyo sudor se había labrado (78) y tratando su propósito e intención con el Padre Villanueva, hizo donación delante escribano de esta posesión y de otros solares y casas que junto a ella tiene, con concierto de hacernos también una iglesia y con ánimos y voluntad muy constante, dándole Dios vida, dejarnos renta para fundación de un colegio, en lo cual ahora está más firme.» (79).

Edificó de hecho la capilla, que se inauguró en marzo de 1555, pero no pudo satisfacer sus deseos de constituir un colegio con renta fija, viviendo los Padres que allí residían de limosnas de los amigos.

El colegio de Granada fué fruto del entusiasmo que despertaron los sermones del P. Basilio, el movimiento de regeneración espiritual suscitado por los ejercicios dados por diversos Padres de la Casa y la generosidad del ilustre arzobispo de Granada, don Pedro Guerrero (80).

También se manifestó al exterior el fruto recogido en aquellos

---

(75) La fundación de este colegio puede verse estudiada en Astráin, I, 267-268. Es historia bastante oscura, como reconoce el mismo Astráin, 268.
(76) Véase Astráin, I, 264-266; 342-343.
(77) Polanco, *Chron.*, I, 310-311; Antonio Fr. *Historia de la Provincia de Toledo*, capítulo 28, pág. 63.
(78) Esta frase oscura parece indicar —así juzgan los editores de *Monumenta*— que se había construído la casa con rentas eclesiásticas. LQ. III, 86 nota 3.ª En este caso la donación sería una restitución.
(79) Litt. Quadr., III, 86, 87. *Sobre la fundación de este colegio*, cf. Astráin, I, 422, 423.
(80) Astráin, I, 433-436.
(81) Castro, lib. XII, cap. 16 (II, 239r).

pocos días de retiro ignaciano, en obras de la más variada índole. Así, el canónigo Pedro Manrique se dedicó después de los ejercicios a obras de caridad.

Entre éstas una de las principales fué la de «amparar a los ordenandos pobres que sabía que eran virtuosos y serían de provecho a la iglesia y a la salvación de sus prójimos buscándoles capellanías y beneficios.» (81).

El grupo de sacerdotes ejercitantes de Toledo, en una gran peste que se declaró en la ciudad, «se juntaron... a hacer un hospital de nuevo por no caber en los demás, para el cual una mujer rica y muy sierva de Dios les dió una casa para curarlos» (82); en Ferrara, en 1551, una viuda nobilísima llamada María Frasona del Gesso, determinó, a raíz de los ejercicios, levantar y fundar con su capital un monasterio de mujeres, empezando en seguida a poner en ejecución su intento (LQ. I, 514); y el conde de Melito levantó el pabellón de la casa de ejercicios de Alcalá, de que hemos hablado en el capítulo anterior (83).

Laínez fundó en Brescia, con el consentimiento y aprobación del vicario de la Diócesis, una especie de asociación con diez o doce sacerdotes que habían hecho los ejercicios, reuniéndose éstos semanalmente para orar en común y tratar del aprovechamiento propio y del de los prójimos (PCh. I, 131). Y en Parma, el mismo Laínez, con el Beato Fabro, si es que no fundaron en aquella ciudad una asociación de la doctrina cristiana, al menos la dieron nuevo impulso y vida (FM. 37).

15. El fruto, por su mismo carácter interno y espiritual necesitaba ser cultivado para que no fuera pereciendo. Ya en los primeros tiempos se dieron cuenta de la conveniencia de este ulterior trabajo para consolidar el fruto, y aunque no encontramos ningún trabajo orgánico de perseverancia, ni mucho menos, vemos que ya se preocupaban del problema.

En los mismos ejercicios planteaban ya la cuestión y procuraban hacer reflexionar al ejercitante sobre los medios que debía de tomar para perseverar en el tenor de vida allí proyectado. Doménech dió a las reclusas en el monasterio de convertidas de Palermo, después del retiro allí tenido, «algún orden y regla de vivir», y las encomienda «a algún buen confesor» (LQ. I, 48). El Beato Fabro dió en Parma, como recuerdo de los ejercicios, un «orden y ayuda de perseverar en la verdadera vida cristiana y espiritualidad» (FM. 39-43). Conservamos también otras dos instrucciones que dió el Beato probablemente durante el retiro, para que el ejercitante tuviera una base a que adaptar su vida futura y una norma a la que pudiese recurrir después para ver si la vida que llevaba se ajustaba al ideal de los ejercicios (84).

---

(82) Castro, lib. II, cap. 10 (I, 24r).
(83) Cf. cap. IV. n.º 9.
(84) Una instrucción se encuentra editada en *Fabri Mon.*, 119-125. La segunda se encuentra todavía inédita en *A. R.* Inst. 221. f. 209v-211v.

En ellas el Beato Fabro recuerda el fin que ha de presidir todas las acciones (FM. 124) y el orden que ha de haber en ellas para que queden reguladas según Dios (FM. 43).

Indica después varias prácticas para la nueva vida que ha de emprender el ejercitante: un cuarto de hora de examen de conciencia antes de acostarse «en perpetuo»; destinar un tiempo determinado a la oración, fijarse también fechas fijas para confesarse y comulgar. Insiste en que continúen instruyéndose religiosamente, recomendándoles que se hagan con un catecismo. Les estimula el celo de la salvación de las almas. Lo importante es que a lo largo de toda su vida procuren «caminar por la vía de la salud, ordenando de grado vuestro vivir espiritual.» (FM. 43). Para que el ejercitante pueda más fácilmente ir viviendo en la práctica este ideal, propone en la Instrucción diversos principios de perfección, precioso ramillete de las verdades fundamentales de los ejercicios. Refrescándolos mediante la lectura de «este modo de vivir» y sobre todo asimilándolos en la oración y teniéndolos por norma en la práctica de la vida ordinaria, se mantendrán fácilmente en el ambiente cálido de los ejercicios.

Domina en estas máximas (FM. 41) la necesidad del esfuerzo, el dejarse de actitudes medias, el avanzar siempre, y como «suma gracia», el mantenerse «siempre» en estado de tener hambre y sed de la justicia (FM. 123), es decir, desear vehementemente saciar su mente con el conocimiento de las cosas divinas, y su corazón con el sentimiento de las cosas espirituales.

Estos medios y estas máximas tenían que ayudar al ejercitante para mantenerse después en esta tensión de espíritu y avanzar continuamente en el camino de la perfección.

También Laínez pensaba en el porvenir de sus ejercitantes y procuraba asegurar el fruto. Escribiendo de Reggio Emilia el 2 de enero de 1541, comunica a San Ignacio:

«Algunos sacerdotes que han hecho los ejercicios quedan bien edificados, aunque no tanto que basten a tener en pie las confesiones comenzadas. Tamen me han prometido confesarse con otros buenos religiosos y de muchos creo que lo harán, de muchos dudo.» (LM. I, 17.)

Villanueva, según el P. Castro

«solía dar a los que se habían ejercitado una consideración para el desprecio del mundo, como un presupuesto que habían de tener en todas sus cosas» siendo este presupuesto que el mundo es un destierro «de suspiros, trabajos y pena» como consecuencia del pecado original. En consecuencia «justo es que nos armemos para llevar la cruz y sufrir los trabajos.» (85.)

Por su parte, los directores procuraban ayudarles aun en los trámites externos cuando la índole del asunto lo requería.

El P. Coudreto escribe a San Ignacio sobre un exreligioso que quiere volver al buen camino. San Ignacio le responde que puede venir a Roma a hacer ejercicios y que después procurará ayudarle para la ejecución de los buenos propósitos que hará aquellos días,

(85) Castro, lib. VIII, cap. 4 (I, 245v).

sin duda el volver a la antigua religión. Procurará a mayor gloria divina el que sea aceptado otra vez, pero no puede prometer lo que no está en su mano, es decir, el que de hecho sea recibido. (MI. Epp. X, 656).

No se contentaban con procurar durante los ejercicios proponer los medios conducentes a la consolidación del fruto, sino que se industriaban según las posibilidades concretas de cada caso, para no perder el contacto con los antiguos ejercitantes, ayudándolos espiritualmente dentro de lo posible.

El infatigable Villanueva «procuraba con cartas renovar [el fruto] que habían sacado [en los ejercicios] y alentarlos a la perseverancia, sin temor del qué dirán» (86). El benemérito P. Castro, de quien tomamos esta noticia, copia a continuación una carta que escribió a un canónigo de Cuenca «para que con un ejemplo se colija lo que hacía con los demás».

En ella se alegra con él por la edificante vida que lleva hasta el presente, le estimula «a que vaya adelante como fiel siervo de Dios», a «que prosiga lo comenzado con grande fervor porque... no el que bien comienza sino el que bien continúa y persevera será salvo»; le recuerda algunos sentimientos de los ejercicios: «No tenga vergüenza de servir a Dios quien no tuvo vergüenza de ofender; en la frente trae la cruz. No la quiera encubrir, sino sea muy al descubierto siervo de Dios, si se acuerda haber sido al descubierto siervo del mundo»; y acaba con esta recomendación final que es todo un programa de vida espiritual basado en uno de los puntos básicos de los ejercicios: la íntima compenetración con Jesucristo íntimamente conocido y profundamente amado: «Jesucristo —dice Villanueva— nunca se aparte de nuestra memoria porque en Él siempre pensemos, ni de nuestro entendimiento porque a Él siempre entendamos y conozcamos y mucho menos de nuestra voluntad porque a Él siempre amemos y su santa voluntad siempre hagamos. Amen. Amen.»

Un eco de la misma práctica vibra en una carta de Canisio cuando dice que un párroco le prometió escribir todos los meses sobre el estado de su iglesia y el fruto que obraba en los suyos (LQ. I, 481).

El P. Bautista Barma visitaba en sus viajes a los ejercitantes de Alcira para estimular a los negligentes —como dice Polanco— y confirmar a los que corrían en el camino del Señor (PCh. III, 382).

El P. Manuel López no se contentaba con confesar a sus antiguos dirigidos, sino que fomentaba el trato personal yendo a sus casas y comiendo con ellos (87).

Sin duda que, dada la debilidad humana, no faltarían defecciones, pero no eran raros los casos en que los directores, al volver a encontrarse con sus antiguos ejercitantes, veían con gran alegría el fruto de su antiguo trabajo.

Oigamos la escena que, según cuenta el P. Castro, sobrevino al

---

(86) Castro, lib. VIII cap. 4 (I, 244v).
(87) Polanco, *Chron.*, V, 456; Epp. Mixtae I, 138; Epp. Nadal, I, 96.

P. Guzmán con un antiguo ejercitante, el cual, antes de los ejercicios, sufría mucho internamente. Dice así:

> «Topóle [al P. Guzmán] aquel hombre en la calle y como le vió arremetió a sus pies y hincado de rodillas se los quiso besar. El Padre le levantó y preguntó qué era aquello. El dijo: ¿«no se acuerda Venerable Padre, de un hombre que confesó tantos años ha...»? El Padre le reconoció. «Pues sepa, Venerable Padre, dijo que desde entonces no he sentido cosa de aquello sino antes vivo consolado y quieto con deseo de servir a Dios y así se despidió de él.» (88).

De las monjas benedictinas reformadas en 1539 en Siena por los Padres Broet y Rodrigues, escribe Polanco en su Sumario español de 1548, que se redujeron a tan ejemplar y religiosa vida que «hasta hoy dura el olor de ellas mucho bueno» (FN. 212); en 1547, en Valencia, se escribe de algunos antiguos ejercitantes, «personas muy devotas y de mucho espíritu», que perseveran mucho en el servicio de Nuestro Señor (EM. I, 413); en 1550, en Bolonia, se alaba la heroica paciencia con que una noble mujer, antigua ejercitante, soportaba una enfermedad entre continuos y acerbos dolores; se pondera cómo mientras le permitió el estado de su salud comulgaba todos los días, dedicándose a la piedad y a diversas obras de caridad (EM. V, 703).

De otros, como del sacerdote Francisco Calza, se asegura que han ido avanzando en espíritu. Seis meses después de haber practicado los ejercicios con Doménech, se encontró con Estrada, quien comunica así a San Ignacio la impresión que le produjo:

> «Mosen Calza... está tan mudado a mi parecer del tiempo que aquí le dejó Mto. Gerónimo [Doménech] que es para alabar a Nuestro Señor. Ha estado aquí en casa [en Lovaina] con nosotros cada día al comer y cenar y conversar, así como cada uno de nosotros. Hase mucho confirmado en sus buenos propósitos e intenciones, habiendo llevado algunos postpastos y postcenas paseándose por esta huerta de nuestra casa. Yo le dejo muy encomendado a este nuestro Padre Mto. Cornelio [Wischaven], con el cual se confesará cada semana.» (EM. I, 138).

Todavía en 1600 se atribuye al fruto de los ejercicios el estado espiritualmente floreciente del monasterio de Liessies, en donde el santo abad Blosio había hecho del método ignaciano uno de los sillares de su formación y vida espiritual (89).

Con este solícito cuidado iba madurando la semilla de los ejercicios depositada en los feraces campos de la Europa católica y en los vírgenes de Asia y América; e iban ya apuntando los frutos primerizos de este providencial medio suscitado por Dios para la regeneración espiritual del mundo.

---

(88) Castro, lib. X, cap. 9 (II, 113).
(89) Manare. Commentar, 18.

CONCLUSIÓN

Amor a los ejercicios, el secreto de su primera dilatación. Expansión de los ejercicios en las diversas naciones. Principales directores. Método seguido. Notas distintivas de este período: ejercicios individuales y acción regulada por el propio San Ignacio.

Antes de poner fin a nuestro trabajo se impone una mirada de conjunto para poder más fácilmente recopilar el fruto.

Ante todo llama la atención el carácter familiar y doméstico que informa la práctica en este período. Los jesuítas aman los ejercicios. Están íntimamente persuadidos de su eficacia y profundamente agradecidos a Dios y a San Ignacio por el bien que han obrado en sus almas. He aquí la clave de la propaganda. Junto a otras ocupaciones mucho más brillantes, irá creciendo la humilde flor de los ejercicios espontáneamente, casi insensiblemente. Después de un fatigoso día en el duro trabajo de las clases, o en mil variadas ocupaciones, sienten necesidad de desahogo espiritual. Y éste lo encuentran en las íntimas conversaciones con los ejercitantes.

No busquemos ningún Padre que tenga por oficio único o principal el dar estos retiros. No es un oficio que se impone. Es un anhelo que se ansía saciar. Por ello los ejercicios van ligados al paso de la Compañía de Jesús. Siguen la línea de sus triunfos y fracasos.

Tampoco nos esforcemos por dar con métodos complejos o tendencias bien definidas. No hubo entonces estudios profundos de sistemas, ni exposiciones de teorías. Ni siquiera conocemos unos comentarios escritos. Tan sólo un texto y unas normas sencillas para darlos. La práctica era brote espontáneo de la vida que bullía dentro. Como esta vida se debía a un mismo Padre y se había desarrollado en un mismo ambiente y educación espiritual, el fruto tenía que tener en todos las mismas características.

Es todavía un período espontáneo. No ha llegado la época de reflexionar sobre la acción. Les bastaba volcar en el molde de las sencillas normas del texto y de los *Directorios* el caudal de vida y doctrina espiritual, represado por efecto de los mismos ejercicios.

San Ignacio, más que dar normas teóricas, procuró que vivieran prácticamente su espiritualidad. Se puede aplicar a todos los directores formados en Roma lo que el docto profesor de Ascética de la Universidad Pontificia de Salamanca juzga de la formación que el

santo fundador dió en París a sus primeros compañeros, que los formó «con cuidado especial, como se cuidan las plantas que se destinan a producir semillas para otras nuevas» (1). Eran semillas que llevaban en sí la esencia y la vitalidad de los ejercicios. En sus frutos es donde debían mostrarse éstos en toda su plenitud y fuerza.

La curva del avance del nuevo método ignaciano fué idéntica a la de la expansión de la Compañía. Primero un rápido penetrar en nuevas naciones y ciudades. Después vino el intensificar y organizar la actividad en cada uno de los centros ya establecidos. Para 1541 se habían extendido por Italia, Francia, Alemania, España y Portugal. En 1543 entran en el importante centro cultural de los Países Bajos, Lovaina. Ya para 1545 se dan en la India, y en 1549, en el continente americano. Poco antes de la muerte del fundador, en 1555, penetran en el lejano Japón.

Pero no siguen la misma trayectoria en todas las naciones, teniendo en general mucho más aceptación en las regiones católicas del Sur que en las del Norte, donde se estaba librando la tremenda batalla del protestantismo contra el catolicismo.

En Alemania se dan los primeros años en bastantes localidades, gracias principalmente al fructífero paso de los dos saboyanos Fabro y Jayo. Después se concentran casi exclusivamente en un solo centro, Colonia, y se simbolizan en la fecunda y organizada actividad de un hombre: Leonardo Kessel.

En Francia, apenas salen de París, en donde florecen de modo admirable en medio de las espinas de un ambiente poco favorable y entre torbellinos de no pocas contrariedades; *en los Países Bajos* adquieren gran influjo entre el elemento universitario de Lovaina; *en las misiones de América* no llegan por entonces a tomar consistencia, y *en la India,* después de un período bastante floreciente, desaparecen casi por completo con la muerte de su insigne propulsor San Francisco Javier.

Se desarrollan de modo mucho más próspero en el centro y norte de *Italia.* Llevados primero por el propio San Ignacio, luego por el celo proselitista de Fabro y Laínez, y gozando en Roma de la presencia del autor de ellos, siempre encontraron tierra propicia, sobre todo desde el establecimiento de las casas de Bolonia, Ferrara, Florencia y Venecia, que fueron fecundos, y en largas temporadas continuos centros de ejércitantes. *En Sicilia* sigue la marcha del nuevo método el paso de los PP. Nadal y Doménech, floreciendo en el sitio y tiempo en que los dos celosos apóstoles permanecen en ella.

Singular importancia tomaron los ejercicios *en Portugal.* Llevados allá por el P. Simón Rodrigues ya en 1540, fueron un fermento de renovación espiritual de la corte y nobleza portuguesas, un poderoso medio para atraer hacia la Compañía la protección de aquellos poderosos magnates. Por medio de los misioneros rurales entraron tam-

(1) Claudio de Jesús Crucificado, *San Ignacio, formador de conciencias,* 16...

bién en los más apartados pueblos, santificando aun la capa más popular de la nación.

En España, la patria de los ejercicios, los dió ya San Ignacio en 1522. Más tarde, en 1543, el saboyano Beato Fabro atravesó nuestra patria, fecundando con ello el feraz suelo español. Su semilla se desarrolló en España en tiempo de San Ignacio con más pujanza que en otras partes. Borja y Villanueva, aunque de modo distinto, fueron los dos grandes apóstoles españoles del método ignaciano. Alcalá fué el centro más importante. Se ejercitaron en él bastante más de mil personas, principalmente estudiantes, catedráticos y sacerdotes. Las casas de Salamanca, Valencia y Sevilla, aunque no se pueden comparar con Alcalá, no van en zaga con los centros más prósperos de las demás naciones. Tenemos además el testimonio explícito de San Ignacio, conservado por el P. González Cámara, de que el modo que se tenía «de darlos [en España] al principio, in genere es bueno» (FN. 676).

Esta expansión no se efectuó con un grupo de apóstoles dedicados exclusivamente a este ministerio, sino con *la colaboración de muchos* que, en medio de otras mil ocupaciones, aprovechaban ratos sueltos para propagarlos y darlos.

Estudiantes, predicadores, profesores, todos aportaban su granito de arena a la obra común. Muchos hacían muy poco, tan poco que no les pareció a los contemporáneos consignarlo.

Consecuencia de esta múltiple actividad es que *cada uno relativamente daba a pocos*. Aun así y todo no faltaron algunos apóstoles de extraordinaria talla, como San Francisco de Borja, el Beato Fabro, Doménech, Villanueva, Broet y Nadal. En San Francisco Javier y en el P. Laínez bulle también un entusiasmo y amor encendidísimos por los ejercicios, y aunque hicieron mucho por ellos, Dios no les puso en circunstancias de poder realizar todo lo que hubieran deseado.

También son dignos de mención por la propaganda incesante, incluso entre los jesuítas, los Padres Mirón, Oviedo y Jayo; por los triunfos oratorios y conmociones estrepitosas que obraron con los ejercicios de la primera semana dados directamente o predicados, los Padres Estrada y Landini; por el trabajo silencioso, constante y eficaz, los Padres Jayo, Salmerón, Kessel y Viola. Ni conviene olvidar a los Padres Oviedo y Wischaven, que atraían no menos con la santidad y simplicidad de sus personas que con las verdades del inmortal librito.

El amor intenso y práctico de Polanco al arte ignaciano ha quedado bien patente en esta obra. Es difícil determinar lo que le pertenece en la ingente labor de San Ignacio, pero creemos que aunque no se pueda precisar y controlar su anónimo trabajo, no se puede dudar que desde el oscuro rincón de Roma fué uno de los principales y más influyentes apóstoles que tuvo la naciente Compañía en este sector.

Con el tiempo no sólo fueron ganando los retiros en extensión: *fueron haciéndose más regulares*. Faltaron en los primeros cinco o

seis años de expansión muchos elementos externos, prevaleciendo los ejercicios abiertos. Con el establecimiento de los escolasticados, y sobre todo de los colegios, principalmente desde que, gracias a la orden de San Ignacio, de 1553, se procuró compaginarlos con la actividad escolar, se normalizó mucho más su práctica, aun en los elementos externos y accesorios, convirtiéndose los principales colegios en centros a donde de modo regular y periódico acudían los ejercitantes, y aun llegándose en Alcalá a la fundación de una verdadera casa de ejercicios iniciada hacia 1546, base de las futuras organizaciones y del futuro método que se puede sintetizar en esta expresión: apoyarse en centros fijos, como colegios, escolasticados, no en personas determinadas, como en los primeros años.

El nuevo método *respondía a una necesidad apremiante* que sentían todos los varones espirituales, de una más profunda y consciente renovación espiritual. Las personas a quien llegó su saludable efecto los recibieron con entusiasmo y encontraron allí el remedio tan añorado y apetecido. Papas, cardenales, obispos, renovadores, los favorecieron de todos modos posibles. Religiosos, sacerdotes, se convirtieron en fervientes colaboradores; poderosos príncipes prestaron su poderosa protección. Gracias a este círculo de favores y éxitos pudieron tan fácilmente abrirse camino en aquella turbia época. No faltaron fuertes borrascas, principalmente en España, sin lograr, empero, interrumpir su marcha triunfal.

Los ejercicios *producían una honda trasformación espiritual.* Fueron el fermento de renovación religiosa en muchos centros relajados, proporcionaron la paz del espíritu a innumerables almas y encauzaron el tenor de vida de muchos desorientados. Gracias a su benéfica acción en muchos monasterios volvió a florecer la más estrecha observancia regular, y en muchos sacerdotes se encendió un ardiente celo por el bien espiritual de las almas. Para no pocos médicos, abogados, hombres públicos fueron el medio providencial que pacificó sus conciencias y trasformó su vida, trascendiendo su reforma en la de las familias e instituciones a ellos encomendadas. En la paz del retiro ignaciano varios obispos trazaron un programa de renovación espiritual de sus diócesis.

La semilla de los ejercicios fecundizó miles de almas. Sólo Dios sabe el fruto que produjo. En el corto espacio que historiamos, no hubo tiempo para que aflorase todo el polen. Pero basta el que llegó a germinar, para hacer ver la vitalidad y fuerza de la simiente que, viva y fecunda, pululaba en miles de corazones. Querer encerrar en cifras y números la acción del prodigioso sistema ignaciano, es querer medir con medidas humanas una de las acciones más íntimas y divinas de Dios en el reino de las almas.

Una de las notas más distintivas de los ejercicios de aquella primera época, base del método que se empleaba, era el *practicarlos individualmente,* aunque no faltaron algunas tandas colectivas en monasterios a religiosas. De ahí la continua adaptación a las necesidades concretas y actuales del dirigido, el ambiente íntimo y familiar en

que se movían director y ejercitante. Nada de ampulosos sermones o piezas oratorias trabajadas con precisión y elegancia de orfebre, sino sencillas conversaciones, en las que se explanaba la materia de la meditación en la medida necesaria para que el dirigido encontrara pábulo para su trato con Dios.

Los principales pasos de *la trayectoria del método ignaciano* eran los siguientes: comenzaba el director abriendo el libro de los ejercicios, para escoger de él lo que indicaba San Ignacio se practicara en aquellas circunstancias concretas. *Enseñaba a orar* según los diversos modos indicados en las anotaciones y reglas varias; *explanaba las meditaciones* en la medida conveniente para poder conseguir el fin que se quería pretender, escalonando gradualmente los diversos actos según el fruto propuesto, hasta llegar al más alto que se podía alcanzar entonces; *instruía gradualmente* en la vida espiritual, según las necesidades y exigencias determinadas del dirigido, iluminando con la luz de los principios ignacianos sus problemas espirituales; *orientaba y guiaba* en el camino de la vida espiritual, a medida que se iba avanzando en él en el curso del retiro, procurando en todas las meditaciones, instrucciones, coloquios y visitas prevenirle contra las asechanzas de Satanás y ponerle en contacto con Dios Nuestro Señor, dejando «inmediate obrar al Criador con la criatura y a la criatura con el Criador y Señor»; en una palabra, *proponía de modo gradual y sistemático*, acomodando al sujeto las verdades del pequeño pero fecundo libro del modo más apto para conseguir el fruto propuesto.

* * *

El carácter que distingue esta época y la da cierta primacía sobre todas las demás, es la de haber sido *regulada en sus líneas generales por el propio San Ignacio*. Hubo temporadas en que periódicamente, cada ocho días, se le comunicaba el número de los ejercitantes.

Porque San Ignacio fué mucho más que mero autor del libro regulador del método. Fué el iniciador y regulador de la práctica, el *maestro de los directores*. Tanta importancia dió a esto que se reservó él su formación, a pesar de que para ello tuvo que hacer el doloroso sacrificio de coartar su actividad directa como moderador de retiros.

Convirtiéndose en director de directores, perpetuó la legitimidad de su método, empleando el medio que le pareció más apto para evitar posibles adulteraciones. Inyectó su espíritu, esencia de su método, en sus hijos los más queridos y de los que más se fiaba, para que éstos pudieran luego, a su vez, trasfundirlo a sus sucesores. Es que su libro no puede tener secretos para ninguno que esté plenamente imbuído de su espíritu y que ajuste sus criterios y sus ideales a los principios en él encerrados. Siguió un *método por decir así «vital»*. Nada de normas estereotipadas. No quería hacer autómatas, ni mecanizar la realidad. Su sistema: formar hombres capacitados que aplicaran su método en cada caso del modo más conveniente. Se fía de sus hombres. Con su exquisita prudencia y discreción, con su profundo cono-

cimiento de los espíritus, y sobre todo con aquella celestial luz que Dios infundió en él, proporcional a la gracia que había querido concederle como autor y maestro de aquella providencial práctica, fué enseñando a sus mejores hijos el arte de dirigir las almas y llevarlas a Dios a través del camino de su método. Cuando contemplemos las maravillas que obran esclarecidos directores como Fabro, Estrada, Laínez, Doménech y tantos otros, no nos olvidemos que eran aprovechados discípulos suyos.

San Ignacio fué *un dinámico propagandista* de los ejercicios. Con un prudentísimo tira y afloja, unido a su irresistible atracción, indujo a no pocos a hacerlos. Con toda la fuerza de su carácter que, volcada en este empeño, se manifestó en reiteradas insistencias, avisos y órdenes, espoleó el celo ya ardiente de sus hijos hasta conseguir ver esparcida la benéfica semilla en las principales regiones de la antigua Europa romana, y aun en puntos avanzados de Asia y América.

San Ignacio hizo de los ejercicios *uno de los principales ministerios* de la Compañía. Supo limar las diferencias que se suscitaban en el acoplamiento con las demás actividades y consiguió que tomaran carta de ciudadanía aun en la agitada vida de los externados. Experto piloto, vigiló en cada momento su marcha, dando la voz de alerta en los momentos de peligro, dirigiendo siempre con pulso seguro todos los movimientos, sobre todo en las furiosas tempestades que amenazaban hundirlos, buscando el resguardo seguro de la aprobación pontificia y el poderoso auxilio de importantes personajes.

San Ignacio, sobre todo, *vivió la vida de los ejercicios*. Fecundó su actividad con la fuerza que emanaba de esa vida y supo formar un cuerpo acomodado, a través del cual irradiara al exterior la vitalidad que pululaba en lo más íntimo de su ser. Si los primeros jesuítas inflamaban el mundo con su celo, era porque en sus encendidos corazones bullía el fuego de los ejercicios. Si iluminaban las inteligencias y dirigían las voluntades de las personas más dadas a la vida espiritual, era porque poseían la diáfana luz de la doctrina de los ejercicios. Si santificaban a las almas más ansiosas de escalar las cumbres de la perfección, era porque habían antes experimentado en sí mismos los saludables efectos de aquella fuente de purísima santidad. Si la Compañía de Jesús iba creciendo y desarrollándose cada vez con más fuerza y pujanza, se debía también a esta poderosa arma que constantemente la reclutaba nuevos miembros, y sobre todo iba inyectando nueva fuerza y vigor en su joven organismo.

A su vez, *los ejercicios deben su conservación a la Compañía de Jesús*. San Ignacio supo encontrar en ella el modo práctico de perpetuarlos. Si no hubiera fundado ese cuerpo estable y duradero de directores encuadrado en su pujante Orden, si no hubiera plasmado en las Constituciones y vida de la Compañía el modo concreto de llevar a la realidad los fecundos principios de los ejercicios, muy difícilmente se hubiera conservado su práctica, al menos en su integridad y pureza originales.

Porque los ejercicios no son un libro muerto. Llevan dentro de sí

una vida que San Ignacio comunicó a sus hijos, y que por medio de ellos ha ido llegando hasta nosotros en sucesivas oleadas.

Este fué San Ignacio para su gran obra: el autor, propagador, director y orientador, el maestro de los mismos directores, el padre que dió el ser a los ejercicios e infundió en ellos la fuerza que asegurara su genuina conservación.

Tan extraordinaria energía no pudo haberla desarrollado sin una vocación especialísima y singular de Dios. Pío XI, al declararle solemnemente Patrono Universal de todos los Ejercicios Espirituales, no hizo más que refrendar con su autoridad apostólica la existencia de esa sublime vocación especial.

APENDICE I

INSTRUCCIÓN DE SAN IGNACIO A LOS JESUÍTAS DE PORTUGAL

(Fecha incierta, aunque parece ser de los primeros años,) Editado en MI. XII, 293.

✠ *A los nuestros de Portugal, para guardarse y aprovecharse in Domino.*

1. Yo, con aquella seguridad que de vosotros tengo, y teniendo por cierto que mis palabras serán tomadas con la misma intención y sana voluntad con que las escribo, diré algunas cosas en modo de advertir como a mi ánima misma advertiría.

2. Si yo allá me hallase, procuraría de escribir primero lo que después habéis de predicar, y no predicando cosas dubias, ni en las quales hallase dificultad alguna, mas llanamente corri[gi]endo vicios y pecados con modestia y concierto.

3. Si diese todos los ejercicios, *daríalos a muy pocos*, y letrados o personas muy deseosas de perfección, o de mucha manera, o que podrían ser para la Compañía.

4. Daría comúnmente los ejercicios de la primera semana; y confesándolos generalmente y dándoles alguno[s] exámenes, no pasaría más adelante.

5. *En dar elecciones sería rarísimo*, y con personas muy deseosas de letras, o de quienes no nos podría venir embarazo alguno; porque acaece, quando salen de los ejercicios y no han hecho todo el provecho que se esperaba, ser tentados, y decir y publicar que nosotros los querríamos hacer pobres, moviéndolos a pobreza y religión.

6. No conversaría con mujeres mozas y de poca manera, sino en iglesias y muy público, porque a una mano son leves; y ora sea vero o falso, frequenter se levanta mal humo de las tales conversaciones, por ser ellas en general más ligeras y no constantes en el servicio de Dios Nuestro Señor; y después, sus devociones muchas veces

se convierten cuándo en carne, cuándo en fatiga, para que las hayan limosnas para sus necesidades corporales.

7. Si conversase con mujeres en las cosas espirituales, sería con nobles, y con quienes ningún rumor se pudiese levantar, sobre todo no hablando a ninguna mujer a puertas cerradas, ni apretadas, mas en público, que lo pueden ver, para quitar todo murmurar y suspición.

8. En todas conversaciones espirituales procuraría de ganar más un grado de provecho seguro, que por ganar ciento ponerme en peligro por hacer yo al otro más adelante, o desconcertado con él, aunque yo tuviese mucha razón; porque un escándalo, sea vero, sea falso, nos hace mucho más daño que si no hiciese más de la mitad de provecho que Dios Nuestro Señor hace por nosotros, máxime en este tiempo y en tales lugares.

9. Tomaría por tema de contentar a todos y a todas que conversase y hablase, de modo que sintiesen en mí quando [esto hiciere, que me muevo] por bajo y por humildad, y no por porfías algunas, máxime en cosas que poco o ninguna cosa importa.

APÊNDICE II

DE LA EXPLANACIÓN DE LOS EJERCICIOS DEL P. JUAN A. POLANCO

NOTA INTRODUCTORIA

El documento se encuentra en el Archivo Romano S. I. Carece de signatura. El códice se titula Exercitia spiritualia P. Ioannis Polanco a S. P. N. Ignatio revisa *descrito con todo detalle en Ex. 202-204.*

No hemos dado con ningún dato que sirva de base para fijar la fecha de su redacción. Se puede suponer que Polanco o lo escribió en Pistoya o Padua en su año de ministerios espirituales, o que lo redactó en Roma, siendo ya secretario de la Compañía.

La índole amplificatoria de no pocos párrafos y la ausencia de rasgos personales parecen delatar la obra de un joven. Es de creer, pues, que Polanco había escrito este Comentario ya en su época de Pistoya o Padua.

San Ignacio en Roma vió el texto y fué poniendo cuidadosamente al frente de cada quinterno el título correspondiente. Algunas veces añade que no están corregidos (non correpta). Estos apuntes también los tuvo el P. Salmerón que añadió numerosas correcciones.

El haberlos visto San Ignacio, indicando que todavía no están corregido y el haberlos revisado Salmerón hacen sospechar que se trataba de algo más que de unos simples apuntes de una persona privada.

Tal vez quiso aprovecharse Polanco de esas notas para redactar algún comentario oficioso sobre los ejercicios, como publicó los Directorios para confesores y predicadores.

Lo que nos ha movido a publicar una pequeña parte del documento no ha sido su valor, muy escaso, por tratarse de unas notas algo hueras y amorfas, sino el ser la primera explanación que conocemos de los ejercicios y, sobre todo, porque a través de él vemos el modo tan exacto o literal con que, al menos algunos, seguían el libro de los ejercicios. En el texto usa no pocas veces la segunda persona del singular como si estuviera hablando con el ejercitante. Son pues páginas, en que Polanco o se prepara para dar ejercicios o indica el modo con que juzga él que hay que hacerlo.

Publicamos tan sólo el comentario de los preámbulos y del primer punto de la primera meditación de los tres pecados, ff. 44r-47r.

Hemos incluído entre paréntesis los números de los ejercicios a los que corresponde el comentario de cada uno de los párrafos de Polanco.

EXERCITAMENTA PRIMAE HEBDOMADAE

[45] //44r// Prima meditatio tres animae facultates, nempe intellectum, memoriam et voluntatem in considerandis ac contemplandis tribus peccatis exercet, videlicet, peccato Angelorum, peccato primorum parentum et peccato cuiuscumque alius, qui ob unum quodpiam flagitium aeterna morte damnatus sit. Septenis haec meditatio partibus constat. Oratione preparatoria, duobus preludiis, tribus precipuis capitibus, colloquio.

[46] In oratione preparatoria divinam opem ac gratiam implorare debemus, ut omnes nostrae intentiones actionesque ad Divinae Maiestatis obsequium laudem ac gloriam mere et sincere tendant. Nam quantopere ad hoc praestandum gratia et auxilio Dei egere tum sacra scriptura passim, tum Patrum doctrina tradit, ex nobis etenim ipsis nihil aliud quam in peccata ruere possumus. Caeterum bene et ex virtute operari atque ad Dei amorem opera nostra dirigere, nisi speciali Dei gratia opitulante nequimus, cum constet, omne datum optimum et omne donum perfectum descendere a Patre luminum, sine quo nihil possumus facere, adeo ut non simus sufficientes cogitare aliquid ex nobis quasi, sed sufficientia nostra ex Deo est.

[47] Primum preludium quod huic meditationi cum omnibus aliis commune est, imaginariam descriptionem ad deformationem loci in quo res gesta sit continet. Sic advertendum est quoties super re qua propria visibili meditatio seu contemplatio fiat, locum quoque /44v/ visibilem delineari oportere veluti si Dominum Jesum in montem concionantem contemplaris, quoniam res gesta oculis ac virtus patet, locus itidem visibilis in contemplantis animo deformandus est, nempe mons ille in quo Dominus praedicasse legitur. Considerabis autem, altusne an humilis, latus an angustus, longus an brevis, arduus et preruptus, an ascensu facilis, saxosus et asper an levi clivo subnixus, nemorosus et arboribus consitus, an calvus et nudus, an prope civitatem aliquam an in deserto situs, denique an maritimus an mediterraneus. Similiter si Christum in templo predicantem contemplaris quia contemplationis materia oculis subiicitur idcirco visibilis templi altitudo, longitudo, latitudo, magnificentia forma consideranda est, nempe sitne rotundum an quadratum, lucidum an suboscurum, et alia id genus. At quoties contemplationis materia videri oculis non potest, locus etiam invisibilis imaginatione et mentis concepta effigendum est.

Ut meditationi peccatorum quae corporeis oculis cerni non possunt invisibile locum assignemus, oportet, nimirum animam mortalis corporis quae licet ipsa immortalis sit, corruptibilis tamen corporis organis ad exercendas suas operationes eget. Praeterea hic considerare poteris totum animae et corporis compositum quod e paradiso in hanc miseriae vallem deturbatum ac pulsum inter bruta animalia et noxias bestias versatur, a quibus plerumque infestatur ac laeditur. Porro huic primae meditationi in qua de peccatis agitur, invisibilis locus necessario accomodandus est, videlicet mens angelica et anima rationalis.

[48] //45r// Secundum preludium est, ut adeo petas spirituale charisma seu donum quod assequi exoptas, id quod meditationis argumento respondere debet, verbi gratia, si super re laeta ac iocunda meditatio facienda est, gaudium postules oportet, sin de maesta et tristi, dolorem ac tristitiam petere concinet, caeterum in peccata nobis meditandi misterium suppeditant, erubescentia et verecundia efflagitanda est. Cum vero istius modi meditationes seu contemplationes ad obtinendum spirituale aliquod donum institutae sunt, quis non videt quam sit a ratione alienum vel in laetis dolorem vel in tristibus gaudium exquirere. Praesertim cum a philosophis ceu res certa tradatur, pro natura ac conditione obiectorum quae animis nostris proponuntur affectiones et passiones eisdem imprimi. Proinde quoties de passione Domini meditatio habetur in secundo preludio etiam atque etiam petendum est ut Christum dolentem et acerbissima supplicia pro nobis patientem, ac probris indignissime affectum dolorem lachrimis luctu prosequamur et cum beatissima Virgine matre cuius animam doloris gladius tum confodit, doleamus ac ploremus. Contra cum resurrectio Domini Jesu meditanda proponitur, Deum ardentissime precabimur ut cum Christo laeto glorioso ac triumphante et cum eiusdem matre inusitato gaudio iam perfusa letemur et exultemus. At in hac prima meditatione, quoniam de peccatis agitur, verecundiam ac pudorem petere

oportebit, videlicet ut tui ipsius te pudeat. Cum memoria repetis quae multi ob unum quodpiam mortale flagitium, damnati sint et in gehemnam detrusi aut certe ob pauciora ac minus gravia scelera quam quae //45v// tu commisisti, ob quae, Deus bone quam iuste et quam saepe generalem cruciatum meruisti, si severitatem suam potius quam misericordiam Omnipotens ille Deus cuius maiestatem toties et iam graviter laesisti, exercere in te voluisset. Haec duo praeludia sunt veluti preparamenta animi, ut aptior sit ad assequendum finem quem sibi in contemplatione prestitit quod si quis se ipsum sentiet satis preparatum ac compositum et idoneum percipiendo gratiae dono quod expetit, is profecto duobus istis preparamentis opus non habebit, postquam id ipsum nactus est ad quod assequendum illa preludia excogitata sunt.

[49] Hic illud annotavimus, omnibus contemplationibus ac meditationibus eandem orationem preparatoriam quae superius scripta est, anteponendam esse cura citra ullam mutationem, preludia vero interdum pro contemplationis argumento ac natura variari possi.

[50] Post haec preparamenta protinus ad ipsam meditationem serio accingitos, huius primum caput est ut Luciferi et Sociorum eius apostolatum Angelorum peccatum pariter ac supplicium dilgentissime consideres. Et quo exactior sit consideratio, tres animae potentias nempe memoriam intellectum et voluntatem, in consilium advocabis, quae tibi ad aperiendam ac amplificandam totius rei naturam non vulgarem usum prebebunt. Siquidem memoria cuius munus est antiqua ac praeterita recordari, statim hic tibi suggeret et veluti ob oculos mentis proponet, primum quam illi speciosi, quam graciosi, quam raris charismatum et perfectionis doctibus insignes, a Deo omnia opifice conditi fuerint, deinde quemadmodum in manu consilii sui relicti, et suae //46r// voluntatis arbitrio permissi sint; ut siquidem Deo creatori suo oboedirent atque obsequerentur aeterna beatitudine potirentur, sin Deo optimo maximo parere recusarent, ad perpetuos gehemnae cruciatos merito damnarentur, postremo ut per importunam ac intolerabilem superbiam cum Deo omnipotenti quem creatorem suum agnoscere ac colere debuerunt, pares videri ambivissent, loco ac dignitate sua confesti depulsi sint et rudentibus inferni detracti ac in tartarum precipitati cruciandi, in iudicium reservati iuxta illud Isaiae. «Qui dicebas in corde tuo, in caelum conscendam super astra Dei exaltabo solium meum... ero similis Altissimo» (1), quo modo caecidisti de caelo Lucifer, qui mane oriebaris, detracta est ad inferos superbia tua «ad infernum detraheris, in profundum laci» (2).

Iam intellectum, cuius est varia excogitare alia ex aliis ratiocinando colligere, sic in hac meditatione exercebis, ut per omnia diligentissime discurras et quatenus rei natura patitur amplifices ad hunc modum, si Deus excellentissimis illis creaturis non pepercit sed ob unum peccatum aeterna gloria multatos nunquan desituris inferni cruciatibus addixit quantopere illa Divinae Maiestatis severitas mihi villissimo homuntioni timenda est, qui bonitate eius ad poenitentiam iam me invitantem hactenus abusus sum. Si angelos tot virtutum doctibus tanta gratiae prestantia donatos ac ornatos unum peccatum in gehemnam perpetuo cruciandos e caelo detrusit, quanto iustius tam multa ac tam gravia mea flagitia ad inferos me praecipitabunt. Quoties ego miser //46v// sempiternam damnationem merui. Si angeli, qui semel peccaverunt iusto Dei iuditio in tartarum praecipitati sunt, quanta Dei in illos semel peccantis severitas, quibus locum poenitentiae non dedit. Quanta erga me bonitas declarata est, toties poeccantem et poenitentiae mihi oblatae remedium repudiantem. Quanta animi mei caecitas, quanta pertinatia, quanta impoenitentia et impudentia qui tenebras luci praetulerim, qui omnipotentissimum Deum Creatorem meum vocantem spreverim, qui meas voluptates divinae voluntati et preceptis proposuerim, qui Luciferum hactenus in superbia imitatus sum, nihil veritus ne cum eodem in aeternum punirer, et caetera genus quae intelligendi vis tibi suppeditabit.

Postremo voluntas accersenda est ut suis in hac meditatione partibus fungantur quae in animae regno regina appellatur, quae ei imperanti caeterae potentiae incuntancter oboediant, per quam homo dicitur et est liber, ad volendum et no-

(1) Isaia, c. 14, v. 13.
(2) Ibidem. ib.

lendum, ad expetendum et recusandum, ad amandum et refugiendum ac odio habendum quicquid intellectus ac ratio sive bonum sive malum esse iudicant; igitur voluntatis animus erit praecipere, primum memoriae, ut repetat, recordetur et veluti ob oculos mentis ponat totam seriem rei gestae scilicet creationis, praestantiae peccati, damnationis Luciferi et aliorum Apostatarum Angelorum qui una cum illo per superbiam et inoboedientiam a Deo defecerunt. Deinde intellectui provinciam deleget percurrendi singula et expendendi quae diligentissime mox etiam comparandi propria peccata tum varia pariter ac gravia cum uno illo an//47r//gelorum peccato, poenam item tam eam quae illorum contumacissimae superbiae inflicta est. Quare quae te manet nisi resipiscas, denique ut ingratitudinem tuam cum illorum ingratitudine conferas. Quemadmodum utrique optimum ac benignissimum Conditorem spreveritis, tu vero etiam clementissimum Dominum, qui te qui diutissime peccantem patientissime tulisset semper invitans ad poenitentiam hortansque ut secum redires in gratiam contempseris, hoc modo fiet ut affectus voluntatis moneantur, et tu pudore suffundaris, consideratis tuis plurimis ac pessimis sceleribus, cui pudori parando hoc exercitamentum maxime inservit.

APÉNDICE III

ELECCIÓN DE ESTADO DE JUAN ALFONSO DE VITORIA (Marzo 1549)

En el códice Neap. 176 se encuentran incluído en los folios 41-51 unos pliegos, todos de mano del P. Juan Alfonso de Vitoria, en que fué consignando el dicho Padre algunos sentimientos y propósitos de ejercicios y la elección de estado. Los ejercicios los hizo en la cuaresma de 1549, tal vez, bajo la dirección del P. Polanco. El día 25 de marzo, hecha la elección, hace promesa de entrar en la Compañía. Es, pues, de creer que comenzara los ejercicios hacia el 6 de marzo, que aquel año fué el miércoles de ceniza, que acabara la segunda semana o, al menos, las elecciones algo antes del 25 de marzo, y después los continuara durante un par de semanas.

Jesús Mariae Virginis filius, a cuya honra y gloria sea todo lo que yo eligiere

I. EN LA VÍA DE LOS PRECEPTOS

1. *Cómodos.*

1. Perfección y gloria si bien los guardare.

2. Más ancho modo de proceder en la vía de los preceptos.

3. Más aparejo para ayudarse en las enfermedades corporales, aunque a las veces no.

4. Más aparejo para hacer limosnas con los bienes temporales, y no privado de poder hacer aun también espirituales.

2. *Incómodos.*

1. Más aparejo a pecar por la más conversación de gente y negocios mundanos, y menos aparejo para se levantar.

2. Grandes sobresaltos, que aunque se reciban con paciencia son de poco mérito porque no vienen por cosas de Dios, sino propias, como son la pérdida de hacienda, las afrentas, y semejantes cosas, que pocos como Job las padecen con alegría.

3. El no poder vacar a Dios, por el cuidado del mantenimiento y otras semejantes cosas, en que está repartido el corazón, que debemos dar todo a Dios, pues nos le demanda.

4. Al fin es casi imposible abstraerse de las cosas del mundo, y de la carne, tratando y viendo continuos negocios mundanos y cosas atractivas a la carne.

II. EN LA VÍA DE LOS CONSEJOS DE CRISTO

3. *Cómodos.*

1. Mayor perfeción si puramente los siguiese, y mayor premio.
2. Mayores dones espirituales, para más enamorarme de Dios, y más servirle, y más consolado vivir en este destierro.
3. Más aparejo para levantarme si cayese.
4. Menos ocasiones para pecar por el mayor recogimiento, el tranquilo estado, que puedo tener con la segura y limpia conciencia.
5. El desprecio del mundo, y de todas las cosas en él criadas, fundamento para mejor observar los preceptos, como el Señor lo enseña diciendo: «Si vis perfectus esse, etc.».

4. *Incómodos.*

1. Mis enfermedades.
2. La diferencia que hay en los que siguen esta vía, de unos a otros.
3. La estrecheza, aunque tolerable a quien de voluntad la sigue.

5. *Así que* mi deliberada voluntad es de seguir esta vía de los consejos, por mejor aparejo para servicio de mi Dios, a quien todo me ofrezco, y pido favor y ayuda para que como Él sea más servido, yo la ponga en efecto, cuando Él más sea servido, y propongo ante su magestad y la celestial y sacra madre suya, y toda su imperial corte, de no me mudar, si muy claro no conociere que a su magestad y servicio suyo sea más acepto.

Juan Alonso de Victoria

Jesus Mariae filius

III. EN LA RELIGIÓN

6. *Cómodos.*

1. La segura y quieta conciencia con que se vive por el mérito de la obediencia.
2. El mérito de servir en la casa de Dios.
3. La participación de todas las oraciones que se dicen en toda la religión.
4. El vivir con regla aun en las cosas del victu, que es aparejo para salud.

7. *Incómodos.*

Los ayunos, disciplinas y vigilias que puesto que fuesen para mí incómodos, (lo qual no hallo serlo) tocan sólo en el cuerpo, y no dañan el ánima, sino que la hacen más pura.

IV. FUERA DE LA RELIGIÓN

8. *Cómodos.*

No estar sujeto tanto, que éste por el poco mérito se podría llamar incómodo más presto que cómodo.

9. *Incómodos.*

1. No estar tan fuera de los lazos del mundo.

2. El daño que se puede suceder de las romerías o peregrinaciones de mil maneras suceden.

3. La dificultad con que se recogería el espíritu a la oración, por la mudanza de lugares y otras cosas.

10. *Visto* el mejor aparejo (que aquí consta claro), para mejor servir a mi Dios, mi deliberada intención es, de que sea la preparación de mis potencias y ánima, para el servicio de mi Dios en la religión, al cual ofreciéndome todo y sujetándome debajo de su divina influición pido favor para conseguir este deseo, delante del cual y su bendita madre misericordiosa y su celestial corte, propongo siendo acepto a su servicio y divina providencia de no me mudar por cosa alguna si no conosciese muy claro ser su mayor servicio.

Juan Alonso de Victoria.

Jesus Mariae filius

V. EN LA ORDEN DE SAN FRANCISCO

11. *Cómodos.*

1. El ser tan aprobada y antigua.

2. Ser tan solemne santo el instituidor.

3. Haber habido tantos santos en ella y santas de su orden.

12. *Incómodos.*

1. El obligar a los súbditos por tantas reglas a pecado mortal.

2. El levantarse de noche a los maitines para mis enfermedades muy dañoso.

3. El no poder vacar al provecho de los prójimos por los largos oficios y trabajosos, etc.

VI. EN LA COMPAÑÍA DEL SEÑOR NUESTRO JESÚS

13. *Cómodos.*

1. Ser más imitatoria a la vida de Cristo, con sinceridad, sin imposiciones.

2. Lo mucho que se procura la salud de las ánimas de los prójimos.

3. La orden tan santa que hay para apartarlos de los pecados y ayudarse a sí mismos, en las meditaciones.

4. El no hacerse la solemne profesión hasta que vean que más conviene.

5. El no estar constreñidos a disciplinas, ni ayunos, ni vigilias, más de lo que manda la Santa Madre Iglesia o lo que el Santo Espíritu inspirare a cada uno que haga para su mayor aprovechamiento.

6. El no caer en apostasía, ni tener necesidad de breve de Papa, cuando el superior viese que no era apto para la religión y le despidiese.

14. *Incómodos.*

El no ser antigua.

15. *Así que* notados los cómodos y incómodos de la una y de la otra, hallo ser ésta más cómoda a mi natura, y complexión, por ser más sincera y llana, sin tanto obligar a pecado mortal, por lo cual mi determinada voluntad es de tomarla si Dios por bien lo tuviere: al cual humildemente cuanto puedo suplico tenga por bien de darme favor y ayuda para que en su santo servicio yo lo ponga por la obra, si más es para glorificación de su sacra magestad, lo cual así, siendo delante de su bondad infinita, y de su benditísima madre misericordiosa y toda la celestial corte, propongo de no mudar mi voluntad por cosa alguna, si no conociese muy claro, ser contra su divina providencia, y menos servicio suyo.

Juan Alonso de Victoria

NB.—Omitimos el párrafo VII—extraordinariamente extenso—en que practica Vitoria el modo de hacer sana elección indicado en los núms. 184-187 de los ejercicios; el párrafo VIII en que por el mismo sistema de cómodos e incómodos, delibera si debe confirmar su determinación con votos o no, y el párrafo IX, en que del mismo modo, decide no esperar a cumplir su propósito. Después continúa:

50r. Jesus Mariae filius, etc.

27. Movido por justas razones y movido por deseo de más servir a mi Dios a elegir el estado atrás escrito, de que doy inmensas gracias a Dios N. S. y maestro Jesu porque, conociendo la gran indignidad mía y bajeza, se ha dignado de llamarme a estado, sobre todos estados más perfecto y aparejado para más perfectamente poderle servir, (...) digo que —movido con deseo y afecto de más servir a mi Dios— querría resignarme todo en el gobierno de la santa obediencia y hacerme familiar y miembro de la santa Compañía dicha..., para en ella vivir y morir y guardar perpetua obediencia, castidad y pobreza y, desde luego, someterme y resignarme en todo y por todo por miembro de ella, sin que me quede poder para disponer de mí ni de lo que tuviere (...). Para lo cual cumplir y perseverar en ello, demando favor a la Santísima Trinidad y Sagrada Virgen María mi Señora, y a las once mil vírgenes y Santa Catalina, esposa de Cristo; y toda la otra celestial corte por intercesores, a quienes todos de todo corazón me encomiendo y resigno para en ello ser guiado a gloria y honra de Dios todo poderoso.

Juan Alonso de Victoria

Jesus Mariae filius

29. Padre Soberano Señor y Redentor nuestro, yo Juan de Victoria, muy gran pecador y muy indigno siervo vuestro, conociendo... por la luz de la gracia, con que por vuestra infinita bondad tuvistéis de alumbrar mi intelecto, que yo con la sordidad de los pecados había cegado y oscurecido, que los dones copiosísimos que yo tan indignamente he hasta el día de hoy de vuestra generosa merced recibido no estarían seguros en tal vil vaso como yo, acordé de representarlos a la bondad y soberana misericordia vuestra, Señor mío, para que tomando de ella el fertilísimo rocío de la gracia, puedan fructificar olor de suavidad delante de vuestro divino acatamiento.

Y así Padre y Señor mío, hoy día solemne de mi Señora la Virgen María, os ofrezco todo mi corazón, voluntad y potencias de mi ánima, y todos los dones naturales infusos y acquisitos para servicio, gloria y honra de vuestro santísimo nombre de Jesús, en cuya compañía y observante religión, prometo a Dios y hombre verdadero y a su madre santísima Virgen María mi Señora, y a toda la celestial corte de que Señor mío estáis adornado y servido, de vivir y morir y guardar perpetua castidad, pobreza y obediencia, conforme a la inteligencia de la dicha Com-

pañía, desde este presente día de la soberana anunciación de nuestra Señora comenzando, hasta que yo vaya a dar cuenta a V. M. de los talentos recibidos; y así me ofrezco por siervo de la dicha Compañía, porque yo no pueda disponer de mi persona ni vida que tengo o tuviere ahora o en algún tiempo, con ninguna libertad, sino a voluntad y sujeción de la dicha Compañía, en tanto que los superiores Prepósitos o aquellos debajo de cuya obediencia estuvie//51r//re, tuvieren por bien de me tener en la dicha Compañía.

Asimismo prometo Señor mío, y toda mi esperanza, delante de vuestra sacra magestad y de mi Señora la Virgen María y de toda la celestial corte vuestra, de guardar in aeternum perpetua castidad y pobreza de hoy en adelante con el favor y gracia vuestra, y si el Prepósito y superiores desta Compañía no me quisieren en algún tiempo tener por algún respeto, prometo de guardar asimismo obediencia en la religión o yermo adonde mejor a V. M. piense de servir, y que ahora ni en ningún tiempo, yo ni otro por mí pediré facultad ni absolución para ser librado destos votos, y puesto que la puedan dar los Pontífices vicarios vuestros, Señor y Rey mío, yo me privo della y la doy por ninguna, persuadido que en esto haré y hago mayor servicio a V. M. a quien con la mayor humildad que puedo, pido la carta de favor de gracia y amparo, para perseverar y firme y seguramente pelear y vencer a las asechanzas de la antigua serpiente capital enemigo nuestro.

Hoy día de la anunciación gloriosa de Nustra Señora, 25 marzo de 1549.

Juan Alonso de Victoria

APÉNDICE IV

Carta del P. Francisco Villanueva al Dr. Ramírez de Vergara, de 12 de enero de 1555, sobre el modo de haberse en las elecciones el Director de ejercicios. Se encuentra en la Historia del colegio de Alcalá, del P. Castro, lib. VI, cap. 8, (folios 196v-197v).

//196v// Muy Rdo. Sor.

1. La gracia y amor eterno de Jesucristo sea siempre con V. md. Amen. La de V. md. recibí con la cual me holgué en saber de la salud de V. md. y del fruto, que por esa tierra se hace: el Señor dé a V. md. su gracia para que siempre trabaje en esta su viña //197r// y aproveche a sus criaturas, que tan caro le costaron, pues es lo que debemos pretender todos, pues somos cooperarios de Cristo, unos, por una parte; otros, por otra, según diversas vocaciones; pues injusta cosa sería querer, que Señor tan alto no tenga diversos oficiales, y modos de servirse, y aunque parece modo natural desear cada uno el aumento de su bandera, y escuadrón, y con mérito se puede desear, y buscar, pues es para el servicio divino; nuestro Señor me ha hecho tanta misericordia de me dar este deseo tan libre, que *a ningún hombre, por valeroso que sea, deseo ver en la Compañía, que no fuese traído por su mano*, antes suplico a su Magestad no permita venir a ella hombre, que no venga por su mano, porque con los que él trajere aunque sean pajas, tendrá la obra buen color y aumento, y con los que los hombres trajeren será estragada, y tengo por tan gran bien la paz, unión y conformidad, que la divina Magestad se digna dar en esta Compañía entre los que en ella viven, que pensar de verla estragada, y corrompida lo tengo en lugar de muerte, porque me parece medio paraíso terrenal.

2. Yo Señor escribí a V. md. convidándole se viniese a predicar a esta tierra por ser necesitada de doctrina, y parecerme se pudiera hacer mucho fruto, como V. md. le hace por otras partes y con esto, porque habiéndome significado personas graves, que sabían de V. md. que deseaba servir a Nuestro Señor en esta Compañía, y que deseaba tratar de ello, pues Nuestro Señor le había quitado el impedimento, parecióme que era buena ocasión estando aquí el P. Francisco, (1) que deseaba conocer a V. md. para hacer V. md. este beneficio a esta tierra, y tratar V. md. de lo que tanto me decían deseaba, para que bien mirado, y encomendado al Señor V. md. hiciera lo que en el Señor más juzgara convenir, para el su di//197v//vino servicio.

3. De modo Señor que mi fin no fué mover a V. md. para la Compañía, si el Señor no lo mueve, pero presupuesto, como digo, que V. md. quería saltar, darle la mano, porque como flaco experimenté, quando el Señor fué servido de darme una centella de más luz, y hube de saltar este arroyo de la libertad, o por mejor decir, del cautiverio de la obediencia, tantos temores, tantas rebeliones, que todo de pies a cabeza me hallaba lleno de opilaciones, y dureza de propio amor, y como no podía deshacerlas, mi negocio era buscar algún medio cómo respondiese a Dios, y no descontentase a Eva siquiera por herencia. Unas veces me determinaba a peregrinación toda la vida, otras a servir hospitales, y con parecerme estaba dispuesto a muchos trabajos por Christo, quando quería saltar del arroyo de la libertad al paraíso terrenal de la obediencia, hallaba allí un número de rebelión que me detenía, lo qual bien examinado entendí se remediaba con disponerme a morir por el que por mí murió en cruz.

---

(1) San Francisco de Borja.

4. Sé Señor a qne saéet estas píldoras y las pocas fuerzas que en el hombre había para semejante batalla, y así (como dije), mi cata no fué más de para ayudar a Vd. md. y en ello creí hacer algún servicio, rhora que sé que V. md. no está en este propósito, yo me gozo con la determinación que V. md. ha hecho, que pues le v tanio en agradar a su Criador, y tanto más agradable le es el servicio, quanto más conforme es a su voluntad divina, creo yo será ésta la que lleva a V. md., en lo que habrá determinado, por que sin esta guía no se puede hallar la sosegada paz y estrañable, aunque las obras en sí sean buenas

Resta señor que allá, y nosotros por acá, nos demos priesa a cavar esta viña, que está muy montosa, y nos animamos en el mimo Señor. De nuestra parte siempre tsndremos a V. md. por Padre y nos gozaremos en el mismo Señor, y nos tendré por hijos. El nos dé su gracia para que hagasmos su santa voluntad, amén.

De Plasencia, a 12 de enero de 1555 años.

Siervo de V. md.,

Villanueva.

//196v// Muy Ilus. Sr.

1. La gracia y amor eterno de Jesucristo sea siempre con V. md. Amen. La de V. md. recibí con la qual me holgué en saber de la salud de V. md. y del fruto, que por esa tierra se hace, el Señor dé a V. md. su gracia para que siempre trabaje en esta su viña //197r// y aproveche a sus criaturas, que tan caro le costaron, pues es lo que debemos pretender todos, pues somos cooperarios de Cristo, unos, por una parte; otros, por otra, según diversas vocaciones; pues injusta cosa sería querer, que Señor tan alto no tenga diversos oficiales, y modos de servirse, y aunque parece modo natural desear cada uno el aumento de su bandera, y escuadrón, y con mérito se puede desear, y buscar, pues es para el servicio divino, nuestro Señor me ha hecho tanta misericordia de me dar este deseo tan fixo, que a ningún hombre, por valeroso que sea, deseo ver en la Compañía, que no fuese traído por su mano, antes suplico a su Magestad no permita venir a ella hombre, que no venga por su mano, porque con los que él trajere aunque sean pajas, tendrá la obra buen color y aumento, y con los que los hombres trajeren será estragada, y tengo por tan gran bien la paz, unión y conformidad, que la divina Magestad se digna dar en esta Compañía entre los que en ella viven, que pensar de verla estragada, y corrompida lo tengo en lugar de muerte, porque me parece medio paraíso terrenal.

2. Yo Señor escribí a V. md. convidándole se viniese a predicar a esta tierra por ser necesitada de doctrina, y parecerme se pudiera hacer mucho fruto, como V. md. le hace por otras partes y con esto, porque habiéndome significado personas graves, que sabían de V. md. que deseaba servir a Nuestro Señor en esta Compañía, y que deseaba tratar de ello, pues Nuestro Señor le había quitado el impedimento, parecióme que era buena ocasión estando aquí el P. Francisco, (1) que deseaba conocer a V. md. para hacer V. md. este beneficio a esta tierra, y tratar V. md. de lo que tanto me decían deseaba, para que bien mirado, y encomendado al Señor V. md. hiciera lo que en el Señor más juzgara convenir, para el su di//197v//vino servicio.

3. De modo Señor que mi fin no fue mover a V. md. para la Compañía, si el Señor no lo mueve, pero presupuesto, como digo, que V. md. quería saltar, darle la mano, porque como flaco experimenté, quando el Señor fue servido de darme una centella de más luz, y hube de saltar este arroyo de la libertad, o por mejor decir, del cautiverio de la obediencia, tantos temores, tantas rebeliones, que todo de pies a cabeza me hallaba lleno de opilaciones, y dureza de propio amor, y como no podía deshacerlas, mi negocio era buscar algún medio como responder a Dios, y no descontentarse a Eva siquiera por herencia. Unas veces me determinaba a peregrinación toda la vida, otras a servir hospitales, y con parecerme estaba dispuesto a muchos trabajos por Christo, quando quería saltar del arroyo de la libertad al paraíso terrenal de la obediencia, hallaba allí un número de rebelión que me detenía, lo qual bien examinado entendí se remediaba con disponerme a morir por el que por mí murió en cruz.

(1) San Francisco de Borja.

APÉNDICE ESTADÍSTICO: I

Ponemos a continuación la lista de todos los que hemos podido averiguar hicieran ejercicios en tiempo de San Ignacio.

Este elenco, a pesar de que necesariamente tiene que ser muy incompleto, es la única base que poseemos para poder estudiar el alcance y extensión de los ejercicios en los primeros años. En las citas que acompañan a cada uno de los nombres se encontrarán muchas veces no pocos datos, referentes o a la persona o al modo de hacer los ejercicios que nosotros no hemos podido recoger en este índice.

En sendas notas iremos dando brevisímamente los datos principales de las pocas personas de quienes se saben detalles concretos, exceptuando de aquellos que entraron jesuítas, de los cuales tan sólo indicamos en el mismo texto la data de la muerte.

No indicamos aquí —lo mismo que en todo el trabajo— el nombre de los que hicieron ejercicios, siendo ya jesuítas, aunque fuesen tan sólo novicios.

SIGLAS ESPECIALES DEL APÉNDICE

Las siglas comunes con el texto pueden verse en la página 10*

al. ej.	«algunos ejercicios» en contraposición a *los* ejercicios. La diferencia puede verse en la Introducción, pág. 42*-43*.
Alv.-	Alvarez, Historia de la prov. de Aragón
Anal. Bol.:	Analecta Bollandiana
Cart. S. Ig.:	Cartas de San Ignacio, edición de Madrid
Cst.:	Castro, Historia del Colegio de Alcalá
d.	determinó
des.	deseó
e. rel.	entró religioso en orden distinta de la Compañía de Jesús
ee. rel.	entraron religiosos en orden distinta de la Compañía de Jesús
1.ª S.	ejercicios de primera semana
h.	hacia
†.	murió
Orland.	Orlandini
Rib.	Ribadeneira
Ta-Ve	Tacchi Venturi
Ul.	Codex Ulyssiponensis de la Biblioteca de Ajuda (Lisboa)
$	entró jesuíta
$$	entraron jesuítas

ALCALA DE HENARES

N.º	Año	Director	Ejercitantes		Fuentes
1	-1526	-S. Ignacio	Dió ej.		FN,440, 446
2	-		Hombres y mujeres		PCh.I,34
3	-1542	-Villan.	Hombres «gravissimi»		PCh.I,104
4	-1546		Pereyra Duarte †1587-$		Cst.II.7 (I,19)
5		Villan.	Algunos del col. mayor		EM,I,289
6	-	»	Paz, Mencía de		FM,431
7	-	Méndez	Muy ocupado en darlos.		FM,439
*8	-1547	-Villan.	Velázquez Alfonso		Cstr.II,9 (22v)
9	-1547	- »	Tablares Pedro †1565-$		Cstr.II,c.9 (I.22v)
10		»	Rincón Juan (el racionero)		Cstr.II,c.10 (I,23v)
11		»	Alvarez Juan †1579		PCh.I,248
12	-		Valderábano Juan †1585		PCh.I,248
13		Villan.	Clérigo teólogo		EM,I,346
14		»	Maestro en artes		EM,I,346
*15	-1549	-Villan.	Dr. Ramírez de Vergara-8d.		PCh,I,432; Cstr.I,244
16			El Gobernador	*AR.*	Ep.NN,78,145r
17			Rodríguez de Figueroa Juan.	*AR.*	Ep.NN.78,145 r
18	-		Barma Bautista †1560-$		Cstr.III,4 (I,20r)
19	-		Gamero Juan-$		Cst.III,4 (I,40r)
20			5 personas-$$		Cst.III,4 (I,40r-42r)
21	-		Mto. Silva		Cst.III,4 (I,41r)
22			Dos personas		EM,II,261
23	-		Maestro de la Universidad-d$		EM,II,261
24			Letrado en leyes		EM.II,388
25	-		Algunos doctores	*AR.*	Ep.NN,78,145r
*26			Mancio de Corpore Chr.	*AR.*	Ep.NN,78,145r
27			Dos personas		EM.II,222
28			algunos dominicos	*AR.*	Ep.NN.78,145r
30	-1550		López Alfonso †1589-$		LQ,I,224,292
31			Gutiérrez Martín †1579-$		LQ,I,224; Cst.III,7
32			Párroco de Getafe		LQ,I,225
33			lic. Martínez		LQ,I,225
34			Salinas Marcos †1571-$		LQ,II,502
*35	-1550	-Villan.	Torres Bartolomé (Cf. n. 819)		Ex.667 LQ.I.225
36			Montoya Juan †1593-$		Cst.III,6 (I,42v)
37			Fernándes Andrés †1600-$		Cst.III,6 (I,43r)
38			Carrillo Diego †1571	*AG.*	IN.I,388
39			Jaen Juan-$		Cst.III,6 (I,43v)
40			Marcelo-$		Cst.III,6 (I,44r)
41			Vázquez Dionisio †1589-$		Cst.III,6 (I,44r)
42			Fernándes Martín †1596-$		Cst.III,6 (I,46r)
43			Alvarez Hernando-$		PCh,II,106
44			Algunos nobles de Cuenca		PCh,II,123
*45			Hurtado de Mendoza Diego		EM,II,388; MI.III,227
46			6 personas		MI,III,277
47			Un bachiller en artes-d$		EM,II,418
48			Dr. en derecho, catedrático de can.		LQ,I,225
49			Algunos teólogos		LQ,I,225

*8 Profesor en Alcalá del P. Villanueva, canónigo de Toledo, obispo de Osma (1578) y arzobispo de Santiago (1583). Murió en 1587. Cf. Eubel, III 189. Fué confesor de Santa Teresa, del que la Santa habla en varias ocasiones con elogios. Cf. Santa Teresa, Obras, VII, 267, 364, 395. Sobre su magisterio en Alcalá, cf. Urriza, 142.

*15 Alfonso Ramírez de Vergara.—Visitador del obispado de Cuenca, consultor de la Inquisición, doctor por Alcalá, magistral de Cuenca. Fué uno de los principales bienhechores de la Compañía naciente española, principalmente en Alcalá. Cf. Astráin, I, 343. Volvió a hacer los ejercicios en Burgos, en 1553, con San Francisco de Borja. Cf. n. 321.

*26 Fray Mancio de Corpore Christi (h. 1500-1576). Catedrático de prima de Alcalá, probablemente desde 1546 hasta 1564, en que ganó la cátedra también de prima de Salamanca. Intervino en las principales contiendas religiosas de la época, como en el proceso de Carranza y asesoró en las más importantes cuestiones religiosas. Cf. Beltrán de Heredia, *El Maestro Mancio...*

*35 Bartolomé Torres (h. 1512-1568). Explicó primero en Salamanca una cátedra de artes y la de teología de Escoto, de donde pasó a la de vísperas de Sigüenza, y en 1551 a la de prima de esta Universidad. En 1566 fué nombrado obispo de Canarias. Cf. Temiño 59-66 y Beltrán de Heredia, *La facultad de teología*, 437-441.

*45 Diego Hurtado de Mendoza y de la Cerda, segundo conde de Mélito. Fué virrey de Cataluña y de Aragón, presidente del Consejo de Italia y miembro del de Estado en tiempo de Felipe II. Gran bienhechor de la Compañía, sobre todo en Alcalá. Cf. Cart. S. Ign., IV, 224 nota 2.

50		Algunos predicadores		LQ,I,225
51		Un licenciado en artes		EM,II,418
52		Uno del colegio trilingüe		EM,II,418
53		Pedro de Aragón jerónimo		Cst.III,9 (I,53v)
54		siempre en casa algunos		PCh,II,122
55		con dificultad se da abasto		EM,II,418
56		un licenciado en teología		LQ,I,224
57		Castillo Diego del †1581-$	*AG.*	IN,I,390
*58	-1551-Villan.	Un Dr. sacerdote		LQ,I,399
59	»	El capellán de este sacerdote		LQ,I,399
60	»	2 criados de este sacerdote		LQ,I,399
61	»	Uno de la igls. mayor de Toledo		LQ,I,400
62		Sánchez Pedro †1586-$		Cst.V,9 (I,140v)
*63		Jerónimos de Tendilla-De 2 en 2		LQ,I,289,399,400
63a		Prior de jerón. de Tendilla		Cst.III,9 (I,53r)
64		algunos amigos de los jerónimos		LQ,I,290
65		Un noble adolescente		LQ,I,290
66		tres PP. Mercedarios		LQ,I,294
67		Dos del colegio mayor		LQ,I,294
68		Muchos de Cuenca		LQ,I,294
69		Muchos de Sigüenza		LQ,I,294
70		Nobles		LQ,I,294
71		Casados		LQ,I,294
72		Médicos		LQ,I,294
73		Teólogos		LQ,I,294,399
74		Tantos que la casa no basta		LQ,I,399
74a		Un prelado franciscano; otro franciscano (IªS.)		PCh,II,334,335
74b		Un trinitario		PCh,II,335
74c		Gutiérrez Juan-$	*AG.*	Inf.
75		Santo Antonio	*AG.*	Inf.I,230
75a	-1551	Desde mayo siempre alg. A veces 6		LQ,I,399
76		Canonistas		LQ,I,399
77		Muchos se quedan sin hacer		LQ,I,399
77a		Un Dr. en teol. y otro en leyes		Cst.III,4 (I,42v)
77b		Sac. catedrático de griego		Cst.III,4, (I,42v)
77c		Colegial médico		Cst.III,4, (I,42v)
77d		Tres colegiales trilingües		Cst.III,4, (I,42v)
77e		7 estudiantes de artes		Cst.III,4, (I,42v)
78	-1552	Falces Pedro de †1557-$		Cst.IV,12 (I,89r)
79		López Enrique-$		Cst.IV,12 (I,89v)
80		Manuel Juan †1565-$		Cst.IV,13 (I,91v)
81	ene-abr.	Inquisidor de Murcia		LQ,I,620; PCh.II,642
82		Salazar Gaspar †1593-$		Cst.IV,13 (I,91r)
83		Pariente del Pres. del Consejo		LQ,I,619
84		Pariente de parientes del anter.		LQ,I,619
*85		los cuartos siempre llenos		LQ,I,619
86		algunos sacerdotes		LQ,I,620
87		Doctores de varias facultades		PCh,I,642
88		Ordinariamente 7 u 8		LQ,II,14
89	may-set.	Bibero Luis párroco		LQ,II,14
90		Bibero Antonio		LQ,II,14
91		Sólo se pudo satisfacer a la mitad		LQ,II,14
93		Franciscanos		LQ,II,14
*94		Dominicos		LQ,II,14
95		Estudiantes		LQ,II,14
96	set-dic.	Imposible dar a todos		LQ,IV,644
97		Personas de letras		LQ,IV,644
*98		Hijo de un conde		LQ,IV,644
99		Ordinariamente muchos de fuera		EM,II,880
100	1553: ene-abr.	Imposible corresponder a todos		EM,II,121; LQ,IV,660
101		De fuera vienen sin interrupción		LQ,IV,661
102	verano	No se interrumpe como otros años		EM,III,407
103	set-dic.	Vienen a medias docenas		EM,III,631; LQ,II,498
104		Un licenciado		LQ,II,503
105		Va en aumento		LQ,IV,668
106		Una dignidad de una iglesia prin.		PCh,III,323
107	-1552 ó 53	Pisano Alfonso †1598-$	*AR.*	Hist.Soc.176,75v
108		Pisano X. hermano del ant. d$	*AR.*	Hist.Soc.176,75v
*109		Maestro en artes-$		LQ,II,503
110	-1554	Siempre en gran número		LQ,II,623

*58 Era «Visitador General de un obispado de los principales». LQ, I, 399.
*63 Otros hicieron en el mismo Tendilla. Cf. n.º 1172.
*85 «Et aliqui duos vel tres menses exspectabant ut locum ibi haberent». PCh, II, 642.
*94 Uno era «Dominico presentado y lector muy antiguo de Santo Tomás», LQ, II, 14.
*98 Era «chantre de una iglesia principal del reino». LQ, IV, 644.
*109 Obtuvo «el sexto lugar en licencias entre 34». LQ, II, 503.

111	-1554-ene.-abril	Imposible a todos aun estrechándonos	LQ,II,623
112		Más de lo que deberíamos	LQ,II,623
113		Siempre unos 8	LQ,II,623
114	may-ag.	Más de 40—muchos diferidos	LQ,III,81
*115	Tablar.	Pozo Pedro	LQ,III,86; Cst.I,147r
*116		Profesor de retórica de la Univ.	LQ,III,84; PCh,IV,412
117		Un regente de gramática-$	PCh,IV,413
*118		Un estudiante de teología-$	PCh,IV,412
119		Sánchez Antonio †1682-$	PCh,IV,411
120		Dos estudiantes de filosofía-$$	PCh,IV,411
121		3 de tercer año de filos.-$	PCh,IV,411
122		Otros 3 acabada casi la filos.	PCh,IV,413
123		Sacerdote estud. de cánones	PCh,IV,413
124		Un noble	PCh,IV, 413
*125		Nueve personas:-$$	PCh,IV,412
126	López	Rodríguez Juan †1587-$	Cst.VI,3 (I,153v)
*127	set.-dic.	Martín Cortés	LQ,IV,523
128		Uno de los principales caballeros	LQ,III,203
*129		Profesor de latín y grieg-d. rel.	LQ,III,203
130		Un sacerdote, antiguo capitán	LQ,III,203; PCh,IV,414
131		Otro sacerdote	LQ,III,203
132		Otro sacerdote más-$	PCh,IV,414
133		Tres personas diversas-$$	PCh,IV,414
134		Mies bastante amplia	PCh,IV,414
135	-1555	Ramiro Antonio -$	Cst.VI,2 (I,152r)
136		Un sacerdote-$	LQ,III,416
137	ene.-abr.	Casi 60 personas	LQ,III,413
138		Obligados a desatender a muchos que desearían hacerlos	LQ,III,413
139	may.-jun.	Unas 40 personas	Alv.II,74,p.561
140		Siempre 8 ó 9	PCh.V,455
141		La casa siempre llena	Alv.II,74,p,561
*141 a		Manzano Hipólito-$ *AG.*	Inf.II-689 bis
142	-1556-ene-abr.	Se dan ordinariamente-$:14	EM,V,264; PCh.VI,593
*143	verano	Se han dado	LQ,IV,523,524
144		Un caballero de Medinacoeli	EM,V,264
145	Borja	Un doctor y colegial de la Univ.	EM,V,490
146	oct.	Catedrático de leyes de Valladolid	EM,V,490
147	nov.	se dan ejercicios	EM,V,529
148	dic.	continúan como suelen	EM,V,581
*149	-1556-Pereira	Mascareñas Leonor	PCh ,VI,591
150		Montoya Alfonso †1589-$ *AG.*	IN.I,52
151	- ?	Saavedra Pedro †1572-$	PCh.VI,593
152	? Villan.	Pedro el pecador	Cst.8,4 (I,244r)
153	?	Beneficiado de Villalba	Cst.8,4 (I,244r)
154	? Villan.	Juan de la Peña O. P.	Cst.8,4 (I,244r)
155	?	Muchos col. mayor. de Sigüenza	Cst.8,4 (I,244r)
156	?	Muchos doctores de Sigüenza	Cst.8,4 (I,244r)
*157	?	Espinosa Diego	Cst.8,4 (I,244r)
158	? Villan.	Mujeres	Cst.8,4 (I,245v)
*159	? »	Fr. Diego de Yepes	Cst.II,13 (I,24v)

ALCIRA

159a	-1553	Tres hombres	PCh.III,381,382

*115 Pedro Pozo, canónigo de Cuenca. De «muy adverso» se convirtió en uno de los que más favorecieron los jesuítas en Cuenca. Cf. Alcázar Dec. II. año IV, c. I.

*116 Leía «la principal lección de retórica». Era «buen poeta y orador», LQ. III, 84. A pesar de estos y otros datos que poseemos de este personaje, no se le ha podido identificar. Cf. PCh. IV, 412 nota 2.

*125 Es muy difícil saber quiénes eran éstos, puesto que aquellos de que habla Castro entraron en 1554, lo hicieron antes de estos meses (lib. V, c. 9) y en 1555 entraron en Alcalá cuarenta jesuítas.

*127 Era hijo del marqués del Valle, Hernán Cortés, LQ. IV, 523 not. 3.

*129 Era «uno de los más celebres profesores de letras latinas y griegas que hay en esta Universidad. Maestro en artes, teólogo y de otras partes bien raras». LQ.III,203.

*143 Este verano hubo en el escolasticado de Alcalá una especie de epidemia que atacó a la mayoría de los jesuítas. Continuamente había 8 ó 9 jesuítas enfermos. Con ello disminuyó la actividad de los ejercicios, pero no se interrumpió.

*149 Leonor Mascareñas (1503-1584), de noble familia portuguesa, vino a España entre las damas de la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V. Tuvo la tutela de Felipe II. Fué insigne bienhechora de la Compañía. Cf. FN, 472 nota 14.

*157 Diego Espinosa (1502-1572), presidente del Consejo de Castilla, inquisidor general, superintendente de los asuntos de España, obispo de Sigüenza y cardenal desde 1568.

*159 Fr. Diego de Yepes (h. 1530-1614), jerónimo, escritor, prior del monasterio del Escorial, confesor de los reyes Felipe II y III, obispo de Tarazona.

ALMAZÁN

*160 -1553	Hurtado de Mendoza Franc.	LQ,IV,523

ALMENARA (Castillo de) nota: 160-161

*161 -1552-Vill. o Tabl.	Quiroga Gaspar	LQ,II,15
*162 - » »	Personas principales	LQ,II,15
163 - » »	Personas calificadas	LQ,II,15
164 - » »	Religiosos.	LQ,II,15
164a » »	Fr. Juan de Parra	Castro, IV,14 (96r,v)

ARESE (ITALIA)

165 -1556-Coudreto	Un sacerdote	PCh,VI,144

ARGENTA (ITALIA)

166 -1554	Un joven	PCh,IV,91

AUGUSTA (AUSBURGO)

167 -1550-Jayo	Sacerdote	MB,355; PCh.II,74
168 -1551- »	Algunos	PCh.II,266
169	Capellán del Card. Truchsess	LQ,I,282

AUVERGNE (Cf. nota 169-170)*

170 -1554-Broet	Dos nobles	LQ,II,662
171 »	Un canónigo	LQ,II,663; PCh,IV,316
*172 »	Sacerd. del séquito de Guiche	LQ,II,663; PCh,IV,316

ÁVILA

*173 -1554-Cetina	Santa Teresa de Jesús	Ribera, Vida de la Santa, 125
173a-(?)h 1556-Prádanos	Santa Teresa de Jesús	
173b-1556	Un sacerdote-des$	PCh.VI,220

AZPEITIA

174 -1535-S. Ign.	Beltrán de Loyola, sobrino de San Ignacio	MI.I,189

---

*160-161 No he podido localizar el pueblo en que se encontraba el castillo de Almenara. Sólo sé que «está a 14 leguas» de Alcalá.

*161 Gaspar Quiroga (†1594), vicario de Alcalá. Fué después sucesivamente, canónigo de Toledo, auditor de la Rota, visitador de Nápoles, oidor del Consejo Real, obispo de Cuenca, inquisidor general de España, arzobispo de Toledo y cardenal (1578). Fundó los Colegios de la Compañía de Toledo y Talavera.

*162 Eran de la iglesia de Toledo.

*169-170 No he podido fijar con toda certeza en qué ciudad se dieron estos ejercicios. Era una ciudad de la diócesis de Clermont y de la región de Auvergne (Auvernia).

*172 C. de la Guiche había sido en el Conc. de Trento legado de Enrique II, rey de Francia.

*173 El P. Cetina, según el primer biógrafo de la Santa, P. Ribera, la dió «parte de los ejercicios». Creemos que de esta expresión, muy general y que en el siglo XVI se empleaba para indicar lo mismo los ejercicios leves que ejercicios de primera semana o abiertos, se puede deducir sólo con certeza que Santa Teresa no hizo los ejercicios en su forma perfecta: *cerrados y completos*. Para determinar más hay que atender al modo ordinario de proceder en análogas circunstancias. Lo ordinario era que a religiosas se les diera ejercicios abiertos, pero recorriendo las cuatro semanas sin las elecciones. Además de que en aquellos tiempos en que se adaptaban los ejercicios a las condiciones de cada sujeto, sería una injuria suponer que a Santa Teresa iba su Padre espiritual dar sólo los de la primera semana.

Se añade a esto que la marcada orientación cristocéntrica dada por el P. Cetina a su santa dirigida, se comprende mucho mejor si se la considera como fruto de las semanas segunda y cuarta de los ejercicios. Cf. Bover, J. M.ª, *Santa Teresa y los Ejercicios*, Manresa 7 (1931) 70-73; Brou Alexandre, *Sainte Therese et les Exercices*, CBE. 61-62 (1920). 68-71; Larrañaga, Victoriano, *La espiritualidad*, págs. 82, 99, 119-124.

BARCELONA

175 -1523-S. Ign.	Usaba dar ejercicios		FN,166,262
176 -1525-	Algunas personas		PCh.I,32
177 -1542-Araoz	Un caballero	*AR.*	Ep.NN.78,4r
178 - »	Almirante de Nápoles		Ep.NN.78,4r
179 - »	Pariente d. Duq. de Cardona		Ep.NN.78,4v
180 - »	Dr. Maestro Pujales		Ep.NN.78,4v
181 - »	Una persona rica		Ep.NN.78,4v
182 - »	No bastarían 10 para todos		Ep.NN.78,4v
183 -1544- »	Dió ej. Uno-$		EM,I,159; PCh.I,140
184	Una persona de calidad		EM,I,99
185 -1545	Se dieron ej.		EM,I,234; PCh.I,168
186 -1546	Tres sacerdotes		EM,V,646
187 -1548	Una monja dominica		EM,I,548
188 -1549-Queralt	Da ejercicios		EM,II,245
189 -1550	Algunos estudiantes		PCh,II,105
189a	Santa Cruz Juan-$	*AG.*	Inf.ª III
190 -1551	Algunos		PCh.II,356
191 -1553	Se dan ej.		EM,III,438
192	Maluquer		LQ,II,215
193 -1554	Se dan ej.		PCh.IV,360
194 -1555	Un legisperito de Lérida		PCh.V,383
195 -1556	Un hombre		EM,V,597
195a	Un religioso		EM,V,597

BASANO

196 -1547-Baroello	Muchos		PCh.I,231

BASTIA

197 -1553-Landini	Tres hombres principales		EM,III,309,317
198 -	Dos mujeres		EM,III,309,317
199	Se daban ej.		PCh.III,84

BAZAIN (INDIA)

200 -1552-Núñez	más de 20-1.ªS.		PCh.II,753
201 »	Prefecto: Franc. Barreto		PCh.II,753
*202 »	algunos «lascarinos»		PCh.II,753

BELLIMAR (ESPAÑA)

203 -1553-Estrada	Canónigo Cuevas		EM,II,576
204 »	Canónigo Mazuelo		EM,II,576
205 »	Castro Jerónimo de		EM,II,576

BELLUNO

206 -1549-Salmer	Algunos jóvenes		PCh.I,409,412

BERLANGA

*207 -1554	Tovar María de al-ej.		LQ,III,83

BOLONIA

208 -1546-Doménech	Palmio Benedicto (n. 979)		LQ,I,10,12; Ta-V.II,402
210 »	Nobles		PCh,I,175
211 »	Cuatro señoras		LQ,I,8,9
212 »	Algunos		PCh,I,174,176
213 Jácomo	Uno de 36 años-1.ªS.		LQ,I,10
214 -1547-Broet	Toda la cuaresma da ej.		PCh,I,217
215 »	Muchos y muchas		PCh,I,217
216 »	Muchos gentilhombres	*AR.*	Ep.NN.78,53r
217 »	Un carmelita		Ep.NN.78,53r

---

*202 «Lascarin» se llamaba antiguamente a los soldados indígenas de la India y a veces aun a soldados europeos que militaban en la India. Hoy se les denomina «sipai».

*207 María de Tovar y de Vivero y de Soto, madre del marqués de Berlanga. Cf. LQ. III, 83 nota 1 y 2.

218	Broet	«Casi de la mañana hasta la noche»	ES,I,59
219	»	5 ó 6 clérigos	ES,I,59
275 -1548		Cierto prelado	PCh,I,275
276	Salmer.	Personas principales	PCh,I,275; ES,I,63
278	Broet	Muchos de ambos sexos	PCh,I,275
279	»	Mas de 30 matronas-1.ªS.	PCh,I,275
280	»	Sacerdotes	PCh,I,276
281 -1549-Broet		Algunos escolares	PCh,I,403; MB,45
282	»	Un sacerdote escolar	PCh,I,403
283	»	Muchas vírgenes nobles	PCh,I,489
284	»	Muchas monjas de var. monasterios	PCh,I,490
285	»	Un caballero *AR.*	Ep.NN.78,81v
286	»	Personas de calidad	Ep.NN.78,82r
287	Palmio	Un caballero *AR.*	Ep.NN.78,81v
287a-1550		no pocos-ee.rel.	PCh.II,53
*288 -1550-Broet		Muchas monjas	PCh,II,53
289	»	Sacerdotes	PCh.II,54
290	»	Un militar	MB,54; PCh.II,54
291	»	Muchas personas-1.ªS.	MB,54
292	»	Muchas vírgenes-1.ªS.	MB,52
293	»	Algunas religiosas	MB,52
294	»	Un procurador de la ciudad	MB,54
295	»	Algunos nobles	MB,52
296	»	Más de 15-Alg. ee. rel.	MB,45
297	Palmio	Daba ej.	PCh,II,57,125
298 -1551-Broet		Muchos	MB,62
298a	Palmio	Muchos	MB,62
*299	Landini	Monjas de Santa Elena	PCh.II,204
300 -1552-Palmio		Muchos	LQ,I,678
301	Galvanelli	Muchos	LQ,I,678
302		Jóvenes-Varios ee.rel.	LQ,I,679
303 -1554-Palmio		Un sacerdote	EM,IV,86; PCh,IV,109
304	»	Dos seglares	EM,IV,86; PCh,IV,109
305	»	Nueve mujeres; 18 religiosos	EM,IV,86; PCh,IV,109
306	Patarini	Monjas de var. monaster.	LQ,III,128
307 -1555		Parroquianos de Santa Lucía	EM,IV,717,718
308		Muchos de ambos sexos	PCh,V,127
309		Un ciudadano rico	PCh,V,125
310 -1556		4 y 5 a la vez-al. ej.	PCh,VI,180

BRAGA

311 -1551	Sylveira	Dió ej.	PCh,II,361
312	»	Monasterio: todas	PCh,II,370

BRESCIA

313 -1540-Estrada		4 Doctores	EM,I,42
314 -1544-Laínez		Dos sacerdotes	ML,I,36; PCh.I,130
315	»	Tres escolares	ML,I,37; PCh.I,130
316	»	10 ó 12 sacerdotes	ML,I,38
317	»	3 personas doctas	ML,I,40

BURGOS

318 -1551		4 canónigos-1.ªS.	PCh,II,317
*319 -1552		Polanco Gregorio	PCh,II,632
320 -1553-Borja		varias personas principal	PCh,III,321
321	»	Ramírez de Vergara (n.º 15)	PCh,III,348

CASOLA

322 -1549-Landini		Santino Rector de la Sambuca *AR.*	Ep.NN,78,78r,100r
323		Santoromano Martín de, sac.	Ep.NN,78,78r,100r
324		Nazzi Francisc., sacerdote	Ep.NN,78,78r,100r
325		Camporeggiano, sacerdote	Ep.NN,78,78r,100r

*288 Eran del monasterio de la Santísima Trinidad instituido en 1443 por un Fr. Alejo de la Orden de los jesuatos. Se llamaban monjas de Laudate Christi. Cf. Masini, 426.

*299 Monjas agustinas. La iglesia se fundó en 1538. Cf. Masini, 456.

*319 Gregorio de Polanco, hermano del P. Juan Alfonso de Polanco. Murió en 1563 dejando 13 ó 14 hijos.

326		Otros 4 sacerdotes		PCh,I,397; EM,II,253
327		14 vírgenes		PCh,I,397; EM,II,329
328		15 y 16 a la vez a veces-1.ªS.		PCh,II,24
329		Cásola Antonio-d$		EM,II,329

CASTELLO DO VIDE

330	-1551	Muchos nobles		PCh,II,369
*331	-1552-Sta. Cruz	Mascareñas Juan		Tellez,II,325
*332	»	Mascareñas Elena		Tellez,II,325
333		Algunos; personas princ.		PCh,II,681,682
334		Mujeres-1.ªS.		PCh,II,683
335		40 vírgenes-1.ªS.		PCh,II,369

CASTIGLIONE DE ORCO

*336	-1547-Broet	Cervini Alejandro	*AR.*	Ep.NN,78,53v. PCh,I,217
337	»	Belarmino Jerónima		Ep.NN,78,53v. PCh,I,217

CATANIA

338	-1548-Capellán	Un monasterio		PCh.I,284

COCHIN

339	-1548	Muchos gentilhombres	*AR.*	Ep.NN.78,165; MX,I,485

COIMBRA

340	-1543-Mirón	Sylveira Gonz. † 1561-$	*AR.*	Ep.NN,78,20v
341		Meneses Rodrigo † 1548-$		Diertins, 115
342	-1545-Fabro	Dió ej.		EM,I,193
*343		Ordenando de sacerdote		PCh,I,157
344		Gz. de Cámara † 1575-$		PCh.I,157
345	Estrad.	Heredia Antonio-$	*AG.*	IN,I,309
346		Sa Manuel † 1596-$		Diertins,127
347		Gómez Antonio † 1587-$		Diertnsi,127
348		Muchos		PCh.I,157
349	-1546	Un monje de San Fins		EM,I,268,PCh.I,193
351	-1547	Dignidad de la igl. de Lisb.	*AR.*	Ep.NN,78,25v
352		Bto. Ig. Azevedo mártir-$		Teles,I,304; Diert.143
353	-1548	Feo Jerónimo		LQ,I,112
354		Algunos-Var.$$		EM,I,523; LQ,I,102
355	-1548	Un joven de Oporto		EM,I,523; LQ,I,102
356		Un clérigo		EM,I,526
357		Una persona		EM,I,526
357a		Vide «PORTUGAL»		
358	-1552	Morera Jorge		PCh,II,697
359		Dos estudiantes teólogos		LQ,II,97
360	Pe. Dome.	Casas de órganos-al.ej.		PCh,II,696
361	-1553	Dos personas		LQ,II,371; EM,III,711
*362	Sylveir.	Monasterio de Santa Ana		PCh,III,414
364	»	Monasterio de Santa Clara		PCh,III,414
365	-1554	Un noble		PCh,IV,503
366	-1555	en, may: 16		LQ,III,452
367		1.° jun. Están 6		LQ,III,452
368		«Satis multi»		PCh,V,585
369	-1543-Fabro	Dos personas		FM,221
370	»	Castro Lamberto †.1544-$		FM.256
371	»	Kannegieser Pedro †-$		FM.263; K,I,125
372	»	Un clérigo		FM.263
373	»	Lorenzo (criado)		FM.264

*331 Juan Mascareñas, mayordomo del rey don Enrique, administrador de su hacienda y Consejo de estado y uno de los 5 gobernadores que dejó el Rey al morir. Cf. Telles.II,325.

*332 Elena de Mascareñas, esposa de don Pedro Mascareñas. Telles.II,96.

*336 Hermanastro del Papa Marcelo II y esposo de Jerónima Belarmino de quien se hace mención en el numero siguiente.

*343 Polanco dice que era «quidam alius Comitis Feriae». No he encontrado ninguno de la familia del conde de Feria que se encontrara en Lisboa por esta fecha. Cf. Fernández de Béthencourt, VI, 174-195.

*362 Convento de eremitas descalzas de San Agustín, fundado en 1174. Gozaban de fama de gran austeridad y pobreza. G. Soares d'Azevedo,I,329.

*374	Fabro	Kalkbrenner Gerar. (Hamontanus)	ActaSS.iul.VII,482
375	-1545	Dos	BM,73
*376		Notario de Espira	KI,161
377		Un joven de Lieja	KI,167
378		Questemburg Ever.†-$	FM,304,357,358
379	-1546	sacerdote holandés-probable	FM,304
380		Maestro promovido de Gueldres	FM.304
381	-1547	Se dieron a muchos	PCh,I,244,213
382	-1547¿	Cusson Egidio	MI,XII,392
383	-1548-Kessel	Varones doctos	PCh,I,294
384	»	Estudiantes de la Universidad	PCh,I,294
386	-1549 »	Barnes Godofredo-d$	LQ,I,145; EM,II,133,185
*387	»	Un joven de Lieja	LQ,I,145; EM,II,133
388		Erardo de Lieja	LQ,I,145
*389		Un «pastor»: probabl. un obisp.	LQ,I,172,173
389a		algunos	PCh,I,416
390	-1550-Kessel	Daba ej.	PCh,II,81,84
391		Ordenando de sacerdote	EM,II,399
392		Un flamenco	EM,II,399
393	-1551	Un estudiante-d$	LQ,I,289
394		Tres estudiantes-dd$	LQ,I,463
395		Un sacerdote rico	LQ,I,463
396		Gerardo holandés	PCh,II,278
397		Varios	PCh,II,279
*398	-1552	Bokes Bruynsma Andrés	LQ,I,546
399	Cools	Un joven de Lovaina-$	LQ,II,47,64
400		No pocos	LQ,I,671
401	-1553	Algunos	LQ,II,477; PCh,III,268,270
402		Sacerdote de la ciudad-$	PCh,III,270
403	-1554	Canisio Teodorico † 1606$	LQ,II,681; PCh,IV,273
404		Denys Enrique-$	LQ,II,681; PCh,IV,273
405		Uno de Lieja	PCh,IV,274
406		Algunos	LQ,II,681
407	-1556	Un joven: Gregorio-$	PQ,IV,614
408		Beckel Juan † -$	EM,V,483
409		Sacerdote sobrin. de Gerardo	PCh,VI,425

CÓRDOBA

*410	-1553-Villan.	D. Juan de Córdoba	EM,III,707; EN,I,227
411	-1554	Uno	LQ,IV,698
411a	-1554	Alvarez Luis-$ *AG.*	Inf.II
412	-1555-Gz. Gonz.	Gómez Francisco † 1576-$	PCh,V,524
413	»	Un sacerdote -$	PCh,V,524
414	»	Estudiante de teología-$	PCh,V,524; LQ,III,627
415	»	Bastantes	PCh,V,524
417		Algunas personas	PCh,V,528,519
418		Dos estudiantes de Osuna	LQ,III,627
419		De ordinar. 2, 3, 4 y aun 5	EM,IV,634; LQ, III, 521
420		Dos clérigos de fuera	EM,IV,634
421		Muchos	LQ,III,627
422	-1556	Avellaneda Diego-$ *AG.*	Inf.
422a	-1556	Bastantes desde que están en la nueva casa	PCh,VI,667
423		Dr. Ferel, médico	PCh,VI,707

CORTONA

424	-1556-Coudreto	Algunas de varios monaster.	PCh,VI,145

---

*374 Gerardo Kalkbrenner (h.1490-1566), prior de la Cartuja de Colonia, estuvo en íntimo contacto con S. P. Canisio y con el Beato Fabro. Procuró para la Compañía la comunicación de los bienes espirituales de su orden. Cf. Greven 88-109 y Kettenmeyer 87.

*376 Había sido soldado, luterano, discípulo personal de Lutero y muy amigo de Bucero. Cf. K.I, 161 nota 1 (FM. 357).

*387 Nació en 1525 de una familia distinguida en Flandres. Abogado durante algunos años en la curia de Lieja. Se habían ya efectuado los esponsales con la hermana de un oficial de la curia pero determinó en los ejercicios entrar jesuita. LQ. I, 145.

*389 El contemporáneo que resumió la carta interpretó como si este «pastor» fuera un obispo. LQ. I, 172 nota y 173 «un vescovo scandaloso».

*398 Bokes era llamado ordinariamente Bocatius. Entró jesuita y murió en 1579.

*410 Juan de Córdoba, deán y canónigo de Córdoba, abad y señor de las villas de Rute y Zambra, fundador del colegio de la Compañía de Córdoba «la principal persona de esta ciudad (de Córdoba) y con quien más cuenta se tiene en toda la Andalucía de persona eclesiástica», según el P. Bustamante Cf. EM, III,706.

CUENCA

425 -1550-Villan.	Dos canónigos	LQ,I,226
426 Méndez	Un canónigo	EM,II,389
*427 -1552	Carril. de Mendoza L.	LQ,II,15
428 Villan.	algunos	LQ,II,15
428a Tablares	algunos	LQ,II,15
429 -ante 1554	Guardián de los francisc.	EN,I,164
430 -1554	Un sacerdote	PCh,IV,427
431	Procurador de causas	PCh,IV,428
432	Un laico-$	PCh,IV,428
433	Persona princ. y pública-1.ªS.	PCh,IV,429
434 López Al.	algunos	LQ,IV,203
434a Carvajal	algunos	LQ,IV,203
435 -1555	muchas personas	LQ,III,479; PCh,V,446
435a	Casi siempre algunas	LQ,III,579; PCh,V,446
436 -1556	Algunos	LQ,IV,203

DILINGA

*437 -1544-Jayo	Card. Truchsses (N.º 1036)	PCh,I,133
438 -1545 »	Algunos españoles-1.ªS.	PCh,I,154
438a »	Franceses e italian.1.ªS.	PCh,I,154

EICHSTADT

*439 -1544-Jayo	Mauricio von Hutten ob.	*AR.* Ep.NN.78,94; PCh,I,133

ELVA (PORTUGAL)

440 -1554-Fs. Man.	sacerdotes- 1.ªS	LQ.II,657; PCh.IV,517

ESPIRA

*441 -1541-Fabro	Mussbach Jorge.Vic. gen.	FM,67,69
442 -1542 »	Aragón Juan † 1553-$	FM,161,164,172,174
443 - »	Alvaro Alfonso-$	FM,161,165
444 »	Card. Truchsses (N.º 1036)	FM,165
445 »	Mussbach Jorge (N.º 441)	FM,164,172
446 »	Un carmelita	FM,177
447 -1547-Bobad.	Varones principales	PCh,I,135

EVORA

448 -1551	Se daban ej.	PCh,II,379
449 -1552-Carneiro	Sacerdote pariente de Borja	LQ,I,700
450 »	Tres monasterios	LQ,II,49; EM,III,19
*451 -1553-Fs. Manuel	Muchas monjas de Santa Clara	LQ,II,506; PCh,IV,150
452	Colegio de clérigos-prob.	EN,I,184
454	Algunas monjas	LQ,III,764
455	Bastantes monjas: imposible a todas	PCh,VI,724

FERRARA

457 -1547-Jayo	Dió ej.	MB,405; PCh,I,225
458 -1548 »	Dió ej.	MB,405; PCh,I,278
459 -1549 »	Algunas personas	*AR.* Ep.NN,78,82r
459a-1551-Broet	Muchos	LQ,I,412
460 »	Mujeres nobilísimas	LQ,I,514; PCh,II,188
461 »	Personas de ambos sexos	LQ,I,514; PCh,II,188

---

*427 Luis Carrillo de Mendoza, hijo heredero del conde de Priego y que más tarde fué 8.º ó 9.º conde de Priego. LQ, II,15 nota 5.

*437 Otón Truchsses von Waldburg (1514-1573) doctor en teología por Padua, consejero del Emperador desde 1541, obispo de Augusta desde 1543 y Cardenal desde 1544. Cf. Duhr Quellen y lo que decimos en el Cap. VI, n. 10.

*439 Mauricio de Hutten † 1552, obispo de Eichstadt desde 1540.

*441 Jorge Mussbach, vicario general de Espira, sólo pudo hacer en esta ocasión los ejercicios de la primera semana por tener que marcharse el Beato Fabro. Volvió a hacerlos al año siguiente, es de creer que completos.

*451 Convento de franciscanas fundado en 1458. Cf. Pereira-Rodrigues, II, 241. En el monasterio eran en total 70.

461a	»	10 ó 12 a la vez	LQ,I,514; PCh,II,188
462	»	Cada día algunos	LQ,I,514
*463	»	Huérfanos de un colegio	LQ,I,515
464	»	Doctor en ambos derechos	LQ,I,412
464a	»	Frasona del Gesu Maria	LQ,I,514
465	-1554-Bonins.	Dos personas-probable	EM,IV,345
466	-1556	Un joven sastre	PCh,VI,200
467		Un joven francés	PCh,VI,200
468	Roilet	Un sacerdote-$	*AR.* Ital.107,14r
469		Algunos	PCh,VI,200

FLORENCIA

470	-1547-Frusio	Un cura párroco	LQ,I,39
471		Un joven	*AR.* Ep.NN.78,56r; LQ,I,39
472		Soldado; varias personas	PCh,I,222,223
473	Otelo	Maestro de los hijos de Mr. Juan Tedesco	*AR.* Ep.NN.78,56r
474	-1552-Coudret.	Un caballero	LQ,I,604
475		Algunos	LQ,I,604
476	-1553	Religiosos y otros-pobl.	PCh,III,68
477	-1554-Coudret.	Algunos	PCh,IV,160
*478		Toledo Luis-al.ej.	PCh,IV,160
479		Estudiante de Génova	PCh,IV,160
480		Guazzalotti Arcipreste de Prato-$	PCh,IV,170,171
481	Coudret.	muchos	LQ,III,260; PCh,4,163
482	»	2 jóvenes y 1 licenciado	LQ,III,260; PCh,4,163
483	»	los religiosos de un monast.	LQ,III,260; PCh,4,163
*484	-1554-Coudret.	Un noble español	PCh,IV,163
485	-1555	Muchos	LQ,III,536
486	Guzmán	Dos gentilhombres españoles	LQ,IV,149; PCh,V, 96
487	-1556 »	Sereno Felipe, sacerdote	PCh,VI,157
488		Javier Juan-$	PCh,VI,142
*489		Torre Pedro de la	PCh,VI,153
490		Carvajal Diego-$	EM,V,239; PCh,VI,143

FOLIGNO

491	-1548 Landini	Canónigo, maestro de clérigos	LQ,I,122
*492	»	Felipe abad de Spoleto	PCh,II,72,196
493	»	Algunos	PCh,I,291
494	-1549 »	8 sacerdotes	LQ,I,166; PCh.I,393
495		Un maestro de escuela	LQ,I,124
496		El secretario de la comunidad	LQ,I,124
497		Un librero	LQ,I,124
498		El sacristán	LQ,I,124
499		Un sacerdote	LQ,I,124

FUNAIO (JAPON)

500	-1555-Almeida	Médico-$	Orlandini,XV,n.137

GALAPAGAR (ESPAÑA)

501	-1541-Fabro	Teniente ecclo del Dr. Ortiz	FM,136,138
502	»	Un capellán	FM,138

GALLICANO DI LUCHESI

503	-1550-Landin.	14 vírgenes	LQ,I,123

---

*463 En el colegio había 80 niñas. Hicieron los ejercicios casi todas.

*478 Luis de Toledo hijo de Pedro de Toledo, virrey de Nápoles y marqués de Villafranca. En 1553 fué nombrado lugarteniente de su padre en el Virreinato .Cf. PCh,III,171.

*484 Era del Consejo del Emperador.

*489 Secretario de Francisco de Toledo durante la estancia de éste en Trento como representante del Emperador. Llegó Toledo a Trento el 15 de marzo de 1546 y nuestro ejercitante fué secretario «iam inde ab initio Concilii». PCh. VI, 153 nota 2.

*492 Parece por los diversos datos que indican las fuentes que era un abad comendatario, tanto más cuanto que no creo que hubiese en este tiempo ningún monasterio en esa región que tuviese abad, a pesar de que antes había habido algunos de benedictinos y camaldulenses.

GANDÍA

504 -1546-Oviedo	12 ó 14 simultáneamente	EM,I,284
505 »	Relig. predic. y prof. de teolog. *AR*.	Ep.NN,78,155r; M,I,284
506 »	Abadesa de Santa Clara	MB,784
*507 »	Meneses Juana de	MB,784
507a	Caballero de 26 años	MB,784; EM,I,284
*508- 1546-Oviedo	Isabel Borja	EM,I,284; MB,784
509 »	9 personas	EM,I,284
510 »	Un caballero	EM,I,284
511 »	Dos canónigos	EM,I,284
*512 »	Martínez Onofrio	EM,I,284
513 »	Saboya Francisco † 1550-$	MB,797
514 may. »	S. Francisco de Borja † 1572$	SFB,II,691; MI,III,257
515 Borja	Diversas personas *AR*.	Ep.NN,78,31r
516 -1547	Dos sacerdotes castrenses	EM,I,409
517	Díaz Baltasar † 1572-$	EM,I,409
518 -1548-Oviedo	Algunos sacerdotes	PCh,I,309
519 -1549 »	Da según su costumbre	PCh,I,309
520 »	Algunas personas *AR*.	Ep.NN,78,160r, M,II,126
521 »	Un clérigo de Illescas-$	EM,II,264,278
522 Borja	Un estudiante	EM,II,318,321
*523 -1550-Barma	María de Córdoba	PCh,II,98
*524 »	Borja Carlos *AR*.	Ep.NN,78,161v; PCh,2,98
525 »	Cordona Magd.na, Cond. de Oliva	Ep.NN,78,161v; PCh,2,98
526 Saboya	Algunos	PCh.II,100
527 Oviedo	Varios de muchas cualidades	Ep.NN,78,161v
528 Borja	Una persona-d$	LQ,I,189; PCh.II,98
*529	P. Mto. Tarraga	LQ,I,189
530	Tres eclesiásticos	PCh,II,127
531	Muchos estudiantes-var.-$$	PCh,II,96,99
532 -h.1551	clérigo Gonzalo	Alv.II,79 (617)
533 -1552	Dos hermanos de Cuenca	LQ,II,71
534	El vicario de Gandía-d$	LQ,II,71; PCh,II,661
535 -1554 en-may.	Muchos	LQ,II,646
536	Un mercader	LQ,II,646
537 may-ag.	Muchos en casa	LQ,III,91
538	Exjesuíta Sículo Jer. volvió-$ *AR*.	Sic,59,3v
539 -1555	Algunos	LQ,III,603
540 -1556	Se daban ej.	EM,V,295

GARDA (ISLA DEL LAGO DE)

541 -1552-solo	Olabe Martín † 1556-$	Ribad. Vida Laínez, 27

GÉNOVA

542 -1555-Viola	3 jóvenes-1.ªS-d$$	LQ.III,682
543	Se daban ej.	PCh.V,116
544 -1556	Bastantes-al. ej.	PCh.VI,171,172

GERONA

*545 -ante 1549 Gestí	Juan † 1559-$	EM.II,234
546 -1549-Gestí	Muchos	EM.II,234

*507 Juana de Meneses, tía materna de la esposa de San Francisco de Borja, doña Eleonor de Castro y Meneses.

*508 Isabel de Borja y Castro (1532-1558), hija de San Francisco de Borja, que fué más tarde condesa de Lerma. Cf. SFB.I, 624, 627.

*512 Sacerdote y secretario de San Francisco de Borja.

*523 María de Córdoba, hija de Don Luis de Córdoba marqués de Comares. Se proyectó casarla con Don Carlos de Borja y Castro primogénito del Santo Duque, pero no se llegó a realizar el matrimonio. Cf. SFB.I,306.

*524 Carlos de Borja y Castro (1530-1592) primogénito de San Francisco de Borja a quien sucedió en el Ducado de Gandía. En 1575 fué enviado por Felipe II de embajador extraordinario a Génova con ocasión de disturbios entre algunas familias nobles de aquella comarca. En 1582 y 1583 fué capitán general de Portugal. Cf. SFB.I, 305, 340.

*529 Mto. Tarraga era catedrático de filosofía en la Universidad de Gandía.

*545 Juan Gestí fué canónigo de Villabeltrán (Gerona), varón apostólico y celoso, aficionado a enseñar la doctrina a los niños. Atendió de modo especial a los niños huérfanos. Después entró jesuita. Cf. Alv. I, 45. Es dudoso que hiciera los ej. precisamente en Gerona.

GOA

547	-1545	Joven portugués-probable	*AR.* Goa,10,6r
548	-1548-Pérez	Bravo Juan † 1575-$	*AR.* Goa,31,254r
*549		Un beneficiado	Goa,31,254v
550		Dos gentilhombres	Goa,10,83r
551	Torres	C. Carvalho Domingo † 1552$	Goa,10,I,151r
552	»	Gramáticos indígenas: Diego	Goa,10,I,151r
553	»	Andrés Vaz, Pablo, Manuel	Goa,10,I,151r
554	»	Sac. Gago Baltasar † 1583$	Goa,10,I,151r
555	»	Barreto Egidio † 1567$	Goa,10,I,151v
556	Lancill.	Torres Cosme de † 1570$	Goa,10,I,151r
*557	-1549	Pablo de Santa Fe (Yajiro)	MX,I,515,528,537
558		Japonés: Antonio	MX,I,515,528,537
559		Japonés: Juan Kagoshima	MX,I,515,528,537
560	-1551-Gz.Mig.	Da ej.	Ul.I,146v
561	-1552	Se daban	Ul.I,173r
*562	-1554	Mendes Pinto Fernando	Goa,8,I,61r

GRANADA

564	-1555	Loarte Baltasar †. 1580$	LQ,III,290
565		Un vasco-$	PCh,V,511
566		Un capellán real-$	PCh,V,511; LQ,III,500
567		Un doctor en teología	PCh,V,513; LQ,III,571
568		Joven mercader sevillano-$	LQ,III,572; PCh.V,513
569	-	Un señor con su criado-$$	LQ,III,572; PCh.V,513
570	-1555-Navarro	4 monjas	LQ,III,501; PCh,V,512
571		Una abadesa	LQ,III,530
572		El hijo de un mercader	LQ,III,500
573		Sánchez Cristóbal	PCh,V,511
574		Dr. Gasca «maestro del P. Laínez»	EM,IV,763
575		Dr. Madrid Antonio †. 1573-$	EM,IV,763
575a		Muchos los desean	EM,IV,764
576	-1556	5 ejercitantes	EM,V,537
577		Bracamonte Diego de †. 1583-$	PCh,VI,684
578		Gallegos P.	PCh,VI,684
579		Figueroa canónigo	PCh,VI,684
580		Sobrino de Figueroa-$	PCh,VI,684
581		Lic. en derecho, lector públic.	PCh,VI,684
582		Mies grande	PCh,VI,677
583		joven teólogo	LQ,IV,226
584		sacerdote canonista	LQ,IV,528
585		est. canonista hijo de un 24	LQ,IV,623

GUADALAJARA

586	-1549-Villan.	Gómez Luis-1.ªS.	PCh,I,432

GUBBIO

587	-1552	Unas 50 mujeres-al. ej.	PCh,II,446
588	-1553	algunos	LQ,II,329
589	Manareo	algunos	LQ,II,341

INGOLSTADT

590	-1549	soldado alemán	MI,XII,495
*591	-1550-Jayo	Wolf Erasmo-(I.ª S.)	LQ,I,240; K,I,318

---

*549 Tal vez Vicente de Viegas-$. Nota del P. Wicki en su tomo de *Monumenta* en preparación.

*557 Anjiró que recibió al ser bautizado en Goa en 1548 el nombre de Paulo de Santa Fe nació en Kagoshima de una familia samura. Murió en una lucha contra los chinos. Cf. Frois-Schurhammer, 1-6.

*562 Fernando Mendes Pinto (1509-1580), célebre escritor portugués que dejó consignadas en sus escritos extraordinarias aventuras y curiosas observaciones que hizo durante las 13 veces que fué capturado y las 17 que fué vendido. Entró jesuita en 1554 acompañando a Javier al Japón, pero salió pronto de la Compañía.

*591 Erasmo Wolf, rector de la Universidad de Ingolstadt, oriundo de Landsberg, profesor de filosofía y canónigo, fué regente del colegio georgiano de 1544 a 1551 y rector de la Universidad de Ingolstadt en 1543-1544 y mientras hacía los ejercicios (1548/9 y 1550). Cf. K, I, 309, nota 2.

592	Varón principal		PCh,II,81
593	Soldado	*AR.*	Ep.NN.78,94r; K,I,312
594 -1551	Waldburg Otón		K,I,361; PCh,II,76
595	algunos estudiantes-1.ªS.		LQ,I,481; K,I,393
596	Párroco		LQ,I,481; K,I,393

JARAICEJO

*597 -1555-Borja	Vargas Gutierre, n.º 1189	PCh.V.280; LQ,IV,21

LAGOS (PORTUGAL)

598 -1552	El párroco	LQ.I,717

LIESSIES

599 -1553-Goisson	10 benedictinos jóvenes	AA.SS.Ian.I.443
600 Benedict.	Dos novicios-al.ej.	EM.III,559

LISBOA

*600a-1540-Rodrigues	Uguccioni Benedicto		Valdivia f.242
601 Javier	Personas de la curia real		PCh,I,88
602 »	Dos licenciados en teol.		MX,I,221
603 »	Un predicador; un caballero		MX,I,227
604 »	Presos de la Inquisición I*S.		MX,I,232
*605 Rodrigues	Un Duque		MX,I,227 (a)
606	Persona de las más princip.		FN,230,231
607	Condesa muy principal		MX,I,227
608 -1542	Dos jóvenes-dd$		EM,I,92
609	Cardoso Antonio-$		EM,I,106
610	Godinho Manuel † 1569-$		EM,I,106
611	Un portugués		EM,I,106
612	Nieto Francisco † 1546-$		EM,I,109
613 Santa Cruz	Hermano de Fr. Nieto		EM,I,109
614 »	Una persona		EM,I,109
614a »	Dos personas		EM,I,108
615	Fernandes Manuel † 1593$		Diertins,106
616 -1543	Moreira Jorge-$ y salió	*AR.*	Ep.NN.78,20r
618	3-probable.-$$$	*AR.*	Ep.NN.78,21r
619 Oviedo	dió ej.	*AR.*	Ep.NN.78,22v
620 -1548	personas casadas		EM,I,517
621 -1550	muchos (plurimi) casados		PCh,II,136
622 -1551	muchos		PCh,II,376
623 -1553	Dos hombres		LQ,II,352
624	algunos		LQ,II,443,454,467
625 Vieira	Dos nobles-1. rel.		LQ,II,445,456
626	continuamente en la iglesia		LQ.II,536,540
*627 Torres M.	Catalina reina de Port.		EM,III,713; PCh,III
*628 Borja	Princesa Juana-al. ej.		PCh,III,360/409
*629 -1553-Mirón	Príncipe Luis		Tellez,I,179
*630 -ant.1554	Mascareñas Pedro		Tellez,I,179

---

*597 Gutierre Vargas de Carvajal († 1559) obispo de Plasencia desde 1524. Cf. Astráin, I, 424-431 y lo que decimos en el capítulo VI, n.º 11. Sobre el director de ejercicios que parece fué Borja y no Villanueva, cf. cap. II, nota 21, pág, 47.

*600a Benedicto Uguccioni de noble familia florentina, pariente del Papa León X. Se trasladó a Portugal tal vez con alguna misión de este Papa. Tuvo gran influencia con Juan III y desde el principio favoreció a los PP. Rodrigues y Javier. Más tarde fundó el colegio de Bellimar. Valdivia, f. 242.

*605 Era Juan de Lancastre, duque de Aveiro y marqués de Torres Novas (1501-1570). Cf. Rodrigues, I, 2, 161-162 y Sousa, XI, 41-61.

(a) Uno que es más que duque [sin duda el rey] y los tres hermanos del rey, don Luis, Enrique y Duarte «per modum confessionis platicaron sus cosas» I, MX, 227. Parece que se trata de una «conversación» de ejercicios.

*627 Catalina (1507-1578), hermana del emperador Carlos V, reina de Portugal por su matrimonio con Juan III. Cf. Sousa, 522-534 y March, II, 490.

*628 Princesa Juana de Austria (1535-1573) casó en Toro en 1552 con el príncipe Juan, hijo del rey de Portugal Juan III. Fué en 1554 gobernadora de Castilla. Cf. March, II, 486. En 1552 en Toro había ya hecho algunos ejercicios Cf. N.º: 628.

*629 Luis (1506-1555), Infante de Portugal, hijo del rey Manuel I. Tomó parte en la expedición de Túnez. Uno de los que más íntimamente colaboraron en el gobierno de su hermano el rey Juan III. Cf. Sousa, III, 357-368 y Rodrigues, I, 2, 609.

*630 Pedro Mascareñas (1483-1555) señor de Palma, embajador de Portugal en Roma (1538-1541), virrey de la India (1554-1555), se mostró siempre amicísimo de la Compañía. Cf. Rodrigues, I, 1, 212-216.

*631	-1554-Vaz	Princip. Eduardo, María Catal.		LQ,II,696; PCh,IV,50
*631a	- ? Enriquez	Card. Enrique de Portugal		Tellez,I,179
*632	-1554-Vaz	Infanta Isabel		LQ,II,696; PCh,IV,50
*633	Mirón	Monast. de la Virgen d.Xabreg.		PCh,IV,536; Rodr.I,636
634		Personas de estado y calidad		LQ,III,134
*635	Vaz	Monast. de la orden de Cristo		PCh,IV,537
636	-1555	algunos-var. $$		LQ,III,401; PCh, V,559
637		sacerdote-un mes-$		LQ,III,401
638		«criado del cardenal»-un mes-$		LQ,III,401
638a		Uno de fuera-1.ªS.		LQ,III,401

LORETO

639	-1549-Landin.	Dió ejercicios 1.ª-S.		PCh,I,395
640	-1553-Bobadil	algunos seglares		PCh,III,23
641	-1554-Manareo	Androzzi Fulv. canónig.† 1575$		Manareo,139, PCh,4,49
642		Otro canónigo		PCh,IV,49
643		Un apóstata exreligioso		PCh,IV,51
644	-1555	tres sacerdotes-$$$		LQ,III,335; EM,IV,585
645		Dr. de 29 años		LQ,IV,77; EM,V,88
646	en-may.	no pocos		LQ,III,335; EM,IV,585
647	jun.-ag.	se dieron		LQ,III,656
648	set.-dic.	muchos		LQ,IV,74
649		muchos-var.$$		PCh,VI,93

LOVAINA

*650	1543-Estrada	Tapper Ruardo		EM,I,130,154; FM,455
*651	»	Hesio Teodoro	*AR.*	Ep.NN.78,65,EM,I,130
652	»	Wischaven Corn. † 1559-$		EM,I,130-4
653	»	canónigo de Metz		EM,I,134
654	»	canónigo de San Pedro		EM,I,154
655	»	criado de Teod. Hesio		FM,455
656	»	sacerdote portug. maestro en art.		EM,I,154
657	»	algunos varones graves	»	PCh,I,116
658	»	una persona		EM,I,153
659		un portugués-e. francisc.		FM,255,256
660	-1545-Wischaven	Adriaenssens. Ad. † 1580-$	*AR.*	Vit.I,451; Hist. S.174,6r
661	»	Goudano Nicolás † 1565-$		Vit.I,451
662	»	un sacerdote-$		K,I,139
663	»	tres jóvenes-$$$		K,I,139,140
664	-1546 »	Broegelmans Corn. † 1578-$	*AR.*	Vitae,I,490
665	»	Vinck Antonio † 1576-$		Vitae,I,490
666	-1547 »	daba ejercicios		PCh,I,245
666a		muchos-muchos de. rel.		PCh,I,213
667	-1549	Saffraen Corn. †-$	*AR.*	Ep.NN.78,84r
668	-1550-Adriaenss.	Decano de la fac. de artes		LQ,I,197
669	-1551	algunos		LQ,I,279
670		un teólogo		LQ,I,279
671		un joven-d$		LQ,I,506,508
672		Sarlat (Charlat) Quintín † 1556$		LQ,I,507
673		Un joven-d$		LQ,I,507
674		Maestro Jacobo		EM,II,543
675	-1552	van de Bossche Pedro † 1571-$		LQ,I,548

---

*631 María (1538-1577), hija primogénita de los Infantes Eduardo e Isabel, casó en 1565 con Alejandro Farnese, príncipe de Parma. Cf. Sousa, III,441-449. *Catalina* su hermana, casó con el sexto duque de Braganza (Sousa, III, 431-436) y *Eduardo* (1541-1576) el menor de los hermanos fué duque de Grimaraes y condestable de Portugal. Acompañó al rey Sebastián en su primera expedición a Africa. Cf. Sousa, III, 437-439. Estos hicieron sólo «algunos» ejercicios.

*631a Enrique (1512-1580), hijo del rey Manuel I, arzobispo de Evora, cardenal desde 1546, legado a látere en Portugal desde 1561, arzobispo desde 1564, regente (1562-1568) y por fin rey de Portugal en 1579. Cf. Sousa, III, 625-665.

*632 Isabel († 1576), hija de Jaime, duque de Braganza que casó en 1537 con Eduardo hijo del rey Manuel I. Cf. Sousa, III, 430-431.

*633 Real monast. de la Madre de Dios de Xabregas de monjas clarisas. Fundado en 1509 por la reina Leonor y subordinado al contiguo de Santa María de Jesús de franciscanos. Pereira-Rodrigues, IV, 287-294.

*635 La orden de Cristo fué una orden militar portuguesa fundada en 1318 por el rey Denis con los bienes que habían pertenecido a la extinguida Orden de los Templarios

*650 Ruardo Tapper († 1559), canciller de la Universidad, ilustre teólogo, canónigo de Lieja, inquisidor de la fe de Bélgica, consejero de Carlos V y Felipe II, fué uno de los primeros en oponerse a Bayo. Asistió al Concilio de Trento. Cf. Hurter, II, 1451, 1452.

*651 Teodoro Hesio (van Heeze) † 1555. Prodeán del cap. de Lieja e inquisidor de la fe. Había sido secretario particular y confesor del Papa Adriano VI y jefe de la Cancillería. Cf. H. Allard, Dirk Adrianz.

676		Sacerdote	LQ,I,549
677		español docto y sano	LQ,I,567
678		Maestro en artes	LQ,I,683
679		dos jóvenes	LQ,I,683
680		tres sacerdotes	LQ,II,24
681		el 1.º de casa del pedagogo de Lila	LQ,II,24
682		joven español	LQ,II,25
683	may-agost.	solamente uno-e. franciscano	LQ,II,25
684		joven del col. de los teólogos	LQ,II,145
685 -1553		4 sacerdotes	LQ,II,413; EM,III,559
*686		Blosio Luis	LQ,II,413
687		Luis Ursmaro procurad. de los ben.	PCh,III,278
688		Otros 4 PP. Benedictinos	LQ,II,213
689		Casi todo un monasterio	Manareo,18
690		Un estudiante-d$	LQ,II,213
691		Joven del col. de Lila	EM,III,559
692		Cuniberto, docto teólogo	EM,III,258
693 -1553		Una persona-$	PCh,III,276
694		Sacerdote enviado por Blosio	PChIII,285
695		Abad enviado por Blosio	PCh,III,285
696		Una persona	EM,III,258
697 -1554		Un joven -e. franciscano	LQ,III,297; PCh,IV,297
698		Dos sacerdotes	LQ,II,297
699		Un sacerdote	

MADRID

*700 -1546-Fabro		Levorotto Francisco	FM,480; EM,I,312
701		Tres personas	FM,407

MALACA

701a-1548		Algunos	PCh,I,357
702 -1554-Núñez		Algunos- 1.ªS.	PCh,IV,655

MANRESA

703 -1522		SAN IGNACIO DE LOYOLA	FN,82
704	S. Ign.	Vda. de Canylles Ana	Sc.II,709
*705	»	Amigant Angela	Sc.II.709
706	»	Sra. Roviralta	Sc.II,709
707	»	Clavera Inés	Sc.II,709
708	»	varias personas	FN,164; Sc.II,709

MEDINA DEL CAMPO

709 -1552		canónigo de Salamanca		Guzmán
710		un sacerdote		Guzmán
711		Ruiz del Portillo Jerónimo-$	*AG.*	IN.
711a		cuatro estudiantes-$$ y otros		LQ,I,578,587
712		uno natural de Medina-$		EM,V,777
713 -1553		sacerdote-$		LQ,III,566; PCh,3,314
714 -1555		sacerdote-$		LQ,III,392
715		Acosta Jerónimo -$	*AG.*	IN,II,670; 4Q,3,719
716		Gutiérrez -$		LQ,IV,434
717		Dueñas Mateo- † -$		LQ,IV,434
718		Una persona-e. cartujo		LQ,IV,434
719 -1556		sac. teól. hijo de uno del Consejo real		EM,V,621
720		Excorrector de nuestro col.		PCh,VI,567

MELDOLA

721 -1550-Caponsac.		algunos	PCh,II,22

---

*686 Luis Blosio O. S. B. (1506-1566), educado junto con Carlos V por el futuro Adriano VI; abad de Liessies desde 1530, renombrado escritor ascético. Cf. Acta SS. Jan, I, 439 ss.

*700 Francisco Levorotto era secretario del Nuncio en Madrid Juan Poggio. Entró benedictino en Montserrat. Cf. EM, V, 644.

*705 Angela de Amigant aposentó dos veces en su casa a San Ignacio durante las enfermedades de éste. Creixell, 156. Las demás personas de que se habla en los números 704-707 fueron personas devotas que favorecieron mucho a San Ignacio durante su estancia en Manresa.

MESINA

722	1547-sacerdote	12 personas-al. ej.		PCh,I,241
723	Doménech	tres y algunos más		PCh,I,241
724	»	eclesiástico hijo de un Barón		PCh,I,241
725	»	Conde de Condiano		PCh,I,241
726		El maestro del col. de huérfanos	*AR.*	Ep.NN.78,67v
727	Doménech	Una persona		PCh,I,242
728	El maestro	Huérfanos de su colegio-al-ej.	*AR.*	Ep.NN.78,67v
729		Un clérigo		Ep.NN.78,67v
730		Una persona seglar		Ep.NN.78,67v
731	-1548	hombre, mujeres, escolares	*AR.*	Ep.NN.78,79r
731a		personas aptas		Ep.NN.78,79r
732		sacerdote de Catania		LQ,I,128
733		Un monasterio: casi todas		PCh,I,288
734		alumnos más selectos de casa		PCh,I,288
735		3 monjas de las más principal.		Ep.NN.78,79r
736		bastantes		PCh,I,284
*737	-1549-Nadal	Bartolomé S. de Aroyta ob.		EN,I,67
738	»	El vicario de este obispo		EN,I,67
739	»	Dos capellanes del obispo		EN,I,67
740	»	joven de Mesina-$		EN,I,71
741		muchos: escolares y otros		PCh,I,365
742	Frusio	Capellán del inquisidor		EN,I,61
743	»	criado del capellán, mallorquín		EN,I,61
744	Nadal	7 u 8 personas		EN,I,60
745	»	noble siracusano		EN,I,58
746	»	un gentilhombre		EN,I,58
747	»	sacerdote letrado		LQ,I,153
748	»	un caballero		LQ,I,153
749	»	muy ocupado en dar ej.		LQ,I,153
750	Frusio	se ocupa en dar ej.		EN,I,61; LQ,I,153
751		bastantes escolares y otros		LQ,I,265; PCh,I,365
*752	Wischaven	3 monjas de Sta. María-1.ªS.		EN,I,76; PCh,I,369
753		nobles matronas		EN,I,76
754	-1550	se dan ej. según costumbre		EN,I,81; PCh,II,29
755	-1551	literato francés		LQ,I,327
756		Mto. Isidoro, discípulo en filos.		PCh,II,232
757		algunos		PCh,II,232
*758		durante 15 días bastantes		PCh,II,222
759		hombres, jóvenes (ellos y ellas)		EN,I,120
760	-1553	algunos según costumbre		PCh,III,199
761	-1554	Mercurio Juan Andrés		LQ,III,146
762		algunos-var.$$		PCh,III,274; PCh,4,203
763	-1556	pocos (los hombres no idóneos)		PCh,VI,275
764		uno		EM,V,202

MÓDENA

765	-1551-Landini	Dió ejercicios	*AR.*	Med.98,12v; PCh,II,206
766	-1552 »	bastantes-1.ªS.		PCh,II,448
767	-1554	dos jóvenes-$$		LQ,II,604,605
768		una persona-1.ªS.		EM,IV,217
769		algunos -var. ee. rel.		LQ,II,604,605
770	-1555	Fontana Gerónimo-$ y salió		LQ,III,692; PCh,V,148
770a	-1556	El H. Blas, jesuíta	*AR.*	Ital.107,16r
770b		El H. Sebastián, jesuita	*AR.*	Ital.107,16r

MAGUNCIA

771	-1542-Aragón	dió ejercicios a un sacerdote	FM,189
*772	-Fabro	Helding Miguel ob.	FM,187,189; EM,I,122

---

*737 Bartolomé Sebastián de Aroyta † 1568, obispo de Patti e inquisidor general de Sicilia. Asistió al Conc. de Trento (1562). En 1567 obispo de Tarragona. Eubel, III 284,328.

*752 Eran monjas cistercienses que habitaban el monasterio de Santa María del Alto donde se veneraba una milagrosa imagen de la Virgen. Cf. la detallada relación del origen del monasterio en Buonfiglio, f. 23.

*758 Ante la amenaza de la invasión turca se tuvieron que interrumpir las clases. Durante los 15 días que duró el peligro, aprovecharon esa pausa forzada para dar ejercicios.

*772 Miguel Helding († 1561) obispo auxiliar de Maguncia y desde 1550 obispo de Merseburg. célebre orador y celoso catequista. Cf. N. Paulus, M. Helding y supra cap. VI, n. 10.

*773	»	Pflug Julio ob. electo	FM,187,189; EM,I,122
774 -1543	»	S. Pedro Canisio †1597-$	FM,638; K,I,43,75-78
775		Dos sacerdotes Juan y Daniel	FM,207
776	Fabro	Un clérigo	FM,187

MONREALE

777 -1547		Monasterio: 10 o 12 d.-1.ªS.	*AR*. Ep.NN.78,67r
778 -1549		algunos	PCh,I,375

MONTECASINO

*779 -1538-S. Ignac.		Dr. Ortiz	FN,500

MONTEPULCIANO

780 -1539-Estrad.		54 senenses	EM,I,23
781	»	dos de Montepulciano	EM,I,23
782 -1540	»	4 doctores personas princip.	EM,I,43
783		Doctores en leyes	FN,246
784		Doctores en medicina	FN,246
785		Diversas personas	FN,246
786 -1543-Broet		No pocos (estuvo un mes)	PCh,I,111
787	»	Un Dr. en teol. por París	PCh,I,111
*788 -1547-Broet		2 hermanas del Card. Cervini	PCh,I,217
789	»	Otra hermana del Card. Cintia	PCh,I,217
792 -1547-Broet		Bastantes	PCh,I,217
793		10 ó 12 personas	ES,II,771
794	Frusio	5 ó 6 personas	PCh,I,230; Diertins,138
*795	Broet	Esposa de Nic. Cassini	*AR*. Ep.NN.78,53v
796	»	Dos hijas de Cassini	Ep.NN.78,53v
797	»	Esposa del Sr. Baltasar	Ep.NN.78,53v
798	»	Otra señora	Ep.NN.78,53v
799	»	Mercader de algodón	Ep.NN.78,53v

MURCIA

*800 -1548-Oviedo		Mons. Esteban Almeida, ob.	PCh,I,310
801		Magistral de la catedral	PCh,I,310

NÁPOLES

802 -1548-Laínez		Un sacerdote	PCh,II,522
803		Cassini Juan F. † 1584-$	PCh,I,280
804		8 ó 9 personas	PCh,I,280
*805	Cassini	Varias personas	LM,I,104
*805a	Laínez	San Andrés Avelino	Anal.Bol.41 (1923)145
806 -1549-Cassini		dió ejercicios	LM,I,104

---

*773 Julio Pflug (†1564), canónigo de Naumburg y desde 1542 obispo de esta misma diócesis. Cf. Eubel, III, 279.

*779 Pedro Ortiz (†1548), doctor de teología por París, encargado de negocios de Carlos V en la causa del divorcio de Enrique VIII de Inglaterra con Catalina, consejero de Carlos V estuvo con el Emperador en Alemania en 1541 volviendo luego a España donde murió. Cf. FN, 44 nota 48.

*788 El cardenal Cervini —futuro Marcelo II— tuvo 4 hermanas. Tres se casaron: una de ellas era Cintia mujer piadosísima, madre de San Roberto Belarmino (n. 789). La cuarta entró clarisa. Cf. Pastor, VI, 330.

*795 Nicolás Cassini era padre de Juan Fel. Cassini que e$ en 1548.

*800 Esteban de Almeida † 1563, obispo de León (1542) y de Caratgena (1546). Asistió en 1552 al Conc. de Trento. Eubel, III, 169.

*805 De éstos «uno se ha resuelto a entrar con estos Padres teatinos» LM, I, 104. Por desgracia no dice Laínez si puso en ejecución su propósito. En todo el año de 1549 sólo entró teatino en Nápoles el ilustre Tomás Golwell, no volviendo a ingresar ninguno hasta 1551 en que lo hicieron Domingo Miccio y Vicente Massa. Cf. «Nomi e Cognomi dei Padri...» página 5. Es, pues, de creer que ese ejercitante fuese Tomás Golwell, sacerdote graduado en Oxford que desde el principio se opuso a las innovaciones de Enrique VIII. Desterrado en 1535, después de varios años de estancia en Roma entró teatino en Nápoles. Intimo colaborador del cardenal Pole fué nombrado obispo de St. Asaph. Desterrado en 1559, asiste en 1561 al Conc. de Trento. En 1563 Vic. gen. en Milán de San Carlos Borromeo y en 1574 vicegerente del cardenal Vicario de Roma. † en 1585.

*805a San Andrés Avelino (Lancelloto) (1561-1608) est. fil. en Venecia y en Nápoles, se doctoró en Leyes. Entró teatino en 1556. Fué predicador, director esp. y superior. Amigo personal de San Carlos Borromeo. Canonizado en 1712.

807	Caesena Dionisio O. S. B.		LM,I,107
808 -1552-Araldo	un ciudadano		LQ,II,12
808a-1552-Oviedo	daba		Schinosi,37
809 -1553-Araldo	muchos de ambos sexos-8$		LQ,II,392,510; PCh,3,170
*809a-??	Marzia y Silvia Caraffa		Schinosi,74
810 -1554	Beringucci-$	AG	IN.
810a-1554-Araldo	muchos de ambos sexos-3$		PCh,IV,181
811 -1555-Mendoza	algunos		PCh,V,180
811a Salmerón	algunos varones nobles		Schinosi,90
812 -1556	un joven por nombre Tomás-$		LQ,IV,260
813	2 est. de leyes de Cosenza-al. ej.		LQ,IV,461
814	2 vírgenes herm. de un S. I.		PCh,VI,242,243
815 Mendoza	Mendoza Juan † 1556-$		MI,XI,48

OLIVA (Prov. de VALENCIA)

816 -1549-Oviedo	dió ejercicios		PCh,I,443

OÑATE

817 -1551-Borja	El cura de Segura (Guip.)		LQ,I,491 (probable)
818 »	Un colegial maestro		
819 »	Dr. Torres Bartolomé (n. 35)		PCh,II,304
820 »	Discípulos del Dr. Torres		PCh,II,304
821 »	Prior de gerónimos de X.		EM,II,599
821a »	Otro gerónimo		EM,II,599
822 »	Córdoba Ant.-20d$ (n. 1241)	AR.	Inst.221,168r; EN,II,17
823 »	Castilla Sancho de (B)-$	AR.	Inst.221,168r; EN,II,17
824 »	Bustamante Bart. †1570-$	AR.	Inst.221,168r; EN,II,17
825 »	Vivero Jerónimo-probable		SFB,III,89
826 -1552 »	Sr. de Lazcano: Fel. de Jesús		LQ,I,557
827 »	casi de ordinario		SFB,III,1
828 -1553 »	Loarte Gaspar †1578-$		SFB,III,132; EM,III,123
829 »	Guzmán Diego †1606-$		SFB,III,132; EM,III,123
830 -1554 »	varios		EM,IV,434

OPORTO

830a-1546-Estrada	Gouvea Enrique		Diertins,142,143; Cf.PCh.
831 -1552-Sylveir	pers. más principales		LQ,II,96 I,448
832 -1553- »	unos 20 hombres		LQ,II,224,229

ORMUZ

833 -1549-Barceo	Dos principales de la ciud.	AR.	Coimbra,I,104r
834	muchos hombres	AR.	Goa,8,14v
835	Moura Ant. de: Oidor del ob.	AR.	Goa,8,14v
836	clérigos	AR.	Goa,8,14v
837	un capitán: 1.ª S	AR.	Goa,8,17r

OTTOBEUREN

838 -1551-Jayo	Card. Truchsses (Cf. n. 1036)		K,I,361; PCh,II,261

PADUA

839 -1543-Laínez	Un clérigo joven		LM,I,31
840 »	Tres jóvenes		LM,I,31,32
841 -1544	10 ó 12 sacerdotes		LM,I,38
842	algunos		PCh,I,129,131
843 -1546-Polanco	algunos		PCh,I,174
843a Otelo	algunos		PCh,I,174
843b Frusio	algunos		PCh,I,174
844c Polanco	Quirós de Rivera		EM,I,293; PCh,I,5
845	los jóvenes de un colegio		PCh,I,174

809a Hijas gemelas de Juan Tomás Caraffa, marqués de San Eramo, y de Isabel Caracciolo. Edificaron con sus rentas la capilla de Todos los Santos de la iglesia de los jesuítas de Nápoles. Cf. ALDIMARI Biagio. *Historia genealógica della familia Caraffa*. Napoli Vol. III, 1691, págs. 73,74. El P. Schinosi habla de ellas en 1554 con ocasión de que su padre vendió una casa para colegio, pero tal vez hicieron ejercicios después de la muerte de San Ignacio.

846	-1547	bastantes universitarios	PCh,I,230
847	?	Enr. Traiectensis-$ y salió	K,I,249
848	-1549	se daban	PCh,I,405
849	-1550	un joven-$	PCh,II,59
850	-1554-Tavono	algunos	PCh,IV,117
851		después de Pascua pocos	PCh,IV,118
852	-1556	muy pocos	PCh,VI,238

PALERMO

853	-1547-Doménech	monasterio de convertidos - unas 30 del monasterio	*AR.* Ep.NN.78,67v,69v; LQ,I,48
854	»	un seglar	PCh,I,241
855	»	dos sacerdotes	PCh,I,241
856	»	se le encargó dar en 10 mon.	*AR.* Ep.NN.78,66v
857	»	un prior español	*AR.* Ep.NN.78,67r
658	-1548-Baroello	Una mujer-1.ªS	LQ,I,129
859		un monasterio	PCh,I,288
860	-1549-Doménech	un joven-d$	LM,I,123
861		se daban ejercicios	LM,I,143
*862	-1550	Suero de Vega	PCh,II,41
863	-1551	colegiales y no colegiales	PCh,II,243
864	Achilles	un monje	LQ,I,255
865		un pedagogo francés-e. bened.	LQ,I,489
866		3 personas-ee. capuchinos	LQ,I,489
867	-1553-Doménech	Torres Balt. médico †1561-$	LQ,II,323; EM,III,239
868	-1554-jun-set.	muchos; dieron los ej. casi todos los Padres	LQ,III,164-168
869		Vicar. gen. de una diócesis	LQ,III,164
870	set-dic.	algunos y algunas	LQ,III,257
871		no pocas vírgenes	PCh,IV,209
872		a la vez 7 y 9 personas	PCh,IV,211
873	Achilles	10 personas	EM,IV,389
874	-1555-	un joven de los más ricos	LQ,III,623
875		monjas de S. Juan del Roglion	PCh,V,201
876		muchos de ambos sexos	PCh,V,203

PARÍS

*877	-1528-S. Ignacio	Dr. Peralta Pedro de	FN,179
878	»	Castro Juan	FN,179
879	»	Elduayen Amador	FN,179
880	»	Pers. de calidad; doctores; varios	PCo,I,508; MB,460
881	-1530-33 »	Dr. Marcial (¿de Gouvea?)	FN,181
882	-1530-33 »	Dr. Valle	FN,181
*883	»	Moscoso Alvaro de	FN,181
884	-1534:en. »	Bto. Pedro Fabro †1546-$	FM,495; FN,35,610
885	- primaver.	Laínez Diego †1565-$	FN,610; PCh,I,49
886	»	Salmerón Alfonso †1585-$	FN,610; PCh,I,49
887	poco después	Rodrígues Simón †1579-$	FN,610; PCh,I,49
888	»	Bobadilla Nicolás †1590-$	SFB,615; FN,610
889	set. »	S. Francisco Javier †1552-$	FN,611; PCh,I,49
890	- ? »	Un sacerdote religioso	Ribad.V.S.Ig.V,10
891	Fabro	Jayo Claudio †1552-$	MB,456
891a	»	Broet Pascasio †1562-$	MB,456
891b	»	Codure Juan †1541-$	MB,456
891c	S. Ignacio	Varios	FN,183
892	-1536 »	Dr. Serrao, médico portugués	X,I,222
893	-1541-Doménech	Mirón Diego †1590-$	EM,I,55; PCh,I,93
894	-1541-(y antes)	algunos	EM,I,56; PCh,I,93
895	-1541	Calza Francisco-e$ y salió 1544	EM,I,57; EM,V,628
*896	Cáceres	un francés de los principales	EM,I,61

---

*862 Suero, hijo de Juan de Vega, virrey de Sicilia, antes embajador de Carlos V en Roma y siempre tan amigo de San Ignacio y de la Compañía.

*877 Pedro de Peralta, de la diócesis de Toledo, se graduó de maestro en artes en 1529. Fué canónigo en su diócesis y célebre predicador. Cf. FN, 197 nota 47.

*878 Juan Castro (1485-1556) entró poco después cartujo en España. En 1542 fué elegido prior de la cartuja de «Porta-coeli» de Valencia. Cf. FN, 33 nota 15.

*883 Alvaro de Moscoso (1480-1564), natural de Cáceres, procurador de la nación franc. en 1523, socio de la Sorbona desde 1524 y rector de la Universidad en el trimestre 23 jun-10 oct. 1527. Fué teólogo muy acreditado y obispo de Pamplona y Zamora. Cf. FN, 181 nota 55.

*896 Diego de Cáceres, antiguo compañero de San Ignacio, da ahora ejercicios y aparece en íntima relación con los jesuítas de París (Cf. EM, I, 15). Por todo ello parece no se puede dudar que hizo los ejercicios o entonces o más probablemente antes con San Ignacio

897		Mto. Ciurlo, apóstata de relig.	EM,I,59; EM,V,629
898		un italiano, maestro en artes	EM,I,58
899	Mirón	un apóstata francés	EM,I,60
900		un francés	EM,I,67
901		dos provenzales	EM,I,68
902		un italiano-$	EM,I,68
903		un flamenco	EM,I,74
904		uno de 20 años -e. cartujo	EM,I,84
904a	-h1544-Achille	Un predicador agustino, bachill. en t.	Alberti,544
905	-1543-	se daban ejercicios	PCh,I,118
*906	-1544-Achille	canónigo saboyano	PCh,I,139
906a	»	Morell Jacobo-$	*AG.* Inf.III.27;
907	-1545	se daban ej.	PCh,I,156
*908	-1547	Mercuriano Everardo †1580-$	PCh,I,296
909		algunos	PCh,I,246
910	-1548-Viola	colegiales nuestros	PCh,I,296
911	Mercuria.	Manareo Oliverio †1614-$	Manareo,33
912	Viola	casi siempre algunos	Manareo,34,35
912a	Mercuria.	casi siempre algunos	Manareo,34,35
913a		franceses y flamencos: muchos	PCh,I,419
914		un español-$	PCh,I,419
915		Mto. Nicolás-$	*AR.* Ep.NN.78,83v
915a		Jacobo-$	Ep.NN.78,83v
916		Adriano †1575-$	Ep.NN.78,83v
917		Borgoña Guidón de -$	Ep.NN.78,83v
918	Mercuriano	Dos personas-$$	PCh,I,419
919	»	Claysson Roberto †1601-$	PCh,I,419
920	»	Cristiaens Joaquín -$	PCh,I,419
921	-1550-Mercuriano	tres jóvenes	PCh,II,94
922	»	du Pont Eleuterio †1611-$	PCh,II,94
923	-1551-Viola	tres estudiantes	LQ,I,254
924		una persona	LQ,I,255
925		un joven sardo	LQ,I,300
926		un joven borgoñés	LQ,I,300
*927		un carmelita español-40 d.	LQ,I,255; PCh,II,294,5
928		un flamenco	LQ,I,301
929		el clérigo de un consejero	LQ,I,394-probable
930		dos personas	LQ,I,394-probable
931		un exreligioso dominico	LQ,I,394-probable
932		una persona mayor de edad	LQ,I,624
933	-1552	Fuselier Pedro †1588-$	LQ,I,542
934	Viola	muchos de ambos sexos	PCh,II,598
935	»	un varón grave	LQ,II,102
936	Broet	4 sacerdotes	LQ,II,99-104; MB,73
937	»	joven de unos 22 años	MB,76
938	»	sac. procurad. del col. Dainville	MB,79
939	»	5 viudas	LQ,II,102; MB,76
940	»	4 vírgenes	LQ,II,102; MB,81
941	»	Cousin Antonio-d$	LQ,II,368
942	-1553-Broet	sacerdote familiar de un card.	LQ,II,100,101,368
943	»	tres sacerdotes	LQ,II,286
944	»	joven de 19 años de Bourgogne-$	LQ,II,287
945	»	canónigo	LQ,II,367; PCh,III,295
946	»	de Bas Gerónimo †1562-$	FN,706; PCh,IV,321
947	-1554-Broet	un noble y un sacerdote	LQ,II,622,623
948		un sacerdote y un joven-$$	LQ,III,111; PCh,IV,325
949		joven pariente de C. Boubon-e. rel.	LQ,III,111; PCh,IV,321
950		tres personas	LQ,III,111; PCh,IV,321
951		algunos	PCh,IV,321
952	-1555	un benedictino	LQ,III,468
953		dos-dd$	PCh,V,324
954	-1556	varón grave	LQ,IV,193
954a		bachiller de Lovaina	LQ,IV,193
955		una persona	PCh,VI,480

PARMA

956	-1539	Achilles Pablo †1586-$	PCh,I,82

---

*906 Que el director fuera el P. Achille lo dice Alberti, 544.

*908 Possevino en su Vida dice que los ejercicios le dió Mirón (ASIR, Vitae, 26, 130) Pero este año Mirón se encontraba en Valencia. No es improbable que los hubiera hecho si los hiciera algún año antes, pues sabemos que Polanco no es del todo seguro en la cronología.

*927 Este carmelita, cuyo nombre ignoramos, había predicado no poco contra la Compañía de Jesús y contra los ejercicios y había impedido que los hicieran algunos que deseaban practicarlos. De los ejercicios salió resuelto a restituir la fama que había quitado a la Compañía.

*957		Gonzaga Hipólita	FN,217
958		Pezzano Juan †1571-$	FM,19
*959	Pezzano	Julia de Cervini	FM,19; FN,217
960	-1539-40-Fa-Laín.	algunos hombres-1.ªS	PCh,I,82
961	» »	mujeres escogidas-1.ªS	PCh,I,82
962	-1540 » »	muchos párrocos	PCh,I,82
963	» »	otros sacerdotes	PCh,I,82
963a		Doménech Jer. †1592-$	FN,253; PCh,I,82
964		Viola Bautista †1589-$	PCh,I,82
965		Ugoletti Elpidio †1580-$	PCh,I,82
966	Doménech	más de 14 personas	FN,212
967	»	un español	LM,I,8
968	»	confesor de las benedictinas	LM,I,5
969	Laínez	todo el día con pocas interrupc.	FN,212
970		6 sacerdotes	
971		6 jóvenes estudiantes	FN,213
972		4 señoras	FN,213
973		Capitani Massimo-probable	FN,213
974		Caroli Juan-probable	FN,213
975		de Massimi Pedro; Belli J.	FN,213-probables
976		Bianchi Juan; Orlando-probables	FN,213
977	el 22 en.	más de 100 ejercit.-al. ej.	FN,213
978		casi todas las mujer. nobles	FN,213-al. ej.
979		Palmio Benedicto †1598-N.º 208	Ta-Ve,II,398
980		tantos que ignoramos el número	FM,22-al.ej.
981	sacerdotes	dan ej.-al. ej.	FM,22,32; LM,I,4
982	maestros	discípulos capaces-al. ej.	FM,32,33
983	mujeres	van de casa en casa dando	FM,33 al. ej.
984		dos monasterios de monjas	PCh,I,83
985		un seglar	LM,I,5
986		primo del Dr. Bart. Stella	FM,29
987	Achilles	sobrina de una benedictina	LM,I,5
988	»	sastre del monast. de benedictinas	LM,I,5
*989		14 monjas	LM,I,5

PATTI

990	-1549-Frusio	varios de la ciudad	LQ,I,153; PCh,I,374
991		varios del séquito del ob.	PCh,I,374

PERUSA

992	-1547	nobles y píos varones	PCh,I,221
993	1553	un sacerdote	PCh,III,56
993a		algunos seminaristas	PCh,III,56
994	Mercuriano	algunos jóvenes	LQ,II,410; PCh,3,44
994a	-1554	Un párroco, exreligioso desde hacía 12 años	PCh,IV,154
995	-1555	un exreligioso	LQ,III,677
996	-1555	uno vicario de muy antiguo-$	LQ,III,676
997	-1554	dos personas	EM,IV,470
998		sacerdote con cura de almas	EM,IV,470
999		no pocos	
1000		Oliva Juan, vicario de Spoleto	MI,X,95
1001	-1555	algunos	PCh,V,61
*1002		camaldulenses de Montecorona	PCh,V,67
1003	-1556	algunos	PCh,VI,115
1004		Valdés de Chardenes Marcos-$	PCh,VI,115

---

*957 Hipólita Gonzaga, condesa de la Mirándula, esposa del conde Galeotti II Pico. Cf. FN, 217 nota 22.

*959 De esta señora insigne por su virtud y riquezas escribe el Beato Fabro el 4 de diciembre de 1539 que desde el 5 de julio «nunca ha comido ni bebido cosa de este mundo, ultra el Santísimo Sacramento», FM, 19. Juan Pezzano era su confesor. Cf. Tacchi-Venturi, II, 256-257.

*989 Eran estas monjas benedictinas del Convento de San Paulo. Este convento fundado a principios del siglo XI (Affó, I, 271), enriquecido con diversos privilegios de no pocos obispos y de varios Papas —entre ellos Urbano II y Gregorio VIII— (Affó, II, 283), fué también embellecido con preciosas obras de arte entre las que descuellan los frescos de Correggio pintados en 1508.

*1002 Montecorona sita en la dioc. de Perusa era desde 1530 la sede central de la Congregación de Eremitas Camaldulenses fundada pocos años antes por Paulo Giustiniani. En 1544-1557 fué Padre Mayor de la Congr. de Montecorona C. Justiniano de Bergamo. Cf. P. Lugano, 273-388. El Chronicon no dice que hicieran ejercicios, sino tan sólo que el P. Mayor pidió que fuera un Padre a darlos al monasterio y que el P. Mercuriano juzgó mejor que vinieran a hacerlos a Perusa.

PISTOYA

*1005-1546-Polanco	Card. Rob. Pucci -interrumpió	PCh,I,8; PCh,I,172
1006 »	tres sacerdotes	PCh,I,16
1007 dic.»	crece el número: hoy vienen 3	PCh,I,17,20
1008-1547 »	8 monasterios	PCh,I,29; PCh,I,209

PLASENCIA (ITALIA)

1008a-1540-Laínez	da ejercicios	PCh,I,83
1009 »	4 o 5 sac.; varios seglares	LM,I,10
1010 »	dos canónigos: varios sacerdotes	LM,I,12
1011 »	más de 12 sacerdotes	LM,I,14

PLASENCIA (ESPAÑA)

1012-1554	«Hánse comenzado»; hombr. y muj.	EM,IV,500
1013	Beneficiado de Avila-al. ej.	EM,IV,518
1014-1555	Dr. Ayala, disc. del B. Avila	LQ,IV,18
1015- en.-mayo	muchos	LQ,III,425; PCh,V,470
1016 -set.-dic.	casi siempre algunos	LQ,IV,18
1017-1556	algunos	PCh,VI,611

PORTUGAL

1018-1549-Esteve	a no pocos en Coimbra y otras partes	PCh,I,447
1019 Vaz	a no pocos en Coimbra y otras partes	PCh,I,447
1020 Nuñes	a no pocos en Coimbra y otras partes	PCh,I,447
1021 Mendes	a no pocos en Coimbra y otras partes	PCh,I,447
1022 Urbano	a no pocos en Coimbra y otras partes	PCh,I,447
1023 Fernandes Manuel	a no pocos en Coimbra y otras partes	PCh,I,447
1024-1541-Fabro	Un caballero de la corte	FM,74,Cf FN.64 y K,1,77
*1025 »	Lobo Francisco emb. de Portugal	FM,74,78,108
1026 »	Morone Félix hermano del Card.	FM,75,82,85,89,108
*1027 »	Dobeneck Juan (Dr. Cocleo)	FM,64,78,89
*1028 »	Sancho de Castilla	FM,78,85,89
*1029 »	Granada Juan	FM,90,97,108
1030 »	lic. en teol. socio del Ob. de Estrasburgo	FM,97
*1031 »	de la Cerda Hernando	FM,108
1032 »	uno de Espira	FM,108
*1033 »	Abad de Kempten O.S.B.	FM,108,112,115
1034 »	Cura de la catedral	FM,112
*1035 »	Manrique de Lara Francisco	FM,111,112,115
*1036 »	Truchsses Otón	FM,165

---

*1005 Roberto Pucci †1547, obispo de Pistoya desde el 8 de agosto de 1541. Cardenal en 1542. Cf. Eubel, III, 292.

*1025 Francisco Lobo. Comendador de Río Torto de la Orden de Cristo, del consejo de Juan III a quien acompañó en diversas jornadas. Cf. Sousa, XII, 1.ªP, 468. En 1539 fué de embajador a la corte del Emperador y parece que estuvo en funciones hasta 1543 en que fué don Gil Eanes da Costa. Cf. Pimenta, 355, 356.

*1027 Juan Dobeneck (Dr. Cocleo) (1479-1552) colaboró en la redacción de la respuesta católica a la confesión de Augsburgo. Fué uno de los más intrépidos en atacar la doctrina de Lutero en innumerables escritos y coloquios. Fué también consejero de Jorge de Sajonia.

*1028 Sancho de Castilla, capellán de Carlos V, FM, 78 nota 9. Sin duda es distinto del S. de Castilla que hizo los ej. en Oñate, Cf. n. 823.

*1029 Juan de Granada, de la corte del Emperador Carlos V, sobrino nieto del último rey moro de Granada Boabdill, llamado también Abu-Abdallah. Cf. FM, 90 nota 16.

*1031 Fernando de la Cerda y Silva (h. 1516-1579), hijo del segundo duque de Medinaceli, comendador de la orden de Alcántara estuvo constantemente al servicio inmediato de Carlos V, acompañándole en la mayor parte de sus viajes y jornadas de guerra. Casó en 1562 con Ana de Bernemicourt. Cf. Fz. de Béthancourt, V, 403-308.

*1033 El abad de Kempten era desde 1534 como coadjutor y desde 1536 como titular Wolfgang Grunenstein (a Viridi Lapide). Murió en 1557. Cf. *Gallia Christiana*, V, col. 998.

*1035 Francisco Manrique de Lara (†1560), hermano del duque de Nájera, capellán mayor de la capilla real de Granada fué enviado por el emperador Carlos V al rey Francisco I para tractativas de paz. Obispo de Orense (1542) asistió al Conc. de Trento. En 1556 pasó a la diócesis de Salamanca y de ésta a la de Sigüenza. EM, V, 607 y Eubel III, 315.

*1036 Truchsses no hizo más que «oir y escribir lo de la 1.ª sem.» Intentó volver a hacerlos en Espira en 1542 (n. 444) y en Dilinga en 1544 (n. 437), pero ambas veces se vió forzado a interrumpirlos a los pocos días. Por fin los hizo íntegros en la cuaresma de 1551 (n. 838). Véase en el n. 437 los datos biográficos de este ilustre cardenal.

*1037	Cocleo	Juan VIII de Maltitz ob.	FM,97
1038	Sanc.Cast.	dos caballeros seglares	FM,97,108
*1039	Wauchop	Felipe Flersheim ob. de Espira	FM,108
1040	»	un doctor y un abad	FM,108
1041-1542-Jayo		dió ejercicios	PCh,I,100
1042-1543	»	algunas personas	MB,272,274
1043	»	religiosos, sacerdotes, seglares	*AR.* Ep.NN.78,88v; PCh,I,112
1044	»	un exreligioso apóstata de rel.	EM,I,121

ROMA

1045-1538-S. Ignc.		se da todo a ejercicios	MI,I,138
1047-1538-	»	varios en distintos sitios a la vez	FN,13,600
*1048-1538-S.	»	Tolomei Lactancio	FN,196
1049	»	López Iñigo, médico	FN,196
*1050	»	Cardenal Contarini	FN,196
1051	»	Codacio Pedro †1549-$	FN,200,201,705
1052	»	muchos	FN,122,196
*1053	S.Ig.-Fab.	Estrada Francisco †1584-$	*AR.* Vitae,2,93rv,F,224
1054-1539	»	Araoz Antonio †1573-$	PCh,I,88
1055-1541-Laínez		Torres Francisco †1584-$	PCh,I,91
1056	»	Polanco Juan A. †1576-$	PCh,I,91
1057	»	algunos	PCh,I,91
1058	»	Laínez Marcos †1541-$ su hermano	Orland,III,18
1059	Salmer.	Avila Luis-c. gerónimo	MI,XII,457
1060		Oviedo Andrés †1577-$ patriarca Etiopía	*AR.* Lus.58,I,108r
1061		5 ó 6 personas	MI,I,184
1062		Loyola Emiliano de †1547-$	PCh,I,97
1062a		Frusio Andrés †1556-$	*AR.* Hist.Soc.176,64
1063-1542		se dan ejercicios	MI,I,202
1064-1543-Salmer.		Villanueva Francisco †1557-$	Cstr.I,1, (I,11)
*1065		Postel Guillermo	MI,I,252
1066		Un abad, elcto general de la orden	MI,I,252
1067		Salmerón Diego †1544-$	MI,I,270
1068		entre los ejercitantes se han señalado7;	MI,I,289
1069		imposible cumplir con todos	MI,I,270
1070-1545-Doménech		muchos; imposible a todos	*AR.* Ep.NN.78,48v; R,774
1070a	Salmer.	muchos; imposible a todos	Ep.NN.78,48v; R,774
1071	Doménech	Nadal Jer. 18 d. †1580-$	EN,I,15-18
*1072-1546-S. Ignc.		Torres Miguel †1593-$	PCh,I,169; Cst,I.p.1,18v
1073-1547		casi ordinariamente	MI,I,618
1074		eclesiásticos de calidad	*AR.* Rom,127,1r
1075-1548		Laínez Cristóbal †1592-$	MI,II,206
1076		un compañero de éste	MI,II,206
1077	Nadal	Villanueva Franc. (B) distint. de 1064	MI,II,251
1078		se daban ej.	MI,II,286; LQ,I,138
1079-1549		Vitoria Juan Alfonso †1578-$	*AR.* Neap.176,42r-51r
1080		se daban ej.	*AR.* Ep.NN.78,47v
1080a		se daban ej.	MI,II,490,644
1081-1550		se daban ej.	MI,III,263; PCh,II,814
1082a-1551		Cf. nota	

*1037 Juan VIII de Maltitz (†1549), obispo coadjutor del ob. Juan VII de Meissen a quien sucedió en la diócesis de Meissen en 1534. Cf. Eubel, III, 264.

*1039 Felipe von Flersheim (†1552) de noble familia, obispo de Espira desde 1530. Cf. Eubel, III, 322.

*1048 Lactancio Tolomei, embajador de la república de Siena ante la Santa Sede, nepote del cardenal Ghinuzzi, Cf. FN, 196 nota 38.

*1050 Gaspar Contarini (1483-1542) creado cardenal el 21 de mayo de 1535, célebre por las diversas legaciones que llevó a cabo: en la dieta de Espira (1540), en Alemania en general (1541), en Bolonia (1542), etc. Cf. FN, 196 nota 40 y Cereceda, Diego Laínez, I, 14-117.

*1053 Comenzó a dar los ejercicios San Ignacio, pero luego poniéndose enfermo el santo, los continuó el Beato Fabro.

*1065 Guillermo Postel (1510-1581) entró en la Compañía de Jesús, pero muy pronto fué despedido. Talento vasto pero desequilibrado, visionario tristemente célebre, viajero empedernido, escritor de asombrosa erudición.

*1072 Según Ribadeneira los ejercicios se dieron en 1542 «en una villa de Julia Orsini... que estaba fuera de la puerta del Popolo». *Hist. de la Asist.* lib. I, c. 7.

*1082a El ilustre reformador portugués P. Luis de Montoya, O. E. S. A., en 1551 «conversou particularmente» con San Ignacio «e se confessou com elle geralmente», como dice Cámara, FN, 646, o como dice Polanco «cum P. Ignatio de rebus spiritualibus contulisset». PCh, II, 694. El P. Montoya por su parte dice escribiendo a San Ignacio que «la más preciosa reliquia y el negocio para mí más provechoso que de allá truje y allá hice fué haber visto a V. M. y haberlo recibido por mi Padre...», EM, II, 672, añadiendo poco después «que estoy mejor en mi alma». Este progreso espiritual, esta conversación íntima con San Ignacio, este haberle tomado por Padre espiritual y haberse confesado generalmente con él parecen indicar que aquellas conversaciones fueron algo muy especial. La solución más obvia es que fueran ejercicios al menos en el grado ínfimo de «conversaciones de ejercicios».

1083-ante-1553:S.Ign.	un ermitaño	LQ,II,501
1083a-ante-1555	Porcionero de Salamanca	PCh,V,578
1084-1555-Camar.	Abad Martinengo exnuncio de Viena	FN,703; MI,VIII,62,627
1085	dos jóvenes	MI,IX,496
1086	Choloredo Gerónimo †1557-$	MI,X,168
1087 Laínez	Androzzi Fulvio-$ n. 641	MI,X,95,168; PCh,V,43
1088	se daban ejercicios	MI,X,165
1088a-1555	joven de Loreto por nombre Troyano	MI,X.152,365,383,391,677
1088b-1555	joven de Loreto por nombre Miguel-$	MI.X.91,152,184
1089 Vitor.	Maggio Lorenzo †1605-$ *AR.*	Rom,188,I,138r; FN,688
1090	no pocos del col. germánico	PCh,V,46
1091	Cocanaro Juan, gentilhombre de Tivoli	FN,733
1092-1556	Tomás y Mto. Aurelio	MI,XI,38
1093	Miguel	MI,XI,137
1094	Bogatez Jorge -$	MI,XI,283
1095	Faber Jorge `	MI,XI,291
1096	jóvenes de la dioc. de Camerino	LM,I,322
1096a-?? S. Ign.	agustinas conversas de Sta. Marta	Bartoli 42

SALAMANCA

1096b-1548	algunos escolares	
1097-1548	Toledo Juan Bta. †1567-$	M,I,493
1098-1549	no caben todos los que desean	PCh,I,482
1099	Hernández Bartolomé †1579-$	Valdivia,52
1100-1550	un sacerdote	LQ,I,252
1101	dos mercaderes y otro	PCh,II,117; LQ,I,252
1103	Peñalosa Melchor-$	PCh,II,106
1104	siempre hay ejercitantes	EM,II,413,440
1105-1551	muchos	PCh,II,323; LQ,I,376
1106-1551	dos-$$	LQ,I,307
1107-1552-Torre	durante sem. santa	PCh,II,610
1107a	algunos	LQ,I,597
1108	un colegial princ.; catedráticos	LQ,I,597
1109	un agustino	LQ,I,497
1110	una monja	LQ,I,597
1111	dos teólogos	LQ,I,598
1112	un canónigo subdiácono	Valdivia,148r
1113	un noble	LQ,I,608
1114	algunas señoras	LQ,I,597
1115	canónigo de Málaga	LQ,I,598
1116	un jurista	LQ,I,598
1117-1553	7 u 8	LQ,II,299
1118 may.-ag.	muchos	LQ,II,394: EM,III,529
1119	un varón insigne	LQ,II,395; PCh,III,304
1120-1553	7 u 8 en casa a la vez	PCh,III,304
1121	sac. bachiller en teología-IªS	EM,III,529
1122	otro sacerdote	EM,III,529
1123	sacerdote valenciano	PCh,III,373
1124	un estudiante de -$	PCh,III,353
1125 Borja	Guevara José de -$	SFB,III,151; PCh,3,351
1126	dos estudiantes	SFB.III.152
1127-1554	nunca faltan en casa	LQ,III,198; EM,4,162
1128	tres personas eruditas	PCh,IV,376
1129	5 personas-3 ee. cartuj; 1 e. merced.	PCh.IV,376
1130	2 estudiantes de lógica	PCh,IV,376
1131	Sandoval Bernardino, maestre-escuela	LCh,IV,376
1132	Rasgón, lic. en derecho civil	PCh,IV,376
1133	doctor en teología	PQ,III,75,76
1133a	Alvarez Gaspar *AG.*	IN.
1134-1555: cuaresma	ordinariamente ha habido	4Q,III,370
1135 may-ag.	ha habido ejercitantes	LQ,III,547
1136 set-dic.	no pocos	LQ,III,727
1137	nunca faltaban algunos	PCh,V,414
1138	dignidad de una iglesia principal	LQ,III,370
1139	catedrático de la universidad	LQ,III,370
1140	sacerdote de edad avanzada	LQ,III,727
1141	dos muy conocidos; varias personas	PCh,V,414,415
1142	sacerdote exreligioso	PCh,V,415
1143	religiosas de un convento	PCh,V,415
1144-1556	muchos	EM,V,605
1145	algunos	PCh,VI,561
1146	tres teólogos sacerdotes	LQ,IV,439
1147	párroco de un pueblo	EM,V,605; PCh,6,564
1148	4 sacerdotes	EM,V,605; PCh,6,564
1149	un mercader y un maestro	EM,V,606

SALVADOR (BRASIL)

1150-1549-Nobrega	González Simón †1573-$		Cartas do Brasil,84
1151-1552	varios		Cart.avulsas,113,PCh,II,74
1152 Rodriguez	el sacerdote vicario		Cart.avulsas,113,PCh,II,74

SAN FINS (PORTUGAL)

1153-1553	algunos		PCh,III,421
1153a	religiosos benedictinos		PCh,III,421

SANLUCAR DE BARRAMEDA

1154-1554	algunos		PCh,IV,467
1155	Marco Melchor †1583-$		PCh,IV,467
1156	Acebedo Pedro †1573-$	*AG.*	IN,IV,509;
1157-1555-Alvarez	Torre Fr. canón. †1582-$		EM,IV,576; PCh,V,509

SEVILLA

*1158-1555	algunos discípulos del P. López		PCh,V,496
*1159	Cervantes de Salazar Gaspar		PCh,V,497
1160	Cebadilla, visit. del Arzobisp.		PCh,V,498
1161	siempre algunos-des $ más de 20		LQ,IV,89,90
*1162	Dr. Ferrel		EM,V,235

SIENA

1163-1539/40-Broet	algunos est. de la Academia		MB,511
1163a Rodrigues	algunos est. de la Academia		MB,511
1164	sacerdote		MB,512
*1165	monjas de San Próspero y Santa Inés		FN,211
1166-1556-Palanca	Villanueva Fr. exregente de Nápoles		PCh,VI,134P

SIMANCAS

1167-1555	tres personas		Cart.S.Ig.V,434
1168	tres jerónimos		LQ,III,386; PCh,V,435
1168a	un franciscano		LQ,III,532; PCh,V,436

SIRACUSA

1169-1556	algunas matronas		PCh,VI,300

SISA

*1170-1540	Bernuccio Orlando	*AR.*	Rom.188,I,4v; FM,33
1171	Criminali Antonio mártir$		Rom,188,I,5v

TENDILLA

1172-1551-Villan.	jerónimos-unos 20 d.		LQ,I,290,291

TIVOLI

1173-1550	Sobrino de Lucía Cynthia		PCh,II,19
1174-1554-Oviedo	Andrés, pariente de Lorenzo de Castello		EM,IV,403

---

*1158 Gaspar López había sido discípulo del Bto. Avila y había regentado antes de entrar jesuíta una escuela en Jerez. A esta escuela se refieren las fuentes.

*1159 Gaspar Cervantes de Salazar (†1575), Vicario del Arz. de Sevilla, Inquisidor gen. primero en Sevilla y después en Zaragoza, Arzobispo sucesivamente de Mesina, Salermo y Tarragona, creado Cardenal en 1570. Asistió al Conc. de Trento en 1562. Cf. Eubel, III, 48.

*1162 Dr. Ferrel, «colegial de Osuna, célebre médico, gran artista y buen teólogó» M, V, 235.

*1165 Eran monjas benedictinas. El monasterio estaba en el barrio de San Marcos. Actualmente no existe ya. Cf. Ta-Ve, II, 215.

*1170 Párroco de la iglesia principal de Sta. María, profesor del Bto. Criminali, Rom, 188, I, 4 v. Cf. Valmerana-Schurhammer, 239, nota 34.

TOLEDO

1176-1547-Rincón	Sosa, sacerdote		Castr,II,10 (I,23r)
1177 »	Pinedo, sacerdote		Castr,II,10 (I,23r)
1178 »	Vanegas, sacerdote †1572-$		Castr,II,10 (I,23r)
1179 »	Sánchez Bta. †1572-$		Castr,II,10 (I,23r)
1180 »	Soto Tomás †1600-$		Castr,II,10 (I,23r)
1181 Villan	algunos		Cast.IV,1.º,65

TOMAR (PORTUGAL)

1182-1552-Vaz	al. de los más nobles y sabios		PCh,II,682

TORO

1183-1552-Borja	Princesa Juana de Austria n. 628		PCh,II,611 -al.ej

TOURNAI

1184-1554	un franciscano		LQ,III,255
1185	párroco de Avesnes		PCh,IV,306
1186	algunos		LQ,IV,301
1187-1555-Oliver	algunos		PCh,V,307
1188-1556	un joven de 22 años-$		PCh,VI,471

TRENTO

*1189-1546-Laínez	algunos ilustres prelados	*AR.*	Ep.NN,78,90v; PCh,I,181
1190 »	algunos sacerdotes		ES,I,16,18
1190a Salmer.	algunos sacerdotes		ES,I,16,18

TUY

1191-1553	un canónigo		PCh,III,491

VALENCIA

1192-1544	se dieron ejercicios		EM,I,318; PCh,I,142
1193-1545	Exarch Sebastiana		EM,I,217; MI,12,369
1194	Cardona Juana de		EM,I,217; MI,12,372
1195-1546	Cuatro estudiantes	*AR.*	Ep.NN.78,154r; EM,I,301
1196 -nov.	mucho fruto con ej.		MB,792
1197	Sempere Cristóbal, mallorquín		EM,I,324
1198-1546	un amigo de Sempere		EM,I,324
1199-1547-Mirón	muchos		PCh,I,251; SFB,III,25
1200	maestro Vicente-$ y salió		PCh,I,251
1200bis »	Díaz Baltasar, Pbro.-$		Hist.col.Val.,43r
1201-1548	algunos		PCh,I,308
1202	canónigo Arboleda		LQ,I,200
1203	un clérigo de Cuenca		LQ,I,200
1204	hermano del canónigo Arboleda		PCh,II,96
1205	dos personas-$$		PCh,II,96
1206	el Vicario de un pueblo		PCh,II,96
1207	un estudiante		LQ,I,200
1208	Parra Pedro †1593	*AG.*	IN,IV,477
1209-1551-Domen.	sacerdote-$		PCh,II,352
1210 »	no pocos		PCh,II,352
1211 »	sobrino del Vic. de Iñesta		PCh,II,352
*1212	algunas señoras principales		LQ,I,469; PCh,II,353
1213	varones de insigne talento		PCh,II,352
1214 Domen	Vicario de Iñesta		LQ,I,466; PCh,II,352
1215	Mto. Soldevilla Ant. $ interr.		LQ,I,467
1216	Pancrudo Felipe-$		LQ,I,467
1217	Fontana, Torres, otros		LQ,I,468
1218	Bernardo Juan (sobrino del P. Queralt) †1585-$		LQ,I,468; MI,XII,413

---

*1189 Sobre los obispos que hicieron los ejercicios en Trento cf. supra cap. VI. n. 10. El obispo de Plasencia Gutierre Vargas dijo en 1555 al P. Villanueva que ya había hecho algunos ejercicios. Es de creer que los hiciera en Trento en esta época del conc. Cf. PCh, V, 480.

*1212 Entre las señoras principales que intimaron más con los Padres de Valencia se cuentan doña Hipólita de Porres y doña Juana Díaz. Hist. col. Valencia, 110.

1219	continuamente		LQ,I,469; PCh,II,352
1219a	muchos forzados a esperar		LQ,I,469; PCh,II,352
1220	Fontava Marco Ant. †1558-$		MI,XII,413
1221	Misavilla -probable		MI,XII,413
1222	Torres Gerónimo $	*AG.*	IN,II662
1222a-1552-Domen.	algunos -ee.rel.		PCh,II,679
1223	Montserrat Antonio, teólogo		LQ,I,666
1224 Domen.	muchas doncellas-al. ej.		LQ,I,736,737
1225 »	algunos -ee. rel		PCh,II,649
1226-1553	un caballero		EM,III,697
1227-1554	Rogel Juan †1579-$	*AG.*	IN,III,224; PCh,IV,33
1228	dos sacerdotes		PCh,IV,338
1229	se daban		LQ,III,222; PCh,II,336
1230-1555	siempre 1 ó 2; a veces 4		LQ,III,721; PCh,V,367
1231	algunos religiosos		PCh,V,368
1232-1556	casi siempre 2 en casa en ej.		PCh,VI,507
*1233	Fr. Pedro Martir Coma, O. P.		PCh,VI,513
1234	todos los de otra casa de dominicos		PCh,VI,513; LQ,IV,473
*1235	Rector de dominic.		PCh,VI,513
1235 bis-	S. Luis Beltrán (1526-1581) se confesaba y aconsejaba con el P. Doménech, estableciéndose entre ambos una intimidad espiritual tan profunda, que dado el proselitismo del P. Doménech por los ejercicios, apenas se concibe sin que hubiera hecho los ejercicios al menos en alguna de sus formas menos completas. Hist. col. de Valencia, 36.		

VALLADOLID

1236-1545-Fabro	González Juan		FN,364,365
1237	sobrino de un obispo		EM,I,224
1238	uno muy familiar del obispo		EM,I,224
1239	personas de letras y calidad		EM,I,224
1240	Córdoba Antonio (cf.n.822)		EM,I,225
1242-1546-Méndez	muy ocupado en dar ej.		FM,439
1243-1552	algunos religiosos		LQ,II,89-90
1244-1553	algunas personas		LQ,II,515
1245-1554	algunos		PCh,IV,396
1245a-1555	un teólogo		LQ,III,309
1245b-ante 1553	un dominico (probable)		EM,III,103
1246-1555	de la Fuente Alfonso-$	*AG.*	IN,I,43r
1246a-1556	Hurtado Pedro-$	*AG.*	IN.

VENECIA

1247-1536-S. Ignac.	varias personas señaladas	FN,491
*1248	Contarini Pedro	FN,491
*1249	de Doctis Gaspar	FN,491
1250	bachiller Hozes †1538-$	FN,491
1251	español Rojas	FN,491
1252	Eguía Diego †1556-$	Diertins,61
1253	Eguía Esteban †1551-$	Diertins,61
*1254-1542-Laínez	Lipomani Andrés	Diertins,104
1255 »	algunos más idóneos	PCh,I,102
1256 »	un sacerdote	LM,I,23
1257 »	un benedictino -probable	LM,I,21
1258 »	Dos sacerdotes	LM,I,21
1259-1543 »	dió ejercicios	PCh,I,111
1260 »	un joven	LM,I,26
1261 »	sobrino del card. Veralli	LM,I,28
1262 »	un joven	LM,I,24

---

*1233 Pedro Mártir Coma, provincial de los dominicos de la prov. de Aragón, obispo de Elne desde 1569, murió en 1578. Fué «invencible defensor de la Iglesia, prodigio de humildad y ejemplo y modelo de virtudes heroicas». Feliu de la Peña, *Anales de Cataluña*, citado en PCh, VI, 513. Cf. sobre este santo personaje. F. Diago, f. 99.

*1235 Era este año de 1556 prior del convento de los dominicos de Valencia el Padre Miguel de Santo Domingo. Cf. Diago, 222, 223, donde se puede ver el elogio que teje de las virtudes de este religioso, que murió en 1557.

*1248 Pedro Contarini, noble clérigo veneciano, procurador del hospital de los incurables, nombrado en 1557 obispo de Baffo (Chipre). Asistió en 1562 al Concilio de Trento. Cf. FN, 490, nota 1.

*1249 Gaspar de Doctis, vicario en los asuntos espirituales del nuncio de S. S. en Venecia, Mons. Veralli. En 1556, siendo gobernador de Loreto, emitió los votos simples de la Compañía, pero externamente siguió como un seglar. Cf. FN, 11, nota 30.

*1254 Andrés Lipomani, prior del convento de la Trinidad en que entonces moraba Laínez.

1263-1549-Salmer.	algunos jóvenes -2d$	ES,I,75
1264-1551	un sacerdote	PCh,II,213
1265-1554-Helmi	a veces 3 y 4 a la vez	PCh,IV,126
1266-1556	Fulginari med.-IªS.	PCh,VI,228
1267	muchas personas -IªS.	LQ,IV,559; PCh,VI,220
1268 Helmi	a veces 6 y aun 10-IªS,	PCh,VI,224,225
1269	una meretriz	PCh,VI,225
1270	Valentín -$	*AR*. Ital,107,27r

VIENA

*1271-1552	Manrique de Lara María-IªS.	LQ,I,732
1272-1553	sobrino del capitán de las galeras del rey de romanos-d$	EM,III,144

VILLORA (ESPAÑA)

1273-1549	un sacerdote	PCh,I,437

VILLANOVA (PORTUGAL)

1274-1552-Vaz	el párroco	PCh,II,679

VIVO Cf. CASTIGLIONE

WORMS

1275-1540-Fabr.	el Decano de San Martín	FM,47,56,57,59
1276-1545-Jayo	algunas personas de calidad	MB,293 -IªS.
1277	caballero de la casa del Emp.	MB,296 IªS.
1278	un sacerdote	MB,297

ZARAGOZA

1279-1552	se dieron	PCh,II,674
1280-ant.1554	uno	EM,IV,73
1281-1554	un escribano	LQ,III,171
1282	un canónigo	LQ,III,172
1282a	empiezan de nuevo a darse	PCh,IV,370
1283	2 canónigos -uno$	PCh,IV,370
1284-1556	sacerdote teólogo	LQ,IV,287; PCh,VI,538
1285	algunos seglares fuera de casa	LQ,IV,287; PCh,VI,538
1286	muchas monjas dominicas	LQ,IV,287
1287	sacerdote de unos 50 años-d$	LQ,IV,461; PCh,VI,542
1288	dos franciscanos	PCh,VI,538
1289	en casa algunos	EM,V,615
1290	fuera de casa a más personas	PCh,VI,538
1291	religiosos	LQ,IV,287; PCh,VI,538

EN EL BARCO (EN VIAJE DE LISBOA A GOA)

1292-1548-Barceo	Mendoza Juan capitán del barco	*AR*. Ep.NN,98,117v ; PCh,I,339

EN SITIO INCIERTO

1293-1565-Mercurián	Lentailleur Juan	*AR*.Hist.Soc.176,82r

Juan Lentailleur, abad de la abadía benedictina de Anchin (Bélgica) estudió en la Universidad de París. Descolló por su amor a las letras clásicas y por su conocimiento del griego y hebreo. Procuró la reforma del monasterio procurando con suavidad reorganizar y exigir la vida común. No sería extraño que esta reforma fuese fruto de los ejercicios. Fué amigo personal de Luis Blosio y tal vez fué éste el abad que llevó a ejercicios a Lovaina Blosio. Cf. Gallia Ecclesiastica, III, 417, 418. Sobre la abadía de Anchin cf. Gallia Ecclesiastica III, 408.

---

*1271 María Manrique de Lara, camarera mayor de la emperatriz María, esposa de Maximiliano, emperador y rey de Bohemia. Fundó en 1573 el colegio de Barcelona, dándole renta suficiente.

1294-1565-Mercurian Hamericourt Gerardo *AR.* Hist.Soc.176,82r

Gerardo de Hamericourt, abad desde 1544 de la abadía benedictina belga de St. Bertin y obispo de Saint Omer desde 1563, murió en 1577. Fundó con las rentas de la abadía, de la que siguió siendo abad después de su elevación a la diócesis de St. Omer, dos colegios entregando uno a la Compañía. Cf. Gallia Ecclesiastica III, 475, 476. 506. Sobre la abadía de St. Bertin cf. Gallia Ecclesiastica, III, 486. Es fácil que estos dos abades hicieran los ejercicios en Lovaina.

1295 - El P. Bartoli supone que el esclarecido dominico Fr. Luis de Granada (1504-1588), autor de devotos libros espirituales como la *Guia de pecadores, El libro de la oración*, etc., hizo los ejercicios.

Dice así el P. Bartoli: el P. Granada «usava dire che non gli basterebbe tutta la vita a spiegare le nuovi veritá delle cose eterne et divine, che negl' exercitii si erano scoperte alla sua mente» (Bartoli, 46).

El hecho me parece sumamente probable no sólo por la grande autoridad del P. Bartoli, tan bien informado ordinariamente de los sucesos que narra, sino también por lo compenetrado que estuvo el P. Granada con la Compañía, ya que fué siempre uno de los principales amigos y defensores con que contó la Compañía naciente en España y Portugal. En sus escritos espirituales se transparenta además una gran semejanza de espíritu con el de la Compañía, y aun a veces usa expresiones que parecen indicar conocimiento del libro de los ejercicios, como por no citar más que un ejemplo, algunos de los sentimientos que dice tenía el Bto. Avila. Cf. *Vida del Bto. Avila*,cap. 2.°.

Sobre las relaciones del P. Granada con la Compañía puede verse Astráin I, 668-670 y II, 81.

APÉNDICE ESTADÍSTICO: II

EJERCITANTES QUE ENTRARON EN DIVERSAS RELIGIONES

—La ciudad indica el sitio en que hicieron ejercicios, no el sitio en que entraron religiosos.
—El número que sigue a cada uno de los ejercitantes se refiere al número del Apéndice I. La cita de ese número es la fuente de éste.
—No incluímos a los que entraron jesuítas.

I.—SIN DETERMINACION DE RELIGION CONCRETA

Alcalá, 1555:	muchos-137
Bolonia, 1549:	algunos-231
1550:	no pocos-287a
1552:	algunos-302
Cuenca, 1555:	algunos-435
Ingolstadt, 1550:	soldado-590
Loreto, 1555:	algunos-648
1556:	algunos-649
Lovaina, 1547:	muchos-666a
Medina, 1552:	algunos-711
Módena, 1554:	algunos-769
Nápoles, 1554:	uno-808a
Palermo, 1551:	algunos-863
París, 1554:	un joven-949
Roma, 1555:	alumnos del Germánico-1090
Salamanca, 1550:	varios-1101-(PCh, II, 118)
1551:	varios-1105
Valencia, 1551:	algunos-1217
1552:	algunos-1222
1555:	algunos-1230

II.—EN DETERMINADAS ORDENES

1.—Agustinos

Salamanca, 1556:	un maestro-1149

2.—Benedictinos

Madrid, 1546:	Levoroto-700
Palermo, 1551:	Pedagogo-865
Roma, 1543:	uno; e. en Monserrat-1068

3.—Camaldulenses

Pistoya, 1546:	2 dd. e.-1007

4.—Capuchinos

Palermo:	3 exalumnos-866
	joven muy rico -874
Siena, 1539:	sacerdote-1164

5.—Dominicos

París, 1534:	algunos-891c

6.—Cartujos

Bolonia:	procurador de la ciudad-294
Colonia:	muchos-381 (PCh, I, 213)
1549:	algunos-389a
Medina:	uno-718
1556:	excorrector del colegio-720

París, 1528:	Juan de Castro-878
	algunos-891c
1541:	uno de 20 años-904
1556:	uno-955
Salamanca, 1554:	tres-1129

7.—Franciscanos

Lisboa, 1553	: noble (a)-625
Lovaina, 1543	: portugués-659
1552	: un español-682
1554	: uno-697
Montepulciano,	: Dr. en teol.-787
París,	: tres al menos-891c
1550	: uno-921
1551	: un estudiante-923
Plasencia, 1555	: algunos (b)-1015

(a) y (b) Las fuentes dicen que entraron «frailes descalzos». Es de creer que con esta denominación quieran indicar franciscanos.

8.—Jerónimos

Roma, 1541	Luis de Avila, entró en Talavera-1059

9.—Mercedarios

Salamanca, 1554:	uno-1129

10.—Mínimos

París, 1551	: un estudiante-923

11.—Teatinos

Nápoles, 1548	: San Andrés Avelino-805a
	: Uno determinó entrar-805 (1)

12.—Ejercitantes exreligiosos que volvieron a entrar religiosos en la religión a que antes pertenecían o en otra.

París, 1541	: Mto. Ciurlo-897
	: un francés-899
	: un exdominico. Entró en otra orden-931
Perusa, 1554	: un párroco ausente de su orden desde 12 años-994a
1555	: uno que entró en otra orden-995
Ratisbona 1543:	una persona-1044
Salamanca, 1555:	un sacerdote que había abandonado su religión dos o tres veces-1142.

(1) Este «uno» a lo que parece no fué San Andrés Avelino, que no entró teatino hasta 1556 y a quien dió los ejercicios el P. Laínez, mientras que a este sujeto indeterminado se los dió el H. Cassini. Sobre quién podía ser, véase lo que decimos en el Ap. estadístico I.

ÍNDICE 1.º DEL APÉNDICE ESTADÍSTICO

ÍNDICE ALFABÉTICO DE LOS DIRECTORES DE EJERCICIOS

NOTA.—Junto con el nombre del Director ponemos el nombre de la ciudad en que dió los ejercicios y el año. Acudiendo al Apéndice al sitio indicado se encontrarán las referencias completas.

Subrayo los nombres de los Directores no jesuítas.

N. B. Dieron además ejercicios en tiempo y sitio que no consta (antes de 1562 y probablemente en tiempo de San Ignacio:

LÓPEZ, Diego, Cf. *AG.* IN, I, 404. El P. estuvo en Salamanca, Córdoba, Sanlúcar y Sevilla.

POZO, Pedro del. Cf. IN, I, 428. Estuvo en Alcalá y Burgos al menos. Los dió «muchas veces».

VALERIANO de Luxemburgo. Estuvo en Roma, Génova, Loreto, Bolonia y Tréveris.

ÍNDICE II DEL APÉNDICE ESTADÍSTICO

RELIGIOSOS EJERCITANTES

I.—EN GENERAL: Cuando no consta a qué orden pertenecían.

II.—DE DIVERSAS ÓRDENES EN PARTICULAR

1.—Agustinos

2.—Benedictinos

3.—Camaldulenses

4.—Carmelitas

5.—Dominicos

Alcalá, 1549:	algunos-28
1552:	varios-94
?	Fr. Juan de la Peña-154
?	Fr. Mancio de Corpore Christi-26
Valencia, 1556:	Fr. Pedro Coma-1233
	Todos los de un monasterio-1234
	Rector del col. de San Pablo-1235
Valladolid ?	uno (probable), lector de teología-1246a
?	Fr. Luis de Granada (probable)-1295

6.—Franciscanos

Alcalá, 1551:	un prelado franciscano -74a
	un franciscano -al.ej.-74a
1552:	varios -93
Almenara, 1552:	Fr. Juan de Parra -164a
Cuenca, ante 1554:	el guardián-429
Simancas, 1555:	uno -1168
Tournai, 1554:	uno -1184
Zaragoza, 1556:	dos -1288

7.—Jerónimos

Alcalá ?	Fray Pedro de Aragón -53
	El Prior de Tendilla-63a
	Jerónimos de Tendilla-63
Simancas, 1555:	tres -1168
Tendilla, 1551:	los jerónimos de Tendilla que no los habían hecho en Alcalá-1171
Oñate, 1551:	El prior de un monasterio-821
	Un compañero del prior-821a

8.—Mercedarios

Alcalá, 1551:	tres -66

9.—Orden de Santiago

Salamanca, 1555:	uno- 1135

10.—Trinitarios

Alcalá, 1551:	uno -74b

INDICE III DEL APÉNDICE ESTADÍSTICO

MONASTERIOS DE RELIGIOSAS EN QUE SE DIERON EJERCICIOS Y MONJAS QUE LOS HICIERON.

I.—EN GENERAL: Cuando no consta a qué orden pertenecían.

II.—DE DETERMINADAS RELIGIONES

INDICE IV DEL APÉNDICE ESTADÍSTICO

ÍNDICE ALFABÉTICO DE LOS EJERCITANTES CUYO NOMBRE Y APELLIDO SE CONOCE.

NOTA.—Damos el nombre del ejercitante y a continuación el número correspondiente en el apéndice.

ÍNDICE DE MATERIAS

A

B

C

H

I

J

K

N

O

P

Q

R

BIBLIOTHECA
INSTITUTI HISTORICI
SOCIETATIS IESU

VOL. I. Félix ZUBILLAGA, S. I.—La Florida, la Misión Jesuítica (1566-1572) y la colonización española.

Roma, 1941, XVI-476 páginas.

VOL. II. Alessandro VALIGNANO, S. I.—Historia del Principio y Progreso de la Compañía de Jesús en las Indias Orientales (1542-64). Herausgegeben und erlaütert von Josef WICKI, S. I.

Roma, 1944, 108*-510 páginas.

VOL. III. Ignacio IPARRAGUIRRE, S. I. — La práctica de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola en vida de su autor (1522-1566).

Bilbao.Roma, 1946, 54*-320 páginas.

VOL. IV. Joseph de GUIBERT, S. I.—La Spiritualité de la Compagnie de Jésus. Esquisse Historique.

(Próximo a aparecer.)